

IKER AZKARATE



LA PUERTA  
ENTERRADA

Lectulandia

¿Qué pasa cuando un mundo de fantasía sale de su eterno estado de espada y brujería y llega por fin a la era moderna? ¿Qué pasa con los elfos, enanos y orcos cuando entran de lleno en la época de la globalización y el capitalismo salvaje?

Ordann fue un continente plagado de supersticiones y leyendas en el pasado, pero los siglos de avances y descubrimientos se han encargado de borrar prácticamente todos sus fascinantes misterios. El nuevo milenio ha traído consigo el progreso, y hoy en día los enanos especulan en los mercados de valores, los elfos ejercen presiones políticas en contra de las otras razas, los humanos contaminan el mar con sus implacables industrias y los orcos luchan por recuperar su soberanía nacional en un mundo que les odia. Los magos, antaño figuras respetadas y ermitañas, ahora trabajan para los gobiernos como armas de disuasión y destrucción masiva. El mundo les adora como a estrellas, pero los dominios de la Magia, que siguen escapando al estudio científico, siguen siendo igual de peligrosos e insondables que en la época de los héroes.

Entonces, algo horrible ocurre: un violento atentado de origen mágico lo cambia todo para siempre. Un hombre que recibió un regalo envenenado, un elfo que no puede olvidar, una mestiza malhumorada de sangre elfa y humana, un joven irritante con un don peligroso, un viejo mago olvidado por la sociedad... decenas de personajes verán cómo sus destinos quedan entrelazados por un plan maestro que esconde un oscuro propósito.

Deseoso de venganza, un Triunvirato de fuerzas militares cruzará el ancho Océano Inquieto a bordo de sus portaaviones y destructores para invadir La Quijada, un reino ubicado en el continente perdido de Ismer, que ha permanecido aislado durante siglos. Su llegada supondrá un choque entre dos mundos muy diferentes: uno moderno, cínico y desencantado; el otro primitivo, medieval y plagado de horribles secretos.

**Lectulandia**

Iker Azkarate

# **La Puerta Enterrada**

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *La Puerta Enterrada*

Iker Azkarate, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## La Puerta Enterrada

**L**O que era eterno,  
lo que el cielo pintaba,  
con los siglos se apaga.

Bajad, bajad,  
cavad, cavad.  
La luz se escapa.

En el Reino Negro  
no hay luces que valgan.  
Los Padres aguardan.

Bajad, bajad,  
cavad, cavad.  
El frío os empapa.

Bajo el suelo una entrada,  
ni de oro, ni de plata,  
ni de piedra, ni enjoyada.

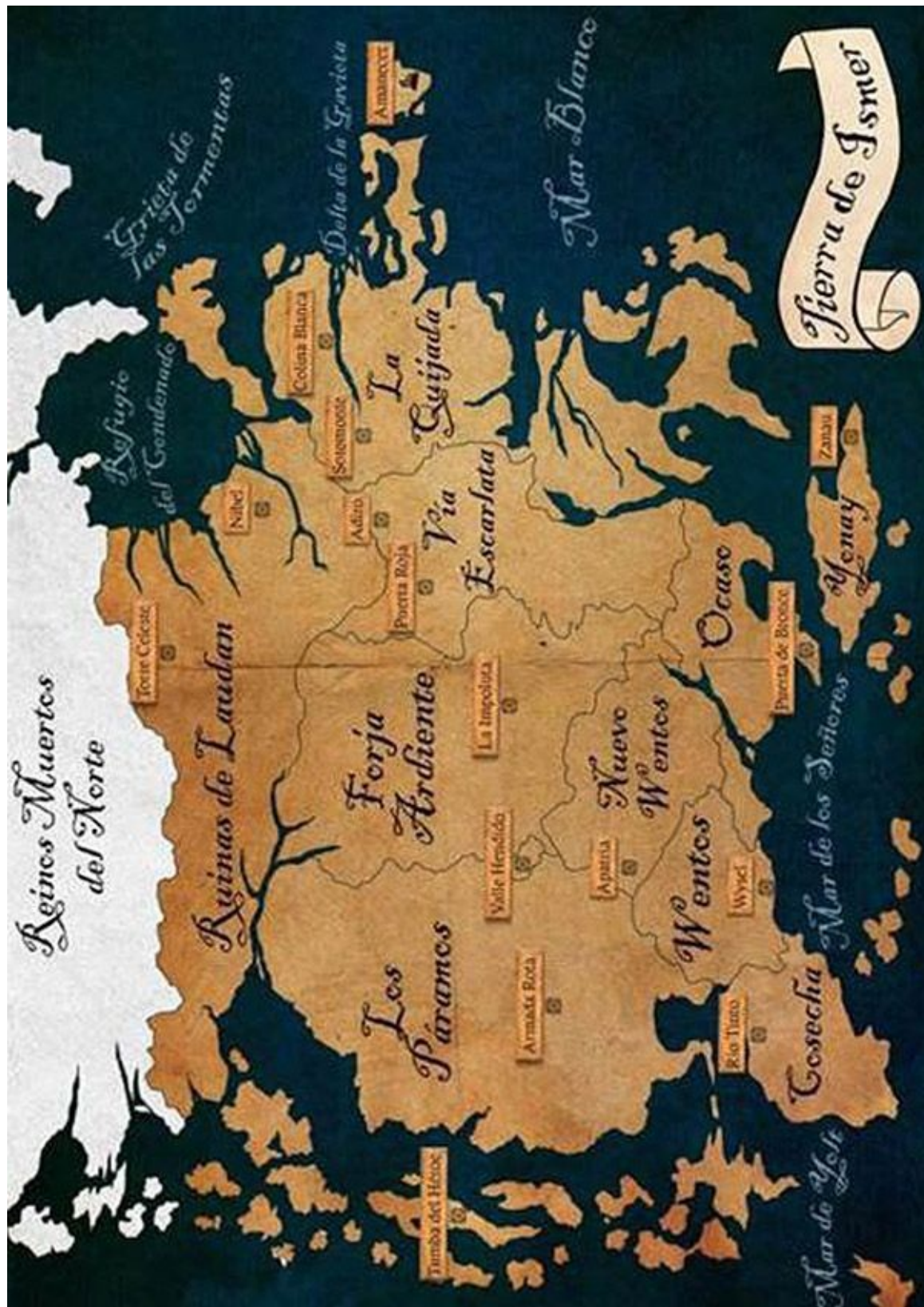
Bajad, bajad,  
cavad, cavad,  
hasta la Sala Olvidada.

Una puerta de madera,  
modesta y quebrada,  
donde todo viaje acaba.

Al otro lado, un banquete aguarda.

Bajad, bajad,  
estáis invitados,  
llamad a la entrada.

A la Puerta Enterrada.







## Las luces de Ismer

**N**O había más mundo que el que se consumía frente a ellos. La noche era cerrada y la oscuridad pegajosa, creando un lienzo perfecto para que las miles de cenizas candentes que se alzaban juguetonas fuesen las únicas estrellas permitidas bajo el espeso manto de las nubes. Si las lunas habían salido a danzar esa noche, no había forma de saberlo.

A ras de suelo, en el reino de los mortales, aquel resplandor anaranjado y sobrenatural había teñido las siluetas del llamado Ejército Enfermo. Soldados, arqueros, caballos, máquinas de guerra... sus formas crepitaban y se retorcían en un reflejo de aquella furia que lo consumía todo. Muchos de esos hombres, animados por las pasadas escaramuzas contra bandidos poco preparados, amaban canturrear y gritar tras un saqueo exitoso, pero esa noche callaban, poco convencidos de lo que acababan de hacer. Dudaban en un silencio sepulcral, apretando los dientes, tragando saliva, y Witts podía oler su incomodidad. Todos buscaban con la mirada al hombre que se había detenido a su lado. Para su sorpresa, el Profeta, en vez de calmar a sus seguidores con alguno de sus discursos grandilocuentes o sonrisas sinceras, dio la espalda a su ejército y le habló a él en privado.

—¿Está mal que disfrute viendo esto, sacerdote?

—¿Q... qué? —Witts se sintió estúpido al balbucear, pero le había cazado con la guardia baja.

Hadrien Cutter, cruzado de brazos, contemplaba aquel espectáculo erguido como una estatua, con sus dedos jugueteando inconscientemente con la llave dorada que colgaba de su cuello. Su mirada fascinada delataba que intentaba encontrar un significado oculto en las amorfas señales de humo que se unían a las nubes. Witts, instintivamente, quiso dar un par de pasos hacia atrás para colocarse en un discreto segundo plano, pero se contuvo. Siempre había soñado poder hablar con él, pero en ese momento tan solo quería que el mismísimo Abismo le tragase antes de cagarla.

—Es una vista fascinante —insistió el joven Profeta, sin apartar sus ojos claros inyectados en sangre de aquel panorama desolador—. Diría que es... hermosa. ¡Qué cosas digo! —Sonrió, divertido por sus palabras—. Mira qué brillantes son las llamas, cómo se retuercen y se abrazan entre sí antes de desaparecer... y el evocador olor a madera quemada... me recuerda a una vieja y acogedora chimenea. ¿Cómo puede ser que la destrucción pueda llegar a ser tan hermosa como la creación? Debería ser grotesca y desagradable, debería helar el alma al ser contemplada, pero solamente encuentro belleza ante mí. Una belleza cálida, casi... divina. ¡Así no hay manera de aclararse!

Las llamas, sorprendentemente danzarinas y juguetonas para su colosal tamaño y furiosa destrucción, revoloteaban con intensidad sobre los tejados de paja de la pequeña villa costera, antaño acogedora y discreta, robando las formas de un brillante

campo de trigo mecido al viento. Desde la distancia, esos lengüetazos de destrucción emitían un relajante crepitar parecido a una canción, acompañando al amable susurro de la olas de la playa que se extendía a lo lejos. Una sinfonía horriblemente bella.

—Bueno, qué me dices, ¿debería sentirme mal porque este espectáculo me parece bello?

Witts tragó saliva e intentó pensar algo, algo que sonase profundo y meditado. Los sacerdotes del Culto de la Iglesia sin Ventanas, también conocidos como Sepultureros, deberían saber un par de cosillas sobre moral y divinidad, pero hacía tiempo que Witts había ahogado sus inquietudes vitales en vino y había sacado a flote otras más terrenales. Los burdeles calentitos eran más acogedores que aquellos templos fríos excavados en el suelo que tanto le obligaban a amar.

—Bueno, vos sois el Profeta... y yo... soy vuestro siervo, así que no creo que pueda enseñaros nada. —Witts tenía casi medio siglo a sus espaldas, mientras que Cutter ni siquiera había cumplido los veinticinco, así que ese comentario sonó más estúpido de lo que hubiera creído. Los dos se dieron cuenta.

—¿Ah, sí? ¿Soy el Profeta? Gracias por recordármelo, sacerdote, porque se me había olvidado —resopló aburrido—. ¿Qué dice el Códice al respecto? No se lo digas a nadie... pero todavía no he tenido tiempo de terminármelo —sonrió.

—Vos... vos habláis por el Códice de la Iglesia sin Ventanas. Vos sois la encarnación de sus principios. Sois... la esencia.

Se sintió todavía más estúpido. No sabía qué decirle.

—El Códice es un puñetero libro, ¿cómo voy a hablar yo por él? Joder —murmuró con frustración mientras apretaba la mandíbula.

Witts se escandalizó al escucharle, porque despreciar el Códice de esa manera no era ninguna tontería. Si hubiese sido un campesino cualquiera, los guardias que les rodeaban ya le habrían lanzado al fuego sin juicio ni sentencia.

—¿Cuál era la pregunta? —dijo mientras notaba cómo se le sofocaban los mofletes.

—Tú eres el experto, digo yo, o no te habrían dado esa túnica negra tan sucia que tienes. Estoy preguntando si lo que he hecho está mal. Espero que a la tercera vaya a la vencida.

—Yo, eh, bueno... no sabría decir... quemar unas casas tampoco es tan grave...

—Mañana solamente quedarán cenizas aquí —le interrumpió, guiándole—. Si fuera tu hogar, estoy seguro de que te parecería algo más grave.

—Son las propiedades de unos blasfemos que acogieron al mal entre sus muros —recitó, más convencido—. Las casas arderán y se consumirán, pero el templo de la villa permanecerá a salvo, pues ni la llama más intensa puede arder bajo tierra. Cuando amanezca, estos pescadores podrán arrodillarse ante los dioses para pedir perdón por haber acogido a unos traidores.

Cutter le miró con cierta lástima.

—No te has enterado, ¿verdad?

—¿De qué?

—¿Ves prisioneros por aquí? —Le hizo mirar alrededor—. ¿O quizá familias apesadumbradas observando cómo sus posesiones se evaporan?

—No...

—Porque no quedará nadie para arrodillarse cuando amanezca. —Cutter apartó los ojos de las llamas y le miró con esa cara de chico bueno que tan desconcertante resultaba. Sonrió, pero no parecía de buen humor.

—Oh...

—¿Qué opinas ahora, sacerdote? Vamos, mójate, que si quisiera escuchar los sermones de siempre habría llamado al pesado de Kartarkus.

—Son... eran unos blasfemos... —volvió a repetir. Witts disfrutaba sermoneando a campesinos que solamente se limitaban a asentir y obedecer piadosamente, pero el Profeta era algo distinto a esas ratas ingratas. Era superior a él.

—Blasfemos, sí —repitió Cutter mientras volvía a dirigir su mirada a las llamas. Se mostró claramente decepcionado—. No es que les haya preguntado uno a uno si eran conscientes de que había traidores ocultándose entre ellos, pero sí tú lo dices, estoy seguro de que se lo merecían —bostezó.

Cutter pateó un pequeño montículo de piedra, asqueado. Witts, agobiado por ese horrible silencio incómodo, se atrevió a preguntarle algo. Fue algo instintivo y se arrepintió de hacerlo al instante.

—No es que quiera cuestionar vuestras acciones... pero... ¿por qué lo habéis hecho? ¿Por qué los habéis quemado, si ni siquiera sabíais si eran inocentes o no?

—¿Por qué? —Cutter bufó sonriente—. Porque puedo. Y lo más importante... porque nadie me lo han impedido. —Hizo una pequeña pausa, perdiendo su mirada más que nunca—. ¿Te das cuenta? Ni uno de mis hombres de confianza ha cuestionado mis órdenes. Ninguno de mis soldados se ha negado a prender esos tejados. Ningún civil se ha alzado desesperado cuando ha adivinado su porvenir. ¡Ninguno! Ni siquiera ningún sacerdote me ha dado un sermón que me haga sentir un poco culpable —le miró de reojo durante un instante—. ¡Así cualquiera se aclara para distinguir lo que está bien de lo que está mal! —Levantó los hombros y resopló hacia arriba, haciendo vibrar su perfectamente cortado flequillo—. Aun así, mentiría si dijese que no disfruto con esto.

—¿Con la belleza de las llamas?

—No, con la idea del amanecer que se acerca. Cuando ya has visto al sol asomarse por el horizonte miles de veces, dejas de apreciar su sencilla belleza. —Se acercó a él, poniéndole aún más nervioso—. En cambio, cuando la muerte entra en juego, cuando la tienes así de cerca y la puedes oler, todo se ve de otra manera, ¿no te parece? Cuando la luz se haga en breve, no será una visión banal para mí, y espero que tampoco lo sea para ti.

Como si hubiera esperado al momento perfecto para lanzar esas palabras, los primeros amagos de claridad siluetearon las pequeñas colinas al este, perfilando las

columnas de humo con pinceladas tenues de luz. El aire adquirió un tono mágico, de otro mundo. Witts podía sentir que el razonamiento del Profeta era retorcido, sádico, pero no supo rebatirlo. No en ese momento.

—No matamos por disfrute, querido Hadrien; matamos por responsabilidad —dijo una voz pomposa tras ellos—. Nosotros, los mandatarios, somos los que marcamos la ley más inalterable de todas, la que solamente está en manos de los dioses. Somos el reloj de este mundo, y si nosotros decidimos que llega la medianoche, la hacemos llegar.

Witts la reconoció. Era la voz de Tannu Kartarkus, el Arzobispo Enterrado, la máxima autoridad de la Iglesia sin Ventanas. Al menos, eso proclamaba ser. Había oído rumores; todos los habían oído. El anciano puso sus manos plagadas de anillos dorados sobre las hombreras de la armadura negra del Profeta, pero el chico se zafó de ellas, revolviéndose con desagrado.

—No he preguntado por tu opinión, Kartarkus —el Profeta puso los ojos en blanco al ver a su tutor—. Bastante tengo con que trates de escupírmela constantemente a la cara, por mucho que te pida que te calles.

—Solamente intento educarte, muchacho, para que te conviertas en un líder sabio y temible. ¿Y sabes cuáles son los hombres más temibles, hijo?

—No soy tu hijo. —Cutter se cruzó de brazos—. Tengo un padre, por si no lo recuerdas. ¿Es que esto no te parece lo suficientemente temible?

—La brutalidad crea un temor frágil —le respondió el Arzobispo—. No deberías temer a los mercenarios sin corazón que matan por oro, ni a los sádicos sin compasión alguna que jamás han pensado más allá del morboso placer propio, porque ser así es demasiado fácil, demasiado simple, y hasta el más necio podría cumplir ese papel. Los hombres más peligrosos son aquellos que comprenden el valor de la existencia, de la propia vida, y en consecuencia, deciden quiénes merecen la piedad y quiénes el castigo sin necesidad de consultar ningún orden moral impuesto. Y como no hay que administrar la piedad simplemente porque nos han dicho que es lo correcto, tampoco hay que despreciar la destrucción; hay que comprenderla, apreciar su belleza, y administrarla sin remordimientos. Los hombres que comprenden esto son los más temibles, pues incluso cuando son crueles, sus actos desprenden justicia. Una justicia irrefutable.

—Estás diciendo que he hecho mal al quemar a toda esta gente, entonces...

—Entiendo que estés enfadado por lo ocurrido, pero deberías concentrarte en mandar a todas tus tropas a buscarla inmediatamente, en vez de entretenerte aquí. Mientras la encuentran, no deberías dejar que tu furia se desate de esta manera tan poco controlada, porque estamos intentando conseguir apoyos sin violencia y estas acciones no ayudan en nada. Debemos ser astutos, ahora que estamos creciendo. La venganza sin control no lleva a ningún lado.

—No lo entiendes. —Cutter negó con la cabeza—. Nunca me has entendido. No he quemado este pueblo por venganza. El propósito de este fuego no es otro que el

amor.

—¿El amor?

—Antes te he mentado, sacerdote. —Cutter guiñó un ojo a Witts—. Quizá llegues a ver a unos pocos prisioneros esta noche. ¡Traedlos! —gritó a sus hombres.

Los cuatro hermanos Grakken aparecieron de la negrura, embutidos en aquellas toscas armaduras de brillo esmeralda que no dejaban ni un palmo de piel al aire. Sus movimientos resultaban tan mecánicos que a veces dudaba de que estuviesen rellenos de algo vivo. Sus espadas ondulantes brillaban en sus manos, reflejando los destellos del fuego en sus aceros llenos de muescas. No venían solos: frente a ellos, cuatro prisioneros maniatados caminaban torpemente. A juzgar por el cruel trato por el que habían pasado, no era difícil saber que ellos eran el motivo de la escabechina de esa noche. Los secuestradores. Los Grakken arrodillaron a los prisioneros frente a él, en el punto más alto de la loma, donde el espectáculo ocupaba todo el paisaje.

—Nuestro Santo sin Nombre observa desde su palacio negro, impostor —amenazó el más viejo de todos—. Tú sigue ganando méritos para que te visite.

—En qué tonterías creéis... —le dijo Cutter—. ¿Qué os va a ofrecer vuestro santo, si ni siquiera os da un nombre que susurrar en una oración?

—No nos ofrece nada, ni nosotros le pedimos nada —gruñó el prisionero.

—Y por eso el Pacto del Sol Negro no es más que una secta clandestina e ilegal y la Iglesia sin Ventanas es la religión oficial de Ismer. Por eso yo tengo un ejército a mis espaldas y vosotros tenéis que actuar como cucarachas escondidas en esquinas oscuras. Deberías tenerme más respeto, porque yo soy la voz de Ismer.

—No todos lo creen así, impostor, por mucho que Kartarkus te suba a un pedestal.

Cutter, contrariado, miró fijamente al prisionero rebelde durante unos segundos. Después, reanudó su caminar. Se acercó al primero de los cautivos, un chaval temeroso que clavaba sus ojos en el suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Mindel.

—¡Si no eres más que un chaval! —Sonrió—. Vaya, vuestro Santo sin Nombre tiene que estar muy desesperado para buscar carne de cañón entre niños. En fin... voy a hacerte unas preguntas, Mindel, y espero que me contestes con sinceridad. Primera pregunta: ¿me temes, muchacho?

—No —respondió con el poco orgullo que pudo reunir, mirando de reojo a sus compañeros. Desde luego, mentía descaradamente, porque era obvio que estaba aterrado. Cutter agarró su barbilla y le miró fijamente a los ojos.

—Oh, vamos, ni siquiera te has esforzado. Respuesta incorrecta.

El Profeta alzó la barbilla y el mayor de los Grakken supo qué hacer. Su espada cortó el cuello del chico con un único movimiento, lanzando su cabeza colina abajo. Su cuerpo sin vida cayó hacia el frente, derramando sangre como una copa volcada.

—¡¡Sed fuertes!! —les gritó el cuarto prisionero, que fue callado de un golpe de

su captor.

—Si hay algo que no me gusta en esta vida son los mentirosos, así que más vale que lo tengáis en cuenta a partir de ahora —dijo Cutter—. ¿Cómo te llamas tú? —preguntó al segundo.

—Alen.

—Otro chico delgaducho... ¿Y tú? ¿Me temes, Alen?

—Sí —respondió.

—Correcto. Deberías. ¿Cómo decías, Kartarkus? «Somos el reloj de este mundo, y si nosotros decidimos que llega la medianoche, la hacemos llegar» —bromeó mientras imitaba el acento ligeramente gangoso del Arzobispo. El anciano clérigo de grandes cejas forzó una sonrisa, pero estaba claramente disgustado.

Esta vez, el segundo de los Grakken no cortó la cabeza del hombre, sino las cuerdas de sus manos. El prisionero le miró con desconfianza mientras se frotaba las muñecas.

—¿Qué estás haciendo, Hadrien? —Kartarkus saltó como si le hubieran puesto un resorte en ese trasero huesudo que tenía.

—Cállate —le ordenó, y tuvo que mantener su mano en alto varios segundos para que el Arzobispo obedeciese—. ¿Me matarías, Alen?

El prisionero dudó.

—No —susurró inseguro—. ¡Yo nunca he creído en el Pacto del Sol Negro! El reclutador Udargus nos sacó de las mazmorras a cambio de servirle... ¡solamente robé un venado y me condenaron a diez años de cárcel! ¡No quería pudrirme en prisión! Por favor, prefiero unirme a vuestro Ejército Enfermo. Soy un buen soldado y sé que habéis admitido a otros que lo han pedido...

—¡¡Traidor!! —exclamó el cuarto prisionero antes de recibir otro golpe.

—¿Ejército Enfermo? —Cutter sonrió—. Así nos llaman ahora, eh... En fin, respuesta incorrecta.

—¡No, espera! ¡No era una mentira!

No tuvo tiempo de decir más. El segundo Grakken hundió su espada en su hombro izquierdo, creando un profundo tajo que le llegó a la altura del corazón, partiendo su pecho en dos. El verdugo tuvo que empujar el cuerpo con su pie para desencajarlo.

Cutter se acercó al tercero.

—No era una mentira, pero si hay algo que odie más que los mentirosos, son los traidores. Espero que corras mejor suerte que tus compañeros, chico.

—¡¡Te puedo decir dónde está la chica!!

—¡Cállate! —gritó el cuarto, recibiendo su tercer golpe.

—Haz caso a tu reclutador, que no quiero que me arruines el juego —el Profeta mandó callar al chico con un dedo—. ¿Cómo te llamas?

—Yodail.

—¿Me temes, Yodail?

—Sí.

—Respuesta correcta. —Desataron sus manos—. Vamos bien. ¿Me matarías, Yodail?

—Sí.

—Veo cobardía en tus ojos, pero estoy seguro de que lo harías si con ello pudieses salir de esta situación. ¡Espero que la presencia de mi ejército no te coarte! Y ahora viene lo mejor...

El tercero de los Grakken clavó su espada en el suelo, frente al prisionero.

—Mátame.

—¿Qué? —murmuró el prisionero.

—¿Qué? —repitió Witts, con los ojos abiertos como platos.

—¡¡Ni hablar!! —gritó Kartarkus, visiblemente nervioso.

Cutter se limitó a abrir los brazos, indefenso.

—Hazlo. Pero si lo haces, hazlo bien, porque si no te mato yo a ti, mierdecilla.

—¡¡Hadrien, detente ahora mismo!! —Kartarkus intentó intervenir, pero uno de los Grakken le agarró por su túnica negra, rasgando uno de sus grabados de oro—. ¡Esto no es un juego!

—¡Hazlo! ¡Mátalo! —le animó el cuarto prisionero. Esta vez, no recibió ningún guantazo.

Yodail miró la espada clavada con desconfianza. Sus miradas se cruzaron, y Witts supo que el chico pensaba lo mismo que él: era un juego en el que no podía ganar. No había que ser muy listo para deducirlo.

—¡Recuerda las palabras de nuestro maestro Soren, muchacho! —gritó el cuarto, el tal Udargus—. ¡Sin ella no es nadie, y ahora que se la hemos arrebatado no está aquí! ¡A estas alturas habrá escapado muy lejos!

—Soren... cuánto tiempo sin oír ese nombre. —Cutter sonrió juguetón—. Por aquí nadie se atreve a mencionarlo cerca de mí, por si me pongo nervioso.

—Mátalo Yodail, mátalo. Sin ella no es nada, te lo juro. No es más que un farsante.

—¡Clávame esa espada y lo comprobarás! —gritó Cutter, golpeándose el pecho—. Pero si fallas, si no muero, dejaré que seas el juguete de mis nueve lugartenientes. Puede que te regale a Vorfax... o a Ox.

—Oh dioses, a Ox no...

Witts adivinó que, desde la perspectiva del prisionero, la armadura negra de Cutter debía parecer estar envuelta en llamas, palpitante, amenazándole con su mera presencia. Yodail comenzó a murmurar oraciones, mareado. Finalmente, se acercó a la espada e intentó arrancarla del suelo, pero sus finos brazos, consumidos por una mala alimentación, no pudieron con ella. Se resbaló con la sangre de su compañero muerto y tardó casi diez segundos en levantarse patéticamente. Tiró y tiró, lo intentó varias veces, frustrado y con la derrota escrita en el rostro, y entonces comenzó a llorar.

—No puedo. No puedo —masculló mientras se arrodillaba de nuevo, abatido.

—Respuesta incorrecta.

El tercer Grakken agarró la cabeza del chico y la golpeó violentamente contra el filo de la espada clavada en el suelo. La hoja atravesó su frente con un ruido seco y la sangre comenzó a gotear hacia el suelo, reuniéndose con la de su compañero. Su cráneo quedó clavado hasta que comenzó a deslizarse lentamente.

—Si hay algo que odie más que los mentirosos y los traidores, son los cobardes. Y la última oportunidad de la noche va para... ¿cómo te han llamado antes? ¿Reclutador Udargus?

—Mi nombre ya no es importante.

—Um... acento de Los Páramos, ¿verdad? ¡Qué cosas encontramos tan al sur, en las preciosas costas de Cosecha, tan lejos de ese reino de mierda que nos vio crecer! En fin... a lo que íbamos, ¿me temes, reclutador Udargus?

—No —respondió con confianza. Aquel hombre de pelo negro y sienes blancas no debía tener más de cuarenta años, pero su rostro cansado le hacía parecer más viejo de lo que era.

—Respuesta correcta. ¿Me matarías, Udargus?

—Sí.

Le desataron. La cuarta espada se clavó frente a él.

—Adelante, ¡cógela! —le apremió el Profeta.

—¿Para qué? —Escupió frustrado al suelo—. Soren nos advirtió sobre ti y tus juegos macabros en los que siempre haces trampa. Lo único que quieres es que lo intente para que me puedas torturar sin remordimientos, para que por fin puedas dormir por las noches —aquel comentario pareció doler al Profeta. Todos sabían que apenas dormía.

—Puede que sí, o puede que no. No lo sabrás hasta que lo intentes —sonrió nervioso.

—¡Basta, Hadrien! —gritó Kartarkus.

—¿De qué tienes miedo, Arzobispo? —preguntó Cutter—. Si él tiene razón, moriré sin ver terminar este precioso amanecer y tú te habrás librado de un falso profeta. Pero si yo la tengo... quiero que todos lo vean. ¿Qué temes, entonces?

Todo el Ejército Enfermo les miraba en silencio, sin saber muy bien qué estaba pasando. Kartarkus no supo qué contestar.

—Estás más loco de lo que creía —dijo Udargus, arrancando la espada del suelo con desconfianza—. Mírate: has quemado una villa entera solamente porque nos hospedamos en ella, has matado a cientos de personas... todo para alimentar tus patéticos juegos. Todo para nada.

—¿Para nada? —Cutter sonrió de una manera espeluznante—. Te equivocas, reclutador Udargus: lo he hecho por amor. Mira bien.

Una figura surgió de la línea de árboles. Era pequeña, delgada, y portaba un vestido que una vez fue blanco como la espuma marina más pura. La chica estaba



llena de barro hasta la capucha, y las trenzas rubias que abrazaban sus hombros estaban deshilachadas como una cuerda vieja. A pesar de su demacrado estado, desprendía una belleza frágil y atemporal. «Selinde». Se acercó lentamente, deslizándose por la noche, y observó las llamas con horror. No debía tener más de dieciséis o diecisiete años, pero su voz sonó cansada como la de una persona agotada de vivir.

—Basta ya, Hadrien, basta, por favor. Volveré contigo.

Udargus tiró la espada al suelo, abatido, sabiendo que todos sus esfuerzos por apartarla de él habían fracasado. Witts, a pesar de no ser muy listo, comprendió el motivo de aquella crueldad.

—Respuesta correcta —murmuró Cutter mientras acariciaba la mejilla de la chica—. ¿Te gusta, amor? No sabía si llegarías a ver las llamas mientras huías en mitad la noche, así que, por si acaso, ordené quemar la villa entera para que su brillo se viese lo más lejos posible. Y usé todo lo que pude para avivar las llamas. Todo.

—Basta —ella bajó la mirada.

—Si vuelves a intentar escapar, amor mío, acabarás haciendo daño a gente inocente. Espero que no se te vuelva a olvidar.

Udargus cayó de rodillas y negó con la cabeza.

—Tanto trabajo... tantos sacrificios para arrebatártela...

—Todo para nada —repitió Cutter, retorciendo las palabras del prisionero—. Márchate, reclutador Udargus, vete a pedirle cuentas a tu Santo, y si realmente quieres vencerme, inventa tu propio juego y oblígame a jugar a él.

—¡Ni se te ocurra, Hadrien! —gritó Kartarkus—. ¿Le vas a dejar marchar? ¡¡Él conoce la identidad del traidor que hay entre nuestras filas!! ¡¡No pudo organizarlo solo, y menos con estos niños sin experiencia a su lado!! —Bajó la voz repentinamente—. Sabes que uno de los Nueve podría ser...

—No le necesito para nada —sentenció el Profeta—. Largo. Ah, y dile a Soren que pronto le encontraré.

La torre de un astillero próximo a la playa se colapsó a lo lejos, provocando un estruendo ahogado. Los escombros más pequeños rodaron por la arena envueltos en llamas, y unos pocos llegaron hasta las tímidas olas del mar, apagándose al instante y emitiendo sucias ráfagas de humo que cortaron la débil claridad matutina. Cuando Witts se volvió de nuevo, el prisionero había desaparecido.

—¿¿Quién ha sido el traidor que te ha ayudado a escapar con ellos?? —Kartarkus, furioso, agarró a la joven del brazo y la zarandeó—. ¡¡Tú lo sabes!!

Cutter le apartó de un empujón, tirándole al suelo. Todos los soldados vieron cómo lanzaba al barro a la mayor autoridad de todo Ismer. Aquello era una ofensa de primer nivel.

—No la toques. Ni se te ocurra. Ella no tiene la culpa de ser manipulada.

—Hadrien... Hadrien... —Kartarkus negó con la cabeza, apretando la vara de oro con sus manos grises mientras se levantaba. Mostró un claro gesto de humillación

que ahogó tragando saliva—. ¿Qué voy a hacer contigo, hijo mío?

—Lo mismo que voy a hacer yo: nada. No tengo ninguna prisa por terminar este juego del gato y el ratón, todavía no —sonrió mientras jugaba con las trenzas de la muchacha—. Quiero jugar limpio con ella... se lo ha ganado. Eso sí, cuando sepa el nombre de su amigo invisible, cuando dé con ese malnacido mentiroso, traidor y cobarde que quiere apartarla de mí, jugaré a los Cinco Tributos con él, y ella mirará. Me ocuparé personalmente de que lo haga.

## Un barniz escéptico

**ÚLTIMO** extracto del diario de Marsden Bhirgam - Director del Centro de Investigación Los Pilares.

Texto sujeto a revisión por el Departamento de Ultramar para su publicación en libro (ahora póstumo) de memorias. Párrafo comprometedor marcado con un [\*]

(Nota: se han encontrado siete borradores inacabados mucho más explícitos en su ordenador. Al parecer, la presión familiar tuvo el efecto deseado).

Se le han dado muchos nombres a lo largo de la tortuosa historia de las civilizaciones de Gevangenien: algunas bocas crédulas la llamaron milagro, prodigio, divinidad o maravilla, pero también fue bautizada con apelativos más macabros como hechicería, ocultismo, brujería o herejía, nombres normalmente acompañados de un escupitajo que buscaba purgar la boca de tan desagradable regusto. Como todo lo incomprensible, como todo aquello que nos aterra por informe, desconocido o inquietante, aquel fenómeno podía ser un acto celestial o bien una conjura maléfica; todo dependía del nivel de superstición del observador. Y como siempre suele ocurrir con todas las cosas que provocan dolores de cabeza a aquellos que no se esfuerzan en comprender, el término más ambiguo y simple de todos es el que ha prevalecido sobre los demás:

Magia.

No, no fue el nombre más original del mundo, y desde luego poco tenía que ver con los inocentes trucos de salón ejecutados por tipos con chistera que aparentaban serrar a una bella ayudante en dos. La verdadera Magia no era un truco barato, sino algo muy real, retorcido y peligroso que desafiaba cualquier entendimiento de la realidad. Era una brea oscura expulsada de lo más profundo de las entrañas de unos pocos elegidos, marcados por una virulenta enfermedad imposible de curar.

Durante los siglos oscuros de nuestro planeta, Gevangenien, aquellos que solamente conocemos por medio de polvorientos libros plagados de vagas contradicciones que fueron escritos mucho después de los acontecimientos que relatan, esos «elegidos» eran temidos y vilipendiados. Magos, los llamaron, en otro alarde de originalidad, aunque, cuando la oscuridad de las viejas tabernas les daba una ilusión de privacidad, los hombres humildes se referían a ellos como los Manchados, los Marcados o simplemente los Problemas, con mayúscula inicial. Los nobles de alta alcurnia, sin embargo, mucho más dispuestos a sepultar sus miedos guturales bajo brillantes montañas de oro, tendían a calificarlos como una excelente oportunidad de negocio e intimidación. El temor a lo desconocido es un arma muy poderosa en manos inadecuadas.

Magos. A pesar de sus terribles acciones, en el lejano y misterioso Ismer, donde el progreso y la razón se congelaron siglos atrás, aquellos engendros fueron adorados

como heraldos divinos; pero en nuestro Ordann, la joya de la civilización de la que tanto presumimos, nos dimos cuenta del peligro real que suponen hace ya mucho tiempo. A pesar de ello, no siempre los controlamos y domesticamos como ahora, y durante nuestros Siglos Oscuros, cuando cada pensamiento racional iba seguido de una oración rápida que lo sepultaba bajo la alfombra de la conciencia, les dejamos que nos reinaran y mandaran. Y así nos fue. No culpo a mis antepasados, pues poco más se les podía pedir a aquellas pobres gentes, dadas las circunstancias que les tocó vivir.

Han pasado miles de años desde los Siglos Oscuros y paso a paso, hito a hito, venciendo las dificultades impuestas por las mentes más cerradas que dominaron nuestro brutal pasado, los científicos hemos llegado a convertir las supersticiones en hechos. Antes, el cielo era cosa de los pájaros y los dioses, pero ahora, lo recorreremos a nuestro placer mientras nuestros pesados aviones bailan sobre las nubes. «Es Magia», se hubieran limitado a murmurar piadosamente hace miles de años, arrodillados, con la cabeza bien hincada en el suelo. ¿Milagro? No, ciencia. Una vez que se agarra lo desconocido y se arrastra hasta la luz del conocimiento, todo es posible.

¿Todo? No. Aún hay algo que desafía toda aclaración científica, que se esconde en la parte más oscura de este universo agonizante, moviendo sus podridos tentáculos en caprichosos ataques que no pueden medirse con ninguna fórmula ni razonarse con teorías. La maldita Magia. Incluso intentamos ponerle un nombre menos supersticioso, quizá para perderle el respeto: la Interacción Débil de Fuerzas Exóticas. Una definición simple que describe una infinidad de fenómenos sobrenaturales que abarcan desde leves jaquecas hasta rupturas radicales de las férreas leyes universales establecidas hace ya tres siglos. La odio. Hace que parezca que todos nuestros logros no valgan para nada. A veces creo que se ríe de nosotros. Es un pilar corrupto y agrietado que amenaza con derrumbar nuestro palacio del progreso.

Si nuestros pilares se tambalean, ¿qué nos queda? No disponemos de herramientas para arrancar esa coraza de misterio que la rodea, que la protege de ataques racionales y que la hace resplandecer como el ídolo de oro de algún culto arcaico. ¿Por qué la Magia obedece las órdenes de unos pocos elegidos? ¿Por qué la Materia Exótica descontrolada contamina la misma tierra hasta el punto de convertir zonas inofensivas en peligros mortales? No hay una causa y efecto claros. No hay más que patrones vagos.

Siempre he creído que hay dos tipos de reacciones ante lo desconocido: el más puro terror y la más pura curiosidad. Durante muchos años pertencí al segundo grupo, al de los valientes, al de los inconformistas que siempre tenían una pregunta más que lanzar. Ahora, con el tiempo y todo lo que he visto, no sabría decir cuál de las dos posturas es más insensata. El conocimiento es un estado irreversible, para bien y para mal. Cuánto me hubiera gustado permanecer ignorante ante las terribles cosas

que he tenido que ver.

Me he vuelto viejo y quejumbroso. Como científico empeñado en descubrir el sentido de las cosas, en descifrar la causa y el efecto, no sentía mucho aprecio por las viejas historias de dioses, héroes y princesas que sí me fascinaron durante la infancia. Uno acaba creciendo, y la madurez que viene acompañada con los inevitables cumpleaños suele aplicar un barniz escéptico a la vida, una capa que acaba convirtiéndose en duro sarcasmo; sin embargo, curiosamente, la cercana sombra de la muerte puede revertir ese efecto y convertirnos hombres piadosos de última hora. Por fin, la opaca barrera de la muerte se alza ante mí. Creía que nunca iba a llegar, pero llegó. Voy a cruzar su puerta. Siento miedo, pero no por lo que la mayoría de la gente lo sentiría.

Hace ya veintiséis años que fui ayudante de investigación durante el incidente del reactor de Materia Exótica de Kisev-4, y durante las siete semanas que estuve en cuarentena dentro de la zona de exclusión, contaminada de Materia Exótica hasta los topes, fui testigo de visiones que me perseguirán hasta el día en que cierre los ojos para siempre. Visiones grotescas que no desentonarían en las versiones más dementes del Códice de la Iglesia sin Ventanas. Lo real y lo imaginario se mezclaban como un todo indistinguible que destruía la sólida frontera que había construido entre fantasía y realidad, dejándome perdido, tembloroso, confuso.

[\*] Por eso, no he podido evitar sentir terror al escuchar las palabras que escupían los individuos que me han visitado últimamente. Me han hecho preguntas, algunas de ellas aparentemente inofensivas, pero yo he sabido ver más allá. Estos hombres uniformados con nombres falsos nunca tienen suficiente. No les ha bastado con convertir a los magos en armas de disuasión masiva, no, porque ahora quieren más. Me hacen preguntas que pueden ser la llave para desencadenar algo horrible, y yo, dócil como una mascota domesticada, he colaborado con ellos. Temo haber contribuido a algo aún peor que lo ocurrido en Kisev.

Me estoy muriendo. Cáncer terminal. Lo único que me consuela a estas alturas es que, quizá, cuando cierre los ojos para siempre, obtenga por fin la última respuesta que me falta para comprender este mundo. Pero ¿y si esas sombras que me atormentan son la respuesta? Si es así, como una broma horrible y cruel para los inconformistas e incisivos, para los soñadores que quieren cambiar el mundo, el corazón de este universo esconde la más terrible de las respuestas.

Muchos ancianos rezan por que haya otra vida más allá de la muerte; yo, en cambio, rezo para que no la haya. Si lo sobrenatural tiene algo que ver con lo que he contemplado, más me vale que mi alma se convierta en pasto de los gusanos.

Estado actual del sujeto: [Fallecido]

## El sonido de Ordann

**A**ARNAM SURCHAK agitaba suavemente su copa de *whisky* en la sala de espera, recreándose con el suave tintineo melodioso de los hielos que chocaban entre sí. Frente a él, visiblemente alterado, su joven ayudante Rov caminaba de izquierda a derecha y cuchicheaba como una vieja cotilla. Resultaba una costumbre bastante molesta, y más en ese pequeño momento de paz que disfrutaba antes de lanzarse al foso de las fieras, pero entendía que el pánico hiciese mella en él. Intentó abstraerse e ignorar al chico, pero resultaba una tarea francamente difícil. Cualquier cosa, por insignificante que fuese, llamaba su atención instintivamente. Era consciente de todo y nada a la vez. «Lo llevo en la sangre», pensó con tristeza; una excusa perfecta para no intentar cambiar sus malos hábitos.

—Tranquilízate, chaval, que esto va a ser un paseo —ni siquiera sonó creíble, así que forzó un bostezo para calmarle.

—Habrá mucha gente. —Rov se detuvo en seco, pero su pie derecho comenzó a martillar la alfombra inconscientemente.

—Bueno, me mirarán como a un bicho raro, como siempre hacen cuando entro a una sala, pero espero poder convencerles con mi labia privilegiada. No sabré planchar un traje ni hacerme el puñetero café por las mañanas, pero rajar por los cuatro costados se me da de maravilla. —No era ningún farol: Arnam era listo, rápido de palabra y reflejos, y contaba con una cultura con la que muchos de sus compañeros simplemente soñaban—. Hubo una época en la que incluso soltaba sermones mientras dormía. Al día siguiente mi mujer se levantaba y me decía: «ojalá tus enemigos se acostasen contigo; ya les habrías convencido a todos».

El muchacho soltó una risita nerviosa que pronto dio paso a una expresión de condolencia.

—Lo siento. ¿La echa de menos, señor?

—Todos los días. —Mintió de nuevo. La política le tenía tan absorto que pocas veces tenía tiempo de pensar en la pérdida de Gaelle o en lo poco que se preocupaba por su hija. Quería sentirse mal por ello, pero no lo conseguía.

Observó una vez más los bailarines cubitos de hielo de su *whisky*. Apuró la copa y recogió uno de ellos en su boca con delicadeza, para luego masticarlo con cierta saña. Le gustaba hacer crujir cosas en su boca, aplastarlas. «Supongo que esto también lo llevo en la sangre». Nervioso, introdujo en su boca el resto de hielos que quedaban con un rápido movimiento.

—Vamos muchacho, es hora de hacer historia —balbuceó mientras machacaba el agua congelada entre sus mandíbulas.

Aunque nunca había pisado el nido de víboras que era la Cámara Internacional de Razas y Naciones de Tres Mares, Arnam ya había adquirido una gran fama como encantador de peligrosas serpientes. A pesar de su popularidad, ninguno de esos

carcamales oxidados era muy fanático de las nuevas caras o de cualquier cosa que oliese a cambio, así que no esperaba un cálido recibimiento. «Espero que las amistades que he hecho me sirvan de algo hoy».

Arnau y Rov pasearon por los opulentos pasillos del área circundante a la sala principal, adornados con muebles de brillante caoba y viejas lámparas de araña que arrojaban cálidas luces a sus pies y teñían las paredes de un elegante color oro. A pesar de estar vestido con un traje de corte clásico que valía más de mil soles, se seguía sintiendo fuera de lugar en aquel recinto lujoso que olía a armario cerrado y a decadencia arrugada. Entraron en la espaciosa antesala común, una estancia acogedora invadida por decenas de sofás de piel en los que los más ilustres y orondos asambleístas de la Cámara reposaban sus flácidos culos cuando llegaba la hora de un receso.

—Nadie —dijo Rov—. Es raro no ver a nadie debatiendo por aquí.

—Dirás que es raro no ver a nadie holgazaneando por aquí —le corrigió—. Saben que el pleno de hoy va a ser televisado mundialmente, y tienen miedo de que su asiento vacío aparezca en los principales canales de sus naciones. Me odiarán, pero por lo menos he conseguido ponerlos a trabajar.

—Buena suerte, señor —dijo el muchacho con una sonrisa sincera. Arnau supo que lo decía de corazón, y agradeció sus palabras más de lo que hubiera esperado.

Mientras avanzaba por el pasillo que llevaba a ese cadalso político donde cientos de odiosas miradas le juzgarían y condenarían, los tonos cálidos que impregnaban el ambiente se fueron evaporando poco a poco, dando paso a un intenso fulgor blanquecino que se adivinaba al fondo del trayecto. Cada paso hueco que resonaba en el mármol le acercaba más y más a la luz, a una claridad que estaba acompañada de un murmullo creciente de voces que mezclaba jergas ininteligibles de diferentes idiomas, tonos y pronunciaciones. «El sonido de Ordann».

Cuando llegó a su meta, la luz del sol de mediodía que descendía a través de la mastodóntica claraboya central de la Sala de la Palabra le cegó, pero al mirar arriba pudo llegar a distinguir las imponentes cabezas de águilas que se encorvaban hacia abajo, acechantes, listas para abalanzarse sobre los ofidios que se encontraban reptando dentro de ese nido artificial. Bajo las imponentes aves, amparados en un amplio semicírculo perfecto de palcos de madera barnizada, se distribuían los asientos de las serpientes, más conocidas como asambleístas por los ilusos demócratas de a pie que les votaban. La forma circular del lugar daba sentido a todo el edificio; todo aquel que se situase en mitad de la sala, con las interminables filas de asientos ascendentes rodeándole, con cientos de miradas inquisitivas de todas las naciones de Ordann apuntando hacia él, podía afirmar que, efectivamente, estaba en el mismísimo centro del planeta en ese momento.

Tragó saliva. Todos le miraban y le señalaban con poco disimulo. Podía contar casi medio centenar de pilotos rojos en el palco de la prensa, apuntándole con objetivos fríos, y estaba seguro que muchos de los espectadores estaban al otro lado,

sentados frente a sus televisores, no cambiarían de canal impulsados por una curiosidad morbosa. «Es mi oportunidad», pensó al momento, pero un chispazo culpable recorrió su mente, así que tuvo que cambiar la frase: «Es la oportunidad de mi pueblo». Observó el caldeado ambiente, y se dirigió sin vacilar al lugar más importante del planeta, al atril central de la Cámara, dispuesto a ser escuchado. Se ajustó la corbata de nuevo y lanzó una mirada intensa a su audiencia, que poco a poco fue apagando el zumbido de avispero que le taladraba la cabeza. Era el momento de romper conciencias, de escribir la Historia con un discurso épico. Lo había ensayado tantas veces que no podría fallar. Ese día no quería encantar serpientes, quería aplastarlas.

—Señorías, Ordann ha cambiado —comenzó el discurso sin saludos ni peloteos baratos a su audiencia. No era el momento de lamer culos—. Se han necesitado muchos sacrificios, muchas muertes necesarias e innecesarias, pero Ordann ha cambiado, es algo innegable. La pregunta es: ¿para bien o para mal? Muchos se llenan la boca con una utópica armonía racial que...

—Señor Surchak —le interrumpió una voz acompañada de una risilla cansada—, ya sé que usted es nuevo aquí, pero esta asamblea tiene unas normas que hay que respetar, porque es tradición, ni más ni menos.

La Cámara comenzó a escupir risas por doquier, y el eco de esas carcajadas seseantes taladró su pecho mucho más profundo que la mejor de las brocas. La había cagado nada más empezar, y los discursos épicos no podían tener un falso comienzo. El momento mágico había pasado.

—Yo... no sabía... —balbuceó como un niño reprendido, pero nadie le escuchó.

—¡Silencio en la sala! —exclamó la voz.

El veterano Moderador Voluni descargaba mazazos contra la mesa de mármol mientras sus largos bigotes se sacudían al compás de los espasmos de su pálido brazo. Lejos de que sus palabras surtieran efecto, el zumbido se hizo más intenso y tardó unos segundos más en calmarse. Era difícil tener respeto por la figura de Fengus Voluni; era un tipo encorvado y mustio, de pelo enredado y piel transparente plagada de venas; por si su aspecto fantasmagórico fuese demasiado sutil, lo conjuntaba con una forma de vestir tan arcaica como sus ideas.

—Tenía un discurso preparado, señoría. —Arnarn gruñó enfadado tras recobrar la compostura.

—¡Un discurso! —Aquello le hizo gracia a Voluni, como si no esperase nada más que ladridos de él—. Qué cosas. En fin... Ordann es un continente libre, y usted es libre de hablar... mientras respete los turnos.

—¿Un continente libre? ¡Qué cosas! —dijo con saña—. Siento ser el que apague la música de esta fiesta multicultural de hermandad y amistad que tanto gusta a sus votantes, pero en Ordann hay de todo menos libertad.

—¡Los turnos! ¡Respete los turnos, por los dioses! ¿Acaso no hay buenos modales entre los suyos? —berreó Voluni, creando otra breve oleada de risas.



Arnam levantó los hombros, resignado, y le miró en silencio, esperando su turno. El anciano se demoró a propósito antes de volver a abrir la boca.

—El señor Surchak tiene la palabra —dijo mientras daba un suave golpe.

—Creo que ya era hora de que me dieran la palabra aquí, porque en los quinientos años de historia de esta Cámara, es la primera vez que uno de los míos es escuchado. Llevo semanas leyendo lo bondadosos que son ustedes por dejarme entrar hoy aquí, pero, al parecer, nadie se acuerda de por qué éramos vetados sistemáticamente en primer lugar. Nosotros, en cambio, no olvidamos. —Aún podría salvar los platos. El ímpetu volvía a impregnar sus palabras—. Muchos esperaban que nos rindiésemos, que nos cansásemos de estrellarnos contra el mismo muro una y otra vez, pero a pesar de ello, nos hemos vuelto más decididos y fuertes.

—Nadie duda de su terquedad, señor Surchak. No esperábamos menos de usted —volvió a interrumpirle Voluni, rompiendo su concentración. Las risas volvieron a aparecer.

—¡¡Me gustaría poder hablar sin ser interrumpido!! —rugió frustrado.

Una marabunta de *flashes* proveniente del palco de los fotógrafos le cegó durante unos pocos segundos. Buscaban el momento perfecto para hacerle parecer un salvaje, para que les diese imagen impactante que poner a toda página en sus primeras ediciones. El votante medio necesitaba reafirmarse en sus prejuicios para poder dormir tranquilo.

—¡A ver si tenemos un poco de respeto de sobra! —Voluni tosió y le acusó con el dedo.

—¿Me piden respeto? ¡Nosotros hemos soportado la esclavitud, la discriminación, el desprecio, la indiferencia, la explotación! ¡Hemos sido carne de cañón barata y efectiva en conflictos armados ajenos desde el amanecer de los tiempos! ¡Y encima nos piden respeto!

Arnam golpeó la mesa con el puño, cosa que desató otra pequeña explosión de fugaces luces blancas. «Ten cuidado. Tienes que ser firme, pero no agresivo». A veces le resultaba difícil contenerse. Respiró hondo.

—Si ha venido a denunciar crímenes de guerra, me temo que no ha elegido la sesión adecuada. —Voluni se puso unas gafas y repasó el acta que había en su mesa con dificultad—. Por lo que aquí veo, esta sesión trata sobre cuestiones... territoriales.

—Es más que una simple reclamación. Mi deber es defender el deseo y el bienestar de mi pueblo, de mi raza. Una raza que ha sufrido desde siempre el rechazo sistemático de la sociedad debido a los prejuicios, al racismo, al miedo al que es diferente. Bien, ¡pues eso se acabó! ¡Nunca...!

—Estupendo, estupendo, estupendo —suspiró el anciano—. ¿Puede ir al grano?

—¡Creía que se me daría libertad para hablar!

—Y la tiene, pero el tiempo de esta asamblea es oro, señor Surchak, y mi vejiga pequeña —más risas—. No podemos estar ocho horas hablando del mismo tema.

Ordann no se gestiona solo.

—¡Si solo llevo hablando un minuto!

—¡Lleva quejándose un minuto, más bien! Como siga así, tendré que pedirle que abandone el atril. ¡Creo que no aprecia la libertad de palabra que le estamos dando! Está usted alterando la normalidad de las sesiones.

—Si queremos normalidad, necesitaremos algo más que la libertad de palabra, desde luego. ¿Creen que ya tuvimos suficiente con que nos quitaran los grilletes? ¿Creen qué deberíamos agachar la cabeza y ser unos ciudadanos obedientes? Aún hay algo de lo que ustedes gozan pero a nosotros se nos niega sistemáticamente: un lugar en este mundo, ni más ni menos. Una tierra. ¡¡Nuestro hogar!! —rugió.

—Bien, señor Surchak, por fin vamos al grano. Usted está pidiendo que Jardín Cruzado ceda sus Islas Salvajes a su pueblo para que este pueda asentarse como una nación reconocida, ¿correcto?

—«Ceda» no es la palabra más adecuada, señoría; la cambiaría por «devuelva». Las Islas Salvajes son patrimonio histórico de mi pueblo desde mucho antes de que Jardín Cruzado las conquistara y nos echase de allí.

—Menudencias sin importancia —refunfuñó el viejo tras un amago de eructo—. Bien, ¡me alegro de que este ruego sea fácil de solucionar!

—No es un ruego, señoría. Es una exigencia —no pudo evitar corregirle de nuevo—. Y si fuera simple, ya lo habríamos conseguido alguna de las otras veinte veces que lo hemos reclamado sin éxito a puñeteros fósiles vivientes como usted.

—¡Será... malhablado! ¡Eso les ha ocurrido porque no saben reclamar con educación, sin duda! —Uno podía juzgar el enfado de Voluni por el número de esputos que escupía al gritar. En ese caso, más de una decena de proyectiles salivares brillaron bajo la luz de la Cámara—. No abuse de mi paciencia, señor Surchak. Pensaba que usted era más educado y erudito que sus predecesores, pero me está haciendo cambiar de opinión. Ha venido aquí a confirmarnos que ustedes no son más que salvajes.

No pudo más, y ocurrió lo que no debía haber ocurrido. Explotó.

—¡¡He venido aquí a reclamar nuestros derechos, y por mucho que se rían de mí, no abandonaré mi empeño!! ¡¡A ver si nos enteramos de que queremos nuestra tierra de vuelta de una puñetera vez, coño, y si hace falta, moveré cada piedra, llamaré a cada puerta!! ¡Porque yo soy un orco, y como mi noble pueblo, lucharé y lucharé! ¡¡Yo, Arnam, del clan Surchak, de la noble estirpe de los antiguos Golbar, vengo a exigir que nos devuelvan las Islas Salvajes para que podamos refundar la Nación de los Orcos en paz y armonía de una puñetera vez!!

Terminó. Su potente corazón del tamaño de la cabeza de un niño se sacudía y removía indómito en su gigantesco pecho, acuciado por el chute de adrenalina que la parte más primitiva de su cerebro había ordenado liberar en sus arterias. Ah, el efecto de la bendita adrenalina. No había mejor sensación en el mundo para un orco, pues siempre aparecía cuando el olor de la batalla estaba en el aire, y aunque no hubiera

llegado a las manos con nadie, aquello era una pelea con todas las letras. Tuvo que respirar hondo para calmarse. Él no era un bruto violento como sus antepasados, no. Los genes no dictaban su destino; sin embargo, se permitió agradecer a la genética el hecho de tener unos pulmones tan potentes, pues sus últimas palabras habían hecho vibrar las mismas cristaleras superiores de la Cámara de la Palabra.

—¿¿Y bien?? —preguntó.

Un incómodo silencio había empapado el frío aire, dejándole con el sonido de su pesada respiración. Por fin, la mayoría de los assembleístas respondió con discretos aplausos sin entusiasmo. «Ratas cobardes». Arnam sabía que el miedo de los gobiernos de Ordann a la ira de Jardín Cruzado no era lo único que enfriaba el ambiente. «Nadie cree que pueda conseguirlo», pensó, y se dio cuenta de lo paradójico de la situación: sin confianza no había votos, y sin votos no había confianza.

—¡Menudos ladridos! —gritó alguien—. ¡Para que luego nos echen en cara que hayamos vetado la entrada de bichejos como este durante estos años!

Arnám conocía perfectamente esa voz gangosa. Era Dionn Raíz, representante de los elfos fascistas de Tierra Descalza, la gran isla que custodiaba las modestas Islas Salvajes desde el este, dentro de las aguas del interminable Océano Desierto. Por si la presencia de aquellos desgraciados no fuese ya molesta de por sí, la interminable Costa de Hierro continental de Jardín Cruzado cercaba las Islas Salvajes por el oeste, poniendo al hogar histórico de los orcos dentro de una comunidad de vecinos algo incómoda, por decir algo. Como todos los de su calaña, Dionn Raíz era hijo de uno de esos marineros malhablados, maleducados y poco espabilados, los llamados Elfos de Mar, que frecuentemente hacían pasar vergüenza ajena a los refinados elfos continentales, más apegados al bosque y sin ningún interés en navegar. Era pelirrojo, como la mayoría de los suyos, y tenía rasgos poco armónicos, con huesos prominentes y una gran nariz; sus orejas, en vez de ser discretas y estilizadas, eran larguísimas y caían hacia los lados de su cabeza flácidamente. Arnám pensó que serían perfectas para ser agarradas con las dos manos mientras le hundía la nariz a cabezazos.

—Vaya... veo que el assembleísta Raíz no necesita seguir el protocolo para cagarse en mi raza, qué curioso. —Arnám miró a Voluni enojado, apretando sus manazas contra el atril—. ¿Tengo que pedir turno para cagarme en la suya o puedo contestar?

—¡Qué desfachatez! ¡Qué lenguaje! —Una vez más, Voluni se centró en recriminarle como a un crío, ignorando a Raíz—. Tierra Descalza es una nación vecina de las Islas Salvajes, así que el señor Raíz tiene todo el derecho del mundo a ejercitar su voz aquí. Sin embargo, este asunto atañe a Jardín Cruzado, ya que las islas están bajo su jurisdicción territorial. Señor Grava, tiene la palabra.

Arnám alzó la vista dispuesto a encontrarse con su némesis, con el mayor gilipollas pomposo que jamás había parido madre en Ordann: Arheil Grava. La

interminable nación de Jardín Cruzado le miraba a través de sus fríos ojos, intentando aplastarle bajo toneladas de soberbia y prepotencia. El asambleísta élfico dejó sobre su tribuna un libro que estaba leyendo desinteresadamente y carraspeó. Su camisa verde, atada hasta el último botón, rodeaba su estrecho cuello de manera asfixiante; sin embargo, su voz era suave y musical.

—Con la venia de su señoría —dijo sonriente. Sonó forzado, como siempre ocurría cuando un elfo pedía permiso a una de las «razas inferiores», que venían a ser todas las demás. Los cruzados, sin embargo, no eran tontos: sabían cuando tocaba hacer sentir importante a alguien.

—Adelante. —Voluni, como la mayoría de los estúpidos humanos, estaba deseando que un elfo le lamiera el culo, así que asintió orgulloso.

Grava, teatrero como el que más, se aclaró la voz y bebió un trago largo de su vaso de agua. En ese momento, sus estrechos labios guardaban el pensamiento de toda su nación. «Una única voz» era su lema, pues los habitantes de Jardín Cruzado no tenían ideologías enfrentadas o disputas internas desde hacía más de mil años; por no tener, ni siquiera tenían partidos políticos ni necesitaban mascaradas como la democracia o las elecciones, aunque participasen en pantomimas como la de esa Cámara para extender sus tentáculos en el ámbito político. Grava carraspeó suavemente.

—Por los Dioses de Sangre —le recriminó Arnam—, habla de una puñetera vez, elfito.

Arheil se levantó de su asiento situado en las filas centrales de la Cámara, ni muy lejos ni muy cerca, justo donde las naciones más poderosas del mundo se sentaban para conspirar y confabular. Sonrió confiado. Aunque aún no había abierto esa boquita llena de veneno, Arnam ya se imaginaba qué gran discurso grandilocuente y manipulado iba a recitar por esos pequeños labios apretados.

—No.

Se volvió a sentar.

—¿Ya está? —Gruñó Arnam.

—¿Acaso hay algo más que decir? —dijo Arheil sin remover una evidente mueca de asco, mientras volvía de nuevo su atención hacia el libro. Todo en él era perfectamente odioso. Hasta su pelo moreno, liso y tan brillante que parecía salido de un maldito anuncio de champús, daba cierto repelús.

—Parece que pensaras que estoy perdiendo el tiempo.

—Por supuesto —sonrió con prepotencia—. Discutir cuestiones históricas siempre suele ser una gran pérdida de tiempo. Todos pueden retorcer los hechos pasados en su beneficio, pero solamente hay una verdad irrefutable: el presente. Si no me equivoco, ahora mismo, las Islas Salvajes son nuestras. Punto final.

Aquel comentario se ganó unos cuantos aplausos de los asambleístas más radicales, que no podían ver a Arnam ni en pintura. Las demás razas tenían serias dificultades para sentir simpatía por un feo orco: Arnam, consciente de ello desde que

empezó a dedicarse a la política, procuró cultivar una imagen de orco refinado, inteligente y moderado que conseguía que los humanos y enanos viesan a su raza con menos prejuicios sanguinarios de lo habitual. Se limaba habitualmente los gruesos colmillos inferiores que escapaban de sus rugosos labios, se cortaba y engominaba su frondoso pelo negro plagado de canas, se afeitaba su voluminosa mandíbula todos los días y procuraba aparecer siempre enfundado en trajes impecables que lograban disimular sus anchísimos hombros, aunque a veces le daban aspecto de portero de discoteca con ínfulas de grandeza.

Su imagen dividía a los suyos; había quién lo consideraba el más refinado y evolucionado ejemplar de su raza, el mejor ejemplo de su legendaria capacidad de adaptación a cualquier medio hostil, fuera el que fuera, mientras que los sectores más radicales lo consideraban «humanizado» o incluso «elfizado», que era el peor insulto que se le podía atribuir a un orco.

—¿Tienes algo más que añadir o ese libro resulta más interesante que nosotros? —Arnam le pinchó incluyendo a los demás assembleístas en la puya. Debía tener un punto débil.

—No queremos a una raza de explotadores en una reserva natural tan delicada como las islas —dijo con desinterés—. Y punto.

—¡Pero si las islas son un maldito erial seco! —se quejó.

—Entonces, ¿para qué tanto grito por recuperarlas?

—¡Basta de falacias baratas! —le interrumpió inmediatamente. No debía dar tregua a ese manipulador—. Ni se te ocurra colgarnos la manida etiqueta de saqueadores sin escrúpulos. Puede que vosotros cuidéis el equilibrio de la naturaleza con especial mimo, pero ¿cuándo creéis que estaréis en disposición de firmar la Declaración Universal de Derechos de Razas?

«Chúpate esa, soplapollas», pensó.

Arheil apretó la mandíbula un instante y volvió a dejar el libro, pero su constante e inquebrantable gesto de desprecio, tan intenso como si tuviese uno de sus queridos Árboles Madre encajado en el recto, no se borró de su cara.

—Hablando de falacias... —Grava titubeó durante un instante. No había visto venir el golpe—. ¿A quién le importan estas tonterías? Nos estamos descentrando... las Islas Salvajes son nuestras por derecho, por historia. Y los elfos sabemos un par de cosas sobre el tiempo.

En eso tenía algo de razón: los elfos podían llegar a vivir una media de 175 años, lo que a todas luces resultaba demasiado tiempo para un ser pensante y andante. Sus cuerpos permanecían incorruptibles durante décadas y décadas, para luego envejecer repentinamente unos pocos meses antes de morir, cuando más invencibles se creían. Los orcos, por el contrario, apenas sobrepasaban los 45 años de vida en la mayoría de los casos. Arnam tenía los 35 años recién cumplidos, pero confiaba en que aún le quedaban unos cuantos veranos para luchar vigorosamente.

—Creía que los derechos y la historia se escribían en esta Cámara. ¿Y si

finalmente se aprueba mi propuesta aquí? ¿Tendremos nuestro hogar, entonces?

Arheil soltó una risilla desagradable, empapada de confianza.

—Claro..., Buena suerte —murmuró mientras volvía la vista a su libro.

—Entonces solamente quiero pedir a los asistentes que, cuando llegue el momento de la votación de mi propuesta, voten con el corazón lo que es correcto y justo —se esforzó para que su voz sonase afable y conciliadora—. Nunca olvidaremos a aquellos que nos apoyen. Nunca. No tengo nada más que añadir.

Recogió sus papeles y se retiró lentamente, con la cabeza bien alta, pero abatido por dentro.

—Por fin... —suspiró Voluni mientras se levantaba quejumbrosamente, dispuesto a trotar hasta el retrete—. Todos ustedes contarán con un plan detallado de las peticiones del señor Surchak para que puedan informarse en profundidad, así que poco más queda por decir. La votación final será la semana que viene, ¡como es tradición!

—¡¡Como es tradición!! —contestaron al unísono todos los asambleístas, en una única voz que invadió la sala.

El murmullo incesante de decenas de conversaciones volvió a empapar la Cámara, y Arnam, antes de desaparecer, echó un vistazo a la multitud que se desperdigaba en pequeños grupitos plagados de apretones de manos y sonrisas. «Falsos. Falsos amigos». Cada día le costaba más aplicar su conducta políticamente correcta a sus pensamientos. Había pensado en lo hermoso que sería ver ese lugar consumido por el fuego, en cómo disfrutaría al observar a todos esos supuestos defensores del interés general gritar de miedo como gallinas atrapadas en un corral en llamas. En cómo se pisarían y aplastarían por salir. No merecían nada más, ni nada mejor. «No tengo amigos aquí».

Caminó por la pasarela acristalada superior, en dirección al ala oeste, donde le habían asignado un despacho temporal durante su estancia. Al otro lado del cristal, bajo la colina que sustentaba la Cámara, los interminables rascacielos del centro financiero de Brisa Salada se alzaban hacia el cielo, atravesando con sus afiladas puntas las nubes invernales, luciendo unos cuerpos esbeltos de hormigón conectados entre sí por puentes y pasarelas que se extendían como lianas entre árboles. Brisa Salada era una ciudad sucia, implacable, tumultuosa, escandalosa incluso de madrugada, pero los cristales insonorizados hacían parecer a la capital de la nación humana de Tres Mares algo lejano e insignificante.

Recorrió el pasillo y leyó los elegantes letreros de las puertas que iba dejando atrás. En cada uno de ellos se podían leer dos cosas: el nombre del asambleísta que ocupaba el despacho y la nación a la que representaba. Tardó en dar con el suyo, que estaba escondido en una esquina poco iluminada. El nombre de Arnam Surchak, escrito de mala manera en un papel pegado con cinta aislante, estaba acompañado por una etiqueta en blanco. «No conseguirán desanimarme», pensó sin mucha convicción. Entró a ese cuarto de escobas donde apenas podía moverse sin tocar las paredes con

los hombros. Rov le esperaba sentado frente a la ventana enrejada, y nada más verle entrar, se levantó como un resorte. Arnam no tenía ganas de hablar, y solamente deseaba sentarse a beber un buen *whisky* para ahogar frustración.

—Lo sé, lo sé —gruñó como un viejo—. No ha sido propio de mí.

Cuando ya creía que había sido un día para olvidar, la mirada del joven orco le indicó que algo había pasado. Algo interesante.

—Señor, yo... —balbuceó el chico—. Le he pedido que espere su llegada, pero no parecía tener mucha paciencia. Ya se ha marchado, pero me ha dejado una nota para usted.

Arnarn recogió aquel trozo de papel perfectamente doblado que le ofreció. Una curiosidad malsana le invadió, y ni siquiera quiso perder el tiempo preguntando. Lo abrió.

*«¿Ya has pensado qué deseo vas a pedir cuando llegue el año nuevo, orco? Tengo un regalo muy especial pensado para ti. Pronto nos veremos las caras».*

—¿Qué es esto? ¿Otra puñetera amenaza de los elfos? —suspiró—. Puedes ponerla en la pila de reciclaje.

—No, señor. —Rov le miró inquieto—. Es una oferta. Una oferta de los humanos.

## Feliz Año Nuevo

**S**ALTÓ al callejón y se dirigió hacia el edificio contiguo haciendo gala de una rapidez felina, esquivando con soltura las masas de bufandas, gorros y serpentinas que fluían en dirección a la Plaza de las Mareas, donde darían la bienvenida al año nuevo a base de gritos ebrios y risas achispadas. El cielo estaba completamente encapotado, pero de vez en cuando el irregular perfil de la luna Sinistra asomaba por algún resquicio caprichoso, señalando con su tenue luz rojiza el perfil de ventanas tapiadas y las escaleras de incendios plagadas de estalactitas. Segundos después, como si jugasen entre ellas, la luz azul de Diestra tomaba su relevo, cambiando completamente su percepción del paisaje.

Forzó la entrada de la verja con un pequeño clip que siempre llevaba en el bolsillo y subió las escaleras a brincos, alejándose del escándalo, sumergiéndose en una ascensión oscura que cualquier persona sensata temería. El edificio era una antigua fábrica reconvertida en residencia, algo común en la zona industrial antigua de Brisa Salada, y aún conservaba su gran chimenea intacta.

El descansillo del último piso parpadeaba bajo la luz de una vieja bombilla mal enroscada, indicando que tras esa puerta vivía alguien que no deseaba ser encontrado, y que, astutamente, se había escondido en el pleno corazón de la ciudad, donde ni siquiera la policía se atrevía a husmear. Al otro lado de la puerta llena de muescas, una televisión emitía una actuación típica de las galas casposas de Nochevieja, y los ocupantes del piso, animados por los berridos del supuesto artista, se habían arrancado a cantar una pegajosa canción tradicional que hablaba de dinero y mujeres, para variar. «Humanos», pensó con tristeza, «es lo único que ansían en esta vida: gastar y follar».

Era el momento de actuar. Se ajustó la ridícula máscara de gato sobre su rostro, se ocultó las orejas puntiagudas con un par de mechones de pelo y llamó a la puerta con cierta teatralidad. Las voces cesaron al instante. Observó cómo la mira se oscurecía y escuchó el leve sonido de un arma amortillándose, pero se mantuvo en calma. Ya había previsto que no sería el alma de la fiesta.

—Vaya, se nos ha perdido un gatito por aquí —le dijo una voz ronca al otro lado —. Largo de aquí, borracho.

—A juzgar por vuestros gorgoritos afónicos, estoy mucho más sobrio que vosotros, matón de pacotilla. Más os vale callaros y escucharme ahora mismo, o puede que perdáis vuestras cantarinas gargantas muy pronto —dijo con su voz raspada por años de tabaquismo compulsivo.

La puerta se entreabrió ligeramente y el cañón de una exageradamente grande pistola se apretó contra su máscara.

—¿Qué me impide pegarte un tiro ahora mismo, soplapollas? —dijo el hombre que la empuñaba mientras lanzaba miradas suspicaces al descansillo.



—Nada. Con el escándalo de los petardos, nadie prestaría atención al disparo, y no creo que ningún vecino se queje por aquí.

—Me lo has puesto muy fácil —amartilló el arma.

—Entonces... si ya he pensado en todo esto, ¿por qué he llamado a tu puerta?

El hombre calló.

—¿Porque eres idiota?

—O porque sé algo que no sabéis —como esperaba, ese comentario provocó inquietud en el anfitrión—. Además, arruinarías con mi sangre este precioso felpudo, y sería una gran pérdida para el mundo de la decoración de bajo coste.

—¿Y se puede saber qué quieres?

—Hablar. ¿Desde cuándo las palabras pueden hacerte daño? —Sonrió bajo la máscara.

La puerta se abrió, y el enorme humano, un mastuerzo de más de cien kilos, le agarró de las solapas de la chupa de cuero, poniéndole de puntillas. El pulso de Erwann ni siquiera se inmutó: aquello era intimidación de manual y, a juzgar por su aspecto, aquel tipo no parecía esconder jugadas más peligrosas. Tenía una cicatriz en su labio inferior, su aliento apestaba a alcohol y todo su pelo parecía haber reptado desde la coronilla hasta su espalda en una desagradable y sudorosa migración. Sus brazos estaban llenos de tatuajes de la Señal de Valtar, un movimiento radical y xenófobo que no se andaba con chiquitas, compuesto, irónicamente, por una mezcla de expresidarios y expolicías de gatillo fácil que no tenían mucho que perder. Aquello le venía de maravilla: era como si expusiesen todas sus debilidades en su piel, telegrafizando su ineptitud. No sería fácil razonar con ellos, pero confiaba que aún quedasen algunas neuronas solitarias con instinto de supervivencia en aquellos cocos rapados.

Su anfitrión le metió a rastras y le sentó en una silla del comedor violentamente. En la mesa, cuatro matones de aspecto parecido bebían a morro de varias botellas de puro veneno alcohólico, mientras un par de mujeres despeinadas recogían los platos llenos de restos de comida. Todos se habían quedado paralizados al verle, y a juzgar por sus miradas de desconcierto, intentaban averiguar por qué había tenido el valor de aparecer por ahí. Un par de segundos después, los cuatro hombres desenfundaron sus pistolas y le apuntaron al unísono, despejando sus dudas: había llamado a la puerta adecuada.

—Antes de que abras la boca, gatito, que te queda una cosa bien clara: un solo movimiento en falso y te cosemos a tiros. Burt, corre las cortinas y echa un ojo al edificio de enfrente. Butch, tú acércate a la puerta y vigila las escaleras. Bard, tú atento la calle, a ver si alguien se acerca al portal. Como vea a alguien sospechoso, te voy a...

—¿Burt, Butch y Bard? —le interrumpió—. Parecéis personajes de una serie de dibujos animados —soltó un bufido prepotente. No quería herir su orgullo, y menos en esa delicada situación, pero necesitaba proyectar una sensación de seguridad que

les desconcertaría. Reírse de tipos tatuados y armados era una buena mala opción.

—Si veis algo anormal, por estúpido que sea, decídmelo al momento para que vuele la cabeza de este cretino. Preparaos. —El hombre dio la vuelta a una silla y se sentó ante él—. ¿Cómo nos has encontrado, gatito?

—Esa no es la pregunta más importante que deberías hacerme. Te propongo una mejor: «¿Qué podemos hacer para comenzar el año nuevo con pulso?». Esa sí que traería una conversación útil.

Aquellos idiotas no eran el colmo de la sutileza, y Erwann les leía como a un libro abierto: sus dientes de oro, su escasa higiene personal, las armas desproporcionadamente grandes, el desorden en la casa, la nueva televisión de plasma rodeada de cuadros dignos de un motel de carretera, la decoración hortera y chillona, el maquillaje poco discreto de las mujeres, sus alianzas de grandes pedruscos, la pila de platos sin lavar durante al menos dos semanas... podría averiguar prácticamente todas sus fobias, frustraciones y carencias sin cobrarles una cara sesión de psicoterapia.

De repente, notó que algo tiraba de su pantalón. Bajó la mirada y encontró algo malo, muy malo: se topó con la inocente mirada de un niño moreno de pelo revuelto. No debía tener más de seis años.

—Gatito —le dijo con una voz inocente y adorable, fascinado por su máscara. A juzgar por sus ojos y sus rasgos, era el hijo del matón que le había abierto la puerta.

Erwann se quedó paralizado, dolido por haber confirmado sus sospechas. Pocas cosas le importaban ya a su avanzada edad, pero la inocencia de un niño seguía siendo algo sagrado para él. Ese chiquillo no tenía la culpa de ser hijo de aquel saco de carne bruto e ignorante.

—Marla, Lovy, llevaos al puñetero niño a la otra habitación y dejadnos a solas, joder —gruñó el hombre, y las mujeres obedecieron en silencio.

Miró al televisor. El programa especial de Nochevieja ya había terminado, y las cámaras apuntaban hacia el Gran Reloj de la Plaza de las Mareas, con su esfera envuelta dentro de las formas de una imponente ola de piedra que se alzaba sobre los tejados bajos que la rodeaban. A los pies de su eterna figura, miles de cabecitas ebrias se apelotonaban eufóricas, apretadas hasta el agobio, listas para dar la bienvenida a otro mediocre año nuevo. Otro año más que hubiera deseado olvidar. Quedaban cinco minutos para la medianoche.

—Eh —el grandullón llamó su atención con la punta de su arma—. Tienes los cojones muy grandes para presentarte aquí sin avisar, gatito, y encima amenazarnos abiertamente. Si tanto quieres hablar, hablemos: ¿Se puede saber qué quieres?

—Habéis robado algo a mi jefe. Algo muy valioso, algo que quiere de vuelta.

—No sé de qué me hablas, capullo.

—Has cometido dos errores —suspiró—: te has hecho el idiota y me has tomado por idiota. Hace dos semanas, en mitad de una tormenta, robasteis algo muy valioso de uno de nuestros... cargueros, para después hundirlo justo antes de que alcanzase la

costa.

—Buen intento, pero ningún barco navega por alta mar en invierno si quiere seguir a flote. No en el Océano Inquieto. Es demasiado peligroso.

—Eso debería darte una idea de la importancia de lo que transportaba —se acercó a él, intimidante—. Sé que no debió ser fácil robarlo, pero mi jefe lo quiere de vuelta, porque es algo que le ha costado mucho conseguir. Eso sin contar que nuestro transporte era muy caro, claro, y ahora reposa en el fondo del mar por vuestra culpa.

—Si vamos a empezar a lanzarnos mierda, al menos podríamos vernos cara a cara. —El matón intentó alcanzar su máscara, pero Erwann se apartó suavemente—. ¿Eres tímido, gatito? Creo que no sabes con quién te estás metiendo, así que más vale que obedezcas.

—No, creo que vosotros no sabéis con quién os habéis metido, más bien. Vengo de parte de Ojos de Cristal, y creo que ya sabéis lo que significa. Él es el dueño legítimo de lo que habéis robado.

Todos se echaron a reír.

—¡Menudos cojones tienes, gatito! —dijo el grandullón entre carcajadas—. ¡Si tenemos un emisario del temible Ojos de Cristal en el salón y nosotros sin saberlo! ¡Qué miedo! Ahora eres tú el que me toma por idiota: Ojos de Cristal no es más que una leyenda para asustar a matones de poca monta y hacer que no husmeen en las cajas fuertes de algunos peces gordos. Tendrás que esforzarte un poco más si quieres meternos el miedo en el cuerpo... no eres el primero que nos subestima —apoyó su brazo tatuado en la mesa.

—Si estoy aquí hablando con vosotros en vez de estar pisando vuestros cadáveres es porque no me gusta que mueran inocentes, y vuestras familias no merecen pagar por vuestra clara falta de inteligencia. Mis compañeros, en cambio, no son tan considerados. Si os negáis a negociar conmigo, llegará el turno de ellos.

El matón echó una mirada a sus compinches en busca de indicios de alguna encerrona. Todos negaron con la cabeza.

—¡Tus compañeros, claro! ¿Son invisibles? Porque a mí me parece que estás solo aquí...

—Me cago en la puta... ¡mira! Es un elfo —señaló uno de los mercenarios—. Mira sus orejas.

Eran difíciles de ocultar, incluso debajo de sus rizos negros. Erwann hubiera preferido que no se hubieran fijado, pues su naturaleza solía desviar los temas de conversación a terrenos minados de prejuicios, y no había nada más banal que humanos escupiendo tonterías sobre razas superiores e inferiores.

—¡Un elfo en Tres Mares! Estás muy lejos de tu casa como para tener amigos por aquí, abrazapinos. Creía que no soportabais el hedor de los humanos.

—Putos asquerosos —uno de ellos escupió en el suelo instintivamente.

—¿Sabes qué? —El grandullón sonrió confiado—. Estaba pensando si eras muy listo o muy tonto, gatito, pero creo que me lo has confirmado tú solo. Tu estrategia es

típica de los elfos: siempre subestimándonos, creyendo que todos los humanos somos estúpidos y manipulables. Pues yo creo que estás solo y has intentado robar nuestro trozo del pastel con tus palabrejas, a ver si colaba, ¿verdad? Te crees listo, pero no lo eres. No nos vas a comer la cabeza con tus trucos. Quítate la máscara. Ahora.

Erwann obedeció. Sabía cuándo era mejor seguir la corriente antes de ahogarse nadando en contra de ella.

—Un momento... tu cara me suena.

—¡Le recuerdo! —Butch chasqueó los dedos—. Vi su cara en un documental antiguo, de esos que echan a la hora de la siesta. ¡Creo que es un poli! Fue aquel investigador que resolvió los jodidos crímenes de esa secta de locos en los años setenta.

—¡Un poli! —El jefe le apuntó a la cabeza al instante.

—Cálmate, idiota. ¿Desde cuándo un policía llama a la puerta de un delincuente en vez de tirarla abajo? Fui un asesor del equipo de investigación policial, nada más, sin placa y sin pistola. Y si viste ese documental hasta el final, sabrás que me retiré de esa vida nada más resolver el caso de los Falsos Ídolos. Ahora trabajo por mi cuenta.

—Lo recuerdo. Hijo de perra... miradle bien. —Butch se acercó a escudriñarle—: tiene el mismo aspecto que hace casi cuarenta años. Es como ver una puta fotografía.

A pesar de haber sido bendecido con el don de la prolongada juventud élfica, Erwann no se sentía lleno de vida, ni mucho menos. Después de todas las perrerías que había vivido en sus carnes incorruptas durante el último siglo, su actitud se acercaba más a la de aquellos ancianos humanos, arrugados y quejumbrosos, que a la de un chaval despreocupado capaz de comerse el mundo. Sin embargo, cuando se miraba al espejo todas esas malditas mañanas que mantenía clasificadas ordenadamente en su mollera, el reflejo que aparecía ante él mostraba un perfecto elfo, de frondoso cabello negro, con un rostro canalla de vividor adornado con orejas afiladas y unas profundas ojeras. Por si el hecho de que fuera un abrazapinos no llamase lo suficiente la atención, sus extraños ojos de color azul pálido sin pupilas le convertían en el perfecto extraño que señalar discretamente al pasar. Sus pozos azules, heredados de sus antepasados silvanos, de hábitos nocturnos, no eran especialmente útiles bajo la brillante luz del día, y necesitaba lentillas para poder ver con normalidad sin cegarse.

—Tiene que venir de parte de un pez gordo, jefe —dijo Butch, nervioso—. Este no es un cualquiera. Era una especie de superdotado, o algo así, y los millonarios se lo rifaban para resolver desapariciones y asesinatos de familiares.

—Me da igual de dónde venga... no pienso dárselo a este gilipollas —dijo uno de ellos—. Ni aunque viniese realmente de parte del mismísimo Ojos de Cristal. ¡Llevamos veinte años navegando y asaltando barcos, pero casi palmamos todos durante este puñetero encargo! ¡Mi sobrino se hundió con el puto barco, joder! No me digas que murió por nada, jefe. Si vendemos la mercancía a las personas adecuadas, podríamos convertirnos en millonarios.

Dos minutos para la medianoche. Los mercenarios se miraron entre ellos, nerviosos. Había sembrado la duda. Unos minutos más y podría conseguir salir de allí con todo lo que había venido a buscar.

—No le vamos a dar nada —respondió el jefe, menos confiado que antes. El cambio en su voz era sutil, pero perceptible. La presión estaba funcionando.

—No lo entendéis —aclaró Erwann—. No hay discusión en este asunto: me lo vais a dar, queráis o no, pero está en vuestra mano hacerlo por las buenas. Para eso he venido. Y para preguntaros una cosa.

—¿Qué?

—¿Quién os contrató? Ojos de Cristal tiene muchos enemigos, pero pocos pueden permitirse proporcionaros el equipamiento tan caro que usasteis. Está... intrigado.

Se hizo el silencio.

—Nos engañaron —se justificó el jefe, tragando saliva—. Nos contrataron para matar a todo aquel que encontrásemos en ese... extraño carguero, esa fue la única exigencia. Todos debían morir, sin excepción. Nos dijeron que sus bodegas estaban llenas de riquezas, que podríamos quedárnoslas todas, pero nos mintieron. Allí no había nada de valor, y perdimos a dos de nuestros chicos en el asalto, uno de ellos de apenas dieciocho años. Apenas había guardias, ¡pero el mar casi nos ahoga a todos! No podíamos irnos con las manos vacías. Por eso incumplimos las condiciones. Por eso nos lo quedamos. Casi lo matamos junto con los demás, pero cuando vimos sus brazos... supimos quién era en realidad.

—No tengo ningún interés en saber qué o quién es el paquete en realidad. Solamente quiero recuperarlo y que contestes a mi pregunta. La ubicación y el contenido de aquel carguero era un secreto de mi organización, y no creo que unos descerebrados como vosotros lo averiguaseis sin más y organizaseis un asalto en mitad de ese terrible oleaje invernal. ¿Quién os contrató? —repitió con firmeza. De repente, las tornas cambiaron. Ellos se sintieron vulnerables. Olió su repentino miedo.

Un minuto para medianoche. El escándalo de la gente en la calle se hizo más intenso, y las risas y los gritos se colaron en la habitación empujados por el viento helado que ululaba a través de las rendijas de las viejas ventanas. El jefe, súbitamente consciente de cómo había cambiado la situación, volvió a pedir un informe de sus compañeros con la mirada. Todos los observadores negaron de nuevo. Al ver que la amenaza no existía, se recompuso lentamente. Se irguió, puso los brazos en jarra e hinchó el pecho, intentando recuperar el respeto de sus compañeros. Aquello no le convenía.

—Casi me convences, pero llevas un buen rato aquí y todavía no he visto la furia de Ojos de Cristal caer sobre nosotros —el hombre corpulento se esnifó los mocos.

Treinta segundos.

—Caerá como sigas siendo tan terco. Rendíos. Entregadme el paquete y nadie saldrá herido. Me lo llevaré y podréis brindar por el año nuevo. Seréis un poco menos ricos, pero por lo menos respiraréis.

—Me conmueve tu preocupación por nosotros, elfo, pero me parece que este no va a ser tu año. Si quieres llevártelo, necesitaremos más pruebas que tus putas palabras que intentan confundirnos.

—Las tendrás. Baja el arma y hablaremos. Hazlo por el chico.

Veinte segundos.

—No metas a mi hijo en esto, cabronazo —el jefe negó con la cabeza intentando aparentar firmeza, pero sabía que dentro de aquella cocorota rapada estaba asimilando la idea. Solamente necesitaba un poco más de tiempo. Los humanos eran lentos a la hora de razonar.

Diez segundos.

—Por favor —suspiró Erwann—. Ya he tenido suficiente sangre en mi vida.

El reloj marcó las doce en punto, y el gentío se dejó la garganta dando la bienvenida al nuevo año. De repente, decenas de intensos estallidos iluminaron la habitación. Los matones alzaron sus armas, apuntando a ninguna parte, mostrando unos gestos de pánico no muy propios de tipos tatuados y rudos. Eran los cohetes de año nuevo, reventando sobre ellos, emitiendo cientos de luces de colores parpadeantes que entraron por las ventanas, creando sombras extrañas y efímeras. El estruendo de sus estallidos se hizo prácticamente ensordecedor e hizo vibrar los cristales intensamente.

—Joder, tengo que admitir que me los has puesto de corbata, abrazapinos —bromeó el jefe. Los hombres comenzaron a reír nerviosamente, aliviados tras ese estúpido momento de pánico.

Súbitamente, la luz del piso se cortó tras chasquear un par de veces, dejándoles a oscuras. Fue entonces cuando Erwann se dio cuenta de que el tiempo de la diplomacia se había terminado.

—Lo siento —dijo con voz triste mientras apoyaba su bota en el bordillo de la mesa.

Empujó su pierna hacia delante con un movimiento seco, poniendo la silla a dos patas y dejándose caer de espaldas. Al alcanzar el suelo rodó sobre sí mismo y se acurrucó en una esquina, esperando lo inevitable. Todos le miraron como si fuera idiota, pero entonces cayeron en su error. La amenaza había estado muy cerca todo el tiempo. Ni en la calle, ni en el descansillo, ni en los edificios de enfrente: mucho más cerca.

Cientos de intensos destellos dorados aparecieron a través del techo y atravesaron el salón, formando una lluvia de chispas ardientes, barriendo todo lo que encontraban a su paso, armando un escándalo tan ensordecedor que hizo caer los cuadros, formando brillantes trayectorias que caían hasta atravesar las baldosas del suelo, levantando escombros por los aires y llenando la sala de polvo. Esas letales estrellas fugaces del calibre 50 eran tan potentes que hundieron la mesa en un par de impactos, pulverizándola en una nube de astillas. Erwann, gracias a su privilegiada visión nocturna, no pudo evitar observar cómo la cabeza del hombre corpulento se abría

como un melón maduro, esparciendo sus escasos sesos por encima de su camiseta de tirantes. Los demás secuaces no duraron mucho más de pie, y más después de recibir tantos balazos en el cuerpo que prácticamente se deshicieron en un charco de tripas. Al caer al suelo, los abundantes hilos de sangre comenzaron a reptar por la sala, colándose por los agujeros, arrastrándose como el último aliento de vida de aquellos insensatos.

Diez eternos segundos después, los disparos cesaron y la luz volvió a las pocas bombillas que habían aguantado el chaparrón. Los cohetes continuaban explotando fuera, manteniendo al gentío en una ruidosa ignorancia que había velado lo que acaba de ocurrir, pero dentro de la habitación se había creado un silencio sepulcral. Erwann tosió para expulsar de sus pulmones todo aquel polvo que se había pegado a sus entrañas. Escuchó pasos bajando de la azotea a través del acceso de escaleras. La puerta de entrada se cayó sola al suelo, y varias figuras entraron a la habitación portando ametralladoras humeantes y unos caros visores térmicos en el cuello.

—Ah, sigues vivo —suspiró decepcionado Roedor, oculto tras su máscara de ratoncito feliz.

—¡Idiotas! —les gritó furioso—. ¡Podría haber conseguido que se rindieran si me hubierais dado un poco más de tiempo!

—No podíamos desaprovechar una oportunidad tan buena —le dijo el gigantesco Rugidos, señalando al escándalo del exterior. Su máscara de león apenas podía ocultar su imponente mandíbula orca.

—Dioses —el humano Gallo, el más joven y susceptible de todos, se quitó la máscara de ave durante un momento para amagar una arcada—. Menuda carnicería.

—Os dije que había niños en la casa —protestó Erwann—. Os lo dije, pero os ha dado igual.

—La verdad es que con estos cacharros de visión térmica es difícil distinguirlos. ¿Los niños eran los puntos pequeñitos, no? —Roedor soltó una risa maléfica.

—¿Desde cuándo matamos niños? ¡No somos animales! —gritó.

—¿No lo somos? —Roedor señaló su máscara—. No vamos a tener piedad porque esta escoria ladrona haya decidido reproducirse; desgraciadamente, hasta el más idiota puede tener hijos. No te creas mejor que nosotros por ser un expoli listillo que creía que con soltar cuatro palabrejas cambiaría algo.

—Lo hubiera conseguido con un poco más de tiempo. Nadie me dijo que tenía hasta la puta medianoche.

—Año nuevo, vida nueva. —Roedor levantó los hombros—. Deberías cambiar de costumbres. Siempre analizando, siempre pensando... ¿es que no te aburres de ser tan cobarde?

—No confundas la cobardía con la astucia, ignorante —le señaló—. Ya me aburriré en el funeral de algún «valiente» de gatillo fácil como tú.

—Oh, a este paso lo harás, vieja gloria. —Roedor soltó una risilla, como si morir joven fuese algo astuto y digno de elogio.

—Alguien me dijo una vez que hasta las personas más indeseables pueden convertirse en abono para las flores más hermosas —recordó con amargura—, así que echaré tierra en tu ataúd con gusto. Con el pedazo de mierda que eres, serás un alimento perfecto para unos bonitos geranios pelirrojos.

—Creo que te has vuelto demasiado viejo, Gato. Deberías irte a beber cócteles con jubilados y dejarnos a los jóvenes hacer nuestro trabajo.

—No pareces viejo. —Gallo le miró extrañado—. Dicen que tienes un siglo a tus espaldas...

—Noventa y siete años —le corrigió al instante—. Ya me pesan lo suficiente, así que no necesito que me añadas más.

—¡No me jodas! Si pareces tan joven como yo... ¡qué envidia!

—Claro —gruñó.

Erwann se levantó la máscara lo justo para llevarse un cigarrillo a los labios. Lo necesitaba. Su mechero de cierre favorito emitió un breve fulgor cálido, dejando paso a una pesada cortina de humo que se coló por los ojos vacíos de su máscara. Antes de que pudiera aflojar el nudo de la fina corbata negra que llevaba bajo la chupa, la puerta del fondo de la habitación se abrió de golpe, pillándoles a todos por sorpresa. Una de las mujeres, desesperada, gritando como una loca, herida en el hombro, le apuntó con un arma. Erwann, atontado, se quedó mirándola, quieto como una estatua. No pudo dar ni tres pasos antes de que Rugidos le torciese su frágil cuello con un movimiento seco de sus zarpas. Cayó como un saco al suelo, y el silencio volvió de nuevo.

—¿Ves? No hay nadie inocente —remarcó Roedor, dando una patadita al cuerpo—. Comprobad que no tengamos más sorpresas de año nuevo —ordenó.

Rugidos entró en el dormitorio y miró alrededor con indiferencia. Erwann podía ver el fulgor de las gotas de sangre que manchaban las paredes.

—No habrá más sorpresas —dijo el orco—. Ni grandes ni pequeñas.

Se hubiera derrumbado si le quedase algo de rabia. Se limitó a tomar una calada del pitillo y suspirar.

—Veamos si nuestro paquete está intacto —dijo Roedor mientras arrancaba a culatazos el candado de una puerta cerrada.

La puerta se abrió.

—Dioses —murmuró Gallo al ver al paquete—. ¿Esta es la Chispa? ¿Qué le ha pasado?

—Es un mago —aclaró Erwann nada más verle. Aquella frase siempre le daba un escalofrío, y más después de haber visto con sus propios ojos la imagen que le convenció para retirarse definitivamente. No era una sensación que volviese a él frecuentemente.

Observó al hombre que yacía en el suelo de la habitación, echado sobre un viejo colchón lleno de manchas de orina. Estaba semidesnudo, apenas tapado por una sábana blanca sucia, y su espalda de piel morena estaba plagada de rosadas huellas



cicatrizadas que indicaban que había recibido cientos de latigazos tiempo atrás. Su pelo, que estaba despeinado y enredado sobre su rostro dormido, era negro como el carbón. Hubiera parecido un vagabundo anónimo más si no fuera por sus brazos, que de codos para abajo se mostraban consumidos como dos troncos quemados de una hoguera ya apagada. Decenas de oscuros fragmentos cristalinos brillaban y asomaban de los surcos arrugados de su piel.

—¡Un mago! —Gallo empezó a hiperventilar—. Ahora entiendo por qué tanta prisa por recuperarlo. Me sentiría más seguro si Anders estuviera aquí.

—Anders no está aquí por un buen motivo —dijo Roedor—. La cagó, y ahora pagará las consecuencias.

—¿Por qué se arriesgaron a secuestrarlo estos tipos? Los magos son muy peligrosos...

—Y muy escasos. Y por lo tanto, muy caros —añadió Erwann—. Cualquier gobierno o corporación pagaría muchísimo dinero por tener a un mago entre sus filas, aunque fuese un viejo destartalado como este. Ni siquiera necesitarían que estuviese consciente para que la gente se lo pensase dos veces antes de atacarles.

—Su utilidad no es asunto nuestro —dijo Roedor—. Si está vivo, nos lo llevamos. Parece estar profundamente sedado. Savia de Flores Blancas, quizá.

—Estupendo, entonces no nos dará problemas. —Gallo se rascó la barbilla—. ¿Podemos quitarnos estas máscaras y marcharnos de una vez?

—No —se apresuró a responder Roedor—. No sabemos si nos pueden estar observando, así que nada de quitárnoslas hasta estar bien lejos. Nos vendrán bien para no llamar la atención entre las masas. Dejad los rifles aquí... ya no nos harán falta, pero aseguraos de que están limpios: así todos sabrán quién ha sido pero nadie podrá demostrarlo. Rugidos cargará con el paquete dentro de su mochila; no creo que sea una molestia para alguien tan grande como él.

—¡Madre mía! —Gallo, aliviado, sacó un bonito reloj de bolsillo de color dorado y consultó la hora—. ¡Dos minutos desde el año nuevo y siento que ya he envejecido dos! Suerte que todo ha salido bien.

Desde su perspectiva, la cabeza de ese niño idiota estaba rodeada de un manchurrón enorme de sangre que caía lentamente por aquel horroroso papel estampado de flores. De nuevo, como muchas otras veces, deseó profundamente poder olvidar lo que acaba de ocurrir, pero, por desgracia, no podría. Su enfermedad, la hipermnesia, le permitía recordar y recrear hasta el más mínimo detalle de su vida sin ningún margen de error, por lo menos desde el día en el que tuvo el accidente. Recordaba qué había desayunado, comido y cenado en un día cualquiera diez años atrás, veinte años atrás, cincuenta años atrás. Recordaba cada conversación trascendente e insustancial, cada sonrisa, cada lágrima: todo se quedaba grabado en su prodigiosa memoria como una película en alta definición de claridad infinita que se repetía una y otra vez sin control, haciendo que apenas pudiese dormir.

Lo que para muchos sería un don, casi un poder divino, para él era la peor de las

cargas: sentía haber vivido decenas de vidas en las que no había podido olvidar ni una sola desgracia, ni un solo error, ni una sola noche sangrienta como aquella. Todas las penurias le acompañarían hasta el último día de su vida, tan frescas como cuando ocurrieron por primera vez. Aunque quizá aún había esperanza para él, esperanza para olvidar, pero debía pagar un precio muy alto por ello.

En menos de un minuto ya habían abandonado el piso y caminaban por la calle, dirigiéndose hacia la marabunta de borrachos que les serviría de tapadera. Rugidos optó por viajar por calles secundarias, ya que los orcos eran la presa perfecta para un registro aleatorio de la policía local, así que le vieron perderse en las sombras con aquella enorme bolsa que llevaba. Gallo se separó, dejándole solo con Roedor en mitad de la multitud. Vistos de lejos, portando aquellas máscaras festivas que ocultaban sus rasgos, los dos elfos parecían un par de amigos uniéndose a la celebración. Nada más lejos de la realidad.

—¿Por qué? —Erwann agarró del brazo a aquel bastardo de orejas flácidas y rizos rojos.

—No sé de qué me hablas.

—No me trates como a un idiota. Ojos de Cristal te dijo que matases a esos hombres sí o sí, ¿verdad? Me has dejado hablar con ellos, me has dejado creer que podría salvar al niño, pero sabías perfectamente que todo iba a acabar en un baño de sangre.

—Aún estás a prueba, Gato, y nuestro jefe tenía curiosidad sobre cómo te desenvolverías en el terreno de juego de nuevo. Me dijo que te dejase actuar... hasta cierto punto.

—¿Qué órdenes recibiste?

—No te he preguntado por las órdenes que tú has recibido, así que tú tampoco preguntes por las mías. Ojos de Cristal prepara algo grande, muy grande, y este mago es una pieza clave para su plan. No nos podemos permitir cabos sueltos. Nadie que lo haya visto debe seguir con vida.

—Nosotros lo hemos visto.

—Feliz año nuevo, compañero —le dijo antes de alejarse y desaparecer entre la marea humana.

## Un mundo desdibujado

**L**EVANTÓ el modesto reloj de pulsera que había dejado encima de la mesa y le regaló unos golpecitos con la uña, deseando desperezarlo para que el tiempo pasase más rápido.

—Si llego a nacer aquí, me hubiera pegado un tiro. —Yerrod lanzó el pensamiento al aire, esperando que Rabst lo atrapara y le diese un poco de conversación. Como era habitual, su compañero ignoró cualquier intento de mantener una actitud sociable.

Intentó devolver el reloj a su muñeca, pero no pudo cerrar la correa en el agujero habitual; sus manos se habían hinchado al pasar del frío de las calles de Brisa Salada al calor de ese tugurio impregnado de un agobiante tufo a humanidad. Desde luego, no era un bar muy agradable en el que celebrar la llegada del año nuevo; el Rincón del Hoyuelo estaba situado en el culo de la ciudad, en el barrio de las Candelas, antiguo centro de prostitución, y desde que las nuevas ordenanzas municipales forzaron a los burdeles a trasladarse a sitios más recónditos, aquel lugar había perdido su razón de ser, dejando un cascarón decrepito atrás.

A pesar de las telarañas de los taburetes, esa misma noche, como un eco de tiempos pasados que no volverían, varios borrachos se habían reunido para olvidar el nuevo año a base de chupitos y risas nostálgicas. Echó otro vistazo a su alrededor, más allá de su áspera mesa plagada de marcas, y las únicas cosas que encontró le hundieron aún más en ese ambiente opresivo: un letrero de neón mal enchufado, una vieja máquina de discos que emitía un sonido sucio, tres dardos clavados en la pared junto a una diana, un tapete de billar rasgado... y las cucarachas. Las malditas cucarachas.

Era difícil distinguir algo desde dentro, ya que a través de la ventana de cristal ahumado, el mundo parecía desdibujado y monótono, como si los dioses se hubiesen arrepentido de su creación y hubieran intentado borrar el boceto de un paisaje incompleto y vago. Las siluetas de los escasos transeúntes iban y venían sin rumbo, y la neblina nocturna difuminaba cualquier atisbo de detalle que le pudiese quedar al panorama. Hubiera jurado que las suaves y rítmicas ráfagas de viento que golpeaban las ventanas provenían del propio barrio, que roncaba asqueado de su propia existencia.

—Vamos, compañero, dame un poco de pali que —le rogó a Rabst—. ¿Qué te pasó para que siempre estés tan amargado y callado?

—Mi matrimonio —se limitó a responder.

—Oh, entiendo. Bueno, algo bueno tuvo que aportarte, ¿no?

—Sí. Mi divorcio.

Rabst Dientes de Oro tenía la mirada fija en el letrero de neón, como una polilla hipnotizada por aquellos parpadeos epilépticos. ¿En qué estaría pensando ese

sociópata peludo? Yerrod no tenía ni la más remota idea. Desde luego, a juzgar por su aspecto, cualquiera habría podido deducir que a Rabst no le gustaban mucho las relaciones sociales: tenía una larga y rizada cabellera de color rojo oscuro, y estaba tan enredada que parecía recién peinada a base de meter sus rechonchos dedos en un enchufe. Contaba con un frondoso bigote igual de destartado, sazonado por decenas de migas del pan con el que acompañó su última comida. El pelo le crecía rebelde por todos los lados: nariz, bigote, barba, patillas, sienes e incluso sus orejas expulsaban mechones especialmente grasientos y retorcidos. Su cabeza era lo más parecido a una explosión de lana pelirroja congelada en el tiempo. «Un enano de manual» pensó Yerrod. «Por gente como él las demás razas nos toman por bufones borrachos». Los humanos del bar les miraban como si hubieran visto a un hombre partido en dos mitades. Rabst, sin duda, era la parte de abajo.

—Eres toda una alegría. —Yerrod suspiró asqueado—. Trabajamos juntos durante siete años y ni siquiera llegue a saber que estabas casado. Si no recuerdo mal, me dijiste que no había habido ninguna mujer en tu vida. Me lo confesaste en aquel trabajo en Armindal.

—No me apetecía charlar, así que te mentí. —Rabst resopló—. A juzgar por las charlas que me diste durante dos horas sobre tus preciosísimas conquistas, creo que no captaste la indirecta.

—Intentaba ser un poco amable, joder. —Yerrod se cruzó de brazos, dolido—. Perdona por intentar saber un poco más sobre ti, socio, pero eso es lo que hacían los compañeros. Por eso siempre te he contado con pelos y señales todas mis relaciones.

—No me lo recuerdes —esta vez fue Rabst el que suspiró asqueado—. Y no somos socios desde hace casi una década. Lo de hoy es algo extraordinario. No hemos venido aquí para reconciliarnos ni nada parecido.

—Claro que no, los Dioses Enjoyados nos libren de tomar unas cervezas y ponernos al día como la gente normal. Perdona por pensar que un maldito matrimonio me parece algo digno de ser mencionado. ¿Tienes hijos?

—No.

—¿Es un «no» sincero o bien es un «voy a decirte que no para que te calles»?

—Veo que sigues sin captar las indirectas.

Yerrod, resignado, levantó su jarra vacía y la inclinó sobre su boca abierta, esperando que al menos una mísera gota de alcohol le hiciese más llevadera la espera. No tuvo mucho éxito.

—¿Crees que se han olvidado de nosotros? —preguntó, desesperado por hablar. Sabía que ese puñetero tacaño nunca rechazaba hablar de negocios—. Nos citaron aquí después de las campanadas y ya son las dos de la mañana. Mi madre me enseñó a base de sopapos que no se llega tarde a las citas —bromeó.

—Nos dijeron que esperásemos, y esperaremos. Nos jugamos mucho dinero.

—Siempre pensando en el maldito dinero —le sacó la lengua—. Eres como una puta máquina del tiempo, porque cada minuto que paso contigo se me hace una

eternidad —miró a la barra—. ¿Te gustan los combinados?

—No. Y no deberías beber más.

—Claro que no. ¿En qué estaría pensando? ¡Un rudo enano nunca pediría algo con sombrillita! ¿Puedo pedir al menos otra triste cerveza?

—No —sentenció Rabst. Solamente había un motivo para que rechazase la ingesta de una cerveza: El olor cercano del oro—. Si te pones a hacer las tonterías que haces cuando estás borracho, te mando a la mierda y me llevo tu parte. Esto es importante. Lo huelo.

Rabst tenía razón, y a pesar del hedor causado por su falta de higiene personal, sabía que su agudo olfato para el dinero siempre les conducía por el camino adecuado. No sería la primera vez que trabajarían borrachos pero, desde luego, ese último encargo parecía lo suficientemente gordo como para mantenerse sobrios y atentos. Los dos recibieron sendos anticipos por el doble de su tarifa habitual, y su misterioso benefactor les había prometido un sueldo muy generoso durante un período de protección de al menos un año, motivo de sobra para dejar viejas rencillas atrás y juntarse de nuevo. Desde luego, no era un sueldo habitual para unos mercenarios que actuaban fuera del Circuito Oficial de Espalderos los Once, y no hacía falta ser un gran detective para deducir que el trabajo iba a ser ilegal. Yerrod y Rabst no tenían ningún problema con ello, faltaría más.

Hacía unos años que habían abandonado el sector público por obligación, y en ese momento se dedicaban a la lucrativa protección privada; un negocio donde el trabajo no era tan prestigioso y estable pero las generosas pagas compensaban el alto riesgo. Jeques del sur, millonarios del norte... todos se sentían más seguros por tener a un Espaldero cerca, aunque ni siquiera fuesen magos. A veces pensaba que solamente eran una especie de mascotas de las que presumir. Por supuesto, ese modo de vida clandestino les había acercado a la peor calaña de todo Ordann, pero Yerrod, mientras tuviese las manos limpias, no pensaba mucho en sus malas compañías antes de irse a dormir. Sí, no podía evitar sentirse mal en ocasiones, sobre todo al recordar aquellos intachables tiempos en los que servían a alguno de los Once Magos de Ordann, protegiéndolos de sus enemigos... y de ellos mismos. Tiempos de gloria, de hazañas, de fotos sonrientes en las portadas de los periódicos. Eso quedó atrás el día que cometieron aquel error; un error que les embardunó de una oscura y pegajosa deshonra que aún no habían podido quitarse de encima.

—Tienes migas en el bigote —señaló a Rabst sin mirarle a los ojos, incapaz de aguantar más aquel pensamiento.

Rabst se pasó el antebrazo torpemente por la nariz y lo restregó un par de veces. Luego sacó un viejo pañuelo de papel y se sonó los mocos, aunque por el ruido que hizo bien parecía que se estaba licuando el cerebro. Después volvió su silencio. Las migas habían dado paso a un par de finos hilos y brillantes enredados en su bigote.

—Ahora tienes un poco de... bah, déjalo —se rindió. Con mocos o sin ellos, seguía teniendo el aspecto de un puerco. Rabst era muy bueno en su trabajo, pero

como casi todos los enanos pueblerinos, tenía nulas habilidades sociales.

—Perdóname por no ser tan elegante como tú —respondió, cruzándose de brazos.

A Yerrod no le gustaban los estereotipos y había luchado toda su vida por mantenerlos bien alejados de su imagen. Dentro de la escala de horrores estéticos de los enanos, Yerrod Gardun podía presumir de ser un ejemplar noble, lo suficientemente guapo como para ser confundido con un humano muy bajito y ancho de hombros. Era rubio, con el cabello bien peinado y trenzado sobre sus hombros, y procuraba afeitarse lo justo como para lucir una encantadora barba de dos días que le daba cierto aire canalla. Sus ojos color verde claro, que eran escasísimos entre los enanos, hacían estragos entre las hembras de su especie; por desgracia, era una lástima que ellas no provocasen el mismo efecto en él. «Al menos las que se afeitan el bigote tienen un pase» solía decir en voz alta cuando se emborrachaba. Yerrod estaba loco por las perfectas mujeres elfas, ¿y quién no? El problema era que para una elfa, liarse con un enano era prácticamente el equivalente a tirarse a un sucio animal de granja. Había probado el sexo con humanas, sobre todo humanas bajitas, poco escrupulosas y muy bebidas, pero acostarse con una elfa era algo que tenía que hacer antes de morir. Por desgracia, muy pocos orejas puntiagudas aceptaban convivir con otras razas lejos de sus patrias, y las mujeres que lo hacían se dedicaban a ser modelos y a salir con deportistas de élite. Era fácil odiar a los elfos. Yerrod, además de aborrecerlos, los envidiaba, y eso le enfurecía aún más.

—Maestres Enjoyados, salvadme antes de que este desgraciado me contagie algo, por favor —suplicó entre dientes al ver que Rabst se sacaba un enorme trozo de pollo blando de entre los dientes. Después se lo comió.

Pese a que no era un enano muy piadoso, sus deidades parecieron escucharle. La puerta del bar se abrió lentamente, y por un momento dejó que el viento nocturno se colase entre los taburetes, provocando más de un escalofrío en los peludos traseros que asomaban sobre los pantalones de los borrachos. El olor a nieve pura mezclada con un poco de humo turbio removió el saturado tufo a porqueriza de la sala, y Yerrod no pudo evitar cerrar los ojos durante un instante para respirar ese aroma tan extrañamente bienvenido. Cuando los abrió vio dos figuras en el marco de la puerta. «Por fin. Nuestros contactos han aparecido».

Dos humanos. Un hombre fuerte y una chica de pelo corto se sacudieron la nieve de encima. La chica llevaba un oscuro abrigo de piel, botas altas y guantes de lana, y le encandiló tanto que ni siquiera se molestó a mirar al grandullón. El espeso vaho que desprendía su aliento hacía difícil observar sus rasgos, pero sus movimientos desprendían una curiosa elegancia. No pudo evitar peinarse un poco antes de que se acercasen.

—Señor Gardun, señor Ribben, disculpen la tardanza. Hemos tenido un pequeño contratiempo —dijo la mujer con una voz dulce pero firme a la vez. Parecía contrariada por algo—. Mi nombre es Kara Kendrick, y mi amigo aquí presente es Mitch, aunque prefieren que le llamen Toro.

La chica agarró un taburete y se sentó entre ellos. Aparentaba estar a punto de cumplir la treintena, y podía intuir que tenía un cuerpo muy delgado y delicado bajo su abrigo. Su belleza era igualmente frágil, digna de una película clásica, con un cuello largo y fino y unos labios estrechos y rosados. El frío había hecho que sus pómulos pareciesen dos manzanas maduras. Llevaba el pelo muy corto por la nuca pero, por delante, su largo flequillo casi llegaba a cubrir esos ojos azules grandes como canicas.

—No se preocupe por nosotros, señorita Kendrick —respondió Yerrod con una sonrisa arrebatadora—; lo hemos pasado genial charlando, ¿verdad, Rabst?

—Cállate.

—Toro, sé cortés y paga la cuenta de nuestros dos compañeros. Por las molestias.

Kara agarró la jarra vacía de Yerrod en busca de algo que beber. La giró en el aire y suspiró al comprobar que estaba vacía. A él le gustó que no tuviese escrúpulos a la hora de compartir copa con un enano. Era algo espontáneo, que salía de las personas verdaderamente auténticas.

—Que se las paguen ellos —gruñó Toro—. Nadie en su sano juicio se haría cargo de la cuenta de un enano.

—Toro —le reprendió—, sé amable y límitate a pagar.

El grandullón se apoyó en la barra, junto a un par de clientes a los que sacaba medio metro de altura, y tiró unas monedas.

—Quédate con el cambio —dijo Toro. A juzgar por la cara del camarero, le había dado menos dinero del que correspondía, pero el tipo no se atrevió a decir nada.

—Ves. —Yerrod le susurró a Rabst disimuladamente—, teníamos que haber aprovechado para pedir unos cubatas, rácano.

Toro. Su cara era ruda, vulgar, cansada, con un escaso montículo de pelo moreno revuelto de grandes entradas, y su gran mandíbula permanecía en un estado constante de constricción, mascando un chicle como si estuviese hecho de metal. No cuidaba mucho su aspecto: su cara, llena de pequeñas cicatrices, tenía algo que se podía calificar como atrayente, pero estaba mal afeitado, mal peinado y tenía pinta de llevar un par de años con una resaca de mil pares de narices; algo que se podía intuir por esa reveladora barriga cervecera que desentonaba con su altura. Un tipo duro cuyo tiempo había pasado, sin duda.

—Bueno, hechas las presentaciones... ¿ahora qué? —Yerrod se estiró perezosamente en su asiento.

—No te pagamos para que hagas preguntas, enano —le interrumpió Toro mientras se sentaba frente a ellos.

—Tienen razón, Toro. Es hora de hablar de negocios. —Dijo Kara. Yerrod se fijó una vez más en sus preciosos ojos.

—Quizá necesitemos un poco más de intimidad, entonces.

—No, no te preocupes, Yerrod —dijo ella con una sorprendente calma—. Ya sabéis por qué os hemos reunido. A pesar de vuestra separación, seguís siendo los

mejores Espalderos disponibles, y yo busco a los mejores.

—Los mejores Espalderos que trabajan en el mercado negro, querrás decir.

—Que trabajaban en el mercado negro —puntualizó Rabst.

—Dada vuestra presencia aquí, supongo que eso no resultará ser ningún problema. Os necesitamos para un período de protección de un año, quizá extensible a dos. Por supuesto, la tarifa propuesta se mantendrá. Si hacéis las cosas bien, no volveréis a ver un invierno en vuestra vida, porque viviréis bajo la sombra de las palmeras sureñas y os rascaréis el culo en una hamaca.

—Tienes toda mi atención. —Rabst se irguió en su asiento—. ¿A quién tenemos que proteger?

—A un mago, por supuesto, aunque creo que ya lo habréis deducido a estas alturas, dada la tarifa que vais a cobrar. Ninguno de los Once, claro.

—Un mago no registrado. —Yerrod dio golpecitos en la mesa con las uñas—. Dicen que no existen —sonrió, haciéndose el tonto.

—Y no existen. —Kara le miró fijamente—. Y si existen, los montones de dinero que vais a tener que contar os harán olvidar que los habéis visto.

—Los no registrados son peligrosos... —murmuró Rabst, intentando aumentar la tarifa, sin duda—. No suelen estar muy bien de la cabeza, no sé si me entiendes.

—En eso os doy la razón —dijo una voz detrás de ellos, peligrosamente cerca.

Los dos enanos se dieron la vuelta alarmados. Se encontraron con una silueta oscura que hizo una elegante reverencia.

—Edain Anders, a vuestro servicio —se presentó—. Mago renegado de profesión y «tipo que está mal de la cabeza» en mi tiempo libre.

—Joder. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente. El necesario —corrigió al recibir el silencio por respuesta—. Es que me gusta hacer buenas entradas —levantó los hombros.

Yerrod miró a su alrededor. De repente, el bar estaba completamente vacío. La música había parado, y ni siquiera había nadie en la barra. Anders se acercó a ella, alargó el brazo para alcanzar una botella y se sirvió un chupito de aguardiente que bebió al momento.

—Necesitaba calentarme un poco.

Cuando observó su aspecto, Yerrod no pudo evitar asombrarse. Desde luego, Edain Anders no parecía encajar con el perfil de mago renegado: era un hombre aún joven, de unos treinta y pocos años, y era evidente que se cuidaba. Llevaba un distinguido abrigo negro de grandes solapas, y bajo su bufanda gris de seda dejaba entrever una elegante corbata roja que parecía más cara que toda la ropa de invierno que ellos llevaban encima. A pesar de la nieve que plagaba la zona, sus zapatos lucían impecables y brillaban como azabache recién pulido. Yerrod, que como enano presumido tenía cierto gusto por la moda, pudo deducir de un vistazo que el traje oscuro que asomaba por su pecho estaba hecho a medida. Los magos renegados solían ser ermitaños con poco sentido de la higiene, pero aquel tipo parecía haber



caído de la sección de primera clase de un avión.

Anders juntó sus manos y jugueteó con sus dedos, estirando el cuero negro de sus guantes, y se sentó junto a ellos, más cerca de lo que hubiera querido.

—Así que vosotros sois mis nuevas niñeras, ¿no? —Soltó una risilla traviesa.

—El término oficial para definir protectores de magos es «Espaldero» —gruñó Rabst.

—Me temo que he sido malo, así que en cierto modo ya me esperaba unas niñeras. No os preocupéis; seguro que acabamos siendo grandes amigos.

—No estamos aquí para ser tus amigos —replicó de nuevo Rabst, quizá recordando lo que pasó la última vez que dejaron que los sentimientos se antepusiesen a su deber—. Estamos aquí para protegerte.

—Para protegerme, por supuesto. Ya conozco el oficio de los Espalderos, siempre detrás de los mejores y más peligrosos magos, cuidando de ellos —sonrió—. Seguro que si me pica la espalda me rascaréis con esos puñales de Piedra Barda que tanto os gustan.

—Hay gente que necesita ser protegida de sí misma —se justificó—. Yo soy Yerrod Gardun y este es mi socio, Rabst Ribben, también conocido como...

—Rabst Dientes de Oro, si no recuerdo mal —le interrumpió Anders, como si se acabara de acordar de haber leído sus nombres en algún lado—. ¿Tienes un especial gusto por el oro, Rabst Ribben?

—Le llaman así porque fumaba un cartón de tabaco al día.

—Oh, lo entiendo. Hay que cuidarse la dentadura, amigo Rabst. Mostrarla en el momento adecuado puede abrir muchas puertas, tanto como si se sonríe como si se amenaza con morder. —Anders le guiñó un ojo.

Yerrod se detuvo a observar su rostro. Tenía buen aspecto, con la barbilla perfectamente afeitada, dejando a la vista un mentón prominente y unas mejillas huesudas que le daban un aspecto muy varonil. A pesar del viento nocturno del exterior era especialista en despeinar hasta la melena más llena de laca, su pelo castaño oscuro reposaba obsesivamente engominado hacia atrás. Contaba con una piel brillante y tersa, pero cuando sonreía se estiraba tanto que sus ojos se arrugaban como un par de pasas. Desprendía un inquietante magnetismo que no supo describir.

—Hay algo más —añadió Kara—. Un plus por el que os pagaremos un treinta por ciento más —aquellas palabras erizaron los pelos de las orejas de Rabst—. El trabajo no va a ser en Ordann. Nos va a llevar un poco más lejos.

—¿Ismer? —Yerrod abrió los ojos como platos—. ¡Debes de estar de coña! Por si navegar hasta allí no fuese ya difícil sin naufragar, se dice que los ismerenses no tienen mucho aprecio por los extranjeros. ¿Qué se os ha perdido en un continente aislado en la otra punta del mundo conocido?

—Un objetivo conocido como El Candado. No necesitáis saber más sobre él. Tenemos que arrebatárselo a alguien que vive allí. Lo hemos intentado por las buenas, usando la diplomacia, pero me temo que todas las negociaciones han fallado

estrepitosamente. Ahora solo nos queda la vía a la que no quería recurrir...

—La violenta. —Toro terminó la frase ante la reticencia de Kara.

—Vaya... —Yerrod se rascó la nuca, confundido— verás, siento decirte que quizá te has equivocado con nosotros. Somos Espalderos, no soldados de asalto. Con lo que nos habéis pagado podríais haber contratado a un pequeño ejército de Hor Dreger para tomar por la fuerza vuestro Candado.

—No, ni pensarlo —respondió ella—. Debemos ser discretos. Los grupos numerosos atraen numerosas miradas, y en este caso, además, cuantos más, peor.

—Me estoy perdiendo —dijo Yerrod—. ¿Por qué?

—Magia, idiota —gruñó Rabst, que entendía el lenguaje de los negocios mejor que él—. La persona que tiene el Candado es un mago. Uno de los Once de Ismer.

—Una de los Once —le corrigió Kara—. Una hechicera muy peligrosa capaz de manipular voluntades a su antojo, he de añadir. Por eso necesitamos un grupo pequeño y controlable. Nadie más que nosotros.

—Vale, ahora lo entiendo. —Yerrod se frotó el mentón—. Aun así, las Sombras son las que se encargan de matar hechiceros ajenos. Los Espalderos estamos especializados en proteger a nuestros objetivos. No os podremos ayudar mucho.

—No, no estáis aquí para matarla. —Kara fijó sus grandes ojos azules en él—, sino para mantener controlada a la persona que se va a ensuciar las manos. Tenemos nuestros propios carniceros.

—Aquí tenéis a uno —añadió Anders con una sonrisa. «Magia para acabar con Magia. Una mala idea», pensó Yerrod, pero aún no sabía cuál era la especialidad de Anders. Todos los magos tenían una única e irrepetible.

—¿Cuándo partimos? —Rabst se frotó las manos, impaciente.

—Esta misma noche, porque no podemos perder un minuto más —respondió Kara.

—¡Navegar en invierno es una sentencia segura de muerte!

—No si venís con nosotros. Tenemos recursos. Hace poco perdimos nuestro mejor transporte, pero hemos conseguido otro a tiempo.

—Eso es muy tranquilizador.

—No os preocupéis. Nuestros transportes son... especiales, y el Océano Inquieto no tuvo nada que ver con el hundimiento de nuestro barco. Pasaréis por vuestras casas a recoger pertrechos y nos reuniremos a las cinco de la mañana en el muelle doce del puerto, en la zona de los astilleros. Si no hay más preguntas...

Los tres se levantaron de la mesa. Yerrod tenía un millón de preguntas, pero lanzó la más inadecuada al aire. Los buenos mercenarios no se interesaban por nada más que sus propios asuntos.

—¿Quién es? ¿Quién es esa hechicera? Creía que los Once de Ismer no eran más que cuentos de hadas para asustar a niños. Ya sabéis, Once reversos oscuros de los magos de Ordann, cada uno con una historia trágica cargada de moralina para aprender a respetar la Magia.

—Por fin hacéis preguntas interesantes. —Anders se permitió mirarle durante un instante para que apreciase su turbadora sonrisa—. El secretismo, la paga doble y las prisas tienen una función. Si Kara os hubiera dicho quién es desde el principio, es muy probable que hubierais pensado que todo esto es una broma.

—Anders, no creo que sea el momento para discutir...

—¿Cómo que nos hubiéramos negado? —Yerrod se puso a la defensiva—. ¿Quién es la hechicera?

—Cómo explicarlo... —El mago se echó a reír de nuevo—. Digamos que estamos aquí para poner el punto y final a un viejo cuento de terror. ¿Conoces la leyenda de la Dama Argétea, Yerrod?

—¿La Dama Argétea? —El enano soltó un bufido nervioso—. ¿La bruja loca vestida de blanco que seduce y devora a los mejores guerreros que acuden a acabar con ella? Qué es esto, ¿una broma?

—Casi todas las leyendas tienen cierta base en la realidad, Yerrod, con sus más y sus menos, como descubrirás. —Anders se caló los guantes con teatralidad—. En Ismer, las fábulas no son tan inofensivas como parecen. Si os volvéis a casa y os olvidáis de nosotros, nadie os lo impedirá hacerlo. Sin embargo, si decidís acompañarnos... bueno, digamos que disfrutaréis una nueva perspectiva sobre muchas cosas.

—Hay una cosa que sí es real: el adelanto que hemos ingresado en vuestras cuentas —añadió Kara, enfadada con su compañero—. Si os gusta lo que veis, ya sabéis dónde tenéis que estar. Si realmente no creéis en fantasmas y cuentos, esto no será más que un paseo para vosotros. Un paseo muy rentable, he de añadir. Buenas noches, caballeros.

Los tres se marcharon por la puerta, dejándoles abandonados en el silencioso bar, completamente vacío. Rabst se levantó y se puso el abrigo.

—Espera —le rogó—. ¿Es que no vamos a hablarlo?

—Voy a hablarlo con mi banco —respondió su peludo compañero—. Si realmente ese dinero está ahí, como si me toca nadar hasta Ismer.

—Pero...

—No hay nada que pensar. Nunca te he pedido nada, pero esta vez no me vas a joder. Te veo en el muelle a las cinco.

—Ah, ¡así que ahora somos compañeros, eh! —le gritó mientras salía por la puerta.

Yerrod se ató el abrigo y salió al exterior. La calle estaba desierta, las farolas apagadas, y la noche seguía velando el paisaje urbano, pero la oscuridad se rompió cuando la luz de las lunas melladas atravesó un pequeño claro. «Luz azul y luz roja. Diestra y Siniestra». Los antiguos pueblos del sur de Ashud, que eran muy positivos y nada agoreros, consideraban la presencia de una de las lunas como un signo de mal fario, y la aparición de ambas como un presagio aún peor. «Ojos del Gato Salvaje», las llamaban, y los más supersticiosos sacrificaban docenas de animales y a algún que

otro desgraciado para evitar la furia de ese felino cósmico. Los individuos con más sentido del humor como Yerrod se limitaban a describirlas acertadamente como «el cacahuete y la almendra», dos frutos secos que definían muy bien sus formas. Hubo un tiempo en el que fueron las dos mitades de la misma luna, pero nadie sabe qué pasó realmente para que se separaran. «Como un humano partido por la mitad», pensó.

Mientras caminaba hacia su casa, Yerrod recordó por un momento los cuentos para no dormir que había escuchado en su infancia y en el poder de Ismer para inspirar temor hacia lo desconocido. Sus parajes de naturaleza inalterada e insondable hacían inevitable pensar en lo sobrenatural, en criaturas que salían a danzar y matar aprovechando las noches, en macabros rituales de druidas en círculos de piedra recónditos, en ojos brillantes de seres de otros mundos observando a través de las hojas. Ningún grupo ordannense se había aventurado a ir allí desde hacía siglos. Los que llegaban con vida a sus orillas no tardaban en desaparecer para no volver. Aquello no iba a salir bien.

Un par de calles después, comenzó a pensar en su paga y en lo que compraría con ella. Ah, y en los ojos profundos de aquella joven muchacha.

## La oferta y la demanda

COMO todas las mañanas en las que salía a correr al alba antes de ir a trabajar, Arnam, madrugador, se había adelantado a la llegada de Rov, así que le tocó hurgar en los bolsillos en busca de la llave de su particular cuarto de escobas convertido en despacho. Bostezó perezosamente, mostrando sus colmillos a la luz de la mañana que se colaba por las ventanas heladas, pero su boca se cerró con un gesto repentino en cuanto comprobó que la puerta ya estaba abierta. A sabiendas de que Rov jamás se despegaría de la cama tan pronto, entró con toda la delicadeza que le permitieron sus enormes pies, esperando encontrar algún tipo de espía hurgando entre sus cosas, o quizá algo peor: un asesino esperando a su víctima. Pudo distinguir a un intruso sentado de espaldas, justo frente a su mesa.

Cuando ya estaba dispuesto a machacarle la cabeza con un horrible pisapapeles en forma de colmillo, algo le detuvo: aquel tipo trajeado estaba sujetando una copa. ¿Qué clase de ladrón o asesino se emborracharía en su trabajo? Se acercó, reemplazando su miedo por curiosidad. Era un intruso blanquecino y mofletudo, y su piel rosada parecía estar rellena de suaves nubes de algodón, como la de casi todos los humanos como él. Su nariz, redonda y prominente, hacía juego con su generosa papada y su barriga de cuarentón. Con un gesto torpe pero natural, se retorció en el sillón y le recibió con una sonrisa. Arnam le reconoció.

—¡Feliz año nuevo, señor Surchak! Espero que no le importe que me haya servido una copa mientras le esperaba.

—Señor Wilson. No esperaba encontrarle por aquí, sinceramente.

—Hoy me saltaré la sesión de primera hora de la Cámara, porque si asisto creo que entraré en un agónico coma profundo. ¡Esos estúpidos asambleístas me aburren hasta la muerte! Realmente, he de admitir que las únicas intervenciones entretenidas son las suyas; el resto de carcamales me resultan horriblemente soporíferos y predecibles, como es habitual. Si alguna profesión necesita ser acompañada de alcohol, es la nuestra: este brebaje mágico hace de la política algo fascinante —alzó su copa y le pegó un trago.

—Sírvese cuanto quiera —le contestó de mala gana. A pesar del allanamiento, le pudo la cortesía, forzada por una enfermiza curiosidad—. Creo que le voy a acompañar; estoy seguro de que, al igual que le ocurre a usted, encontraré lo que me quiere decir mucho más interesante con un par de copas encima.

El humano disfrutó la puya. Blake Wilson era el representante del gobierno de Tres Mares, la más poderosa nación humana del continente occidental, cuya capital, Brisa Salada, era la sede de la Cámara de las Naciones donde se encontraban. Gracias a su situación geográfica privilegiada y a sus grandes navegantes, Tres Mares también se había convertido en una de las influencias más poderosas de todo Ordann, aunque no llegara al nivel de Jardín Cruzado ni por asomo. Las empresas tresmareñas

dominaban la gran mayoría del borde costero Océano Inquieto y del Estrecho de Oro, convirtiendo el país en la llave para el comercio marítimo de prácticamente la mitad de las tierras del hemisferio norte. Desde luego, era extraño que su asambleísta más conocido e importante entre los humanos apareciese sentado en el despacho del representante de una tierra inexistente.

—Comparta conmigo este momento mágico. Con hielo, supongo. —Wilson sirvió otra copa de *whisky* al orco—. ¿Recibió mi nota? Seguro que sí. Oh, por favor, siéntese conmigo. Póngase cómodo.

—Qué amable... aunque considerando que estamos en mi despacho, ¿eso no debería decirlo yo? —Arnám se recostó en su butaca.

—Oh, disculpe mis modales... son las malas costumbres. Llevo semanas recibiendo a compañeros que llaman a mi puerta y las frases tópicas de hospitalidad me salen del buche sin control. La vida política actual está muy... adormilada —la palabra pareció resultarle divertida—, y no puedo evitar que me contagie. Son tiempos tranquilos.

—¿Sus invitados llaman a su puerta? Qué educados son. —Arnám bebió la copa de un trago. Wilson se la volvió a llenar. Si el humano pretendía emborracharle, tendría para rato.

—Le debo dobles disculpas, en efecto. Es lo que tiene ser el anfitrión que paga las facturas de la luz aquí: tenemos la llave de prácticamente todos los despachos, aunque no entremos en todos, claro —sonrió—. No me gusta esperar frente a puertas ajenas, así que simplemente he decidido entrar para estar más cómodo.

—Claro. Supongo que haberse colado aquí a estas horas tan tempranas no tendrá nada que ver con el hecho de que no quiere que nadie le vea esperar delante de la puerta de los sucios orcos apátridas, ¿no es así?

—No lo voy a negar, señor Surchak. —Wilson se incorporó en la butaca—, esta reunión no está teniendo lugar, no sé si me entiende. Tiene usted muchos enemigos en esta Cámara pero, por suerte, también potenciales aliados.

—Ya. «Potenciales»; bonita palabra que no significa nada, como ya me demostraron el día de mi desastroso discurso. Aliados como usted, supongo.

—Exactamente. Como yo.

Wilson le dedicó una amplia sonrisa. A Arnám no le gustaba un pelo ese humano, pero desde luego, algo interesante tramaba. «Los amigos de mis amigos son mis amigos», recordó; Tres Mares tenía numerosos y poderosos aliados por todo Ordann, quizá los suficientes para poder plantar cara a Jardín Cruzado en la votación de la semana siguiente. ¿Tendrían también la llave para las Islas Salvajes? Los humanos eran la raza más abundante del planeta, y pese a sus diferencias y conflictos constantes, eran capaces de ponerse de acuerdo cuando la situación lo requería, sobre todo si había alguna posibilidad de sacar tajada de algún tipo. No eran ni física ni mentalmente superiores a los orejas puntiagudas, pero su número y su ambición los hacía especialmente peligrosos.

—Bonito despacho. —Wilson soltó un bufido, incapaz de contener la risa.

—El que me han asignado —respondió molesto—. Creo que era un bonito cuarto de escobas antes de que yo llegase. Supongo que tengo que agradecerle a usted este gesto.

—¡Oh no, ni hablar! Yo no asigno los despachos a nadie, soy demasiado importante como para andar jugando a las sillitas. Desgraciadamente, tenemos demasiados culos diplomáticos que alojar bajo este techo, y no contábamos con que usted aparecería por aquí, sinceramente. Su presencia resulta... refrescante. ¿Tiene buenas vistas?

—¿Realmente vamos a hablar de estas tonterías? ¿Quiere que conversemos sobre el tiempo? No creía que iba a tener una charla de ascensor con el asambleísta principal de Tres Mares. Yo también soy demasiado importante para estas gilipolleces —le replicó con enfado.

—¡Menudo carácter! No me extraña que pusiese nervioso al vejstorio de Voluni. —Wilson se echó a reír—. Lo siento, señor Surchak. Solamente quería crear un ambiente agradable para nuestra conversación.

—Bien, pues lo ha conseguido. Le escucho —le dijo Arnam mientras miraba por la pequeña ventana de la sala con fingido desdén—. Sorpréndame.

—¿Prefiere escuchar la versión burocrática o la directa? Nos podemos ahorrar mucho tiempo con la directa, pero si quiere puedo comportarme como un auténtico lameculos embaucador y adornar mi discurso con miles de palabras vacías.

—Versión directa. Siempre —musitó antes de dar un trago largo a su copa.

—Me gusta su estilo, Surchak. Vamos allá —carraspeó—. ¿Pidió ya su deseo de año nuevo? Pues aquí estoy yo para hacerlo realidad. Yo le puedo conseguir los votos suficientes para que ustedes, mis amigos colmilludos, recuperen sus queridas Islitas Salvajes. Y no hablo de conseguirlas en unos años; hablo de conseguirlas la semana que viene, en la primera votación de la historia al respecto, una votación que todos los medios dan por perdida de antemano. Si todo va bien, antes de final del verano podrían repoblarse las primeras colonias orcas en Orgarr.

—Imposible. —Arnam frunció el ceño—. Imposible —repitió, aún más convencido.

—Posible. Muy posible.

—¿Cómo? —Clavó su mirada en Wilson intentando adivinar su sucio secreto. Siempre había uno. ¿Le estaba tomando el pelo?

—Tengo acordados los votos de las naciones humanas de Wek, Rylor y Sules. Y parte del bloque sur, aunque siempre se ponen puñeteros a última hora. Y si todo va bien, de Oniix, aunque nunca nos hemos llevado bien con esos bastardos de las cuatro naciones desde que su unieron por la dictadura.

—No son suficientes para vencer a los elfos y lo sabe. Casi me había engañado.

—¿Y si le digo que el Cinturón de Naciones Enanas también podría estar en el ajo? Fortaleza, Bastión y Unión. —Wilson le lanzó una sonrisa maliciosa mientras las

enumeraba con los dedos—. Los orcos les dan absolutamente igual y supongo que un par de favores de última hora les volverían más receptivos. Solamente tengo que mover algunos hilos y ustedes tendrán el apoyo de prácticamente la mitad del continente; suficientes votos como para obligar a Jardín Cruzado a votar a favor.

—¿A favor? ¿Estás mal de la puñetera cabeza? —Arnam decidió dejar las cortesías a un lado—. Esos cabrones quemarían todos sus parques naturales antes que votar a favor de una ley que nos regale tierras suyas a nosotros. Nos odian con todas sus fuerzas.

—Te olvidas que los elfos valoran algo aún más que su desprecio por el resto de razas, y es, curiosamente, el orgullo de creerse seres superiores al resto de razas. Votarían a favor con tal de evitar el ridículo de que la comunidad internacional uniese fuerzas y les arrebatase las Islas Salvajes por la fuerza. —Wilson echó un trago largo a su copa y se aclaró la voz—. Antes de llegar a esa humillación, a esa muestra de debilidad, os devolverán las Islas por aparente voluntad propia, para fingir que las acciones de Jardín Cruzado son irrefutables. Si se enteran de nuestros planes ocultos, que se enterarán, no lo dudes. —Wilson guiñó un ojo—, vais a arrasarlo en la votación. Intentarán que parezca un acto de caridad, o más bien de lástima, pero no te equivoques: jamás se permitirían aparecer en los titulares del mundo entero como los débiles doblegados ante la unión de razas inferiores.

—No necesitamos ni la caridad ni la lástima de nadie, Wilson. Lo que pedimos lo tenemos que conseguir por derecho, no por engaños. Si nos entregan las islas, la decisión tiene que estar motivada por un acto de justicia.

—Me parece muy bonito, Surchak. —Wilson se echó a reír con cierto recochineo—, muy noble, pero a mí no me tienes que convencer con palabras bonitas, mi nuevo amigo. Estoy convencido de que vuestra causa es más que justa, lo juro. Pero ¿qué más dará lo que esos altivos orejudos piensen? Vosotros tendréis vuestras tierras, una bandera, y lo más importante, recuperaréis vuestra identidad como nación, con una placa bajo tu nombre en esa puerta de allí afuera —el humano sabía dónde buscarle las cosquillas, desde luego—. Tendréis orgullo; lo podréis dejar crecer para que rivalice con el de los elfos, si eso os place. Te estoy haciendo la mejor oferta de tu vida, Arnam.

—Un momento...

—¿Te puedo llamar Arnam? Seguro que sí —continuó sin dejarle hablar—. La votación será la semana que viene. Déjame visitar algunos despachos más, tomar unas copas más acompañado de cierta gente importante, y pronto la maquinaria política empezará a girar a vuestro favor. Estoy seguro de que te gustaría ver la reacción de ese estúpido de Arheil. Imagínate su cara.

«El enemigo de mi enemigo es mi amigo» pensó. ¿Tanto deseaban los humanos ver caer a los elfos como para aliarse con un pueblo nómada y desheredado? La Humanidad y los Elfos del Árbol Madre nunca se habían llevado bien, pero no hasta el límite de abrir un conflicto tan grande e irreversible como el que se avecinaba si el



plan seguía adelante. Ese movimiento despertaría las iras de Jardín Cruzado; un enemigo que nadie querría tener, por mucho poder y confianza que Tres Mares tuviese. Los elfos no olvidaban fácilmente, y eran famosos por guardar rencor durante décadas.

—Ese estúpido de Arheil es una de las personas más poderosas de todo Ordann —le advirtió—. Y tiene amigos muy poderosos.

—Los cruzados no tienen amigos, Arnam, tienen súbditos. Los reinos con población mixta como Ritos o Hierbablanca tienen un miedo atroz a represalias por su tolerancia, y los retrasados de Tierra Descalza solamente quieren lamer las botas de sus primos para ver si se les pega algo bueno. Y luego están los de Punta de Lanza, que ya sabes cómo son... solamente les preocupa ponerse flores en la cabeza y organizar bacanales. Jardín Cruzado será todo lo poderoso que quiera, pero ni siquiera los suyos les tienen mucho cariño.

—¿Hace falta que tengamos el manido debate sobre si es mejor ser temido o amado? —le regañó—. No me importa que nadie les quiera; lo que me importa es que tienen a Ordann agarrado por las pelotas.

—Cierto. —Wilson sonrió—. ¿Y no crees que ya es hora de que nos las suelten de una vez?

Arnam miró fijamente al asambleísta humano e intentó ver más allá de sus intenciones, pero lo único que encontró fue una cara amable y unos ojos aparentemente sinceros. Wilson le sonrió, esperando la pregunta del millón. No le haría esperar.

—Y ahora es cuando me toca decir «¿a cambio de qué?».

—Exacto. —Wilson dio un golpecito a su vaso con la uña, tocando la campana del premio gordo—. Bueno, la respuesta es muy sencilla. Por supuesto, vuestra independencia tendrá un coste: la Cámara os hará cumplir con unas duras condiciones antes de otorgaros un mísero trozo de tierra donde caer muertos. Después de lo que hicisteis en el pasado y dada vuestra potencial peligrosidad, nadie en su sano juicio os dejaría tener un ejército propio, por ejemplo. Los elfos se volverían locos si se enterasen de que os estáis militarizando frente a sus costas.

—Sí, tengo entendido que siempre se nos ha dado muy bien matar —le contestó con forzado gesto de desagrado—. Un soldado orco puede luchar de tú a tú contra un par de guerreros elfos, y podría acabar con una decena de humanos a pecho descubierto sin ni siquiera despeinarse.

—O más. —Wilson permaneció inmutable a pesar de la velada amenaza hacia los suyos—. Por eso nunca os dejarán jugar solos en el recreo. Habrá inspecciones, controles, y todas esas cosas que vienen bien subrayadas en los informes. Os pedirán que viváis bajo el tutelaje de Jardín Cruzado, cosa que no creo que deseéis, o en su defecto, bajo la supervisión de alguna nación poderosa de la comunidad internacional.

—Ya... y ahora es cuando me dices que vosotros, dedicados pastores, os podríais

ofrecer voluntarios para echarnos un ojo a nosotros, las ovejas descarriadas. Hemos dejado la sangre atrás, Wilson, y solamente queremos vivir en paz. Además, no seríamos los suficientes para montar un alboroto hoy en día. Apenas quedamos unos pocos millones en el mundo, y los elfos, nuestros futuros vecinos, tienen casi mil millones de ciudadanos sanos y listos para el combate. Apenas tienen ancianos o niños. Son demasiado poderosos como para que supongamos una amenaza.

—Hoy en día no lo sois, claro. —Wilson echó otro trago—. ¿Y dentro de una década, cuando empecéis a multiplicaros como trasgos? Habrá gente que se ponga nerviosa al tener a varios millones de orcos creciendo poco a poco cerca de sus costas, no sé si me entiendes. Os harán firmar mil y un tratados y condiciones para controlar vuestra natalidad.

—No. Eso no será negociable. Durante siglos nos habéis cruzado como a los perros, y habéis decidido cuántos cachorros tendríamos para evitar que os cortásemos el cuello mientras dormíais —golpeó la mesa. Su temperamento orco se manifestó de nuevo—. Si nos dais la libertad, tiene que ser con todas las consecuencias. Nosotros decidiremos cuántos hijos queremos tener y cómo gestionaremos nuestra nación. O todo, o nada.

—Bueno, aún en el imposible caso de que consiguiésteis libertad total con esas condiciones, os deseo buena suerte viviendo en las inhóspitas Islas Salvajes. Con la escasez de recursos alimenticios y espacio edificable, pronto esas tierras se os quedarán pequeñas y vendrán los problemas... tarde o temprano comenzaríais a mirar a la Costa de Hierro con otros ojos.

—Este no es tiempo de las viejas Invasiones Orcas, Wilson. Los elfos podrán dormir tranquilos; no vamos a quitarles las tierras para arrasar sus hogares ni nada por el estilo. Tampoco me importa no tener poder militar. Os podéis quedar con vuestros ejércitos para jugar a las guerras, porque nosotros no necesitaremos derramar una sola gota de sangre. Si nos respetáis, claro.

—Tengo una alternativa mucho más sencilla para todos estos problemas. —Wilson dejó la copa sobre la mesa y juntó las yemas de sus dos manos, a punto de dar el golpe final—. Una alternativa que nos dejará satisfechos a ambos.

—Dispara. Si no recuerdo mal, te he perdido la versión directa, no la burocrática.

Por primera vez desde que habían comenzado la conversación, Blake Wilson pareció dudar durante un momento. Miró fijamente a los ojos de Arnam. «Ahora es él el que me está escudriñando a mí», pensó. Y en un instante, supo lo que le estaba a punto de pedir: «Lo único que se le puede pedir a un orco».

—Queremos que todo orco de edad adulta haga el servicio militar aquí, en Tres Mares, y después pase a formar parte de la reserva del ejército de la Coalición Humana del Norte —recitó sin mover un músculo de la cara—. Es decir, seríais los nuevos amigos de Tres Mares, Sules, Rylor y Viento Helado. Nuestros nuevos amigos.

En aquel instante, Arnam corroboró que no encontraría amigos de verdad entre

esas cuatro paredes. Serían amigos de segunda categoría, no movidos por el deseo de justicia o la solidaridad, sino por los favores y el enriquecimiento propio. Hacía años hubiera sacado a ese hombre de su despacho volando por los aires. Ese día, sin embargo, dudó. Era una propuesta indignante, pero la tentación de conseguir las Islas seguía ahí.

—En resumen, me estás pidiendo que mi pueblo sangre y muera en vuestras guerras —le contestó, arqueando una ceja—. ¿Para qué nos quieres? ¿Nos vais a mandar en primera fila a algún campo de batalla para que despejemos el camino a base de machetazos y dentelladas?

—No es tan malo como suena, amigo mío. Piénsalo bien, porque no es una mala propuesta. La independencia de tu pueblo está en juego.

—¿La independencia? ¡Menuda independencia! ¡Seríamos esclavos de vuestras riñas! —No pudo evitar echarse a reír—. ¿Cómo quieres que le diga a mi gente que tienen que luchar y morir por vosotros, bichitos rosados? He prometido que seríamos una nación pacífica y vienes a proponerme que militarice a los míos para pelear junto a los humanos. ¡Humanos! Odiamos a los elfos más que a nadie, pero no es que vuestra especie se haya comportado de manera caballerosa con los orcos, precisamente.

—Por los errores de mi raza, te pido perdón. —Wilson le hizo una teatral reverencia—. Por los errores de mis abuelos, de mis tatarabuelos, de mis tataratata... lo que sea, de gente que murió hace siglos y que se ha convertido en polvo. Te pido perdón por las acciones de gente que nunca me ha importado ni me va a importar, y con la que no comparto absolutamente nada excepto que nacimos en el mismo trozo de tierra. Estamos aquí y ahora, Arnam. Te estoy ofreciendo la mejor oportunidad de tu vida, de la vida de todos vosotros. Volveréis a tener una tierra, una nación, una bandera. Eso te importa, ¿no?

—Ya veo lo que te importa a ti —gruñó—. Solamente buscas beneficio propio, como todos los demás políticos. Mucha palabrería, muchas palmaditas en la espalda... pero vuestros actos siempre tienen dos caras.

—¿Y qué hay de malo en buscar el beneficio propio ayudando a los demás? —Wilson alzó los hombros despreocupadamente—. No somos Hermanos Piadosos, Arnam, y no vamos limpiando culos por ahí sin cobrar el papel antes. Si yo busco algo y mi vecino también, ¿qué problema hay en encontrar una solución que nos beneficie a ambos? Tres Mares lleva más de quince años sin meterse en ningún conflicto armado de gran envergadura, y no me saques el tema de las tropas que tenemos desperdigadas en el Cuerno Rojo, porque es una misión de paz. Aburridísima y muy costosa, además.

—¿Misión de paz? Quizá esa manida excusa te sirva de cara al público, humano, pero no insultes a mi inteligencia. Solamente estáis allí abajo para aseguraros un nuevo gobierno fiel y estable que os deje abrir rutas comerciales marítimas a través del Estrecho Cardinal. Os pusisteis muy nerviosos cuando los rebeldes Mol-Kai

empezaron a abordar vuestros petroleros.

—Con vosotros de nuestro lado, no haría falta ninguna misión de paz más: el poder de disuasión nos abriría fronteras por sí solo. Te hablo de una coalición que ponga los huevos de corbata a esos prepotentes elfos que se creen reyes de todo. Un ejército tan poderoso que haga que los enemigos de los humanos se lo piensen dos veces antes de presionarnos con gilipolleces sobre aguas internacionales y aduanas. A veces los magos no son suficientes para calmar los ánimos, y queremos que el equilibrio de poder se incline un poco más hacia nuestro lado. Además, la mitad de los orcos desperdigados por Ordann ya se ganan la vida ejerciendo de mercenarios en la actualidad, así que luchar para un país propio sería un paso adelante para ellos, ¿no crees? Ni siquiera te pido que luches bajo nuestra bandera; podríamos llamarlo una «alianza entre naciones». Juntamos ejércitos, pero cada uno conserva su propio orgullo, bandera y hasta su jodido himno, si es lo que quieres. En la práctica seríais independientes, pero solamente te pido que en la teoría trabajéis para nosotros. Si hay temor, hay respeto, y si hay respeto, os dejarán vivir en paz. Y nosotros nos podremos forrar un poco más tranquilos.

—Vaya, así que de esta manera se decide el destino del mundo. —Arnám sonrió mientras agitaba la copa—. La verdad, nunca hubiera creído que escucharía a un asambleísta hablar sin eufemismos baratos.

Wilson se sirvió otro vaso de alcohol y se lo bebió de un solo plumazo.

—La verdad... —El humano saboreó la palabra en su boca— la verdad, mi nuevo amigo, es que todo esto es una pantomima. La Cámara, los abrazos entre dirigentes, las fotos llenas de caras sonrientes; todo es una mentira, y creo que tú lo sabes mejor que nadie. Los elfos del este nos tratan como si fuésemos sus primos tontos, diciéndonos lo que podemos o no podemos hacer con nuestros jodidos árboles y mares. Los enanos se han hecho con casi la totalidad de las grandes industrias nacionales humanas, por no decir que nos las han robado con malas artes mediante especulación bursátil. Si no estuvierais vosotros en lo alto de la lista, diría que los humanos somos los malditos parias de Ordann. ¡Unos parias, Arnám! Nadie nos respeta; nos consideran una raza débil y maleable, llena de vicios y fácilmente corruptible. Se ríen en nuestra cara. Esto ha de cambiar tarde o temprano, antes de que nos pisen como a cucarachas. Necesitamos amigos. Amigos fuertes que nos hagan ganar respeto. Con vosotros a nuestro lado, podríamos ser imparables. ¡La alianza de los parias! Piénsalo, pero no tardes, porque habría mucho que hacer antes de la votación.

Visto de esa manera, no parecía una mala oferta. «Una tierra propia. El ansiado sueño del pueblo orco está al alcance de mi mano». Y para colmo, la alianza militar con Tres Mares podría incluso ser beneficiosa. Tener a millones de elfos cabreados frente a las costas de su recién fundada nación sería algo peligroso, sin duda, así que no les vendría mal tener unos cuantos amigos. «Podría funcionar», pensó; «Seríamos respetados de nuevo... incluso temidos». Arnám podía sentir cómo el orgullo le

invadía las venas e hinchaba cada palmo de su cuerpo. La adrenalina volvió a fluir por su interior. «La sangre. Lo llevo en la sangre».

Wilson se dirigió a la puerta y levantó la mano para despedirse. Cuando ya estaba girando el pomo para salir, Arnam le detuvo.

—¿Otra copa, asambleísta Wilson? Esta botella aún está medio llena, y los dos vasos ya están sobre la mesa. Quédate. Hay mucho de qué hablar, y como has dicho, ahí fuera solamente encontrarás soporíferas charlas.

El humano se dio la vuelta y le mostró una sonrisa traviesa.

—Como desees, mi nuevo amigo.

## Un viejo cuento de terror

**L**OS piececillos de Kara parecían flotar sobre la gruesa capa de nieve mientras corría pendiente arriba, en dirección a la silueta del castillo que coronaba la colina. El oscuro edificio desprendía un perfil brillante y azulado bajo el ojo observador de la luna Diestra, que cruzaba el firmamento nocturno justo al lado del fino hilo de polvo estelar que marcaba el débil anillo de Gevangenís. Toro, a pesar de aparentar ser un lento pedazo de carne correosa, se abría paso a base de vigorosas patadas, lanzando espesas nubes polvo blanco con cada zancada que daba. Los dos enanos, que no gozaban de unas extremidades inferiores muy largas, precisamente, les seguían con dificultad. Yerrod se sentía torpe cada vez que trabajaba con humanos: aunque un enano era tan fuerte que podría partir en dos a un hombre de un hachazo, le resultaría difícil hacerlo si su víctima echaba a correr.

—¡Os contraté para que le vigilarais, joder! —Kara parecía más molesta consigo misma que con ellos.

—Era tu maldito turno. —Rabst, como siempre, no perdía un minuto en acusarle personalmente cuando algo salía mal.

—Os juro que estaba despierto y con los ojos bien abiertos... pero el tipo desapareció sin dejar rastro en un parpadeo. Jamás había visto algo así. ¡Lo juro!

¿Se había quedado dormido o simplemente atontado? Yerrod ya no estaba seguro de nada. Desde que pisaron Ismer algo había cambiado a su alrededor, como si el aire fuese más espeso y le invitase a dormir. Aquellas tierras del desaparecido reino de Laudan tenían algo, pero no sabía muy bien qué era. Desde que su extraño transporte les dejó en aquella playa perdida del Refugio del Condenado, se habían movido de noche, adentrándose en los bosques a través de senderos oscuros, sin tener contacto con nadie, caminando de puntillas como ladrones en casa ajena. No entendía muy bien el porqué de tanta cautela, ya que las piedras del viejo imperio que les rodeaban solamente estaban habitadas por un silencio sepulcral. Todo parecía un sueño extraño, incómodo, desagradable, pero a pesar de ello, hermoso a la vez.

—¿Estás segura de que no ha huido?

—No es su estilo —respondió Kara entre jadeos.

Según avanzaban apresuradamente, el castillo se hinchaba y ocupaba una porción cada vez más grande del paisaje. Parecía una construcción modesta desde lejos, pero cuando llegaron a sus pies, su imponente silueta de piedra oscura y plagada de costras de musgo le dejó sin el poco aliento que le había quedado tras la carrera. Sus muros emitían una sensación difícil de describir; había oído historias sobre los resplandecientes edificios de Laudan, la joya del progreso ismerense, pero aquella construcción parecía completamente fuera de lugar en su imaginación: el castillo, de toscas formas cuadrículadas muy poco elegantes, lucía un aspecto lamentable y decadente, acentuado por la nieve que se posaba sobre sus tejados y el hielo que

congelaba sus piedras, creando formas translúcidas y afiladas que colgaban por doquier.

—Así que este es el legendario castillo de Nibel —resopló mientras se recomponía—. No luce como en los cuentos que hablan de los laudanos, la verdad —bromeó, nervioso por su error. Una mirada de Toro le hizo comprender que no era el mejor momento para buscar sonrisas.

—Las leyendas dicen que ningún edificio construido por laudanos quedó en pie tras su purga —dijo Kara—. El castillo de Nibel, irónicamente, es aún más antiguo que las ruinas que le rodean, y por eso aguantó en pie donde otros cayeron.

—¿Estás realmente segura de que está aquí? Quizá fue a mear al bosque y se perdió. Sinceramente, Anders no tiene pinta de saber desenvolverse bien en entornos salvajes. ¿Has visto qué pintas tiene?

—Está aquí. —Kara no quitó ojo a esas piedras congeladas—. No le juzgues por su aspecto. Es un error que muchos cometen, y él juega con ese factor.

El foso que rodeaba a la construcción estaba completamente congelado y, sobre el hielo, decenas de ramas muertas asomaban pidiendo ayuda, imitando de una manera macabra las manos de un ahogado. Cuatro torres voluminosas guardaban las cuatro esquinas del grueso muro exterior, y todas parecían peligrosamente inclinadas, a apenas un golpe de viento de ser derribadas. Justo en el centro de la construcción, al lado de la modesta torre del homenaje, se alzaba un impresionante e irregular torreón que dominaba todo el paisaje de la colina.

No encontró ninguna arpillera que emitiera el crepitante tintineo de una antorcha. No había vida allí. Todo estaba tan oscuro como la amenazadora arboleda que habían dejado atrás. El lugar parecía tan antiguo como el más grueso de los árboles de esos bosques primigenios.

El puente levadizo de la barbacana estaba bajado y el rastrillo levantado, dándoles una solitaria bienvenida que les hizo sospechar inmediatamente. Desde su posición podían atisbar el patio de armas, pero la bruma nocturna a ras de suelo no les dejaba distinguir detalles con claridad. El adarve cubierto de la muralla parecía vacío, pero podría albergar arqueros o ballesteros, así que recelaron a la hora de avanzar. Ni un millón de modernas balas les podrían salvar de un flechazo fortuito dirigido a la garganta.

—Cuidado —advirtió Kara. Toro, más aficionado a las acciones que a las palabras, abrió su petate y sacó su voluminosa escopeta. La amartilló con un gesto hosco.

—¿Anders no era uno de los vuestros? —preguntó Yerrod, extrañado.

—Cuidado —repitió ella con más énfasis—. No os separéis.

Yerrod y Rabst abrieron sus destartadas mochilas y sacaron sus puñales de Espalderos con delicadeza. Sus empuñaduras estaban hechas del marfil de alguna gigantesca criatura muerta siglos atrás, y las vainas donde reposaban las hojas tenían grabadas unas runas de un lenguaje antiguo ya perdido en el tiempo. Eran reliquias.

Yerrod desenvainó el suyo y lo blandió ante la luz lunar. La hoja semitransparente de Piedra Barda parecía más quebradiza y frágil que nunca, pero seguía siendo letal para un mago. Se aseguró de que no tuviera ninguna grieta o desperfecto, y envainó el arma de nuevo con sumo cuidado para poder atársela en el cinto, bien a mano. Rabst también hizo la misma comprobación, pero antes de guardar el suyo se sacó un pequeño trozo de comida de entre los dientes con la punta. Una vez preparados los puñales, tocaba el turno de las armas de fuego. Yerrod se decantó por un par de revólveres Redalton del calibre 38, mientras que Rabst desempolvó su viejo rifle automático Beown con su culata de madera desgastada.

—Estamos listos.

Cruzaron el puente con toda la prudencia que pudieron reunir. Yerrod hubiera jurado que la bruma se hacía cada vez más espesa a cada paso que daban, adentrándose en mitad de una nube gris e informe que había olvidado que su lugar estaba en el cielo. La madera bajo sus pies crujía, convirtiendo al sigilo en una técnica inútil, pero aun así intentó deslizarse como un felino en plena caza. Avanzaron con cautela hasta que el muro les engulló. La caseta de guardia que custodiaba el rastrillo estaba vacía, destartalada, y no parecía haber sido usada en siglos.

Mientras que a nivel del suelo el ambiente se cargaba cada vez más y más, el cielo nocturno sobre sus cabezas se despejó lentamente. Miles de tintineantes puntitos rojizos se adueñaron de la bóveda oscura del firmamento. «Las estrellas moribundas», pensó al verlas. Su luz era tan débil que nunca se veían en el corazón de las ciudades, así que no solía pensar mucho en aquel universo agonizante que les rodeaba. Sus diminutas señales de socorro pronto quedaron veladas por el reflejo de Diestra, que pudo brillar con toda su intensidad. El color frío de la luna iluminó la neblina y convirtió el patio de armas en una especie de cementerio fantasmal que arrancó un escalofrío a Yerrod. Aunque no se esperaba encontrar lápidas en aquel lugar, un segundo vistazo le hizo darse cuenta de su error: sí que había una, oscura y alargada, justo en el centro. Era la silueta de un humano. Estaba de espaldas. Los dos enanos le apuntaron instintivamente. Kara, que no iba armada, dio un paso al frente.

—Tú... —se limitó a decir, mascando un enfado contenido a duras penas.

Anders alzó la cabeza hacia el cielo, comportándose como un lobo que olisqueaba el ambiente nocturno. Tras un par de segundos de silencio, se giró lentamente. Yerrod continuó apuntándole, porque con un mago renegado nunca se sabía lo que iba a ocurrir. Al trabajar para el mejor postor en tareas ilegales y ser perseguidos por las autoridades internacionales de manera incansable, no solían desarrollar una personalidad muy sociable y normalmente eran carne de problemas psicológicos muy graves. La mayoría se convertían en déspotas que acababan asesinados por haber cometido horribles crímenes fruto de sus manías y paranoias.

—La Dama no parece tener una guarnición en este castillo. Eso nos facilitará las cosas —dijo el mago mientras dirigía su mirada hacia el torreón central. De espaldas,



vestido de negro de los pies a la cabeza, Edain Anders era una sombra rebelde que se había despegado del suelo y se deslizaba sobre la nieve.

—¿Se puede saber por qué has venido sin nosotros? Ha sido una soberana estupidez —le acusó Kara.

—Me preocupa vuestra seguridad —el mago se encogió de hombros.

—Claro. —Kara se cruzó de brazos—. Espero que no tenga nada que ver con el hecho de que estos dos Espalderos estén aquí para evitar que hagas alguna tontería.

—¿Cómo cuál? —Anders soltó un bufido—. ¿Traicionar a mi jefe y convertirme en uno de los amantes de la Dama?

—Por ejemplo. Entre otras tantas cosas.

—Por favor, Kara, me ofendes —sonrió—. Tengo la suficiente personalidad como para no dejarme llevar por los encantos de una bruja cualquiera.

—Eso es porque no has conocido a las brujas adecuadas, créeme —bromeó Yerrod. El comentario pareció divertir a Anders.

—Hablaré con Ojos de Cristal al respecto —amenazó la mujer.

—Pues habla con él. Hablas demasiado, Kara... siempre negociando, siempre buscando la salida diplomática, como ese amargado de Erwann. Me aburrís. ¡El mundo es de las personas de acción! Sabes que los acontecimientos están a punto de desencadenarse, y tu estilo conciliador se queda un poco corto a estas alturas. Con todos mis respetos: aprecio vuestra compañía, pero solamente conseguiréis hacerme perder el tiempo con sermones. Trabajo mejor solo.

—Si me pagan por ello, te haré perder el tiempo todo lo que haga falta, así que acostúmbrate —dijo Rabst.

—Está bien, está bien. —Anders suspiró—. A partir de ahora me portaré bien. Pero luego no os quejéis si veis algo que no os gusta —se giró brevemente y les lanzó una sonrisa inquietante, enseñando su hilera de perfectos dientes. Después, volvió su mirada hacia la base del torreón, paciente como una estatua.

Yerrod se fijó en el portón negro que se adentraba dentro del torreón, pero apenas podía distinguir nada. Apuntó sus revólveres hacia la salida, expectante. Rabst barría los muros con la mira de su rifle, esperando algo que quizá ni siquiera acechaba.

Aquel lugar no parecía estar en la época adecuada; parecía una especie de reflejo de algo tan viejo y alejado de la mismísima existencia que daba miedo. «De noche todos los castillos parecen encantados, sobre todo si te cuentan historias extrañas antes». Se sintió como un idiota por dejarse meter el miedo en el cuerpo con cuentos para niños. Sin embargo, algo raro pasaba. Notó como el aire se espesaba aún más y se apelmazaba en el fondo de sus pulmones, agobiándole. Le recordaba a los días bochornosos de verano en los que casi no se podía respirar por la asfixiante humedad, pero inexplicablemente allí estaba, parado sobre la nieve a varios grados bajo cero. Se acercó a Kara.

—¿Y ahora qué? —le preguntó susurrando, temeroso de perturbar la paz nocturna.

—Permaneced atentos y no le quitéis ojo a Anders —la muchacha clavó sus enormes ojos azules en él—. Si pierde el control, ya sabes lo que tenéis que hacer.

—¿Y qué hará la malvada Dama si nos vence? ¿Se quedará con los más apuestos y matará al resto? —resopló, incapaz de creerse esas tonterías—. Me parece que tu amigo el bruto y mi colega peludo no tendrán muchas posibilidades de formar parte de su colección de caballeros andantes.

—¿Y qué te hace pensar que tú tendrás posibilidades, enano?

—Me ofendes, mujer —sonrió—. Tienes que admitir que no estoy mal —los finos labios de Kara dibujaron una breve sonrisa nerviosa.

—Nos vamos a llevar bien, enano, pero guarda tus chistes para otros momentos más distendidos.

—Yerrod, llámame Yerrod; no me llames enano, por favor, o tendré que llamarte humana.

—Calla y mira.

De pronto, la vio. Al principio apenas era una mancha blanca dentro de la oscuridad del portón, pero según se acercaba, su impoluto vestido comenzó a iluminarse bajo la luz lunar. Tenía una figura envidiable: era alta y delgada, con unos brazos finísimos tapados por largos guantes, y vestía unas preciosas telas brillantes desde los pies hasta los hombros, que estaban cubiertos por un suave forro de piel de zorro de las nieves que rozaba su elegante cuello. Guantes blancos, botas blancas, ropa blanca, pelo blanco y piel blanca; la mujer parecía un copo de nieve que hubiera tomado vida, tan delicado y bello como una escultura de hielo. Cuando vio su cabello brillar con reflejos de plata bajo la luz nocturna, comprendió por qué la llamaban la Dama Argéntea. «No puedo creerlo», se limitó a pensar al verla, repitiéndolo una y otra vez en su cabeza hasta que aquel anacronismo encajase en sus pensamientos. Grácil y elegante, comenzó a caminar hacia Anders.

—Espero que me deis un buen motivo para no mataros ahora mismo. Marchaos, intrusos, pues no sois bienvenidos, y el territorio de los Rostros Robados no está lejos de aquí —dijo con una voz quebrada y cansada que no parecía reflejar su joven aspecto—. No encontraréis nada más que polvo y muerte al norte, y no puedo permitir que perturbéis su delicada paz.

«Nadie va al norte», le respondió Anders cuando Yerrod preguntó qué había más allá de lo que una vez fue Laudan. Los temibles Reinos Muertos del Norte estaban vetados hasta para los propios ismerenses.

—Mi Dama, por favor. —Anders le dedicó una sentida y juguetona reverencia—. No hay motivo para enfadarse, porque estamos exactamente donde queremos estar y no daremos ni un paso más. Mi nombre es Edain Anders y...

—Te huelo, mago —le interrumpió—. ¿Has venido para unirme a mi colección?

Desde luego, la mujer tenía un atractivo especial. No era especialmente hermosa ni tenía facciones perfectas; su nariz era un poco grande y sus labios eran finos y poco carnosos, pero por algún motivo, sus rasgos eran extrañamente hipnóticos.

Yerrod observó a los dos hechiceros atentamente; era extraño verlos ahí, en medio del patio; una dama vestida de blanco sacada de un cuento y un ejecutivo engominado vestido de negro. Pieles de animales contra un traje de diseño.

—Me temo que hemos venido a quitaros un amante, no a regalaros uno nuevo. Hemos hecho un viaje muy largo para estar aquí esta noche... muy, muy largo, y no estamos para perder el tiempo con protocolos estúpidos. No lo pediré dos veces: dadnos a Owain Trueno.

La Dama pareció incomodarse especialmente por las palabras del mago. Frunció el ceño y se cruzó de brazos a la altura del vientre, protegiéndose. «No parece acostumbrada a que le exijan nada, y menos a que le hablen así», pensó Yerrod.

—Mi amante no está en... en venta. —La voz de la Dama sonó menos confiada, más débil, como si tuviera un repentino nudo en el estómago—. A pesar de su... delicado estado, Owain es mi joya, el más temido entre todos mis amantes. ¿Por qué lo queréis?

—No es de vuestra incumbencia. Y no hemos venido a comprarlo. Nos lo vamos a llevar.

—¡Insolente! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡¡Pagarás por faltarme al respeto!!

Anders volvió a levantar la cabeza, olisqueando el ambiente.

—Será mejor que os apartéis —les dijo a sus compañeros mientras daba un par de pasos hacia atrás.

Antes de que pudiesen obedecer, un ligero zumbido proveniente del cielo se hizo cada vez más intenso. Un segundo después, algo gigantesco cayó sobre el patio, creando una violenta explosión, reventando el suelo y lanzando adoquines y nieve por doquier. Era como si una gárgola de piedra de una tonelada de peso se hubiera desprendido de lo alto del torreón y hubiera aterrizado entre la Dama y Anders, creando un caos que retumbó entre los muros muertos. El mago ni siquiera se inmutó ante la lluvia de cascotes, pero los demás perdieron el equilibrio y cayeron al suelo.

Yerrod se quedó asombrado. No era ni un meteorito ni una gárgola lo que había aterrizado frente a ellos, sino un caballero. Un caballero que vestía una armadura de piedra maciza, una figura de más de dos metros que se irguió amenazante para proteger a la mujer. Había saltado desde lo alto del torreón, pero ni siquiera parecía haber notado el impacto.

—Una buena entrada, sin duda —señaló Anders mientras apartaba el polvo que se arremolinaba frente a su cara.

—Veremos si aún tienes ganas de hablarme de esa manera con el legendario *sir* Quenton Corazón de Piedra a mi lado —la Dama acarició el grueso brazo de su protector.

—He de decir que me siento decepcionado. *Sir* Quenton no es ni siquiera un mago... me esperaba que sacaseis al propio Owain a pasear.

—¡*Sir* Quenton es el hermano del gran Horgen Manos de Piedra, uno de los Once

grandes magos de Ismer! ¡Los magos ismerenses son mucho más terribles y poderosos que los ordannenses, y este caballero es la creación de uno de ellos! — gritó la Dama. Su voz sonaba más ronca, y el esfuerzo le hizo toser un par de veces—. La armadura de *sir* Quenton está imbuida con la magia de un gólem. No será un mago, pero es un carnicero excelente.

—Qué casualidad. Yo también lo soy.

Yerrod sospechaba que ni sus balas ni su puñal penetrarían con mucha fuerza en semejante coraza. Quenton Corazón de Piedra, a pesar de ser humano, encajaba perfectamente con la descripción de un ogro: debía medir casi dos metros y cuarto de altura, una cabeza y media más que Toro, y poco se podía adivinar sobre su aspecto bajo la imponente armadura de placas que le cubría todo el cuerpo. Estaba hecha de roca maciza, gruesa como una lápida, y sus piezas crujían secamente cada vez que se movía. Bajo las capas de musgo que cubrían cada rincón de esa pieza de artesanía antigua, Yerrod pudo distinguir misteriosas runas grabadas con maestría. «Es imposible», pensó. «Es armadura debe de pesar media tonelada. Ningún ser vivo, por muy grande que fuese, se podría mover con una carga tan grande encima». Aun así, *sir* Quenton se movía, lentamente, pero se movía. Y aún le sobraba fuerza para agarrar un enorme mazo de hierro oxidado que sujetaba con firmeza en su mano izquierda, que bien podría medir más de un metro de largo y medio de ancho. Desde luego, si esa mole era capaz de blandirlo con eficacia, estaban perdidos.

—No tenéis ninguna oportunidad. Marchaos de mis tierras. —La Dama tosió de nuevo—. Marchaos, y quizá os perdone la vida.

—Quizá sea una propuesta sensata —sugirió Yerrod.

—No nos iremos hasta llevarnos a Owain Trueno con nosotros. —Anders permaneció firme e indiferente.

—Idiota... entonces tendré que recoger vuestros cadáveres con una pala. Quenton, mi amor, acaba con ellos.

El cuerpo de *sir* Quenton se agitó durante un segundo. Los dos enanos no esperaron a comprobar qué iba a hacer y dispararon sin cesar al gigante hasta agotar los cargadores de sus armas. Las balas estallaron, silbaron y rebotaron sobre la coraza de piedra del caballero, pero ninguna hizo nada más que arrancar algunas esquirlas. «Es como disparar a un pedrusco. Si sabe correr, estamos perdidos». Sin embargo, Quenton Corazón de Piedra no se movió ni un centímetro más. Para su sorpresa, el caballero, dócil como un cachorrillo, se alejó de la Dama dando un par de pesados pasos y se colocó detrás de Anders.

—¡¡¡Quenton, no!!! Estúpido mago... —maldijo la mujer, sorprendida de que su amante no reaccionase ante su voz— ¿qué... qué le has hecho?

—Acabo de decidir que la fuerza bruta de *sir* Quenton quizá nos sea útil, así que acabáis de rogarle en persona que se una a nuestra causa sin rechistar y que obedezca en todo lo que le ordenemos. He de decir que le habéis lavado bien el cerebro con vuestros hechizos de persuasión, porque es un chico muy obediente.

—¿Q... qué? —La mujer de blanco no comprendía. Si su piel no fuese ya del color de la nieve, Yerrod estaría seguro de que hubiera palidecido en ese momento—. ¿Tú también conoces los secretos de la seducción mágica? ¡No... no es posible! ¡Los poderes de un mago son únicos y solo se heredan tras la muerte!

—Veréis... mi señora. —Anders pronunció las palabras con sorna—, soy un mago, pero yo no soy como vuestro querido Owain Trueno, capaz de domar tormentas, o como el famoso Horgen Manos de Piedra, que da vida a la misma tierra. Mi poder es más intrincado que la simple fuerza bruta y más complejo que vuestra seducción visceral y descerebrada. Yo trabajo retorciendo la misma realidad. Me gusta verme como... un sutil artista del engaño —sonrió—. Soy más ilusionista que mago.

—¡¡No!! —gritó la Dama al comprender—. ¡Quenton, escucha! ¡Mi amor! ¡Es una ilusión, te están engañando! ¡Es una visión falsa! ¡Yo jamás te pediría algo semejante! —Pese a sus gritos, no hubo respuesta por parte de su fiel amante.

—No gastéis vuestro aliento, mi señora. —Anders golpeó suavemente el brazo de Quenton—. Solamente escucha lo que yo quiero que escuche. Solamente ve lo que yo quiero que vea. Y es mejor que no sea consciente lo que va a ocurrir a continuación, porque va a ser muy desagradable.

—No... no te dejaré... que me toques, cerdo —la Dama se tambaleó, aturdida—. Soy una de los Once de Ismer. Sé defenderme.

—Esto no pinta bien —señaló Yerrod—. No me gustaría acabar atrapado en un duelo de magos. Las consecuencias podrían ser fatales si nosotros...

—No habrá duelo —afirmó Kara con tristeza—. Mira.

—Tus trucos no funcionarán... conmigo... —La Dama volvió a toser sonoramente, y esta vez tardó en calmarse.

—Lo sentís, ¿verdad? —Anders se frotó las manos, sonriente.

—¿Qué... qué me has hecho, bastardo? Si es una de tus patéticas ilusiones...

—Me temo que lo que comenzáis a sentir no es ninguna ilusión —la voz de Anders sonaba fría y sin emoción—. Ya os he advertido que no tengo tiempo que perder, así que os he destripado hace un par de minutos... mi señora.

Yerrod se quedó paralizado al deducir lo que estaba ocurriendo en realidad. La Dama seguía de pie, impecable, vestida de blanco puro, pero se llevó las manos al vientre, como si comenzara a notar algo que había permanecido oculto a su vista y a la de todos hasta entonces. Lo comprendió. Anders les había manipulado a todos y ni se habían dado cuenta.

—¿Qué es... esto? —La Dama se apretó la tripa, dolorida. Palpaba algo invisible.

—Son vuestros intestinos colgando, mi señora. No los veis, pero están ahí, enredados entre vuestras delicadas manos. ¿Notáis la cálida humedad de vuestra sangre colándose entre vuestros dedos? Porque la lleváis perdiendo a chorros desde hace unos minutos.

—Im... imposible... yo...

—Es difícil que sintáis mucho dolor —dijo Anders—. He usado el puñal de Piedra Barda de aquel enano rubio para rajaros, y como sabéis, ese mineral es veneno puro para los magos hasta el punto de quemar vuestros receptores de dolor. Podría haberos matado al instante, rajándoos la garganta para que dejaseis de cotorrear, pero creo que después de tantos siglos rondando este mundo os gustaría ser consciente de que se acerca vuestro final definitivo. Podéis morir tranquila, porque no voy levantar la ilusión. Eso sí, no os veréis morir, pero lo sentiréis. Eso no puedo cambiarlo.

«No, no puede ser, mi puñal está en mi cinto». Yerrod veía la empuñadura sobresaliendo de la vaina situada en su cadera. Nunca le quitaba el ojo al suyo, pero cuando intentó alcanzarlo con la mano, en un parpadeo, el arma desapareció y solamente quedó la vaina vacía. Entonces él supo que Anders había levantado el telón para todos. Miró de nuevo al patio y se le reveló la verdad.

Frente a los pies del gigante de piedra, la Dama yacía en el suelo, suplicando ayuda a su amante impasible, agonizando sobre un brillante charco de sangre negra y sucia. Sus tripas colgaban fuera de su vientre creando unos colgajos oscuros de carne podrida, y Anders tenía el puñal de Yerrod en la mano, con lo poco que quedaba de la hoja, ahora rota en pedazos. El mago se acercó a Yerrod y acompañó su sonrisa con una mirada glacial.

—Siento haber roto tu puñal, Yerrod —se disculpó con naturalidad—. Había oído que estas armas son reliquias delicadas que solamente se pueden usar una vez, pero no pensaba que fuese una historia tan literal. Te conseguiré otro, no te preocupes. Toma —el mago extendió su mano y le ofreció la empuñadura, de la que todavía goteaba la espesa sangre de la Dama—. Quizá quieras conservarlo.

—Yo... no, gracias —balbuceó con la boca abierta.

El robo de Anders había sido completamente intencionado. Quería asustar a los dos Espalderos, quería dejar claro que él seguía teniendo el control de la situación.

—Como quieras. —Anders se encogió de hombros—. Vamos, tenemos que liberar a nuestro famoso Candado. O secuestrarlo de nuevo, quizá. Como todo en esta vida, depende de la perspectiva con la que se mire, ¿no crees?

«Así mueren los cuentos de terror». Yerrod nunca olvidaría la cara de la mujer de blanco, ya muerta sobre la nieve. Tenía los ojos abiertos de par en par; sus facciones mostraban una expresión de terror inabarcable, y de su boca manaban hilillos de sangre que cortaban su barbilla con finas líneas negras. El blanco de sus ropas se había plagado de sucias manchas pardas, y, las tripas que salían de su vientre se mostraban podridas, oscuras y pegajosas. «El precio de imbuirse mágicamente para alargar la vida», pensó, acordándose de las aberraciones que propiciaron que los Once Magos de Ordann tuviesen prohibida esa práctica.

—Bienvenida al nuevo siglo, bruja —sentenció Anders al pasar junto al cadáver. Lanzó la empuñadura de la daga rota sobre su pecho con desprecio—. Hoy en día los cuentos para niños no asustan a nadie.

Sir Quenton comenzó a caminar detrás de Anders. Ajeno a la grotesca escena, el

caballero pisó el cadáver de su dueña con una de sus botas. Yerrod soltó una arcada.

—¡Yerrod, compañero! —Anders le miró desde el portón—. Tienes poco estómago para ser un rudo mercenario.

—Dioses... esto no está bien. Nadie nos dijo que nos dedicaríamos a cortar vientres de mujeres —se quejó. No pudo evitar acordarse de Tanya—. Esto no es digno.

—¿Digno? —bufó Anders—. Creía que habíais dejado la dignidad bien guardada en casa al recibir vuestros jugosos anticipos.

—No somos asesinos a sangre fría —se limitó a responder. No podía decir mucho más en su defensa.

—¡Claro que no! Yo soy el asesino a sangre fría, Yerrod; tú eres mi valiente protector. Ven, camina conmigo un rato mientras los demás vigilan la zona. Te enseñaré por qué hemos venido aquí y quizá tus dudas se disipen definitivamente.

Bajaron hacia las mazmorras del castillo por unas estrechas escaleras de caracol que se adentraban en la oscuridad, descendiendo hasta lugares donde los siglos ya no transcurrían, caminando entre habitaciones vacías en las que solamente había hielo y escombros, hasta que divisaron una puerta húmeda y abombada. Anders recogió una antorcha y la prendió con un mechero de cierre dorado, iluminando su inquietante sonrisa.

—Sé que Kara no me soporta, no es ningún secreto, así que, aunque os haya contratado para asustarme un poco, me alegro de tener un poco de compañía extra, Yerrod —el eco subterráneo hizo que la voz de Anders sonase aterradora.

—Como si tuviera otra opción —suspiró.

—Me temo que no.

El camino se estrechaba poco a poco, y según la antigüedad de las paredes aumentaba exponencialmente, más agobiante y húmedo se volvía todo. Atravesaron un vetusto arco de piedra, y tras bajar otra interminable escalera de caracol de piedras de roca negra, llegaron a estrecho pasillo. Allí abajo el frío era menos intenso, pero a cambio una molesta humedad arcaica se pegaba a la piel y los pulmones. Al fondo de la última estancia, iluminados por extrañas flores que emitían un brillo suave, había seis ataúdes de piedra, colocados en un semicírculo perfecto frente a una cripta plagada de raíces. Sobre ellos había varias runas grabadas.

—Los amantes de la Dama, que duermen dócilmente esperando su despertar para satisfacer todos sus caprichos —dijo Anders mientras analizaba las runas—. A estas alturas, supongo que serían caprichos relacionados con su ego, más que carnales, porque muchos de estos tipos llevan aquí siglos.

—No entiendo cómo alguien podría dormir aquí. —Yerrod se sintió profundamente agobiado. Parecía haber un kilómetro de tierra entre ellos y el cielo.

—Los hombres somos criaturas simples, y la Dama domina... dominaba el arte de la persuasión visceral, que apela a los instintos primarios que todos tenemos, seamos hombres o mujeres. Un arte simple, pero muy efectivo con personas

susceptibles, debo admitir —dijo mientras husmeaba los alrededores—. Oh, aquí está. Owain, Soberano de la Tormenta. —Anders se detuvo ante una tumba que parecía tan antigua como el mundo.

—Otro de los Once de Ismer. Si hace una semana alguien me hubiera dicho que iba a conocer al mismísimo Owain Trueno y a la Dama Argéntea, le habría arreado con una jarra el cabeza por tomarme el pelo con tonterías para críos.

—Si viajas con nosotros, te prometo que verás cosas mucho más interesantes. Ayúdame; veamos qué tal han sentado los siglos a la leyenda.

—¿No será peligroso?

—No te preocupes, Yerrod. —Anders se mostró relajado—. La Dama usaba un potente suero creado a partir de estas legendarias Flores Blancas para inducir a sus víctimas un profundo estado comatoso —el mago pasó su mano por un pétalo luminiscente—. Pueden pasarse años durmiendo plácidamente, dependiendo de la dosis que fluya por sus venas. Vamos, ayúdame.

La tapa era de piedra maciza, y el mago y el enano tuvieron que colaborar para deslizarla a un lado. Cuando cayó, la losa se estampó con un golpe seco en el suelo y un enorme estruendo rebotó por esas paredes milenarias. Tras unos segundos, el silencio sepulcral volvió a adueñarse de la estancia. Edain Anders y Yerrod Gardun se asomaron al interior del recipiente.

—¡Maestres Enjoyados! —exclamó, a punto de soltar otra arcada—. El Soberano de la Tormenta... ¿es... esto?

—Los siglos no le han tratado bien, por lo que veo. —Anders frunció el ceño, fascinado—. Había oído que Owain presionó demasiado sus poderes, así que supongo que estamos ante el perfecto ejemplo de los peligros de jugar con la Magia hasta el límite.

—¿Y... y para qué lo quieres? No creo que pueda ayudarnos en este estado. Ni siquiera sé cómo puede seguir vivo. ¿Él es el Candado?

—Verás, Yerrod —el mago se apoyó en el borde del ataúd—, hay una serie de acontecimientos que van a ocurrir, queramos o no. Sin embargo, tenemos posibilidad de, digamos, aprovecharlos y reorganizarlos para que el destino nos sea favorable. Los poderes de Owain pueden ayudarnos a cumplir ese deseo, así que sí: él es nuestro Candado.

—Los candados protegen algo. ¿Qué es lo que protegerá?

—Los candados no solo protegen... considéralo una herramienta; una especie de engranaje que sirve para poner en hora un reloj muy importante. Nuestra organización ya ha conseguido la Chispa que comenzará todo, y después de ponerla en juego, la partida comenzará oficialmente. El Candado será la segunda pieza que juguemos nosotros, pero no por ello será menos importante.

—No entiendo... ¿qué marca ese reloj?

—Un cruel destino —se limitó a decir—. Lo entenderás a su debido tiempo, mi nuevo Espaldero. Van a ocurrir grandes cosas, Yerrod Gardun, y créeme, el mundo va



a cambiar radicalmente. Y eso sí que no será ninguna ilusión.

## Once soles

**E**L paseo marítimo de Puerto del Duque bullía repleto de gente de todas las edades, tamaños y formas posibles. Las adorables parejas de abueletes curioseaban los coloridos puestos de fruta agarrados de la mano, y los niños correteaban de un lado para otro gritando, riendo, peleando, mientras eran perseguidos por unos agobiados padres que intentaban disfrutar del puente vacacional en paz. La ciudad celebraba su legado y, por un momento, se olvidaba de la ajetreada vida contemporánea, llena de horarios, reuniones y horas extra. Solamente les rodeaba un apacible caos.

Las fachadas de los viejos edificios de primera línea de playa estaban decoradas con banderolas de intensos colores que remitían a tiempos remotos, y las espontáneas canciones de algunos artistas combinaban muy bien con el ambiente idílico de la tarde. La asociación de comerciantes del casco antiguo se había preparado a conciencia la organización del mercadillo de bienvenida al verano, y todo el paseo estaba plagado de pequeñas tienditas temáticas al aire libre, donde los dependientes, disfrazados con ropas de lino típicas de los pescadores de la Era del Rezo, saciaban el ansia consumista de los turistas y la curiosidad de los lugareños aburridos. Allá donde mirase, los impolutos toldos blancos vibraban suavemente al ser rozados por la brisa marina, dando la impresión de que decenas de veleros habían encallado frente a la playa, cuya arena fina brillaba apetecible con la suave luz de la tarde. La orilla, protegida de la furia del Océano Inquieto por los poderosos brazos del Golfo del Pescador, le tentaba con un arrullo lejano, pidiéndole que se refrescase los pies.

Rayner, como todo lugareño que no se lucraba del bolsillo del visitante extraviado, no disfrutaba mucho con los tumultos de extranjeros, pero tuvo que admitir que contemplar tanta vida en aquel lugar resultaba estimulante. Parejas abrazadas en la arena, perros chapoteando en el agua, cometas volando en el cielo limpio... le costó recordar cómo era la ciudad en invierno, sin turismo, cuando todo aquello estaba muerto.

La Bienvenida del Verano de Puerto del Duque era el mayor acontecimiento de todo el Golfo del Pescador, y miles de turistas recién bajados de sus embarcaciones de recreo se agolpaban por la zona portuaria, dispuestos a ser embaucados por la acogedora visión de la ciudad de casas blancas, deseosos de poder asistir a cualquiera de las jornadas llenas de actividades, desfiles, concursos y conciertos acompañados de una cerveza fresquita a la orilla del mar. Los restaurantes servían su mejor marisco, o al menos eso afirmaban para justificar sus hinchadas cuentas, y todos los hoteles, desde el más lujoso hasta el plagado de cucarachas, colgaban el letrero de «completo» un par de días antes del pregón oficial. Siempre se encontraba algo interesante que descubrir, sobre todo en los alrededores de la Plaza Mayor, que ejercía de corazón de toda la zona.

Había quedado con Alisa en la plaza, pero pronto se arrepintió de haber propuesto

un lugar tan concurrido: no podía caminar sin rozarle el pecho sudoroso o la espalda pegajosa a alguien, y su incipiente barriguilla cervecera no le ayudaba mucho a ser escurridizo. En una de las esquinas de un puesto cercano, observando atentamente varios sacos de especias, estaba ella. No era difícil distinguirla entre la bulliciosa multitud; llevaba puesto ese vestido blanco de sedas vaporosas que tanto le gustaba. Se acercó por detrás sigilosamente, apartó su pabela y le dio un suave beso en el cuello.

—Sabía que estarías aquí —susurró al oído de su pareja. Alisa se dio la vuelta, y Rayner pudo contemplar su contagiosa sonrisa perlada—. Con lo que te gustan todos estos polvos de colorines, era una apuesta segura. Aunque ya sabes que los mejores polvos no los vas a encontrar por aquí... no sé si me entiendes —le pellizcó el trasero, juguetón.

—Eres tan sutil... deberías hacerte poeta.

—Poeta de la bragueta. —Rayner comenzó a hacerle cosquillas, como siempre hacía cuando buscaba su atención.

—¡Ray, para! No seas tonto. Déjame ver esto, que me interesa.

En el mostrador se agolpaban todo tipo de saquitos rellenos de extrañas especias de colores vivos y apetecibles. Pudo distinguir algo de canela y orégano a primera vista, pero el resto de polvos y hierbas eran desconocidos para él; el mundo de la cocina, más allá de los congelados y los fritos, le resultaba todo un misterio.

—Espero que no me utilices de cobaya humana para probar tantos sabores raros, porque hasta mi estómago tiene un límite —intentó olisquear una muestra, pero solamente pudo captar el olor que desprendían sus axilas. Quizá debería haberse duchado esa mañana—. ¿Has encontrado algo interesante?

—Puede que sí. ¿Qué te parece? Pimienta del Mar Escarlata. Ahí.

Rayner untó un dedo en aquel polvo blancuzco y estornudó al probarlo.

—¿Es picante? Ya sabes que el picante me hace...

Volvió a estornudar y ella se echó a reír a carcajadas. Rayner adoraba su sencillo sentido del humor, que siempre convertía sus defectos en algo especial y único. Dijera lo que dijera, Alisa siempre tenía una sonrisa de sobra para regalarle.

—Ya puedes acostumbrarte, porque va a sazonar la comida del domingo que viene. Más vale que te afeites esta barba de indigente y te peines un poco estos pelos levantados por la almohada, porque va a ser un día especial.

—¿Un día especial? —Se rascó la cabeza—. ¿Por qué?

—Me gustaría disfrutar de un domingo tranquilo, con los dos bien vestidos y guapos. Quizá incluso podríamos invitar a unos amigos a comer. ¡No me mires así! Tenemos que ejercitar un poco nuestra vida social.

—Está bien —refunfuñó—. Pero espero que no invites a Margen y su novio, porque no aguanto a esa cotorra pedante.

—Hecho. Disculpe, me llevo un frasco de esta pimienta, por favor.

El tendero le envolvió el frasquito de especias con cuidado y se lo ofreció

amablemente. Ella sacó la cartera de su bolso, y como ya venía siendo habitual desde hacía meses, Rayner se sintió profundamente incómodo.

—Déjame pagarte esto —rogó a su chica—. Creo que he traído dinero —se palpó el pecho buscando un recoveco inexistente en su camiseta descolorida y se hurgó los bolsillos del bañador de flores. Sacó un billete arrugado y desteñido de diez soles que probablemente llevaría allí dentro desde el verano anterior. Intentó estirarlo, pero estaba en tal mal estado que no quiso forzarlo.

—No seas tonto, si no son más que dos soles —respondió ella—. Ya me encargo yo.

Volvió a guardarlo sin ofrecer mucha resistencia. Como siempre, él se dejó llevar. Llevaba una vida fácil, sin esfuerzo, sin decepciones. Y sin dinero, claro.

—Vamos, tonto —como siempre, Alisa olió al momento su frustración. Le agarró del brazo y le invitó a sumergirse en el barullo de la plaza.

—Algún día tendré tanta pasta que nunca te faltará un buen polvo —dijo con todo el doble sentido posible, haciéndola reír de nuevo.

—Solamente espero que esos polvos que me prometes no me hagan estornudar —bromeó.

A pesar de sentirse mal, Rayner no pudo evitar sonreír. Si ella no llega a entrar en su vida, probablemente le hubieran encontrado muerto frente al televisor, atragantado con un plato de pasta mal cocida. Aún no sabía qué había visto en él, pero Alisa, una persona risueña, entusiasta y llena de energía positiva, le echó el lazo y no le dejó escapar. Desde aquel momento incómodo en el que se conocieron, supo que ella sería su salvavidas, aunque tras varios años de relación, esa metáfora se había convertido en algo incómodo y demasiado real. Rayner se sentía como un lastre, como un cuerpo muerto que arrastraba a su chica a un pozo sin fondo, pero al mismo tiempo no hacía nada por evitarlo.

—No tienes que preocuparte por el dinero —ella le acarició el brazo—. Sabes que el bufete no me paga mal.

—Ya, y a cambio tienes que defender a impresentables como Blake Wilson.

—Bueno, es el precio a pagar por el dinero a ganar. Si quisieras, podrías trabajar conmigo.

—Ya hablamos de ello, cariño. No tengo madera de abogado.

—¡Pero si sacaste casi la misma nota que yo en la carrera!

—¡Solamente me esforcé porque quería bajarte las bragas! No sabes la de tardes que te miraba el escote en vez de concentrarme en los libros.

—Con más motivo entonces, porque tienes el doble de mérito que yo —soltó una carcajada—. Aunque tengo que admitir que tus ojillos marrones me distraían de vez en cuando...

—¿No ves? Estamos hechos el uno para el otro —la rodeó con el brazo—, por mucho que tu padre intente demostrar lo contrario.

—Quizá si consigues un empleo respetable le convencerías de lo contrario. La

última vez que fuiste a su casa te pilló jugando como un crío con una espada decorativa de la pared de su despacho.

—¡No tiene sentido colgar espadas de las paredes si no vas a usarlas! En cuanto al trabajo, ya sabes que estoy esperando a la...

—A la oportunidad perfecta. Ya. Oh, mira, cinturones. —Alisa cambió de tema radicalmente. Siempre lo hacía cuando se agotaba de razonar con él—. Lo que estaba buscando.

La observó mientras charlaba con una vendedora arrugada que le ofrecía tres cinturones por seis soles. Apenas podía escuchar lo que se decían debido al tumulto de la feria, pero siguió el duelo con cierto interés desde la distancia. No todos los días se veía a una tendera experta en negociaciones luchar contra una abogada experta en negociaciones. Al final, Alisa tuvo que pagar cinco soles, pero no perdió las formas en ningún momento.

—Lo he intentado —dijo mientras metía su compra en la bolsa—, pero esa vieja arpía se conoce todas las técnicas de regateo. Le he dicho que sería una buena abogada y se ha empezado a reír. Creo que he conseguido un buen trato.

—Si te lo ha vendido, es que ella ha salido ganando.

—No me quites la ilusión, guapo. Mira, ¿te gusta este? Lo he comprado para ti, para que te lo pongas en la cena familiar que hacemos todos los años.

—¿Otra cena con tus padres? —suspiró—. Me odian, cariño.

—¡No es cierto! —Alisa se mordió el labio—. Mi hermana Justine te adora, le caes genial, y mamá piensa que eres un buen chico. Papá... bueno, con papá es distinto, pero es que pensaba que por hacerme abogada acabaría con algún millonario capitán de velero.

—Y acabaste conmigo —dijo decepcionado—. No me extraña que me odie.

—Y no te cambiaría ni por veinte veleros —le dio un beso de consolación en la mejilla—. Bueno, quizá por treinta mansiones sí. Ray, guapo, dime que iremos a la cena.

—Cariño —le respondió con toda la dulzura que pudo reunir—, no creo que sea una buena idea...

—Ya, está bien —respondió frustrada. Volvió a cambiar de tema—. Oye, voy a meterme a ese puesto a mirar algunos vestidos. ¿Por qué no te das una vuelta por ahí? Sé que odias tener que esperarme cuando me pongo tonta con la ropa. Ven dentro de unos diez minutos y nos vamos.

—Claro —dijo sin pensárselo dos veces. Dos pasos después ya había olvidado la cara de decepción de su chica.

Se puso a caminar por el paseo marítimo, con las manos encajadas en los bolsillos de su bañador y las gafas de sol colgando de su camiseta. Rayner no se sentía muy fascinado por aquella exposición de baratijas de países y reinos lejanos; no tenía mucho interés por conocer lo que se cocía en otros lugares, y pocas veces había salido al extranjero de vacaciones o en busca de aventuras. Para más inri, los

documentales sobre viajes que ponían en la televisión después de comer le provocaban un profundo sueño.

Cuando ya se alejaba del escándalo de la zona de la plaza, escuchó algo.

«*Mi heraldo... el anciano... es el siguiente*».

Aquella extraña voz sonó con una claridad inusitada en su cabeza. Rayner se detuvo en seco y se giró como un relámpago, pero no había nadie cerca de él. Inquieto, entró a una callejuela estrecha de paredes altas plagada de puestos de segunda categoría. No había muchos clientes ni curiosos, pero decidió que le apetecía vagar por allí. Tras dejar atrás un par de puestos de artesanía y dulces, otra voz le reclamó. Esta vez no fue un espejismo.

—¡Eh! ¡Amigo, amigo!

Al otro lado del mostrador, un señor regordete de espeso bigote, pelo grasiento y piel tan sudada que parecía medio derretida le miraba con una sonrisa que le alzaba los carrillos como a un roedor. Los dos permanecieron en silencio durante unos segundos, de pie, sin quitarse ojo, hasta que el tendero abrió la boca de nuevo.

—¡Buenas tardes, *vistaet*! ¡Bienvenido al rincón de las antigüedades de Luibis, para servirte! —exclamó con un marcado acento de Brezo—. ¡Tengo todo lo que puedas desear, *mitoro*! ¡Joyas para tu *mitora* de pura cepa! ¿Tienes una *mitora*, verdad? ¡Seguro que sí! ¡Una de las guapas, seguro!

—No tengo mucho presupuesto para andar haciendo regalos —suspiró.

—¡No se preocupe, porque cubro todos los precios! ¿Qué le parece este regalo? —El hombre sostuvo frente a él un antiguo collar de azabache; era tan viejo que había perdido todos los grabados y la cuerda que lo sujetaba se encontraba en un estado lamentable—. ¡Barato, barato!

—Más vale que sea barato, porque no lo cogería ni con un palo —se negó a sostenerlo, temeroso de que se rompiese en sus manos y el tipo se lo cobrase sin miramientos—. Tiene pinta de ser muy antiguo.

—Y lo es, *mitoro*. Está extraído de las antiguas ruinas de Yadoba, al sur, donde los lujosos palacios imperiales de los siete jeques rozaban las nubes en tiempos antiguos. Pero si no le gusta a su *mitora*, también tengo ídolos de las antiguas tribus élficas del Lago Cienfuegos, en la falda del gran volcán...

—Corta el rollo —le rogó. Aquella gente tan activa le daba dolor de cabeza.

—Nada de rollos. He viajado por todo tipo de tierras remotas para conseguir esta colección de reliquias exóticas de valor incalculable.

—Si fueran reliquias de valor incalculable estarían en un museo, ¿no?

—¡Y deberían estar! O en la estantería de su casa, claro —le guiñó un ojo.

Examinó los montones de objetos desperdigados por el rudimentario mostrador. Había joyas, utensilios, armas, armaduras e incluso figuras de madera carcomida que representaban ídolos de fertilidad de gigantescos pechos, justo al lado de guerreros

tribales de interminables miembros viriles. Era normal encontrar todo tipo de trastos viejos en excavaciones, ya que las grandes Guerras Magas dejaron muchos muertos enterrados bajo capas y capas de lodo y tierra. No era raro encontrar esos curiosos trastos en mercadillos de poca monta: su abundancia los convertía en algo demasiado vulgar como para ser considerados algo parecido a un patrimonio histórico.

—¿Y qué precio tienen estas piezas de valor «incalculable», si se puede saber? —le preguntó. Quizá podría comprar el collar a Alisa para gastarle una broma.

—Solamente para usted, el collar, por ejemplo... se lo dejo por unos doscientos soles.

—¡Doscientos soles! —Abrió los ojos y resopló. A pesar de su vagancia, aún conservaba cierta capacidad para escandalizarse—. Con ese dinero nos podríamos ir de vacaciones al Golfo de la Luz. No me voy a molestar ni en regatear, amigo.

Rayner se giró para marcharse. Sabía que el hombre no le dejaría ir tan fácilmente.

—¡Espere, amigo! —El tipo sudoroso le agarró del brazo—. ¿Cuánto tiene?

—Veamos... diez soles, amigo. —Rayner se sacó el billete arrugado del bolsillo—. Ah, y una moneda suelta que acabo de encontrar. Once soles.

—Once míseros soles... —El tendero gruñó entre dientes—. Es una mala época, *mitoro*. Cómprame algo, por favor. Te lo ruego —el hombre estaba desesperado.

—¿Y qué me das por esto? —Agitó el billete en el aire con suavidad. Estaba tan desgastado que pronto se partiría en dos.

—Yo... bueno, puedo... puedo venderte... —El vendedor escudriñó su género— dos copas de bronce. No, tres. Un casco... no, dos cascos, quizá, para que hagan juego. O una espada de ese barril de ahí.

Bajo el mostrador plagado de roñosas cotas de malla, copas de cobre aplastadas y cascos abollados de latón, había un barril repleto de espadas que presentaban un aspecto lamentable. Todas ellas eran idénticas, forjadas bajo el mismo patrón de hojas rectas y guarnición en forma de cruz, y era probable que hubieran pertenecido a la infantería regular de alguna guerra lejana en el tiempo. Basura, ni más ni menos.

—¿Y para qué narices necesito yo una espada? —Se echó a reír—. ¿Para abrir alguna lata de aceitunas? Eso si no pilla alguna enfermedad al cortarme con uno de esos filos plagados de roña.

—No te rías, *mitoro* —el hombre se puso serio de repente—. Son antigüedades de lugares muy lejanos. Por favor, necesito el dinero. Grandes héroes pueden haber sido los dueños de esas espadas.

—O no —añadió cruzado de brazos.

—Son once malditos soles —el hombre perdió el interés en él al ver que otros transeúntes con cara de tener más dinero rondaban cerca.

Mientras su orondo amigo engatusaba a un matrimonio de pardillos con aspecto de haberse perdido, Rayner miró su billete de diez soles. Estaba hecho una mierda y estaba seguro de que no se lo aceptarían en cualquier tienda decente. Podría

comprarle el collar a Alisa e inventarse una bonita historia para encandilarla, asegurando con seriedad que había pertenecido a alguna princesa de un reino lejano. Por lo menos la haría reír un rato. Podría ser. Por otro lado... ¿cuánta gente habría muerto atravesada por esos trozos de metal forjado? Su imaginación despertó con ganas de jugar. Tener una espada real colgada en el salón sería un detalle alucinante, aunque ya sabía lo que Alisa opinaría y decidiría al respecto. «¡Si tu padre también las colecciona!». Sería su excusa perfecta para defender la compra.

Rayner se acercó al barril y se agachó frente a todas esas empuñaduras idénticas que sobresalían sin ton ni son. Mientras las observaba y conjeturaba, se dio cuenta de que una de ellas era ligeramente distinta. Era difícil distinguirlo a primera vista, pero a diferencia de sus vulgares compañeras, su guarnición era más curvada y afilada; su hoja parecía más gruesa, recta y ancha que las demás; y su pomo redondo era más grande y estaba aplastado como una galleta. No sabía muy bien por qué, pero sintió unas irrefrenables ganas de comprarla. Era un capricho, un maldito capricho inútil, pero no era la primera vez que compraba una de esas tonterías que acabarían en el trastero, olvidadas, cogiendo polvo. Ya tendría tiempo de arrepentirse más adelante.

—Me llevo una de estas —dijo sin pestañear, embobado, pensando en lo que le gustaría jugar con ella. Ya había cumplido los treinta, pero ni siquiera se sintió mal por imaginarse a sí mismo golpeando el aire y haciendo ruidos—. Diez soles ¿verdad?

—¡Once! No olvides la moneda —le respondió el vendedor mientras se secaba el sudor de la cara. Le dedicó la mejor de sus sonrisas a pesar de comprobar el precario estado del billete. Sin duda, aquellas espadas no valían ni esa moneda extraviada que había encontrado, pero no le importó. Cuanto más miraba su compra, más le gustaba—. ¿Cuál de ellas quieres, *mitoro*? ¿Te la envuelvo?

—No hace falta. Yo me serviré —apresuró a decir. No quería que nadie más la tocara.

Alargó su mano con cuidado para esquivar todos esos filos picados, buscando aquella baratija distinta a las demás. La agarró y la levantó frente a su rostro, pero la hoja estaba tan llena de mugre que no le devolvió ningún reflejo. Acercó el oído a la hoja y escuchó un suave chisporroteo en su interior. Se apartó y la miró extrañado.

—Esta cosa no tendrá bichos por dentro, ¿no? No quiero llevarme un nido de termitas a casa —preguntó al vendedor.

—¡Qué tontería! Las termitas comen madera, no metal, *mitoro* —le corrigió el vendedor bigotudo sin ni siquiera mirarle, haciéndole gestos para que se marchase de una vez.

Rascó un poco del óxido de la hoja con la uña, suavemente, empujado por una extraña curiosidad que le pedía tocarla, acariciarla. Entonces, un pequeño trozo se desprendió, mostrando un atisbo de un metal limpio que reposaba debajo, con el aspecto de haber sido forjado esa misma mañana. No era brillante y claro, sino oscuro y opaco. Juraría que el chisporroteo se hizo más fuerte, pero no le dio importancia.



Era lo más precioso que había visto en su vida.

—Vaya, quizá no ha sido tan mala compra después de todo —murmuró, temeroso de que el vendedor se diese cuenta e intentase cobrarle de más.

Escapó del callejón dando saltitos de alegría que casi le hicieron perder las chancletas, ilusionado como un niño pequeño con un juguete nuevo. «Mis colegas van a alucinar cuando la vean». Un par de minutos después, encontró a Alisa, regateando con otro tendero cabezota un par de puestos más allá de donde la dejó. Mientras esperaba a que terminase de negociar, pensó en cómo esquivaría la bronca que le iba a caer, pero no se le ocurrieron muchas excusas decentes.

—¿Se puede saber qué es eso? —preguntó ella con los ojos abiertos como platos.

—Lo sé, lo sé... sé que es una mierda, ¡pero es una mierda que solamente me ha costado once soles! —Nada más pronunciar las palabras se dio cuenta de lo estúpidas que sonaban—. ¡Podría regalársela a tu padre! —Brincó al creer haber encontrado una excusa. Aquel carcamal pijo no la querría ni ver, y así podría quedársela—. Pensé que sería divertido comprarla para echar unos duelos contra él. Seguro que le haría sonreír si consigue cortarme la yugular.

—¿Once soles? —Sorprendentemente, Alisa no se mostró muy enfadada—. Es un poco cara... pero tengo que admitir que no tiene mal aspecto. Parece valiosa, pero si te la han vendido por ese dinero supongo que es una imitación barata. A papá le gustará.

—¡Ya! Muy graciosa. Ya sé que da un poco de pena, pero...

Se quedó sin habla al volver a mirar la espada. La capa de mugre causada por del paso de los siglos había desaparecido por completo, y se podía admirar el austero esplendor de la guarnición forjada con oro puro y adornada con grabados de olivos que se enredaban en un sutil abrazo extrañamente armonioso. El pomo en el que acababa la empuñadura mostraba un círculo que envolvía un sol radiante de rostro sereno. La hoja era lo más extraño de todo: opaca, oscura y roma, estaba decorada con dos pequeños pinchos inofensivos cerca de la empuñadura, y no parecía encajar estéticamente con la parte dorada, como si hubiese sido aprisionada en contra de su voluntad. Aquello no tenía sentido alguno. ¿Cómo era posible? ¿Se la habían cambiado sin que se diese cuenta? La observó durante un rato hasta que la realidad volvió a reclamarle.

—¿Ray?

—La leche —acertó a decir—. No te vas a creer lo que me ha pasado...

—Ray... ¿qué está pasando allí?

Se giró. Junto a la fuente central de la plaza, sentado en el suelo, un anciano balbuceaba y resoplaba como un pedigüeño acalorado. Un hombre alto y delgado le custodiaba de pie, pero ni siquiera se molestaba en refrescarle con el agua que fluía tras ellos. Una mujer, con una botella de agua mineral abierta en la mano, intentaba dar de beber al pobre viejo, pero el tipo la empujó, tirándola al suelo, impidiendo que se acercara a él.

—¡Mira a ese pobre anciano, Ray! Creo que le está dando un infarto. Tenemos que hacer algo. ¿Quién se ha creído que es ese idiota?

—No es de nuestra incumbencia, cariño. Es mejor que nos apartemos. —Rayner había aprendido que la mejor manera de resolver conflictos era ignorarlos hasta que desapareciesen por sí solos.

—¡Y una mierda! ¡Mira cómo empuja a esa señora! ¿Qué clase de animal es? ¡Eh, déjala en paz, capullo!

Antes de que pudiera reaccionar, Alisa echó a andar a paso ligero hacia el tipo, furiosa. Rayner ya conocía de primera mano la mala leche que podía gastar su novia, así que la siguió, nervioso, esperando que todo quedase en una advertencia. «Si sueltan un puñetazo, mi cara va a ser la primera en recibirlo», pensó mientras tragaba saliva.

—¡Eh, idiota! —Alisa se irguió todo lo que pudo delante de aquel hombre. No era de las que se dejaban amedrentar fácilmente—. Te estoy hablando a ti. ¿De qué vas?

—No hay nada que hacer —dijo él con una voz sombría—. No hay nada que hacer.

A pesar de sus malas maneras, Rayner juraría que los ojos de aquel hombre estaban a punto de soltar varias lágrimas. Sin embargo, se mantenía cruzado de brazos, impassible, impidiendo que nadie se acercase al anciano.

—Tócame, payaso, y te pongo una demanda por agresión antes de que puedas parpadear. Soy abogada, pero no soy ciega. Ese pobre anciano necesita atención médica.

—No hay nada que hacer —repitió. Tiró de una elegante cadena de su bolsillo y consultó su reloj de pulsera—. El reloj tiene que comenzar a marcar el tiempo. Tengo una gran responsabilidad. Tengo una gran responsabilidad —repitió atontado.

La gente comenzó a arremolinarse a su alrededor, curiosa. El tipo se mostraba extrañamente calmado para el alboroto que estaban montando. Sus ojos azules parecían vacíos y cansados, y juraría que en su cabellera rubia faltaban varios mechones de pelo. Entonces, Rayner observó a un agente de policía que paseaba tranquilamente a lo lejos. Su salvador.

—¡Eh, agente! —gritó asustado—. ¡Aquí! ¡Tenemos un problema!

El policía, un hombre de mediana edad bastante fondón, se acercó con parsimonia, con sus manos enlazadas a su espalda. Por suerte, iba armado.

—A ver, ¿se puede saber qué es todo este escándalo?

—¡Ya era hora! —Alisa se acercó a él, mordiéndose el labio de rabia—. Agente, este hombre no nos deja atender a ese...

No pudo terminar la frase. El pecho del policía recibió tres disparos secos, salpicando de sangre el rostro de su chica. Ella abrió los ojos todo lo humanamente posible, incapaz de entender lo que acababa de pasar. El agente cayó al suelo de rodillas, gimiendo, y el hombre delgado, que había desenfundado un arma de sus pantalones, le regaló un par de disparos más a la cabeza.

—Es la hora de poner el reloj en marcha, me dijo —murmuró el hombre armado—. No puedo permitir que le hagáis daño. Yo no elegí estar aquí, pero nadie le puede decir que no a Ojos de Cristal —sollozó mientras una lágrima caía por su mejilla—. No se le puede decir que no, o al menos eso creo. No recuerdo cómo decir que no.

Se giró hacia Rayner y observó la espada en su mano. Levantó su arma hacia él.

—¡No, espera! —Acertó a decir. Él no era una amenaza. Solamente había comprado una baratija en un puesto mugriento, nada más. Lanzó la espada al suelo, acobardado.

Escuchó un sonido ensordecedor, y notó un pinchazo horrible en el estómago que le lanzó hacia atrás, haciéndole caer de culo. «¡Joder!», repitió en su cabeza una y otra vez, incapaz de creer lo que acababa de ocurrirle. Había recibido un balazo, y la sangre empezó a manar de un agujero cerca de su hígado, fluyendo húmeda y caliente por su tripa. Gritó de dolor como nunca antes había gritado. Después vinieron los gritos ajenos. Después, el escándalo de cientos de pisadas telegrafando un ritmo de pánico. La gente se pisaba entre sí para salir de allí.

—¡Ray! —Alisa corrió hacia él y le rodeó con sus brazos tan fuerte que casi le sacó los pulmones por la boca. El dolor de la herida le estaba matando, pero nunca necesitó tanto un abrazo—. ¿Estás bien? ¡¡Joder!! ¡¡Estás herido!!

El hombre del reloj se acercó a ellos. Rayner había perdido la espada; la buscó con su mano ensangrentada, aferrándose a la única esperanza que le quedaba, pero Alisa, aún abrazada a él, no le dejaba llegar a alcanzarla. El hombre levantó el arma y les apuntó, pero en vez de disparar, se derrumbó de rodillas frente a ellos, abatido.

—Tengo miedo, pero no me pude negar —balbuceó asustado—. La Chispa y el Fuego. Las Cenizas y el Miedo. La Herida y el Candado. El Barro y la Tumba. La Caída y el Renacer. Él me ha contado el plan. Sé las palabras, pero no recuerdo su significado. Él me lo ha quitado. Todo nos supera. No somos más que peones en una partida terrible. No podemos ganar, pero sí elegir cómo perder.

Acto seguido, apuntó a su sien con el cañón del arma y disparó. Su cuerpo cayó al suelo como una marioneta de hilos recién cortados.

—Dioses. —Alisa se tapó la boca con las manos, conmocionada. Tardó varios segundos en recomponerse—. Ray, cariño, voy a llamar a una ambulancia. Voy a buscar mi teléfono... se me ha caído el bolso por ahí... pero estoy contigo, ¿vale? ¡¡Ayuda, por favor!! —gritó mientras se alejaba, pero la plaza se había quedado desierta.

Rayner miró al anciano. Estaba exhausto, consumido, pero respiraba con inusitada celeridad y balbuceaba constantemente unas palabras ininteligibles. Estaba sucio, muy sucio, y cuando se desplomó del todo observó unas marcas de cicatrices antiguas en su espalda. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran sus brazos, oscuros y quemados como dos grandes cerillas. No podía concentrarse más allá del dolor que sentía, pero hubiera jurado que su pelo oscuro y enmarañado se volvía blanco como la nieve por momentos. Debía estar alucinando por la pérdida de sangre.

El estómago le dolía a horrores. Se levantó la camiseta y observó cómo pequeños chorros de sangre manaban de ese horrible agujero amoratado en su tripa. Le dolía hasta respirar. Se apretó la herida como pudo, retorciéndose de dolor. Qué injusto había sido todo. No quería morir allí. No era justo. Se dio cuenta de que no había hecho nada útil o memorable en la vida, y ese pensamiento le envenenó. ¡Qué tarde era para cambiar!

—Alisa... no me dejes aquí... —balbuceó mientras observaba a su novia discutir con el servicio de urgencias a través de su teléfono móvil, lanzando indicaciones a gritos.

*Mi heraldo... nadie te hará daño mientras estés conmigo.*

Rayner creyó escuchar una voz susurrante a su lado, al igual que le había ocurrido antes. Miró alrededor, pero no había nadie más cerca.

Lo único que había a su lado era la espada.

Alargó su mano y la levantó como pudo delante de él, extrañamente fascinado. De repente, la herida parecía preocuparle menos. Era preciosa. Una espada preciosa.

—Ray... algo va mal... —dijo Alisa con voz entrecortada. Pudo ver cómo su chica dejaba caer el teléfono.

El hilo de voz del anciano se extinguió. No parecía el mismo. Sabía que era imposible, pero Rayner hubiera jurado que su cuerpo se arrugaba como un globo deshinchado frente a ellos. Su piel se aflojaba, sus ojeras crecían y deformaban su mirada, y el pelo se volvía más y más blanquecino a cada segundo que pasaba. La pareja observó aterrada cómo sus ojos comenzaban a echar vapor, derritiéndose en un instante. Alisa gritó y se cayó de espaldas al intentar alejarse de él. La piel del anciano empezó a brillar y a burbujear como si estuviera hecha de magma ardiente, desprendiendo un horrible hedor a carne quemada.

Alisa miró a Rayner y dijo algo, pero no la pudo escuchar. El aire se había saturado con un horrible chirrido desgarrador que le perforó los tímpanos. Juraría que los objetos pequeños comenzaron a levitar, suspendidos en la nada. Naranjas, perfumes, baratijas y piedras, todos se alzaron, livianos.

Antes de que pudiera pestañear, el mundo se difuminó tras un resplandor cegador. Donde antes yacía un anciano decrepito, en ese momento se concentraba una luz tan intensa que veló el reino del sol de la tarde sin ningún esfuerzo. Una fuerza imparable y violenta se desató en una onda expansiva arrasadora. Rayner pudo ver cómo la fuente y los puestos circundantes se descascarillaban y se quemaban como si estuvieran hechos de papel, cómo las piedras del puerto reventaban en nubes de polvo, y cómo la bella cara de Alisa, que corría hacia él, se convertía en un torrente de oscuras cenizas que se disipó en un pestañeo. La claridad le rodeó por todos los lados.

Cerró los ojos, y el mismísimo sol pareció envolverle con un manto de luz

infinita, en un lugar donde el tiempo no parecía importar. Intentó mirar alrededor, pero no había nada. Absolutamente nada. Solo la interminable y ardiente luz.

## Se acerca una tormenta

**C**REYÓ escuchar una voz que la llamaba. Lana abrió los ojos, pero poca cosa alcanzó a ver en la penumbra, y menos con el pelo enredado en la cara después de una agitada noche de sueño. El sudor que le empapaba las mejillas hizo que su piel se pegase a una almohada que parecía estar hecha de velcro, y le costó horrores alzar la cabeza, librar sus ojerosos ojos verdes del yugo de varios mechones rebeldes y localizar la hora del despertador para poder situarse en algún momento del día. Resopló al darse cuenta de lo pronto que era. Acababan de pasar las siete y cuarto de la mañana, pero ese asqueroso calor era ya completamente insoportable. Un calor invasivo, agobiante, sucio, acompañado de una indeseada humedad que ahogaba cada poro de su piel. Su cerebro, que era más listo que ella y siempre se guardaba las venganzas para el día siguiente, le agradeció el maltrato al que le había sometido con un insoportable dolor de cabeza. La resaca había saltado al escenario y bailaba su mejor número de claqué, calzada con unos zapatos de clavos.

—Mierda —masculló con dificultad, como si hubiese tragado un litro de pegamento.

No pudo decir mucho más antes de llevarse las manos a la cabeza, revolviendo su cabello de brillante color escarlata que le caía hasta la cintura. ¿Qué había hecho para merecer ese horrible dolor? Intentó recordar. ¿Cuántas copas de aguardiente de Ramablanca se había bebido? ¿Había hecho alguna tontería más de la que debería arrepentirse? No podía recordarlo con certeza, y a partir del octavo chupito de Amnesia Salada todo se limitaba a una serie de vagos pensamientos borrosos e inconexos. «Que se joda la Lana de mañana», se solía decir a mitad de una juerga. Curiosamente, se había pasado media vida jodiéndose a ella misma.

Encontró sus bragas arrugadas al pie de la cama y se las puso del revés sin darse cuenta. ¿Dónde estaba? Era la habitación de alguna pensión de Kai-Gul, aunque esos habitáculos llenos de colchones piojosos no se merecían ese nombre. Se sentó al borde de la cama y se masajeó las sienes. Las paredes estampadas de flores estaban descoloridas, descascarilladas y medio podridas, y en el techo, un ventilador renqueaba sus últimos giros antes de averiarse del todo. Volvió a escuchar aquella voz que la había despertado.

—¿Sargento Jonsy? —dijo alguien al otro lado de la puerta exterior.

—Creo que soy yo —balbuceó. Fuese quien fuese, más le valía tener un buen motivo para haberla traído al desagradable mundo de la gente consciente.

El saco de huesos entró a la habitación con su habitual cara de panoli, vestido con ese uniforme militar que tan grande le quedaba. El cabo Ipkis, por supuesto. Su perrillo lameculos particular.

—Sargento Jonsy, requieren de su presencia, señora. Siento mucho... haberla despertado, pero es urgente.

Lana le observó con sus ojillos aún entrecerrados y gruñó como un animal disgustado. Notaba como el bobo de Ipkis luchaba por no fijar su mirada en sus pechos desnudos. El chaval comenzó a mirar al ventilador agonizante como si fuese un platillo volante en plena abducción.

—Joder, Ipkis, que solamente son un par de tetas, coño. Hasta tú habrás chupado unas parecidas cuando naciste, a menos que hayas salido de un huevo, cosa de la que cada día estoy más convencida. —Decidió ponerse su desgastada camiseta blanca de tirantes para que el chico soltase lo que tenía que soltar cuanto antes—. ¿Se puede saber cómo he acabado aquí? ¿Y por qué estás conmigo? Oh, comprendo... Cabo Ipkis, ¿acaso nos acostamos juntos ayer?

—Sar... sargento Jonsy —el muchacho se puso pálido y rojo a la vez—, yo no... no, señora. Jamás... yo... no... quiero decir, ¿de verdad lo cree?

—¡Claro que no, idiota! ¿Cómo me voy a acostar con un pedazo de mierda como tú? No recordaré mucho de lo que pasó ayer, pero tengo cierta confianza en mi buen gusto, incluso cuando voy ciega hasta las orejas —le lanzó uno de sus calcetines sucios a la cara—. Relájate o te vas a derretir como un helado barato. Ahora en serio, ¿se puede saber qué pasó ayer?

—¿No lo recuerda? Todos los del pelotón salimos a tomar algo... por la noche de permiso, ya sabe. La noche se desmadró un poco pasadas las dos de la mañana. Usted comenzó una pelea en la cantina de Las Cuentas de Madera. Alguien la llamó... ya sabe qué —dijo con miedo—, y usted le rompió una silla en la cabeza.

—Bien hecho —se chocó los cinco a ella misma.

—El problema es que le arreó a la persona equivocada, así que medio bar comenzó a pegarse con la otra mitad. Dejó a cuatro tipos para el arrastre, pero alguien se acercó por detrás de usted y le arreó un botellazo en la cabeza, dejándola inconsciente.

—Oh, y me trajiste aquí —dijo mientras se palpaba el chichón que acababa de descubrir en la nuca—. No fue una mala noche, entonces.

—No... no he acabado. —Ipkis volvió a titubear—. Sargento, después se despertó y continuó la ronda de bares hasta las cinco o las seis de la mañana. Oryul, Alastor y los demás querían traerla de vuelta a la base antes de que nos metiese en más problemas, pero usted se negó a dejar la barra... le arrancó un diente a Alastor de un golpe, así que la dejaron sola antes de que pegase a alguien más.

No era la primera vez que la dejaban abandonada, pero por lo menos no se había despertado en un callejón maloliente, acurrucada bajo algún balcón bajo.

—Ipkis, Ipkis, Ipkis... ¿cuándo vas a dejar de ser tan pringado? Los demás escurren el bulto y tú te quedas aquí haciendo de niñera. Tonto tú y tontos ellos —dijo con sinceridad.

—Yo... me preocupo por usted, sargento. —Ipkis bajó la vista al suelo—. He conseguido dormir un par de horas en el sofá del pasillo, así que no lo he pasado tan mal.

Tenía un poco enamorado al chico. Imaginaba que sería por su físico, como siempre solía ser, porque por su carácter afable no iba a ser. Cuanto más amable y atento era con ella, más le buscaba las cosquillas con malicia, pero Ipkis parecía tener una tolerancia infinita hacia sus desprecios. Le parecía débil y dependiente, cualidades que le provocaban un profundo rechazo; a pesar de ello, le había cogido cierto cariño, cosa que le jodía enormemente.

—Hay una cosa que no me encaja... no suelo acordarme de quitarme las bragas cuando me tumbo cocida en la cama —gruñó al darse cuenta de que las tenía del revés.

—Oh, es que el señor Sonenberg estuvo aquí. Usted me pidió que le llamara. Se ha marchado hace una hora.

Lana era aficionada a los ligues de una noche, a escabullirse silenciosamente con las botas en la mano tras acabar la faena, pero Kaled era la única persona que le devolvía la jugada. Y eso le jodía aún más.

—¿Y le llamaste por mí? Joder, ahora que lo pienso, ¿te has quedado ahí fuera toda la noche mientras yo me tiraba a Kaled aquí dentro? —Desde luego, el chico valía para mártir—. Piltrafilla, si algún superior se entera de esto...

—Sus secretos están a salvo conmigo, sargento Jonsy.

—Más te vale, o te capó. ¿Por qué me has despertado tan pronto? Aún me queda un día libre.

—Realmente no, sargento. El fin de semana se ha terminado. Hoy es lunes. A las nueve comienza el reparto semanal de ayuda humanitaria.

—¿Lunes? No me jodas... —Se llevó las manos a la cabeza y se pegó un par de sopapos en sus mejillas plagadas de pecas para espabilarse—. ¡¡Mierda, mierda, mierda!! —gritó mientras buscaba sus pantalones, lanzando las sábanas por los aires.

—También le recuerdo que el Mariscal Orlain va a presentarse con la prensa y exigió que todos que nos comportásemos con profesionalidad. Ah, y hay algo peor...

—¿Algo peor?

—Según me han dicho, el Mariscal Roch estará con él. Ha sido una incorporación de última hora. Alastor ha llamado a recepción para advertirnos.

—¿¿Roch?? —Lana intentó ajustarse la pernera del pantalón, perdió el equilibrio y cayó de culo al suelo—. No... ese cabronazo no... ¡Ahora sí que la hemos jodido! ¿Se puede saber por qué no me has despertado antes?

—Llevo casi una hora llamando a su puerta, pero como no me ha contestado, no quería entrar sin su permiso...

—¡¡Déjate de excusas, mierdecilla!! —gritó mientras intentaba alcanzar una bota que había acabado bajo la cama. Una cucaracha emergió del interior de su calzado despreocupadamente—. ¡Busca mi sujetador!

—Creo que se lo apostó en el último bar que visitó... y lo perdió.

—¿Tenemos transporte?

—Claro. No bebí ni una gota de alcohol durante la noche para poder hacer de



chófer...

—¡¡Pues vete fuera y prepara el puñetero coche, saco de mierda!! ¡¡Espabila!!

El cabo Ipkis desapareció por la puerta al instante como un galgo que acababa de oler una liebre. Cuando acabó de vestirse, Lana se permitió un par de respiraciones profundas para poder coger fuerzas y tranquilizar los martillazos que destrozaban su cabeza. Los rayos del sol de la mañana se colaban por la persiana y lanzaban decenas de haces brillantes que cruzaban la habitación y la calentaban como un horno. «Tener algo de brisa sería demasiado bueno para esta mierda de ciudad».

Bajó a recepción a zancadas, saltó a la calle y el sofocante sol que abrasaba el pavimento agrietado la recibió con una odiosa bofetada en la cara. Ipkis detuvo el todoterreno delante de la puerta y la invitó a subir. Un par de mujeres autóctonas que vestían largas sedas de colores que cubrían todo su cuerpo la miraron con desprecio.

—¿Qué coño miráis, cortinas con patas? —Sabía que no la podían comprender, pero a juzgar por cómo echaron a galopar tras escucharla, el mensaje les quedó bien claro—. ¡Eso, volved a la puta sección de menaje! —Les dedicó un corte de mangas.

Subió al coche de un salto, se puso las viejas gafas de aviador que colgaban de su escote y procuró echarse la melena hacia atrás para que sus orejas puntiagudas se asomasen y fuesen bien visibles. Los habitantes del árido país de Cuerno Rojo, como prácticamente el resto del mundo conocido, no tenían mucho aprecio a la gente con sangre élfica, y menos si eran mujeres que enseñaban más carne de la permitida, así que si iba a provocar malas miradas, lo haría a lo grande. Tras dos años en ese infierno sin sombra, su habitual piel blanquecina se había vuelto prácticamente de color café, y sus pecas apenas se distinguían bajo ese bronceado que le hacía parecer una elfa de Hierbablanca o Punta de Lanza.

A pesar de sus orejas acabadas en punta, su larga melena anaranjada de brillo perfecto, sus rasgos angelicales y sus voluptuosas medidas perfectas, no era difícil saber de un vistazo que Lana Jonsy no era una elfa de sangre pura. Cada una de las pecas que manchaban sus pómulos y su nariz bajo sus intensos ojos verdes era una señal de que la imperfecta genética humana había contaminado su ser. Mestiza, la llamaban antes de perder los dientes, aunque se había quedado con pocas virtudes de los elfos y muchos de los defectos de los humanos. Aparte de sentirse como un bicho raro en la mayoría de incómodas reuniones familiares y ser objeto de burlas por parte de los grupos más racistas y retrógrados, ser medio elfa no podía considerarse ningún trauma: tenía parte de la agilidad mental y física de los elfos y cierto aire de pasión irracional humana, lo que la convertía en una criatura fascinante para la mayoría de los habitantes masculinos de Tres Mares, y para alguno femenino también. Los elfos puros, en cambio, la consideraban poco más que una aberración aún más apestosa que cualquier otra raza inferior, como si fuese un espejo corrupto de lo que jamás querrían ser. Era poco común ver a gente como ella; aunque la mezcla de razas no era imposible, sí que era dificultosa y estaba reservada a determinados individuos con genes compatibles.

—Dale caña, tirillas, que vamos tarde —le ordenó al chico.

Ipkis aceleró y se incorporó al caótico tráfico de la avenida principal. Los coches locales eran poco más que frágiles cafeteras con ruedas, así que muchos optaban por apartarse ante su avance por la cuenta que les traía.

—Le he conseguido un botellín de agua fría. —Ipkis señaló la guantera. Lana lo sacó con ansia y se lo bebió entero de un trago. Sintió resucitar.

Bendita agua. El Cuerno Rojo, a pesar de ser un país plagado de costas que daban al Mar sin Nombre, era una de las regiones más áridas y calientes del mundo, y estaba situado en un lugar donde la aparición de lluvia era poco menos que un milagro. Más del setenta por ciento de sus tierras estaban consideradas desiertos de tierra seca donde se podía freír fácilmente un huevo al mediodía, y el resto de la orografía estaba plagada de escarpadas montañas pedregosas en las que no existía una piedra que no tuviese diez puntas dispuestas a clavarse en un pie. Era un lugar aburrido, desesperante y desagradable para vivir.

La enorme capital del Cuerno, Kai-Gul, era un agobiante asentamiento plagado de edificios de piedra caliza y argamasa, un enorme zurullo de callejuelas y caótico tráfico donde se concentraban casi la mitad de los habitantes del país, creando serios problemas arquitectónicos, infraestructurales y de higiene provocados por la masificación. Por si fuera poco, las frecuentes tormentas de polvo y arena que nacían del desierto que la rodeaba se encargaban de hundir los escasos ánimos de cualquiera de sus moradores.

—Gracias, piltrafilla. —Lana tiró el botellín al arcén sin pensarlo dos veces.

—No debería tirar basuras así, sargento —por una vez, Ipkis parecía un poco contrariado con ella—. No debemos dar mala imagen ante los nativos. El Ejército de Tres Mares tiene una responsabilidad aquí y hay que dar buen ejemplo.

—Esos vídeos de propaganda que proyectamos te han comido el coco bien, chaval. Esta gente lleva metida en una guerra civil más de nueve años, así que no creo que se preocupen por la ecología y el reciclaje.

—Los Mul-Ais son más moderados y abiertos al cambio. Aprecian nuestra labor y estoy seguro de que nos tienen como referente. Si les enseñásemos el respeto al medio ambiente creo que...

—Bah, radicales Mol-Kais y moderados Mul-Ais... por mucho que finjan ser distintos, son todos iguales. ¿Qué clase referente somos nosotros, mierdecilla? Llevamos dos años aquí intentando poner un poco de orden y lo único que hemos hecho es pasar calor, repartir panfletos y lanzarles algo de comida para que no nos echen de aquí a patadas. Mientras tanto, los mercenarios de Hor Dreger, en vez de ayudarnos a poner paz, escoltan buques mercantes cargados de mineral hacia Tres Mares a través del Estrecho Cardinal. Estamos aquí para distraer a los nativos con cucamonas mientras las empresas privadas tresmareñas saquean el país.

—Somos fuerzas de paz —afirmó el chico con poca seguridad. El todoterreno chirrió al derrapar en un cruce—. No podemos hacer mucho más. Creo que hay que

razonar con ellos, sentarse a hablar y...

—Esta gente no atiende a razones, niñato —le interrumpió—. ¡Si se matan por tonterías! Mutilan y ejecutan a gente por llevar la falda muy corta o por afeitarse la barba el mes que no toca. Si llego a nacer aquí, con la lengua que tengo, ya no me quedarían miembros que cortar. Fuerzas de paz... anda ya. Mira que eres tonto. Yo metería a todos los integristas del mundo en un barco y dejaría una espada clavada en el casco, tapando una pequeña vía de agua: ya verás cómo en dos días no solo están todos decapitados, sino que el barco está durmiendo en el fondo del mar. Te queda mucho por aprender sobre la gente que pulula sobre este planeta: sean de la raza que sean, no merece la pena preocuparse por ellos, porque ellos no se preocuparán por ti.

Ipkis no supo qué contestar, y Lana se sintió mal por haber aplastado su único arrebatado de conciencia de esa manera, pero después de tanto tiempo tragando arena en aquel erial, el discurso le había salido de las entrañas.

—Aquí, gira aquí. No te pierdas, inútil —le apremió a su subordinado.

El vehículo entró a la zona peatonal del centro y las ruedas comenzaron a traquetear al pisar los adoquines. Ipkis iba todo lo rápido que su cobardía le permitía, haciendo bramar al claxon para que las mareas de cabezas les abriesen paso. Tras un giro cerrado, entraron en la plaza del antiguo Palacio Imperial, un gigantesco edificio pomposo, recargado, con una cúpula dorada en forma de gota de agua, desde donde los antiguos jeques que gobernaron antes de la revolución se reían de su pueblo hambriento. Irónicamente, sus banquetes terminaron cuando fueron degollados y devorados por sus propios criados, que estaban hartos de sus extravagancias.

—Hemos llegado tarde a la fiesta por tu culpa. —Lana le pegó un capón a Ipkis—. Debería haber conducido yo.

—La última vez que lo hizo atropelló a un burro. Y a su dueño.

—Por lo menos los dos aprendieron a cruzar la carretera mirando a los dos puñeteros lados —le dijo mientras intentaba taparse la cara con una vieja revista que había encontrado en la guantera—. Ahí, déjame ahí. Con un poco de suerte me podré escabullir antes de que me vea un Mariscal.

Como si lo hubiese invocado con magia negra, el Mariscal Orlain se cruzó en el camino del vehículo en ese mismo instante. Ipkis frenó en seco, pero Orlain no se apartó y golpeó con las dos manos el capó.

—¡¡Jonsy!! —le gritó con una voz fuerte como un trueno—. ¡¡Por fin te pilló, niñata descerebrada!!

Su mal humor la pilló por sorpresa, pues Orlain solía ser uno de los pocos superiores que era amable y cálido con ella.

—Mariscal Orlain. —Lana se cuadró con desgana sin ni siquiera levantarse de su asiento—. Día movidito, ¿eh? —dijo, intentando disimular—. Hay mucha gente local en la plaza, pero veo que también se han acercado bastantes extranjeros.

—Prensa, Lana, prensa. Fotógrafos, para ser concretos —resopló Orlain—. Fotógrafos que buscan cualquier excusa para sacar un maldito titular que venda

periódicos a patadas. Deberías estar subida a uno de esos camiones con la mejor puñetera sonrisa del mundo grapada en tu cara.

—Pues si han venido a sacarme fotos, les haré un buen calvo para que pongan mi rosado ojete en portada —bajó del todoterreno de un salto y se dio un cachete en el trasero—. Sabes que odio hacer de florero, joder. Es patético. Me he retrasado porque...

—Ni lo intentes —le lanzó una mirada asesina que mataría a diez cachorritos al instante—. Me acaban de decir que ayer te vieron sorbiendo chupitos del ombligo de tres tipos de la Compañía de los Sabuesos.

—Eso lo hice por una apuesta y no por gusto, si no recuerdo mal... ¿o quizá no? —Sonrió, juguetona, pero se encontró de bruces con severo un gesto de desaprobación—. Vamos, Orlain, no me mires así; desde que te nombraron Mariscal te has vuelto un puto coñazo. ¡No me echas la bronca por llegar tarde a un reparto de puñeteros sacos de arroz!

Los orificios nasales de Orlain se hincharon como los de un toro a punto de embestir. Era un hombre fuerte, muy alto, vestido con un elegante uniforme azul con bordados dorados y solapas repletas de medallas; su imagen era completamente contraria a la del resto de puercos cebones que compartían rango con él. Su larga barba de color oscuro criada durante años ya era legendaria en los barracones, y se decía que tenía unos pulmones tan potentes que, cuando le contaban un buen chiste, su carcajada se podía escuchar al otro lado del campamento.

—No lo entiendes, Lana. Hoy ha resultado ser un día que se nos ha ido de las manos. Roch ha convocado a la prensa por algo más importante que sacar fotos de tu culo. Bastantes problemas tengo ya como para lanzarte la enésima reprimenda.

—¿Problemas? ¿A qué te refieres?

Entonces se percató. La plaza estaba repleta de medios de comunicación de todos los países del norte de Ordann, bien despiertos y afeitados, cuando lo normal era que los periodistas se pasasen esos actos de propaganda barata por el aro y se presentasen tarde, con el tiempo justo para sacar una foto furtiva que quizá ni se publicase. No era un día normal.

—Ha habido un atentado —la voz de Orlain sonó inquieta—. Uno de los gordos.

—¿En qué parte de la ciudad? ¿Los Mol-Kai han bajado de las montañas?

—No, aquí no, Lana. Ha ocurrido en Tres Mares; en Puerto del Duque, concretamente —el rostro de Orlain se oscureció—. Han golpeado en nuestro hogar. Es horrible... no, es más que horrible: es el peor atentado terrorista de la historia.

—Venga ya. ¿Ha sido para tanto? ¿Cuántos heridos hay?

—¿Heridos? —Orlain escupió un bufido—. Bueno, para serte sincero, digamos que ahora mismo Puerto del Duque, tal y como lo conocemos, ha dejado de existir. Hubo una explosión mágica, la más violenta que jamás hayamos podido registrar, algo tan grande que rivaliza con el incidente de la central de Kisev en cuanto a virulencia y radio de exposición. Básicamente todo el casco antiguo de la ciudad se

ha convertido en un enorme cráter quemado y empapado de materia exótica, y todos los barrios y pueblos colindantes en un radio de tres kilómetros desde el centro histórico son intransitables por la contaminación. El área metropolitana de Puerto del Duque tenía unos siete mil habitantes aproximadamente, y ayer mismo se celebraba una feria de bienvenida al verano... el centro estaba plagado de turistas hasta los topes. Es imposible calcular cuántos habrán muerto, porque nadie puede adentrarse ni un kilómetro dentro del corazón de la ciudad.

Si esa información era cierta, nadie en su sano juicio pondría un pie allí. Si las crueles Grandes Guerras Magas les habían enseñado algo, sobre todo la séptima, era que algunos combates entre hechiceros eran tan intensos que los campos de batalla quedaban contaminados durante décadas, y todo aquel que se adentraba en esos lugares malditos podía presenciar todo tipo de extraños fenómenos que desafiaban las leyes de la naturaleza, si es que sobrevivía lo suficiente sin ser víctima de una violenta combustión espontánea o sin sufrir alteraciones corporales muy desagradables. Los efectos de la materia exótica en seres corrientes eran aleatorios, impredecibles y extremadamente desagradables por norma.

—¿Toda la ciudad contaminada? ¿Cómo es posible? —Lana no podía creer lo que escuchaba. Aquella explosión parecía rivalizar con una maldita bomba nuclear, pero sabía que los elfos realizaban exhaustivos controles a todas las naciones para impedir su desarrollo.

—Aún no lo sabemos con certeza, pero cuando hay Magia de por medio es sensato pensar que el autor sea...

—... Un mago —dijo alguien a su espalda—. Un sucio mago que se ha inmolado, apagando miles y miles de vidas en un instante.

Lana se giró y suspiró al darse cuenta de que había sido cazada por partida doble. No era difícil reconocer Scott Roch: era el más bajito de todos los Mariscales, y como siempre, el que más enfadado parecía día tras día, año tras año, tanto que muchos soldados rumoreaban que todavía no se le había pasado el cabreo por el azote que le dio el médico al nacer.

—Mariscal Roch. —Lana se cuadró con aún menos ganas que antes.

—Veo que el hecho de tenerme delante le hace perder la paciencia rápidamente, sargento Jonsy, y créame, el sentimiento es mutuo. —Roch se frotó su perfectamente cuidado bigote como un villano acariciaba un gato—. Si no he leído mal en la hoja de planificación del día, su pelotón es el encargado de los camiones siete y doce, así que debería estar encaramada allí, repartiendo comida con sus compañeros. ¿Se puede saber cuál es su excusa para llegar tarde al reparto?

—Yo... no...

—La sargento Jonsy ha tenido que hacer unos recados que le he encargado personalmente. —Orlain salió en su defensa, como siempre lo había hecho. Eso le jodía todavía más.

—Entiendo. Tiene suerte de estar bajo la protección del Mariscal Orlain, sargento

Jonsy, porque sin su influencia, desde luego, ya habría sido disciplinada adecuadamente unas cuantas veces. No tolero a los inútiles en mis filas.

Roch ni siquiera parpadeó, manteniendo clavados sus ojos en los suyos. De cualquier otro cincuentón feo y repeinado como él hubiera esperado un fugaz vistazo a su generoso escote, pero de él no. Él solamente se excitaba al contemplar sus propios galones. El rostro de Roch era tan duro y serio que parecía una parodia en sí mismo: tenía unos minúsculos y brillantes ojos marrones, y sobre ellos, unas cejas pobladas y arqueadas se juntaban en un ceño tan fruncido que podría partir una nuez. Para rematar su aspecto inolvidable, su pelo marrón estaba tan almidonado y repeinado que parecía que un gólem de piedra había cagado sobre su cabeza.

—Para ser una inútil, soy la mejor tiradora de este maldito «contingente de paz» —le recordó.

—Lástima que sea una camorrista aficionada a la nocturnidad, entonces —le respondió con esa vocecilla que pedía ser silenciada de un puñetazo—. No puedo perder más el tiempo con sus berrinches de niña, sargento, porque tengo cosas más importantes que hacer. Medio mundo ha venido aquí para escuchar lo que el ejército de Tres Mares va a hacer respecto al atentado, y todos saben que yo soy su voz.

Roch se subió a un pequeño estrado que le habían preparado frente a los camiones, un altar colocado justo en el lugar adecuado para que la prensa tuviese la foto perfecta. «Roch y su generoso ejército de hormiguitas trabajadoras en misión de paz». Mientras el Mariscal comenzaba a hablar a través de los micrófonos, los lugareños hambrientos, que no sabían lo que había ocurrido en Tres Mares ni sentían mucho interés por conocer más desgracias, se empujaban por conseguir un saco de avena o un bidón de leche.

—Hoy es un día que quedará manchado para siempre en nuestros calendarios. Un día de ignominia. Nuestra nación ha sido vilmente atacada... —comenzó a berrear Roch con su monótona voz, amplificada por todos los rincones de la plaza.

—No juegues con él —le advirtió su barbudo amigo—. Sabes que Roch es el Mariscal favorito del presidente Valarck. Podría hacerte la vida imposible si quisiera.

—No me asusta. Si me lo encontrase en un bar sin esos galones que tiene encima del pecho, le rompería una botella en la jeta y metería su cabezón en el retrete para limpiar los restos de mi mierda con su bigote.

—No lo dudo. —Orlain se permitió una solitaria risita—, pero lo que acaba de ocurrir va a sacudir muchas conciencias, y cuando los gobiernos entran en pánico, los tipos como Roch ganan las llaves del armero rápidamente. Ten cuidado. Un atentado así marca un antes y un después.

—Supongo que ha llegado la hora de ponerse serios con los Mol-Kais. Por fin tendremos algo de acción en este desierto de mierda.

Los altavoces que se hacían eco del discurso de Roch por toda la plaza chirriaron durante un instante. Algunos niños pequeños, asustados, comenzaron a llorar en el regazo de sus madres.

—... Ha llegado el momento de anunciarles que el Ejército de Tres Mares abandona su labor como Fuerza de Paz en el Cuerno Rojo —bramaron los altavoces—. Nuestra tierra nos necesita más que nunca, y no la haremos esperar. Nuestra misión ha terminado.

—Un momento... ¿dejamos el Cuerno Rojo? —Lana se quedó a cuadros—. No me lo puedo creer.

—¿Qué esperabas? Esto ya no es prioridad. Puerto del Duque lo es.

—Ya lo sé, barbudo. Me refería a que si nos vamos, eso quiere decir que los Mol-Kais no han tenido nada que ver con el atentado.

—Chica lista. Estoy seguro de que esos pastores de las montañas armados con ametralladoras oxidadas son incapaces de causar algo tan grande. Ni siquiera hay magos en el Cuerno Rojo.

—Así que les abandonamos... ¿Y quién ha sido?

—Bueno... si los culpables no están en este lugar, ¿por qué quedarse?

—No me contestes con putas evasivas —le golpeó el pecho—. A mí no. Esto me huele mal. No se anuncia la retirada de todo un ejército de la noche a la mañana sin investigar bien lo que está pasando. Me ocultas algo.

—Inteligencia tiene sus sospechas... —Orlain vaciló, y Lana le pegó un pisotón, apremiándole—. Controlamos a casi todos los magos de Ordann, tanto a los Once oficiales como a los renegados que operan fuera del mapa. Aunque no podamos localizar o atrapar a todos los renegados, al menos conocemos la huella de su magia, pero ninguna de ellas coincide con las lecturas de Puerto del Duque. Sin embargo, hay lugares que escapan a nuestro control.

—¿Las Tierras Sureñas? —Lana sabía que los tejemanejes militares de Tres Mares no eran muy populares en Ordann Sur.

—Conocemos esos países mejor que el nuestro, Lana, y tal y como están las cosas entre ellos, sus magos, tanto oficiales como renegados, les son más útiles vivos que muertos. Los necesitan para mantener el delicado equilibrio de poder de las fronteras, como nosotros. Este ataque ha venido de un lugar al que no prestábamos atención.

—Sí, ahora me vas a decir alguna chorrada, como que algún campesino de Ismer navegó a través de medio mundo en barca y causó todo este estropicio.

—No descartamos nada. También hay una posibilidad inquietante que debemos incluir en la lista. —Orlain bajó la voz, como si tuviese miedo de lanzar esa idea al aire—. Aunque el atentado envuelva a magos y no sepamos de su procedencia, no descartamos a Jardín Cruzado como mano en la sombra.

—¿Qué? —Lana contuvo una carcajada—. No me tomes el pelo, barbudo. Ningún elfo se mancharía jamás las manos con algo relacionado con Magia. La aborrecen con todas sus fuerzas, les parece algo antinatural. Se pasan todo el día amenazándonos por usar a los magos como armas intimidatorias, ¿y luego nos vuelan a uno en casa?

—Nunca se sabe. Esos bastardos son mezquinos y manipuladores, no lo olvides.

Puede que no se atrevan a comenzar un conflicto abierto, pero esta maniobra sucia y rastrera bien podría venir de ellos. El tratado militar que hemos firmado con los orcos de las Islas Salvajes les ha puesto en alerta roja. Ahora nos temen.

De repente, la idea no sonaba tan descabellada. Los dos se miraron en silencio, mascando las posibles consecuencias.

—Por supuesto, yo no te he dicho nada sobre esto.

—Supongo que no es nada de mi incumbencia. —Lana miró alrededor, a todas esas pobres almas escuálidas—. Así que nos vamos, ¿eh? Si los Mol-Kai ganan la guerra civil esto se va a convertir en un hervidero de integristas sin piedad.

—Vaya, creía que esta gente te importaba bien poco, Lana. —Orlain sonrió.

—Y no me importa. No te confundas; simplemente me duele que nos marchemos de aquí sin haber disparado a esos cretinos. He limpiado mi rifle cada mañana, esperando, esperando...

—Que los rebeldes se queden con este país del Abismo, porque no vamos a perder ni un minuto más en defender esta tumba baldía. —Orlain pegó una patadita al suelo, levantando polvo—. Tenéis que hacer las maletas; el helicóptero de vuestro pelotón sale del campamento a la seis de la tarde. Ah, y te voy a meter en el programa de formación para ascenderte a sargento mayor, Lana, porque quiero que empieces a familiarizarte con el mando de verdad, el de las ligas mayores. Eres una chica lista y estoy seguro de que lo harás bien.

—¿Yo? ¿Es una puta broma? Con todos mis respetos, barbudo... te puedes meter el cargo por...

—Calla. Estoy harto de que te cagues sistemáticamente en todos los superiores que te ordenamos algo, así que ya va siendo hora de que aprendas lo duro que es dar órdenes y aceptar errores. No me decepciones.

—¿Estás loco? Nadie me respetaría como líder. ¡¡Le he partido la nariz a la mitad de este ejército, joder!! Además, pensarán que he conseguido el puesto solamente por llevarme bien contigo.

—Me da igual lo que piensen; yo sé que tienes talento de líder, chica, y no pienso dejar que lo desperdicies con tu maldito individualismo. Vas a aprender a jugar en equipo, y si todo va bien, pronto tendrás un cargo de responsabilidad.

—Menuda mierda.

—Creía que te alegrarías de que llegase este día.

—¿Cómo me voy a alegrar de esta faena que me has hecho?

—Me refería al hecho de que nos vamos de vuelta a casa. —Orlain alzó los hombros—. Si hacemos las maletas es porque vamos a preparar una guerra. No sabemos ni cuándo ni dónde, pero habrá venganza por lo ocurrido en cuanto descubramos a los culpables. Anima esa cara, chica, porque pronto podrás matar algo.

Orlain le regaló una última sonrisa y se marchó, dejándola sola entre el gentío.

Una ligera brisa le agitó el pelo, sorprendiéndola. «No me lo puedo creer. ¿Ahora



que nos vamos llega algo de alivio?». Cuando ya pensaba que quizá el clima iba a ser amable con ella, se dio cuenta de que el golpe de viento provenía de los rotores de dos helicópteros de transporte en plenas maniobras, viajando en dirección al campamento situado en medio del desierto de Bolko. La retirada había comenzado. «Demasiado rápido», pensó, mordiéndose el labio. Algo raro pasaba.

Seis horas después, ya en el campamento del ejército, Lana Jonsy ya había hecho las maletas. Después de dos años viviendo allí, tampoco tenía mucho que empaquetar: cargó su petate en un hombro, su pesado fusil de francotirador en el otro y se dirigió al aeródromo, donde estaban sus compañeros.

Los motores rugieron y el transporte se levantó pesadamente. Tras unos interminables segundos, se alejaron lo suficiente del polvo del suelo como para que la amarillenta luz de la tarde les hiciese brillar por última vez antes de desaparecer de aquella tierra lejana. Dejó la puerta de la bahía de carga abierta para poder observar cómo el campamento se hacía cada vez más pequeño a medida que ascendían, y se fijó en cómo los soldados rezagados comenzaban a desmontar las tiendas de campaña poco a poco. A lo lejos, la ciudad de Kai-Gul yacía silenciosa, abandonada a su suerte, con un futuro muy negro, aunque aún no fuese consciente de ello. ¿Celebrarían o maldecirían su marcha? Poco le importaba.

—¡Hemos tenido suerte de salir ahora! ¡Se acerca una tormenta! —dijo el piloto a través de los cascos, intentando hacerse oír bajo el escándalo del motor.

Lana alzó la vista hacia el este y observó una colosal pared de arena engullendo el horizonte, imitando a una montaña que se arrastraba lentamente. Se hacía aún más amenazadora a cada minuto que pasaba, y el sol, ya medio dormido, comenzó a pintarla con un tono escarlata inquietante. El helicóptero giró en dirección contraria y puso rumbo al mar, donde les esperaba el barco que les llevaría de vuelta al hogar, bordeando las seguras corrientes costeras.

«Se acerca una tormenta», repitió para sí misma. A sus pies, fuera del helicóptero, las tercas dunas del desierto dieron paso a las inquietas olas del mar.

## Algo se va, algo se queda

**B**IP, bip, bip, bip...

Era el único sonido que escuchaba. En otra época de su vida le hubiera vuelto loco, tanto que le habrían dado ganas de ahogarse a sí mismo con la almohada. Tenía el cerebro tan reseco que todo le daba igual ya. Cerró los ojos, por costumbre.

La sala estaba en penumbra. No era una suposición, sino un hecho: el molesto zumbido artificial de las bombillas había dejado de darle un profundo dolor de cabeza, indicándole que la oscuridad le había arropado con su manto frío y deprimente. La enfermera se había marchado hacía dos horas, después de darle a la boca esos somníferos que guardaba debajo de la lengua hasta que la perdía de vista.

Estaba seguro de que esa estúpida malhumorada le quería matar. Sabía que no era verdad, que Oldarana no era más que una robusta empleada pública con pocos miramientos a la hora de tratar con pacientes terminales, pero le gustaba pensarlo. Hacía su miserable vida un poco más emocionante. Oldarana le movía, le limpiaba, le daba de comer a la boquita, pero nunca lo trataba como la ternura asociada al bebé en el que parecía haberse convertido. Nunca tenía una palabra amable que regalar, pero en el fondo lo agradecía enormemente: le hubiera dolido tener que aguantar todas esas palabras lastimeras que se escupían cuando uno se encontraba ante un tipo que olía a cadáver inminente. Tragó saliva; lo que en otra época solía ser una menudencia inconsciente para su garganta, en ese momento le pareció una tarea titánica.

La decrepitud no era una sensación nueva para él. El ciclo se repetía una y otra vez, pero el pánico por romperlo siempre estaba presente. Una mala decisión, una mala acción... y todos sus esfuerzos no valdrían para nada. Tenía que ser metódico, debía dejarlo todo bien atado mucho tiempo antes de acabar postrado en una cama, o estaría condenado al olvido. Tenía miedo de que las cosas no saliesen como debían salir, y un pavor horrible recorría su espalda cada vez que pensaba en los flecos de su plan, en las menudencias y variables que no había tenido en cuenta. Las piezas eran previsibles hasta cierto punto, pero en cuanto se les presionaba por encima de sus posibilidades, su comportamiento se volvía errático. Cada vuelta del círculo era una apuesta arriesgada, y no sería la primera vez que tenía que improvisar sobre la marcha para conseguir sus objetivos. Sin embargo, esta vez la disposición de las piezas era diferente, muy diferente, haciendo casi imposible ganar la partida, y tenía miedo de haber ido demasiado lejos con tal de evitar perder. Cada vez le costaba más cerrar el círculo, así que había tomado una decisión radical que podría cambiarlo todo: o lo rompía para librarse de su influjo, o se llevaría todo con él. Siempre había pecado de ambicioso.

Entonces lo sintió. Sus ojos habían dejado de ver hacía mucho tiempo, pero el aroma de un alma antigua no podía ser olvidado fácilmente. Una sombra se había colado en la habitación, y esperaba de pie, observándole desde la oscuridad. Al

menos, así se lo imaginaba.

El repetitivo bip de la máquina aceleró su ritmo. A su corazón aún le quedaban unas cuantas revoluciones a toda máquina antes de averiarse del todo.

—Sabes a qué he venido —dijo el intruso.

—A matarme —respondió entre toses. Alcanzó un vaso de agua de la mesita y bebió con dificultad. Iba a necesitar su labia más que nunca. Era listo, muy listo, y no le convencería con mentiras. Al menos, no con las obvias—. Pero no lo harás.

—¿No lo haré? —bufó con desprecio. Hablaba con una voz raspada, ronca, pero suave al mismo tiempo.

—Tú no eres un asesino. Te conozco, Erwann.

«Aunque tú no me recuerdes», pensó para sus adentros. Su viejo amigo, su viejo enemigo, la que antaño fue su pieza más valiosa, aunque hubiese perdido brillo con el tiempo. Sabía que él no era más que un fragmento de lo que una vez fue, una sombra furtiva, una mera migaja entre tantas otras que jamás recordarían su origen, pero tenerlo cerca le provocaba recuerdos reconfortantes, tanto como sujetar la llama de una pequeña vela en la noche más oscura.

—¿Me conoces? Es una afirmación muy arriesgada. No sería la primera vez que mato a alguien. Solamente tengo que coger una almohada de tu respaldo, apretarla un poco contra tu cara, y le haré un favor tanto a los vivos que te quieren perder de vista como a los muertos que te esperan ansiosamente.

—Sé que estás enfadado, pero...

—«Enfadado» no es la palabra adecuada, anciano. No cuando me has hecho cómplice de la muerte de miles de personas —remarcó cada palabra—. Yo no acepté trabajar para ti para acabar con las manos manchadas de sangre. Acepté porque...

—Es curioso.

—¿El qué? —Gruñó el elfo.

—Que tú me llames anciano —sus pulmones, magullados como fuelles antiguos, soltaron un amago de risilla—. Resulta... irónico.

—Cada especie tiene sus propias cargas, humano.

—Cambiaría las mías por las tuyas en cualquier momento —tosió.

—Quizá esos ojos tuyos estén ciegos, pero sé que no te vuelven un ignorante. Sabes que la vejez no se mide solamente en el número de arrugas, así que no intentes ser condescendiente conmigo. A veces, los achaques de la edad pueden ser el menor de los males de envejecer.

—Lo sé, lo sé —sonrió—. Te conozco, Erwann.

—Repites mucho esas palabras, casi como si significasen algo. No me conoces, pero yo empiezo a saber cómo eres en realidad. No soy más que un peón en tu juego, un soldado del que desharás cuando tu retorcido plan se lleve a cabo, ¿verdad?

Él tenía muchos peones cuyo destino era el sacrificio, sí, pero Erwann no era uno de ellos. Su función en esta partida sería crucial. «No es nada personal», le quiso decir al recordar lo que tenía reservado para él, pero ya llegaría el momento de las

explicaciones y las revelaciones. Bastantes cosas tendría que asimilar.

—¿Aún recurres a las drogas para olvidar, elfo? —le preguntó—. La Hierba Roja ya no te sirve, ¿verdad? Te atonta, emborriona tus recuerdos, pero al día siguiente todo vuelve a estar en su sitio, claro como el reflejo de un lago en calma. Sé que has probado cosas... más fuertes. Cualquier humano que estuviese en tu lugar ya estaría muerto, o algo peor: sería un cacho de carne babeante con la mente quemada. Tú, en cambio, sigues siendo el mismo zorro astuto de siempre.

La presencia se calló. Pudo oler su incomodidad desde allí, su repentina vulnerabilidad.

—No hay nada de lo que avergonzarse, Erwann —le dijo entre toses—. Yo me paso drogado la mitad del día, o creo que ni siquiera podría respirar sin retorcerme. A pesar de nuestras diferencias, el dolor físico y el mental son similares. ¿Ves? ¿Ves cómo no somos tan distintos?

—Primer paso para salvar la vida en una situación vulnerable: crear lazos de unión con tu verdugo —recitó sin ganas—. Ahórrate la estrategia, porque me conozco todos los trucos habidos y por haber para manipular a la gente. Lo de lloriquear tampoco te va a funcionar, porque es imposible que despiertes ninguna compasión en mí. Tú me prometiste...

—Mis promesas no son vacías, elfo —dijo con una voz repentinamente firme—. No soy un mentiroso ni un engatusador barato, y me ofende que lo pienses. Trabaja para mí, cumple la tarea que te voy a asignar, y obtendrás lo que siempre has deseado. Yo mismo te lo daré.

—Recurrí a ti porque mi vaso estaba a punto de colmarse, y tú, en vez de vaciarlo, me has ahogado en él —se acercó a la cama. Era silencioso, muy silencioso, pero pudo sentir su esencia cerca—. Hasta yo tengo cierto límite a la hora de tolerar ironías.

—Mi promesa sigue en pie —dijo apresuradamente—. Si quieres limpiar tus manos, si realmente quieres la redención, me temo que tendrás que manchártelas un poco más antes de llegar a la fuente donde lavártelas. ¿No te han enseñado que las cosas importantes requieren esfuerzo y sacrificio?

—Nadie me ha enseñado nada; todo lo he aprendido de mis propios errores. Visto de esa manera, se podría decir que hasta tú me has enseñado algo, porque has sido uno de los errores más grandes que he cometido.

Alzó su mano, débil y marchita, y agarró la muñeca del elfo con todas las fuerzas que le quedaban. Erwann lo permitió, confiado. Estaba seguro de que esbozó una sonrisa triste, amarga, de esas que se ponían automáticamente cuando se veía a alguien patético aferrarse a la vida.

—¿Ahora vas a rogarme piedad? Nunca pensé que vería al gran Ojos de Cristal derramando lágrimas, implorando por vivir un día más de su patética existencia llena de tubos, babas y pañales. Deberías rogar por que acabara con tu sufrimiento de una vez.

—Guárdate los sarcasmos, elfo —le regañó—. Temes tanto a la muerte como yo, o no estarías aquí esta misma noche, respirando el mismo aire viciado que yo expulso. No tiene el valor de pegarte un tiro y acabar con tu martirio, pero yo tengo la llave para que sigas adelante sin ningún remordimiento de conciencia. Yo puedo hacer que vivas sin dolor.

—¿Por qué creerte? ¿Por qué creer al bastardo que me ha mentido, involucrándome en el mayor atentado terrorista de la historia? Yo te conseguí la maldita Chispa. Pensaba que la venderías en el mercado negro, no que te llevarías una ciudad entera por delante.

—Se hizo lo que debía hacerse —dijo sin soltarle la mano—. Todo forma parte de un plan. Un gran plan —hizo una pausa—. El plan. Sé que dicho así suena tópico, digno de un villano de libro, pero yo no soy un villano. En la vida real, lo bueno y lo malo dependen siempre de la perspectiva, y si algo tengo yo, es perspectiva de sobra.

—Así que tienes un plan...

—¿Qué hay de malo en ser calculador? Las historias nos han enseñado que los malos conspiran, que planean en la sombra, y que los héroes son valientes, espontáneos, que salvan al mundo guiándose por el corazón. La astucia se considera una cualidad maligna... ¡qué gran mentira! No hay nada malo en tener planes, Erwann, y tú, que todo lo analizas, deberías saberlo muy bien. La muerte de toda esa gente obedece a un propósito mayor, uno que involucra a todo Gevangenis. Cuando hablamos de miles de millones de personas, ¿qué son unos pocos miles? Estadística, nada más. La gente es pasional y juzga sin pensar, y por eso jamás entenderá que a veces el mal menor es la única solución.

—¿La muerte de miles de personas es un mal menor? Entonces, no quiero imaginar cuál será el mal mayor. Ya he tratado con suficientes megalómanos a lo largo de mi interminable vida como para no reconocer a uno. —Erwann intentó zafarse de sus dedos, pero él apretó con más fuerza—. Quizá debería hacer como vosotros, quizá debería retorcer la realidad para que mis pecados se conviertan en hazañas.

—Hablas de pecados, pero sé que no crees en ningún dios, Erwann. ¿Tanto te importa tener el alma sucia, entonces? Nadie te juzgará cuando cierres los ojos para siempre, nadie te devorará eternamente entre sus fauces para hacerte pagar por tu maldad. ¿Qué te importa, entonces?

—No hace falta creer en los dioses para sentir que no se hace lo correcto. Es algo que viene de serie con la...

—¿Humanidad? —Se echó a reír—. Tienes demasiados sentimientos humanos para ser un elfo, Erwann. Se te están contagiando demasiadas debilidades de nuestra especie.

—También algunas de vuestras fortalezas —dijo con voz sombría.

Sintió cómo deslizaba su otra mano hacia uno de los cojines que reposaban bajo su espalda.

—Espera —le rogó.

—Vas a pagar por lo que has hecho, por todas esas muertes. Tranquilo, no te dolerá. Yo no soy un sádico.

—Podrías olvidarlo y marcharte antes de hacer una tontería.

—Se te olvida que yo nunca olvido —sentenció el elfo.

Se echó a reír a carcajadas, tanto que casi se ahoga. Hubiera pagado por ver la cara de Erwann en ese momento.

—He visto a mucha gente al borde de su muerte... algunos lloraban, otros se lo tomaban con más dignidad, pero eres el primero que se parte de risa.

—Nunca olvidas, ¿eh? —dijo entre risillas.

—No. Por eso soy tan bueno. Por eso me contrataste.

—Dime algo que te gustaría olvidar.

—Todo.

—Tienes que ser más concreto. ¡Vamos!

—Para empezar, el atentado. Mi participación en él. En concreto, toda la noche de año nuevo.

—No, no pienso librarte de esa carga... aún no. Será mi garantía de que te tomas en serio tu trabajo.

—Veo que sigues confiando en que cambiaré de opinión, incluso cuando estás teniendo la última conversación de tu vida.

—Dime algo, un detalle —le animó, juguetón—. Pero debes desear olvidarlo, o no podré quitártelo. No puedo obligarte a que me entregues lo que no quieres dar.

Erwann suspiró en silencio. Los dedos de Ojos de Cristal estaban fríos y arrugados, pero podía sentir el lento pulso de la muñeca de su verdugo, palpitante bajo su perfecta piel, aumentando su ritmo sutilmente.

—El rostro de un niño. El niño que...

—Sí... Lo sé. El hijo de los mercenarios que había en el piso. Me temo que yo no sabía que estaría allí esa noche. Rodeck y los chicos son unos brutos difíciles de controlar...

—Basta. No más tácticas de manual para echar balones fuera. Lo sabías; celebraban el año nuevo y sabías que su familia estaría allí. No puedes jugar el farol de saberlo todo y el de ser ignorante a la vez. Y sé que tus animales no hacen nada que tú no ordenes. No son muy despiertos, pero tampoco son tan tontos como para tener iniciativa propia y arriesgarse a enfadarte.

—Es cierto —admitió—. Fue una pequeña baja inocente que no pude evitar...

Sintió como Erwann apretaba los puños, oliéndose sus mentiras.

—... Que no quise evitar —corrigió con sinceridad—. No podían quedar testigos, o la sombra de la duda siempre revolotearía sobre la autoría del atentado. Era un niño. Solamente uno. Todos los días mueren niños alrededor del mundo de manera mucho más cruel e injusta y a nadie le importa.

—Murieron muchos niños más en Puerto del Duque. Miles. ¿Es que no tienes

remordimientos? ¿Cómo consigues vivir contigo mismo?

—Los rostros de todos esos muertos de Puerto del Duque... no te persiguen cuando cierras los ojos, ¿verdad? Cuando no los conoces, cuando no has contemplado sus caras, son solo un número, una estadística. Así ha funcionado el mundo desde el amanecer de los tiempos, desde mucho tiempo antes de que nuestra civilización naciese, más allá de los imperios olvidados de los que no sabemos nada, y así funcionarán dentro de miles de años, si es que seguimos aquí. Los hombres que estamos en el poder, los hombres que manejamos los hilos de este torpe espectáculo de marionetas, no nos podemos permitir poner cara a los números, y sabes por qué. Apuesto a que el rostro de aquel chaval te duele más que cien mil atentados. Así es como puedo dormir sin dolor en mi corazón: mirando las cosas desde lo alto, desde donde nadie me devuelve la mirada. Por eso tengo peones que hacen el trabajo por mí; si yo lo hiciese, dejaría que los sentimientos nublasen mi buen juicio, y es algo que no me puedo permitir.

—Por lo menos el dolor me dice que sigo vivo —dijo con rabia—. Tú no eres más que un cascarón vacío.

—Puede que lo sea, Erwann —sintió un escalofrío al escuchar esas palabras—, puede que lo sea, pero lo bueno de los cascarones vacíos es que pueden llenarse de lo que sea. Son útiles, flexibles y no están condicionados por nada. Los que vienen rellenos de algo, en cambio, tienen que vivir con sus propias limitaciones. Lo que nace podrido, podrido se queda.

Cerró los ojos, de nuevo por costumbre. Hacía años que no se sentía tan nervioso; había esperado su banquete pacientemente, y por fin había llegado el momento de tomar un aperitivo. Se sumergió aún más en la oscuridad que convivía con él hacía años, empapándose en ella, dejando que le ahogase, y buceó en lo más profundo de la miseria del alma de su viejo rival. Recogió un pequeño pedazo, el que le ofrecía desconfiadamente, y lo extrajo delicadamente, con cuidado de no romper nada más. Ya llegaría el momento de saciarse.

—Espero que esto sirva como incentivo para que cumplas tu misión.

—¿El qué? —preguntó confuso.

—Lo que te acabo de arrebatar —sonrió—. ¿Acaso tu mente cristalina no lo recuerda? Pongámosla a prueba. Contéstame a una simple pregunta: ¿qué es lo que me has pedido que te arrebate hace un momento? Dime qué pequeño recuerdo deseabas quitarte de encima.

—Yo... no... no puede ser.

No podía verle, pero sabía perfectamente la cara que estaba empezando a mostrar. Esa cara de cristal quebrado, de ser orgulloso que descubría una grieta en su propia imagen, en su sólida impresión de la miserable existencia que vivía; un ser que encontraba su debilidad por primera vez en un lugar donde se creía firme como una roca. Soltó su brazo.

—Dioses —murmuró el elfo mientras se sentaba junto a la cama—. No lo

recuerdo. No lo recuerdo.

Ojos de Cristal sonrió, mostrándole sus viejos dientes. Sabía que no sería una sonrisa agradable, pero le daba igual. Todos los fragmentos que había encontrado a lo largo de los años reaccionaban igual al sentir su poder por primera vez. En ese mismo momento, se sentía como un dios, y su maldición se tornaba en algo bueno por un parpadeo.

—Cumple tu misión, y me llevaré todo —le prometió—. Todo. Si me lo llevo, nunca sabrás que cumplí mi palabra, así que no tendré que quitarte del juego. ¿Por qué debería hacerlo si no me recuerdas a mí, ni lo que hiciste por mí? Y si no lo hago, si no te arrebató tus recuerdos, eres libre de volver aquí y ahogarme con mi propia almohada. Todos salimos ganando.

Erwann deliberaba en silencio. No debía ser un concepto fácil de digerir para las convicciones de alguien viejo como él, así que le dio un tiempo.

—¿Qué tengo que hacer? —murmuró al fin.

—Nada que no hiciste cuando trabajaste como investigador en aquel famoso caso de la secta. Hay... un culto que quiero que investigues.

—Dioses... otra vez no —resopló—. ¿Quieres que acabe con ellos?

—No, no quiero que los desmanteles... es más, los necesito más vivos que nunca, porque son una pieza clave para el futuro. Verás, ellos tienen un problema grave: hay un traidor entre sus filas, alguien que puede poner en peligro mi valioso plan. Quiero que lo encuentres y lo espongas, nada más. Eres la persona más observadora que conozco, así que no te supondrá un gran problema.

—Quieres que me infiltre en una secta —bufó—. ¿Desde cuándo te interesan cuatro dementes que se creen enviados de los dioses? La Secta del Ahorcado fue una excepción, y no creo que un caso así vuelva a darse nunca más. Todos los movimientos de fanáticos no son más que grupitos de gente inestable con muchas ganas de llamar la atención.

—Yo no he dicho que sean una secta, no al menos en su sentido minoritario —le advirtió—. Estoy hablando del mayor culto del mundo.

—¿Quieres que me infiltre en la Iglesia del Dios Hermoso? ¿Qué clase de trato has hecho con esos mojigatos?

—Ese no es el culto más grande de Gevangen, Erwann.

El elfo calló durante unos segundos.

—A nadie de Ordann le ha importado Ismer ni lo que pase allí por muy buenos motivos. Así ha sido durante siglos.

—A mí sí me importa —dijo con un tono de reproche—. Pronto sabrás más detalles concretos... cuando el plan siga adelante y tú entres en escena. De momento, quiero que estés disponible y con las maletas hechas.

—Viajar hasta Ismer es una lotería. Si la Franja de Tormentas no te hunde, lo harán las rocas afiladas que yacen bajo el nivel del agua. Es imposible llegar hasta allí.



—Cuando el conocimiento está de tu lado, Erwann, todo es posible. Ah, y no nos olvidemos del dinero, la tecnología y los recursos, claro. Todos ellos mezclados con un poquito de deseo de venganza.

Erwann soltó un bufido molesto. Lo había comprendido.

—Muy astuto, anciano. ¿Y se puede saber qué se te ha perdido allí?

—Todo.

—Tienes dinero y recursos para contratar a toda la plantilla de Hor Dreger, y estoy seguro de que conoces a gente mucho más fiel y dispuesta a colaborar que yo. ¿Por qué insistes en convencerme, entonces? ¿Por qué arrastrarme dentro de este macabro juego? Había oído que eras retorcido, pero no hasta tal punto. Me ocultas algo.

Quiso sonreír, pero sabía que si lo hacía le haría elucubrar al instante. Sería un error de ególatra de pacotilla, si es que él fuese uno, y se convertiría en una pequeña miguita de pan que podría sacar a Erwann fuera del laberinto en el que se iba a meter. Solamente se le podía convencer con la verdad, pero en ese momento no podía permitírsela, así que optó por el misterio, que era un buen chicle que masticar durante un buen tiempo. Cuando perdiese el sabor, cuando no fuese suficiente, le contaría su verdadera función.

—Cuando uno juega en las ligas mayores, quiere a los mejores en su bando —le dijo—. Y tú eres el mejor, Ojos de Gato.

—¿Tu bando? ¿Acaso tienes un rival en esta partida? No es difícil imaginar que no debes caer muy bien a alguien, porque esos mercenarios que te robaron la Chispa no debían ser muy baratos. Hablas como si estuvieses metido en una guerra.

—La propia vida es una guerra, elfo. Luchamos toda nuestra existencia contra lo inevitable, contra el destino. Hace tiempo que me di cuenta de que era una lucha inútil. Ahora simplemente me aprovecho de la previsibilidad de lo inevitable —sonrió.

—¿Lo inevitable? Ni que estuvieses hablando de profecías.

—No existen las profecías en nuestra historia, Erwann, solamente son espejismos del deseo de que todo tenga un sentido, de que todo tenga un propósito noble. La propia existencia es algo demasiado caótico y aleatorio como para poder resumirse en mitos y leyendas relucientes y simplificados. Lo más parecido a una profecía que existe está escrito en el vacío oscuro del universo que nos rodea, en las estrellas moribundas que se apagan lentamente. Es el lienzo oscuro de lo inevitable: la muerte, el único momento que compartimos todos, absolutamente todos, desde la bacteria más pequeña a los astros más grandes y brillantes del firmamento. Sé que, en el fondo de tu alma, piensas como yo. Sabes que la esperanza de que estemos en este mundo por algún propósito es una luz artificial que solamente calienta a los ilusos.

«Cada uno tiene que escuchar lo que necesita escuchar», pensó al repasar sus medias verdades. El elfo se quedó en silencio. Podía sentir sus profundos ojos azules clavando su mirada en él, juzgando si era un loco descerebrado o un sabio amargado.

—Vete, elfo, y espera mis instrucciones —le ordenó, rompiendo el silencio—. Necesito dormir.

Erwann abrió la ventana. Sintió el frío viento nocturno limpiar el aire viciado de la habitación, y escuchó la suave lluvia de principios de verano chapotear en las calles desiertas de Brisa Salada. Se podía imaginar las farolas solitarias, las baldosas resquebrajadas, las frías siluetas de los edificios perdiéndose en el cielo negro. Había algo hermoso en los paisajes urbanos nocturnos, algo que le calmaba el alma, incluso cuando solamente podía imaginarlos.

—Si esto es un engaño, si no me das lo que pido y lo único que consigo son más noches sin dormir, te juro que ni medio mundo de distancia te salvará de mi ira. Volveré de Ismer, te encontraré, y te mataré, estés donde estés. No podrás escapar de mí.

—Oh, estoy seguro de que lo harás. Por eso te elegí, elfo.

Su presencia saltó fuera y la habitación quedó vacía de nuevo. Su visitante se había marchado, pero le había dejado un pequeño regalo. Ojos de Cristal visualizó la imagen de aquel niño muerto dentro de su cabeza y masticó ese recuerdo con las fauces de su poder, disfrutando de su sabor retorcido. Hacía tiempo que había dejado de sentir remordimientos por disfrutar de esas cosas; era su maldición, una herencia ingrata contraída por el error de sus antepasados, al igual que la de Erwann.

—Amargos, amargos recuerdos —dijo con una sonrisa triste.

Insuflado de fuerza por aquella pequeña fuente de energía, se levantó de la cama y cerró la ventana. Al desconectar la pinza que se sujetaba a su índice, la máquina dejó de emitir su bip repetitivo y lo sustituyó por un molesto pitido constante. En menos de un minuto Oldarana aparecería por la puerta, alarmada, lista para amarrarle a la cama entre gruñidos, pero no le importaba. Necesitaba verlo, aunque solamente fuese por un momento.

Todo era tal y como lo había imaginado: los edificios, las calles, la soledad. La figura de Erwann, con su chupa de cuero empapada de agua, se movía entre las finas sombras que proyectaban las farolas. No era más que una pequeña forma anónima que caminaba entre las raíces de hormigón de la ciudad, una hormiguita más fluyendo hacia su escondite como el agua caía hacia las alcantarillas. Si él supiese la verdad...

—Nos vemos una vez más, viejo amigo —murmuró mientras sacaba la sonrisa confiada que se había guardado.

## Viaje de estudios

LA cola de viajeros serpenteaba a lo largo de más de una decena de metros, y estaba compuesta por un pequeño caos de equipajes de mano, niños gritones, padres cada vez más arrepentidos de haberlos parido, parejas recién casadas en plena sesión de arrumacos y jubilados encorvados que combinaban sandalias con calcetines blancos. Todos alimentaban el barullo reinante con sus chácharas y riñas, pero el grupo más escandaloso de todos era, sin duda, el de su clase: eran casi dos docenas de adolescentes en pleno estallido hormonal dispuestos a volar con destino a las cálidas playas de Blume, donde el tranquilo Mar Estival les esperaba con la promesa de un chapuzón calentito, y si había suerte, algún roce bajo el agua cuando su tutor estuviese distraído.

—No quiero ver un puñetero libro durante un mes —se quejó Chelm.

—No quiero ver un puñetero libro durante el resto de mi vida —añadió Liam.

Observar a sus compañeros de clase era el equivalente a echar un vistazo al porvenir del humilde país de Sules, un territorio obrero industrial y minero que siempre había crecido a la sombra del poderoso Tres Mares. Beily Mocos, presente pringado y futuro paciente de un caro psicólogo, recibía, como era habitual, los insultos y collejas de Zarch, presente simio agresivo y futuro maltratador alcohólico. A su lado, Dobberk, presente niño malcriado y futuro presidente de la empresa en la que trabajaría Mocos, reía las gracias del matón con su asquerosa carcajada porcina. Liam no estaba seguro de a qué se dedicaría Sara Escotazos el día de mañana, y su maliciosa imaginación, dependiendo del momento, la visualizaba subida a un escenario con una larga barra vertical, pero también como una viuda llorona de algún magnate rico de corazón débil. Quizá se juntase con el idiota ricachón de Dobberk, y con un poco de suerte, su carísimo deportivo derraparía cerca de un barranco durante su luna de miel y libraría al mundo de las dos lacras.

Y luego estaba su grupito de amigos, su particular manada de fieles escuderos dentro de aquella jungla adolescente. El porvenir de sus camaradas más cercanos era más fácil de adivinar.

—Este lugar no me mola nada, tíos. —Rondil se sopló esos puñeteros pelos que apenas le dejaban ver—. Estos aeropuertos dan mal rollo. Mirad: metal por todas partes, pinturas grises, gente triste y con ojeras... es todo lo contrario a estar en la playa, tíos. Esto es la antiplaya, ya me entendéis. Lo contrario a la playa, vamos. ¿Me entendéis? No sé si me explico... lo contrario a...

—Te entendemos, te entendemos. —Chelm suspiró asqueado.

Rubio y atlético, enamorado de las olas y las tablas de surf, Rondil acabaría sus días como un surfista calvo y trasnochado que moriría ahogado sin aceptar que no tenía edad para seguir haciendo el cabra sobre una tabla. El astuto Chelm, por otro lado, terminaría siendo un profesor de universidad expulsado deshonorosamente por

algún caso turbio relacionado con fumar hierba en horas lectivas.

A pesar de lo pesado que resultaba cuando se ponía a hablar de todo lo relacionado con el surf y la playa, Liam tuvo que admitir que Rondil tenía cierta razón. Las tripas del Aeropuerto Internacional de Nueve Hermanas, como el resto de las construcciones de ese país que nunca levantó cabeza tras la crisis del metal, estaban compuestas por una masa impersonal de burdas vigas de hormigón, estrechas cristaleras por las que la luz apenas podía saludar, baldosas desgastadas y agrietadas, luces verduzcas que iluminaban caras somnolientas y miles de detalles tristes más, todos unidos con un único fin: crear un lugar que rivalizaría con el ruinoso hospital local en una competición por el gran premio de la depresión arquitectónica.

—¿Sabíais que en caso de accidente, los que van en la parte delantera del avión tienen más posibilidades de morir que los que van en la cola? —Chelm, lleno de veneno, disfrutaba aireando temas de conversación macabros en momentos inoportunos.

—No... no habléis de accidentes aéreos, joder —dijo Piños, sudoroso y pálido como una sábana recién lavada.

Piños era un tipo feo como las Esfinges, con los dientes torcidos y el cabello despeinado. A pesar de ello, solían llamarle para salir los fines de semana, porque cuando llegaba la hora de ligar con chicas, les hacía parecer más guapos a los demás. El porvenir de Piños era más difícil de leer, pero Liam siempre pensaba que hiciese lo que hiciese, seguiría siendo el mismo desgraciado marginado.

La despierta mente de Liam siempre estaba dispuesta a reírse de los demás, pero ¿qué sería de él en el futuro? En un año cumpliría los dieciocho, y mientras sus compañeros repetían cada vez más palabras como «contable», «ingeniero», «empresario», «informático» o «médico», él solamente estaba interesado en su música y sus futuras fans. Su banda, llamada Los Esputos Espesos, dedicaba más horas a fumar hierba que a practicar para llegar a componer algo parecido a una canción, pero eso no le quitaba los pájaros de la cabeza. Le encantaba aporrear la batería, para desgracia de su madre, aunque ella le daba carta blanca para cualquier barbaridad desde que firmó el divorcio. «Voy a ser una jodida estrella de rock» se decía a menudo cuando escuchaba música de grandes grupos, tirado en la cama de muelles rotos que tenía en su leonera plagada de posters, como si repetirlo una y otra vez le fuese a llevar a algún lado. Quería la fama, el reconocimiento; quería que le lanzasen bragas al escenario, pero no quería esforzarse ni un ápice para conseguirlo.

—Estos días no quiero oír hablar de las clases, ¿entendido? —les ordenó a sus amigos—. El verano acaba de empezar y nos espera un clima perfecto para disfrutar de un gran viaje lleno de drogas —señaló a Chelm—, sol y playa —señaló a Rondil—, música y sexo —se señaló a sí mismo—, y... lo que sea que te guste a ti —señaló a Piños—. Va a ser genial, y con el pequeño plan que tenemos preparado, hasta una panda de asquerosos como vosotros va a ser el alma de la fiesta, ya lo veréis. Espero que Sara Escotazos beba mucho, porque me han dicho que cuando está borracha te

hace de todo. ¡De todo! —Sus ojos se iluminaron llenos de ilusión.

—No estoy convencido del plan. —Piños resopló—. Tengo miedo.

—Deja de sudar, puerco —le dijo Chelm.

—¡No es mi culpa! Mi médico dice que soy de transpirar mucho.

—Dirás tu veterinario. —Liam hizo reír a sus compañeros.

Por mucho que se metiese con ellos, aquellos tres idiotas eran sus colegas inseparables desde la infancia y les quería como a hermanos, aunque la adolescencia era un período extraño en el que tanto el aprecio como el desprecio se mostraban con insultos muy parecidos.

—Hablando del tema... ¿estamos seguros de que llevamos todo lo que tenemos que llevar para divertirnos? Ya me entendéis —les preguntó mientras guiñaba un ojo.

—Todo listo. —Chelm habló en voz baja, sin perder de vista la espalda del profesor—. La he camuflado para que no tengamos problemas. Me he informado para la ocasión.

—Joder. —Liam se echó a reír—, ¿dónde buscas esas cosas?, ¿en traficantes.com o alguna página web parecida?

—Tengo mis fuentes —presumió—. Mi primo me ha dado un par de consejos para que podamos colarla en el avión. Callad y escuchad, porque esto es importante —sus compañeros cerraron un corro alrededor de él—. He vaciado el relleno de menta de estas chokolatinas, y con mucho cuidado, las he sustituido por otras hierbas más... interesantes —abrió un bolsillo de su mochila y sacó tres barritas de chocolate, con sus envoltorios de vivos colores perfectamente sellados—. He leído que así suelen pasar la droga en la frontera de Brezo. Tomad, coged una y escondedla en vuestras mochilas.

—¿Y tú?

—Bastante he hecho ya con conseguirla, joder. El que no lo haga, ni fuma ni reparte entre compañeros. Cuando nadie os invite a las fiestas que se van a montar en las habitaciones, no digáis que no os lo dije.

Ser el rey, el más popular, ¿acaso había algo mejor para un chico de diecisiete años?

—¿Y si nos pillan? —preguntó Piños—. ¿Qué coño hacemos?

—Mi primo me ha dicho que no tenemos nada que temer —dijo Chelm—. A los agentes de aduanas solamente les preocupa la droga que entra en el país, no la que sale. Vamos tíos, no seáis cobardes; con esta hierba vamos a ser los puñeteros reyes de la clase. Las chicas van a querer pasar la noche en nuestra habitación solamente para poder echar un par de caladas a alguno de los trocitos de cielo que hay aquí guardados. Quería guardar la sorpresa... pero qué cojones. Es Hierba Roja.

—¡Hierba Roja! —El rostro de Liam se iluminó—. Es una de las que me falta por probar. Dicen que es muy fuerte.

—Y muy difícil de conseguir, así que ni se os ocurra rajaros, porque no la pienso tirar. Mi primo me ha dicho que si te pasas con la dosis se te queda la mente en

blanco durante horas. ¿Estáis conmigo?

—¿Liam? —Rondil y Piños le miraron fijamente, buscando su opinión al respecto, como siempre habían hecho.

Todos tenían un rol más o menos agradecido, y desde que se conocieron con apenas cinco años, Liam siempre había sido el tipo guay del grupo, el chico malo que coleccionaba discos de grupos prohibidos, salía hasta altas horas de la madrugada y vestía como le daba la gana gracias a la vista gorda de sus padres, más concentrados en discutir entre ellos que en educar a su hijo. Se podría considerar una especie de referente para esos tres desgraciados de negro futuro; no era el más listo como Chelm, ni el más deportista como Rondil, ni el más bruto como Piños; pero su gran habilidad era su rapidez mental, ni más ni menos. Era capaz de lanzar y contrarrestar insultos en tiempo récord, algo extremadamente útil para mantener a los abusones a raya en el salvaje mundo de la edad del pavo. Desgraciadamente, eso no le otorgaba inmunidad ante los puñetazos de Zarch y sus matones, pero por lo menos su afilada lengua logró dejarlos en ridículo las veces suficientes como para que se diesen cuenta de que les salía más rentable machacar a otro más calladito. Su clase era una pequeña jungla en la que la ley del más fuerte estaba en vigor, y Liam había aprendido a no ser siempre la presa.

Como no quería hacerse el blando delante de ellos y estaba más salido que un simio en celo, no quiso desaprovechar esa oportunidad. Asintió con solemnidad, como si hubiese reflexionado sobre esa memez de plan detenidamente.

—A tomar por culo —agarró una de las barritas de chocolate, abrió el bolsillo de su mochila y la lanzó dentro. Los demás hicieron lo mismo.

La cola avanzaba lentamente, paso a paso, y el profesor Gonez intentaba mantener unida a toda la jauría adolescente sin mucho éxito. Liam vislumbró el punto de control de seguridad que les esperaba, y observó cómo los pasajeros pasaban por el detector de metales mientras sus maletas eran engullidas por el oscuro agujero que llevaba a la máquina de rayos X. De vez en cuando, aleatoriamente, uno de los pasajeros era conducido a través de una pequeña puerta hacia una especie de control exhaustivo. Unos minutos después, los que habían desaparecido volvían con gesto malhumorado y la camisa mal metida por el pantalón, indicando que los de seguridad les habían pedido de todo menos la hora.

—Creo que están haciendo controles aleatorios —pensó en voz alta, esperando calmar sus nervios. Sin embargo, la cara de susto de sus amigos le puso aún más histérico—. La gente entra por esa puerta de ese lateral, ¿veis?

—Joder. —Piños palideció en un instante y tragó saliva con dificultad—. Os dije que esto no era buena idea. Quizá deberíamos tirar las chokolatinas a la basura ahora que estamos a tiempo.

—Ni se te ocurra. —Chelm le pegó un golpe en el pecho—. Esa hierba me ha costado un pastón. ¡Mirad, idiotas! No hay perros olisqueando, así que no tenéis nada que temer. La hierba irá en las mochilas. No seáis cagados, joder. Somos demasiados

en nuestro grupo y nuestro vuelo sale en breve. Lo más probable es que nos dejen pasar sin más.

—¿Y si no? —Los sobacos de Piños habían comenzado a dejar una marca desagradable.

—Y si no, no os pongáis nerviosos. —Liam intentó calmar a todos de nuevo, incluyéndose a sí mismo. Si el plan resultaba, tendría un polvo asegurado—. No llevamos nada ilegal encima; no tenemos nada más que una chocolatina rellena de menta un poco blandurria y derretida. Todos tranquilos, ¿vale?

—Buen... buen rollo, tío. —Rondil asintió pesadamente.

—Lo decía más que nada por ti, Piños. —Liam le dio una patadita.

—Sí, joder, Cerilla, lo sé. Estoy tranquilo.

Si no estuviese a punto de entrar en pánico, Piños jamás se hubiera atrevido a llamarle por su mote. Liam le hubiera hundido ese atrevimiento con una réplica cruel que le hubiera dejado en su sitio, pero no era el momento de presionarle más.

Todo aquel que había estudiado en el instituto Doggers de Nueve Hermanas tenía un mote asignado por la sagrada ley de la selva adolescente. A Chelm le llamaban «Don Dato» por su afición a soltar hechos insólitos para resaltar la ignorancia de los demás; Rondil era «Surfista», «Rubiales» o directamente «Macizo», apodo que las chicas de clase le habían puesto de buena gana tras ver sus abdominales; Piños... bueno, era «Piños», el chico de la dentadura desordenada, porque nadie le había llamado por su nombre real en años. El apodo de Liam variaba entre «Bocazas» y el más conocido y con gancho de todos: «Cerilla». Era un chico alto y delgado, sin un gramo de grasa en el cuerpo, que siempre vestía camisetas heredadas de su primo mayor que le quedaban grandes.

Su cara de niño bueno y sus grandes ojos azules eran ideales para que sus abuelas le pellizcasen la mejilla constantemente y comentasen la pinta de angelito que tenía, cosa que le enfurecía sobremanera. Su seña de identidad más reconocible había anidado en su cabeza: tenía el pelo oscuro, rizado y enmarañado como un estropajo. Por desgracia, su estrecha figura, combinada con su abultado pelo, le daba una silueta muy parecida a la de un fósforo, así que los idiotas de clase le empezaron a llamar Cerilla. Podría haber sido peor: podría haber sido Piños, Mocos, Cabezón, Nenaza, Llorón, Zorrita, o cualquiera de los otros motes más crueles que Zarch había puesto a los demás. Las primitivas mentes del abusón y sus secuaces tampoco daban para mucha más complejidad lingüística, así que se sintió aliviado de que sus enemigos tuviesen tan poca variedad de vocabulario. «Bendito sea este sistema educativo de mierda».

—Ya falta poco. Preparaos —anunció Chelm.

La cola se había acortado de manera notable, y a cada minuto que pasaba el escándalo del grupo de jóvenes deseosos de comenzar sus vacaciones aumentaba exponencialmente. Todos parloteaban como cotorras, se pegaban, discutían o directamente gritaban; todos menos el pequeño grupo de Liam. Cada vez que

avanzaban unos escuetos pasos hacia el punto de control, más blancos de miedo se veían los cuatro amigos.

—No llevo nada ilegal, no llevo nada ilegal —murmuró Piños, como si estuviera rezando.

Llegó el momento de pasar el control. Liam se puso el primero y tragó saliva, intentando parecer un líder arrojado y sin miedo delante de sus compañeros. Por dentro, por supuesto, estaba completamente acojonado, y poco le faltaba para echar a correr.

Un rudo guardia de seguridad le indicó con su mano enguantada en látex que se adelantase, y agarró una de las bandejas para objetos de la pila con tanto pavor que por un momento creyó estar ya en la cola del comedor de una prisión. Colocó sus cosas en la bandeja y la puso en el carril que llevaba a la máquina de rayos-X, justo detrás de su mochila. La maldita mochila con la barrita de chocolate llena de Hierba Roja de Aguirre. «Piensa en las tetas de Sara, piensa en sus tetas», se dijo mientras intentaba sonreír para mostrar normalidad.

La cinta transportadora avanzó, y la voluminosa máquina devoró sus pertenencias de un bocado. Liam cruzó el detector de metales, y por suerte, no pitó, porque si llegasen a pedirle que levantara los brazos para escanearle, hubiera sido muy probable que sus cedidos pantalones hubieran acabado en sus tobillos. Esa imagen le ganaría unos cuantos puñetazos y motes por parte de Zarch, seguro.

Caminó hacia delante y fue a recoger sus efectos personales, pero su mochila no apareció por la salida. Frente al monitor de visionado, una oronda empleada del aeropuerto entornaba los ojos, como si hubiese descubierto algo. «No puede ser, no puede haberlo visto. Ni siquiera hay perros, y los perros son los que huelen estas cosas, ¿no?».

—Tengo un 221 aquí, Reginald —la mujer obesa se rascó la cabeza, extrañada, como si estuviese resolviendo un crucigrama.

—¿Cómo? —Uno de los guardias enguantados se acercó y observó la pantalla con fascinación—. ¿Estás segura?

—Bueno, no sé, podría ser un error —la mujer y el guardia se giraron hacia Liam, que les observaba con una ceja arqueada mientras se sujetaba los pantalones con una mano—. ¿Es tu mochila, chaval?

—Eh, bueno... —Durante un segundo, pensó en saltar de nuevo el control, salir corriendo y no parar hasta meterse debajo de las sábanas de su cama—. Eh, bueno, vamos... sí. Sí es mía... creo.

—¿Crees? —El agente hizo un gesto al hombre que custodiaba la puerta, y se puso a su lado.

—Acompáñame, chaval —le dijo el guardia mientras le agarraba de un brazo, obligándole a cruzar la fatídica puerta de los elegidos.

Liam miró atrás, y vio la cara de terror de sus tres amigos, observándole como si no fuera a salir jamás de aquel lugar. El resto de sus compañeros de clase se reían de



él, haciendo chistes verdes sobre cuartos oscuros y guantes de goma registrando orificios. La había cagado; la había cagado pero bien.

Se adentró en un largo y estrecho pasillo mal iluminado que albergaba más de una docena de puertas oscuras. El hombre abrió la cerradura de la tercera y le ordenó pasar a una agobiante sala sin ventanas, para luego cerrar la puerta por fuera sin mediar palabra. Dentro había una alargada mesa metálica de color gris, con dos sillas plegables en cada extremo. Liam se sentó en una de ellas, inquieto, completamente solo. Ya le habían trincado otras veces por pequeños hurtos y algún escándalo público, pero la cosa no había pasado de una reprimenda por parte de la policía y una monumental bronca de su madre tras ir a buscarle a la comisaría.

Pasó diez minutos solo, esperando bajo el molesto zumbido de las bombillas fluorescentes del techo, pero le pareció una pequeña eternidad. Por fin, la puerta se abrió, y dos personas entraron en la sala sin mediar palabra. La primera era una mujer de mediana edad, vestida con un traje de ejecutiva, con su largo pelo castaño recogido de una manera asfixiante en una estrecha cola de caballo. Llevaba unas gafas de montura fina como las de las maestras revoltosas de las películas para adultos que se solía descargar de internet. Se sentó delante de él, abrió el maletín que llevaba a sus pies y colocó una carpeta llena de papeles sobre la mesa.

—¿Me vais a hacer el numerito del poli bueno y el poli malo? —bromeó con falsa confianza.

—¿Deberíamos hacerlo? —le dijo la mujer mientras revisaba los papeles—. ¿Acaso has cometido un delito? —Buscó su nombre en los documentos—. ¿Liam Evans, verdad?

¿Para qué preguntaba? Ella sabía su nombre, altura, peso y aficiones a esas alturas. Estaba montando un numerito. Querían que confesase. ¿Lo sabían? ¿Habían encontrado la hierba? No diría nada hasta saber dónde se estaba metiendo, o quizá se le escapase algo que le incriminase.

—Quiero hablar con mi abogado —se limitó a decir, cruzándose de brazos. Esa frase siempre funcionaba en las pelis.

—Solamente estamos hablando, chico —dijo el hombre que la acompañaba. Su voz sonaba falsa y amenazadora—. No necesitas un abogado. Con nosotros no. Relájate.

El otro tipo parecía el típico inspector duro de las series de policías; vestía una camisa morada combinada con una corbata negra, y llevaba su arma a la vista como esos detectives que siempre llevaban un café y un bollo en la mano mientras resolvían los casos. El hombre se colocó detrás de él, en su punto muerto de visión. Quería asustarle. No debía parecer débil ante ellos, o se lo comerían vivo. Debía ser valiente, como esos villanos de cine que siempre acababan libres por falta de pruebas.

—¡Conozco mis derechos! —Se metió en el papel de ciudadano acusado injustamente, quizá demasiado—. Tal y como verás en ese expediente que tiene tu amiguita entre manos, capullo, soy un menor de edad, y si queréis tocarme un pelo

más vale que os busquéis el abogado vosotros, porque os voy a demandar tan rápido que os vais a marear.

—El chico ha visto mucha televisión —el hombre soltó un bufido parecido a una risa.

—Tranquilo, Liam —la mujer hurgó en su maletín y sacó una lata roja que contenía un apetecible refresco de cola. La colocó sobre la mesa, frente a él—. ¿Te gusta el sabor, Liam? Puedo pedir que te traigan otra cosa si lo prefieres.

—Si es gratis... —Intentó agarrar la lata, pero la mujer la alejó un poco antes de que pudiera tocarla.

—No, no, tienes que ganártela primero, Liam. Si colaboras con nosotros, te podrás tomar este refresco, saldrás por esa puerta y podrás unirme a tus compañeros para poder marcharte de vacaciones. Tu profesor, que está muy preocupado por ti, me ha dicho que os vais de viaje de estudios a Blume, ¿no es así?

—Sí, así es, y nuestro avión sale en menos de una hora. Como me pierda mis vacaciones de verano, pienso demandaros a todos.

—Y dale con demandar —dijo el poli malo detrás de él.

La mujer volvió a hurgar en el maletín que estaba a sus pies. Sacó algo rápidamente y lo puso sobre la mesa. «No». Era la chocolatina que le había dado Chelm. Estaba abierta y partida por la mitad, revelando su secreto.

—¿Te gusta fumar mierda, chaval? —preguntó el policía—. ¿De dónde has sacado esta hierba? Es de una especie de planta alucinógena bastante poco común, por si no lo sabías. Y es peligrosa. Si alguien cometiese el error de comerse esta chocolatina, es probable que se intoxicase mortalmente. ¿Lo sabías? Por no hablar de lo grave que resulta el tráfico de drogas.

—He dicho que quiero hablar con mi abogado —se cruzó de brazos de nuevo, fingiendo aún más indignación—. Eso no es mío; estoy seguro de que me lo habéis puesto en la mochila. Estáis pisoteando mis derechos.

—¿Sabías que los antiguos chamanes de las tierras del sur la fumaban para entrar en trance? —La mujer sostuvo la chocolatina en el aire, mirándola con interés—. Decían que les ayudaba a fortalecer su conexión con el otro lado, con el mundo de los espíritus. En grandes cantidades produce efectos alucinógenos muy potentes, Liam. Demasiado potentes para un chico tan joven como tú. ¿Quién te la dio? ¿La fumas desde hace mucho tiempo?

—Quiero hablar con mi abogado —repitió.

—Chaval —el hombre se acercó por detrás, le puso las manos sobre sus hombros y se agachó para hablarle al oído—, por mucho que lo pidas, no va a venir ningún abogado. Ni siquiera va a venir tu sufrida madre a rescatarte, como siempre hace. Si nos da la gana, podemos tenerte aquí hasta que te pudras, o podemos trasladarte a algún lugar secreto donde encerrarte una buena temporada, bien lejos de la luz del día. Colabora y acabaremos esta pérdida de tiempo cuanto antes.

—¿Qué coño dices, tío mierda? —Liam se zafó de sus manos—. Puede que me

duerma en clase y no sea el mejor estudiante del mundo, pero conozco mis derechos. Ya han intentado muchas veces este rollo conmigo, y al final siempre viene alguien a sacarme. No me vais a asustar con vuestras amenazas.

—Liam —la mujer se quitó las gafas y le lanzó una mirada penetrante—, desde el atentado de Puerto del Duque las cosas han cambiado bastante en los territorios humanos, hijo. No sé si habrás oído hablar de la Ley exprés de Escudo Nacional, pero para garantizar la seguridad de los vuelos y de las naciones de la Coalición Humana, el gobierno nos ha dado carta blanca para hacer lo que queramos. Y cuando digo «lo que queramos», lo digo muy en serio. Podemos detenerte sin necesidad de presentar cargos; podemos llevarte lejos de tu madre sin darle explicaciones; podemos meterte en una mazmorra y tirar la llave, si nos apetece. Más vale que comiences a colaborar, porque si no te vas a arrepentir, créeme.

La mirada de la mujer era aplastantemente sincera. Liam escudriñó los alrededores, asustado, y se dio cuenta de que la sala no tenía cámaras de vídeo ni micrófonos. Estaba aislado. El hombre corpulento, apoyado en una de las frías paredes, sonreía lleno de confianza. Había visto alguna noticia sobre la Ley de Escudo Nacional en la televisión, pero como era habitual cuando se topaba con un informativo, había hecho un *zapping* rápido para localizar algún canal de música.

—Está bien, está bien... esto no es para tanto, ¿vale? Tranquilizaos, joder; solamente era un poco de hierba para autoconsumo. Me la ha pasado... un tipo... de fuera de la escuela... un tipo turbio del barrio que...

—Liam, ahora mismo tres amigos tuyos están confesando en las salas de al lado, y uno de ellos, el chico al que llamáis Piños, ya ha increpado al primo de otro compañero tuyo, un tal... Chelm —la mujer se volvió a colocar las gafas para leer el nombre—. Si quieres seguir encubriéndoles, allá tú, pero ellos parecen mucho más dispuestos a apuñalarte por la espalda. Dinos la verdad, o lo sabremos.

«Piños, gilipollas» pensó, aunque no le dolió mucho que Chelm también se hubiera salpicado de mierda. Con un poco de suerte, podría echarle la culpa de todo lo que estaba ocurriendo a él y su primo, como si fueran miembros de alguna mafia familiar.

—Vale, vale —se rindió—, diré la verdad. Solamente queríamos llevar unos porros al viaje de estudios, ¿vale? Mi amigo Chelm, que tiene un primo con recursos, metió la hierba en las chocolatinas y luego nos las dio. ¡Eso es todo! No hace falta que me encierren ni que echen la llave al mar, no soy una amenaza nacional, joder. ¿Puedo irme ya?

—¿Llevas mucho tiempo consumiendo esa sustancia, Liam? —La mujer se volvió a quitar las gafas—. No me mientas. Lo sabré.

—¡No! Nunca la he probado. Sé que es fuerte, nada más.

La mujer y el policía intercambiaron una larga mirada. El hombre asintió y salió por la puerta en silencio. Al de unos pocos segundos volvió con una extraña máquina bajo el brazo. Era cuadrada, voluminosa, con un lado lleno de botones y medidores,

mientras que en el otro sobresalía una especie de muñequera. La puso sobre la mesa, tocó un par de botones, y la caja comenzó a zumbar.

—Bueno, Liam —la mujer le sonrió—, antes de terminar con todo esto, tengo que hacerte una prueba para ver si has consumido sustancias recientemente o si estás bajo el influjo de las mismas en este momento. Si es así, no podrás volar con tus compañeros. ¿Has consumido algo antes de venir aquí?

—¡No! Quiero decir, sí, pero fue ayer, ayer a la tarde. Me fumé un porrillo de hierba normal y corriente. No se me ocurriría volar drogado, no señora —por una vez, dijo la verdad a la primera.

—Bueno, eso lo comprobaremos en un momento. ¿Me haces el favor de remangarte la camiseta y meter el brazo aquí dentro?

—¿Me vais a medir la tensión arterial? —Intentó bromear, pero le salió una patética risilla de pánico. Obediente, se quitó la chaqueta y metió la muñeca en esa máquina.

—Bien, ahora quiero que te relajes, Liam. Relájate, y en un momento te podrás tomar ese refresco de cola que tanto deseas —el tono de la mujer era dulce y maternal.

Ella tocó un botón y su brazo quedó atrapado, presionado por el anillo que se había hinchado alrededor de su antebrazo. La máquina comenzó a zumbar intensamente y sintió cómo le apretaba con fuerza la piel. Tras unos eternos segundos, pitó varias veces, indicando el final del test. El hombre y la mujer de gafas miraron la pantalla del otro lado de la máquina en silencio, y luego asintieron al unísono.

—Qué, ¿qué tal tengo la tensión? No hago mucho ejercicio, lo sé —se rascó el brazo.

—¿Ves como no era tan difícil decir la verdad, Liam? —dijo ella mientras apagaba el aparato—. Toma, te has ganado tu refresco —acercó la lata hacia él, sonriente—. Bébetelo tranquilamente. Aún estás a tiempo de tomar tu vuelo.

—Me estabais acojonando con ese rollo antiterrorista, la verdad —bromeó, ya algo más sosegado. Cogió la lata, rompió la abertura y le pegó un trago largo. La boca se le había quedado seca por los nervios, y el burbujeante líquido le sentó de maravilla—. ¿Qué me va a pasar? ¿Me vais a multar? O peor, ¿vais a llamar a mi madre? No creo que haya que molestarla por un poco de hierba.

—Quizá más tarde —la mujer le miró fijamente. Se hizo un silencio incómodo, así que echó otro trago al refresco, incapaz de aguantarle la mirada—. Liam, tengo que decirte que no te hemos hecho pasar aquí dentro por la hierba. La chocolatina la hemos descubierto después de retenerte, al registrar tus pertenencias más a fondo.

—¡Lo sabía! —Se pegó un golpe en la cabeza—. Era un registro aleatorio, ¿verdad? Joder, hay que tener mala suerte.

—No, Liam, no era un registro aleatorio. Te hemos traído aquí porque el aparato de fuera ha detectado algo raro en tu mochila. Verás, desde que ocurrió el atentado de

Puerto del Duque, hemos extremado las medidas de seguridad respecto a ciertos temas concretos. No solo pasamos los equipajes de mano por los rayos X, sino que también los escaneamos con otros medidores camuflados en busca de cosas muy peligrosas. Como materia exótica, por ejemplo.

—Un momento —la interrumpió—. ¿Materia exótica? ¿Hablas de restos de Magia?

Había estudiado algo sobre la materia exótica en clase de Física, algo sobre que venía de fuera de algo llamado el archipiélago de la realidad, pero de nuevo, no recordaba mucho sobre las aburridas lecciones del encorvado profesor Lonforn, famoso por la voluminosa chepa que le hacía parecer un camello. Cuando se apuntó a sus clases creyó que sería una asignatura emocionante en la que harían explotar cosas como los grandes magos hacían en las películas, pero la realidad supuso una enorme decepción para él. Los libros ni siquiera tenían dibujos, y eran un compendio redactado en una jerga científica aburridísima y espesa.

—Liam, tu mochila presentaba trazas leves de contaminación por Magia; por eso te hemos traído aquí —la mujer hablaba muy en serio. Demasiado en serio—. Tu historial de viajes en avión indica que no has estado cerca de Puerto del Duque ni de otra área contaminada en los últimos diez años. ¿Has viajado recientemente allí? ¿En coche, quizá?

—¡No! ¡No me acercaría allí ni loco! No ha pasado ni un mes del atentado y en la tele dicen que está de cuarentena —el asunto parecía volverse surrealista por momentos—. No sé cómo ha podido ocurrir... ¿me voy a morir?

—Cálmate, chaval —le instó el hombre.

—¿Me he contaminado? ¿Voy a mutar como los supervivientes de Puerto del Duque de los que hablan? ¡He oído esas historias de miedo en la tele! ¿¿Es por fumar mierda??

—Cálmate, Liam —la mujer le retiró el refresco—. La droga no tiene la culpa, al menos no una culpa directa en este caso. Los psicotrópicos en general pueden ser utilizados por los magos para desarrollar su potencial oculto, para derribar las barreras mentales que no les dejan aprovechar su poder. ¿Sabes lo que es un Latente, chico?

—¿Un Latente? No entiendo nada —se sentía confuso, mareado ante la situación. Se comenzó a encontrar peor que nunca. Aquel lugar era claustrofóbico. Quería salir de allí, quería irse de vacaciones, tumbarse en la playa y olvidarse de ese horrible episodio.

—Verás —la mujer cruzó los brazos y se apoyó sobre la mesa—, hay magos que nacen y hay magos que se hacen, por decirlo de alguna manera. Los hechiceros más poderosos, aquellos que nacieron ya imbuidos por la Magia, son los llamados Magos Innatos. Desde el día en el que fueron concebidos han gozado del poder de alterar la realidad, y se han convertido en seres muy peligrosos porque llevan años en contacto con la materia exótica, porque la llevan incrustada en los huesos. Pero también hay

otros tipos de hechiceros, normalmente de menor poder: los llamamos Magos Latentes. Los Latentes son aquellas personas que nacen siendo aparentemente normales, pero en algún momento de sus vidas descubren que están siendo invadidos por la materia exótica lentamente, de una manera menos poderosa que los Inantos, pero invadidos, al fin de al cabo. Algunos piensan que es una especie de «herencia» legada por magos muertos recientemente, como si sus poderes buscasen un nuevo cuerpo en el que manifestarse.

—Joder. Estoy siendo contaminado. Voy a derretirme, o me saldrán dos cabezas...

—No. Es diferente ser portador que contaminado, y tú eres un portador. No hablo de esas horribles mutaciones que la exposición a la Magia provoca en la gente normal, hablo de una simbiosis aparentemente perfecta que respeta al individuo, sin causarle ningún daño.

—No... no te... sigo —todo era confuso. Estaba mareado, agobiado. Muy mareado.

—No te he hecho un test de drogas, Liam. Esta máquina tan cara sirve para calcular el nivel de contaminación exótica del interior de un sujeto —la mujer dio un par de golpecitos al aparato—. Tu señal es débil, pero indica que tienes altas probabilidades de ser un Latente. ¿Entiendes lo que te digo, Liam?

—¿Me estás... diciendo que me estoy convirtiendo en... un mago?

—Eso creemos, Liam —la mujer sonrió con cierta lástima—. Un mago de poder menor, casi imperceptible. Tus capacidades parecen haber comenzado a manifestarse recientemente, y puede que la hierba que has fumado haya tenido algo que ver en ello.

—Un momento —la cabeza le daba vueltas sin control—, ¿me estás diciendo que me he convertido en un mago por fumar hierba? ¡Venga ya! —Se echó a reír durante un buen rato. De repente, se sentía eufórico y atontado.

—Irónicamente, sí —la mujer no parecía compartir su hilaridad—. Liam, ¿entiendes lo que significa eso?

—¡Claro! —No podía parar de reír—. ¡Un mago! ¡Lanzaré fuego... por las manos! ¡Tendré todo... todo lo que quiera! ¡Seré... temido en todo el mundo! ¡Haré lo que me dé la gana! ¡Seré una estrella!

Estaba embriagado por la noticia, mareado de pura euforia. No, no era por eso. Algo raro pasaba. No se encontraba bien.

—No exactamente —la mujer negó con el dedo—. Por desgracia, la vida de un mago no es un camino de rosas, Liam. Significa que, desde este mismo momento, no eres considerado un ser humano por ninguna de las naciones de la Coalición Humana, así que tus derechos básicos quedan anulados por la Ley de Contención Mágica. No podrás llamar a un abogado nunca más, porque no lo necesitarás. A partir de ahora y hasta el día en el que mueras, eres una propiedad del Gobierno de Sules, y por consiguiente, de la Coalición Humana del Norte. Liam, eres un elemento

potencialmente peligroso, y serás tratado como tal. No habrá más viajes de estudios para ti; no más fiestas, no más amigos, no más libertad. ¿Lo entiendes? Ya no eres dueño de ti mismo. Eres nuestro. Eres un arma del gobierno.

No podía parar de reírse. Estaba cada vez más atontado y somnoliento, como cuando se fumaba un porro mirando las pocas estrellas que traspasaban las nubes de polución. «Me han drogado». En un último momento de lucidez, se acordó del refresco de cola. No debería haberlo bebido.

—Ya verás... ya verás cuando se lo cuente a los chicos... van a alucinar con esto...

—No le vas a contar nada a nadie, Liam —la mujer cerró el maletín con resignación al ver que no comprendía—. Vas a venir con nosotros, y me temo que vas a tener que dejar tu vida atrás. Siento decirte las cosas tan rápido, pero es mejor que las vayas asimilando cuanto antes. Sules lleva casi cien años sin tener a un mago propio, muchacho, así que eres toda una joya que nos va a venir de maravilla para el futuro. En una cosa has acertado: vas a ser muy famoso.

—El transporte está preparado —dijo el poli de atrás mientras se tocaba la oreja con un dedo. Parecía llevar un comunicador oculto en ella.

—Duerme, Liam, duerme —de repente, la voz de la mujer sonaba sorprendentemente hipnótica—. Nosotros nos encargaremos de todo.

Podía sentir cómo se iba quedando dormido, y aunque lo intentase, no podía hacer nada por evitarlo. Cerró los ojos. Las palabras de sus captores sonaron lentas y pastosas.

—No estoy segura, pero podría ser el mismo patrón de poder —dijo una voz—. El mismo de Puerto del Duque.

—Joder.

La oscuridad le recibió con los brazos abiertos. Después de todo, no sería médico, ni abogado, ni informático, ni estrella de rock.

Sería un mago, quisiera o no.

## Un pacto de caballeros

**Q**UERÍA creer que solamente por poder contemplar las vistas que se extendían frente a él ya había merecido la pena todo el esfuerzo, todas las lágrimas y todas las humillaciones que habían precedido a aquella gloriosa votación que les había puesto en bandeja su sueño más ansiado. Desde la ventana de la última planta del edificio, con ese gran despacho todavía oliendo a pintura nueva, Arnam podía contemplar cómo la luz del amanecer veraniego teñía las irregulares y caóticas casas de Orgarr con una paleta de colores intensos. Allí, en mitad de ese colosal cráter de un volcán extinguido, las montañas, puntiagudas como colmillos, lanzaban sombras tan afiladas sobre las casas que rompían el alba en pedazos, y en el valle, sobre los eriales, las ráfagas de viento se enlazaban entre sí formando torbellinos de polvo agitaban las laderas negras de ceniza volcánica.

Un bicho de aspecto asqueroso se posó en el cristal. Tenía el tamaño de un puño, de un puño de orco, y por sus vivos colores dedujo que era mejor no tocarlo. El ecosistema de las Islas Salvajes era hosco y estéril, plagado de animales venenosos, prácticamente inaguantable para razas menos resistentes a las inclemencias, pero en aquel momento, con esas vistas espectaculares clavándose en sus ojos oscuros, aquella le pareció la tierra más acogedora del universo. Se sentía como un padre que miraba a su hijo recién nacido, aún arrugado, feo y llorón; un padre convencido de que ante él estaba el bebé más hermoso del mundo. Sabía que no estaba siendo objetivo, pero le importaba bien poco.

Aún recordaba el caos en la sala tras la sentencia final, los gritos de entusiasmo del público orco, los abrazos, las lágrimas, los agradecimientos... pero lo que nunca olvidaría fue el rostro de Arheil Grava tras terminar la votación. Hubiera esperado un intenso gesto de rabia, incluso uno de resignación, pero lo único que encontró reflejado en sus facciones puntiagudas fue una indiferencia absoluta. Le dio absolutamente igual. Su gente no iba a echar de menos esas tierras baldías, lo que le llevó a pensar que todas sus zancadillas diplomáticas a lo largo de tantas décadas estuvieron simplemente motivadas por puro odio.

¿Cuándo llegaría el primer problema que le sacaría de su burbuja de felicidad y victoria? Sabía que la reunión que iba a celebrar ese día tenía todas las papeletas. Arnam había convocado una reunión conciliadora con los representantes de Tres Mares, Jardín Cruzado y Tierra Descalza para aliviar tensiones después de que el atentado pusiese a Ordann patas arriba. Dudaba que cualquiera de los dos asambleístas elfos se presentase; quizá Arheil se tragase su orgullo por una vez, pero Dionn Raíz no era conocido por su paciencia o diplomacia. Eso sí, había uno que no iba a fallar, al menos mientras sus provechosas reuniones prosperasen. Un molesto zumbido se encargó de anunciar que ya había llegado.

—Señor Surchak, el señor Wilson ya está aquí. —Rov habló a través del



interfono. Su voz sonaba más profunda y adulta al salir del altavoz, pero seguía siendo poco más que un crío. No era el asistente más despierto ni el más rápido haciendo sus tareas, pero hacía medianamente bien su trabajo, y le encantaba la admiración que le profesaba.

Suspiró y cerró los ojos un instante. Después, apretó el botón del aparato con su gran dedo para contestar.

—Llega pronto... —Se le escapó un amago de bostezo; apenas había dormido un par de horas. Construir un país desde cero requería de un horario muy amplio y flexible—. Hazle pasar.

Se sentó en la silla de su nuevo despacho. La sede del gobierno se había construido apresuradamente durante los primeros meses de primavera, y fue el primer edificio de cimientos firmes en el que se trabajó tras la sentencia, antes incluso que el precario hospital fuese dibujado en un plano. Cada piedra que le rodeaba estaba financiada por el generoso gobierno trespereño, por supuesto, y quizá por eso, sus formas, más que orcas, recordaban a los edificios de los humanos: era un lugar amplio, luminoso, con paredes pintadas de un color azul claro y con decenas de estanterías vacías que aún esperaban a que su nuevo dueño tuviese tiempo libre para colocar sus libros favoritos sobre ellas. Por fuera, la sede era un edificio estrecho y alto, de formas austeras pero imponentes, edificado en la pequeña colina que marcaba el centro del cráter, diseñado para ser visto desde cualquier punto de Orgarr.

El asambleísta de Tres Mares Blake Wilson le mostró su más embaucadora sonrisa al entrar por la puerta. Le resultaba habitual verle distendido y feliz cada vez que se reunían en Brisa Salada, pero esta vez el humano jugaba fuera de casa, así que sintió curiosidad por comprobar cómo se desenvolvería. Se dieron la mano, y Arnam la estrechó con más fuerza que nunca, desafiante. «Estás en mi territorio», le dijo sin palabras. Después de tanto tiempo y a pesar de lo que había conseguido gracias a la ayuda de ese tipo, seguía sin confiar en él.

—Veo que te alegras de verme, Arnam —le dijo al notar el apretón—. Yo también te he echado de menos, mi gigantesco amigo. ¡Menudo despacho te has agenciado, pedazo de bribón! —Wilson silbó impresionado al contemplar lo amplio que era—. Menos mal que los ascensores funcionan. Aun así, ¡te veo en forma! La mayoría de nosotros ya hubiera echado una buena barriga a estas alturas.

—Salgo a correr un rato todas las mañanas por las playas de arena negra, justo antes del alba. Soy madrugador, aunque veo que tú también te has tomado en serio el tema de la puntualidad. Llegas pronto.

—Quería charlar contigo a solas con tiempo para ponerte al día con tranquilidad, si puede ser, antes de que el bastardo de Arheil aparezca para amargarnos el día con sus charlas pasivo-agresivas.

—Sí, siendo aliados, me gustaría saber algo más que los elfos, para variar —le reprochó.

—Golpe bajo, amigo mío. —Wilson se abalanzó sobre el asiento de invitados

como si estuviera en su propia casa—. No te preocupes: hoy vengo sociable y hablador. Curioso país el tuyo; hostil pero con cierto atractivo indomable para turistas con ganas de riesgo, ¡aunque el vuelo para llegar hasta aquí desde la otra punta de Ordann ha sido criminal! Veo que con la mudanza a tu nuevo despacho has ganado mejores vistas, canalla. ¡Y qué mesa! Se te ve imponente ahí sentado.

—No me quejo —respondió con falsa modestia. Arnam había elegido personalmente la planta y la habitación perfecta para asentarse—. Yo crecí en la más absoluta miseria, y hubo una época en la que llegué a vivir en la calle, Wilson. Cuando lo has perdido todo, aprendes a valorar lo que realmente importa, y tener un despacho en las alturas no alimenta mi ego.

Por supuesto, no era cierto. Podía sentir el poder y la confianza que le daba su posición privilegiada.

—Pues creo que deberías colgar una bonita placa dorada en la puerta... la de «Presidente de las Islas Salvajes», por ejemplo.

—No empieces, Wilson. Ya te he dicho mil veces que no me pienso presentar a las elecciones. Soy jefe de un gobierno provisional —remarcó todo lo que pudo esa última palabra—, y en cuanto acabemos nuestra labor aquí volveré a mi puesto habitual. Conozco la Cámara de las Naciones de Tres Mares mejor que ningún compatriota, y allí es donde seré más útil para los míos.

—¿Por qué no? Piénsalo, ¡¡presidente Surchak!! —El humano miró al infinito, visualizando la palabra en el aire—. Tú mismo has dicho que estos cargos son una responsabilidad, no un regalo. Nadie te va a dar nada gratis, Arnam, si es lo que opinas sobre aprovechar tu explosiva fama entre los orcos para partir con ventaja en las elecciones. ¡Todos te adoran, gran salvador! Tienes la imponente presencia de los tuyos y la labia de los míos. Arrasarías contra cualquier candidato que se presentase, si es que hay algún idiota que se atreva. Y además, creo que serías un buen dirigente. Yo te votaría... si fuese un orco, claro.

—Prefiero que alguien más joven con ideas claras luche por ese puesto una vez hayamos elegido nuestra constitución. El pueblo es sabio.

—Un idealista. —Wilson bufó decepcionado—. Los idealistas no sirven para el mundo real; la gente práctica es la que decide tras el telón, manejando los hilos sin dejarse ver, tomando decisiones entre partido y partido de golf, mientras los títeres de bonita sonrisa sueltan sus preciosos discursos vacíos delante del populacho, apelando a tus queridos ideales. Y el pueblo... qué decir del pueblo. Desde luego, la mayoría no es sabia, Arnam; si fuese así, el mundo sería un lugar idílico de paz y amor, no el vertedero que es. Necesitan ser guiados.

—¿Eso es lo que quieres que sea? —Se cruzó de brazos, asqueado por sus comentarios—. ¿El pastor de un rebaño descarriado de gilipollas?

—No podrías ni aunque quisieras, porque a ti, amigo, te falta algo muy importante para ser un pastor: perros que muerden, que dirigen al rebaño, y tú tienes miedo de usarlos. A pesar de tu tamaño, eres demasiado blando y políticamente

correcto, amigo mío. Tienes miedo de soltar a las bestias. Esa es tu debilidad y pronto será tu perdición.

—No llevas ni dos minutos aquí y ya me estás diciendo cómo dirigir un país. — Arnam sacó una botella de un cajón de su mesa y sirvió dos copas de *whisky*. Sabía que ese líquido le soltaría la lengua—. Con hielo, ¿no?

—Sin. —Wilson se frotó las manos al ver fluir el bendito líquido—. He tenido un viaje largo y aburrido, así que me vendría bien un poco de ese despertador. Los orcos volvéis a estar en el mapa, Arnam; volvéis a ser un pueblo importante. Tienes que tomar las riendas de tu país con decisión, ahora que puedes.

—¿No tendrá esto algo que ver con las represalias por el atentado, verdad? Qué oportuno que estemos aquí para ayudaros como aliados militares.

La sonrisa de Wilson desapareció de un plumazo, dando paso a un rostro sombrío.

—Ha muerto mucha gente buena en Puerto del Duque. No me gusta lo que insinúas.

—Lo... lo siento, amigo. —Arnam se sintió avergonzado—. No era mi intención quitar hierro al asunto. Lo he dicho sin pensar. Recuerdo que alguna vez me contaste que tenías un par de sobrinas preciosas viviendo en Puerto del Duque.

—Sí. —Wilson tosió un par de veces, molesto—. Estamos haciendo lo posible para que no se vuelva a repetir tal brutalidad. Hemos blindado el país ante posibles ataques, pero me temo que no será suficiente para sentirnos seguros. Todos los países de la Coalición Humana del Norte están al cien por cien con nosotros, e incluso el Cinturón de Naciones Enanas está especialmente colaborativo, seguramente por el impacto negativo que ha tenido el ataque terrorista en la bolsa mundial. Ordann se ha puesto patas arriba, pero ha llegado el momento de devolver el puñetazo con todas nuestras fuerzas.

—Me lo imaginaba. —Arnam se reclinó sobre su asiento. Llegaba el momento de poner las cartas sobre la mesa—. Uno no viaja a medio mundo de distancia para tener una charla cara a cara si no es por un buen motivo.

—Exacto. —Wilson recuperó la sonrisa, quizá demasiado pronto para su gusto—. El presidente Valarck en persona me ha mandado aquí para hablar contigo, amigo, además de para calmar a esos idiotas abrazapinos que vendrán en breve. La maquinaria de la guerra ha comenzado a funcionar, y nuestro ejército es como los gólems de las leyendas, Arnam: una vez que echan a andar, no se pueden detener hasta que acaban con su objetivo. Estamos preparando algo gordo, algo muy gordo, y quería que lo supieras antes que nadie. Hablo, por supuesto, de nuestra venganza.

—Así que esto trata sobre la venganza, ¿no? Y yo creyendo que tenía que ver con la justicia...

—El deseo de justicia no mueve la opinión pública de la misma manera, y tú lo deberías saber mejor que nadie. La venganza es ciega, irracional, y es lo que necesitamos ahora mismo para evitar más críticas por nuestra ineptitud. Valarck no ha sido el mejor presidente de los últimos años, precisamente.

—¿Cuál es el objetivo? —Se acercó a la mesa, interesado—. Ha pasado un mes y pico y nadie ha reclamado el atentado aún. ¿Vais a invadir los países sospechosos de uno en uno en busca de respuestas? Tenéis que hilar muy fino en este asunto.

—Hemos localizado la gran respuesta, amigo mío, y con eso nos basta. —Wilson también se acercó a la mesa, dispuesto a contarle el gran secreto—. Sabemos dónde se esconden. La noticia será emitida por todas las cadenas de televisión de Tres Mares en los informativos de esta noche, y no hace falta que te diga que va a extenderse como la maldita Peste de las Virutas. La opinión pública se va a poner al rojo vivo clamando venganza, y debemos aprovechar esa corriente de rabia para anunciar nuestros planes cuanto antes. Esos pacifistas de mierda que salen a manifestarse día sí y día también nos están haciendo mucho daño en las encuestas. Somos humanos, por los dioses, no puñeteros medianos de pies negros que tocan la flauta a cambio de unas monedas en el metro, prodigando paz y amor.

—¿Y dónde están? ¿En el Cuerno Rojo? Sería raro que volviérais a ese asqueroso desierto después de haberlo abandonado.

—Frío, frío, amigo mío. —Wilson negó con el dedo. Sonreía confiado—. El Cuerno Rojo ya es historia para nosotros, y créeme, no quiero volver a saber nada de ese estercolero polvoriento de tormentas de arena a menos que el Estrecho Cardinal se vuelva a llenar de piratas asaltando nuestros cargueros. Nuestro servicio de espionaje tiene jugosos datos que sitúan a los terroristas restantes al otro lado del mar, en Ismer.

—¿Ismer? Esto sí que no me lo esperaba. ¿Cómo lo sabéis? Navegar por el Océano Inquieto hasta allí es peligrosísimo, y están a medio mundo de distancia.

—Tenemos nuestras fuentes.

—Venga ya. El continente está demasiado lejos para un vuelo de ida y vuelta, y que yo sepa, allí no existen los aeropuertos para repostar. Y ya sabemos que los satélites no son una opción, no con el anillo de escombros de Gevangenís rotando por encima de sus tierras. Tenemos aquel lugar abandonado por una buena razón. ¿Qué ha cambiado, entonces?

—Nuestra tecnología, Arnám. Cómo hemos contactado con ellos es lo de menos: lo importante es que sabemos que el reino de La Quijada está detrás de todo esto, y a día de hoy tenemos los medios para llegar a ellos de manera segura. Es probable que sus fanáticos sacerdotes negros les hayan dicho que es hora de matar infieles; ya sabes que ellos adoran a los magos como enviados de los dioses, mientras que nosotros los encerramos y controlamos como a armas de guerra. Hemos domesticado a sus profetas.

—Entiendo... aunque me parece un argumento un poco débil.

—¿Sabes cuál es un argumento potente? Han matado a miles de personas inocentes, Arnám, y eso en mi pueblo se califica como una declaración de guerra abierta en toda regla. Las investigaciones apuntan a que el mago que se sacrificó en Puerto del Duque podría ser uno de los legendarios hechiceros de Ismer. Un hombre

llamado Griskany, que solía vivir en los pantanos del sur del reino. ¡Más dedos acusadores que señalan al otro lado del océano! El perfil de sus poderes encaja con la naturaleza de la explosión.

—¿El perfil de sus poderes? Te refieres a las historias y leyendas que nos han llegado, más bien. ¡Son todo conjeturas!

—Tenemos nuestras fuentes al otro lado del mar, Arnam, aunque no te pueda decir mucho más. Estamos seguros de esto. Lo estábamos desde hace tiempo.

—Un momento, un momento —le interrumpió mientras masticaba toda esa jugosa información—. ¿Desde cuándo sabéis todo esto?

—Desde hace un mes —le indicó Wilson. De repente, Arnam ya no se sentía en primera línea de nada: probablemente era el último mono de la Coalición en enterarse de esas noticias—. Antes de que te quejes, déjame decirte que no somos unos descerebrados que actúan sin pensar. Queríamos asegurarnos de que una amenaza tan clara era real antes de ir pegonándola por ahí.

—Y me entero doce horas antes que el resto del mundo, estupendo —resopló—. Supongo que es mejor que nada... aun así, esto me huele mal. ¿Me estás diciendo que la gente de Ismer, que siempre ha vivido aislada del mundo, ha comenzado una especie de guerra santa de la noche a la mañana contra un continente del que no han querido saber nada nunca? ¿Cómo han llegado hasta nosotros con su atraso tecnológico, si a nosotros ya nos cuesta ir hasta allí? ¡Es una locura!

—Es más que una locura: es un suicidio. —Wilson echó un trago largo a su copa—. Sea como sea, lo han conseguido, pero me parece que se van a arrepentir de haber contactado con el mundo moderno. Es como si pusiesen una pistola en sus cabezas y pidiesen nuestro dedo para apretar el gatillo, porque no tienen, ni por asomo, los recursos para enfrentarse a nuestro poderío militar. Su tecnología está atascada en el pasado: no saben lo que es un tanque, ni un avión... no tienen nada más que espadas, caballos y quizá algunos mosquetes de pólvora en los reinos más avanzados. Se han vuelto locos de soberbia y han pateado el nido de avispa equivocado. Esto no va a ser una guerra, Arnam; va a ser un paseo triunfal que nos va a reportar grandes y jugosas conquistas.

—Una guerra es una guerra, Wilson; no hay que tomársela a la ligera, por muy débil que parezca el enemigo. Ellos jugarán en casa y son más.

—No te preocupes, amigo. No estamos solos en esto, que para algo has entrado en una coalición armoniosa —apuró el vaso y se sirvió otro sin pedir permiso, como siempre. Parecía deseoso de emborracharse, y su voz sonaba cada vez más achispada—. Viento Helado nos dará apoyo económico y recursos, lo suficiente viniendo de esa panda de amargados que se creen mejores que nosotros. Rylor y Sules, que siempre nos han sido fieles desde que les cortamos el comercio por el Mar Roto, aportarán una fuerza de invasión a la fiesta, así que tenemos gente suficiente para montar una buena entrada triunfal digna de traca. Esto pinta tan bien que hasta los enanos se quieren subir al carro.

—¿Enanos? —Arnam no pudo evitar sonreír—. Esto ya empieza a ser surrealista. ¿Desde cuándo esos avariciosos y egoístas tapones se ensucian las manos con asuntos de humanos y orcos?

—No se las ensuciarán, al menos no directamente. Nos van a dar apoyo logístico, tecnológico y económico, cosa que nos va a venir de maravilla.

—A cambio de... —El orco sabía perfectamente que las naciones enanas no eran muy pródigas en cuanto a actos desinteresados.

—Todo el mundo quiere conseguir algo. —Wilson levantó los hombros de nuevo y se terminó otra copa—. Tú querías tus islas, y te las hemos puesto en bandeja. Los enanos quieren otras cosas y también se las daremos. ¡Todo el mundo quiere algo! Arnam, esto está en marcha y estamos todos dentro, haciendo piña, así que ahora te pido que respondas con tus tropas tal y como acordamos. Eres el presidente *de facto*, después de todo. ¿Cuento contigo, amigo?

Arnam se levantó del sillón; súbitamente, se sentía incómodo sentado en él. Se dio la vuelta y contempló Orgarr una vez más. Un millar de pequeñas chabolas desperdigadas bajo el sol matutino se agolpaban alrededor del río Torken, de aguas marrones y turbias, y el único que cruzaba el gigantesco cráter. Vistas en conjunto, las casas aglomeradas recordaban a una veta de un extraño mineral multicolor que brotaba de la descolorida piel de la tierra. Tejedos de arcilla de color escarlata, ventanas de madera granates, paredes de hormigón malo pintado con tonos rojizos... desde luego, pese a su nuevo comienzo con la paz por bandera, los orcos tenían un gusto especial por el color de la sangre.

—Aquí estamos, bebiendo y charlando sobre futuras guerras, lejos del barullo de la vida diaria de nuestros pueblos —dijo con melancolía—. Resulta demasiado fácil tomar decisiones desde las alturas.

—Venga, no empieces con tus discursitos poéticos. —Wilson suspiró aburrido y se sirvió otra copa—. Somos el gobierno. Sin gobierno no hay civilización, amigo. Tú les diste Orgarr.

—Yo no les di nada. Ellos se lo ganaron.

—Chorradas. —Wilson soltó una risilla achispada—. Ellos no han ganado absolutamente nada. Los orcos de ahí abajo, aunque sean más grandes y feroces, no son muy distintos de los humanos: solamente saben quejarse y quejarse, nada más, sin aportar nada positivo o constructivo. Son una panda de desagradecidos que se desentienden del funcionamiento del mundo hasta que algo les salpica su miserable vida. ¡Te lo digo por experiencia! ¿Guerras sucias en territorios extranjeros? No les importa hasta que les subes los impuestos. ¿Robo de dinero público? Nada de lo que preocuparse mientras no les bajen el sueldo y puedan irse de vacaciones. Sabes perfectamente que cualquier persona no vale para estar donde estamos nosotros, porque tenemos que aguantar que hasta un jodido camarero nos eche en cara cómo deberíamos hacer nuestro trabajo.

—Son tu gente.

—Son idiotas —dijo con todo el desprecio posible—. ¡Ovejas! Si llorásemos por cada mala decisión que hemos tomado ya nos estaríamos tirando desde la azotea de este edificio de la manita... hay que tener los cojones de acero y no dejarse amedrentar por esos sucios *hippies* y *soplagaitas*, porque jamás estarán contentos del todo, y siempre se quejarán y quejarán hasta acabar con tu paciencia. ¿Es que no se dan cuenta de que actuamos por su jodido bien, incluso cuando no lo hacemos?

—Sinceras palabras... aunque no las comparta en absoluto, por supuesto. — Arnam se guardó su opinión real, porque poco le había faltado para lanzar a aquel asqueroso de doble moral por la ventana.

—Ya te he dicho que eres un blando, Arnam. Tu conciencia será tu perdición. A ver cuándo te enteras de que no se puede saltar a un estanque lleno de tiburones sin querer clavar unos cuantos arpones. Este es tu nuevo mundo. —Wilson pegó un par golpecitos en la mesa—. Ya no perteneces a ese lugar gris que se extiende ahí abajo. Olvídate del reino de los mediocres, porque estás en los cielos de la élite.

—No puedo... no debería... no puedo, amigo —la palabra tuvo un sabor amargo en su boca.

—Lo que tú digas. —Wilson apuró otro vaso de *whisky* hasta terminarlo—, pero recuerda que lo que va a ocurrir es muy grande y ya está en marcha. Queremos invadir La Quijada antes del comienzo del otoño, aprovechando la apacible Ventana de Verano del Océano Inquieto. Es la oportunidad perfecta.

—¿Ya? Veo que no habéis perdido un minuto en organizar esto. Por los dioses, apenas ha pasado un mes del atentado y ya estáis preparando vuestras armas.

—Y deberías preparar las vuestras. Necesitamos a tus orcos para conseguir que todo esto siga adelante. Ayúdanos a establecer el Triunvirato de Razas.

—¿Triunvirato de Razas? —Sonrió sin querer—. ¿Qué es ese nombre? Suena ridículo.

—Lo sé, lo sé; se le ha ocurrido a algún niño del departamento de publicidad del gobierno. Sirve para vender al mundo esta alianza como algo... positivo y poderoso, podríamos decir. —Wilson esbozó una sonrisilla—. Humanos, orcos y enanos; todos juntos en el mismo barco, ¿no te parece emocionante?

—¿Y luego qué? ¿Qué pasará cuando pongamos un pie en La Quijada?

—Pues que, una vez saquemos la basura, estableceremos una armoniosa democracia que estará tutelada por nuestro gobierno. Una colonia, para que me entiendas. Por supuesto, tendremos muchas cosas que hacer por allí una vez nos instalemos, porque las guerras no salen gratis, orquito. Veremos qué tajada se puede sacar de esas tierras vírgenes plagadas de recursos naturales sin explotar. Aunque les robemos el pan, los nativos nos recibirán con los brazos abiertos, amigo, porque no creo que hayan visto nada más brillante que una boñiga en su vida y sucumbirán ante nuestra chispeante cultura del consumo. Ismer es un mercado gigantesco sin explotar, aunque habrá que trabajarlo mucho.

—No lo sé, Wilson, podría ser peligroso. Os estáis lanzando a una tierra

inexplorada de cabeza. Inexplorada por un buen motivo —advirtió preocupado—. ¿Y si hay más magos además de Griskany? Los Once de Ismer, ya sabes.

—Los magos pueden ser enemigos formidables en un campo de batalla, pero ¿sabes contra lo que no son buenos? Contra misiles X-7 guiados por láser, ni contra bombarderos de combate capaces de tirar cien toneladas de explosivos de una tacada. Arnam, ya sé que los orcos amáis la primera línea de batalla, pero hoy en día la guerra prácticamente se resuelve desde casa, maldita sea. Antes, los magos eran estrellas clave en las guerras, pero hoy en día, están para salir en las portadas y para vender figuritas de acción, y ninguna nación en su sano juicio se arriesgaría a utilizarlos en combate abierto teniendo tantas máquinas de matar eficientes. Los magos no pintan nada en la guerra moderna —le entró el hipo y pegó un brinco.

—Bien, Wilson, me has convencido —se rindió. El asambleísta humano parecía haber pensado en cada argumento que pudiera utilizar para poner pegas—. Pero si seguimos adelante con esta invasión, necesito sinceridad absoluta, y quiero enterarme de todo al momento; y cuando digo todo, me refiero a absolutamente todo.

—No te preocupes, mi buen amigo. —Wilson le lanzó un torpe saludo militar—. Lo estarás hasta el punto de que te aburrirás de escucharme hablar. Sinceridad absoluta.

Rov llamó a la puerta del despacho.

—Puedes pasar, chico —dijo Wilson antes de que Arnam abriese la boca.

—Señor Surchak, el asambleísta Grava está aquí —el chico apretó los dientes—. No parece muy dispuesto a esperar hasta la hora de la reunión. Insiste en hablar con usted personalmente ahora mismo.

—Hazle pasar, chaval. —Wilson volvió a decidir por él.

—Está abajo, en los jardines. No quiere subir.

—Típico de los elfos. Bien, pues bajemos —el humano se estiró torpemente, tambaleándose—. No me vendrá mal tomar el aire, que este licor me ha acalorado un poco.

Llamar jardines a la zona que se extendía en el amplio patio trasero del edificio era poco más que un eufemismo: al igual que la fauna local, la flora de las Islas Salvajes era hostil, fea y deprimente hasta un punto cómico. Prácticamente todas las plantas contaban con un tallo lleno de pinchos y unas hojas afiladas capaces de cortar la piel de un humano con facilidad, y su frondosa y retorcida presencia solía atraer a enormes insectos que no solían tener muchos reparos en picar viciosamente a los curiosos. La gruesa piel de los orcos apenas notaba esas molestas inclemencias, pero los visitantes de otras razas no solían salir del país sin alguna cicatriz o picadura supurante. Wilson no tenía nada de lo que preocuparse, porque cualquier bicho que le chupase la sangre moriría de intoxicación etílica.

Cuando llegaron al centro de los jardines, cerca de una pequeña plaza teñida de ese molesto polvo negro que se acumulaba en todos los lados, el asambleísta Arheil Grava se acercó a ellos a base de pequeños y delicados pasitos. Vestía una túnica



verde oscura plagada de detallados bordados que representaban enredaderas, hojas y flores, y sus manos permanecían entrelazadas frente a su pecho, ocultas tras las grandes mangas que caían de sus antebrazos. Su marca de la casa, ese gesto desagradable que parecía anunciar que había olisqueado algún pedo ajeno, seguía marcado en su picudo rostro. Wilson le ofreció la mano, pero Arheil ni siquiera le miró. Tenía sus ojos clavados en Arnam.

—Asambleísta Grava —le dijo—. Me alegro de que haya venido...

—No estaré aquí por mucho tiempo —le interrumpió con su armoniosa vocecilla—. Tengo asuntos mucho más importantes que atender.

—Ya estabas tardando en soltar un improperio, abrazapinos —dijo Wilson con sinceridad, demasiada sinceridad. Arheil frunció el ceño, sorprendido por sus atrevidas palabras. En cuanto olisqueó su aliento, el visitante comprendió el motivo.

—El... —carraspeó— el asambleísta Wilson ha venido hasta aquí a ponernos al día sobre los planes de...

—Ya estamos al día sobre los planes de vuestro brillante «Triunvirato de Razas» en ese continente de fanáticos al otro lado del mar, orco —le volvió a interrumpir Arheil—. No he venido a escuchar, sino a advertiros: Jardín Cruzado no tolerará la existencia de ningún conflicto abierto en el que se usen magos o cualquier tipo de manipulación de materia exótica como arma. En vista de la gravedad de los últimos acontecimientos acaecidos en Puerto del Duque, tomaremos las medidas necesarias para castigar el uso abusivo de la Magia. No volverá a ocurrir tamaño desastre ecológico, y nos aseguraremos de que sea así.

—¿Es una amenaza? —preguntó Arnam.

—Con todas las letras. —Arheil le sostuvo la mirada.

—Relajaos, que parecéis tener un palo metido por el culo. —Wilson soltó otro amago de eructo—. Le estaba diciendo a Arnam que los magos no harán nada más que darse paseos triunfales ante la prensa mientras nuestra potente maquinaria bélica hace su trabajo. Nada de Magia, solamente bombas y tiros. Lo haremos al estilo tradicional, para no ensuciaros el césped.

—No sois vosotros los que me preocupáis. ¿Puedes poner la mano en el fuego por los quijenses, asambleísta Wilson? —Arheil le dedicó una mirada afilada—. Allí los magos no son armas ni estrellas mediáticas: son enviados de los dioses, y no dudarán en usarlos contra vosotros si se ven amenazados. Si esto se os va de las manos, vosotros seréis los responsables directos.

—Sois unos malditos agoreros, como siempre. Si queremos matarnos entre nosotros, ¡dejadnos tranquilos! Siempre metiendo vuestro sucio morro en los asuntos de los demás.

—¡Wilson! —Arnám intentó calmar el ánimo de su compañero.

—No esperaba menos de individuos como vosotros. No tengo nada más que deciros. —Arheil, indignado, se dio la vuelta y se marchó con rapidez, quizá temeroso de que le contagiaran la enfermedad de la estupidez.

Un par de segundos después, el elfo había desaparecido. «Esta reunión no podría haber salido peor», pensó mientras se llevaba las manos a la cabeza. Debería haber sido más sutil, más conciliador, pero Wilson lo había mandado todo a la mierda a una velocidad de vértigo. El humano se echó a reír.

—Y luego dicen que esos son los elfos más moderados de todo el este.

—Serán moderados, pero siguen siendo la puñetera nación más grande y poderosa del mundo. Deberías haberte contenido un poco, maldita sea. Tu actitud ha sido algo innecesario y muy peligroso. ¡Son nuestros vecinos!

—Tranquilo, Arnam; los elfos siempre son así: perros ladradores que asustan mucho a las ovejas, pero nunca acaban de morder. Ya conozco su juego y me han tocado los cojones demasiadas veces como para creerme sus paripés. Si nos pusiesen un dedo encima, saben perfectamente que les dejaríamos el planeta hecho un asco con nuestras bombitas. Tienen mucho que perder.

Rov se asomó por la puerta trasera del edificio y se acercó a ellos.

—Señor Surchak, ha llegado un mensaje de Dionn Raíz, representante de Tierra Descalza. No... no creo que aparezca por aquí hoy. —Rov le entregó un pequeño papel doblado.

—¡¡Y aquí están los radicales!! —gritó Wilson, como si todo fuese un concurso.

—Por lo menos Tierra Descalza me insulta vía papel, no en persona —dijo mientras leía aquellas palabras sucias.

—Los descalzos no son los ejemplares más listos y guapos de la raza elfa, precisamente. No le daría mucha importancia a sus insultos, porque ni siquiera los propios cruzados les toman en serio.

—También son nuestros jodidos vecinos, estúpido —definitivamente, deseaba cargar con Wilson de vuelta a su despacho solamente para poder lanzarle por la ventana—. Tú te marcharás a la otra punta del continente a dormir en tu cómoda cama en Brisa Salada, pero yo me quedaré aquí, rodeado de millones de individuos hostiles por ambos lados. ¿Qué te parece, idiota?

—¡Tranquilo, amigo! ¡Relájate! Mientras nosotros velemos por vuestros culitos prietos, no os pasará anda. Confía en mí.

—No me estás dando muchos motivos para confiar.

—Bueno... —gimió mientras bostezaba— en vista de que la reunión de las once se ha cancelado, creo que me iré al bar de recepción a continuar con mis labores —le guiñó un ojo mientras se rascaba el otro sin mucho tino—. No creo que merezca la pena estar sobrio en este país, la verdad.

«Hipócrita». El alcohol había sacado el veneno del que estaba relleno ese saco hinchado de sangre roja. Le había utilizado, como todos, y lo peor es que lo sabía desde el principio. Una guerra se acercaba, ni más ni menos. «Aún recuerdo aquella vez que me prometió que este día nunca llegaría», pensó.

—Señor Surchak. —Rov habló de nuevo cuando estuvo seguro de que Wilson estaba bien lejos—, ha llegado otro mensaje. Un sobre sellado de la agencia privada

de investigación que contrató.

—Sí. Déjame ver eso.

Arnab abrió el envoltorio con toda la delicadeza que pudo reunir en sus manazas. Dentro había un solitario papel. Lo leyó en silencio.

—Vaya, vaya, vaya... interesante —dijo mientras se rascaba la barba.

—¿Señor?

—Acércate y escucha atentamente, chico, a ver si aprendes algo: *«Tenemos nueva información sobre el paradero de las sobrinas del asambleísta Wilson: hemos confirmado que tomaron un vuelo gubernamental nocturno no registrado que las sacó de Puerto del Duque tres días antes del atentado. El señor Wilson las visitó dos semanas después en una residencia privada situada en el sur de Blume, en un viaje no reflejado en las actas oficiales. Están sanas y salvas. No ha sido el único caso que hemos encontrado: decenas de familiares de altos cargos del gobierno de Tres Mares que vivían en Puerto del Duque viajaron fuera de la ciudad durante las mismas fechas»*.

—¿Señor? ¿Está insinuando que...?

—¿... que la cúpula del gobierno de Tres Mares sabía que iba a ocurrir un atentado? Los dioses me libren, chico, porque es una acusación muy grave. Gravísima. Seguramente esas familias se fueron de vacaciones a la vez... por una casualidad, ya me entiendes. Si aireasen estas suposiciones... bueno, digamos que no demostraríamos nada y perderíamos un aliado muy valioso.

—Oh. ¿Qué le hizo sospechar de los humanos?

—Pues el hecho de que Wilson siga vivo, para empezar. Ponte en el lugar de los terroristas: si viajaron hasta Ordann sin ser detectados y supieron esperar a la feria de Puerto del Duque, es que conocían nuestra cultura y cómo hacernos daño. ¿Por qué no volar Brisa Salada, la capital, en vez de una apacible ciudad costera? Habrían acabado con toda la Cámara de Razas y Naciones de un plumazo, descabezando al gobierno y dejando a Ordann dando tumbos. Fue un golpe contra el pueblo, un lugar lleno de turistas de todas las naciones, y una maniobra perfecta para meter miedo en la opinión pública internacional. Todo esto me huele horriblemente mal.

—Entiendo —el chico asintió—. ¿Qué va a hacer al respecto, señor?

—Pues lo único que puedo hacer, Rov: nada. Hacerme el tonto y seguirles la corriente. Sin los humanos protegiéndonos, estamos bien jodidos —suspiró mientras contemplaba como el sol se alzaba sobre ellos. Un pequeño torbellino de polvo danzó frente a él durante unos segundos antes de desaparecer—. Puedes retirarte, chico. Necesito estar solo un rato.

Subió a su despacho en silencio y se volvió a sentar en su cómoda silla. Ahí arriba todo parecía más claro, más sencillo de comprender, aunque sospechaba que quizá estaba más ciego que nunca.

Una guerra se acercaba por el horizonte. A pesar de la gravedad de la situación, intuyó que no encontraría mucha resistencia pacifista por parte de su pueblo. Desde

luego, y aunque le doliese reconocerlo, nada se le daba mejor a un orco que partir cabezas, hacer brotar la sangre y sembrar viudas allá donde pasase. Esa era la naturaleza de la gente que lideraba, por mucho que él renegase de ella.

—Lo llevamos en la sangre —dijo para sí mismo en la cima de Orgarr.

## Una vez más, con sentimiento

**L**A oficina de prestaciones y pensiones del Barrio de las Mareas estaba abarrotada hasta los topes, tanto que hasta costaba respirar ese aire húmedo, bochornoso y viciado tan común en los edificios públicos. Por si fuera poco, la sala estaba iluminada por esa mortecina luz verduzca emitida por las lámparas modernas que conseguía que la gente de allí pareciese aún más vieja y pelleja, si es que eso era posible. Melvin contempló las caras congestionadas, arrugadas y tristes de decenas y decenas de ancianos achacosos que esperaban su turno impacientemente, apelotonados en la escueta zona de espera, peleándose por un sitio libre para posar sus traseros como si no hubiera un mañana. Algunos no tenían muy buen aspecto, por no decir que se encontraban en un estado deplorable, así que quizá estuviesen en lo cierto al pensar que el sol no volvería a amanecer para ellos. Él, en cambio, permanecía de pie, con la cabeza bien alta, a pesar de que con el paso de los años su espalda se había curvado como una flor pocha, robándole casi diez centímetros a su antaño bien digno metro ochenta y cinco de estatura. No le gustaba estar rodeado de gente de su edad: le subrayaban que él también era viejo, muy viejo, y ejercían de una especie de espejo deformado de lo que podría llegar a convertirse en breve.

De las seis ventanillas dispuestas para atender a los solicitantes, solamente había abiertas dos. Un señor con pajarita y peluca llevaba casi diez minutos en una de ellas, escuchando con cara de no entender nada las instrucciones que la mujer del mostrador le repetía una y otra vez en vano. En la otra, un funcionario calvo con cara de tener un mal día estampaba sellos en alguna solicitud retrasada. Cuatro golpes y un bufido después, alzó la vista.

—¡Siguiente! —gritó con desgana.

—Buenos días —le dijo mientras le entregaba el ticket que indicaba su turno.

—Los papeles —gruñó el calvo—. Estamos muy ocupados y no podemos perder el tiempo.

Mientras el tipo le soltaba esa frase, otra funcionaria se paseó por detrás de él, apurando su café tranquilamente mientras silbaba.

—Verá, venía por...

—Papeles —repitió con aún peor humor.

«Paciencia» se dijo para sí mismo. En otros tiempos, hubiera asustado a aquel tipo para que aprendiese algo de educación. Sin embargo, no le convenía jugar con la burocracia, porque los funcionarios tenían a mano cientos de técnicas vengativas que podrían enterrarle entre formularios.

—Verá, me ha llegado la carta mensual con el ingreso de mi pensión. —Melvin buscó en el bolsillo de su camisa de flores y sacó un papel de él— y debe de haber habido un error, porque he cobrado cien soles menos que la última vez.

—Sí, me lo imaginaba —el hombre ni siquiera levantó la vista—. Las pensiones

han sido recortadas un diez por ciento por decreto ley. No son tiempos de bonanza económica, precisamente, y como ya sabe, es posible que los tresmareños entremos en guerra en breve. El presidente Valarck ha dicho que toca apretarse el cinturón, y eso incluye a los viejos como usted.

—¿Viejo? ¡Menudo lenguaje!

Aún recordaba cómo, cuando no era más que un joven fornido con ganas de comerse el mundo, pensaba que la vejez jamás le alcanzaría, que era un problema del que no merecía la pena preocuparse. Sin embargo, lo inevitable siempre llegaba: lo peor de todo no eran los años, era la lenta decadencia que los anunciaban. Había olvidado lo que era correr, saltar, nadar contra las furiosas olas... sus cualidades se habían consumido lentamente como una vela derretida al final de una noche. Había tenido décadas para asimilarlo, para mirarse las manos y darse cuenta de cómo la vida pasaba irremediabilmente, para disfrutar de cada momento y memorizarlo, pero aún no había conseguido estar en paz respecto a la idea de bajar el telón para siempre. Él había sido uno de los grandes, y para su sorpresa, el hecho de haber tenido una existencia plena empeoraba aún más las cosas. Quizá con una vida más gris y aburrida le hubiera sido más fácil asimilar que no era nada más que un trozo de carne con conciencia que algún día sería devorado por los gusanos.

—¿Acaso no me merezco un poco de respeto? —Melvin arrugó el papel—. Me callé cuando me apartaron, cuando me retiraron como a un trasto viejo con el que ya no querían jugar a las batallitas. Me callé cuando me dieron una mísera pensión, después de todo lo que había hecho por este desagradecido país. ¿Ahora me tengo que callar también cuando me quitan las migajas que me quedan?

—Lo que me faltaba, otro veterano de guerra al que se le ha ido el coco —el funcionario suspiró—. No tiene nada que hacer, así que apártese, abuelo.

En el fondo, sabía que el mundo se había olvidado de su nombre, como solía ocurrir con todas las cosas que se pasaban de moda. Le dolía reconocer que ya no le paraban por la calle o le felicitaban con efusivos apretones de manos. Ni siquiera le temían... hubiera dado lo que fuese para despertar algún sentimiento que no fuese la indiferencia. Fue el gran Melvin Wallas, y aún lo era, maldita sea, aunque sus arrugas, su calva, sus blancos bigotes y su larga barba hubiesen vuelto irreconocible el rostro confiado y juvenil que una vez fue portada de revistas y periódicos. Era un fósil de una época pasada. Nadie diría que él fue el que encabezó el sangriento asedio al Fuerte del Alba en la Séptima Gran Guerra, ni que hubo un tiempo en el que fue uno de los tres magos más temidos de Ordann, provocando escalofríos entre los soldados de naciones enemigas.

—Siguiente —dijo el funcionario, entonando como un robot.

Se dio la vuelta y se marchó con todo el orgullo que pudo reunir, pero su cabeza no aguantó en alto. La edad le había arrebatado prácticamente todo, así que quizá la muerte diese un último empujón a su vanidad, como solía ocurrir con las estrellas ya olvidadas: se imaginaba los sentidos obituarios en la televisión, justo antes de los

deportes; la hipócrita comparecencia del presidente Valarck elogiando su vida entregada a Tres Mares; incluso podía llegar a visualizar las esquelas a pie de página de los grandes periódicos, con su foto en pequeño, justo debajo de los grandes artículos que especulaban sobre futuras guerras. Eso, durante al menos un día o dos, como mucho. Después, se acabó: nadie más volvería a mencionar su nombre, y Melvin Wallas pasaría a ser una mención puntual perdida entre líneas de un libro cualquiera.

Escapó de la oficina de prestaciones discretamente y se detuvo frente a la puerta de entrada, que daba a una de las estrechas callejuelas del barrio central de la capital. Entre las decenas de ancianos que salían a fumar sus últimas caladas y tosían como condenados, encontró dos siluetas conocidas, dos enanos de pelo cano con pinta de moteros trasnochados, de esos macarras de libro que combinaban pantalones de cuero con chalecos vaqueros bordados con llameantes calaveras. Eran Yisu y Ogsu, que le esperaban apoyados en sus respectivas monturas de dos ruedas, limpiadas con mucho más esmero que sus propias ropas.

—A veces pienso que las queréis más que a vuestras mujeres —les dijo al ver cómo resplandecían.

—Y no andarías desencaminado. —Ogsu acarició el retrovisor de su moto con cariño. El materialismo de los enanos era de sobra conocido por todo Ordann, pero la relación de los dos con esas máquinas escandalosas era para echarles de comer aparte.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Yisu, que estaba apurando una brillante manzana a mordisco limpio. Su voz era apagada y raspada, como la de un mafioso de película, por lo que no era raro que le llamasen Yisu Susurros.

—Tan mal como esperaba —suspiró.

Los gemelos se parecían, pero eran distintos como la noche y el día: Ogsu era respondón, malhumorado y amante de la carne roja, sangrante, mientras que su hermano, más calmado y reflexivo, prefería devorar frutas y verduras frescas como un caracol. A pesar de sus dispares dietas, los dos enanos Gopples tenían una complexión tan gruesa y firme que parecían dos pedruscos peludos idénticos, y solo algunos detalles daban pistas para distinguirlo. Yisu, más acomplexado, era el que llevaba aquel pañuelo rojo tapándole la calva; Ogsu, en cambio, lucía su cocorota pelada con orgullo pero, quizá por compensar, se había dejado crecer una larga barba trenzada que le caía por la barbilla.

—Anímate, Mel —dijo Ogsu—. Si después de todo lo que hemos pasado durante estos años no has palmado, dudo que lo hagas ahora porque cobres cien soles menos.

—Quién sabe, quién sabe. Recordad que, en este mundo, el dinero decide más vidas que la más cruel de las guerras.

—Sabes que te podemos prestar dinero...

—No, gracias. Mi orgullo está bastante pisoteado por hoy. Además, ya tenéis bastante con pagar toda la cera que le ponéis a esos cacharros relucientes —sonrió.

—El día que palmes y nos quedemos sin trabajo, vamos a tener que encerrarlas a escupitajos —dijo Ogsu.

Sus dos veteranos Espalderos rondaban casi los setenta años, pero los enanos, en menor medida que los elfos, disfrutaban de un metabolismo más lento de lo normal y se conservaban bastante bien con el paso de las décadas. Esos tapones peludos, de gruesos brazos plagados de venas hinchadas y de anchos hombros que rivalizaban con su escasa altura, podían llegar a vivir una media de cien años, y se mantenían relativamente frescos hasta pasados los ochenta, por muchas canas y arrugas que creciesen en sus cabezas. Melvin, en cambio, era simplemente un humano, aunque podía considerarse un humano privilegiado: la Magia había abandonado su cuerpo poco a poco, vaciándole de poder con el paso de las décadas, pero el pequeño poso que aún le quedaba le permitía envejecer a un ritmo más lento de lo normal. Tendría casi noventa años, pero por fuera apenas aparentaba ser un recién jubilado.

—Bueno, ya nos podemos marchar, porque ha sido un viaje en vano —les dijo apesadumbrado—. Otro día echado a la basura.

—No descartes los días tan rápido, Mel —dijo Ogsu mientras se acariciaba la perilla.

Le señaló algo. Un elegante coche negro estaba aparcado a la entrada de la calle. Desde luego, no era un modelo que se viese fuera del distrito financiero de la ciudad.

—El Departamento de Ultramar —dijo al instante.

Malorie llevaba casi diez años sin contactar con él directamente, y no parecía el tipo de persona interesada en mantener charlas nostálgicas. Algo quería, y debía ser algo importante, muy importante.

—Quizá te traiga buenas noticias —dijo Yisu mientras apuraba la fruta.

—Lo dudo —respondió convencido—. Nunca nos hemos llevado demasiado bien y no creo que eso vaya a cambiar a estas alturas de la vida.

El conductor del coche se limitó a abrirle la puerta cuando se acercó. Melvin se sentó dentro sin rechistar, obediente. Cualquier cosa era mejor que volver a su apartamento plagado de recuerdos polvorientos.

El Parque del Arrullo era uno de los pocos lugares de la ciudad donde se podía respirar algo de aire fresco, y aun así no se podía decir que fuese de gran calidad, ya que un poco más allá de la línea exterior de árboles, miles de coches escupían polución por sus tubos de escape y espantaban a los pájaros con sus ruidosos cláxones, recordando a los paseantes que el verdadero campo, el silencioso y pacífico, quedaba bien lejos de allí. Brisa Salada era una de las urbes con más historia de Tres Mares, apelmazada de edificios en su agobiante interior y con una zona portuaria titánica en su costa de aguas sucias, pero los agradables parques del distrito financiero eran la resplandeciente excepción a la norma. Cuando recordaba cómo fue ese lugar en su juventud, se sorprendía del aplastante poder del progreso: ya no quedaba nada de aquellos caminos de barro llenos de carruajes que estuvieron allí a comienzos del siglo pasado. Solamente había asfalto, polución y fachadas grises



plagadas de garrapatas en forma de aparatos de aire acondicionado.

Caminó por un acogedor camino que albergaba las estatuas de los grandes héroes de la historia de Tres Mares, todas alineadas obedientemente, posando mientras miraban a ninguna parte. El profeta Kolm, con su inseparable Libro de Fe; Killian el Tuerto, aún con sus dos ojos; Aeria la Despojada, sujetando su corona rota; Boln el Vengativo, con su característica espada rota en la mano; Huey el Hechizado luciendo sus morros de cerdo... sus rostros levantaban sus barbillas a su paso, despreciándole. Pasó siglos de historia del país paso a paso, y cuando alcanzó el final, justo antes de la estatua del idiota de Axel Razore, estaba la suya, sujetando su característico sombrero de mago con gesto solemne, tan humilde en comparación a los demás que hasta le provocó repulsa. Se detuvo frente a ese fantasma del pasado, frente a ese rostro que ya había olvidado, contemplando lo resplandeciente que fue una vez. Podía sentir la lástima de sus Espalderos clavándose en su nuca como el peor de los puñales de Piedra Barda.

Al final de un sendero apartado de los lugares habituales de tránsito, lejos de las miradas de paseantes y turistas, había un acogedor claro de naturaleza pura en medio de un anillo de chopos. En él estaba Malorie, vestida con un ajustado pero formal traje negro, como a ella le gustaba, rodeada de tres gorilas trajeados que imponían respeto, como a ella también le gustaba. Tanto la mujer como sus sicarios miraban sus relojes de pulsera con impaciencia. Desde luego, cada segundo que mal perdía con un vejistorio como él debía dolerle a horrores, así que Melvin aprovechó la ocasión para enfadarla un poco, caminando con toda la parsimonia del mundo hacia ella, silbando despreocupadamente.

—Deja de hacer el tonto, Wallas —dijo ella mientras se quitaba las gafas de sol y le miraba con un nostálgico desprecio—. Veo que aún sigues llevando esas horribles camisas horteras de flores. Los años te tratan mal, anciano.

—Veo que sigues siendo tan amable y cordial como siempre, Mal. Echaba de menos tus reproches. Los años te tienen más aprecio a ti, por lo que veo.

No era mentira. Malorie estaba a punto de alcanzar la barrera de los sesenta años, pero su piel estaba tersa como la de una manzana y mantenía una figura envidiable para una mujer de su edad.

—¿Te has retocado algo, Mal? He oído que la cirugía estética está de moda entre las clases altas.

—Esto que ves se mantiene cuando no tienes ni marido ni hijos, que son los principales ladrones de la juventud.

—No creo que te hicieran falta maridos, Malorie —intervino Ogsu—. Hubo una época en la que creí que te reproducías por osmosis, o quizá por esporas, no estoy seguro.

—No me tires de la lengua, enano peludo —la mujer daba pequeños golpecitos en la hierba con la punta de su zapato de tacón—, ¿dónde habéis dejado vuestras enormes motos? Esas que usáis para compensar lo que os falta entre las piernas.

—¡¡Qué!! —Ogsu se puso rojo de ira—. Si quieres ver lo que tengo entre las piernas...

—No, gracias, porque no puedo perder el tiempo buscando pequeñeces entre tanto pelo. ¿Hemos terminado la cháchara obligatoria de nuestro reencuentro? Hablemos de cosas serias, si no os importa.

—Veo que te sigue avergonzando recibirme en tu despacho del Departamento de Ultramar, Mal. Esto de quedar en el parque es más propio de mafiosos —dijo con toda las segundas intenciones posibles—. No sabrás lo que pasó con el pobre Marsden, ¿verdad? Fuimos amigos durante años y le tenía mucho aprecio.

—No lo sé ni me importa. Si he venido hasta aquí es porque Valarck en persona me lo ha pedido, no porque me apetezca hablar de los viejos tiempos.

—¿El presidente? —Melvin quedó sorprendido. El último presidente que conoció en persona había muerto hacía diez años, y su relación acabó tan mal que no pensaba que fuera a ser tenido en cuenta por otro nunca más.

—Valarck... —Mal se mordió el labio— te... te necesita.

—¿Qué quiere de mí? ¿Tiene algo que ver con la guerra que se está preparando contra La Quijada?

—No te hagas ilusiones, anciano, porque estás demasiado viejo para ser de alguna utilidad en el combate, y el ejército no lleva provisiones de pañales contra la incontinencia —dijo con toda la malicia posible. Sabía cómo hurgar en la herida abierta—. Simplemente necesitamos... un tutor.

—¿Has dicho «un tutor»?

—Sules, nuestra desastrosa nación vecina, nos ha pedido ayuda. Su servicio secreto ha encontrado un nuevo Latente hace bien poco: es un muchacho, aún menor de edad, que puede tener cierto potencial que desarrollar. Hace décadas que el último mago sulense murió, así que nos han pedido que lo entrenemos nosotros. El presidente ha pensado en ti, y eso que yo misma les he intentado quitar esa estúpida idea de la cabeza.

—Un momento, ¿me queréis para entrenar a un niño? ¿Para eso me buscabas? —Melvin se sintió profundamente decepcionado. Por un momento había pensado que aún habría espacio para una última gran aventura.

—No es un niño, Wallas. Tiene más de diecisiete años, así que ya está crecido como para hacerse la cama y no mearse en ella. Y más vale que alguien lo entrene rápidamente, porque Valarck quiere lucirlo en el frente como parte del ejército del Triunvirato. Vamos a ir con todo en esta invasión.

—¿Vais a llevar a un chico de diecisiete años al frente? No es algo muy noble por vuestra parte.

—La política no es noble, Wallas. —Mal alzó los hombros—. Esta guerra va a ser una demostración de fuerza hacia los elfos, y como bien sabes, esos bastardos temen a los magos más que a nadie. ¿Qué problema hay con llevar al chico? Hay miles de chavales de dieciocho años en el ejército por voluntad propia y nadie se escandaliza.

—Que sea legal no quiere decir que sea ético, Mal. Nadie debería luchar en una guerra con dieciocho años, por muy maduro que crea ser. Nadie. Lo sé mejor que nadie.

—Da igual lo que sepas, Wallas, porque ese chico es propiedad del gobierno y hará lo que se le diga, como tú hiciste antes de que te declararan inútil. Los titulares no hablarán de que sea demasiado joven: dirán que el Triunvirato tiene a un mago nuevo y fresco activo entre sus filas, y eso nos beneficiará.

—Al final eso es lo que importa, ¿no? Aparentar en vuestros ridículos juegos de poder. Bien os valdría tener un poco de humildad.

—No me mientas, viejo, porque te conozco demasiado bien. —Mal se cruzó de brazos—. Tú no eres humilde, y la mejor prueba de ello es que aquí estás, deseando que te diga que te necesitamos. Pues bien, lo he dicho. Solamente te pedimos un entrenamiento intensivo que será pagado con un buen sueldo, más del que te mereces, y cuando comience la invasión, dejarás listo al chico para que sepa hacer lo básico y no haga el ridículo.

Malorie sabía que le tenía contra la pared. Si aceptaba entrenar al chico, sería un trabajo anónimo y clandestino, por lo que no habría grandes titulares anunciando su vuelta. Una vez terminase su trabajo, volvería a ser el mismo viejo patético e inútil. No era lo que buscaba, pero por lo menos era algo, ¿no? Melvin estaba deseando decir que sí con todas sus fuerzas, pero el orgullo se lo impedía. Merecía algo más. Deseaba algo más. Quizá hubiera una manera de conseguirlo.

—¿De cuánto tiempo dispondría para entrenar al chico? —preguntó mientras se acariciaba la barba—. ¿Cuándo será la invasión?

—En veinte días, más o menos. —Malorie empezó a toquetear su teléfono móvil—. La invasión coincidirá con la Ventana de Verano del Océano Inquieto; ya sabes que ese fenómeno no dura mucho, pero es tan previsible como las estaciones del año. La fecha es un secreto a voces que hasta el más tonto podría adivinar pero, por supuesto, pero yo no te he dicho nada al respecto.

—¡Veinte días! No voy a enseñarle a jugar al tenis, precisamente. Es imposible que el chico esté listo, Mal. Uno no aprende a ser mago en menos de un mes; hacen falta años de práctica, como mínimo, para ser medianamente competente. Mandarlo allí tan pronto sería un suicidio.

—No vamos a ponerlo en primera línea de batalla, joder ¿o te crees que no pensamos? Tienes quince días, Wallas, ni uno más ni uno menos. O lo tomas, o lo dejas.

Se hizo un profundo silencio, solamente perturbado por los lejanos cláxones que se colaban en ese rincón.

—Lo haré...

En cuanto pronunció esas dos palabras, la mujer sonrió perversamente, pero cuando continuó con las siguientes, su gesto hosco volvió a aparecer al instante.

—... Pero con una condición.

—¿Qué quieres, Wallas? Dímelo. ¿Quieres que te suban esa mísera pensión que cobras? La he visto y... bueno, digamos que podría contratarte de chacha una vez por semana para que me limpies el polvo.

—Quiero ir con el chico. En la Punta de Invasión. Quiero viajar a La Quijada.

Yisu y Ogsu, alucinados, se quedaron con la boca abierta. Los dos hermanos se lanzaron una mirada de terror; sabían que allá donde fuera Melvin, ellos le acompañarían.

—¿Estás loco? ¡Ni en sueños! —Malorie se revolvió agitada; sin duda, estaba acercando el dedo al botón correcto—. ¡Mírate! ¡No estás para hacer el tonto!

—Puedo caminar, Mal, y todavía me quedan unos cuantos trucos en la manga que tú no conoces. Si de verdad quieres al chico simplemente para pasearlo como un trofeo y tenerlo lejos del peligro, no te importará que un viejo inservible como yo esté junto a él. No molestaré, y seguro que estará mucho más seguro al tener a otro mago con mi experiencia tan cerca. Podríamos continuar con las lecciones sobre el terreno. Como en los viejos tiempos. Como hicieron conmigo.

—No, Wallas. No y no.

—Sí, Malorie. Yo también sé pensar. Si has venido hasta aquí en persona, enviada por el mismísimo presidente, es porque no tienes otra salida para resolver la situación, ¿verdad? Axel Razore se habrá negado a ejercer de tutor del chico, estoy completamente seguro de ello, porque apenas sabe cuidar de otra cosa que no sea su pelo. Si solamente podéis recurrir a mí, es que no os quedan más opciones.

—No... espera un momento... antes de que sigas por ahí...

—Vamos, Mal; si voy allí y hago mi trabajo, el chico volverá siendo aún más valioso, y si voy allí y muero por romperme la cadera, tendrás un problema menos en este mundo.

—Ya empieza a hablar tu dichoso ego. Siempre igual, Wallas. He dicho que no.

—Entonces no habrá trato. Hasta nunca, Mal. —Melvin intentó sonar lo más verosímil posible, pero estaba asustado. Si le cazaba el farol, se quedaría sin nada.

—Maldita sea, espera. —Malorie resopló, rendida—. Viejo orgulloso y presumido... sabía que esto era un error, pero el idiota de Valarck no quiso escucharme. No has cambiado nada, Wallas... sigues queriendo ser el centro de atención. Tú ganas: si quieres jugarte el culo en el frente con la sangre joven y rebelde, adelante, no soy quién para decirte lo contrario. Eso sí, si te unes, empezarás a entrenar al chico cuanto antes. Andamos mal de tiempo, así que no podemos permitirnos perder ni un solo día.

—Hecho —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que le levantó los bigotes.

—Enanos, llevadle al aeropuerto cuanto antes —ordenó Malorie—. Id al hangar nueve, el que no tiene número en el exterior; me encargaré de que tengáis un avión privado listo para trasladaros a la isla de Nexo, donde tenemos al chaval bajo custodia.

Malorie y sus hombres comenzaron a retirarse. Cuando casi iban a desaparecer

tras la línea de árboles, ella le dijo algo más.

—Si mueres en Ismer, te concederé ese baile que te debo desde hace tiempo... concretamente, lo bailaré encima de tu tumba.

Era lo más parecido a una despedida que conseguiría, y a pesar de sus duras palabras, sonaron extrañamente dulces.

—Cuídate mucho, Mal —respondió con cariño. Aquella mujer había sido muy importante para él en el pasado. Al final, Melvin agradeció poder verla una vez más.

Se dio la vuelta hacia los enanos y dio un par de palmadas apremiantes. Notó cómo el entusiasmo le invadía.

—¡Vamos! —gritó—. Llévame a casa, porque tengo que hacer la maleta cuanto antes. Y luego, ¡al aeropuerto! ¡Volvemos a estar en marcha!

—No sé si has pensado detenidamente lo que está pasando, Mel —la calva de Ogsu brillaba llena de gotitas de sudor—. ¿Tú nos has visto? ¡Somos unos carrozas! ¡Estamos acabados! ¡Nos quieres llevar a una guerra!

—Bueno, siempre será más divertido que estar luchando contra la burocracia en una ventanilla. —Yisu se encogió de hombros, resignado.

—Y más peligroso —dijo Melvin con unos ojos brillantes que parecían haber rejuvenecido sesenta años de golpe.

## Ecós de otros mundos

**E**L MARISCAL Scott Roch se frotó el bigote con la punta de los dedos y frunció el ceño más allá de lo que cualquier otro ser humano podría fruncirlo jamás. Las suaves nubes grises que difuminaban la luz de la mañana habían comenzado a regalarles unas pequeñas gotas de aviso; si no terminaban con esa farsa pronto, Orlain y él se iban a calar hasta la ropa interior que llevaban bajo sus imolutos uniformes plagados de medallas.

—¡¡Aquí!! ¡Es el lugar peeeeeerfecto!

El jefe del gabinete de prensa, un tipo delgaducho e hiperactivo con la fea costumbre de gritar a cada minuto, señaló el lugar escogido: el jardín de una anteriormente adorable casita de dos pisos, situada en lo alto de una acogedora colina de excelentes vistas. Aquel idílico barrio habría sido un hogar perfecto para que una adorable familia de película hiciese barbacoas, pero la explosión había arrancado la mitad del piso superior y prácticamente toda la fachada principal. Todo el césped estaba plagado de tablones, ladrillos, muebles y escombros de todo tipo, así que el fotógrafo tuvo que pisar con cuidado para comenzar a colocar la cámara. Roch soltó un gruñido entre dientes, impaciente.

—¿Nivel de contaminación? —preguntó a su compañero.

—Tres y medio —dijo Orlain, mirando el medidor que colgaba de su cintura—. No nos podremos quedar mucho por aquí.

Tras el edificio, unos kilómetros más allá de la Colina del Gorrión, las humeantes ruinas de Puerto del Duque parecían, más que nunca, un lugar encantado, fantasmagórico y con un pie en el más allá. Ya no quedaba nada del esplendor de la ciudad que fue calificada como el destino turístico más boyante del Golfo del Pescador; solamente podía divisar las oscuras siluetas de los edificios destrozados, de esas figuras de vigas rotas bañadas por un aura espectral que advertía que la contaminación exótica había empapado cada ladrillo del centro urbano. Las olas, deseosas de tapar aquel panorama antinatural, golpeaban los escombros en los que se había convertido el antaño vibrante puerto.

Roch se inquietaba al imaginar qué horrores estarían desarrollándose entre los restos de la ciudad, en lo más profundo de lo que antes fue el encantador casco antiguo. Todo era posible cuando un área quedaba contaminada de Magia; ni las mejores patrullas de Nómadas habían conseguido llegar el epicentro de la explosión, y habían calculado que pasarían décadas, o quizá siglos, antes de que Puerto del Duque tuviese la más mínima oportunidad de resurgir de sus cenizas.

—¿Cómo va la construcción del perímetro?

—Es complicado. Va a ser una valla muy grande. —Orlain miró al horizonte con el mismo temor que él.

—Quiero tener la primera barricada provisional terminada y bien vigilada antes

de que partamos hacia La Quijada. No quiero tener que preocuparme de este pozo de aberraciones cuando estemos al otro lado del océano.

No era un temor vacío: con fuerzas extrañas en juego, la muerte no siempre era el peor destino posible. Los lugareños podían haberse convertido en algo retorcido y grotesco, como ya había ocurrido antes en Kisev. Ninguna de esas posibles aberraciones había intentado escapar de la estricta zona de contención de momento, pero las primeras expediciones que se adentraron en el perímetro habían informado sobre escalofriantes aullidos inhumanos cuyo eco rebotaba en las ruinas al caer la noche. Algo estaba creciendo en Puerto del Duque, y el Mariscal deseaba con todas sus fuerzas no llegar a conocer qué era. Orlain compartía su inquietud, pero había algo más que rascar en su gesto compungido.

—Suéltalo ya. ¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó rechinando los dientes, sin apenas mover los labios. No quería saberlo, pero debía saberlo—. Sorpréndeme.

—Cuarenta y tres personas han intentado abandonar la zona de reclusión del perímetro oeste. Personas, no criaturas.

—Maldita sea. ¿Cómo de mal ha ido?

—Dos civiles muertos y siete heridos. La gente en cuarentena se está desesperando, Roch, y es cuestión de tiempo que algún grupo vuelva a intentar alejarse de esas ruinas cuando miremos hacia otro lado. Los camiones que entran con provisiones vitales están empezando a ser recibidos a pedradas, y cada vez hay menos voluntarios para conducirlos. La gente de los campamentos más cercanos al centro habla de criaturas que acechan en la noche. Quieren salir; están aterrorizados.

—Los fugados, ¿qué nivel tenían? —preguntó sin hacer caso a sentimentalismos baratos.

—Se tarda mucho en calcularlo con certeza, pero podría ser un nivel cinco. Quizá seis.

—Pues entonces se quedarán al otro lado de la barrera. Son bombas de relojería que no pienso dejar sueltas.

—Estoy deseando que la Guardia Nacional nos quite este trabajo de una vez.

—En menos de dos semanas zarparemos desde Nexo, si es que las previsiones meteorológicas aciertan este año. Tenemos que gestionar un ejército de trescientos mil hombres, sin olvidar el millar de orcos y los quinientos enanos que nos van a acompañar. Vamos a tener muchos dolores de cabeza.

—No creía que los enanos se involucrasen en esto con tropas.

—A menos que quieras contratar a humanos de metro cincuenta para tripular y reparar esos agobiantes tanques que nos han cedido, los enanos vendrán.

—Joder. Esto parece una broma. —Orlain se permitió una sonrisa cansada.

—A mí no me hace gracia. No voy a ser el hazmerreír de la comunidad internacional, Orlain. Todo tiene que funcionar perfectamente, porque me juego mi prestigio. Mi prestigio —remarcó—. He luchado mucho por esta oportunidad y quiero ser quien lidere esta operación. Me gustaría poder continuar con la

planificación, controlando cada detalle en persona, pero aquí estamos, perdiendo el tiempo con idiotas.

—Hablando de... por ahí viene.

Samuel Valarck y su gabinete de lameculos, que le seguían a todos los lados como media docena de lampreas hambrientas, aparecieron por la carretera que conducía a la pequeña colina donde le esperaban. El presidente de Tres Mares llevaba puesto su traje más elegante y esquivaba los charcos de una manera involuntariamente cómica, pegando saltitos ridículos. Tanto él como sus ayudantes llevaban en la cabeza un casco amarillo de obrero, temerosos de que algún cascote suelto les acertase en la cabeza y los volviesen aún más ineptos de lo que ya eran.

—Presidente. —Roch y Orlain se cuadraron.

—Mis Mariscales favoritos. —Valarck les saludó con una de sus sonrisas prefabricadas, medidas al milímetro—. Roch, muévete un poco, que pareces un enano de jardín aquí de pie, canalla —le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Señor presidente, hemos venido para ponerle al día sobre los planes de invasión. Llevamos más de una semana intentando concertar una reunión en su despacho, pero al parecer... bueno, su gabinete ha decidido que este es el mejor momento para hablar —se quejó.

—Y hablaremos, y hablaremos. —Valarck le mandó callar y echó un vistazo alrededor. Observó la casa destrozada en silencio, fingiendo una profunda reflexión—. ¿Es este el lugar que has elegido?

—Sí, presidente —contestó el jefe del gabinete de prensa gritón—. Desde aquí podremos sacar unas fotos estupendas. La casita es una metáfora perfecta de los sueños rotos de los lugareños, y si nos asomamos un poco, hay unas vistas excelentes de Puerto del Duque. La gente tiene que ver que su valiente presidente está allá donde la tragedia reside.

—¿Aquello es la ciudad? ¡Pero está muy lejos! —El presidente se quejó como un niño pequeño—. Más que un arrojado líder, voy a parecer un cobarde. Podríamos acercarnos un poquito más.

—Señor, acercarse más no sería prudente —dijo Orlain, volviendo a leer su medidor—. Es peligroso.

—Está bien —refunfuñó Valarck—, pero espero que luego agrandéis la ciudad por ordenador. Esos chicos de los ordenadores hacen magia, ¿sabéis? No Magia de verdad, pero el hecho de quitarme arrugas en esos enormes carteles de campaña también me parece algo milagroso, he de decir —se echó a reír.

Valarck era un hombre alto, maduro, con ese atractivo especial que sacaba suspiros a las amas de casa, con ese pelo canoso que aparecía mágicamente antes de la reelección y con esa perfecta y sonrisa perlada que sacaba a relucir cada vez que quería rebañar unos cuantos miles de votos. A punto de acabar un desastroso primer mandato plagado de escándalos de corrupción, espionaje y derroches, nadie daba un duro por su reelección, pero sus discursos condenatorios tras el atentado le regalaron



una popularidad indecente que no hubiera imaginado ni en sus mejores sueños. Y lo peor de todo: esa popularidad le hacía creer que tenía derecho a hacer cualquier cosa que le viniera en gana. No había nada más peligroso que un tonto con ínfulas de grandeza.

—¿Dónde me pongo? ¿Aquí, sobre esta viga?

—Ahí estará perfecto —dijo el gritón—. ¡¡Que comiencen las fotografías!!

El fotógrafo, un tipo de gafas de pasta, gorro de lana y con una bufanda que parecía haber robado a su abuela, comenzó a disparar su cámara. Valarck apoyó el pie en una viga caída y le regaló un gesto pensativo.

—Así. Así —le indicaba el fotógrafo mientras apretaba el botón una y otra vez—. Un gesto más serio. Eso es, perfecto. Consternado. Más consternado. Más, un poco más. Más consternado, señor. Señale ese boquete de la fachada, señor presidente. Analícelo. Analícelo más. Reconstrúyalo con la mirada. Eso, es perfecto.

—Bien, pero un buen líder no está solo —el gritón se mordió el labio, pensando—. ¡¡Tiene seguidores, tiene que estar rodeado por gente que haga realidad su visión!! Que entren un par de asesores con él. Tú y tú, los más bajitos.

Orlain resopló al ver el patético panorama. Roch le pidió paciencia con la mirada.

—Roch, ¿qué me querías contar? —Valarck murmuró entre dientes, sin dejar de posar.

—Puedo esperar a que tenga un rato libre para que le pueda poner al día.

—Yo no tengo ratos libres, Roch. ¡Soy el puto presidente! Excepto cuando me voy de vacaciones al Mar Estival, claro, aunque entonces mi mujer se encarga de mantenerme ocupado con sus puñeteras quejas y lloros. Vivo en un constante estrés —se echó a reír de nuevo.

—Más serio, presidente —le corrigió el fotógrafo—. Esto es una tragedia, recuerde.

—Creo que una guerra es algo lo bastante importante como para dedicarle unos minutos en exclusiva —la voz de Orlain sonó enojada.

—No me gusta tu tono, Orlain. ¿Qué más queréis, sanguijuelas? Aquí me tenéis, delante de vosotros y rodeado por personas de confianza, así que disparad. Puedo hacer dos cosas a la vez.

—¿Lo de disparar lo ha dicho literalmente? Porque yo me ofrezco voluntario —murmuró Orlain. Roch le pegó un codazo.

—Señor presidente, la Operación Lanza del Ocaso...

—¿Operación Lanza del Ocaso? —Valarck ahogó una risilla—. Qué nombre más ridículo. ¿Se te ha ocurrido a ti, Roch? Con lo bien que quedó lo del Triunvirato de Razas.

—No, señor presidente. —Roch se mordió el labio—. La Quijada es un reino demasiado grande, así que concentraremos la incursión en una punta de lanza que irá directa a por la capital, Sotomonte. La zona al sur del país está plagada de pantanos y lodazales que no tienen valor estratégico, así que la dejaremos fuera de nuestros

planes.

—Operación Lanza; ahora lo pillo. —Valarck se golpeó la frente—. Muy ingenioso. ¿Qué hay de la flota que os llevará hasta allí? ¿Cómo andamos de barquitos?

—Bueno, por suerte, de eso andamos bien surtidos, señor presidente. —Orlain hinchó el pecho al hablar del legendario poderío naval de Tres Mares—. Siete de los doce portaaviones que tenemos en reserva estarán completamente operativos para el día en que zarpeamos, y algunos de ellos ya están amarrados en Nexo, a punto. Trece acorazados les acompañarán en formación, y también tenemos fragatas de apoyo y casi mil pequeños barcos artilleros que podrán remontar los ríos de La Quijada sin problemas. Por supuesto, todos los barcos grandes van equipados con la nueva tecnología de escaneo de fondo marino que nos permitirá esquivar las rocas ocultas del océano. Mientras la Ventana de Verano calme las aguas, el viaje será un paseo.

—Estupendo. —Valarck se frotó las manos.

—Presidente, acérquese a la puerta de la casa y recoja ese felpudo de bienvenida —le indicó el fotógrafo—. Será una foto fantástica, muy emocional.

—Oh sí, estupendo. —Valarck agarró el felpudo con asco—. ¿Y los aviones, Roch? Siempre me han gustado los aviones.

—Tenemos sesenta y dos cazas Raya listos para el despegue, todos almacenados en los portaaviones, justo al lado de los ciento setenta y siete helicópteros de transporte Beluga y los setenta y cinco helicópteros Orca de ataque —recitó mientras apretaba los puños, clavándose las uñas en las palmas—. El bombardero experimental Cachalote que nos asistirá vendrá directo desde Nexo y repostará en el aire gracias a los aviones de abastecimiento que llevaremos en los barcos. Si todo va bien, le habremos ganado la partida al Océano Inquieto por primera vez en la historia.

—Perfecto. —Valarck sonrió sin interés. Roch hubiera esperado que se impresionase un poquito más—. Quiero toda la carne en el asador, Roch, porque la puta prensa internacional nos va a estar juzgando con lupa. Hay que aplastar a esos primates rápidamente y con decisión. Bastantes insultos me gané por el tema del Cuerno Rojo. ¡No sé cómo me dejé convencer para meternos en ese fregado!

—Esta vez haremos las cosas bien, señor presidente —la voz de Orlain sufría cada vez que tenía hablar con ese energúmeno—, pero no deberíamos planificar nuestras estrategias influenciados por lo que la opinión pública espera de nosotros.

—¡La opinión pública lo es todo! Las victorias y las derrotas no deciden las guerras, Orlain: la prensa es la que cuelga las medallas o señala a los culpables, la que te baña en éxitos o te pringa con fracasos. Tengo a más de la mitad de medios nacionales comprados, pero siempre parece haber algún periodista dispuesto a tocarme los cojones, como esa mujer de grandes ojos que no me deja tranquilo.

—Señor presidente, hemos traído a la familia que pidió —interrumpió el jefe de prensa.

A su lado, una mujer de mediana edad y dos niñas pequeñas esperaban,

mostrando una mirada triste.

—Gracias a los dioses que está aquí, señor presidente —le dijo la mujer mientras se acercaba con la cabeza gacha—. Mis hijas y yo lo hemos perdido todo en esta explosión. Mire cómo ha quedado el barrio. No nos queda nada.

—No se preocupe, buena mujer. —Valarck se acercó y acarició las cabezas de las pequeñas con ternura—. Tres Mares se encargará de todo, como siempre hace. Por favor, colóquense frente a la casa para que podamos sacarnos una foto. Para recordar a las víctimas.

—No es nuestra casa —señaló una de las niñas, la más pequeña de las dos, aún en brazos de su madre—. Nuestra casa está más abajo.

—Calla, Cleara, que el presidente ha venido a ayudarnos.

Valarck se apartó de ellas y se acercó a al gritón disimuladamente.

—Van bastante limpias —le susurró—. Demasiado limpias para una catástrofe, ¿no te parece?

—Señor presidente, el atentado ocurrió hace ya dos meses —el jefe de prensa le miró con cierta incredulidad—. Esta familia ha estado acogida en los refugios que su gobierno ha habilitado, lugares donde hay duchas y les hemos dado ropa limpia.

—Y las elecciones son el mes que viene, idiota; por eso me estoy sacando esta sarta de estúpidas fotografías. ¿Qué quieres que haga para que salgan más sucias? ¿Qué vuelva atrás en el tiempo, idiota?

—Bueno... piénselo, señor presidente: si la familia está así de recuperada, es por las ayudas que ha recibido del gobierno. Lo podemos vender como la semilla de un nuevo comienzo. La casa estará en ruinas, pero la familia está recuperada. Así es Tres Mares. Así es Sam Valarck.

—La semilla de un nuevo comienzo. —Valarck saboreó las palabras lentamente—. Está bien, pero asegúrate de que el pie de foto lleve esas palabras exactas. Me gustan.

—Claro, presidente —suspiró aliviado.

Valarck, sonriente de nuevo, se acercó a la mujer y levantó a las dos niñas en brazos.

—Estupendo —soltó el fotógrafo mientras volvía a su labor y disparaba sin cesar.

—¿Cuándo comenzará la reconstrucción de nuestros hogares, señor presidente? —preguntó inocentemente la mujer.

—Pronto, señora. Roch, todavía no me has dicho nada de los magos.

—No hay nada que decir de los magos, señor presidente. No los necesitamos para nada en esta guerra.

No era ningún secreto que Roch no soportaba a los hechiceros y demás calaña. El Mariscal era un fanático del orden y de la cadena de mando, y aquellos restos arcaicos de guerras pasadas solían gozar de privilegios antiguos que no merecían. Si hubiera podido, los hubiera atado a un pedrusco de Piedra Barda para después lanzarlos a la fosa más profunda del Océano Inquieto.

—No digas tonterías, Roch. —Valarck dejó a las niñas en el suelo de mala manera, cansado de sujetarlas—. Ya dije que quiero a todos los magos disponibles en esta invasión, desde el primero hasta el último.

—Señor presidente, he de decirle que los magos no tienen cabida en los planes que tenemos y pueden ser un estorbo para...

—Paparruchas. —Valarck puso los ojos en blanco—. Mi amigo personal Axel Razore estará presente en esta invasión. ¡Hay que lucirlo un poco! Ah, y también quiero al chico latente de Sules pisando esas tierras. Y al vejestorio que lo va a entrenar también, claro. ¡A todos!

—¿Wallas? —Roch se enfureció al escuchar su nombre, después de tantos años sin tenerlo en la cabeza—. Es poco más que un cascarón vacío y encorvado, presidente. No haría nada más que estorbar y ponerse en medio. Le conozco. Está viejo. Ni siquiera le quedan poderes.

—Eso solamente lo sabemos nosotros. —Valarck ordenó a la familia que se marchase. La mujer, a punto de llorar, agarró a las niñas y se alejó—. No me toques los cojones, Mariscal, porque bastante he tenido que aguantar a la petarda de Malorie con este tema. Quiero... no, deseo fervientemente que esos puñeteros elfos se caguen de miedo al escuchar cuántos magos tenemos operativos. ¿No me escucháis? Si tenemos cuatro magos disponibles, llevaremos a los cuatro, incluida la mujer de Rylor.

—¿Eliza Sunhein? —La vena de la frente de Roch se hinchó peligrosamente, amenazando con estallar de un momento a otro—. ¡Esto es el colmo! Le recuerdo que está encerrada por una buena razón. Es extremadamente peligrosa y está fuera de control.

—Sí, sé lo que hizo, pero también sé que en su día movía a las masas con solo levantar un dedo. Nadie sabe lo de su crimen, y mientras siga así, no habrá ningún problema. Según las encuestas, la población joven es la que más rechaza la idea de la invasión, así que la presencia de esa chica puede ponerlos de nuestro lado. Es guapa, es rebelde, un poquito turbia para mi gusto, pero los chavales la adoran. ¡Es una estrella de la música!

—Era —le corrigió.

—También es una mujer muy peligrosa con serios problemas mentales —remarcó Orlain.

—Lo sé, lo sé, no seáis pesados. —Valarck se masajeó las cejas, asqueado—. Encerradla en una celda especial de algún portaaviones y ya está, porque tampoco hace falta que vea la luz del día. Joder, que os tengo que decir todo.

—Los magos son criaturas sibilinas y volubles, señor. Son difíciles de controlar.

—Para eso están los Espalderos, ¿no? No seas cenizo, Mariscal Roch.

La mujer no le preocupaba sobremanera: se encargaría de que fuese encerrada en una cámara acorazada en la que no podría ver la luz del sol ni en un millón de años. Pero Wallas... Wallas podría ser un gran problema, suelto como una liebre entre sus

filas. No podía permitir que arruinase su autoridad como lo había hecho en el pasado. Necesitaba ponerle nervioso de alguna manera; necesitaba amedrentar a ese viejo antes de que se le subiese a la chepa.

—Me gustaría poner al Sujeto Cero en la comitiva de Melvin Wallas, señor presidente. Como medida de seguridad extra, más que nada.

—Ah, sí, el superviviente de la masacre. ¡Todavía no me puedo creer que saliese vivo!

—Es un poco precipitado. —Orlain dio un paso adelante—. No sabemos si estará listo todavía. Aunque su herida ya no es un problema, está en plena rehabilitación.

—¿Sabemos ya cómo funciona ese artilugio con el que le encontraron?

—No estamos seguros —dijo Orlain—. Parecen compartir algún vínculo que desconocemos y que no podemos replicar. Dadas sus... cualidades, quizá le vendría bien acompañar a algún mago profesional para aprender sus trucos de primera mano. Si Axel Razore le enseñase...

—Mi buen amigo se pondría muy nervioso si tuviese al Sujeto Cero cerca, y razones no le faltarían —sentenció el presidente—. Roch tiene razón: ponédle con el viejo y el chico, pero que esté vigilado. No quiero que ese bicho raro lastime a mis magos.

—Agradezco el gesto, señor presidente. —Roch se frotó las manos. Tenía ganas de ver la cara que pondría el vejestorio al enterarse.

El presidente continuó caminando por la calle y encontró una vieja ermita dedicada al Dios Hermoso, que continuaba en pie a pesar de encontrarse en un estado lamentable. La fachada había volado por los aires junto con el techo, y las tripas del edificio se alzaban formando picudas formas.

—Aquí sacaremos buenas fotos. Recordad el voto religioso también es importante —dijo Valarck a su séquito mientras se acercaba a lo que quedaba del arco de entrada.

En el centro de la ermita, en lo alto del presbiterio, cerca de unas amplias ventanas plagadas de cristales rotos y afilados, estaba la estatua de mármol del Dios Hermoso, el incorruptible Careal, observándoles atentamente desde su pedestal con ojos vacíos, porque algún saqueador avisado arrancó las joyas que anteriormente ocupaban esos agujeros. Sin su mirada, la figura tenía un aspecto siniestro.

—Tengo entendido que los ismerenses adoran a los... ¿cómo se llamaban? Ah sí, los Dioses Enterrados. —Valarck se quedó mirando la estatua durante un momento.

—Así es —respondió Roch—. Solamente sabemos que los seguidores de esta doctrina se hacen llamar el Culto de la Iglesia sin Ventanas, y poco más. Los informes son poco concretos y están basados en especulaciones, pero creemos que su sede está en el centro del continente, en el Valle Hendido, desde donde controlan...

—El centro de Ismer no nos interesa, Roch. Mientras no husmeen en nuestros planes, que se quemen entre ellos si quieren. Claro que, quizá algún día nos empiecen a interesar, pero no seamos avariciosos, ¿verdad?, ¡un reino por cada año! —bromeó.

Ese necio le estaba haciendo perder los nervios, pero debía caerle en gracia. Es más, debía impresionarle.

—Buen trabajo, Mariscales. —Valarck se rindió ante lo evidente—. Esta invasión será pan comido.

—Si todo va como está previsto, en menos de diez días controlaremos la capital, y con ella tendremos el reino entero —remarcó Roch—. La ventana de las aguas calmadas de verano se cerrará, así que nos conviene tener las bases de operaciones y las pistas de aterrizaje montadas para entonces.

—Claro, claro. —Valarck había perdido el interés en la conversación—. ¿Hemos terminado? Tengo hambre.

—Creo que ya tenemos suficiente material por hoy —le respondió el fotógrafo.

—Me alegro. Roch, veo que lo tienes todo atado.

Sí. Le había impresionado. Llegaba el momento. «Dilo, bastardo», pensó.

—Solamente cumplo con mis obligaciones, señor presidente —respondió con falsa humildad.

—Ya, ya, lo que sea. Ya he pospuesto demasiado la decisión: Mariscal, dado que estás al día de todo y has gestionado esta crisis con mano dura, creo que tú deberías estar al frente del ejército el día de la invasión. Lo dejo todo en tus expertas manos; me encargaré de que tengas plenos poderes para que no tengas que andar consultándome cada detalle.

—Será un honor, presidente —justo como lo había planeado. Mostró una sórdida sonrisa de satisfacción.

—Ah, y aunque te dé plenos poderes, no te olvides de los magos, Roch. Los quiero a todos en el ajo, sin discusión alguna. No me jodas y nos llevaremos bien.

—Claro, señor presidente.

Si quería magos, se los daría; después de todo, era un pequeño precio a pagar por tener el control absoluto de todo el ejército del Triunvirato. «Magos», la sola palabra provocaba que sus sienes palpitasen intensamente. ¿Cómo no podían verlo? Fue la Magia lo que voló Puerto del Duque, fue la Magia lo que convirtió a sus habitantes en cenizas y comenzó toda esa guerra. Usar magos en una guerra era como apagar un fuego con dinamita. Jamás los vería como aliados valiosos, sino como bombas de relojería impredecibles.

—Para que luego digan que el pueblo es sabio y sabe elegir —dijo Orlain mientras observaba a Valarck y sus lameculos desaparecer calle abajo—. Enhorabuena, amigo, pero déjame darte un consejo: no le contradigas, porque lo lleva muy mal. Si Valarck quiere lucir a Wallas, que lo haga. No dejes que las rencillas personales te cieguen.

—Wallas parecerá el más anciano y decrepito de todos, pero es el más peligroso, Orlain. No irá solo con el Sujeto Cero: quiero que la mejor escolta que tengas se pegue a él como una lapa. Unos pocos elegidos de confianza de tu mejor pelotón; un grupo manejable, y a ser posible que incluya algún buen tirador, por si el viejo aún

sabe correr. Le quiero bien acompañado las veinticuatro horas del día.

—Tengo una idea. —Orlain se rascó la barba, pensativo—. ¿Qué tal la sargento mayor Jonsy y algunos de sus chicos?

—¿La chica mestiza? —Roch ya conocía que aquella malhablada era su debilidad. Por eso Orlain nunca llegaría a ser como él: dejaba que los sentimientos nublasen su juicio—. Es una insolente y una indisciplinada; no creo que sea la mejor elección. Quiero a los mejores, Orlain.

—Es la mejor tiradora, Scott, y lo sabes. Acaba de hacer un curso de mando, y sé que tiene mucho potencial. Solamente necesita un pequeño empujoncito.

Pensándolo bien, la idea le divertía. Es más, estaba deseando que fracasase para tener una buena excusa para mandar a Wallas a casa, bien lejos del frente. Quizá la insubordinada Lana Jonsy fuese el detonante perfecto.

—Si algo falla con el grupito que lidere tu mestiza, será tu responsabilidad. Voy a coordinar el mayor despliegue militar de la historia de este planeta, así que ya voy a tener suficientes problemas por mi cuenta.

—Una pequeña responsabilidad comparada con la tuya, así que la acepto gustosamente. Espero que nuestro presidente se mantenga entretenido contando votos mientras nosotros contamos tropas. Parece un gilipollas, pero a veces le veo tan seguro de sí mismo que hasta me da por pensar que en realidad es un cabrón muy listo que juega con nosotros.

—La ignorancia es atrevida; no la confundas con astucia. Nunca.

Frente a ellos, la sombra de Puerto del Duque se erguía en ruinas, quieta como una pintura turbia, esperando pacientemente. Roch distinguió un leve destello azulado antinatural en una de las calles que se extendían a lo lejos. «Ecos de otros mundos», se dijo a sí mismo, recordando la cita de un antiguo libro sobre la Magia que leyó años atrás. Odiaba esa fuerza artificial, esa forastera en una dimensión en la que no encajaba. Le gustaba pensar que la realidad, lo que le envolvía, era lo que podía ver, escuchar, oler, paladear y tocar.

Lo desconocido, lo que no podía comprender, le aterraba.

## Sujeto Cero

**S**E tocó el abdomen. Aún podía sentir cómo la cicatriz le molestaba cada vez que respiraba, tirante.

—Otra vez —le ordenó ella.

—No puedo.

La amplia sala de entrenamiento, de brillantes paredes blancas que daban la impresión de no tener fin, se le hizo agobiante por momentos. No había ventanas, pero podía escuchar el murmullo de las furiosas olas golpeando las costas de Nexo y el fuerte traqueteo de la lluvia sobre el tejado de la base. Fuera, el Océano Inquieto ejercía su dominio, advirtiéndole que era mejor estar ahí dentro, aunque desde su perspectiva no lo tuviese tan claro.

—Levántate.

—No puedo —repitió jadeante.

—Si tienes fuerzas para hablar, tienes fuerzas para levantarte. Si no lo haces, es porque no estás lo suficientemente motivado —ella alzó la vara de madera, dispuesta a usarla.

Rayner, asustado, se levantó a duras penas. Se sintió como un muerto viviente alzándose tras una siesta de mil años, con todos sus miembros podridos y resecos, pero lo consiguió. Después de todo, ella tenía razón.

—No es justo —se quejó—. Aún no me he recuperado del todo. Estás forzándome mucho.

—Estoy intentando salvarte la vida —hizo girar la vara varias veces alrededor de su mano con toda la naturalidad del mundo, sin ni siquiera tener que mirarla—. Pronto partirás al frente, a una tierra de la que no sabemos nada, y ningún enemigo va a ser tan considerado contigo, ni va a esperar a que hayas terminado de quejarte para volver a atacarte.

—Me podríais enseñar a manejar una pistola. Creo que podría zanjar los puñeteros combates de una manera mucho más rápida y práctica que a espadas.

—Las balas se acaban, el acero no —sonrió—. Vas a acompañar al ejército más grande del mundo, Gurgess, así que vas a tener pistolas de sobra a tu alrededor, y a mí me pagan para que aprendas a manejar ese juguetito tuyo, nada más. ¡Alégrate!, las armas de fuego son vulgares; cualquier cobarde con un poco de suerte puede disparar a un melón desde lejos. Las espadas, sin embargo... requieren maestría, dedicación y elegancia.

—Hasta un cobarde podría cortar un melón con una espada —se quejó.

—No si el melón sabe defenderse.

Acto seguido, se lanzó a por él. Rayner detuvo el golpe alto a pocos centímetros de su cabeza, y Ely, rápida como un instante, giró sobre sí misma, se revolcó por encima de su hombro y aterrizó para acertarle por el costado, aprovechando su



lentitud de reflejos. La vara golpeó muy cerca de la cintura, y el impacto hizo que se estremeciera de dolor y cayera de rodillas.

—¡¡Joder!! —gritó mientras soltaba su vara llena de muescas—. Basta. No puedo más.

—Si tienes fuerzas para quejarte, tienes fuerzas para seguir. ¡Vamos!

Se volvió a abalanzar sobre él, pero esa vez fue más descuidada. Levantó la vara con las dos manos sobre su cabeza, dispuesta a darle un golpe fuerte pero predecible, así que Rayner pudo rodar torpemente, esquivar el tajo y golpearle los talones antes de que le tocara. Ely cayó al suelo de culo y rodó un par de veces, y Rayner, consciente de la oportunidad de venganza, aprovechó para ponerse en pie y acercarse a ella con un par de zancadas agónicas. Cuando levantó su vara, ella le detuvo.

—¡Espera! —gritó mientras levantaba la mano, asustada—. Creo que me has roto un tobillo de verdad —se agarró la pierna—. ¡Joder, cómo duele!

—¡No me jodas! No era mi intención. Yo... no creía que te había dado tan fuerte... no sé controlar mi fuerza...

Cuando se acercó a ayudarla, Ely se reactivó como un resorte, levantándose de un salto y golpeándole las espinillas con fiereza. Rayner hincó las rodillas de nuevo, y ella le golpeó rápidamente en el pecho, hombro derecho y mandíbula. No pudo evitar caer de morros al suelo, atontado y sin aire.

—¿Ves? —dijo ella mientras bebía un poco de agua de una botella—. Por eso no dejo a nadie quejarse, ni tengo piedad con los llorones. Si tienes fuerza para llorar, tienes fuerza para atacar.

—Eso es juego sucio —se quejó mientras se incorporaba. Por primera vez en muchos años, tenía ganas de llorar. La boca le sabía a sangre.

—Cuando estés en un combate a cara de perro, cuando no haya nadie alrededor para salvarte el culo, ¿vas a quejarte al árbitro porque tu rival no juega limpio? No, Gurgess, vas a morir. Vas a morir quejándote, y a nadie le va a importar. El tipo que te matará irá a emborracharse, se follará a tu chica como un campeón y luego dormirá como un bebé.

—Yo... ya no tengo chica —dijo con una mezcla de tristeza y furia que se le acumulaba bajo la lengua, pidiéndole escupir la amargura.

—No estamos aquí para hacer psicoterapia; estamos aquí para que aprendas a matar.

Rayner, abatido, tuvo que sentarse un poco para recobrar el aliento. Ely suspiró, aburrida de verle gimotear y revolcarse. Él estaba empapado, pero, después de seis horas de entrenamiento, ella apenas había comenzado a sudar. Había aprendido a odiarla profundamente las últimas semanas, pero le resultaba una tarea francamente difícil. Ely era una elfa, y como todas las de su raza, tenía un aura especial e hipnótica que dejaba a todos encandilados. Su cuerpo era delgado y plano, fibroso como una cuerda tensa, sin muchas curvas, pero se plegaba y estiraba de tal forma que resultaba imposible despegar la vista de él. Su mono de esgrima blanco, pegado a

su piel y rematado con un cuello asfixiante, la tapaba de los pies a la cabeza, pero hacía que pareciese ir desnuda al mismo tiempo. Lo peor eran sus movimientos: gráciles, musicales, y de alguna manera completamente intencionada, sexys hasta la médula. Ely era demasiado lista como para que sus gestos fuesen fruto de la casualidad: sabía que cuando se giraba y le dejaba ver su trasero durante un instante, lo hacía para que el golpe que iba a recibir fuese aún más imprevisto y doloroso. Y lo peor es que funcionaba. Rayner pensó que era difícil luchar contra la naturaleza humana, pero lo peor de todo era que su violento baile le hacía sentirse increíblemente incómodo, como si estuviese siendo infiel a Alisa, por muy muerta que estuviese.

—Te odio profundamente —le dijo, medio en broma, medio en serio.

—Oh, vamos, si soy encantadora cuando me conoces. ¿Cómo te podría convencer? Ya sé... hagamos psicoterapia, si quieres. ¿Qué es lo que más te gusta, Gurgess? —preguntó mientras se ponía en cuclillas frente a él y bebía otro trago de agua.

—¿Ahora te interesas por mí? Creía que solamente era tu muñeco de entrenamiento.

—Yo no necesito entrenarme, y menos con un muñeco. Vamos, no seas desagradable —ella le pasó el botellín. No era un gesto muy común, pues los elfos de raza pura se solían negar a compartir gérmes con los humanos—. Hace semanas que te conozco pero aún no sé mucho de ti.

—Los dioses me libren de ser desagradable contigo... no hay quién te entienda: ¿no has dicho que no querías hacer psicoterapia? —Ella volvió a suspirar—. Está bien, está bien... pues no sé... me gusta... el helado, por ejemplo.

—¿Ni siquiera te vas a esforzar en esto? A todo el mundo le gusta el maldito helado. Hasta a los elfos. ¿Qué es lo próximo que me vas a decir? ¿Qué te gustan los perros que menean la cola? ¿Los atardeceres? Esfuérzate, joder.

—Bueno... —Se rascó la cabeza—. Veamos... me encantan las películas tan malas que acaban siendo buenas, como esas de artes marciales que dan a las dos de la mañana. Pero solo me hacen gracia cuando estoy solo. Sé que... sabía que a Alisa no le hacían gracia, y que solamente se reía por compromiso cuando las veía conmigo.

—No está mal. Dime más. —Ella sonrió amablemente. Era la primera vez que lo hacía.

—Pues... me gusta atiborrarme de comida basura los días que estoy de resaca. Me gustaba dormir despierto en las clases de derecho... así luego no tenía que mentir a Alisa cuando le pedía ayuda con los apuntes. Ah, y el humor absurdo, un poco negro. Y la astronomía.

—¿La astronomía? Qué cosas. Eso sí que no me lo esperaba.

—Siempre quise ser astrónomo, y más desde que visité el planetario de Brisa Salada de pequeño, en un viaje con mi familia. Me hubiera gustado ser astrónomo, pero ya sabes, «eso no da dinero». Las estrellas me fascinan... siempre creo que allá

arriba, en algún lugar, estarán pasando historias increíbles.

—Vamos, eres un soñador de libro.

—Eso me decía Alisa. Creo que soy tan soñador que he llegado a la treintena sin despertarme —confesó amargamente—. Y ahora, ¿qué me queda? Ni siquiera tengo novia, ni amigos, ni un hogar... todo se ha convertido en cenizas.

Ely apretó los labios condescendentemente. Era insultantemente hermosa, pero no como esas modelos genéricas que copaban las portadas de las revistas. Su rostro era tan suave a la vista como debía serlo al tacto, con unas mejillas sonrosadas que brillaban como melocotones cuando la luz incidía sobre ellas, y tenía unos labios perfectamente voluptuosos que apetecía morder con locura. Sus ojos eran verdes como el musgo y cuando le miraba directamente, el tiempo parecía volverse farragoso y difícil de transitar. Tenía un largo pelo rubio de color oro, pero nunca lo dejaba suelto, y siempre se recogía sus finas trenzas en un moño perfecto. A veces le costaba entender cómo de algo tan precioso podía salir tanta mala leche.

—Entiendo... —Ely se levantó y soltó sus músculos—. Ahora que lo pienso... me temo que tú no eres un soñador, Rayner Gurgess.

—¿Y qué soy? Me vendría bien que alguien me lo dijese, porque ahora mismo no tengo ni idea.

—Tú no eres más que un pusilánime —dijo con voz calmada—. Una masa de carne sin personalidad, sin arrojo, que se deja engañar y manipular por todos los que le rodean. Me conozco a la gente como tú, siempre viviendo en la higuera, siempre esperando a que alguien saque lo mejor de ellos. Eres un pedrusco inútil, Rayner, un cáncer de persona que no sirve para nada más que molestar a la gente que realmente tiene iniciativa. Realmente me da pena que el único superviviente de la masacre fueses tú.

—¡Eh! —Se levantó más rápido que nunca—. ¿Pero qué cojones te pasa?

—Y lo peor de todo, eres un cobarde. —Ely jugueteó con su vara, mirándole con asco—. Estás malgastando el tiempo de tu querido universo con mediocres palabras sazonadas con mediocres lloriqueos. Tendrías que palmar y darle tus años de vida a otra persona que tenga más huevos que tú, para que los viva como se debe hacer, para que no dé tanta pena. Solamente sirves para gastar el oxígeno de los demás.

—Basta —le advirtió—. No estoy en mi mejor momento. No necesito esto.

—Claro que no estás en tu mejor momento. ¿Acaso te has visto? Ni siquiera pudiste proteger a tu novia, Gurgess. Ella era lo más importante de tu vida y la dejaste morir.

—¡No es cierto! —gritó—. Yo... no recuerdo muy bien qué pasó exactamente, pero sé que no pude evitar esa explosión.

—Más lloriqueos. ¿Sabes lo peor? Que tu querida Alisa, esa diosa de la que tanto hablas, también era una persona mediocre. Era una de esas furcias que se conformaban con gilipollas como tú. ¡Ya me las conozco! Estoy segura de que al principio de vuestra relación te animó a esforzarte, a trabajar, pero con el tiempo, se

acabó rindiendo contigo y cambiaba de tema cada vez que la molestabas. No eres capaz de comprometerte con nada. Si ella no te dejó, es que era tan tonta como tú.

—¡Basta! ¡No se te ocurra meterte con ella!

—Eres un parásito, Gurgess, y ella era una puta idiota. Seguro que se estaba tirando a otro, porque si no, no entiendo qué hacía contigo.

—¡¡Cállate!!

La atacó con todas sus fuerzas. Le lanzó un golpe, luego otro, y luego otro. Ely los detuvo todos con cierta dificultad, agarrando la vara con las dos manos, y por un momento sus piernas temblaron, incapaces de aguantar la presión. Rápida, como siempre, levantó su rodilla y le golpeó justo en la herida cicatrizada que le recordaba la tarde en la que su vida cambió. Rayner gritó como un condenado y soltó el palo al momento, convulsionado por el dolor. Ely le golpeó en la cara con tal fuerza que le hizo saltar un diente por los aires, y la sangre le empapó la lengua, envolviéndola con su cálido sabor a hierro. Dio un par de pasos hacia atrás, atontado, y ella, con toda la saña del mundo, le golpeó la nuez, dejándole sin aire. Gurgess cayó desplomado al suelo boca arriba y comenzó a toser frenéticamente. Por un momento creyó que se iba a morir allí mismo. Había sobrevivido a la peor explosión de la historia pero iba a ir a la tumba por culpa de un palo. Un palo manejado por una sádica.

—Primer error. —Ely se sentó sobre su pecho y pisó sus dos brazos—. Has bajado la guardia. Y no estoy hablando de técnicas de esgrima, estúpido. Inocente... te has abierto a mí como una flor primaveral en cuanto te he sonreído una puñetera vez. ¡Una vez! ¡Ni siquiera me he tenido que esforzar en actuar! Me has dado un montón de información útil que he podido utilizar contra ti para herirte más profundo que con cualquier espadazo. He conseguido que perdieses la paciencia en menos de un minuto y que me atacases ciegamente. Nunca, y repito, nunca, debes perder la paciencia y la compostura, joder, y menos por gente de la que no te puedes fiar.

—Me... me has saltado los puntos... —murmuró mientras recuperaba el aliento, al darse cuenta de que su camiseta comenzaba a criar una mancha escarlata a la altura del abdomen—. Y me has arrancado un diente, joder.

—Así no se te olvidará la lección —le dio un par de palmaditas en el pecho—. Lo que nos lleva a tu segundo error: además de las debilidades personales, fruto de tu inseguridad y patetismo, tienes una debilidad física. Estás herido.

—No... no es mi culpa. No tengo la culpa de que me dispararan.

—¿Y a mí qué me importa? Si tienes una herida, no la pongas al alcance de mi rodilla, porque voy a pateártela. Así es la puta vida, Gurgess, así que ya puedes ir acostumbrándote.

—Déjame en paz. —Rayner cogió aire y la empujó a un lado—. Creía que eras la campeona de esgrima de Ordann, pero a la hora de la verdad peleas como un maldito navajero.

—¿Sabes lo que me gusta a mí, Rayner?

—Me importa una mierda —dijo después de escupir sangre al impoluto suelo

blanco.

—Las reglas. Las reglas que, consciente o inconscientemente, hemos establecido para poder convivir todos juntos, sin matarnos los unos a los otros. Las reglas son predecibles, y cuando todo el mundo las sigue, puedes aprenderlas y usarlas en tu beneficio. Aprovechate de ellas. Ser la campeona de esgrima fue una tontería para mí: memorizas las normas, los movimientos, y el resto resulta ser tan predecible que se puede hacer con los ojos cerrados —lanzó la vara al cielo y la recogió tras un par de giros—. Fuera de las reglas... ahí es donde te juegas la vida de verdad. Ahí es dónde tienes que aprender a morder y revolverte. Ahí es donde te enseño a luchar.

—Pues no te veo muy motivada por tus malditas reglas.

—No te confundas: me gusta el orden, la jerarquía, el respeto, y por eso te enseño a luchar contra todo aquello que no huele a limpio, para que sepas sacar la basura con diligencia llegado el momento. Uno no pelea contra la mierda sin mancharse las manos, así que vete acostumbrándote a usar el caos para defender el orden. Cuando tu vida está en juego, usar la malicia a tu favor no te convierte en alguien malicioso, te convierte en alguien con dos dedos de frente.

—Ahora creo que eres tú la que necesita algo de psicoterapia.

Ely soltó un bufido. Miró a su alrededor, buscando la nueva compañera de Rayner. Allí, en el armero de una esquina, rodeada de otros filos más mundanos, estaba ella. La espada negra, limpia como si hubiera sido recién forjada.

—Creo que ya es hora de dejar los palos y ponernos un poco serios, ¿no te parece? Aunque el gobierno de Tres Mares me pague por horas, podemos incluir un ejercicio extra en la sesión de hoy.

Agarró una de las espadas romas de entrenamiento, midió su peso con las manos y, acto seguido, la giró con una naturalidad impresionante. Mientras lo hacía, no apartó los ojos de aquella hoja negra, llena de curiosidad.

—Si la cojo, ¿me pasará algo? —bromeó.

—Inténtalo —le dijo.

Ely cerró su mano alrededor de la empuñadura dorada y alzó la hoja ante su rostro. No ocurrió nada.

—No devuelve ningún reflejo. ¿Qué metal es este?

—No lo sé.

—No lo entiendo... no está afilada —dijo mientras pasaba su dedo sobre el filo—. Es una espada inútil.

—No está diseñada para cortar carne —respondió. Por un momento, sintió que la respuesta le había salido de las entrañas.

—Ridículo.

Entonces, Ely se dio cuenta de que algo había cambiado, y se asustó al volver a mirar el arma, dejándola caer al suelo. La hoja formó un breve estruendo al rebotar contras las baldosas blancas. La espada se había transformado en un trozo de metal oxidado, vistiendo el mismo disfraz que llevaba la primera vez que la vio.

—¡Qué asco! —Ely le dio una patada y el arma se detuvo a los pies de Rayner—. Ahora entiendo por qué no está afilada: podrás contagiar veinte enfermedades a cualquier persona que simplemente roce eso.

Rayner se agachó y la recogió con delicadeza. Sentía que estaba donde debía estar, en su mano, con su dueño. El metal comenzó a emitir un suave zumbido, y como por arte de magia, la capa de roña se despegó de la hoja. Lentamente, la espada recobró su estado natural.

—He visto muchas espadas raras en mi vida, pero esta se lleva la palma. —Ely le miró con cierta fascinación que no había estado presente en sus ojos hasta entonces—. Veamos qué puedes hacer con ella —dijo mientras se ponía en guardia.

—¿No te da miedo que te contagie algo? —Sonrió maliciosamente.

—Para eso tendrías que tocarme —le devolvió la sonrisa—. Tienes un espadón de dos manos, y te va a costar horrores blandirlo con rapidez, así que vas a estar en desventaja; aunque supongo que tu patética virilidad masculina se sentirá un poco mejor sujetando ese armatoste entre manos. Estoy segura de que la tienes pequeña como un cacahuete.

—Buen intento, pero no pienso volver a caer —dijo mientras levantaba el arma—. Si quieres saber cómo ando de virilidad, ven aquí a cortármela, si es que te atreves.

Ely lanzó un par de ataques rápidos que Rayner detuvo con cierta agilidad. Cuando la blandía, cuando tocaba su fría empuñadura, se sentía más seguro y confiado, más tranquilo, más capaz de contener a aquella tormenta de mujer, pero sabía que ella le estaba tanteando. No le costaría mucho tiempo encontrarle una debilidad y partirla la cara de nuevo. Ely volvió a atacar un par de veces y Rayner, cambiando de estrategia, tomó la iniciativa. Lanzó un par de tajos cruzados que hicieron que Ely brincase hacia atrás. Podía cubrir una gran área con la hoja negra, y eso le permitía mantenerla alejada, donde era más fácil de leer.

—Sigues sin pelear como un navajero.

—¿Sabes qué? —Rayner sonrió—. Ahora que lo pienso... me temo que tú no eres una formal defensora del orden social, Ely. No eres la campeona impoluta que me quieres vender.

—¿Ah no? —Ella le devolvió la sonrisa al darse cuenta del cambio de roles en el juego—. Veamos qué tal se te da usar la lengua. ¿Y qué soy?

—Creo que eres una tipeja remilgada y frustrada, Ely; una personita llena de rencor, que se ha aburrido toda la vida precisamente por seguir esas reglas que tanto te gusta defender. Estoy seguro de que las defiendes porque te habrán comido el coco desde pequeña para que andes recta, para que saludes educadamente, para que seas jodidamente perfecta. No es difícil imaginarte entrenando día tras día con una espada entre manos, perfeccionando cada movimiento hasta la extenuación, obsesionada por ser la mejor, pero a la vez fingiendo que ser la puñetera campeona del mundo no ha supuesto ningún esfuerzo para ti. Tu familia te presionó para que fueses la máquina

perfecta de fabricar medallas, para ser el trofeo con piernas más brillante del mundo, para que despreciases todo aquello que es mediocre y mundano, como tanto os gusta hacer a los elfos.

—No hay nada malo en perseguir la excelencia.

—Nunca has disfrutado de un helado derretido, ni de una película mala, ni has mirado las estrellas junto a una hoguera imaginando otros mundos, simplemente porque estabas demasiado obsesionada con ser ese tipo de persona inalcanzable que escupe encima de los que son débiles. No tienes ni imaginación, ni sueños, ni compasión. A pesar de nuestras diferencias, a pesar de todos tus esfuerzos por no parecerte a gente como yo, en el fondo no eres mejor. Yo no habré hecho nada útil con mi vida, no habré trabajado duro para ser el campeón en algo, pero por lo menos me lo he pasado bien. Y eso te jode. Te jode que yo pueda tener algo que no se consigue practicando y practicando, así que me desprecias.

—Veo que aprendes rápido —la sonrisa de Ely cambió y se volvió más oscura.

—Por eso me enseñas a pelear sucio, porque estás deseando ensuciarte, estás deseando escapar de esa pequeña prisión de perfección que te has impuesto.

—Puede ser. O puedes ser que solamente me apetezca meterte una paliza para espabilarte, pedazo de mierda.

—¿Y sabes lo peor? Creo que no solo es por eso. Creo que peleas sucio porque te gusta, porque eres más humana de lo que quieres creer.

No esperó a acabar la frase para atacar. Lanzó la espada contra ella y Ely, confusa y molesta, se defendió tarde. La parte roma de la hoja golpeó su muñeca y le hizo soltar el arma. Rayner se acercó a ella con un par de zancadas, agarró su cintura y la empujó hasta dejarla, literalmente, contra la espada y la pared. Sus dos caras quedaron a pocos centímetros, separadas por aquel metal negro e inquietante. La gente que le conocía bien solía considerarle un pedazo de pan incapaz de matar una cucaracha pero, por un momento, Rayner sintió un cierto placer oscuro que le descolocó. Nunca se había sentido así.

—No está mal —dijo ella, mordiéndose el labio.

Olía tal y como lo había imaginado, a fresas silvestres y a prado mojado. Podía sentir cómo emitía un agradable calor que le pedía a gritos acercarse más. Sin embargo, la espada que sujetaba con firmeza le transmitía una sensación fría y desinteresada que le confundió.

—¿Qué vas a hacer ahora, entrenadora? —le retó—. Estoy demasiado cerca de ti como para que me patees la herida de nuevo. No tengo debilidades y...

El dolor más intenso del mundo hizo acto de presencia y Rayner se quedó sin aire al instante, incapaz de decir una palabra más. Soltó la espada y cayó de rodillas frente a ella, completamente indefenso, a su merced. Ely le agarró del pelo y tiró de él, impidiendo que se desplomara.

—Los hombres siempre tenéis una debilidad —le dijo con sorna al oído—, y no es difícil encontrarla colgando entre vuestras piernas, sobre todo en las distancias

cortas. No me puedo ni imaginar lo que tiene que doler... supongo que no tengo mucha imaginación, tal y como dices.

Ely le empujó la cabeza hacia atrás y Rayner cayó al suelo una vez más. Jamás se había sentido tan mal, y eso que le habían disparado.

—Pensaba que eras un pelele, Rayner Gurgess, pero has resultado ser mucho más interesante de lo que creía. Creo que, con el tiempo, lograremos sacar al navajero sucio y tramposo que hay en ti.

Por primera vez, Ely le lanzó una sonrisa sincera. Rayner, a pesar del dolor, no pudo evitar devolvérsela.

—Otra vez —dijo él mientras se levantaba.



## Al otro lado del mar

**K**ARA se acercó al elegante balcón de mármol blanco y se apoyó en la repisa que la separaba de una vertiginosa caída. El aire de la tarde era suave y limpio, y le permitía vislumbrar el paisaje con claridad más allá de la primera línea de montañas del horizonte. El cielo, como era habitual en Ismer, estaba plagado de espesas nubes que flotaban a gran altura, amenazando con aplastar el mundo bajo su engañoso peso, y sus irregulares formas, impregnadas del rojizo tono del atardecer, les daban un aspecto aún más intimidante. Cielo y tierra estaban teñidos del mismo color sangriento, y por un momento, tuvo la impresión de que había dos mundos, uno justo encima del otro, y el firmamento se limitaba a esa estrecha franja horizontal en la que el somnoliento Sol Corazón caía lentamente.

Escuchó a alguien acercarse por detrás. Al percibir sus cortos pasitos, supo de inmediato quién era.

—Yerrod —dijo ella sin girarse, con la mirada perdida en el valle.

—Hola guapa —carraspeó el enano, aclarándose la voz.

Yerrod Gardun se acercó al balcón solemnemente, pero la repisa le llegaba a la altura de la nariz, así que resopló, se frotó las manos, y con un grácil y rápido gesto, trepó sobre uno de los relieves de la piedra, consiguiendo apoyar los brazos para asomarse. Kara soltó una pequeña risita. Le ponía de buen humor.

—Llevamos seis meses viajando juntos y todavía te hacen gracia las desgracias que acarrea mi estatura —le recriminó—. ¿No te dijeron que no está bien reírse de la gente bajita?

—El día que dejes de repetirme que estoy esmirriada y que debería comer más chuletones, te habrás ganado el derecho a que deje de meterme contigo. —Le echó un ojo. Llevaba puesta una camiseta azul de cuello abierto y se había trenzado parte de su cabello rubio. Olía bien. Kara tuvo que admitir una vez más para sí misma que, a pesar de sus diferencias, le resultaba atractivo.

—En ese caso, mejor que me compre unos zancos, porque desde que nos separamos de Rabst y Toro, meterme contigo es lo único que me alegra el día.

Yerrod le dedicó una torpe sonrisa de galán. Sí, había estado ligando descaradamente con ella desde hacía tiempo, y no tenía ni un atisbo de vergüenza, cosa que a ella le divertía sobremanera. Era un tipo muy apuesto, pero por mucho que se esforzase en conquistarla, no podía evitar sentir que la situación resultaba un poco ridícula. Se imaginaba a los dos intentando besarse, él de puntillas y ella agachada, y no podía evitar avergonzarse. Era un buen chico, simpático y atento, además de un buen protector, pero desearía haberlo conocido en otras circunstancias menos apremiantes. Había demasiadas cosas en juego como para distraerse con menudencias.

—Vaya. —Yerrod se asomó a duras penas a la caída. Tragó saliva. Como todos

los enanos, no disfrutaba despegándose mucho de su querida tierra firme—. Es la primera vez que me asomo a los balcones del palacio desde que llegamos aquí. Desde luego, los invitados del rey Gilman podrán quejarse de no tener servicio últimamente, pero no de las malas vistas.

Bajo ellos, más allá de la imponente fachada plagada de banderolas que brillaban bajo la luz agonizante, se extendía el limpio y lujoso barrio alto, un lugar donde los afilados tejados de los edificios competían por ver cuál era más alto y puntiagudo. Las construcciones de Sotomonte eran orgullosas y ostentosas, como los propios quijenses, y sus tejados estaban plagados de torres, naves, gárgolas, arbotantes, pináculos y bóvedas, todos luchando por destacar sobre los demás, mezclándose en una saturación de formas poco armónica, pero claramente majestuosa. «Un hermoso caos». Le pareció irónico que entre tanta casa con aspecto de lustrosa iglesia, el único templo sagrado de la ciudad fuese, precisamente, el que no asomaba ni un palmo hacia el cielo.

—Es una tierra extraña. Todavía me cuesta creer que lugares así existan hoy en día, ajenos al hormigón, a los cristales y a los atascos —dijo Yerrod.

—A mí me parece preciosa.

Intentó memorizar el momento. La brisa y el canto de los pájaros eran el único sonido que les alcanzaba a tal altura. La inmensa estructura del Palacio de las Campanas estrechaba su imponente cintura en el piso número veinte, lo justo para albergar un pequeño pero acogedor jardín privado plagado de frondosos setos y suntuosas estatuas de mármol de héroes legendarios. El lugar emitía una confortable sensación de paz, armonía y cálida seguridad. Observando el mundo desde ese acogedor oasis palaciego, Kara se sintió como una joven princesa sumergida en su vida en la corte. Le pareció un pensamiento empalagoso, infantil, pero casi podía comprender por qué los antiguos monarcas se sentían tan poco apegados a lo mundano. «El mundo podría arder allí abajo y ni siquiera me importaría», pensó.

—Kara... ¿cuál es el motivo final de todo esto? —preguntó Yerrod por enésima vez. Habían pasado meses desde que el enano dio por imposibles sus interrogatorios—. Me inquietan un poco estos viajes que hemos hecho los últimos meses. Anders no para de decirme que simplemente está colocando las fichas para una partida, hablándome de candados y chispas, esperando a que deduzca algo de lo que no tengo ni idea. Ese hombre me da escalofríos.

—Me gustaría poder contarte algo más, pero ni siquiera yo tengo todas las respuestas. Solamente una idea general.

—Me estáis matando con vuestros secretitos, preciosa. —Yerrod nunca se cansaba de flirtear con ella—. ¿Por qué te enrolaste en estos asuntos turbios? Pareces una chica de bien.

Lo pensó. Por un momento, dudó si daría con la respuesta correcta.

—Nuestro... benefactor, Ojos de Cristal, sabe cómo convencer a alguien, y tengo... tengo un pasado —murmuró.

—Todos lo tenemos en este negocio. Venga, cuéntame.

—No quiero hablar de ello, por favor.

Observaron la ciudad vacía de vida durante unos segundos demasiado incómodos. Más allá del muro defensivo interior de Sotomonte, que era poco más que un fino anillo de piedra que separaba a los ricos de la cruda realidad, descendiendo aún más la falda de la montaña, se encontraba el barrio bajo: una acumulación de pequeñas casas irregulares y caóticas que rodeaba el corazón de la ciudad de la misma manera que un foso rodeaba un castillo. La zona, de un aspecto mucho menos esplendoroso, contrastaba con la majestuosidad del palacio y sus alrededores, pero a pesar de ello tenía cierto encanto obrero. Aún más abajo, el gigantesco muro exterior marcaba el final de la ciudad y daba comienzo al interminable Valle de la Fortuna, una impresionante extensión de hierba amarillenta que ponía en evidencia a cualquier visitante que se asomase desde los bosques que nacían en la lejanía.

—¿Es por Anders? ¿Por eso no quieres hablar conmigo? —preguntó Yerrod.

—No, no es por Anders —no pudo evitar mirar alrededor al responder.

—¿Has visto su verdadero aspecto alguna vez? Estoy seguro de que su apariencia no es la auténtica. —Yerrod jugueteaba con una trenza de su cabello, inquieto.

—Jamás. Tampoco me interesa saber quién o qué es en realidad, mientras haga bien su trabajo —mintió—. El aspecto de una persona no es importante.

—Si no te importase el aspecto de la gente hace tiempo que habrías caído conmigo, guapa. —Yerrod le guiñó un ojo y le dedicó otra sonrisa canalla. Para su propia sorpresa, se sonrojó.

—Nuestra relación es estrictamente laboral, enano, y como se te ocurra intentar algo conmigo, te rapo al cero esa melena que tanto amas —le recriminó—. Tenemos que ser profesionales.

—Está bien, está bien. —Yerrod lanzó un gruñido a la suave brisa de la tarde—, pero no creas que no me he fijado en cómo te has puesto roja como una manzana madura, por mucho sol que se te refleje en la cara. Los negocios son los negocios, y lo entiendo, pero cuando acabe todo esto, ¿me dejarás invitarte a cenar? Bien podríamos permitirnos un buen vino a la luz de las velas.

Kara se echó a reír. Desde luego, al enano no le faltaba fuerza de voluntad. Ella conocía los peligros que tendría ese viaje, y no era descabellado pensar que podrían acabar todos muertos en algún descampado o en una abarrotada fosa común. Tal y como estaba el panorama, la idea de la cita no solo le pareció divertida, sino de algún modo, esperanzadora.

—Puede ser —le contestó ella—, pero no te pongas a saltar y cantar aún. Simplemente es posible que ocurra algún día. Hasta entonces, más vale que dejes esos tristes intentos de ligar conmigo a un lado, *chiquitín*.

—Muy graciosa, *princesita* —Yerrod le hizo una reverencia burlona—. La princesa flacucha y el bufón bajito, qué gran pareja haríamos en esta tierra.

Los dos se echaron a reír. Era agradable encontrar algo de humor por aquellos

lares. Después, se hizo el silencio de nuevo. Esta vez no fue silencio incómodo, sino uno agradable y bienvenido, un pequeño remanso de tranquilidad. Kara y Yerrod observaron cómo la imponente sombra del Monte de los Aullidos se alargaba, indicando que el sol se retiraba. Sotomonte, como un humilde niño en el regazo de su madre, fue invadido por el frío abrazo de la montaña.

—¿En qué piensas? —le preguntó él, incasable.

—En que, como has dicho antes, es una tierra extraña —reflexionó mientras respiraba hondo el aire puro—. No hay ordenadores, ni teléfonos móviles, ni internet, ni coches, ni aviones, ni agua caliente... es curioso comprobar que el mundo sigue girando sin necesidad de muchas cosas que hoy en día nos parecen imprescindibles. Es una pena que todo vaya a cambiar.

—¿A qué te refieres? Joder, mujer, siempre hablas como si tuvieras un acertijo metido en el culo. —Yerrod resopló—. Vuestras frases crípticas a medio cocer son demasiado complicadas como para sacar alguna conclusión. Si no tengo las piezas del puzle, ¿cómo puedo resolverlo? Cuando cenemos juntos te voy a obligar a beber hasta que respondas a alguna de mis preguntas... o hasta que me veas atractivo.

Se echaron a reír de nuevo. Las carcajadas cesaron tras unos segundos, pero sus ojos no perdieron el contacto. Apoyado en el balcón, Yerrod estaba casi a su altura.

—¿Estoy invitado? —dijo una escalofriante voz que se unió a la reunión.

Se giraron sobresaltados. Justo detrás de ellos estaba la elegante sombra de Edain Anders, vestido igual de impecable que siempre, luciendo su eterna y falsa sonrisa. Permanecía quieto como una de las estatuas que les rodeaban, con las manos en los bolsillos, y su mirada era igual de pétrea que la de los héroes esculpidos, con esos dos estrechos ojos oscuros que parecían estar hechos de obsidiana. Yerrod había echado mano a su revólver, y soltó su culata con cierto recelo.

—Anders. Nos has asustado —dijo ella.

—He pensado que habrías salido a tomar el aire aquí. No sabía que nuestro buen amigo Yerrod había tenido la misma idea que tú. —Anders fijó su mirada en el enano y le observó atentamente.

—Yo... solamente estaba dando un paseo —la excusa de Yerrod sonó falsa y forzada—. Solamente charlábamos.

—Solamente, solamente... —repitió con sorna— no hace falta que me deis explicaciones, amigos —la sonrisa de Anders se hizo más pronunciada, forzada, arrugando su cara sin enseñar los dientes—. Me alegro de que estéis disfrutando de las vistas. Un lugar digno de las leyendas atribuidas a sus muros, sin duda.

El mago se apoyó en la baranda y tomó una bocanada de aire mientras admiraba la ciudad durmiente.

—¿Cómo ha ido el encuentro con el rey Gilman? —preguntó Yerrod, curioso.

—Hemos tenido una interesante charla. —Anders apoyó la cabeza en la barbilla—. He conseguido que se muestre... receptivo, y eso que no son buenos tiempos para él. Problemas familiares, ya sabéis. Su primogénito murió hace bien poco pero, por lo

menos, su desaparición le ha servido para acordarse de que aún tiene una hija con la que reconciliarse.

—Hasta las tragedias pueden traer algo bueno, entonces.

—Eso me gusta pensar a mí, Yerrod. —Anders asintió y sonrió, como si esas palabras fuesen algo importante.

El enano se dio cuenta de que el mago tenía algo entre las manos. Era un gran anillo dorado con una piedra preciosa de color rojo, irregular y sin pulir, tan extraña que parecía brillar con los mismísimos colores del atardecer. Cuando vio que Yerrod lo miraba, guardó el anillo en su bolsillo.

—Venid, demos un paseo. Si es que no tenéis nada mejor que hacer, claro.

—No lo tenemos —dijo Kara, fingiendo indiferencia.

Los dos acompañaron al mago a través de las entrañas del palacio, donde centenares de interminables pasillos ejercían de arterias del edificio, permitiendo la circulación entre las diferentes alas de invitados, servicio y aposentos reales. El sol había desaparecido y las velas del palacio permanecían apagadas; Anders les explicó algunas curiosidades sobre los fastuosos murales que iban encontrando, pero sin luz para iluminarlas, las imágenes antaño coloridas se tornaban desasosegantes, grises e informes. La noche parecía tener un efecto especial sobre todo lo que se encontraba en La Quijada, ofreciéndoles una cara distinta, más retorcida, pero otra cara, al fin de al cabo. Si había algo que Kara echaba de menos de la civilización, era la cálida luz de las farolas que le guiaba cada noche a su casa y que apartaba su miedo primario a la oscuridad. Había olvidado lo aterradora que podía resultar la naturaleza en su estado más salvaje.

El mago les convidó amablemente a acompañarle a los jardines inferiores. A los pies de la construcción, la vista del Palacio de las Campanas era aún más imponente, y sus cimientos escarbaban en la tierra con la fuerza de miles de toneladas de piedra. Aquel edificio era, sin duda, la construcción más impresionante de todo Sotomonte: su punto más alto, el campanario, se alzaba casi doscientos metros sobre el nivel suelo, y sus torres secundarias y arbotantes descendían a ambos lados de la nave principal, creando un mastodóntico triángulo de púas que abrumaba a los peregrinos que lo observaban desde su base. El palacio contaba con más de una docena de torres secundarias enlazadas por decenas de puentes cubiertos que conectaban salas, escaleras y trampillas en un laberinto arquitectónico imposible. Era como, si en vez de buscar la armonía, decenas de arquitectos hubiesen competido entre sí por hacer las formas más recargadas y ostentosas posibles.

Los tres pasearon por los pedregosos senderos plagados de rosales, hablando de menudencias y anécdotas sobre La Quijada, hasta que Anders decidió cambiar de tema de conversación. Para entonces, Kara y Yerrod estaban menos tensos, más relajados. Era innegable que Edain Anders contaba con cierto carisma natural, y casi sin que se dieran cuenta, podía hacerles bajar la guardia con frases amables y cháchara aparentemente insustancial. Su sonrisa era un arma de doble filo: a veces

Kara se sentía incómoda al contemplarla, pero en otros momentos, acompañada de las palabras adecuadas, parecía cálida y sincera. Como La Quijada durante el día y la noche, Anders, el hombre de las mil caras, parecía tener dos rostros favoritos.

—Has demostrado tu valía, Yerrod —dijo el mago mientras acariciaba una rosa sin mucho interés—. Me sorprende que no hayas hecho más preguntas después de todo lo que hemos vivido. Creía que eras más curioso.

—Y lo soy —respondió el enano—. He probado a interrogar a Kara varias veces, pero ya me ha dejado bien claro que es inútil insistir.

—¿Por qué no pruebas conmigo?

—No quiero ofender... pero preguntarte resulta un poco irritante, la verdad. Siempre me contestas con acertijos.

—Siento que en ocasiones sea tan... ambiguo, Yerrod, pero comprende que estamos tratando temas muy importantes, y aunque confiamos en ti, mi buen amigo, no podemos decir lo mismo del resto del mundo. Si te secuestrasen y torturasen, por ejemplo, sería mejor si no supieses nada, créeme.

Kara observó atentamente los gestos de Anders. Aunque el mago seguía siendo un completo misterio para ella, todo ese tiempo a su lado le había dado el don de distinguir ciertas actitudes y disposiciones. Podía intuir que el enano le caía bien. Quizá eso no marcara una gran diferencia si Yerrod se volviese una molestia, pero era un comienzo.

—Es una buena noche para las respuestas —dijo Anders mientras miraba a un claro del cielo, cruzando su mirada con las dos lunas que flotaban junto al delicado anillo de Gevangenien—. Adelante, dispara.

Se detuvieron cerca de una pequeña fuente de mármol que escupía un suave chorro de agua por la boca de un pez de grandes ojos. Su arrullo resultaba relajante, y las ondas de agua chocaban entre ellas con suavidad. Anders sumergió su mano enguantada en el agua y jugueteó con ella.

—Bien... veamos... —Yerrod parecía tener tantas preguntas que no sabía cuál lanzar primero—. ¿Quién es Ojos de Cristal?

—Disparas demasiado alto, enano. —Anders sonrió y negó con el dedo—. Todo a su debido tiempo. De momento, apunta un poco más bajo, o no acertarás.

—Está bien. ¿Cuál es nuestra labor aquí?

—Estamos ayudando, Yerrod, eso ya te lo he dicho muchas veces. —Anders se sacudió el agua de la mano, aburrido. No era la pregunta que esperaba.

—Ya, pero ¿ayudando a quién? ¿A La Quijada? ¿A Tres Mares? No lo tengo claro. Desde que vinimos aquí no hemos hecho nada más que viajar al sur, manteniendo a Owain... al Candado —corrigió— lejos de miradas furtivas, moviéndolo por medio reino. Ni siquiera me has dicho a dónde se lo han llevado Rabst y Toro antes de que entrásemos en Sotomonte. ¿Por qué lo retenemos? ¿A qué esperamos?

—Yerrod, por muchos siglos que pasen, por muy atrás que dejemos los tiempos

de la barbarie y la ignorancia, siempre habrá guerras en este mundo. Son inevitables, como inevitable es la estupidez y la falta de miras de las razas, generación tras generación, repitiendo errores una y otra vez. Nosotros no elegimos la violencia, ni el momento de actuar, pero podemos escoger nuestras armas, podemos defendernos, podemos dirigir los acontecimientos inevitables por el camino adecuado. Los últimos años han sido especialmente tensos, tanto en Ordann como en Ismer. No se puede evitar una inundación, pero si se es previsor y astuto, se puede desviar el cauce del río para que ahogue a las personas indicadas.

—Más acertijos —respondió Yerrod, resignado, mientras se cruzaba de brazos—. ¿De qué inundación hablas?

—De la más brutal que te puedas imaginar. —Anders le miró fijamente—. Bueno, técnicamente ha sido una explosión, la verdad. Al otro lado del mar, miles de ordannenses habrán muerto a estas alturas. Si todo ha ido bien, claro.

A pesar del bochorno veraniego, Kara sintió un terrible escalofrío.

—¿Qué? —Yerrod le miró confundido—. ¿De qué explosión me hablas?

—La Chispa, Yerrod, ni más ni menos. Un horrible atentado que ha barrido la ciudad de Puerto del Duque del mapa, acabando con la vida de todos sus habitantes. Ocurrió hace una par de meses, pero me temo que las noticias de Ordann no llegan hasta aquí fácilmente. Al menos no de momento.

—Dioses... no puede ser cierto... vosotros... ¿Kara?

—Yo... no tenía ni idea —murmuró afligida—. Ojos de Cristal... sabía que no era de fiar... es un manipulador.

—¡Siempre lo mismo! Ojos de Cristal solamente observa, sentado en esa cama meada que tiene —dijo Anders con cierto rencor—. Yo actúo. Yo me muevo. Yo conseguí atrapar a Griskany y lo puse en un barco de vuelta a Ordann, bien sedado, al menos hasta que intentaron quitárnoslo de las manos. Yo descubrí la manera de... aprovechar sus habilidades al máximo. Yo lo hice, yo cambié el rumbo de Gevangenis para siempre, pero todos acaban susurrando el nombre de Ojos de Cristal con temor, como siempre. Supongo que algunos no nos llevaremos la gloria cuando esto acabe —suspiró.

—¿Cómo es posible? ¿Un mago puede acabar con una ciudad entera?

—La Magia es compleja, Yerrod, y está plagada de muchas puertas traseras que nadie conoce. Puertas que llevan a salidas muy peligrosas.

—¿Tú... sabías esto? —Yerrod se giró hacia Kara.

—No... lo juro —respondió ella, horrorizada—. Jamás lo hubiera permitido. Jamás.

—Vamos, Kara, estoy seguro de que te lo olías. ¿Qué esperabas al asociarte con Ojos de Cristal? ¿Paz y buen rollo? —Anders arrancó una flor de un rosal—. ¿Creías que íbamos a conseguir algo por las buenas, hablando y convenciendo? Tuviste tu oportunidad y fallaste; ahora es el turno de las malas maneras, y en eso yo soy el rey. Nos jugamos todo en Ismer; no es momento de tener escrúpulos o arrebatos de

conciencia. Piensas igual que yo, solo que no lo recuerdas bien.

Kara se sentó junto a la fuente. Apenas podía respirar.

—Déjala en paz. Ella no es como tú. —Yerrod la agarró de la mano.

—¿No lo es? —Anders se llevó la mano al pecho, ofendido—. Sigues siendo ignorante en más aspectos de los que crees, Yerrod. Ya que estamos en una ronda de respuestas, te daré algún dato más. ¿Te ha contado tu chica lo que hacía antes de enrolarse? Nuestra delicada Kara, aquí donde la ves, trabajaba a las órdenes del temido Departamento de Ultramar de Tres Mares.

—Cállate, hijo de perra —le espetó con toda la furia que pudo reunir, pero sonó como una súplica.

—¿El Departamento de Ultramar? ¿A qué te refieres? —Yerrod le miró confundido.

—Nuestra querida Kara Kendrick, la chica de ojos claros, frágil y bella como un copo de nieve, no es tan inocente como aparenta. Es más, tiene un pasado muy oscuro.

—Basta —intentó respirar hondo para calmarse. Estaba en el borde del precipicio, a punto de tener un ataque de ansiedad. Hacía mucho tiempo que los había dejado atrás, pero los malos hábitos nunca se iban del todo.

—¡Vamos, Kara, es la noche de las confesiones! Una ascensión como la tuya merece ser contada. Esta chica, Espaldero, vale su peso en oro. El gobierno la reclutó como analista nada más acabar la universidad, interesado por su brillante tesis sobre el contagio del miedo y el pánico entre las masas. No tardó mucho tiempo en demostrar su valía ante los jefazos, y durante los dos primeros años del mandato presidencial de Valarck trabajó para el Departamento de Ultramar, y no se dedicaba a contestar al teléfono, precisamente. Se encargaba de cosas que no aparecían en ningún informe oficial. Cosas muy turbias.

—No sé si algo puede ser peor que lo que haces tú, Anders.

—Vamos, Yerrod, usa la imaginación. —Anders resopló.

—Yo... no... —El enano se negó a adivinar, temeroso de dar en el clavo.

—Te voy a dar unas cuantas respuestas: retenciones ilegales, torturas sistemáticas, amenazas, extorsiones... y misteriosas desapariciones. —Anders hizo crujir sus nudillos—. Y no hablo de tonterías de aficionados. Hablo de la primera división. La cara oculta del gobierno de Tres Mares que nadie quiere ver.

—No te creo —de repente, Yerrod no la miraba de la misma manera.

—Nuestra amiga ha visto mucho mundo, Yerrod, y ha ordenado cosas horribles. Ha hecho mucho daño a mucha gente, y por desgracia, se ha demostrado que no todos sus «clientes» eran culpables. ¿A cuántos desgraciados que no sabían nada has ordenado ahogar y electrocutar, Kara?

—Hijo de perra —con gusto hubiera ahogado a uno más en aquella apacible fuente.

—No pienso juzgarla. —Yerrod negó con la cabeza—. Todos hemos cometido



errores. Estoy seguro de que ella ya no es así.

—¿Sabes por qué se enroló con nosotros, Yerrod? Me gustaría decirte que está aquí porque cree en nuestro plan, porque desea ayudar, pero la verdad es que está aquí porque Ojos de Cristal le ha prometido algo que no hubiera podido conseguir por su cuenta nunca. ¿Quieres saber qué es eso que tanto ansía como para jugarse la vida aquí?

—Me lo vas a decir de todas maneras, ¿verdad?

—Por supuesto. La cabeza de Samuel Valarck, separada de su cuerpo, chorreando sangre. No desea nada más. Ojos de Cristal se la ha prometido en una bandeja de plata si nos ayuda, y Kara sabe que él siempre cumple sus promesas.

—¿Estamos hablando del presidente de Tres Mares? —El enano, que siempre contaba con una broma inoportuna que soltar, se quedó sin habla.

—Basta —murmuró Kara mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

—¿Sabes lo peor de todo, lo que más me molesta? Lo peor de todo es que luego ella me mira con asco, juzgándome, llamándome carnicero y sádico. La única diferencia entre ella y yo es que ella lo hacía en nombre de un trozo de tela, nada más. Bueno, y que no se ensuciaba las manos. Es muy fácil creer que se hace lo correcto cuando a uno no le salpica la sangre.

—Eres un monstruo. —Yerrod apretó los dientes.

—Curiosa reprimenda, viniendo de un mercenario que se arrima al mejor postor. —Anders rodeó a Yerrod lentamente—. Yo soy un carnicero, y lo admito: disfruto con mi trabajo, pero no os atreváis a criticarme, ninguno de los dos —les señaló amenazadoramente—. No sois mejores que yo, y espero que comprendáis eso cuanto antes o no podremos seguir adelante juntos. Recordad que ninguna vida es imprescindible en este juego.

—Tu razonamiento no justifica lo ocurrido en Puerto del Duque. Dioses... miles de vidas perdidas en un instante... ¿Por qué?

—Para poder echarle la culpa a La Quijada, ni más ni menos. Ha sido un ataque de falsa bandera de manual.

—Todo esto es enfermizo. —Yerrod negó con la cabeza—. ¿Cuál es el motivo de matar a tanta gente inocente y luego poner en el punto de mira a un reino que no ha tenido nada que ver?

—¿No es obvio? —Anders suspiró, decepcionado por su escasa capacidad de deducción—. Queremos que los ejércitos de Ordann invadan La Quijada con todas sus fuerzas, Yerrod. Queremos que crucen el Océano Inquieto con todas sus tropas operativas, confiados, dispuestos a arrasar con este reino arcaico. Tenemos un gran plan. Los ordannenses se van a encontrar con grandes sorpresas cuando lleguen aquí.

Yerrod se alejó unos pasos, confuso.

—Yo... no puedo participar en esto. Lo voy a dejar. Me largo. Esto es una carga demasiado grande para mí. Kara, ven conmigo. Manda a la mierda a este idiota.

—Yerrod, no. Nos quedamos —le detuvo.

—¡Estupendo! Veo que Kara está captado el funcionamiento del juego —la recién llegada noche hacía que la silueta del mago estuviese hecha de brea—. ¿Y tú, Yerrod?, ¿lo captas?

—Entiendo —el enano asintió lentamente—. Ninguna vida es imprescindible en este juego.

—¡Tu primera diana! —Anders le dedicó un breve aplauso—. No se pueden tolerar los cabos sueltos en planes tan importantes. No me miréis así, porque no es nada personal: es política de empresa. Pero... ¡olvidaos de la presión y animaos! No quiero crear un mal ambiente de trabajo. Aún nos queda mucho por hacer en esta tierra y me vendría bien vuestra agradable compañía, amigos. Si os portáis bien, os dejaré marchar con vuestros cheques cuando todo esto acabe, para que podáis cenar juntos donde más os plazca. Palabra de mago.

Yerrod, que no parecía muy convencido de la validez de la palabra de Anders, acercó su mano a la culata de su revólver. El mago le observó.

—Me decepcionas, Yerrod. Adelante, pero piensa bien dónde vas a disparar. Podría estar aquí sentado, o bien podría estar a tu espalda... o quizá... quizá esté detrás de ella...

—Hijo de perra —gruñó el enano.

—Vamos, no os pongáis así —el mago, apoyado en la fuente, se incorporó de un salto y se frotó las manos—. Os estoy dando una salida bien fácil. Acompañadme, sed formales y no os pasará nada, lo juro. Nos quedan grandes cosas por hacer, y cuando veáis para qué sirve el plan, me daréis las gracias por cada una de las muertes de las que he sido responsable. Pronto lo veréis... después de que juguemos nuestra siguiente pieza.

—Estás hablando del Candado —adivinó Yerrod.

—Exacto. —Anders le dedicó otro breve aplauso—. Owain se convertirá en la siguiente pieza de la partida, y para ponerla en el tablero partiremos hacia la costa, donde antes dejaré un pequeño regalo de bienvenida —dijo mientras se palpaba el bolsillo—. Después, llegará el turno de la leyenda, del mago que cabalgaba el rayo. ¿Para qué creías que teníamos tanto interés en Owain? Espero que Rabst o Toro no le hayan cogido cariño a ese engendro que custodian, porque va a morir dentro de muy poco.

—Vas a hacerlo explotar por los aires, como ocurrió en Puerto del Duque. — Yerrod apretó la mandíbula, enfadado.

—No exactamente. Por lo que sé, cada mago tiene una afinidad distinta y eso queda reflejado en los efectos del ritual. Lo mío son las ilusiones, lo de Griskany eran las explosiones... y lo de Owain son las tormentas. ¿Y qué pasa cuando sacrificas a un mago de alto nivel capaz de manipular el viento, la lluvia y los rayos?

—Que creas la tormenta del siglo —le contestó el enano, aterrorizado—. Vas a sacrificar a Owain cuando las fuerzas de Ordann crucen el Océano Inquieto. Dioses, quieres ahogar a todo su ejército antes de que pise la costa. Vas a ganar la guerra con

un solo movimiento.

Yerrod, abrumado, tuvo que sentarse en uno de los bancos de madera. Derrotado, se llevó las manos a la cabeza. Kara se arrodilló frente a él y lo observó con tristeza e impotencia.

—No puedo hacerlo, no puedo —gimió el enano con un hilo de voz—. Sé que las guerras son crueles, pero morirá demasiada gente sin tener la más mínima oportunidad de defenderse. El Océano Inquieto ya es de por sí peligroso, pero con algo parecido a un huracán mágico... no tendrán ninguna posibilidad de pisar la costa. Es un método cruel y despiadado de ganar esta partida.

—Ibas bien encaminado, enano, pero has vuelto a errar el tiro —le corrigió el mago mientras miraba atentamente las estrellas rojas—. Si algún día deseas conocer la verdad, la más pura y transparente de todas, deberías aprender a no sacar conclusiones precipitadas de mis palabras. Tengo otros planes para el Triunvirato, y me temo que serán mucho más desagradables que una piadosa muerte bajo el mar.

## La primera lección

**E**L viaje en avión hasta su destino no fue muy largo, pero su legendario odio hacia cualquier máquina que se separase del suelo hizo que no fuese una experiencia muy agradable. Atravesaron a vista de pájaro el inmenso Estrecho de Oro, contemplando cómo el amanecer clareaba sus aguas revueltas y espumosas, y dos horas y pico después, con la costa de Ordann desaparecida en el horizonte, la isla de Nexo apareció ante sus ojos, azotada por las inclemencias del tiempo, apenas visible bajo la insistente capa de lluvia. Era un pedazo de tierra aislado del mundo, a medio camino de ninguna parte, atrapado en una nueva estación del año remendada a partir de las peores cualidades de las habituales: sufría el frío del invierno, las lluvias de primavera, el viento del otoño y el bochorno del verano. Por supuesto, el aterrizaje fue tan horrible que Melvin dejó la marca de sus uñas en el asiento, y sintió volver a nacer cuando las ruedas tocaron tierra firme.

Les sirvieron una modesta comida en la cantina, pero estaba tan deseoso de empezar a trabajar que no encontró su apetito, así que regaló su ración a Yisu y Ogsu, que comían tanto como cuatro humanos en ayunas. Aprovechó para leerse el informe de ese chico de cabo a rabo: Liam Evans, su nuevo alumno, su protegido, tal y como él había sido el de Hubert décadas atrás. Después de la tragedia que sufrió su antiguo aprendiz, nunca creyó que el ciclo fuese a repetirse.

—Este lugar es abismal. —Ogsu mordió un trozo de pollo mientras observaba el violento panorama a través de las pequeñas ventanas de la cantina—. ¿Cómo pueden vivir aquí con estos vientos y esta lluvia? Es deprimente. Cuesta creer que antes de la época de grandes tormentas, visitar Nexo era lo más parecido vivir a un verano eterno.

Nexo fue un destino turístico pujante, una referencia mundial en las guías de viajes, hasta que aquel pequeño paraíso, aquel remanso de paz que parecía esquivar mágicamente la furia del Océano Inquieto gracias a una privilegiada situación entre dos franjas de tormentas, perdió su burbuja protectora de la noche a la mañana. Las tormentas cambiaron sus patrones sin previo aviso y anegaron la isla, hundiendo su efímera economía y dejando los esqueletos de decenas de complejos turísticos descomponiéndose a su suerte. Nexo se había convertido en un lugar fantasmagórico plagado de sombrillas oxidadas, hamacas apiladas y piscinas llenas de barro. Era un monumento decadente a la especulación, a la brevedad oportunista de la codicia humana.

—¿Estuviste aquí antes, Mel? —le susurró Yisu.

—Sí... unos meses, durante el tiempo que... bueno, ya sabéis. La época en la que nos separamos.

—La época en la que te fugaste, más bien. Nunca nos dijiste qué hiciste durante esos tres años. Medio Ordann se volvió loco buscándote.

—No hice nada interesante —mintió.

—Ya. Seguro. Tres años fugado acompañado de una chica preciosa y no hiciste nada interesante...

—Tuve que aprovechar mi momento —sonrió con nostalgia al recordar los años más dulces de su vida—. Por aquel entonces, permanecer al margen del gobierno era más fácil. Hoy en día, con tanto control de aduanas, tanta huella dactilar y tanta cámara de vigilancia, no lo tendría tan fácil. Se ha perdido el encanto del anonimato.

—Espero que no recuperes viejas costumbres... sabes que nosotros confiamos en ti, pero no deberías hacer tonterías con Roch cerca. Ahora estás en su casa.

Pese al abandono por parte de la población civil, o quizá gracias a ello, Nexo resultó ser el rincón perfecto donde aparcar aquellas cosas que Tres Mares no quería que el resto de Ordann encontrase. La isla contaba con una de las bases militares navales más grandes del mundo, con más de diez kilómetros cuadrados plagados de extraños edificios de ventanas diminutas. Fortificada hasta el absurdo, sus muelles y hangares podían resistir la peor de las tormentas gracias a sus paredes gruesas y anodinas. Nadie sabía lo que ocurría allí, dentro de aquellos laberintos subterráneos que conectaban los edificios entre sí, y los únicos que tenían la llave para todas las puertas, incluso las más recónditas, eran los altos cargos del infame Departamento de Ultramar. Y el Mariscal Supremo, claro.

—Scott Roch... —Melvin paladeó el amargo sabor de ese nombre—. No creo que haya cambiado un ápice. Ese hombre tenía la misma personalidad que un pedrusco. Siempre ha sido hostil hacia los magos.

—Será porque le robaste la chica. —Ogsu le regañó con su hueso de pollo limpio.

—No le robé nada. No puedes robar algo que no pertenece a nadie, pero él no lo comprendió nunca. Tiene la mente igual de cuadrículada que sus puñeteros tanques y barcos.

Melvin, que no tenía mucho aprecio a los Mariscales, nunca había sido oficialmente un soldado. No había recibido formación de combate o había completado el servicio militar, pero al igual que la anacrónica realeza, tenía un puesto honorífico en las fuerzas armadas y era respetado entre la mayoría los generales más veteranos, sobre todo por sus hazañas pasadas. Si es que se podían llamar así.

Curiosamente, a esas alturas de la vida, Melvin sentía nostalgia por sus duros años de servicio: los viajes a lugares lejanos y hostiles, las noches en vela en territorio enemigo bajo la luz de las estrellas, las desagradables lloviznas que convertían los campamentos en barrizales intransitables... los había odiado fervientemente, pero sin amor en su vida, sin ningún objetivo más allá de sentarse a esperar a la muerte, lo único que le quedaba era el deseo de una aventura que le distrajese, que le hiciese sentir vivo. Recordó a Hubert el Severo, el veterano hechicero que le aceptó como pupilo cuando le obligaron a servir a los intereses del gobierno, y que le enseñó todo lo que debía saber sobre la vida antes de morir miserablemente en sus brazos aquella tarde de otoño que nunca olvidaría. Aunque no

fue el hombre más amable o cálido del mundo, le echaba de menos.

Cuando ya estaba a punto de levantarse de la mesa, asqueado de ver a Ogsu comer como un cerdo, sintió una presencia acercarse a él.

—Ya era hora —dijo, sin ni siquiera alzar la vista.

—¡Joder! —bramó el joven, asustado—. ¿Cómo has sabido que llegaba? ¿Tienes algún poder extrasensorial o algo así? ¿Me has leído la mente?

—No, chaval. Siento decepcionarte, pero simplemente he oído tus pasos.

El chico se miró los pies, decepcionado.

—Ah, entiendo. Vaya... creía que habías utilizado algún hechizo.

Le había mentado: los buenos magos podían intuir la presencia de otros cuando merodeaban cerca, por muy latentes que fuesen. El chico tenía muy poco poder en su interior, prácticamente ninguno, pero aun así, lo podía oler. Era una fragancia que anunciaba algo más, como la de una hoguera encendiéndose lentamente, lamiendo por primera vez unos troncos medio mojados.

—Acércate, Liam.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Lo has... lo has leído en mi mente?

—No eres muy listo —suspiró.

—Y tú no eres muy joven, viejo —le contestó, dolido.

Miró al muchacho atentamente. Era delgado como un palillo, todo nervio, y su figura era estrecha y esmirriada. Su cabeza estaba rodeada de una espesa mata de rizos oscuros que le hacía parecer una especie de cerilla gigante. Eso sí, por mucho pelo que tuviese en la coronilla, no tenía ni un atisbo de barba. «Un crío». Vestía una camisa de color rojo abierta hasta la cintura, unas chancletas, y lo más gracioso de todo, llevaba un balón de playa de colores desgastados en la mano.

—¿Crees que hemos venido de vacaciones a la playa o algo así? —Ogsu se echó a reír.

—Ya que me he quedado sin viaje de estudios, pienso aprovechar cada jodido minuto en el agua cuando llegue la Ventana de Verano. He robado esta pelota de un barracón para entretenerme, aunque preferiría quemarla, ya sabes, como si jugase al tiro al plato, pero con llamas saliendo de mis dedos. —Liam imitó el sonido de un lanzallamas.

—Chaval, no sé qué habrás visto en las películas, pero ser un mago no es como ser un héroe de acción. Es una responsabilidad muy seria.

—Lo que tú digas, viejo, pero... ¡¡me aburro!! Llevo semanas aquí metido y no me dejan hablar con nadie. Esto es un coñazo —le pegó una patada llena de frustración al balón, que botó sobre las mesas del barracón—. Me han dicho que tú me ibas a enseñar a ser un hijo de perra letal; una auténtica máquina de matar.

Liam comenzó a lanzar patadas voladoras al aire. Se le escapó una chancleta, que voló un par de metros, y tuvo que cojear para recuperarla.

—Por lo menos enseñame a lanzar fuego por las manos, anda. Anda. Vamos. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Solamente llevaba un minuto con él y ya le estaba dando dolor de cabeza.

—No sé si eres consciente de que te van a llevar a una guerra, chaval, así que más vale que te tomes esto en serio.

—¿Yo, a la guerra? Un momento, un momento. —Liam se quedó pálido. Al parecer, ponerle al día sobre su futuro iba a ser una lección extra—. Nadie me ha dicho nada de ir a una guerra. Ni siquiera me han enseñado a disparar un arma.

—Ni falta que te hará, porque los magos no necesitan armas de fuego —le contestó con orgullo—. Los magos somos las armas, ni más ni menos.

—¿Tú? —Sonrió con sorna—. ¿Tú eres un arma letal, abuelo?

—Este abuelo te podría mandar de vuelta a Ordann de un golpe de bastón, así que tenle un poco de respeto —le advirtió Ogsu.

—Ya, claro. —Liam suspiró, escéptico—. Menudo panorama... quizá sería mejor si me volviese para casa antes de que me metan un tiro.

—No podrás. Ahora eres propiedad de la Coalición Humana, y si no te gusta, siempre puedes intentar escapar. Buena suerte si no apareces muerto en menos de un día. Cualquiera signo de traición... y bueno, quizá puedas oír el sutil silbido de un misil X-7 antes de que te caiga sobre la cocorota. Y da gracias por ello —sonrió con tristeza, pues en el pasado, cuando la tecnología no estaba tan desarrollada, los gobiernos recurrían a chantajes muy crueles para asegurarse la lealtad de los magos—. Como he dicho, eres un arma, muchacho, y las personas prudentes no dejan que las armas anden correteando por ahí a su gusto sin el seguro puesto.

—Parece que no tengo elección... ¿no?

—No la tienes —le respondió severamente. No debía dejar lugar a dudas. No comprender ese punto podría llegar a ser demasiado peligroso—, como yo no la tuve en su día, ni mi antecesor la tuvo. Pero si te portas bien, y sobre todo, si aprendes de mí, puede que algún día llegues a ser reconocido y respetado. Yo lo fui una vez, como sabrás.

—Eh, bueno... tú... quiero decir, que... bueno, no sé quién eres, la verdad —admitió con cierta vergüenza.

—¿No me conoces? —Melvin miró a sus Espalderos y levantó las cejas—. ¿No conoces al gran Melvin Wallas? —El chico negó con la cabeza, forzando una sonrisa—. Dioses, ¿qué os enseñan en las escuelas?

Aquello le dolió más que una puñalada en el vientre. ¿Tan rápido le habían olvidado los jóvenes? Si esa generación ya tenía problemas para recordar su nombre, pronto se convertiría en un aburrido nombre más que memorizar en un libro de historia. Nadie recordaría las grandes batallas de la Séptima Gran Guerra, donde luchó hasta casi ahogarse en el barro, donde perdió a tantos amigos importantes. Nadie recordaría la Gran Ofensiva del Alba, ni su gran duelo contra Arnaul en medio de aquel caótico campo de batalla donde a punto estuvo de cambiar el destino del mundo. La sangrienta batalla de Colden, la más grande y mortal que el mundo jamás había conocido, no sería nada más que un párrafo perdido en el capítulo del siglo que

habían dejado atrás hace bien poco. Aún recordaba cómo los soldados y voluntarios, ya sin armas ni recursos, continuaban las escaramuzas a base de golpes, patadas y mordiscos, mientras los heridos de la retaguardia luchaban contra las enfermedades y las ratas. Y luego estaban las misiones que nunca salieron a la luz, claro, como la Operación Óxido, una maniobra suicida donde Melvin consiguió salir con vida de pura chiripa. «Aquellos que no conocen la historia están condenados a repetirla», pensó.

—La verdad es que no he atendido mucho en clase, viejo. Pero soy un chico listo que aprende rápido, ¡lo juro!

—Por tu bien, espero que sí —resopló sin mucho ánimo—. Y por favor, pase lo que pase, no me sigas llamando viejo. Tengo un nombre.

—Claro, viejo. Quiero decir, eh, ¿Maldin? ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Melvin... Melvin Wallas —dijo una voz detrás de ellos.

No pudo evitar levantar las cejas nada más ver a aquel hombre: tenía el aspecto de uno de esos modelos que salían en las portadas de las novelas románticas baratas, esos cachas de gimnasio que posaban con cara de éxtasis mientras miraban al horizonte sobre la cubierta de un barco pirata, abrazados a alguna mujer pechugona y sonrojada.

—¡Axel Razore! —Liam se quedó boquiabierto al verle.

—El que viste y calza, chico —el hombre dibujó una sonrisa digna de un dibujo animado, mostrando sus dientes perlados.

Razore tenía una gran mandíbula perfectamente afeitada, ojos azules y un largo pelo rubio y suelto que le caía por los hombros libremente. Su piel lucía un moreno artificial digno de un maquillaje barato, y por si ya no tuviese suficiente pinta de chulo de playa, vestía una camisa abierta que le dejaba medio pecho al aire y unos pantalones de cuero tan apretados que debían cortar la circulación.

—Veo que sigues llevando a tus Espalderos a todas partes, Melvin. —Razore miró a los enanos con asco—. ¿Por qué te siguen cuidando? Creía que te retiraste porque te estabas quedando sin poder.

—Porque aún puedo partir algunas cabezas en dos —le advirtió—. Y porque son mis amigos.

—Claro... a mí también me gustaría tener un par de mascotas peludas, pero el presidente Valarck, mi amigo personal, es bastante flexible conmigo. Ya le he dicho que me inquieta un poco tener puñales de Piedra Barda cerca de mi espalda, y él me permite ir a mi aire, ya sabéis.

—A mí me inquietaría tener un tipejo como este delante de mí —murmuró Yisu.

—¿Has dicho algo, enano? —Razore hinchó su pecho de palomo, desafiante.

—Joder, ¡esto es increíble! —Liam pegó unos saltitos entusiastas—. He visto todas tus pelis. ¡Eres el puto amo! Dicen que haces tus propias escenas de riesgo. Dime, ¿te has ligado a tus compañeras de reparto? Lo digo por la rubia que te agenciaste en la peli de espías que hiciste... ¡estaba tremenda!



—Eso no lo puedo decir, chico —le guiñó un ojo y le revolvió el pelo—. Así que tú eres el joven mago latente que se acaba de unir al club.

—¡Sí! Verás, iba a tomar un avión cuando...

—Sí, sí, fascinante, chico —le interrumpió—. Veo que te han asignado un tutor de leyenda, ¡eh! Melvin Wallas es toda una institución.

—Ya... pero... ¿no podrías ser tú mi tutor? —Los ojos de Liam se iluminaron—. ¡¡Aprendo rápido!!

—Calma, muchacho... tengo mucho que hacer antes de que comience la invasión. Ahora que Wallas no está para estos trotes, yo soy el mago oficial de Tres Mares, y el deber me llama. No tengo tiempo para dar clases chorras.

Varios hombres entraron en la sala tras el mago y cogieron varias bandejas de la fila de la comida. Eran hombres con uniformes marrones y chalecos negros: los mercenarios privados de Hor Dreger, una de las instituciones más oscuras de todo Ordann, contratada directamente por el Departamento de Ultramar. Axel les saludó como si fuesen amigos de toda la vida.

—¿Y qué vas a hacer durante la invasión, Axel? —le preguntó—. No creo que Roch te tenga en mucha estima. No soporta a los magos.

—Ya, pero olvidas que yo soy amigo personal del presidente Valarck, Wallas. Amigo personal. Ya he hablado con el Mariscal, y me ha dicho que soy una máquina de guerra demasiado valiosa como para que vaya en primera línea. Mi deber será proteger la retaguardia, montando el primer asentamiento del Triunvirato en Guardiamar, la primera ciudad que encontraremos.

—Vaya, si no fueras tan importante juraría que Roch te ha sentado en el banquillo —le dijo con todo el sarcasmo posible.

—Si hay alguien en el banquillo eres tú, Melvin Wallas —le respondió con chulería—. ¿Qué vas a hacer tú durante la invasión, además de molestar? No me intentes tomarme a broma, porque los chicos de Hor Dreger se van a encargar de supervisar las primeras prospecciones a lo largo de la costa, buscando recursos valiosos, y yo les ayudaré con mis poderes. ¿Qué hay más importante que conseguir dinero para un gobierno? Valarck me ha dado la misión de traer la prosperidad de vuelta a Tres Mares, ahora que la crisis nos azota. Es mucho más importante que andar entrenando a un mocoso.

—¡Eh! —se quejó Liam.

—Oh, así que ahora te vas a dedicar a los saqueos —gruñó Ogsu—. Muy noble por tu parte.

—No son saqueos, enano; si vamos a llevar la libertad a esa gente, vamos a tener que cobrarles de alguna manera, ¿no te parece? Por el Dios Hermoso... si son una panda de campesinos que no saben distinguir una boñiga de una piedra preciosa. ¡Esta guerra se va a terminar en una semana! Voy a tener el portaaviones Armadón a mi entera disposición, y su bodega viajará a Ismer vacía, lista para volver cargada de toneladas de riquezas. A ti, mientras tanto, te van a tener que llevar en silla de ruedas

a todos los lados, luciéndote como si todavía pintases algo aquí.

—Melvin ha luchado en primera línea de batalla decenas de veces, así que deberías tenerle un respeto, hechicero de pacotilla —le dijo Ogsu.

—¡Y él es Axel Razore, joder! —exclamó Liam—. ¿Me puedes firmar un autógrafo?

—Lo siento, chico, pero no tengo ganas. Dile a este vejestorio que te lo firme. Con un poco de suerte, podrás venderlo en alguna tienda de antigüedades. ¡Aquí os quedáis!

Razore se sentó con los hombres de Hor Dreger, soltó un chascarrillo y los hizo reír a todos a carcajadas. Wallas y sus Espalderos, arrinconados en el comedor, les miraron con odio. Liam miraba a Razore con admiración, y se notaba que deseaba sentarse con ellos, con los malos de la clase.

Melvin y Liam se miraron: era evidente que ninguno de los dos estaba cómodo con el otro. El chico resopló abatido y comenzó a hacer muecas, sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué es esa barra que tienes ahí, viejo? —preguntó, señalando al cilindro que había traído consigo, que estaba apoyado en la mesa—. ¿Se te ha volado la sombrilla mar adentro y te has quedado con el palo?

—Oh, esto. —Melvin fingió sorpresa—. Esto es mi barra de mago, una herramienta que viene muy bien para el combate. Es algo así como un canalizador de poder. Adelante, cógela.

Liam agarró la barra, que era más larga que él. Estaba hueca, y el agujero, del tamaño de un dedo, daba una falsa impresión de ligereza: era pesada, muy pesada, y Liam no podía manejarla con comodidad. La intentó girar sobre sus dedos, pero se le cayó al suelo. Cuando golpeó las baldosas, soltó un extraño sonido parecido al de una campana y vibró con fuerza durante unos instantes. Un par de baldosas del suelo se resquebrajaron, y los soldados de Hor Dreger callaron durante un instante. Poco después, retomaron sus risas y gritos.

—Cuidado —le advirtió con inquietud.

—Pesa como un muerto —dijo el chico al recogerla.

—Está hecha de una aleación de mineral no reconocido oficialmente, un gran conductor de materia exótica. Mis poderes son... de contacto, pero esta herramienta canaliza y dirige mi fuerza con precisión, como si fuese una especie de arma que se carga con mi materia exótica. Es prácticamente inofensiva en manos normales, pero en las de un mago experto como yo puede hacer auténticas maravillas.

—Inofensiva a menos que te aticen con ella, claro. —Liam la agitó en el aire un par de veces—, porque con un golpe seco de esto se puede abrir una cabeza en dos. No me creo que un viejo esmirriado como tú pueda mover esta cosa como si nada.

—No siempre fui un viejo esmirriado. Una vez fui joven como tú, y pasé un durísimo entrenamiento que duró seis años enteros. Hubert el Severo me enseñó todos los conocimientos sobre la materia exótica, y más tarde, cuando me hice mayor,

Rishanda me enseñó todos los secretos oscuros.

—¿Hubert el qué? —Liam se rascó la cabeza.

—Mi mentor, al igual que yo soy tu mentor ahora —suspiró.

—Pues ya estás tardando en enseñarme todos tus trucos, Maldin.

—Melvin, es Melvin. Te queda mucho por aprender, chico, pero es mi deber convertirte en un mago, si es que estás dispuesto.

—¡Lo estoy! —Liam se mostró entusiasmado. Comenzó a girar la barra y a imitar el sonido de una espada cortando el aire—. ¿Empezamos ya, viejo? ¿Qué movimiento mortal tengo que aprender? ¿El rompecráneos? —Lanzó un golpe alto al aire— ¿o el rompebolas? —Lanzó otro golpe más bajo.

Melvin alcanzó su bolsa, rebuscó unos instantes y sacó un voluminoso libro de ella. Lo lanzó a los pies de Liam, y el muchacho, intrigado, clavó la barra en el suelo para agacharse a recogerlo.

—«Física nivel I. Aprende Física con divertidos ejercicios» —leyó en la portada.

—Ahí tienes tu primera lección.

—¿Es una puta broma, viejo? Dime que es una broma.

—No, no lo es, muchacho. Y te he dicho que no me llames viejo, maldita sea. Tienes una hora para leerte el primer capítulo; luego te haré un examen, y así continuaremos hasta que aprendas las leyes básicas que rigen este mundo.

—Es una broma. —Liam se dio con el libro en la cabeza—. Creía que no iba a tocar un puñetero libro más en mi vida.

—El saber es poder, chico. La manipulación de la materia exótica es algo peligroso y que hay que comprender muy bien, así que tienes que familiarizarte con muchos conceptos de fuerzas tanto visibles como invisibles. ¿Quieres aprender a engañar a la gravedad o a la luz? Primero has de conocer su comportamiento en condiciones normales. Cuando aprendas todo lo que hay que aprender sobre la realidad, empezaremos con las lecciones sobre lo que es irreal: la materia exótica, las interacciones fuera del archipiélago de la realidad y otros conceptos muy interesantes que seguro que te van a resultar entretenidísimos.

—Ya —el entusiasmo inicial de Liam se había evaporado por completo. Hojeaba el libro como si tuviese un panfleto escrito en un idioma extraterrestre entre las manos.

—Y luego... si te portas bien, aprenderás a echar puñetero fuego por las manos —se rindió. Recordó que él también fue un joven impaciente una vez—. Aprenderás cosas aún muy interesantes durante tu formación, y si trabajas mucho podrás convertirte en un... ¿cómo lo has llamado? «Un hijo de perra letal» —dijo, imitando su voz—. Así que a leer.

Liam recuperó la sonrisa, se sentó cerca de él y abrió el libro por la primera página.

## Podría llover

**A**PLASTÓ la cara contra la almohada y resopló con resignación. Deseaba acurrucarse bajo las sábanas y olvidar esas responsabilidades que jamás había pedido. ¿Por qué Orlain no la dejaba vivir en paz? Aquel bastardo seguía viendo en su interior algo que no tenía. ¿Por qué? ¿Por qué? Su madre siempre intentó educarla para ser responsable, para criar una familia y pasarse la vida cuidándola, y Lana no podía evitar pensar que Orlain, en cierto modo, intentaba hacer lo mismo.

El turbio sol del amanecer se coló en la habitación a pesar de que la insistente lluvia traqueteaba contra la persiana mohosa, aclarándole que el verano estaba vetado en Nexo. Suspiró mirando al techo agrietado del que surgían las goteras que caían sobre las sábanas. A pesar de que los pies se le estaban empezando a mojar, algo le impedía levantarse con el mismo arrojo que de costumbre, y por una vez no era únicamente el martilleo de su cerebro resacoso.

Se pegó una nota mental en el cerebro, escrita con letras bien claras: no lo amaba, ya que la sola mención de la palabra «amor» le hacía tener más arcadas que cuando se pasaba con la bebida, pero no era tan estúpida como para negar la existencia de aquel nudo en el estómago. Desde que le conoció aquella noche asfixiante en el Cuerno Rojo, en un acogedor chiringuito al aire libre plagado de bombillas de todos los colores, no había deseado acostarse con nadie más, como si sus ojos marrones de perro pachón, su piel oscura y su sonrisa confiada la hubiesen calmado de alguna manera. Sí, Lana se había acostado con decenas de hombres y mujeres, y aunque se lo había pasado genial con todos, nunca había sentido algo parecido a un aprecio sincero por nadie, ni siquiera por ella misma. Él no era ni el más guapo, ni el más alto, ni el más inteligente de todos los amantes que había conocido, pero, a diferencia del resto, él era el único que disfrutaba con sus agudas imperfecciones; no le exigía cambiar, cosa que le encantaba.

Kaled se movió; se había despertado. Se dio la vuelta, apoyó la mejilla en la almohada y la miró con sus pequeños ojos de color crema, somnoliento, rascándose ese pelo rizado que comenzaba a mostrar sus primeras canas, pese a que ni siquiera había llegado a los veintiséis. En cierto modo, esos mechones anacrónicos pegaban muy bien con su forma de ser: tenía un carácter parsimonioso y unos nervios de acero que le hacían parecer más maduro de lo que en realidad era. Por su súbito y sutil gesto de pánico, Lana supo que hubiera deseado escaparse de nuevo antes de que ella despertase. Miró alrededor como un patético ratoncillo atrapado en una trampa, cosa que le divirtió y molestó a la vez. Conocía esa mirada, porque ella la había mostrado varias veces.

—Buenos días, guapa —dijo él con elaborado disimulo, fingiendo tener la situación controlada. Tenía la voz ronca y grave, pero resultaba deliciosamente encantadora.

—Parece ser que hoy la culebra no ha podido reptar lejos antes del alba... buenos días, macizo. —Lana le dio un sonoro cachete en el trasero. Era su especial manera de demostrar cariño—. ¿Has dormido bien?

—¿Acaso me has dejado dormir? —Kaled bostezó mientras reía, doliéndose del golpe—. Creo que ha sido la noche en la que menos he descansado de mi vida. ¿Qué hora es?

—Las once de la mañana —dijo Lana tras buscar el reloj de pulsera de su padre en la mesilla—. El tiempo ahí fuera sigue siendo una mierda, así que no hay prisa por ir a ninguna parte.

—No se me ocurriría un lugar mejor en el que estar —mintió su amante—. Esto parece la residencia de algún marqués. Salvando las goteras y el moho, claro.

La habitación en la que estaban, al igual que todo el chalet abandonado que habían allanado, estaba a medio camino de convertirse en una ruina, pero tuvo que admitir que conservaba parte de su encanto pasado. Los antiguos dueños, temerosos del furioso poder del mar, tuvieron que evacuarlo sin ni siquiera tener tiempo de poner a salvo los muebles, así que todo parecía haberse congelado en el tiempo allá por los años ochenta, con ese gusto hortera por la decoración chillona que resultaba tan cómico. Las grietas y el polvo habían surgido como setas por todos los rincones, rajando paredes y bañeras, y ni siquiera había electricidad, pero tras una pequeña inspección, hallaron unas cuantas velas con las que iluminar aquel dormitorio del segundo piso. Pensó que si alguna vez alguna raza extraterrestre encontraba las ruinas de la civilización perdida de los seres humanos, sus restos más duraderos se parecerían mucho a ese lugar. Al fin de al cabo, los complejos de lujo, de sólidos cimientos, venían a ser el equivalente a los ostentosos templos e iglesias de la antigüedad; sin embargo, en ese lugar, el papel de los altares dedicados a los ídolos resplandecientes estaba siendo representado por las mesitas de noche doradas que sujetaban espejos rotos.

—¿Qué barquita te ha tocado a ti? —le preguntó mientras se estiraba como una serpiente.

—El portaaviones Soliantera. —Kaled jugueteó con su ombligo y le dio un mordisco, haciéndole cosquillas.

—¿No es ahí donde van a llevar a la hechicera? Esa cantante...

—Eliza Sunhein. Lleva sin salir en la tele bastante tiempo, pero recuerdo que era bastante guapa. Igual le hago una visita.

—Idiota. —Lana le pegó un capón—. ¿Cómo es que tú viajarás con guapas estrellas de la música y yo con tipos bajitos y gordos?

—¡Já! ¿Te ha tocado en el Cerchelario? —Kaled se echó a reír—. ¿Vas a navegar con todos los Mariscales? Creo que le gustas a Roch.

—Creo que más bien es porque no le gusto nada a ese capullo —se puso un dedo de bigote y frunció el ceño—. No es ningún secreto que él y Wallas no se llevan bien, así que supongo que querrá tenerle cerca.

—Cierto, había olvidado que te toca hacer de niñera... —Se echó a reír de nuevo.

Lana, enfadada, le agarró la entepierna y se la retorció con un giro seco de muñeca, borrando su sonrisa inmediatamente. Kaled era uno de esos presumidos pilotos de las Fuerzas Aéreas, siempre guapos y prepotentes, y ella pertenecía a la Infantería, a la carne de cañón que se arrastraba en el barro, así que no perdía la oportunidad de hundirle esa odiosa actitud de superioridad.

—Perdona, pero quería comprobar si los pilotos tenéis pelotas —dijo ella mientras apretaba más fuerte.

Lana le soltó y Kaled respiró aliviado. Volvió a sonreír, aún dolorido.

—Podría ser peor —el piloto le guiñó un ojo. Cuanta más caña le daba, más parecía buscarla.

—¿Peor? —se quejó—. Quizá Wallas se rompa una cadera al desembarcar, o quizá esté tan chocho que se me pierda de camino a Sotomonte. ¿Te imaginas? Y el chaval... bueno, es un chaval, y no tengo ni idea de cómo tratar a los putos niños.

—Podrás hacerlo. Orlain confía en ti, y por eso te recomendó. Yo confío en ti.

—Un momento, ¿cómo sabes que Orlain está detrás de mi asignación? —preguntó mosqueada—. No te lo había contado. No me gusta hablar de esas cosas. Me hacen parecer una enchufada.

—Verás... —Kaled se mordió el labio, dudoso— cuando sobrevolé Puerto del Duque después del atentado, tuve la oportunidad de charlar con Orlain en el aeródromo del refugio oeste, cerca del aeropuerto donde operábamos. Me dijo que tenía dudas sobre tirar la toalla contigo, Lana, y bueno, no perdí la oportunidad de hablarle bien de ti. Quería tener un buen gesto contigo, pelirroja. Tomar responsabilidades es una buena manera de madurar.

—¡Y dale! —Lana se irguió enfurecida—. ¿Tú también hablándome de madurar? ¡He vivido por mi cuenta toda la vida! No soy una niña; me puedo limpiar el culo solita, y no necesito que vengas a salvarme y a conducirme por el buen camino para que «madure». Por esto no me gusta hablar de cosas privadas, coño. No puedo creer que los dos me hayáis tratado como a una puta bestia que necesita ser domesticada. Estoy muy contenta de ser como soy.

Lana se sentó a los pies del colchón, furiosa. Estaba completamente desnuda, y la sábana que la tapaba se deslizó por su piel suavemente, mostrando el pequeño disco de enredaderas que tenía tatuado en su hombro izquierdo. No tenía ningún problema con el hecho que los demás la viesan con el culo al aire, pero en ese momento se sintió vulnerable, incómoda. Se puso los pantalones y se comenzó a calzar las botas, indignada.

—Solamente quería hacer algo bueno por ti. —Kaled intentó acariciar su espalda—. Sabes que no soy de los que se quedan a desayunar, pero eso no implica que no me preocupe. Quiero... preocuparme por ti.

—No, Kaled, no. —Lana apartó su mano—. Me paso media vida intentando que me tomen en serio, que me valoren por mis habilidades y no por mi físico, y tú y

Orlain me enchufáis en un puesto para el que claramente no estoy cualificada.

—¿Perdona? ¿Has dicho que quieres que te tomen en serio? —Kaled, por primera vez en mucho tiempo, mostró un ligero tono de enfado—. Lana, mírate: ¿cómo te van a tomar en serio? Bebes como un alcohólico de ciento veinte kilos, te has tirado a medio planeta, eres una insubordinada, robas, insultas, te metes en peleas, te gusta cabrear a los Mariscales simplemente porque te apetece... Orlain te ha dado una oportunidad por la que muchos otros darían su brazo derecho, ¿y te cabreas? Hablas mucho sobre que te tomen en serio, pero tú no te tomas en serio nada.

El comentario le dolió más que un balazo en las entrañas. Quería partirle la boca, quería lanzarle al suelo y patearle la cabeza hasta que se callase, como siempre hacía con la gente que le decía verdades como puños a la cara.

—No soy una niña, Kaled —dijo mientras se sacaba el cabello del interior de su camiseta—. Puede que no sea un alguien ejemplar en cuanto a comportamiento, pero todo lo que he conseguido me ha llegado sin pedir favores a nadie. No necesito a nadie que me cuide ni me proteja, joder. Lárgate de aquí, anda.

—Como quieras.

Lana le tiró sus pantalones a la cara. El piloto se vistió en silencio, se calzó y salió de la habitación discretamente, como un amante prudente, mirando a ambos lados antes de salir a aquel pasillo en el que no había nada más que fantasmas. Ni siquiera se dio la vuelta para mirarla antes desaparecer. Le hubiera gustado que se quedase, pero también que se fuera. Más contradicciones. «No. No necesitas a nadie. Ni siquiera a ese estúpido», pensó repetidas veces. Lana no era su madre, no era un maniquí de sonrisa perpetua, una criatura amargada y desesperada por intentar conseguir constantemente el reconocimiento y el cariño de los demás, luciendo a sus dos hijas como si fuesen floreros con patas. «Miradnos, miradnos. Querednos, querednos» parecía decir con sus patéticos gestos cuando visitaban a extraños. Aún recordaba cómo su madre gastaba las sonrisas que deberían ser para ella en individuos que apenas conocía, en tipos pomposos y falsos, mientras que a Lana solamente le llovían los reproches. «Camina más erguida, sonríe más, sé elegante, no me avergüences» eran las frases más cariñosas que escuchaba. Ninguna de las dos entendía a la otra, y su hermana, la obediente, el ojito derecho de mamá, más astuta que ella, pronto se sumó al enemigo, dejándola sola.

De repente, la idea de embarcar hacia Ismer, de huir de Ordann para meterse de cabeza en el barro del combate, le daba cada vez menos pereza. Después de todo, las guerras eran mucho más sencillas de comprender para ella: solamente tenía que avanzar en una dirección, sin pensar, sin erguirse, sin sonreír, sin elegancia, abriéndose paso a tiros.

Salió del chalet y se puso el poncho militar, que acabó calado tras dos pasos bajo la lluvia. Mientras se cagaba en todos los dioses habidos y por haber, comenzó a descender colina abajo en dirección a la bahía. Las nubes cabalgaban furiosas sobre su cabeza, moviéndose con tal rapidez que creyó que el día pasaba más rápido de lo

normal.

Mientras se abría paso bajo aquel agobiante chaparrón, observó el modesto perfil del Refugio del Peregrino, cuyas paredes blancas destacaban sobre el monótono verdor del paisaje cubierto con tristes parches neblinosos. Desde luego, el lugar tenía una arquitectura encantadora, fotogénica, digna de una postal. Los tejados irregulares y abombados estaban marcados por un color rojo vivo, y las fachadas, plagadas de enredaderas y flores, descendían hasta fusionarse con la roca. Se preguntó qué pensarían los viejos monjes que aún moraban en sus salas sobre cómo había cambiado el paisaje en los últimos años, desde que los yates fueron sustituidos por destructores.

La estrecha entrada de la Bahía de los Pies Mojados se encargaba de mecer y calmar las furiosas corrientes con suavidad, dando lugar a un pequeño remanso de paz en mitad de la tormenta. Aún, por supuesto, ese lugar virgen y remoto no se había librado de la inevitable marca del progreso y la especulación: frente a la acogedora playa se alzaban al menos media docena de grandes bloques de apartamentos de alquiler, todos en ruinas, abandonados a su suerte décadas atrás. Eran construcciones bastas, angulosas, que no casaban ni lo más mínimo con el bello paisaje salvaje que las rodeaba.

Caminó lentamente por el paseo marítimo, observando esa descuidada playa plagada de troncos que habían terminado su deriva encallados en la orilla. Las farolas, antaño blancas y limpias, eran poco más que troncos oxidados y completamente inútiles en ese momento. Llegó al embarcadero deportivo, un rincón de agua estancada con casi cuarenta barcos de recreo y yates naufragados que asomaban sus proas a duras penas sobre el nivel del agua. Enfadada, se acercó al final del muelle y lanzó una piedra para ahogarla junto a su frustración.

Había alguien junto a ella. Tenía un poncho puesto, pero podía ver cómo salía humo de su capucha.

—No te sobrará un cigarrillo de esos, ¿no?

Él la miró con unos ojos profundos y claros como el agua. Tenía el pelo oscuro, revuelto, y lo más raro de todo, orejas de elfo. Lana odiaba a los elfos, pero aquel tipo tenía algo especial: no supo muy bien por qué, pero también parecía odiarse a sí mismo. Eso le gustó.

—Lo siento —el extraño levantó una de sus botas, y bajo ella, aplastado contra la madera, había un paquete de tabaco a medio terminar—. En Ismer no venden mi marca favorita, así que pensé que sería un buen momento para dejarlo —su voz sonaba desencantada y cansada.

—Un elfo fumando —sonrió—. Lo que me faltaba por ver. Creía que no teníais adicciones.

—No sé muy bien por qué, pero siempre me ha gustado paladear el humo —dijo antes de dar su última calada y aplastar el pitillo—. Me hace sentir... nostálgico.

—¿Para quién trabajas? —le preguntó al darse cuenta de que una corbata mal



ajustada asomaba bajo el poncho, entre las solapas de una chaqueta de cuero claro.

—Buena pregunta... a veces me cuesta responder a ciertas cosas, por muy buena memoria que tenga.

El elfo arrugó la nariz lentamente, como un viejo hastiado. Con ellos nunca se sabía con quién se estaba hablando realmente: su impoluta juventud era una máscara que podía ocultar cualquier cosa. Parecía un poco más mayor que ella, pero bien podría ser su tatarabuelo. Lana acababa de cumplir los veintiséis, y gracias a la mitad de sus exóticos genes, apenas parecía haber sobrepasado la veintena.

—Dime, ¿para quién trabajas tú?

—Para mí misma —respondió convencida, a pesar de que poncho militar la delataba.

—Buena respuesta —el elfo amagó una sonrisa—. Bueno, es hora de zarpar.

—¿Zarpar? —Lana se sacudió el poncho calado—. ¿Es que estás ciego?

—Todo lo contrario... todo lo contrario —dijo mientras se marchaba.

Y entonces, ocurrió.

La lluvia cesó, y el manto de nubes, como si se hubiese quedado sin materiales de construcción para crear más cielos encapotados, terminó abruptamente, dando paso a una radiante luz que la cegó. «La Ventana de Verano», pensó al instante. Durante al menos tres semanas, más o menos, los vientos de la Franja de Tormentas se echaban a dormir, recolocándose y arremolinándose de nuevo cerca de los polos para volver a sacudir el mar implacablemente durante el resto del año. La oportunidad perfecta para navegar al oeste. Buscó al elfo con la mirada, pero ya había desaparecido. De repente, se sintió estúpida con aquel poncho calado, así que se lo quitó y lo tiró desinteresadamente al agua.

—Y yo que creía que me había hartado de tanto sol —dijo para sí misma mientras cerraba los ojos y se dejaba acariciar por aquella calidez. Después los abrió y contempló el paisaje de Nexo, completamente transformado.

Sobre las aguas revueltas que bebían del mar abierto flotaba el colosal portaaviones Cerchelario, una inabarcable mole de metal gris de más de 100.000 toneladas de peso y casi 340 metros de eslora. Su cubierta se elevaba decenas de metros sobre el nivel del mar y sobre ella descansaban más de una docena de aviones y helicópteros, que en ese momento estaban siendo desmontados y cargados en pesados montacargas, listos para ser almacenados dentro de la panza del barco. La torre de navegación de la nave se erguía orgullosa en uno de los laterales de su inmensa estructura, y coronando su techo, varias antenas de radar giraban sin cesar atolondradamente, barriendo el horizonte con una constancia infinita.

Tres imponentes destructores flotaban cerca de su hermano mayor, luciendo varias hileras de amenazantes cañones en su cubierta. En otra ocasión le hubieran impresionado por su tamaño, pero apenas parecían unos míseros botes salvavidas al lado del Cerchelario. Entre todas esas enormes embarcaciones, pequeños botes zigzagueaban dejando pequeñas estelas blancas, llevando suministros de aquí para

allí, alimentando a sus hermanos mayores con munición y pertrechos.

Tres solitarios megáfonos que colgaban como cocos de una farola emitieron un pitido horrible que rebotó por toda la bahía. La voz de cierto tipo bajito y malhumorado comenzó a berrear.

—Soldados, la Ventana de Verano ha llegado y vamos a activar inmediatamente el protocolo Rompeolas. La hora de partida a Ismer se ha fijado para las 18:00. Preséntense a su mando correspondiente para recibir instrucciones. Hoy escribiremos la primera página de este glorioso capítulo para la posteridad. Hoy comenzará nuestra venganza.

Lana se puso sus gafas de sol de aviador y disfrutó de un breve viaje en barca hasta el Cerchelario, que le recibió con la bahía de carga tan abierta como la boca de una ballena. Por dentro, la impresionante bestia marina era una maraña de pasillos, compuertas, rejillas metálicas y cientos de tuberías que parecían conducir a ninguna parte.

Tras ascender las tres cubiertas para la tripulación por unas angostas escaleras de rejilla, llegó al exterior. El asfalto de la pista, repleta de soldados y pertrechos, se había calentado tanto que parecía hecho de chicles mascados. Se acercó al borde para calcular un posible salto a las aguas de la bahía, pero se arrepintió al comprobar la enorme distancia que había desde la cubierta hasta el agua.

Se dio cuenta de que un tipo estaba haciendo exactamente lo mismo que ella unos metros más allá. Era él, sin duda, porque ningún otro gilipollas llevaría una espada a cuestas.

—¿Qué me dices? ¿Lo intentamos? —le preguntó al tipo, analizándole en secreto.

—No me he traído el bañador —bromeó.

Rayner Gurgess presentaba un aspecto lamentable. Lo que más gracia le hizo, además de su pelo enmarañado por la almohada y esa pelusa con calvas que pretendía ser una barba, fue que llevaba puesta una vieja chaqueta de estilo militar descolorida y llena de agujeros, repleta de parches, como si le sirviese de disfraz en aquel lugar plagado de uniformes recién estrenados. Como si esa espada negra que llevase a la espalda no fuese ya suficiente motivo para que le mirasen.

—No sé si me podrás ayudar... —Rayner se acercó a ella rascándose la cabeza—. Busco al sargento mayor Jonsy.

—Así que tú eres el espadachín —dijo mientras daba una vuelta alrededor de él—. Hemos oído hablar mucho de ti, Rayner Gurgess, porque no es normal ver este tipo de armas por aquí, si te soy sincera. ¿Qué es lo que hace?

—Me temo que no puedo decirlo —el hombre negó con la cabeza—. ¿Conoces al sargento mayor Jonsy? Unos soldados me han dicho que andará por aquí.

—¿Quién te ha enseñado a usarla? La espada.

—Alto secreto —dijo él—. Solamente puedo hablar de ello con Jonsy.

—Alto secreto... anda, ven.

Lana se acercó a un pequeño transporte de cubierta y recogió un par de palos

fluorescentes de la parte trasera, de esos que usaban los operarios para señalar a los cazas que podían despegar. Le lanzó uno a Gurgess y sujetó el otro con su mano derecha. El hombre lo miró como si fuese una sonda anal de otro planeta.

—En guardia —le advirtió.

Sin dejarle pensar, le atacó un par de veces, y Gurgess, como buen perrito entrenado, sacó sus reflejos a pasear y se defendió con un par de movimientos muy familiares. No necesitó nada más.

—Tenía que ser esa zorra —murmuró.

—¿Conoces a Ely?

—Así que buscas a Jonsy, eh... ¿qué más te han dicho sobre él? —le preguntó con suspicacia.

—Bueno, no sé si debería decirlo, la verdad. —Gurgess se volvió a rascar la cabeza, incómodo—. Los soldados del barracón no parecían muy contentos con él.

—Oh, vamos, no seas cenizo —le dio un golpecito con el palo—. A mí también me cae mal ese gilipollas. Venga, suéltalo.

—Bueno, me han dicho que es un subordinado. Y promiscuo. Y violento. Y malhablado. Y que bebe como un enano. Ah, y que es feo, bajito y peludo.

—No está mal... —Lana asintió lentamente, apretando los dientes.

—Ah, y también me han dicho que ha sido ascendido porque un Mariscal le ha enchufado.

Lana no pudo evitar arrearle con el palo fluorescente en la cabeza. El golpe fue tan intenso que lo partió en dos.

—¡Me cago en...! —Gurgess dio un par de pasos atrás, aturdido—. ¡Joder, casi me abres la cabeza! ¿A qué ha venido eso?

—Oh, perdona —dijo sin mucho interés, tirando el palo al suelo—, creía que serías mejor espadachín. Uno nunca debe bajar la guardia.

—¿Se puede saber qué os pasa a los elfos? —se quejó mientras se palpaba el chichón—. Parece que os gustase repartir estopa, joder.

—Soy una mestiza, capullo —se señaló las pecas de la cara—. No tengo ningún interés en ser confundida con una puerca elfa.

—Y yo soy un humano. —Gurgess se señaló la cara—. No tengo ningún interés en ser confundido con una puñetera piñata.

—¡Buena respuesta! —Dio un aplauso seco—. Me caes bien, espadachín. Tienes una buena cabezota en la que romper cosas.

—Bueno, el sentimiento no es mutuo... —la señaló, esperando su nombre.

—Lana.

—¿Lana a secas?

—Para ti, Lana a secas —gruñó.

—Oh, me alegro de que empecemos con tanta confianza. Puedes llamarme Rayner, entonces. Rayner a secas.

—No acostumbro a poner nombre a las piñatas.

—Las piñatas se rompen, a menos que pegues como una nena —sonrió.

—No tientes a la suerte, espadachín, porque soy zurda —a pesar de querer hacerse la dura, no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Algo captó su atención. El capitán Noden, el mandamás del barco, vestido con su uniforme impoluto de color blanco, había bajado de la torre de navegación para enseñar a sus dos invitados de honor la cubierta principal. Melvin Wallas y su pupilo paseaban despreocupadamente, observando todo con el desdén característico de alguna celebridad caduca, mientras escuchaban la charla insustancial del lameculos del capitán. Lana refunfuñó al ver a esa vieja gloria marchita, fijándose en su horrible gusto a la hora de elegir las camisas. El chico, con una evidente pinta de adolescente que merecía un buen sopapo, tal y como había sospechado, se acercó a una torreta antiaérea que había cerca de la borda, se encaramó a ella y comenzó a imitar sonidos de disparos mientras fingía derribar aviones. Se acercaron a ella. Cuando Lana se dio la vuelta, Gurgess ya no estaba.

—Señor Wallas, le presento a Lana Jonsy, todo un «ejemplar» de nuestro ejército. Prácticamente la única mestiza que tenemos. —Noden torció el morro, y la lista de caras pendientes de puñetazo de Lana aumentó en un nombre—. Jonsy y su recién formada compañía se encargarán de su seguridad y protección durante su estancia en La Quijada.

—Señorita Jonsy —el viejo mago le dio la mano solemnemente y le hizo una pequeña reverencia, como todo un caballero.

—No tengo mucho de señorita, así que no me vas a comprar con buenas maneras, Wallas. Ahorra saliva y guarda los peloteos para otros —tanta sinceridad descolocó al veterano mago—. Voy a vigilarte muy de cerca a cada minuto que pase.

—Estaré encantado de que me vigiles a mí también, chata —dijo el joven pelón, que se había acercado en un patético intento de ligar con ella—. Me llamo Evans, Liam Evans, y como habrás escuchado por ahí, soy un peligroso mago.

—Y un puto crío —respondió mientras le apartaba con una mano—, así que estate calladito y deja a los mayores hablar.

—Desde luego, ¡estamos en buenas manos, no hay duda! —Melvin soltó una carcajada sincera al ver el rostro furioso del chico. No parecía un fósil aburrido como los demás mariscales.

—¡Soy un mago! ¡No me puedes hablar así! —se quejó Liam, apretando los morros.

—Eres un aprendiz de mago. Serás un mago cuando yo lo diga —le regañó Melvin.

—Quién me mandaría a mí ponerme a fumar mierdas... —Liam se alejó con las manos en los bolsillos, enfadado.

—El señor Wallas es toda una leyenda entre los altos mandos más veteranos del Triunvirato, señorita Jonsy, así que espero que esté a la altura de esta responsabilidad —dijo Noden—. Esperamos grandes cosas de usted.

Lana estaba harta de escuchar la misma cantinela. Si iba a ejercer de niñera, por lo menos lo haría a su manera: tocando las pelotas a idiotas como él.

—Wallas, por lo que tengo entendido, los magos solamente respondéis ante el presidente Valarck —le tanteó.

—Así es —asintió él—, pero prometo portarme bien, no te preocupes.

—Capitán Noden, ¿cuál es el parte meteorológico para cuando el sol se ponga? —preguntó inocentemente mientras se soplaba los pelos del flequillo.

—Oh, pues nos espera una noche tranquila, sargento Jonsy. La Ventana de Verano resulta insultantemente predecible, y nuestra avanzada tecnología de escaneo del fondo marino nos permitirá encontrar rutas seguras con gran eficiencia. Quién me diría que la misión más tranquila de toda mi carrera iba a ser cruzar este maldito océano, que tantos barcos ha hundido —dijo con orgullo—. El Dios Hermoso bendice nuestro viaje.

—No me gustaría desperdiciar tal regalo divino, entonces. —Lana miró al cielo—. ¡Deberíamos aprovecharlo! Había pensado en hacer una pequeña cena al aire libre bajo la luz de las estrellas para conocernos un poco mejor.

—¡Qué deliciosa idea! —Wallas sonrió cómplice.

—Creo que no está pensando con claridad, sargento Jonsy, porque zarpamos a las seis en punto, tal y como indicó el Mariscal Roch —el capitán señaló su reloj insistentemente—. Vamos a dejar la tierra firme atrás antes del anochecer, así que no creo que tenga tiempo de organizar... *picnics* bajo el cielo nocturno.

—¿Quién ha dicho que la cena vaya a ser en tierra firme?

## Las estrellas moribundas

**A**PROXIMADAMENTE a la seis de la tarde, los cuatro potentes motores del portaaviones Cerchelario rugieron e hicieron vibrar el inmenso casco como si estuviese hecho de gelatina. Los dientes de Rayner traqueteaban cada vez más según aumentaban las revoluciones, y por un momento pensó que el casco de aquella bestia se estaba abriendo paso por tierra firme en vez de por mar. Las mastodónticas hélices del barco removieron las aguas tranquilas con decisión, creando un oleaje tan intenso que sepultó la playa y removió la basura del fondo de la bahía. Comenzó su paso, lento pero firme, hacia el horizonte que marcaba su objetivo, hacia el atardecer, hacia el oeste.

Hacia Ismer.

Cuando escaparon del abrazo de la Bahía de los Pies Mojados, echó un vistazo atrás desde la popa. Observó Nexo, indiferente ante su partida, y contempló cómo el inexorable avance de la criatura metálica creaba una ancha estela de espuma, dejando un inestable reguero de migas de pan. El cielo del atardecer le sonreía con la visión de unas pocas y agradables nubes algodónadas, anunciando que pronto se iría a dormir. Había toque de queda durante la noche para evitar accidentes, y después de la cena, a las nueve en punto, todo el personal fuera de servicio tenía que estar guarecido en los agobiantes camarotes. Viendo la altura a la que quedaba el nivel del agua respecto a la cubierta, le pareció una orden sensata; si alguien cayese al mar de madrugada, nadie le escucharía gritar. Por un momento, se imaginó siendo dejado atrás en las frías aguas, flotando mientras observaba cómo la esperanza se alejaba, cómo la oscuridad le rodeaba, y sintió una descarga de terror. Tenía un miedo horrible a la oscuridad, pero ni siquiera Alisa lo sabía. Le parecía un miedo infantil, poco digno de un adulto, así que no se lo había contado a nadie.

Una hora después de zarpar y dejar la costa atrás, Cerchelario cortaba el oleaje en alta mar con una indiferencia digna de un gigante. «Adiós, Ordann». Le esperaban siete días de largo viaje por ese particular desierto de color azul oscuro aparentemente inofensivo, pero no podía olvidar que esas amables aguas ocultaban afiladas formaciones submarinas capaces de perforar el casco más grueso, convirtiéndose en trampas mortales para aquellos barcos que se desviasen lo más mínimo de la ruta más segura. Muchos marineros habían intentado llegar a Ismer a lo largo de los siglos, pero antes de la invención de los sónares y los mapas submarinos, aventurarse más allá del límite de la Franja de Tormentas era poco más que un suicidio, por muy experto navegante que se fuese. Algunos de esos pinchos submarinos anunciaban su presencia asomando sus amenazantes puntas sobre el agua, pero la mayoría estaban sumergidos maliciosamente justo debajo de la línea de flotación, dispuestos a rasgar a su próxima víctima.

En aquel momento el paisaje era desolador, desértico, pero después de lo que

pasó en Puerto del Duque, Rayner agradecía estar tan lejos de la marabunta de la civilización, tan lejos de los problemas. El sol de la tarde comenzaba a acercarse peligrosamente a la línea del horizonte y tiñó el espejo marítimo con su característico tono rojizo, pintando las angulosas formas del portaaviones con sangrientos colores carmesí. El Cerchelario no tenía mucha personalidad ni colorido, algo habitual en los vehículos diseñados para matar, pero bajo esa luz parecía un transporte mágico y único. La imponente sombra de la torre de control se recortaba frente a las nubes escarlatas, y los radares sobre su techo se agitaban como la cabeza de alguna criatura fantástica que husmeaba el ambiente. El susurro del mar acompañaba al fascinante panorama con una banda sonora perfecta, cantando una agradable nana que invitaba a una plácida siesta. Se sintió como un pionero a bordo de una galera, navegando en busca de aventuras hacia costas vírgenes y misteriosas.

Recordó la insistencia de Alisa para que se apuntaran a hacer un crucero por el Mar Estival, para pasar el día bebiendo cócteles y tomando el sol mientras veían pasar costas remotas. Le había sacado el tema unas cien veces, pero Rayner nunca estaba por la labor. Era otro de esos planes que jamás llegaron a hacer juntos, otra espinita en su corazón que le recordaba que se comportó como un auténtico idiota. Ya no podía hacer nada por cambiar las cosas.

—Tú debes de ser Gurgess —le dijo un soldado que se acercó a él.

—Oh, ¿sargento mayor Jonsy?

El tipo se echó a reír a carcajadas.

—¡Los dioses me libren de ser Jonsy! —dijo mientras se secaba una lágrima que le había caído por la mejilla—. Te has confundido, espadachín. Soy el sargento James Alastor, y para mi desgracia, estoy a las órdenes de Jonsy. Digamos que soy su hombre de confianza.

—Encantado —le extendió la mano, pero en vez de estrechársela, el tipo le dio una palmada amable en la espalda.

James Alastor era un soldado joven, fornido, que apenas debía haber pasado los veinticinco. Su pelo estaba casi rapado al cero por las sientes, dejando una estrecha mata de pelo rubio justo en medio de su cabeza; lejos de tener un aspecto amenazador, el chico tenía una cara agradable y amable. Ojos pequeños y brillantes, nariz chata, y una voluminosa mandíbula afeitada que sujetaba una contagiosa sonrisa. Rayner no pudo evitar arquear las cejas al ver que su brazo sujetaba una tabla de surf adornada con el dibujo de un buitre fumando un puro.

—Sí, lo sé... la acabo de recoger en intendencia, y voy a meter esta preciosidad en mi camarote, porque es lo más parecido a una pareja que voy a tener una vez que lleguemos a las costas de Ismer. ¡Voy a ser el primero en cabalgar las olas ismerenses, ya verás! ¿Te parece raro?

—No... siempre hay una primera vez para todo —sonrió.

—¿Te gusta el surf, Gurgess? Ver el mar así, quieto como una sopa, me resulta un coñazo. Mi hermano pequeño solía decir que la sopa es la comida más sosa, y viendo

este panorama, creo que tiene razón. Las olas de los días de tormenta, sin embargo... ¡Buf! ¡Increíbles! Cuando vuelvo a casa los días de permiso, me gusta llevar a mi perro a dar largos paseos por la costa, o salir a coger olas con mi hermano y pasarnos todo el día en el agua revuelta, hasta que nuestros dedos parecen pasas de lo arrugados que están. ¡Deberías probarlo!

—Nunca lo he probado. Bueno, digamos hay muchas cosas que no he probado aún —confesó con cierta vergüenza—. Mi novia hubiera estado encantada de verme practicar algo de deporte. Le encantaba el mar y la playa.

—Ah, las novias, siempre pidiéndote que cambies —sonrió—. Supongo que ahora no podrá quejarse, al saber que estás aquí. Se hace mucho deporte en el ejército.

—No... ella está... bueno, estuvo en Puerto del Duque.

—Oh. —Alastor se avergonzó de su torpeza—. Lo siento, Rayner. Vengaremos su muerte, colega —le agarró del hombro.

Ni siquiera había pensado en la idea de vengarse por lo ocurrido. ¿Qué clase de novio era? Estaba seguro de que cualquier otro estaría deseando matar unos cuantos ismerenses en la primera fila del frente.

—Sí, la vengaremos —repitió en alto, solamente para saber cómo sonaba esa palabra en sus labios—. Y cuando acabemos, quizá algún día te acompañe a hacer surf por alguna playa ismerense —añadió.

—¡Esa es la actitud! —Alastor le chocó los cinco con entusiasmo—. Pero te lo advierto: una vez que lo pruebas, es imposible dejarlo.

—Por eso no te preocupes, porque soy especialista en dejar cosas a medias...

—Una promesa es una promesa, así que ahora no te vengas atrás. —Alastor desprendía una especie de entusiasmo puro, infantil, dicharachero—. Pero primero, ¡tendrás que cambiar esa espada por una buena tabla! ¡Menudo bicho más grande! ¿Dónde la conseguiste?

—La compré en el mercadillo de Puerto del Duque —le contestó. Si aquel desgraciado que se la vendió llega a saber su verdadero valor, no se hubiera desprendido de ella ni por todo el oro del mundo.

—Menuda inversión. ¿Y cuánto te costó?

«Once soles», pensó. «Once míseros soles del bolsillo de mi bañador que me salvaron la vida».

—Todo —respondió.

—Oh... —Alastor se rascó la cabeza. No parecía el tipo de persona que se sentía cómoda fuera de las sonrisas y el buen rollo—. Bueno, Rayner Gurgess, si quieres conocer a Jonsy, preséntate a las diez aquí, en cubierta.

—Creía que había toque de queda a las nueve.

—¡Yo también lo creía, pero con Jonsy nunca se sabe! —le gritó mientras se alejaba con su tabla.

Se acercaba la hora de la cena, y poco a poco la escasa tripulación que



permanecía en cubierta comenzó a retirarse por las escotillas y puertas. Se echó en la pequeña cama de su agobiante camarote y cerró los ojos. Rayner tenía el increíble superpoder de poder dormirse en cualquier lado en un tiempo récord, y ni siquiera todas sus dudas y temores lograron mantenerle despierto. La alarma de su reloj sonó a las diez menos cinco de la noche, y se dirigió en dirección a la cubierta exterior a través de las entrañas del barco. Llevó la espada consigo, como siempre hacía, porque se sentía incómodo al dejarla atrás, como si le faltase el motivo por el que estaba allí, como si le fuesen a tirar por la borda al descubrir que no tenía nada de especial cuando no la empuñaba.

Era una noche sin lunas. Más allá de los bordes de la cubierta y de sus fugaces luces de posición, la oscuridad más absoluta envolvía al océano, y la presencia de sus aguas solamente se podía intuir por las irregulares líneas que formaba el débil reflejo del anillo de Gevangenien. Por si el terror de la oscuridad no fuese suficiente, se sintió terriblemente insignificante al atisbar el increíble diámetro de su planeta, de ese pedazo de tierra que surcaba el inabarcable universo sin descanso.

Rayner, que había crecido en las entrañas de una gran ciudad, nunca había contemplado el cielo nocturno lejos de la omnipresente contaminación lumínica, así que se quedó embobado al levantar la cabeza y mirar a través del cristalino aire de alta mar. Ante él se reveló un firmamento plagado de miles de pequeños puntitos rojizos que brillaban con esfuerzo en un precioso desorden. «Las enanas rojas», pensó al instante; no las llamaban así por referencia directa a los enanos pelirrojos, que poco interés mostraban por lo que flotaba sobre sus cabezas, sino que debían su denominación al hecho de que eran estrellas que se consumían lentamente en la última etapa de sus vidas, agonizantes, emitiendo un triste brillo rojizo, siendo apenas una sombra de lo que una vez fueron.

Recordó aquellas visitas al planetario que hizo de pequeño, donde alucinantes proyecciones le hablaban de que su universo era viejo, muy viejo, y las estrellas, tras millones de años de existencia, daban sus últimos coletazos antes de extinguirse definitivamente. Las nebulosas habían dejado de crear nuevos reemplazos para los astros muertos, y la existencia misma se sumía lentamente en un frío melancólico que llegaría en unos cuantos millones de años, cuando, probablemente, ya no quedase nadie para ver el final definitivo de las cosas. Era un pensamiento descorazonador, agobiante, pero por suerte para ellos, Gevangenien giraba alrededor de uno de los pocos astros dorados que aún no había llegado a su vejez. El Sol Corazón; así lo llamaban los que buscaban significados donde no los había. Su insistencia por seguir brillando, por seguir dando vida a Gevangenien, era tan obstinada que el apodo no resultaba inapropiado.

Miró hacia la proa y divisó una suave luz anaranjada brillando a ras del suelo, como si una de esas estrellas hubiera aterrizado en la cubierta. Se acercó lentamente. Cuando llegó a su destino, descubrió que aquel destello que rompía la oscuridad reinante no era más que la luz emitida por media docena de farolillos eléctricos

colocados en un pequeño círculo. Su brillo desprendía una extraña sensación de calidez y seguridad, y alrededor de ese simulacro de hoguera encontró varias siluetas sentadas en el suelo.

—¡Espadachín, aquí! —reconoció la voz de la mujer que había conocido ese día—. Siéntate con nosotros; te estábamos esperando.

Se acercó a él, con su largo pelo rojo suelto sobre sus hombros, enseñando sus largas orejas. Era preciosa, y en cierto modo le recordó a las elfas como Ely, pero sus pecas ya le habían chivado que era mestiza.

—Esto sí que no me lo esperaba. —Rayner miró alrededor desconcertado—. Busco al sargento mayor...

—Jonsy. Lana Jonsy —la mujer se señaló.

—¿Qué?

—Yo. Yo soy Jonsy, capullo.

—Esto sí que no me lo esperaba —repitió.

—Qué, ¿esperabas que me colgase un puto badajo entre las piernas?

—No, no soy especialmente fanático de los badajos, así que me alegro —sonrió.

—Entonces nos llevaremos bien. Siéntate junto al fuego. —Lana dio una pequeña patada a una de las lámparas. Parecía su particular manera de señalar las cosas—. Espero que tengas alguna historia de terror que contar mientras esperamos a la cena, porque esto es lo más parecido que tendré a todos esos campamentos de verano que me perdí de pequeña.

—Alguna tengo —advirtió.

Rayner se quitó la vaina de la espada y se sentó sobre el asfalto de la pista de despegue, colocándose entre esas siluetas extrañas que le miraban atentamente. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la nueva fuente de luz, y observó cómo los rostros de sus nuevos compañeros reflejaban los colores cálidos y proyectaban sombras que perfilaban de manera inquietante rasgos, sonrisas y arrugas.

—Hablando de historias terror... después de trabajar con Lana tanto tiempo, yo me sé unos cuantos relatos sobre ella que os dejarán sin sueño —bromeó Alastor, que estaba sentado frente a él—. Hubo una vez en la que un pobre burro fue a cruzar una carretera y...

—¡Calla, idiota! —Lana le pegó un sonoro capón al sentarse a su lado—. Señoras y señores, señoritas y señoritos, humanos y enanos, bienvenidos a la primera y particular reunión de la Compañía de Escolta M-2.

—¿Compañía de Escolta M-2? ¿Así nos llaman? Es un nombre horrible.

—Lo es, pero así figuramos en el registro. —Lana alzó los hombros—. Dicen las malas lenguas que se nos está empezando a conocer como la Compañía Parcheada, porque como bien sabréis, somos una especie de mural hecho de una decena de parches remendados que ni yo misma entiendo demasiado bien.

—¿La Compañía Parcheada? —dijo Alastor—. No es que sea mucho mejor...

—Cállate, pedazo de mierda. —Lana era tan bella como malhablada—. El motivo

que nos une es común para todos: como sabréis, estamos aquí para escoltar a nuestro valioso héroe de guerra, *sir* Melvin Wallas, aquí presente, que ha vuelto de su retiro para echarnos una mano en la invasión.

Los asistentes a la improvisada reunión aplaudieron y dirigieron sus miradas al hombre que estaba a su lado. Rayner se había sentado justo al lado de Melvin Wallas y ni siquiera se había dado cuenta. Esa misma tarde se había escabullido silenciosamente con tal de no conocerle, pero admitió que tarde o temprano debía llegar ese momento. Desde tan cerca, hasta las más pequeñas arrugas del hechicero más veterano de Tres Mares eran subrayadas por las sombras, endureciendo sus gestos y haciéndole parecer más imponente de lo que era.

—Gracias por la presentación, señorita Jonsy —el anciano parecía disfrutar especialmente con las adulaciones y los aplausos—. Soy de la vieja escuela, donde uno debía conocer a las damas y los caballeros que le acompañaban, así que me gustaría mucho saber de vosotros.

—En ese caso, creo que deberíamos presentarnos oficialmente para romper el hielo —dijo Lana—. A mí ya me conocéis, y los que os atreváis a tocarme los ovarios, me conoceréis mejor. Para mi puta desgracia, yo me comeré las broncas dirigidas a vosotros ante los Mariscales, así que más os vale portaros bien. Esto va por ti, Liam Evans. Si vas haciendo el idiota por ahí con tus recién descubiertos poderes, habrá consecuencias.

Rayner reparó en el muchacho sentado junto a Melvin. Era delgado, huesudo, y no debía ni tener la mayoría de edad. ¿Ese era un peligroso mago?

—No, señorita, jamás se me ocurriría montar un jaleo. —Liam mostró una sonrisa burlona—. Por cierto, ¿cuándo vamos a practicar con las armas? Me gustaría pegar un par de tiros —estiró sus dedos índices y empezó a ametrallar al aire mientras lanzaba salivazos.

—No te vas a acercar a ningún arma, niño, al menos mientras yo viva. —Lana le lanzó una mirada que asustaría a un troll—. Bastante peligroso eres ya como para darte un fusil.

—¡Me muero de hambre! ¿Cuándo llega la cena? —Alastor se ganó otra colleja por su comentario.

—Todo a su tiempo, cabeza hueca. Mientras tanto, podrías levantarte y decir algo, si es que tienes alguna neurona despierta.

—Bueno, veamos... yo soy el sargento James Alastor. Soy de Nueve Hermanas, de Sules, y me gusta el surf.

—No me jodas. —Liam pareció darse cuenta de algo. Resopló.

—¿Qué más puedo decir? —Alastor miró a Lana y levantó los hombros, pidiendo ayuda—. Me siento como en una reunión de exadictos o algo así.

—Me interesa que conozcáis a Alastor, porque es el segundo a bordo; todas las quejas que tengáis, todas las súplicas y lloros... van para él directamente.

—¡Ya empezamos! No es justo, no puedes encasquetarme las quejas, tú eres la

jefa y es tu responsabilidad...

—¡Siguiente! —gritó Lana, después de chuparse un dedo y metérselo por la oreja a Alastor—. Piltrafilla, haz que me sienta orgullosa.

Un muchacho esmirriado que parecía estar hecho únicamente de hueso y tendón se levantó lentamente. Estaba visiblemente nervioso y parecía que se iba a descoyuntar en cualquier momento. Era un poco más mayor que Liam, pero el uniforme de camuflaje le quedaba tan grande que no daba el pego como soldado.

—Cabo Ipkis, para servirla, señora —el muchacho se cuadró ante Lana.

—A mí no, pedazo de gilipollas, preséntate a ellos. Madre mía, y a este tipo le dejan llevar un fusil...

—Oh sí, perdón —el chico se giró hacia los demás—. Me llamo Gorgen H. Ipkis, y soy de Dinal, una pequeña ciudad cerca del Mar de Lumnas. Tengo veintiún años y... bueno, me gusta...

—Le gusta Jonsy. —Alastor se ganó un capón aún más doloroso.

—Yo... eh... me alisté en el ejército porque...

—No les cuentes toda tu puñetera vida en este momento, Ipkis —le interrumpió Lana—, guarda algo interesante para la segunda cita, que es cuando echas el polvo. El cabo Ipkis, aquí presente, también conocido como Roedor, Cagueta, Meón o Temblores. —Liam lanzó una solitaria carcajada al escuchar los motes—, es nuestro experto en comunicaciones. Si queréis llamar a casa o gastar una broma telefónica a los Mariscales, acudid a él.

—No... no me parece correcto usar recursos del ejército de esa manera para...

—Por los dioses, Ipkis, era una puta broma. ¡Siguiente!

Una mujer humana se levantó. Iba vestida con unos pantalones de camuflaje, unas botas negras y una camiseta de tirantes verde que dejaba al aire sus hombros. Tenía la piel de color café con leche, tersa y apetecible, y lucía unos preciosos ojos color marrón claro. Su frondoso pelo negro crecía encantadoramente abultado, con unos rizos naturales perfectamente definidos, y su rostro sureño deslumbraba con un especial atractivo exótico que encandiló a Rayner, mezclando rasgos duros con otros delicados y encantadores. La chica sonrió, y unos perfectos dientes blancos aparecieron entre sus carnosos labios.

—Soy el cabo Shawnla Oryul, tengo veintiséis años y viví en Astiago hasta los dos años de edad, pero mis padres emigraron a Tres Mares cuando comenzaron los disturbios políticos, antes del golpe de estado, así que soy prácticamente nativa. Hablo cinco idiomas de manera fluida y tengo un máster en Estudios Históricos, aunque eso no me impide repartir tiros cuando hace falta.

—Una señorita de armas tomar y con cultura de sobra, nada más y nada menos. Fascinante. —Melvin le hizo una elegante reverencia. «Viejo lobo», pensó Rayner.

—Gracias, Shawnla —dijo Lana—. Nuestra querida Shawnla, alias Balbuceos, es resuelta en combate, pero ha venido con nosotros porque es una fanática de la Historia, con mayúscula inicial, y conoce todos los rumores que nos han llegado

sobre Ismer y sus gentes.

—No son más que historias y habladurías, pero supongo que de algo servirán.

Shawnla sonrió y su mirada se cruzó con la de Rayner durante un suspiro. Pudo ver cómo ella frotaba su colgante con los dedos; era un pequeño sol de gesto sereno. «Una chica piadosa».

—Bien, sigamos con las presentaciones. ¿Qué hay de nuestros dos enanitos gemelos?

Los enanos de pelo cano eran prácticamente idénticos, casi como dos gotas de agua. Los dos llevaban unas estrafalarias gafas protectoras en el cuello y unos chalecos de cuero, como si fueran a montarse en una moto en cualquier momento. Las extrañas dagas que colgaban de sus cinturones delataron su profesión. «Espalderos», pensó Rayner al momento.

—Yo soy Ogsu Gopples —dijo uno de ellos, haciendo mover los pelos de su perilla cada vez que abría su mandíbula—, y este de aquí Yisu Gopples. Solamente os pido una cosa: no nos confundáis, por favor, porque la bromita nos hizo gracia los primeros diez años, y ya se acabó. Ahora no quiero que me confundan con este devorador de lechuga.

—El sentimiento es mutuo —murmuró Yisu.

—Callaos ya, bolas de pelo, que me toca. ¡Aquí llega lo bueno! ¡Lo que estabais esperando!

El chico delgaducho se puso en pie de un salto. Llevaba el cinturón caído, las zapatillas mal atadas y se había puesto una chaqueta plagada de bolsillos y tachuelas. Era solamente un crío, pero destilaba confianza por los cuatro costados.

—Me llamo Liam Evans y soy un peligroso mago; un asesino letal que pronto aprenderá el increíble toque orgásmico con el que dominará el mundo. Es un movimiento muy peligroso, así que esconded a vuestras mujeres.

—Cuántas veces te tengo que decir que el «toque orgásmico» no existe. —Melvin negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que me mientes; lo quieres guardar para ti, viejo verde.

—Por enésima vez: No me llames viejo, o te tiro por la borda, chaval.

—Siéntate, niñato. Bueno, ya estamos todos... todos menos uno. Nos queda nuestra incógnita. ¿Qué haces aquí, Rayner Gurgess? —Lana le señaló—. No sabía que el moderno ejército de Tres Mares necesitase de expertos espadachines.

Todos le miraron intrigados. Rayner se levantó y carraspeó. Wallas le observó atentamente con una mirada sibilina, y la luz de las lámparas acentuó su gesto de manera inquietante. Miró de reojo la espada. Lo sabía. De repente, pasó de parecerle un amable anciano a imponerle un escalofriante respeto.

—Bueno, me llamo Rayner Gurgess y soy... —pensó en lo que era, en cómo se definiría con una palabra, pero no supo contestarse a sí mismo. Era poco más que un vagabundo—. Bueno... es complicado.

—Alto secreto, ¿eh? —Lana le miró intrigada—. Vamos, ilumínanos con alguna

pista.

—Estoy seguro de que el señor Gurgess no se sentirá muy cómodo hablando de estos temas delante de todo el mundo —interrumpió Wallas, molesto.

—Los chicos del barracón ocho estaban haciendo apuestas sobre cuánto va a durar vivo en el primer tiroteo que tengamos —dijo Alastor.

—La verdad es que nuestro espadachín llama la atención. —Lana jugueteaba con algún pensamiento—. ¡Podría ser nuestra mascota! —exclamó con una sonrisa—. Creo que necesitamos un mote mejor para nuestro particular caballero andante. No podemos dejar que Ipkis se los lleve todos.

—Lo que me faltaba. —Rayner suspiró.

—Necesitamos algo sencillo, algo con garra. —Lana se llevó la mano a la barbilla, reflexionando.

—¡Mondadientes! —dijo Liam al momento, y Shawnla se echó a reír de una manera tan sincera que todos supieron que había dado en el clavo. Le lanzó una sonrisa cómplice tan bonita que casi no le importó.

—Me gusta. Mondadientes, Mondadientes. —Lana lo vocalizó, intentando sacar el jugo de cada letra—. Es denigrante, pero no humillante del todo, justo como debe ser un buen mote.

—Los míos son humillantes —se quejó Ipkis.

—Gracias a todos por vuestro esfuerzo. —Rayner se tomó la derrota con humor—. ¿Queda alguien más que necesite un mote?

—Nadie se ha atrevido a ponerme uno a mí —dijo una voz profunda y cavernosa.

El temeroso cabo Ipkis soltó un gritito agudo de terror al ver lo que aguardaba de pie más allá del círculo. Frente a ellos se situaba la gigantesca silueta de una criatura de más de dos metros de alto y uno y pico de ancho, con unos brazos tan gruesos y fuertes que parecían dos troncos pelados con dedos en vez de ramas. La piel de la bestia era de color ocre y sus antebrazos estaban plagados de grandes pelos negros que brotaban caóticamente, enredándose entre ellos, y su pecho era tan amplio que una persona acurrucada se podría haber dormido entre sus costillas sin muchas incomodidades. «¡Un orco! Jamás había visto a uno en persona», pensó Rayner. A pesar de su aspecto de salvaje, la bestia iba vestida con un sencillo pantalón marrón, un chaleco desabrochado y llevaba colgando un pequeño delantal manchado de salsa.

—¡Sabía que Ipkis sería el primero en soltar un grito! Me debes cinco billetes, rubito, así que afloja. —Lana extendió su mano y Alastor, de mala gana, colocó en ella un billete de cinco soles—. Señoras y señores, esta mole gigante es Gork Rugn... Gork Rund... mierda... Gork... Rugderrn, si no lo he pronunciado mal.

—No está mal, Jefa Jonsy —dijo la criatura, que llevaba una voluminosa fiambarrera a modo de mochila. La dejó en el suelo y abrió delicadamente la cremallera usando sus brutales dedos.

Rayner no había visto a un orco en su vida pero, aunque había visionado miles de vídeos e imágenes de ellos en las noticias o en los documentales, seguía sintiendo que

se encontraba ante una criatura de otro planeta. Gork era enorme, más bien colosal, y amenazador, muy amenazador, imponiendo respeto solamente por el hecho de respirar. Su rostro era de lo más fascinante. Tenía los ojos grandes y muy juntos, una nariz de agujeros anchísimos, y de sus gruesos labios asomaban dos afilados colmillos inferiores que le atravesaban las mejillas. Tenía el pelo negro y peinado hacia atrás, y unas largas patillas que crecían en sus sienes se juntaban con una fina barba de pelos retorcidos.

—El señor Rug... Rugd... —Lana frunció el ceño, frustrada— joder, Gork, va a unirse a nuestro pelotón como parte del programa de entrenamiento conjunto de las Fuerzas Armadas de Tres Mares y las Islas Salvajes. Desgraciadamente, o por fortuna, según se mire, los guerreros más feroces han sido asignados al frente de invasión, así que nos ha tocado un orco con ínfulas de cocinero, ¿no es así, Gork?

—Efectivamente. Me meto seis o siete comidas al día entre pecho y espalda desde que tenía dos años, así que me pareció una buena idea dedicarme al arte de la cocina.

—Aquí donde le veis, Gork es un chef cojonudo, o eso me han dicho, así que le he encargado que nos traiga algunos platos caseros.

—¡Comida! ¡Por fin! —El rostro de Alastor se iluminó.

—Y cervezas —añadió el orco, que usó dos de sus gordos dedos para sacar un botellín de la fiambarrera.

—¡Oh! ¡Has conseguido las cervezas de los Mariscales! No podía ser una noche más perfecta. —Lana miró al cielo y agradeció a las estrellas aquel regalo.

—Eh, grandullón, pásame una de esas birras. —Gork lanzó un botellín a Liam, pero Melvin se lo arrebató de las manos.

—Tienes diecisiete años, chaval. El año que viene hablaremos pero, hasta entonces, vas a beber limonada como los buenos chicos. Tranquilo, que ya me la bebo yo por ti.

—Joder, abuelo, ¿me llevas a una puñetera guerra y ni siquiera puedo beber una mísera cerveza? Estoy seguro de que me he pillado más pedos que tú en toda tu vida.

—Gork, ¿qué tenemos para cenar? —preguntó Lana después de refrescarse el gaznate.

—Desgraciadamente, la cantina no tiene un menú muy variado, así que ya que he saqueado la despensa de los Mariscales, me he llevado algunos ingredientes especiales. Os he hecho unas piezas de pollo al horno con cebolla caramelizada, clavo y setas —el orco sonrió de nuevo. Pese a su fiero aspecto parecía bastante amable y dócil.

—Huele de maravilla. —Ogsu se frotó las manos, expectante.

—¿Hay algún menú vegetariano? —se quejó Yisu, torciendo el morro.

—Tengo ensalada para los chicos más sanos. —Gork le lanzó un recipiente de plástico lleno de lechuga y trozos de fruta.

—Hala, ¡declaro inaugurada la Compañía Parcheada!

Lana alzó su cerveza solemnemente y los demás hicieron lo mismo. Se la bebió

de un trago y la lanzó al mar.

—Y ahora, a comer, ¡coño! Pásame un plato, mierdecilla.

El pollo con setas estaba delicioso, y pronto todos los miembros de la recién formada compañía perdieron la vergüenza y felicitaron al monstruoso chef con apretones de manos y piropos. Gork, previsor, se había reservado tres pollos completos para él solo. «No me extrañaría que pudiese zamparse una vaca entera», pensó Rayner al verle masticar los huesos del animal y tragárselos como si estuviesen hechos de gelatina.

Durante la cena compartieron anécdotas, se rieron y se conocieron mejor, y a pesar de lo extraño de aquel encuentro al aire libre, Rayner no pudo encontrar la noche más encantadora y memorable. Observó los rostros de sus nuevos compañeros y sintió que estaba en el buen camino para encontrar algo que le ayudase a definirse a sí mismo. Un lugar en movimiento, frágil, voluble, que posiblemente se desharía en breve, pero al menos era algo en lo que centrarse, algo por lo que luchar; era una sensación que había echado mucho de menos.

Durante su repaso a la extraña reunión se encontró de nuevo con los ojos observadores de Wallas. El mago ni siquiera parpadeó y le contuvo la mirada hasta que Rayner no tuvo más remedio que apartarla. Sintió un escalofrío; a nadie le convenía tener como enemigo al que un día fue el hombre más poderoso de Tres Mares.

Shawnla se sentó a su lado y le comenzó a contar leyendas sobre Ismer, y por primera vez en mucho tiempo, Rayner prestó especial atención a la lección. Todo iba como la seda, pero por desgracia, la sobremesa fue interrumpida súbitamente por un visitante no deseado.

—¡Sargento mayor Jonsy! ¡¡Se puede saber qué pasa aquí!! —gritó una sombra que se acercaba al círculo a zancadas.

—Mariscal Roch, qué sorpresa. Estamos celebrando una cena de bienvenida para conocernos un poco mejor...

—¿¿Cena de bienvenida?? Jonsy, ¡está en la cubierta de un transporte militar! ¡Esto no es un campamento de verano! ¡Hay una disciplina que seguir! —La vena de su sien palpitaba hinchada.

—Yo he pedido el permiso; con eso debería bastar. —Wallas se levantó y se colocó frente a Roch, desafiante—. Hola, Scott. Cuánto tiempo sin verte.

—Debía saber que tú andabas detrás de esto, vejestorio. Informaré al presidente Valarck en persona.

—Oh, llámale, por favor; conociéndole, estoy seguro de que estará encantado de escuchar tus quejas sobre la insubordinación de tus tropas. ¡Por una mísera cena, ni más ni menos! Eso te dejaría en un buen lugar.

—No vas a volver a conseguir dejarme en ridículo desacreditando mi mandato con tus caprichos. Habrá represalias; no lo dudes, vieja gloria pasada de moda —gruñó con un odio visceral, a punto de explotar—. Esto no quedará así.



El Mariscal se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad. Rayner le vio tan tenso que pensó que en cualquier momento le vería explotar como una sangrienta piñata de rabia.

—¿Nos hemos metido en un lío, sargento Jonsy? —Shawna parecía preocupada.

—Para nada, chiquilla —se adelantó Melvin, que le regaló una amable sonrisa—. No os preocupéis; no es la primera vez que bailo con el señor Roch y me conozco sus mejores pasos. Mientras estéis bajo mi protección, no tendrá autoridad para haceros nada.

—Y cuando no lo estemos, pelaremos patatas el resto de nuestros días, así que tenemos un motivo más para aprovechar las libertades que nos brinda nuestra privilegiada situación. —Lana remató una cerveza entera de un trago.

Rayner asintió. Después de todo, con todos sus planes de futuro evaporados, solamente le quedaba vivir el momento. Allí estaba, sentado en uno de los barcos más grandes del mundo, rumbo a una tierra ajena y misteriosa, con una espada única en sus manos.

La espada. La espada le había llevado hasta allí. Sin ella no sería más que cenizas. Rayner se apartó discretamente del grupo y se acercó al límite de la proa. Cuando se quedó a solas, la desenvainó, y contempló cómo su hoja negra tapaba las estrellas. Sobre el tapiz nocturno, su perfil resultaba prácticamente invisible. La agitó en el aire, y el filo cortó el viento con un ruido seco una y otra vez. Era preciosa, fascinante.

Entonces, escuchó una voz sibilina y susurrante.

*«Mátalo».*

¿Lo había imaginado? No, no había bebido más que un par de cervezas. Era imposible. Absorto, se acercó a la hoja y la acarició a pocos centímetros de su rostro, asustado por la posibilidad de que aquel objeto estuviese maldito. No podía estar volviéndose loco. Los locos nunca eran conscientes de que se estaban volviendo locos.

—Gurgess —alguien le sobresaltó a su espalda.

—Wallas. —Rayner tardó un momento en bajar el arma.

Lejos de los faroles, el mago no era más que una silueta oscura con dos pequeños reflejos tintineantes a modo de ojos.

—Susurrabas algo... parecía que estuvieses manteniendo una conversación con tu arma —le dijo con tono sombrío.

—No digas tonterías. Solamente es una espada —dijo mientras se apartaba de él.

## La Herida

**H**ABÍA llegado el día.

Desde la cubierta del portaaviones Soliantera, las costas de Ismer eran poco más que una línea borrosa sobre el mar. Las trazas de bruma que se enredaban sobre la orilla le recordaron al dulce humo de su tabaco, y el deseo de llevarse un pitillo a la boca hizo que juguetease con su mechero de cierre, abriéndolo, rascando una llama y cerrándolo con rapidez. Había cultivado sus vicios durante muchos años, y probablemente le costaría otros tantos perderlos. No importaba: si algo le sobraba, era tiempo.

Quizá ese recuerdo del humo hizo que Ismer le resultara tan terriblemente familiar a primera vista. Erwann conocía Ordann al dedillo, tanto que su prodigiosa memoria le permitiría dibujar cada costa, cada bosque y cada ciudad con un detalle envidiable, así que se sintió decepcionado al otear el paisaje y no sentir esa excitante sensación de estar explorando algo nuevo.

—Un mensaje para usted —un soldado le entregó un sobre cerrado. Se marchó sin hacer preguntas, perdiéndose entre el caos de la cubierta, así que supuso que sería otro peón en el juego, haciendo su trabajo sin rechistar, sin pensar en las consecuencias que podrían tener sus actos.

Ya tendría tiempo de leerlo; lo deslizó en el bolsillo interior de su chupa y bostezó. Los elfos apenas necesitaban un par de horas de descanso cada dos o tres días para funcionar correctamente, pero sus tortuosos recuerdos ni siquiera le concedían diez minutos de sueño reparador desde hacía años. Era como intentar dormir sin párpados, con la mortecina pantalla de una televisión emitiendo imágenes horribles acompañadas de gritos a todo volumen. Sin embargo, aquella pequeña demostración de Ojos de Cristal le había dado esperanza. Era algo que odiaba pensar, que le hacía ser dependiente de un matón con ínfulas de grandeza, pero su alma pedía a gritos olvidar a cualquier precio.

Deseoso de quitarse ese pensamiento de la cabeza, en un gesto impulsivo, se acercó a la primera barcaza de desembarco que estaban botando por la borda y saltó dentro. Dos docenas de cascos se giraron hacia él, pero ningún soldado le preguntó nada. Eran las seis y media de la mañana y el sol comenzaba a escupir una suave claridad sobre ellos, y a juzgar por los rostros inquietos que iluminó, estaba seguro de que no era el único que había tenido problemas para dormir esa noche.

Trepó hasta la zona del timón para poder ver más allá de las planchas blindadas que protegían la carga.

—Un observador, ¿eh? —le preguntó el timonel, más curioso que sus compañeros. Erwann negó con la cabeza—. Oh, lo menciono porque no es normal ver elfos entre nosotros... pensé que quizá habían enviado observadores desde Jardín Cruzado para evaluar la invasión.

—No tengo mucho interés en observar nada. Tengo interés en actuar, así que adelante.

—¡Cuatro minutos! —gritó el timonel mientras arrancaba el motor.

El morro de la barcaza comenzó a golpear el agua, y pronto varias decenas de hermanas se pusieron a su altura, saltando cada vez que alcanzaban una ola. El agua estaba limpia y tenía un apacible tono azul oscuro que los primeros rayos del sol se encargaban de aclarar lentamente, revelando algún que otro banco de peces nadando entre algas. La tierra se acercaba lentamente, y comenzó a distinguir las imponentes siluetas de grandes árboles alzándose sobre la bruma matutina, meciéndose suavemente, dándoles una coordinada bienvenida. No había ni rastro de casas o asentamientos en aquel lugar. Guardiamar y Las Amarras, dos de las urbes más importantes de La Quijada, debían estar cerca, pero no alcanzaba a verlas.

El Delta de la Gaviota era una interminable superficie compuesta por pequeñas e irregulares islas de sedimentos que, junto a los abundantes caudales de agua dulce que las rodeaban, cubrían la salida del río durante 250 interminables kilómetros de costa de un extremo a otro. A lo largo de su desembocadura, el río Amarra, el más ancho del continente y quizá uno de los más grandes del mundo, se había unido con el mar en un inmenso abrazo plagado de marismas, arenales y playas sembradas de juncos y hierbajos. Era el punto perfecto para penetrar en Ismer con facilidad aprovechando la versatilidad de la flota de Tres Mares. Una invasión de manual.

—¡Tres minutos!

—Tranquilízate —dijo uno de los soldados de abajo a otro, que temblaba como un flan.

—Joder... joder... nos están esperando. Van a matarnos a todos en cuanto pisemos tierra.

—¡Cállate! —le ordenó su compañero—. ¡No seas cobarde! Esa gente ni siquiera sabe lo que es un arma de fuego, joder. Más vale que no estén preparando una emboscada... por su propio bien.

La corriente que provocaba el delta era intensa, y las barcazas tenían que hacer rugir sus motores a toda potencia para avanzar a una velocidad decente. Frente a él, en la zona de transporte de tropas, los cascos se columpiaban acompasadamente; unos temblaban inquietos, otros vomitaban, y otros ponían a punto sus rifles de asalto... pero si algo compartían todos, era la impaciencia por poner un pie en la tierra de una puñetera vez. De espaldas, todos parecían distintas versiones del mismo modelo de soldado de juguete, recién salido de una cadena de montaje, con su uniforme de camuflaje a estrenar.

—¡Dos minutos!

La tierra se acercaba. Súbitamente, dos ruidosas formas pasaron rozando sus cabezas, creando un estruendo horrible, haciendo que todos los ocupantes de la lancha se guareciesen asustados. Erwann observó cómo el cielo se llenó de helicópteros del Triunvirato; se juntaron en pequeños enjambres ejecutando un

armonioso baile, después dividieron sus rumbos y se perdieron tierra adentro.

De repente, una sinfonía horrible les golpeó el pecho, haciendo vibrar sus entrañas.

Los destructores que estaban tras ellos, siguiendo el manual de tácticas bélicas poco sutiles de Tres Mares, comenzaron a «ablandar» la costa, disparando sus grandes cañones sin cesar. La maniobra, primitiva pero efectiva, consistía en acribillar cualquier bosque o colina que pudiese esconder algún ejército enemigo, para convertir a los soldados en pulpa y hacer huir a aquellos desgraciados que sobreviviesen de milagro. Era el equivalente de pegar un susto nada más entrar a una habitación, salvando las distancias, claro.

La tranquila bruma de la costa se disipó de golpe y dio paso a una amalgama de explosiones llameantes que volaron por los aires árboles, rocas y tierra como si fuesen parte de una maqueta reventada por petardos. El mundo se puso patas arriba, y la ensordecedora sinfonía era tan intensa que dejó a todos con un insoportable pitido en los oídos. Uno de los soldados, irónicamente aterrorizado por el poder de destrucción de su propio ejército, comenzó a rezar entre susurros a los Dioses Solares, suplicando la piedad de Mara y la fuerza de Nisir.

—¡¡Un minuto!! —gritó el timonel, pero nadie le escuchaba con tanto petardeo empapando el ambiente.

Erwann, en mitad del escándalo, indiferente ante el panorama apocalíptico que se había montado en unos segundos, sacó el sobre y lo abrió con desinterés. No pudo evitar sonreír amargamente al ver su contenido. Era una maldita postal de amor, con un gatito bobalicón dibujado en la portada, justo debajo de la frase «No me acuerdo de olvidarte» escrita dentro de un corazón. Tuvo que admitir que ese cabronazo tenía sentido del humor. La abrió y la leyó.

*Sé que tienes dudas. Nadie dijo que fuera fácil, pero recuerda todo lo que puedes perder (es difícil ser más irónico, ¿no crees?). Viaja al oeste, busca al traidor entre sus tropas y desenmáscárale antes de que los separe para siempre. NO deben ser separados bajo ningún concepto, o todo nuestro plan peligrará y todas las muertes habrán sido en vano.*

*Abajo tienes las coordenadas donde te espera un transporte. Tienes hasta las 18:00 para llegar hasta él. Es el último favor que te voy a pedir. Disfruta de tu estancia en Ismer, porque si todo sale bien, no la recordarás.*

Erwann miró los números, sacó su encendedor y quemó la tarjeta.

—¿¡No serás uno de los escoltas de Eliza Sunhein!?! —le gritó el timonel, ahogado por el estruendo de las explosiones—. ¡¡Daría mi huevo derecho para que pudieses conseguirme un póster firmado por ella!! ¡¡Cuando me enteré de que viajaba con el Soliantera, con nosotros... casi me vuelvo loco!! ¡¡Lo he intentado todo, pero sus Espalderos no me han dejado acercarme a la bodega siete en todo el viaje!! ¡¡Algunos chicos dicen que la han oído cantar ahí abajo, ya sabes, con esa voz tan extraña que tiene!!

El estruendo del bombardeo cesó, y las bolas de fuego dejaron paso a gruesas columnas de llamas y humo.

—¡¡Me muero de ganas de que vuelva al mundo de la música!! —gritó el timonel justo cuando se hizo el silencio. Toda la barcaza le miró.

—No serías el primero —respondió mientras negaba con la cabeza. Conocía a aquella mujer y lo que había hecho, por mucho que fuese un secreto de estado.

Miró alrededor e intentó contar el número de embarcaciones que les rodeaban, pero se detuvo en el centenar, abrumado. El mundo jamás había visto un despliegue así.

La barcaza venció una solitaria nube de niebla marina y emergió victoriosa justo a tiempo para que Erwann divisase el lugar de desembarco. Era un arenal de unos cien metros de ancho, rodeado de dos pequeñas formaciones rocosas, y en otras circunstancias hubiera sido un lugar perfecto para tomar el sol sin ser molestado por nadie. La orilla dormía tranquila, y la arena limpia de color anaranjado se extendía tierra adentro hasta una barrera de juncos.

El timonel, extrañado, agarró unos prismáticos y señaló hacia delante.

—¡Hombre en la orilla! ¡Hombre en la orilla! —gritó con nerviosismo. Los cascos bajo él se agitaron.

Erwann no necesitó prismáticos para verlo.

Era un humano que esperaba de pie cerca de la orilla, mirándoles, y apenas vestía unos harapos. Erwann reaccionó como si le hubieran atizado con un látigo. Saltó la plancha de metal que le separaba de los soldados y se abrió paso a empujones entre ellos para colocarse en primera fila. Cualquier nativo indefenso hubiera huido despavorido tras contemplar cómo había quedado la costa tras las explosiones, así que supuso lo más obvio: aquel tipo no estaba indefenso. Hurgó en su bota y se sacó una pequeña navaja de cierre que abrió de un movimiento seco. No era un puñal de Piedra Barda, pero le serviría.

A pesar de que la plancha no le dejaba ver nada, sintió como la proa de la embarcación se estampó contra la arena de la orilla. El mecanismo de apertura comenzó a girar, y la rampa cayó en seco, salpicando de espuma los alrededores. El timonel utilizó un silbato para dar la señal de desembarco, pero para entonces Erwann ya había echado a correr pisando con decisión, y los soldados le siguieron un par de segundos después, gritando eufóricamente, con los rifles de asalto listos para disparar. El desembarco de la Operación Lanza del Ocaso había comenzado, y su pie fue el primero en pisar Ismer.

Clavó sus botas en la suave arena mojada y se impulsó con una agilidad solamente al alcance de los elfos. Frente a él, a unos treinta metros, se alzaba la misteriosa figura, impasible ante lo que estaba ocurriendo, mirándoles con desinterés. El tipo era un humano viejo, de piel bronceada, con un nido de pelo blancuzco sobre la cabeza. Continuó corriendo a zancadas hacia su objetivo, pisando aquella enorme extensión de arena mojada expuesta por la marea baja, dispuesto a degollar a aquel

hombre antes de que pudiera lanzar su primer hechizo.

Estaba aún más cerca, pero su objetivo no reaccionaba. No había hecho ningún amago de correr, y ni siquiera parecía asustado. Algo raro pasaba; si fuese un hechicero hubiera alzado las manos para atacar antes de que pusiesen un pie en la playa.

Ya le tenía a menos de diez metros. Algo iba mal. El extraño agarró algo de la arena. Parecía una vara de mago. «Mátalo», pensó, pero nunca se había sentido cómodo con esa palabra.

Cuatro metros. Algo raro pasaba.

Tres metros. Algo raro pasaba.

Dos metros. Algo raro pasaba.

«No me teme», pensó con curiosidad.

Un metro.

Saltó sobre él y le lanzó al suelo de un rodillazo. En menos de un segundo, su cuchillo rozaba la garganta de aquel tipo, dispuesto a cortar arterias y venas de un tajo seco, pero algo le detuvo. El viejo se dolió del golpe y escupió arena por la boca. Los soldados que le seguían apuntaron sus fusiles hacia él, nerviosos y confundidos.

—¡Suelta eso! —le ordenó al anciano.

—¿Y qué voy a comer hoy?

Erwann miró su mano. No sujetaba una peligrosa vara, sino una caña de pescar casera. En su extremo, tres peces frescos colgaban de un gancho.

Los soldados continuaban apuntándole, observando los alrededores con terror, esperando la primera flecha que confirmase que aquello era una trampa. Nada. No se escuchó ni un solo tiro, ni un grito de guerra; solamente el graznido de las gaviotas, el susurro de las olas y el suave viento meciendo los juncos. Ningún ejército contraatacó desde aquellas hierbas altas, lo que resultaba especialmente perturbador. Nadie les esperaba. Nadie excepto ese tipo.

—¿Qué se supone que haces aquí? —Erwann apretó un poco más el puñal contra su garganta.

—Pescar. ¿Es que no lo ves?

—No es momento de decir tonterías. Está claro que nos esperabas.

—Está bien, está bien. Mi rey, el poderoso Gilman, me ordenó que os entregara un importante mensaje, y para entregar un mensaje no hace falta más que una voz, aunque sea la de un humilde pescador como yo —el viejo sonrió, sacando a la luz los pocos dientes amarillos y carcomidos que le quedaban.

—Un mensaje, claro —dijo uno de los soldados que le rodeaban—. El puto rey de La Quijada deja «un mensaje» al mayor ejército invasor del mundo, y encima envía a un pescador piojoso para transmitirlo. ¿Es una puta broma? ¿Es que no nos toma en serio? ¡Somos el mayor ejército del mundo!

—Os tenéis en muy alta estima —el anciano soltó una pequeña carcajada.

—Está delirando —dijo Erwann, tanteándole.

—Quizá este anillo te haga cambiar de idea, extranjero.

El anciano sacó del bolsillo un precioso anillo de oro que sujetaba una piedra de un color rojo intenso, que brillaba con unos tonos imposibles bajo la luz de la mañana.

—Una baratija —resopló. Sabía que no lo era, pero provocar a alguien era una buena manera de que soltase la lengua.

—¡Una joya de la corona, más bien! Es el anillo real del rey Gilman, una pieza de artesanía única que contiene una de las piedras preciosas más escasas del mundo, uno de los legendarios «Ojos de Volya». Vale más que un buen castillo junto a un río, desde luego. ¿Desde cuándo crees que tengo acceso a tesoros reales? Quizá el rey en persona me lo dio a mí como prueba de su beneplácito, o quizá lo encontré agarrado a mi anzuelo mientras pescaba merluzas. ¿Qué teoría te parece más probable?

No supo qué pensar. ¿Podía ser posible? Era evidente que la joya no era una falsificación. De una cosa estaba seguro: aquel viejo apenas podría matar una merluza con sus manos artríticas, así que no resultaba una amenaza. Se levantó y le dejó libre.

—¿Cuál es ese importante mensaje? —preguntó mientras se sacudía la arena de la chaqueta y guardaba su navaja de vuelta en su bota.

—Quiero que venga vuestro líder; mis palabras están dirigidas a los oídos de gente importante. Y quiero que venga aquí, a esta playa. Si me lleváis mar adentro, me tragaré mi lengua y viajaréis a ciegas sin información de vital importancia. Jamás dejaré mi tierra: lo que nace en Ismer muere en Ismer.

—Podría ser una trampa —señaló el sargento que lideraba el pelotón—, aunque el medidor de materia exótica confirma que no es un mago.

Erwann miró su reloj de pulsera. Se había adelantado al plan al arrojarse a aquella barcaza impulsivamente, así que aún tenía tiempo de sobra antes de alcanzar las coordenadas. Podía permitirse perder un poco el tiempo, y más cuando ese hombre podría tener información vital que le ayudaría a entender todo lo que ocurría. Seguía sin fiarse de Ojos de Cristal.

—Informad directamente al Mariscal Scott Roch —dijo con voz autoritaria—; decidle que un enviado del rey solicita su presencia para entregarle información vital. Asegurad bien los alrededores para que no haya sorpresas de ningún tipo. Mientras tanto, yo custodiaré a este prisionero.

Los soldados asintieron obedientes. Todos dieron por hecho que debía ser alguien muy importante, como lo eran todos los elfos «sucios» que colaboraban con los humanos.

—No, no, —el pescador negó con la cabeza efusivamente— el rey Gilman me dio instrucciones claras. No quiero hablar con vulgares Mariscales, quiero hablar con vuestro líder. Necesito ver al mago.

—¿Melvin Wallas? —Erwann arqueó las cejas. Era una petición inesperada, pero resultaba lógico desde el punto de vista ismerense—. Me temo que él no es nuestro líder.

—Tengo instrucciones claras: ya que no tenéis monarca, me dirigiré a la siguiente autoridad, que en este caso es el mago más veterano que os acompañe. El mensaje es para él, y esperaré lo que haga falta hasta que aparezca. Si son años, años serán.

—Vuelve a llamar y transmite una nueva orden —le dijo al operario—. Al parecer nuestro emisario solamente quiere ver a Melvin Wallas.

Erwann escudriñó el entorno en busca de pistas. La arena yacía virgen bajo ellos, y cerca de los juncos, solamente se podían apreciar las pequeñas pisadas que había dejado el solitario pescador al llegar. Estaba solo. El pelotón que le acompañaba continuó con su tarea de asegurar la zona y se perdió en los prados altos, dejándole a solas con el tipo. A pesar del caos que les sobrevolaba, el pescador estaba sentado en la arena, tranquilo, como si estuviera disfrutando de un día cualquiera de verano.

—Menudo bochorno, ¿eh? —dijo el pescador mientras miraba al cielo.

Pasó más de media hora hasta que llegó la siguiente señal de vida a la playa. Por fin, uno de los helicópteros que viajaban sobre ellos giró en el aire y encaró su posición, suspendiéndose sobre la orilla. Descendió, y sus aspas levantaron una desagradable nube de arena. Erwann se cubrió los ojos con las manos, sin perder de vista a su prisionero, que observaba la situación con indiferencia. El motor de la bestia se apagó, y de su panza surgió el rudo Mariscal Roch, que bajó acompañado de una escolta de seis hombres armados. Cuando pisó la costa de un salto sus lustrosos mocasines se hundieron en la arena hasta los tobillos, haciéndole maldecir entre dientes. Estaba enfadado, y tenía buenos motivos.

—Así que este es el único prisionero que han conseguido hacer los más de quince mil soldados que están desembarcando en esta costa —sus dientes rechinaron—. ¿Dónde está tu pueblo? ¿Eres tú el único valiente defensor de La Quijada, anciano?

—Yo solo soy un humilde pescador —le respondió sin ni siquiera levantarse—. Aquí nací y aquí moriré, y no me preocupa nada más en esta mísera y tortuosa vida, excepto, claro está, la misión que me ha encomendado mi rey.

—Morirás donde nosotros lo digamos y cuando nosotros lo digamos. —Roch se acercó al prisionero y se inclinó frente a él, desafiante—. Anciano, tengo los pies plagados de arena y la cabeza se me está calentando. Dime cuál es tu mensaje y quizá muestre piedad contigo.

—Como ya he dicho, solamente hablaré con vuestro líder. Quiero ver al mago en persona o no tendré nada que decir. Podéis torturarme durante días y continuar esta invasión sin la información vital que poseo, o bien podéis traerme a Melvin Wallas para acabar con este problema cuanto antes.

Roch frunció el ceño y resopló fuertemente, despeinando su bigote.

—Fanáticos... nunca veis más allá de vuestras puñeteras narices. ¡¡Magos!! ¡¡Siempre magos!! —gritó furioso—. Traed Wallas y a su séquito de esperpento y acabemos con esto cuanto antes.

Wallas llegó en una lancha de desembarco casi veinte minutos después. La rampa de la barcaza cayó montando un estruendo, pero sus ocupantes bajaron



tranquilamente, perezosos, dando un despreocupado paseo. Por primera vez en mucho tiempo, Erwann se permitió sentirse un poco sorprendido al observar un grupo tan heterogéneo: un viejo, un joven, una mestiza, dos enanos... Wallas, teatrero, se acercó a Roch a base de pequeños pasitos, utilizando un cilindro de metal a modo de bastón. Erwann pensó si el mago se acordaría de él después de tanto tiempo, pero Melvin le miró con una curiosidad que indicaba que no. Sería mejor así.

—Disculpad el retraso; ya sabéis que no me gusta mucho volar —dijo Wallas—. ¡Scott! No esperaba encontrarte en la playa. ¿Quieres broncearte un poco, ahora que tienes tiempo libre? He oído que el desembarco ha sido todo un éxito... los temibles ejércitos de pinos y rocas no han podido hacer nada contra el poderío del Triunvirato —el mago soltó una risilla.

—Espero un informe completo de lo que saquéis de este viejo tronco seco, porque yo no pienso lidiar con estas estupideces ni un minuto más —ordenó Roch a los soldados presentes—. Tengo una guerra que ganar, así que si me disculpáis... caballeros —la última palabra sonó especialmente despectiva.

El Mariscal hizo un gesto y los rotores de su helicóptero comenzaron a girar. Unos segundos después, la silueta de la máquina ya se perdía en el ancho mar, rumbo al Cerchelario, tan lejos de la costa que apenas se podía ver. Erwann, silencioso, miró al viejo mago, que se había sentado en la arena, justo al lado del pescador. Los dos ancianos miraban al mar como dos jubilados que no tuviesen nada mejor que hacer. Gracias a su oído privilegiado y su capacidad para leer los labios, no necesitó acercarse para escucharles hablar.

—Me llamo Melvin Wallas, encantado —el mago le extendió la mano. El prisionero, sorprendido por su familiaridad, arqueó las cejas—. ¿Cómo te llamas, pescador?

—La gente de mi aldea me llamaba viejo pescador, y viejo pescador moriré. Es todo un honor estrechar vuestra mano. Quién me iba a decir, pobre de mí, que a mis años iba a conocer al rey Gilman en persona y, días más tarde, a un poderoso mago.

—Me adulas, viejo pescador, pero no somos tan distintos. A pesar de nuestras diferencias, los dos seremos pasto de los gusanos pronto, me temo.

—Los magos son sueños de los Antiguos Dioses Enterrados, son retazos de divinidad que han escapado del Abismo a través de las rendijas de la Puerta Enterrada. Vos provenís directamente de los dioses, y yo no soy más que un tipo arrugado que ha pescado sardinas toda su vida. No somos iguales.

—Pescador, te puedo asegurar que tengo poco de sueño de divinidad y mucho de tipo arrugado y achacoso.

—No importa lo que creáis ser, mi señor. Habéis regresado a dónde pertenecéis, a Ismer, a la tierra donde los magos son tratados con respeto, no como moneda de cambio.

—Me temo que estoy aquí como invasor, no como invitado de honor. —Wallas se puso serio—. Hemos venido porque vosotros nos atacasteis.

—Yo no sé mucho sobre los motivos que os traen, pero sé que la voluntad de los Antiguos Dioses es tan retorcida e inexplicable como la misma materia de los sueños, y nadie puede cuestionar el devenir de los acontecimientos divinos. Si los Antiguos os han traído aquí como enemigo, por algo será. El rey sabía que veníais.

—¿Dónde está nuestra comitiva de bienvenida, entonces? ¿Dónde se han escondido los soldados de La Quijada? Cuéntame por qué no están aquí, buen hombre.

—La Quijada no se esconde. Mi rey luchará hasta el fin por su reino, y si hace falta, morirá por él y por proteger a los suyos —recitó con terquedad—. Eso me dijo en persona, en este mismo lugar, y yo le creo.

—Vayamos al grano. Creo que tenías un mensaje para un mago. Pues bien, aquí tienes a dos. ¡Liam!

Melvin mandó venir al chico joven de pelo rizado, que se sentó junto a ellos con cara de no saber muy bien qué pintaba allí. Erwann supuso que sería el latente de Sules del que hablaban las noticias.

—Qué pasa, viejo, ¿por fin has encontrado una pareja de tu edad para bailar agarrados?

—Calla, chaval, que esto es importante —le recriminó—. A ver si aprendes algo. Somos todo oídos, pescador.

—¿Conocéis nuestro festival de la Ofrenda de Verano, mago?

—Me temo que no sabemos mucho de vuestras costumbres.

—Es nuestra fecha más sagrada. Durante los días de calma del océano, rezamos a los Antiguos, rogándoles para que no vengan más enemigos desde el otro lado del mar. Les rogamos para que Ismer permanezca aislada una vez más.

—¿Una vez más? ¿A qué te refieres?

—Durante el festival de la Ofrenda, los campesinos entierran comida para saciar el hambre de los Antiguos cerca de sus hogares, y después inician un peregrinaje a la Gran Iglesia sin Ventanas de Sotomonte para lanzar sus oraciones en el punto más bajo del reino, allá donde los Padres escuchan mejor. Bajo los cimientos del mundo, nobles y humildes se juntan para orar sin distinción, olvidando sus rencillas mientras el mar está en calma. Por ello, no encontraréis quijsenses en vuestro camino a la capital, ni ricos ni pobres. Mi rey Gilman, al igual que todo su ejército, se encuentra en la capital, rezando con su gente, y tienen prohibido luchar durante estas fechas, pues si se derramase sangre enemiga sobre la tierra, las ofrendas enterradas se contaminarían.

—Claaaaro. —Liam dio vueltas al dedo índice sobre su sien.

—Esperaremos a que terminen los rezos para haceros frente, y esperamos que vosotros también seáis honorables y pacientes con nuestras costumbres. Mi rey me pidió que os transmitiese estas palabras. No sé por qué me eligió a mí en persona, quizá porque no valgo mucho a ojos de los dioses, pero supongo que los Antiguos me perdonarán por haber faltado a mi cita anual.

—Me estás diciendo que vuestro reino está siendo invadido y solamente os preocupáis por rezar... ¿estáis locos? —dijo Liam. Melvin le ordenó callar.

—Mi rey y sus hombres permanecerán en Sotomonte hasta el fin de la calma del mar, respetando el festival más importante para los fieles de la Iglesia sin Ventanas. No hay discusión posible. Si esperabais sangre y batalla, no la vais a encontrar. Solamente peharemos cuando el favor de los dioses esté con nosotros.

—Pescador, creo que no comprendes que ni la más piadosa de las ofrendas puede compararse al arsenal de nuestro ejército. —Melvin se peinaba la barba lentamente, pensativo.

—Los Antiguos nos protegerán pase lo que pase, y los paganos se arrepentirán de haber pisado Ismer. Los Dioses Hijos y su Falso Sol os hacen pelear en el bando equivocado. La Fe nos protege.

—Realmente espero que vuestra fe sea fuerte, pescador, porque pronto os daréis cuenta de que va a ser vuestra perdición.

Melvin se levantó, dando por finalizada la reunión. Dos soldados esposaron al prisionero y comenzaron a escoltarle hacia una lancha.

—¡No! ¡No me llevéis más allá del mar! —gritó el anciano mientras intentaba agarrarse a un tipo despeinado que llevaba una espada a cuestas—. ¡¡Solamente hay desolación allí!! ¡Todo lo que nació en Ismer morirá en Ismer! —gritó mientras clavaba los ojos en el hombre—. ¡Es la ley!

Sus gritos se ahogaron en cuanto el motor de la lancha comenzó a traquetear.

—¿A qué te referías con lo de que su fe será su perdición, viejo? —preguntó Liam.

—¿No es obvio? A que han cometido un gran error. Este anciano nos ha pedido que respetemos sus costumbres, pero a la vez nos acaba de dar la clave para acabar con esta guerra de un plumazo. Todas las fuerzas del reino se van a concentrar en un lugar, pero en vez de fortificar sus defensas para acabar con nosotros, se van a dedicar a rezar para que el favor divino nos eche de aquí. Es la acción más estúpida y fanática que jamás he oído.

—Así que no vamos a respetar sus costumbres.

—Claro que no, Liam. Conozco a Roch, y estará encantado de tener a todos los soldados de esta tierra acumulados en el mismo sitio, rezando tontamente, listos para dejar un humeante cráter como lápida. —Wallas negó con la cabeza—. Es una tentación demasiado buena como para que la ignore, y más por arcaicas cuestiones de honor. Hoy en día, esa palabra no significa nada. Lo importante es ganar.

—¿En serio vamos a disparar sobre gente que reza? —Liam mostró un gesto de asco—. Esto no está bien. Son... son gente que vive en otra época; no razonan igual que nosotros. Sería cruel.

—Se acabaron las medias tintas —sentenció Wallas—. Nos vamos al frente, a la primera línea de la invasión. Si vamos a avanzar hasta Sotomonte, quiero estar en primera fila y ver lo que ocurre. Quizá podamos evitar una masacre.

Erwann se encontraba absorto escuchándoles, pero súbitamente alguien le puso la mano en el hombro, rompiendo su concentración. La mestiza pelirroja que conoció en Nexo se detuvo a su lado. Llevaba un gran rifle de francotirador colgando de su espalda.

—¿Qué tal llevas el mono? —le preguntó ella mientras hacía un gesto de fumar.

—Podría ser peor.

—Podría llover, ¿eh? —La mujer se despidió y echó a andar tras el mago y su escolta.

Erwann esperó a que se marchasen, y cuando ya habían desaparecido de su vista, sacó su precario mapa y comenzó a caminar hacia el punto de encuentro. Atravesó un pequeño bosque plagado de árboles de tronco muy fino y alargado, pertenecientes a una especie que jamás había visto antes, y dejó atrás los cráteres e incendios que Tres Mares había provocado. Se adentró en un acogedor valle, cortado por un modesto arroyo de corrientes cristalinas que servía de hogar a decenas de ranas e insectos.

A los pies de un gigantesco árbol encontró una curiosa formación: parecía un solitario arco hecho de piedra, similar al marco de una puerta. Sus formas habían sido devoradas por el musgo y las plantas, y parecía aún más viejo que las piedras que le rodeaban. Lo atravesó con curiosidad, y una pequeña brisa le acarició el pelo. Por muy encantador que fuese el paisaje, no podía detenerse a disfrutarlo. Esa pequeña charla le había retrasado, y llegó al punto de encuentro justo a tiempo.

—Ya era hora —encontró al piloto apoyado en un helicóptero de transporte Morsa 77 viejo y medio oxidado. El aparato tenía el dibujo desgastado de una libélula grabado en un lateral—. Empezaba a pensar que no existías.

—Dado el soborno que te habrán pagado, bien podrías tener un poco más de fe. No me digas que voy a viajar en esta antigualla...

—Es de los pocos transportes del Triunvirato que no tiene una baliza de control, así que nadie lo echará de menos mientras te llevo tierra adentro, hasta la frontera con Vía Escarlata. Ese era el trato, y no pienso preguntarte ni a qué vienes ni para quién trabajas, porque no es asunto mío mientras el dinero llegue a mi bolsillo. Eso sí, no puedo estar fuera más de seis horas, o empezarán a echarme en falta. Tendremos que volar rápido.

—En ese caso, no perdamos más el tiempo. —Erwann se encaramó a la bodega de carga.

El motor arrancó, dejaron el suelo abajo, y por un instante, sintió que algo le observaba mientras el aparato se elevaba sobre la bruma. Fue un destello oscuro, un parpadeo fugaz, una especie de forma alada serpenteante que se escurrió entre las nubes. Erwann, inquieto, se miró las manos y observó cómo temblaban levemente, pero no por el mono de fumar un cigarrillo, precisamente. No esperaba que llegase a ese punto tan pronto. Había oído que el síndrome de abstinencia de la Hierba Roja tenía consecuencias muy graves, entre ellas las alucinaciones. Quizá esa sombra que había creído ver fuese el principio de algo mucho peor.

Se sentó, colgó sus pies por el borde de bodega y sacó la cabeza para respirar aquel aire puro y fresco, intentando despejar la cabeza. A sus pies, la niebla lo envolvía todo como un acogedor colchón, tentándole para que saltase, para que durmiese para siempre. Más allá, al oeste, donde ningún ordannense se había adentrado desde hacía siglos, su destino aguardaba.

## Río arriba

**E**L motor de la barcaza traqueteaba suavemente, dejando una discreta estela espumosa que bailaba junto con la corriente, perdiéndose río abajo. El bochorno se había calmado, pero la agobiante humedad seguía empapándoles como si acabase de caer un chaparrón. A pesar de la incomodidad, el despejado atardecer veraniego resultaba hermoso y bienvenido, y los rayos del sol cansado se colaban entre los juncos de las orillas como dedos divinos que rozaban el agua en calma. Las cigarras y las ranas entonaban una repetitiva banda sonora que no cesaba en ningún momento, pero su insistente cantar no molestaba a Melvin lo más mínimo. Qué poco echaba de menos los ajetreados sonidos de la ciudad cuando escuchaba el fascinante sonido de la naturaleza pura. Por un momento, se sintió de vuelta a una de esas agradables tardes de verano en las que vagaba por la orillas del río con sus amigos, azuzando con un palo todos los seres vivos que encontraban, solamente para ver cómo reaccionaban.

La barcaza tenía unos veinte metros de eslora y la habían fletado únicamente para ellos, así que la Compañía Parcheada descansaba cómodamente a lo largo de la cubierta. Alastor, que tenía la licencia de patrón de barco, manejaba el timón con soltura en la cabina, y Gork había anidado en la ametralladora frontal, desde donde barría la orilla con suspicacia. Los labios de Lana, sentada sobre la barandilla de proa, jugueteaban con una espiga de trigo, y Gurgess se había quedado dormido sobre el techo de la cabina como si acabase de caer del cielo. Su parsimonia le inquietaba aún más que esa espada que llevaba a todas partes.

Cuanto más se adentraban en Ismer, más fascinante y salvaje le parecía aquella tierra alejada de cualquier influencia moderna. La mayoría de los recuerdos de su infancia se habían evaporado con el paso de las décadas, pero aún rememoraba con sorprendente claridad las historias que su madre le contaba antes de ir a la cama, antes de que su vida cambiase para siempre y tuviese que madurar a pasos forzados. Ismer era una gran fuente de relatos jugosos de dudosa veracidad; sus favoritos eran los que hablaban sobre el resplandeciente reino de Laudan, la más próspera de las tierras del continente, un faro de razón y progreso que acabó encontrando su caída por las envidias y rencores que despertó en sus vecinos. O por algo peor, si se hacía caso a las historias más oscuras.

Recordaba decenas de relatos más que habían alimentado su fértil imaginación infantil: algunos sobre las colosales y alocadas fiestas del reino de Cosecha, otros sobre los peculiares matriarcados de Yonay... eran relatos agradables, divertidos, amables al oído de un niño, pero no había olvidado otros mucho más inquietantes, como los que hablaban de los secretos que ocultaba el peligroso Valle Hendido, o los que relataban las expediciones a los Reinos Muertos del Norte, cerca de misteriosas Columnas del Mundo. Hasta un ordannense sabía que no se debía pisar el norte de

Ismer. No sabía qué había allí, más allá de la frontera de lo que Laudan fue una vez, pero si la advertencia había llegado hasta la otra punta del mundo, supuso que sería por un buen motivo.

¿Qué sería cierto y qué falso? Ni siquiera los mejores historiadores se ponían de acuerdo al describir la convulsa y compleja historia de los reinos de esa tierra, que parecía ser tan reservada como sus propios habitantes. Cada árbol retorcido, cada riachuelo de agua pura, cada piedra rota... todo parecía esconder un antiguo secreto, y eso le encantaba. Quería tocar todo con un palo y salir corriendo entre risas.

Se sentó en la cubierta trasera, junto a los dos enanos, Shawnla y Liam, que miraban con la misma fascinación que él a su alrededor. Bueno, todos menos el chaval, claro, que parecía más interesado en hurgarse la roña de las uñas.

—Creía que en las guerras había acción, tiros, explosiones y toda esa mierda — protestó Liam—. ¡Ya llevamos dos días dentro de esta cafetera flotante, viajando río arriba! Como no encontremos a nadie, la única anécdota que podré contar a mis amigos es que tuvimos una charla con un viejo que olía a aceite rancio de anchoas.

—No quieras que esto se convierta en una guerra de verdad, chaval —le respondió de corazón. Aún recordaba su bautismo de fuego, y no fue una experiencia agradable—. Las mejores anécdotas son las que se pueden contar cuando llegas a viejo.

—¡Yo nunca seré viejo como tú! Antes pensaba en morir joven y atractivo para convertirme en una leyenda, pero ahora que soy mago estoy seguro de que encontraré el famoso hechizo de la vida eterna. ¿Es cierto lo que dicen, viejo? ¿Es cierto que los magos pueden vivir para siempre si lo desean?

«Imbuirse», lo llamaban. Un método turbio y secreto para prolongar la vida durante siglos, dejando que la Magia tomase el control de uno mismo, convirtiendo al dominante en dominado. Desde luego, era una tentación jugosa. Al observar sus ojeras y arrugas en el espejo por las mañanas, Melvin solía tener serias tentaciones de jugar con el lado oscuro de la materia exótica, pero nunca se había atrevido a intentarlo. Las consecuencias no eran agradables.

—Los gobiernos prohíben ese tipo de prácticas, y con razón. Los magos imbuidos suelen acabar rebosantes de poder... y rebosantes de locura. La mente humana no está preparada para funcionar durante siglos, Liam.

—¡Me da igual! ¿Cuál es la alternativa? ¿Quieres que me quede como tú, vacío de poder y lleno de arrugas? Antes loco que acabar con un pañal para no cagarme en los pantalones. Después de todo, si no se te empina, ¿por qué vivir?

—¡Liam! ¡Ten un poco de consideración con los mayores, alcorcho!

—Déjalo, Shawnla —suspiró Melvin—. La vejez también tiene sus cosas buenas, chaval, aunque si te las contase probablemente te parecerían un aburrimiento.

—Yo arreglaría la falta de disciplina de este insolente con un par de movimientos de mano, no sé si me entendéis. —Ogsu abofeteó el aire con saña.

—Eso habría que verlo, bola de pelo, porque primero tendrías que alcanzarme.

No sé si podrías seguir mi ritmo con esas patitas gordas que tienes.

—Muchos han cometido el error de menospreciar a un Espaldero enano y pocos han vivido para no volver a repetirlo. —Ogsu le retó con la mirada—. ¿Qué has hecho tú, niño? Además de faltar a tu colegio para fumar hierba a escondidas, quiero decir.

—Sube aquí y baila, chiquitín. —Liam levantó el dedo corazón y le hizo un corte de mangas.

—Te voy a poner la jeta del revés de un guantazo. —Ogsu hizo un amago de levantarse y Liam se encogió, asustado.

—¡¡Basta!! —Melvin golpeó su vara contra el suelo, haciendo vibrar todo el casco de la barcaza. Todos se giraron sobresaltados, excepto Gurgess, que continuaba roncando felizmente—. Vamos a tener que viajar juntos durante un buen tiempo, así que más vale que nos llevemos bien.

—Habríamos llegado ya si hubieras querido viajar en helicóptero como el resto del mundo, viejo.

—Ya os he dicho que no me fío de cualquier transporte que se despegue del suelo, y punto —sentenció—. Soy demasiado mayor como para superar mis miedos, así que a callar. Y no me llames viejo, chaval; me estoy cansando de repetirlo.

El viaje continuó en silencio. Mientras avanzaban, las orillas les mostraron restos perturbadores de lo que una vez debió ser una civilización: contemplaron ruinas de viejas casas y templos, carcomidos por el paso del tiempo, devorados por la naturaleza hasta los cimientos en un panorama que le recordaba a los huesos de cadáveres imposibles. A diferencia de las grandes ciudades de Ordann, que habían sido construidas sobre su pasado, sepultando lo antiguo bajo los profundos túneles de metro, Ismer mostraba parches de todas las épocas en su superficie, mezclando lo vivo con lo que ya había muerto muchísimo tiempo atrás.

La barcaza giró suavemente siguiendo el cauce río, y entonces se toparon con ella.

—¡No me lo puedo creer! —Shawnla, fascinada, se levantó para asomarse por la borda.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam.

—Colina Blanca —dijo Melvin, quitándose el sudor de la frente.

—La última de las ciudades que fundaron los hermanos Settien antes de separarse para siempre. —Shawnla sonrió—. Este viaje es como vivir la leyenda en persona.

A un lado del caudal, presidiendo la totalidad de la siguiente colina, encontraron una majestuosa acumulación de acogedoras casas de todos los tamaños y formas posibles, una cascada de civilización que se desparramaba desde lo alto del terreno hasta la orilla. Sus fachadas eran blancas e impolutas, sus tejados rojizos, y las maderas de sus balcones y ventanas estaban pintadas de un azul suave que les daba un aspecto de acogedor pueblecito de postal. Los rayos de la tarde cobraban fuerza con la humedad, iluminando el mismo aire con un velo dorado, emborronando su



visión de una manera irreal.

No era mucho más grande que un pueblo ordannense de gran tamaño, pero Colina Blanca albergaba todo tipo de edificaciones curiosas detrás de sus modestas murallas: pequeñas viviendas, grandes torres de vigilancia, cuadras con el techo de paja, y en su punto más alto, una vetusta pero imponente mansión de piedra desgastada presidía la urbe como una guinda completaba un pastel. El edificio tenía tres enormes torres puntiagudas, y de ellas caían decenas de cuerdas que se extendían por toda la ciudad como cables de acero, sujetando banderolas de todos los colores y formas posibles.

—Parece un pueblucho en fiestas. —Liam se mostró terriblemente decepcionado—. ¿De qué leyenda hablas, guapa?

—Nadie sabe a ciencia cierta cómo llegaron los primeros habitantes a Ismer —dijo Shawnla—. La leyenda más extendida habla de dos hermanos mellizos, Alexa y Liroye Settien, que fueron exiliados de Ordann miles de años atrás. Alexa era un navegante formidable y se había adentrado varias veces en el Océano Inquieto en arriesgadas expediciones, mientras que su hermano, más miedoso y piadoso, tomó el camino del sacerdocio durante años, adorando a los benévolos Dioses Solares. Su vida fue próspera, hasta que un día, todo cambió.

—¿Qué ocurrió?

—Hay varias versiones... —Shawnla intentó recordar— pero la más extendida dice que Liroye tuvo una terrible visión tras un accidente en el que casi se ahogó. Soñó con tres deidades muertas y olvidadas eones atrás: conoció al eterno Rongm, el gigante de cuerpo hueco, a la cambiante Gyda, la furia enmascarada hecha de tormenta, y al silencioso Yolt, el torbellino de los mil ojos.

—¿Los mortales se habían olvidado de ellos? ¡Pues vaya dioses de mierda!

—Eran dioses tan antiguos que resultaban desconocidos para los mortales, tan viejos que su recuerdo había sido sepultado bajo las cenizas de miles de guerras y catástrofes, bajo los cimientos de innumerables civilizaciones que nacieron y murieron tiempo atrás. Tan antiguos eran, que quedaron atrapados en las entrañas de Gevangenís, olvidados por la misma existencia. Eran deidades que caminaron sobre el mundo cuando este aún era un páramo estéril, cuando no había más que desolación y silencio en las rocas.

—Los Dioses Antiguos —dijo Melvin—, aunque también se les conoce como los Dioses Padres, Viejos Dioses o simplemente los Enterrados. Hoy en día han sido prácticamente olvidados en Ordann, pero en Ismer son el alma de la fiesta.

—Exacto —continuó Shawnla—. Liroye, impactado por esa revelación de un panteón divino desconocido, comenzó el llamado Culto a los Antiguos, que se volvió popular entre las desesperadas gentes de Ordann por aquel entonces, ya que estaban siendo azotadas por una plaga horrible. Curiosamente, saber que sus propios dioses también sufrían un tormento horrible parecía consolar a los más necesitados, y el hecho de que la Magia estuviese relacionada con esa religión nueva y a la vez vieja hacía que creer en los milagros fuese más fácil.

—¡Qué fácil es impresionar a los idiotas con cuatro trucos baratos! —gritó Lana desde la proa.

—Ellos vivían en una época más oscura y supersticiosa, así que no me extraña que alucinaran con la Magia —dijo Melvin—. Nosotros, que vivimos rodeados de ciencia y tecnología, ni siquiera hemos podido desentrañar los misterios de estos «trucos baratos», así que no hay que culparles por aferrarse a una esperanza.

—Aun así, no debían estar muy bien de la azotea. Adorar a dioses enterrados en un sufrimiento eterno no parece muy sano para la salud mental.

—Y no lo era, Liam —continuó Shawnla—. Sus rezos se dirigían hacia el suelo, hacia las tripas del mundo, y pronto nacieron los primeros templos excavados en la tierra, lugares angostos que recordaban a ataúdes, donde oraban con devoción en la oscuridad para que llegase el día de la Apertura. Todas esas costumbres enfermizas se convirtieron en el germen de lo que más tarde se conocería como el Culto de la Iglesia sin Ventanas, una variante mucho más radical y fanática, si cabe, donde la única manera de ascender en el escalafón de poder era realizando rituales que volverían loco al más pintado.

—¿Y cómo acabaron los nuevos seguidores de esa religión? Sabiendo que hoy en día ya no existe en Ordann, no debieron terminar muy bien.

—Efectivamente. Para los seguidores del Culto, nuestros piadosos Dioses Solares no eran más que unos impostores. —Shawnla le enseñó la medalla dorada que colgaba de su pecho—, y el Dios Hermoso nada más que una broma, así que ganaron muchos enemigos entre el clero. Pero lo peor de todo era que para los seguidores de los Enterrados los magos eran creaciones de sus mismísimos dioses, así que promovieron activamente que los hechiceros reinasen al mismo nivel que los mismísimos monarcas.

—Nunca es buena idea meterse con el poder —dijo Yisu.

—Exacto, porque ocurrió lo inevitable: los reyes y mandatarios, suspicaces, se pusieron nerviosos al ver sus tronos en peligro y mandaron callar a los seguidores del Culto de la peor manera posible. Muchas personas murieron. Alexa, a pesar de no compartir la religión de su hermano, se apiadó de las almas de sus seguidores y los ayudó a escapar en un viaje sin retorno a una tierra en la que nadie les perseguiría.

—Ismer.

—Exacto, Liam. Es solo una leyenda como cualquier otra, pero si lo piensas, tiene sentido. Por eso los ismerenses hablan el mismo idioma que nosotros, por esos son humanos, y por eso tienen especial fobia a todo lo que venga del otro lado del mar. Nos odian y nos consideran unos paganos que solamente buscan exterminarles, como intentamos hacer antaño. Han tenido mucho tiempo para hacer crecer ese odio.

—¿Qué es eso que has mencionado antes? Lo de que rezaban por la llegada de la Apertura. ¿Qué es eso?

—La Apertura. El día en el que la Puerta Enterrada se abrirá.

El embarcadero de Colina Blanca era una masa caótica que parecía hecha de

miles de palillos, y se desparramaba desde el muro exterior de la ciudad hasta el nivel del agua, donde los pájaros revoloteaban inquietos con el objetivo de devorar algún pescado extraviado en alguna red. El perfil de Colina Blanca era hermoso, recargado, al igual que la mítica pomposidad quijense, pero aquel embarcadero era una buena muestra de que aquellos que vivían en las partes más bajas no compartían las mismas riquezas ni recursos que los que tenían mejores vistas.

Lana saltó a tierra firme para amarrar la barca. Un par de lanchas solitarias les indicaron que la avanzadilla del Triunvirato ya había pasado por allí en su incansable avance.

—Una puerta enterrada... me suena. —Liam observó el agua pensativo, mientras Alastor maniobraba para atracar en el muelle—. ¿No era alguna leyenda macabra? Creo que la he oído en la letra de alguna canción gótica.

—Se dice que, miles de años atrás, mucho antes de los Settien, que ya es decir, en las Edades Grises de las que poco o nada sabemos, los magos eran mucho más poderosos que ahora —dijo Shawnla—. Eran prácticamente semidioses, y cuando dos de ellos luchaban, el mundo temblaba. Los Antiguos ya habían dejado de caminar por la tierra hacía eones, y yacían inertes en una tumba muy particular que los aislaba de la superficie: el llamado Abismo Insondable, un lugar de eternidad negro y frío que flotaba en calma bajo los mismísimos pilares de la existencia. Aquel lugar era una trampa perfecta para mantener a los Padres encerrados para siempre, ajenos al devenir de Gevangenís, de no ser por un pequeño defecto: una pequeña ranura, de poco más del tamaño de un hombre, daba al mundo exterior, conectando el Abismo con la superficie. Por ella escapaban los sueños de los dioses cautivos, que se convirtieron en la fuente de los poderes de los magos.

—¿Así que nuestros poderes son sueños de los dioses? —Liam sonrió—. Joder, ya me hubiera gustado vivir en esa época... ¿y por qué se acabó ese chollo mágico? ¡Yo quiero ser un semidiós!

—Porque el poder corrompe, Liam. Los magos se volvieron seres inestables y muy peligrosos, y las razas de Gevangenís, cansadas de vivir con miedo a esos semidioses de otro mundo, se unieron para luchar contra ellos. El héroe Cyril Cienfuegos, el más valiente de todos los caballeros de aquella era sin nombre, comandó la alianza de razas que venció la batalla final, pero el sacrificio fue tan grande que lo perdió todo por el camino. Sus seguidores mataron a muchos magos, pero sus poderes volvían a nacer una y otra vez en el cuerpo de otras personas, como una enfermedad salta de una víctima a otra. Un ciclo que se repetía. Es lo que llamamos «la Herencia».

—Eso me han dicho... que solamente hay un número concreto de magos en el mundo que se renueva constantemente. Viejo, ¿qué poderes tienes tú? ¡Todavía no me los has enseñado!

—Y espero que no tenga que enseñártelos nunca —dijo con cierto aire de misterio.

—Ya estamos... oye, ¿y qué poderes he heredado yo?

—Es pronto para saberlo, chico. Paciencia. Pronto se manifestarán —dijo con temor velado. Por las fechas en las que Liam fue imbuido, no era difícil hacer asociaciones.

El motor de la barcaza se detuvo y el murmullo de su motor se apagó, devolviendo el protagonismo a las cigarras y ranas. Liam bajó de un salto por uno de los laterales, y Shawnla, más atenta y amable, ayudó a Melvin a sortear el desnivel.

—¿Y qué hizo Cyril Cienfuegos para vencer a los malvados magos? —Liam se estiró como un chicle y bostezó. Por una vez, parecía realmente interesado por algo, aunque Melvin sospechaba que tendría algo que ver con su obsesión por convertirse en algo parecido a una estrella.

—Hizo lo que haría cualquier persona astuta y valiente en tales circunstancias: buscó el origen del poder, ese recoveco perdido en ninguna parte del que manaban los sueños de los dioses, y bajó hasta el borde del Abismo por las cavernas más oscuras y peligrosas de Gevangenis. Se dice que miró a los dioses a la cara y contempló la Gran Verdad, y luego tapó la entrada con una simple puerta de madera que talló con sus propias manos. Algunos dicen que la cerró por fuera, y otros que por dentro, pero lo cierto es que nadie le volvió a ver jamás. Su sacrificio detuvo prácticamente todo el flujo de poder que alimentaba a los magos, aunque la puerta no era perfecta y por sus rendijas aún se colaban algunos resquicios mágicos. Sin embargo, los magos perdieron el poder suficiente para ser doblegados y controlados por el poder de la mayoría.

—Vaya, así que ahora solamente usamos una fracción de nuestro potencial... ¿Y dónde está esa puerta? ¡Quiero abrirla para poder volar cosas por los aires!

—Es una leyenda, Liam. La puerta es una metáfora, nada más —le advirtió. No quería que la cabeza del chico se llenase de pájaros.

—Solo Cyril Cienfuegos sabía la ubicación de la Puerta, listillo, y se llevó el secreto a la tumba. —Shawnla le revolvió el pelo al chico—. Dicen que está en lo más profundo de la más profunda de las cuevas, y que, debido a la intensa presencia mágica que mana de las entrañas de Gevangenis, el lugar está completamente maldito. Cualquier mortal se derretiría con tan solo acercarse a la abertura. Dicen que, ahí abajo, donde no hay luz, el flujo del tiempo se agita como el humo de una vela recién apagada frente a una ventana abierta, mezclando presente y pasado, certeza y posibilidad. Sea lo que sea, los sueños de deidades enterradas en la oscuridad no pueden ser muy agradables. De todas maneras, no son más que historias para campesinos. Solamente hay unos dioses en este mundo, y son los Dioses Solares —dijo mientras se agarraba el medallón de nuevo.

—Los adoradores de los Dioses Solares no son muy distintos de ellos, chiquilla —gruñó Ogsu—. Serán piadosos, pero he visto muchas barbaridades cometidas en nombre de Nisir, Tiara y compañía.

—Como tampoco son buenos vuestros avariciosos Maestres Enjoyados, enano, o

los Señores de Sangre de los orcos. Ni siquiera el Dios Hermoso hace honor a su nombre. Ninguna religión es perfecta, lo admito, pero hay niveles.

Melvin subió pesadamente las irregulares escaleras que llevaban desde el muelle hasta la entrada del muro, donde las dos puertas del arco principal, hechas de viejos tablones de madera de roble remachados con unos gigantescos clavos de hierro, les esperaban entreabiertas, guardadas por un par de soldados perezosos. Detuvo su mirada en los dos voluminosos símbolos oxidados de bronce que remataban cada puerta. El de la izquierda representaba un pequeño barco a merced de las olas, mientras que el de la derecha mostraba una llave con una muesca de tres puntas, el símbolo de los adoradores de los Viejos Dioses.

—Hermana y hermano. Una puerta para cada uno. —Melvin pasó su mano arrugada por los símbolos, sintiendo su textura.

—La última ciudad que fundaron juntos antes de separarse para siempre. —Shawnla señaló los símbolos a Liam—. La obsesión de Liroye llegó tan lejos que acabó sus días perdido en el corazón de Ismer, seguido por sus fieles más acérrimos, donde probablemente murió sin encontrar esa puerta con la que soñaba cada noche, deseoso de liberar a los Antiguos de su cautiverio. Alexa, decepcionada con la testarudez de su hermano, se separó de él y acabó fundando el reino de Laudan junto con algunos exiliados desencantados, y sus cimientos se convirtieron en un feudo próspero y libre de religiones. Desgraciadamente, sus gentes no tuvieron un buen final. Al final, la religión se hizo con las riendas de la mayoría.

—Como siempre ocurre. ¡Religiones! Los débiles se arriman a la esperanza —dijo Lana al pasar junto a ellos—. No se puede rezar a una patata para que crezca fuerte y ni a una nube para que traiga lluvias, así que los dioses son un muro perfecto sobre el que darse cabezazos hasta atontarse lo suficiente como para no sufrir.

—No estoy de acuerdo —dijo Shawnla—. Los dioses nos dan fortaleza y esperanza. ¿Por qué te ofende que nos den consuelo?

—Porque os conozco, feligreses, y sé que tarde o temprano me obligaréis a arrodillarme ante algo en lo que no creo.

Las puertas de Colina Blanca soltaron un gemido al ser mecidas por el suave viento, como si hubieran escuchado su propia historia y quisiesen intervenir con una voz quebrada. El cabo Ipkis se escurrió entre ellas, caminando a paso ligero hacia el grupo. Se acercó apresuradamente a Lana.

—¡Ipkis! ¿Qué tal ha ido el viaje en helicóptero, piltrafilla? Espero que potases menos que en el barco, porque Alastor tuvo que fregar con lejía los charquitos que dejaste.

—Jefa Jonsy. —Ipkis se cuadró exhausto—, acabo de hablar con intendencia y me han confirmado que la ciudad es segura. Está tan vacía como el resto de La Quijada hasta el momento. El Mariscal Roch la ha declarado objetivo no prioritario, así que la van a dejar atrás. Está obsesionado con llegar a Sotomonte cuanto antes para aplastar al ejército quijense.

—¿Ves para lo que sirve el honor, muchacho? —Melvin miró a Liam—. Sabía que una sabandija como Roch no dejaría pasar esta oportunidad.

—¡Estupendo! —Lana alzó los brazos—. Si Roch ya ha dejado la ciudad, significa que nadie nos molestará. ¡¡Noche libre, chicos!!

—Jefa... estoy seguro de que habrá un bonito mercado lleno de alimentos en algún lugar de esta ciudad. —Gork jugueteaba con sus pies como un niño pequeño al pedir algo—. Había pensado que podría...

—Hagamos un trato: si me consigues esa jodida mansión que hay en lo alto de la colina, orco, podrás hacernos la cena.

—¡¡Trato hecho!!

Gork e Ipkis se adelantaron en dirección a la parte alta de la ciudad. Los demás caminaron por aquellas callejuelas en dirección a la colina, observando todas aquellas puertas y ventanas vacías. Al pasar por la plaza principal del pueblo, Melvin observó cómo un grupo de soldados del Triunvirato se entretenían bateando con un palo vajillas robadas de las casas y tirando muebles por los balcones. «No son más que críos inmaduros», pensó al verles reír mientras destrozaban todo.

—Bienvenidos al alojamiento de la Compañía Parcheada para esta noche — cuando llegaron a lo más alto, Ipkis les recibió con una reverencia.

Lana cruzó la entrada de la verja exterior frotándose las manos, y los demás la siguieron a través del precioso arco de ramas retorcidas que cubría el camino principal. Alrededor de la mansión, el inmenso jardín invitaba a revolcarse libremente sobre él, y la brisa de la tarde balanceaba las hierbas verdes como si fuesen los pelos del lomo de un gigante dormido. Tras subir los anchos escalones grises que daban la bienvenida a los visitantes, se encontraron frente a la mansión, una sólida construcción de piedra desgastada de formas elegantes y recargadas. El ambiente cargado de humedad, el ulular de la brisa y las intensas sombras provocadas por el sol de la tarde le daban un aspecto de viejo hogar que guardaba decenas de secretos. Y algún que otro fantasma, seguramente.

—¡Me pido la mejor habitación! —dijo Lana.

—Me temo que ya me la he pedido yo —respondió una voz.

Todos miraron hacia arriba, hacia el pequeño balcón que había frente a la entrada. Allí, sentada sobre la barandilla, acechando como una hermosa gárgola, había una mujer.

—Hola, pecosa —dijo ella.

Era una elfa rubia, con el pelo trenzado y recogido en un moño, vestida con un apretado mono blanco de los pies a la cabeza. Llevaba una extraña espada de formas angulosas colgando del cinto, un poco más larga que un machete.

—No me lo puedo creer. Tú... —Lana apretó los dientes.

—¡¡Ely!! —Rayner saludó a la extraña—. Un momento... ¿os conocíais?

## Cuatro armas negras

**E**LY sonrió con confianza e hizo una pequeña reverencia desde el balcón. Melvin no pudo evitar pensar que era la mujer más frágilmente hermosa que había visto en años, pero la confianza que destilaba le hacía pensar que no era tan inofensiva como aparentaba. Con los elfos nunca se sabía: aquella mujer podía tener veintidós años o noventa, podía ser una inofensiva modelo amante de las joyas o una letal asesina. No podía evitar desear las cualidades de los elfos, sobre todo desde que la vejez se pegó a su piel y le hizo sentirse como una pasa arrugada que estaba a punto de caducarse. Lo único que no envidiaba de ellos era su total falta de empatía hacia todo aquello que fuese imperfecto, hacia todo lo que se salía del sublime plan evolutivo de la Madre Naturaleza.

—¿Qué cojones haces aquí? —Lana la señaló furiosa—. Creía que estabas demasiado ocupada jugando con tus espaditas en Ordann... ¿Es que ya no te invitan a fiestas en yates de multimillonarios? ¿Ya no te regalan esos gigantescos diamantes por acompañarles a las zonas oscuras de sus fiestas privadas?

—Las cosas han cambiado, pecosa —la interrumpió. Los comentarios de Lana parecían divertirle especialmente—. Me he retirado de la competición en lo más alto, y aunque me entre la risa al decirlo, resulta que ahora soy una empleada pública. ¡Si me lo llegan a decir hace un año me hubiera muerto de risa! No te puedes imaginar la pasta que me paga Tres Mares por entrenar a este pardillo, y eso que aún no he terminado de hacerle sudar —señaló a Gurgess con su espada corta—. Tengo órdenes de unirme a vuestra querida Compañía M-2 para continuar con su entrenamiento.

Ely alzó una hoja de órdenes y sonrió con malicia, asomándose tanto al balcón que parecía una hermosa gárgola blanca a punto de abalanzarse sobre ellos.

—Cuando ya creía que me había librado de tus golpes... —Gurgess se rascó la cabeza.

—Me importa una mierda lo que hagas, Ely, pero si quieres conservar tu naricilla respingona, más vale que te apartes de mi puto camino —le advirtió Lana—. Me voy a la otra punta del planeta y te encuentro... ¡no me lo puedo creer! Eres como una puñetera enfermedad mal curada.

—El placer es mutuo, hermanita.

—¿Hermanita? —Rayner las señaló varias veces—. ¡Ahora lo entiendo!

—¡¡Medio hermana!! —gritó Lana mientras entraba a la mansión.

Ely saltó desde el balcón y aterrizó con elegancia frente a Gurgess sin ni siquiera hincar la rodilla. Se puso de pie al instante como si fuese un muelle recién estirado.

—¿Por parte de padre o de madre? —preguntó Rayner.

—Si consigues desarmarme te lo cuento —le retó—. Tenemos tiempo para un par de lecciones antes de la cena, espadachín, así que andando, porque mi futuro yate no se va a pagar solo.

La elfa señaló el jardín con la espada y Gurgess obedeció a regañadientes. Los dos se pusieron en guardia sobre la hierba y los metales comenzaron a entrechocar. La elfa detenía los golpes sin esfuerzo, con una naturalidad pasmosa, mientras que los ataques de Gurgess eran potentes pero torpes, amplios pero pesados; aquella arma oscura debía pesar mucho como para moverla con naturalidad. Melvin no pudo evitar fijarse que su hoja no devolvía ningún reflejo del sol de la tarde. Era como si devorase la misma luz.

Inquieto por la cercanía de aquel filo oscuro, decidió alejarse de ellos y escudriñó el opulento interior de la mansión. Tenía un estilo cálido, rústico, y solamente le faltaba la presencia de algún conde en batín sentado junto a la chimenea, justo debajo de todos aquellos trofeos de caza que colgaban por doquier. Sin embargo, sus paredes emitían una sensación inacabada y primitiva difícil de describir, como si fuese una construcción anacrónica en aquel mundo anclado en las épocas oscuras. Podría haber sido un hogar acogedor, tanto como cualquier antigua mansión ordannense, de no ser por aquellas extrañas pinturas que colgaban de todas las paredes, mostrando escenas macabras que representaban pasajes de varios mitos. ¿Quién querría tener esas obras colgadas en el corazón de su hogar? No lo podía entender. Los Antiguos se mostraban como sombras vagas sin una forma definida, como si los artistas tuviesen miedo de mostrarles en todo su esplendor, y el retrato de Liroye Settien tenía un aspecto enfermizo. No había ningún cuadro que representase a Alexa, su hermana, la traidora que fundó Laudan.

Mientras caminaba por el piso superior, recordó la fama de derrochadores de los nobles quiijenses, que alimentaban su codicia sin importarles que su pueblo sufriese. ¿Dónde estarían esos duques y marqueses en ese momento? Los cajones estaban medio vacíos y revueltos, y estaba claro que muchas de las repisas echaban de menos las posesiones más valiosas que habían sujetado una vez. ¿Desde cuándo los quiijenses iban a rezar a los dioses hasta Sotomonte con las maletas cargadas de oro? «Quizá sean ofrendas para sus dioses», pensó, pero no le sonó muy creíble: ningún rico enterraría todas sus riquezas ni por la fe más fuerte del mundo. ¿Es que no dejaban a nadie atrás para vigilar sus casas abandonadas? Quizá la fe de Ismer fuese tan fuerte que tanto ladrones como nobles se reunían para orar, pero le extrañó que ningún alma avispada aprovechara esa ausencia programada para saquear todo lo posible.

No pudo evitar formular la pregunta más inquietante de todas: ¿y si esa gente había huido de ellos antes de que llegasen? Significaría que aquel pescador les mintió, y por tanto, la gente de Sotomonte no les recibiría arrodillada y dándoles la espalda.

—¡La cena estará en dos horas! —gritó Gork desde el piso de abajo—. ¡Hasta entonces, fuera de mi cocina, niño!

Melvin tuvo tiempo de caminar por los alrededores del edificio principal, perdiéndose por aquellos acogedores caminos de piedra que serpenteaban por la



hierba de la finca. Todo estaba tan calmado, tan vacío, que se sintió como un fantasma más de aquel lugar abandonado. Desde lo alto de la colina, lo único que les rodeaba era el paisaje lejano de la naturaleza más pura. ¡Qué distinto era al Ordann actual! Le recordaba al mundo de su infancia, cuando aún cabía la posibilidad de perderse entre enormes valles y montañas sin encontrarse con el perfil distante de una antena de telefonía móvil o una conga de decenas de postes eléctricos. El mundo había cambiado enormemente en las últimas décadas, tanto que hasta costaba tener una perspectiva clara de hacia dónde iba. De repente, dejó de echar de menos Brisa Salada y todo lo que había dejado atrás. Quizá podría pasar sus últimos años por Ismer, ayudando al reino a salir del caos en el que el Triunvirato le iba a sumir. Nadie le echaría de menos al otro lado del mar... ni siquiera su hijo.

La pequeña arboleda de cipreses de la finca resultó ser un auténtico remanso de tranquilidad donde lo único que se escuchaba era el canto de los pájaros, así que se sentó entre las raíces de un tronco cercano y se dedicó a relajarse un rato, pensando en lo que pudo ser y no fue, actividad que practicaba a menudo desde que se hizo viejo. No pudo evitar pensar que si hubiese nacido en Ismer quizá su vida hubiera sido muy diferente: en esa tierra no le hubieran separado de sus padres, no le hubieran entrenado como a un adulto cuando no era más que un niño, no le hubieran amenazado con hacer daño a sus seres queridos, no le hubieran mandado al frente para defender mentiras... los ismerenses le habrían tratado como al heraldo de un dios, ni más ni menos. No tenía sentido pensar en eso: nadie elegía donde nacer, pero sí podía elegir dónde morir.

Se dejó llevar por la calma, respirando aquel aire que olía a hierba y humedad. Estuvo a punto de quedarse dormido, pero unos gritos cercanos le espabilaron.

—¡¡Claro que puedo ganarte en un puto partido de Bola Rayada, zorra frígida!!  
—Lana señalaba a su hermana, furiosa—. ¡¡Dame esa puñetera pelota y empecemos, si es que tienes ovarios!!

Las dos hermanas ejercieron de capitanes y formaron los dos equipos. Nada más empezar a jugar la bola, Melvin observó cómo Yisu y Ogsu, a pesar de estar en equipos contrarios, se confabularon para mandar al suelo a Liam mediante un doloroso placaje coordinado. No pudo evitar reírse del pobre chico cuando se puso en pie con la cara llena de tierra y les maldijo de más de veinte maneras diferentes.

La bola volvió a ponerse en juego. Shawnla trepó a la espalda de Gurgess y le tiró al suelo, consiguiendo que acabaran retozando entre risas mientras los demás se empezaban a oler lo que estaba surgiendo entre ellos. Una jugada coordinada después, el equipo capitaneado por Ely consiguió su primer tanto, provocando que Lana se lanzase directamente a estrangular a su hermana. Los dos equipos tuvieron que coordinarse para separarlas antes de que se matasen.

Animado por los gritos, Gork salió unos minutos de la cocina para jugar un par de tantos; cuando cogió la bola, Liam y Alastor se colgaron de sus brazos, pero no hubo manera de evitar que siguiese corriendo y marcase un punto para el equipo de la

pelirroja. Hasta el temeroso Ipkis se atrevió a participar en la competición si le dejaban jugar en el equipo de su querida jefa. Lana, para agradecer su valiosa contribución, le agarró por el pescuezo y le usó de escudo humano para evitar un par de placajes. Gurgess y ella se coordinaron bastante bien, y consiguieron un par de tantos para su equipo.

Todos parecían pasárselo bien bajo el irreal sol rojo que bañaba el paisaje, proyectando alargadas sombras sobre el césped mientras corrían de un lado para otro. El aire de la tarde era fresco y húmedo, y pequeños gorriones se llamaban entre sí con un dulce canto mientras los primeros grillos anunciaban la cercanía de la noche. Por un momento, Melvin olvidó que estaban en mitad de una guerra, rumbo a asediar una capital. «No estaría mal morir en paz en un lugar como este», pensó, y aparcó sus deseos de gloria tardía durante un rato.

—¡Es la hora de cenar! —gritó Gork cuando la alarma de su reloj de pulsera sonó escandalosamente—. ¡Un tanto... todo o nada! ¡El equipo que pierda pone la mesa!

El equipo de Lana perdió y la pelirroja comenzó a repartir patadas a todos sus compañeros, cebándose especialmente con el pobre Ipkis.

Después de que la cosa se calmase, todos disfrutaron de una abundante cena en la mesa del comedor principal, entre las luces de unos pomposos candelabros de oro que los dueños de la mansión habían olvidado llevarse consigo. Degustaron hasta siete entrantes, seguidos de una deliciosa sopa de pescado, seguidos a su vez de unos jugosos filetes empanados con queso y salsa picante. Cuando ya nadie parecía poder comer más, Gork sirvió un delicioso cerdo asado con tiras de queso fundido que reabrió el apetito de todos. Los comensales, con el primer botón del pantalón suelto, felicitaron al chef efusivamente.

Yisu y Ogsu, que olían el alcohol a kilómetros de distancia, condujeron una exhaustiva investigación en la bodega del sótano, llena de diversos vinos de antiguas cosechas quijenses, y acabaron por pedir prestadas sus mejores botellas. Con los Mariscales lejos de allí, trazando planes en sus incómodos campamentos improvisados a mitad de camino de la capital, todos disfrutaron sin miedo a represalias de una bebida que trepaba rápidamente a la cabeza y sonrojaba mejillas sin ningún esfuerzo.

Pronto comenzaron las risas, las apuestas estúpidas y las canciones. Shawnla, ruborizada, se mostraba interesada en comerse con los ojos al pánfilo de Gurgess, y a pesar de lo descarada que resultaba a ojos de los demás, el espadachín, poco espabilado, no parecía ser muy consciente de las pasiones que estaba desatando en ella. Yisu y Ogsu bailaron alegres danzas enanas sobre la mesa mientras bebían a morro un gran reserva que limaba gargantas, y el pobre Ipkis se pasó tanto con las copas que vomitó unas seis veces antes de retirarse a la cama con el rostro pálido como el mármol. Alastor, Ely, Gurgess y Lana se enzarzaron en un duelo de chupitos de vino picado a cuatro bandas y, contra todo pronóstico, la mestiza logró tumbar a su hermana elfa, que no parecía muy acostumbrada a hincar el codo. Lana lo celebró

como si fuese la mayor victoria de la historia de Gevangenien y, para terminar, hizo un calvo en la cara de su hermana atontada que casi acabó en otra pelea.

—¡Déjame beber un trago, viejo! ¡Por favor! —le rogó Liam.

—Ni hablar —le respondió tajantemente—. Eres un menor, así que hasta el año que viene vas a beber agüita.

—Eres un coñazo... —Liam arrastró una silla y se sentó junto a él—. Oye, he estado dándole vueltas a las historias de Shawnla, y hay algo que no se me ha olvidado preguntar —se acercó a Melvin con descaro—. Si los Antiguos eran tan poderosos que sus simples sueños eran capaces de hacer temblar al mundo... ¿en qué momento acabaron enterrados y olvidados? Es decir... no había nadie comparable a ellos sobre la faz de Gevangenien. ¿Quién les metió allí abajo, en un abismo oscuro en el que nadie querría estar?

—Ya te he dicho que son leyendas, Liam; metáforas, nada más. Las historias sobre el Culto de la Iglesia sin Ventanas no son más que rumores montados por gente que tiene demasiada imaginación.

—¡Vamos! ¡No seas carroza! ¡Cuéntame!

Le vio tan interesado que no se pudo resistir.

—Está bien... —Gruñó, apurando su copa—. Algunos cuentos hablan de unos seres sobrenaturales que provocaron la caída de los dioses: los temibles Verdugos, unas entidades sin alma y sin rostro que vinieron de más allá de las estrellas, de la profundidad del cosmos, de allí donde no hay luz alguna, dispuestos a castigar a los Antiguos por alguna ofensa horrible que cometieron eones atrás, por algo terrible que alteró el equilibrio del universo.

—Joder... ¿y qué hicieron para cabrear tanto a esos tíos?

—Los motivos varían de una leyenda a otra... algunos dicen que cometieron la imprudencia de crearnos a nosotros, a las razas menores; otros cuentan que odiaban el propio concepto de la Magia, contrario a su estricto sentido del orden y la lógica.

—Bueno... —Liam apretó los labios, pensando— quizá sea por nuestro sol...

—¿A qué te refieres, chico?

—No sé... —Liam alzó los hombros—. Si esos bichos vinieron de la oscuridad, quizá odian a nuestro Sol Corazón. Rayner me ha contado que las estrellas de nuestro universo se mueren lentamente, que se vuelven grandes y rojas hasta que acaban encogidas en pequeños puntitos, consumiéndose a sí mismas, pero que nuestro sol dorado es una excepción que ningún científico puede explicar. Puede que a los Verdugos les moleste su luz.

—Nunca lo había pensado de esa manera —sonrió—. Aunque, que yo sepa, el Sol Corazón ya existía antes de que los Antiguos caminasen sobre la tierra.

—¿Quieres decir que el mundo existió antes que los propios dioses, viejo? Entonces, ¿quién puso el sol allí arriba? Me parece que los ismerenses no se enteran de nada.

—Este mundo es muy viejo, Liam —le advirtió—. Si las estrellas mismas se

mueren, ya puedes imaginar lo antiguo que es este universo; civilizaciones enteras han nacido y caído sobre la faz de Gevangenís, culturas enteras que ni siquiera son ruinas o recuerdos a estas alturas. Simplemente, han desaparecido para siempre. Los seguidores de Liroye, lejos de negar este hecho, lo abrazaban; creían que todo era un ciclo, que las fuerzas más fuertes de este universo volvían una y otra vez de la misma manera que la Herencia de los magos ocupa un nuevo huésped tras perder al anterior. Los dioses podían caer y desaparecer junto con sus fieles, pero tarde o temprano volverían a nacer y seguirían su legado, aunque ni siquiera recordasen cuál era la intención de la misma creación de sus antecesores.

—Vamos, que los Antiguos seguían ejerciendo de dioses simplemente por inercia... eso suena muy humano.

—Los dioses de las historias no son como las personas, Liam. Piensa en ellos como fuerzas del destino, como algo inevitable que vuelve una y otra vez, que tiene que estar ahí. Sin embargo, los Verdugos rompieron el ciclo al enterrarlos, alejando a los dioses de sus fieles, haciendo que les olvidasen con la esperanza de acabar con la Magia para siempre. Por eso los seguidores del Culto quieren desenterrarlos, para liberarles de su cautiverio y que todo siga su ciclo natural. Según ellos, algún día Ismer, tal y como lo conocemos, morirá, y dará paso a un nuevo imperio con sus propios dioses que ni siquiera nos recordarán. Todo será distinto, pero a la vez igual.

—Y cometerán los mismos errores.

—O quizá unos nuevos... ¡quién sabe! —Alzó los hombros.

—Joder... me tienes que contar todas estas cosas con más detalle. No sabía que Ismer tuviese tantas historias... ¡me gusta pensar que soy parte de una leyenda! ¿Qué opinas, viejo? ¿Los magos somos enviados de los dioses?

Se limitó a levantar los hombros. Había descubierto muchas verdades a lo largo de su vida, y de una cosa estaba seguro: resultaba peligroso ahondar en los mitos y leyendas. En Gevangenís, la realidad y la ficción no estaban tan separados como se creía. Melvin no pudo evitar mirar de reojo la espada de Gurgess, inquieto.

Al final, dejó que Liam bebiese un poco de alcohol, quizá para que olvidase todas aquellas historias que le hincharían el ego irremisiblemente. Funcionó demasiado bien, porque el pobre chico acabó dormido sobre la mesa tras intentar vencer a Yisu y Ogsu en el imposible juego de «Gana a un Enano».

La noche transcurrió en armonía, pero no todo fue felicidad para Melvin Wallas: cada vez que Lana o Shawnla le intentaban sacar a bailar, cada vez que se fijaba en sus hermosas sonrisas y sus mejillas enrojecidas por el vino, recordaba a Carla, a Simone, a Malorie, a Ronda, y al resto de mujeres que había amado durante su vida, cuando aún era fuerte y joven como para corresponderlas. Para su desgracia, no pudo evitar recordar a Irina. La dulce Irina. Se sintió mareado, tremendamente pasado de moda, y salió a tomar el aire.

Tras pasó la verja trasera y se acercó hasta un empinado acantilado que separaba la mansión de las casas inferiores. A pesar de ser de noche, la luz rojiza de la luna

Siniestra dibujaba la silueta del río Amarra con claridad, haciéndolo parecer una herida abierta entre aquellos frondosos bosques.

Escuchó algo.

Se giró sobresaltado y se encontró con el rostro congestionado de Rayner Gurgess. Como siempre, llevaba su maldita espada sobresaliendo detrás de su hombro. Se sintió arrinconado, entre la espada y la pared, solo que no había ninguna pared, por desgracia.

—¿Qué quieres, Gurgess?

—Wallas... ¿Por qué yo? ¿Por qué me miras así de raro? —Estaba bastante bebido y le patinaba la lengua—. Lo he notado. No quiero... no quiero que seas hostil conmigo y... que llegemos a una situación... peligrosa.

—¿Cómo no voy a ser hostil contigo, Gurgess? Sé que Roch te ha puesto aquí para minar mi confianza, y eso hace que tu presencia me resulte aún más molesta.

—Ya lo sé, pero yo no bailo al son del Mariscal Supremo —dijo con enfado.

—No es el son de Roch el que me preocupa.

—¿A qué... a qué te refieres?

Calló durante unos instantes. Por su mirada incómoda, pudo intuir que Rayner sabía de lo que hablaba. La esencia de otros magos resultaba cálida para Melvin, casi familiar, pero Gurgess emitía un frío desconcertante que jamás había sentido en su vida. Aún era una sensación débil, pero podía notar cómo crecía lentamente, como si el sol se estuviese ocultando lentamente dentro de él.

—¿Crees en las leyendas, Gurgess? —dijo mientras miraba a la luna—. En dioses, caballeros y criaturas extrañas, ya sabes.

—Bueno... no mucho, la verdad. Tampoco pienso en ellas habitualmente.

—Yo tampoco lo hacía. Cuando me convertí en mago, eran otros tiempos... no solía pensar demasiado, así que simplemente llegué a la conclusión de que me había tocado ser un mago y tendría que hacer lo que los magos hacían: servir a mi país. Nunca me paré a pensar mucho sobre si era un enviado de los dioses o simplemente un tipo especial entre un millón. Siempre he sido un escéptico con los pies en la tierra, pero... pero los años me han enseñado que en Gevangenien, la explicación más sencilla no siempre es la correcta.

—¿A dónde quieres llegar? —Rayner alzó los hombros, incapaz de comprender.

—A tu espada. ¿Conoces la leyenda de las Armas Negras?

—No...

—Es una historia muy vieja —recordó—. Mi madre me la contó cuando no debía tener más de diez años, y ella la aprendió a través de su abuela, así que nunca supe de dónde salió. No está escrita en ningún libro que yo conozca.

—¿Y cuál es?

—Miles de años atrás, mucho antes de los Settien, cuando antiguos imperios cuyo nombre se ha perdido se alzaban sobre la tierra, cuatro armas negras se forjaron a partir de un misterioso material caído de las estrellas, venido de más allá de los soles

moribundos, desde lo más profundo de la oscuridad del espacio. Las llamadas Armas Negras. Cuatro filos con propiedades muy especiales.

—Continúa —le apremió, mirándole con suspicacia.

—Se rumoreaba que aquellas armas eran la personificación de los sueños de los Verdugos, de aquellos que vinieron de la nada para castigar a los Antiguos. La Magia, el sueño de los dioses, era algo cambiante, explosivo, caótico y orgánico, mientras que los sueños de los Verdugos eran fríos, inertes, inorgánicos y letales. Eran armas que no necesitaban ser afiladas, pues no estaban destinadas a cortar carne.

—Temes a mi espada —cierto brillo oscuro apareció en los ojos de Rayner.

—Si hiciese caso a las leyendas, sí.

—Cuando me conozcas mejor verás que tengo poco de leyenda, Wallas. — Gurgess soltó un bufido. No soy más que un necio.

—Y no hay nada más peligroso que un necio con una espada.

—Es difícil dejar de ser un necio cuando no sabes qué está pasando. Yo... necesito saber una cosa.

—¿El qué?

—¿Por qué yo? Los mejores soldados de Tres Mares han intentado blandir esta espada, pero se pudre cuando la sujetan entre sus manos. Su hoja solamente brilla cuando yo la empuño. ¿Por qué este Sueño de Verdugo me salvó a mí?

El silencio se hizo de nuevo. El susurro del viento nocturno fue lo único que se escuchó durante unos eternos segundos. Gurgess y él estaban a un palmo de la caída. «Solamente tendría que darle un pequeño empujón», pensó, «y dormiría mucho más tranquilo, desde luego». No tuvo agallas, por supuesto; Melvin Wallas era un héroe, no un asesino.

—No lo sé, Gurgess... no lo sé —mintió.

La historia que su madre le contó a la luz de una solitaria vela no acababa ahí, pero prefirió callársela, pues la verdad podría tener un efecto aún más pernicioso que la duda en aquel hombre. Como en todas las historias que advertían sobre el precio del poder, siempre había una moraleja cruel. No debía fiarse de ese hombre, ni darle la espalda jamás.

## El Candado

AQUEL lugar parecía existir fuera de cualquier tiempo o espacio, fuera de cualquier piedad o calidez que pudiera tener el mundo.

—Menuda escombrera —dijo Yerrod, quitando hierro a sus temores.

—Todo Ismer está lleno de ruinas como estas, pero nadie se pone de acuerdo a la hora de clasificar a cuántas civilizaciones distintas pertenecieron —dijo Anders, que caminaba delante de él despreocupadamente, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo—. Algunas de estas piedras tienen más de cinco mil años, que se dice pronto. Hay algo extraño en esta tierra, algo que hace que las ruinas se colapsen más lentamente de lo normal... es casi como si alguien se negase a olvidarlas del todo —sonrió—. Todas las piedras ocultan su propia historia celosamente, callando sus más oscuros secretos, pero aquellos que las observan bien pueden llegar a ver retazos del pasado, espiando a través de la mirilla turbia del tiempo.

—A juzgar por lo que veo, este lugar solamente oculta secretos tristes —dijo Kara.

La antigua ciudad de Amanecer no podía tener un aspecto más melancólico y descorazonador. Era una de las pocas ruinas pertenecientes a los nativos de Ismer que aún se conservaban, una de las señales que indicaban que esa tierra estuvo habitada incluso antes de que los Settien pusiesen un pie en sus costas. Apenas se sabía nada sobre ellos, pero se les conocía como los Sin Sombra, porque sus cuerpos, convertidos en algo todavía más difuso que el polvo, ya no proyectaban ninguna silueta en la tierra.

Las palabras de Anders sobre imperios perdidos le hicieron dudar: ¿eran los Sin Sombra una manera de aunar todas las civilizaciones que les eran desconocidas en un solo nombre? Ni siquiera los historiadores más eruditos sabían concretar cuándo comenzó la primera civilización de Gevangenien. El universo en el que vivían era antiguo, muy antiguo, demasiado como para cosechar certezas, y las Grandes Purgas donde se quemaron miles de libros no ayudaron mucho.

¿Quiénes fueron sus constructores? ¿Por qué se desvanecieron? En ocasiones como esa, Yerrod deseaba ser capaz de mirar por aquella mirilla de la que Anders hablaba, pero se tuvo que conformar con las elucubraciones de su imaginación. A diferencia de lo que ocurría en los países modernos, ningún ismerense se había molestado en investigar y conservar los restos de ese patrimonio único e irrepetible. No había intrépidos excavadores buscando tesoros arqueológicos, ni turistas señalando curiosidades, ni siquiera actores disfrazados de nativos permitiendo a los visitantes sacarse una foto con ellos a cambio de dinero. Solamente había abandono y olvido.

—Desde luego, no es mi lugar ideal para vivir —dijo el enano mientras se cerraba el cuello de la chaqueta—. Aún falta menos de un mes para que acabe el verano y

diría que hasta me está entrando el frío en los huesos. No me quiero imaginar cómo tiene que ser vivir aquí en invierno.

—Un suplicio, sin duda. —Anders sonrió cómplice. Ese bastardo tenía la facultad de hacerle olvidar que vivían bajo su amenaza día tras día—. La Isla Pleamar está en entre las aguas de la Grieta de las Tormentas y el Mar Blanco, dos de los peores mares del mundo. Cuando sus vientos chocan a estas alturas, las temperaturas bajan formando borrascas incluso en verano, y la humedad que proyectan por todas partes pudre la madera y alimenta el musgo que se come la roca. Amanecer desaparecerá para siempre tarde o temprano, por muy cercas que sean estas piedras, pero los dos orgullosos mares seguirán azotando estos acantilados hasta el fin de Gevangenis. La naturaleza es más paciente e insistente que cualquier voluntad humana.

Lo sabía muy bien: nadie ganaba un pulso al Océano Inquieto, y por ello, Yerrod temía lo que estaban a punto de hacer, que venía a ser lo más parecido a azucar con un metal ardiente a una bestia que dormía un plácido sueño veraniego.

El cielo nublado que flotaba revuelto sobre sus cabezas estaba tan descolorido como las pilas de escombros que se apilaban por doquier, y el viento, que traía un fuerte olor de agua salada desde la costa, empujaba una fina capa de niebla que lo envolvía todo, dejando solamente a la vista las siluetas de las pocas columnas que aguantaban en pie el paso de los milenios. Los árboles se habían marchitado decenas de estaciones atrás, convirtiéndose en formas sin vida, caóticas y enmarañadas.

Yerrod pudo ver lápidas desgastadas y rotas por todas partes, tan dañadas que era imposible leer lo que una vez grabaron sobre ellas. Recordó una de las pocas costumbres que se conocían de los Sin Sombra: enterrar a los muertos allá donde cayesen, sin importar el lugar que fuese.

—¿Qué ha sido eso? —Yerrod y Kara se detuvieron en seco.

Escucharon una profunda sirena en la lejanía, más allá de los acantilados que rodeaban la ciudad, dentro de aquel mar revuelto y cubierto de niebla.

—Un barco del Triunvirato patrullando la costa, supongo. —Anders se echó a reír—. No te preocupes, Yerrod, porque esos soldados solamente ven una cosa en su horizonte en este momento: Sotomonte, lo único que les importa para poder imprimir grandes titulares en los periódicos. No se van a molestar en registrar a fondo unas ruinas sin ningún valor estratégico. Además, si nos encontrasen, todos tenemos un rostro conocido al que no querríamos disparar, y yo soy especialista en encontrarlo.

Por mucha normalidad que intentase aparentar, Yerrod no podía olvidar que estaba trabajando con alguien que había facilitado el mayor atentado terrorista de la historia, además de mantenerles a su lado bajo amenazas de muerte. Pensaba a menudo en huir, pero siempre se quedaba paralizado: si el viaje de vuelta a Ordann no le mataba, cosa que era muy probable, Anders terminaría el trabajo. Se imaginaba a sí mismo desangrándose sobre la alfombra de su piso, mientras su mente, engañada por una ilusión, creía que estaba echando un ojo a la televisión desinteresadamente. En todas sus pesadillas Anders estaba de pie, sobre él, con su eterna sonrisa



cruzándole el rostro, mirándole con curiosidad mientras la vida se escapaba de su pecho.

—Démonos prisa; nos estarán esperando más adelante, y no podemos perder ni un minuto. Owain ya está haciendo de las suyas —dijo el mago mientras se adelantaba.

Era cierto. Aunque Ismer ya era un continente muy dado a los cielos encapotados, Yerrod sospechaba que ese súbito arrebató de mal tiempo tendría que ver con el lento despertar del prisionero que custodiaban Rabst y Toro.

—Deberíamos detener esta locura antes de que ocurra —susurró a Kara mientras se aseguraba de que Anders estaba bien lejos.

—No deberíamos hablar de esto.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Callar y convertirte en una cómplice más?

—¿Y qué quieres que haga? —Se detuvo en seco, enfadada—. Quién sabe... quizá Anders tenga razón; quizá este movimiento salve muchas vidas a largo plazo. Quizá...

—Demasiados «quizá» para mi gusto. No puedo creer que ese maestro del engaño te esté empezando a convencer con la manida excusa de «el fin justifica los medios». Vamos, Kara; te conozco y sé que no eres una asesina, por mucho que él intente hacerte creer lo contrario.

—No me conoces tan bien como crees —replicó ella, molesta. Caminaba tan rápido que a Yerrod le costaba seguirle el paso—. No todo es tan sencillo... tú no has cometido errores tan graves como los míos. Ya no puedo volver atrás.

—¿Te he contado alguna vez por qué me retiré del Circuito Oficial de los Once?

—He leído tu expediente... dice que Rabst y tú... bueno, matasteis a vuestra protegida en Astiago. Por eso os escogí, porque no vacilasteis a la hora de la verdad.

—Como dices, no todo es tan sencillo. Tanya... tuvimos una estrecha relación con ella.

—Creía que los Espalderos teníais prohibido confraternizar con vuestros protegidos. Ya sabes, por si os entrasen dudas llegado el momento.

—Cuando pasas años pegado a una persona, compartiendo sus alegrías y tristezas, jugándote la vida por ella, las prohibiciones se vuelven borrosas y distantes. Tanya era una humana poderosa como un león; físicamente era más fuerte que muchos hombres pero, a pesar de su aspecto imponente, era una persona dulce y amable que se hacía querer por todos los que la rodeaban, y su sonrisa podía alegrarte un día gris de un plumazo. Rabst y yo la protegimos durante casi seis años... ¡seis años! ¿Cómo esperaban que no llegaría a quererla?

—¿La querías?

—Fue inevitable —admitió con cierto pudor—. Hasta el propio Rabst, que normalmente es un bastardo sin corazón que solamente se preocupa por su cheque, le cogió cierto cariño... a su manera, claro. Tanya era el planeta sobre el que orbitábamos, como esas dos lunas gemelas que rondan sobre nuestras cabezas cada

noche.

—¿Qué pasó? ¿Por qué la... retirasteis?

—Tanya comenzó a actuar de manera extraña, errática. Sufría de fuertes jaquecas, debilidades y constantes cambios de humor que nos pusieron alerta. Muchos magos no tienen la fortaleza suficiente para soportar el peso de sus poderes, y sus mentes se van deshaciendo como aspirinas en un vaso según pasan los años. Aquellas señales nos hicieron pensar lo peor.

—Que se estaba imbuyendo.

—Sí, o que simplemente se estaba volviendo loca, y los dos eran motivos por los que poner punto final a su vida. Rabst y yo, precavidos, le hicimos un discreto test camuflado de reconocimiento rutinario. Los medidores lo dejaron claro: sus niveles de materia exótica rebosaban a casi el doble del nivel habitual. Rabst y yo lo hablamos, pero ninguno de los dos tuvo el valor de informar a nadie, sabiendo que tras un chasquido de dedos por parte de algún alto cargo deberíamos cumplir nuestro deber. La queríamos, Kara. Cada vez que miraba a Tanya, mis manos se congelaban, incapaces de soportar el pensamiento de tener que acabar con su vida. Sin embargo, tras un par de incidentes muy graves que no pudimos ocultar, no tuvimos más remedio que informar al alto mando sobre nuestro descubrimiento.

—Y supongo que alguien chasqueó los dedos —adivinó Kara.

—Sí, y a pesar de ello no pude hacerlo. Ni siquiera Rabst pudo. Ella... bueno, se lo dijimos, le contamos todo con la esperanza de que reflexionase y se calmase. Ella entró en pánico y se fugó. No hace falta que te diga lo grave que resulta que un mago escape del control del gobierno.

—Sobre todo si acaba en manos equivocadas.

—Todos la buscaban, y nosotros sentimos la responsabilidad de hacer lo mismo, a pesar de haber sido destituidos fulminantemente. La encontramos en uno de los países del sur, en Astiago, y ella, acorralada, se defendió. Mató a muchos, tanto soldados como civiles. Al final, con la carga de aquellas muertes a nuestras espaldas, lo hicimos.

—Hicisteis lo correcto, Yerrod. —Kara le puso la mano en el hombro—. Estoy segura de que salvasteis muchas vidas.

—No lo entiendes, Kara... Los cambios de humor, las jaquecas, los vómitos... todo tenía una explicación más sencilla y mundana. Aquella fatídica noche no segamos una única vida.

Kara se detuvo en seco.

—No es posible. ¿Embarazada? Los magos no pueden tener hijos biológicos. Todo el mundo sabe que la materia exótica y la fertilidad no se llevan bien.

—Al parecer, la vida siempre encuentra una manera de abrirse camino. —Yerrod asintió apesadumbrado—. Y por si eso no fuera ya totalmente extraordinario e inesperado, el bebé que llevaba en su vientre también había sido elegido por la Magia, haciendo que los medidores creyesen que la propia Tanya emitía el doble de

radiación de lo habitual, cuando en realidad estábamos midiendo a dos magos, uno dentro de otro. Su criatura y ella estaban conectados biológicamente con el más sagrado de los lazos, pero a la vez, sus poderes estaban enzarzados en el más extraño duelo de hechiceros de la historia.

—Dioses... lo siento, Yerrod. ¿Tú... tú eras el...?

—No, claro que no —sonrió con pena—. Tanya medía casi dos metros y yo... bueno, hubiéramos sido unos padres muy peculiares. La amé, pero ella jamás me correspondió. Nunca supimos quién era el padre, ni nunca se ha vuelto a repetir tal fenómeno con ninguna otra hechicera. La información nunca salió a la luz, así que la prensa ni siquiera lo sospechó, pero no eran pocas las historias antiguas que hablaban de un mago elegido que nacería de la entrañas de la mismísima Magia. Un mago dentro de un mago... a veces pienso que nuestra torpeza y cobardía dejó este mundo... no sé, sin algún tipo de profecía. Como si hubiéramos matado al héroe de un épico cuento antes del «Érase una vez». Quizá aquel niño hubiera cambiado el mundo.

—O niña —le regañó.

—Niño o niña, sigue siendo una carga que tendré que soportar el resto de mi vida. ¿Qué opinas, ahora que sabes que soy un asesino de niños?

—Aun así, hay una gran diferencia entre nosotros: tú obrabas creyendo que hacías el bien y yo obraba sabiendo que hacía el mal.

—Todavía no sé en cuál de las dos categorías está Anders...

El silencio incómodo, ausente durante meses en sus conversaciones, volvió de nuevo en ese momento. Yerrod odiaba recordar aquel episodio de su pasado: rompía su máscara de mercenario confiado y seguro de sí mismo, mostrando que, en realidad, no era más que un chico asustadizo cuando llegaba la hora de la verdad. Quizá Anders tenía razón: quizá no estaba a la altura de ese desafío; quizá, después de lo que ocurrió con Tanya, no tenía el valor de tomar decisiones incómodas en pos del bien común. Las dudas echaban raíces en su cerebro, secándole los pensamientos, pero algo le ayudaba a centrarse, a luchar, a continuar siendo íntegro. Ella. Deseaba lo mejor para ella. La deseaba, a secas. «Maldita sea, tengo que dejar de enamorarme de humanas», pensó al mirarla de reojo.

Atravesaron los restos de Amanecer de punta a punta, siguiendo a la escurridiza sombra de Anders, y salieron por la puerta oriental más cercana al mar, donde un solitario arco de piedra daba paso a unos interminables acantilados ejercían de barrera natural ante el oleaje.

—Increíble... —dijo Yerrod—. Hay que admitir que los Sin Sombra sabían cómo construir sus faros.

Frente al mar, sujetando el peso del saliente sobre su espalda, se alzaba una titánica estatua de lo que parecía un humano descabezado, aunque estaba demasiado desgastada para ser reconocible. Sus pies nacían en el agua, decenas de metros más abajo, y sus brazos, levantados hacia el firmamento, sujetaban los restos de un

gigantesco faro a modo de antorcha, tan grande que resultaba sorprendente que aún no se hubiera colapsado completamente. Era una figura imponente, sí, pero al verla allí, solitaria, envuelta en la niebla, resquebrajada y herida, no pudo evitar sentir cierta pena por ella.

Se acercaron a un gran saliente que se aventuraba peligrosamente sobre las olas, sobre el hombro del titán. El agua que se extendía bajo ellos, de color gris turbio y plagada de espumosas pinceladas blancas, albergaba incansables remolinos que parecían portales al mismísimo Abismo. Yerrod no quiso acercarse mucho; cerca del borde se encontraba un pequeño cementerio con lápidas desperdigadas sin aparente orden, indicando que aquel era un buen lugar para morir.

—Al parecer, no somos los únicos que pensaron que vivir aquí era un suplicio.

—Lo dices como si supieras que todos se lanzaron por voluntad propia. —Anders le sonrió perversamente.

—Dioses... —Kara paseó entre las lápidas, rozándolas con los dedos—. Aquí deben de yacer medio centenar de personas.

—Oh, no os preocupéis: En Amanecer, lo que cae al mar no vuelve a tierra nunca más, así que las tumbas están vacías.

—¿Y eso debería tranquilizarme? —Yerrod tragó saliva al imaginarse la caída.

—Se me ocurren un par de cosas que podríamos tirar ahí abajo —dijo una voz familiar detrás de ellos.

Yerrod no pudo evitar sonreír al ver a ese desagradable mercenario avaricioso. Era como echar de menos a una hemorroide molesta e irritante, pero en cierto modo, no podía evitar tenerle cariño después de tantos años rascándosela. Rabst Dientes de Oro estaba sentado sobre una roca, cruzado de brazos, cerca de la pared solitaria de lo que fue una casa.

—¡Rabst, viejo zorro! —Yerrod se acercó a darle un abrazo, pero un gruñido desagradable le indicó que no era bienvenido—. Veo que esta tierra no te ha cambiado... sigues siendo el mismo tipo encantador de siempre.

Junto a él, la mala bestia apodada Toro se hurgaba los dientes mirando a las nubes. Se había colocado un chaleco plagado de cartuchos de munición, y sujetaba su inseparable escopeta de combate entre las piernas, balanceándola de un lado a otro con suavidad. Por el aspecto asqueado que lucían los dos, Yerrod supuso que no habían disfrutado mucho de su mutua compañía.

—Me encantan los reencuentros, pero debemos ser especialmente puntuales con el ritual —dijo Anders—. Si lo hacemos antes de tiempo o más tarde del límite que tenemos impuesto, podemos alterar el orden de los acontecimientos con consecuencias no previstas, y es algo que no nos podemos permitir. Siempre hemos de mantener el control. ¿Dónde está la mole? ¿Dónde está *sir* Quenton Corazón de Piedra?

El caballero silencioso se revolvió al escuchar su propio nombre y desveló su presencia, sobresaltándoles. La armadura pétreo de Quenton Corazón de Piedra

estaba cubierta de parches de un musgo suave, convirtiéndola en el camuflaje perfecto para aquel entorno baldío, tanto que cuando permanecía quieto se podría confundir con una ruina olvidada más. Comenzó a caminar hacia ellos, y cada vez que daba un paso, las placas de su armadura resonaban y entrechocaban entre sí como si no estuviese diseñado para caminar; sin embargo, daba la impresión de ser tan imparable como una roca rodando cuesta abajo. Yerrod nunca le había visto sin ese casco de cimera de media luna que se extendía de sien a sien. ¿Qué rostro escondía en su interior?

—¿Es un titán de piedra? —preguntó mientras daba vueltas alrededor de él, curioseando sus muescas—. He oído historias sobre ellos.

—¿Titán de piedra? —Kara le miró extrañada.

—Ya sabes... rocas gigantescas con una forma vagamente humana que son imbuidas con enormes cantidades de Magia, como si fuesen un juguete a pilas.

—*Sir* Quenton es demasiado pequeño para ser un gólem, pero no andas desencaminado —el mago dio un golpecito en el pecho del gigante. A pesar del grosor de sus placas, Yerrod hubiera jurado que sonaba a hueco—. Si hacemos caso a la leyenda, la armadura de *sir* Quenton es un regalo le hizo su hermano, el famoso mago Horgen Manos de Piedra, que vivió siglos atrás. Horgen investigó durante años las ruinas de los Sin Sombra, intentando desentrañar sus oscuros secretos, y en un lugar remoto encontró los cuerpos inertes de criaturas gigantescas, tan grandes que una sola de ellas podría conquistar un reino entero.

—Lo que decía yo... gólems.

—Por supuesto, muchos pensaron que estaba loco, y afirmaron que aquellos gigantes solamente eran estatuas erigidas por algún reino megalómano y que jamás se habían diseñado para caminar. Sin embargo, Horgen sospechó que los Sin Sombra habían dominado un arte ya perdido milenios atrás, un arte tan brutal como peligroso: transmitir materia exótica a los objetos, una práctica tan retorcida que incluso la propia Magia parecía rechazar. Se pasó décadas intentando encontrar las palabras exactas que activasen a esas estatuas, tanteando la clave que permitiría recargarlas usando su propio poder, y tras miles de desesperados intentos, solamente consiguió revivir dos míseros dedos de la mano de uno de esos titanes.

—¿Dos dedos?

—Cualquier otro se habría rendido, pero Horgen fue muy astuto: el mago arrancó los dedos y forjó dos armaduras imbuidas de Magia: una para él, sacada del dedo pulgar, y otra para su hermano Quenton, hecha con el meñique de la criatura. Por ello nuestro amigo es tan especial: su armadura es una ruina más de los Sin Sombra, tan antigua que sus secretos nos serán desconocidos para siempre.

—Si eso ocurrió siglos atrás, ¿cómo sigue con vida sin ser un mago como su hermano?

—La Magia tiene efectos impredecibles. —Anders levantó los hombros—. No sé qué aspecto tendrá bajo ese visor, pero al ser un humano corriente que ha estado

expuesto a la Magia durante siglos, es posible que no tenga un rostro muy agradable de ver. Puede que incluso esté peor que nuestro amigo Owain.

Yerrod miró a la cabeza *sir* Quenton, esperando encontrar unos ojos detrás de la ranura del visor, pero solamente vio oscuridad. Tuvo que apartar la mirada.

—¿Solo con un dedo meñique de un gólem se ha podido crear esta cosa gigante? —dijo Kara—. Suena a leyenda exagerada. Ese titán tendría que ser del tamaño de una montaña. Es imposible.

—Nunca se sabe qué parte es verdad en una vieja leyenda —dijo Anders—. Si los gólems caminaron sobre Ismer alguna vez, los Sin Sombra se llevaron el secreto a la tumba, y debemos estar agradecidos por ello. Se decía que los gólems nunca dormían: solamente aplastaban, destruían y embestían todo lo que encontraban, fuesen aliados o enemigos, y parecían especialmente interesados en aplastar magos, como si les tuviesen rencor por haberles dado poder. Incluso el propio mago que lo había activado corría peligro si no se alejaba de la criatura. Ya os he dicho que la propia Magia no lleva bien poseer objetos no vivos.

—¿Está bien que hablemos de estas cosas delante de él? —Yerrod pasó la mano frente al visor de *sir* Quenton—. Me pone un poco nervioso que esté aquí, frente a nosotros, como si no pasara nada.

—No nos escucha a menos que yo se lo permita. Fíjate: Quenton, trae al Soberano de la Tormenta, por favor.

La mole de piedra crujió pesadamente y comenzó a caminar de vuelta a las ruinas, echando abajo la pared cercana como si fuese de papel. «No será un gólem, pero parece una imitación convincente», pensó asustado.

—Quenton aún cree que está viva, ¿verdad? Hablo de la Dama —dijo Yerrod.

—Lo cree, por supuesto —sonrió—. Algunas personas se pueden partir en dos como una rama seca cuando descubren la dolorosa verdad, y cuanto más viejas se vuelven, más quebradizas son. *Sir* Quenton lleva demasiados años en este mundo como para comprender o admitir que le hemos salvado de las garras de una secuestradora, así que es mejor que nunca conozca la verdad. Él, al igual que Owain y el resto de amantes de la Dama, no era más que un títere, una marioneta en manos de una persona cruel.

—¿Y qué son, ahora que están en tus manos?

Anders se limitó a callar y sonreír.

El silencio les hubiera rodeado si el estruendo del mar hubiese cesado alguna vez, pero antes de que la espera se hiciese insoportable, los ruidosos pasos de *sir* Quenton volvieron a invadir el aire de manera ascendente, anunciando su regreso. Cargaba sobre su hombro un sarcófago de piedra de casi dos metros de largo, manejándolo como si fuera tan ligero como una tabla de madera. El caballero se detuvo delante del mago, esperando pacientemente el siguiente tirón de sus hilos.

—Llévalo allí, a la zona de tumbas. Ah, y ábrelo. Vamos a dejar que tome el aire. Que disfrute de su tierra una última vez, ¿no os parece? Después de todo, no somos

monstruos sin corazón. —Anders le dedicó una mirada gélida a Yerrod.

El caballero de piedra caminó con pies firmes hasta el cementerio, rompiendo varias lápidas con las rodillas, y al soltar el pesado sarcófago aplastó unas cuantas más, levantando una nube de polvo que tardó varios segundos en disiparse. Quenton levantó la tapa de piedra desgastada y la lanzó, arrasando con unas cuantas losas más. Yerrod rezó para que los fantasmas vengativos de los Sin Sombra no encontrasen la salida de esos remolinos.

Todos sintieron una curiosidad malsana. Se acercaron lentamente al sepulcro, y con prudencia y expectación, y se asomaron al interior.

Al igual que la primera vez que lo vio, seguía siendo una visión sumamente desagradable.

—El hombre que daba forma a las nubes, el aguerrido mago que era capaz de devolver al cielo un relámpago de un puñetazo, acabó convertido en este engendro que veis —dijo Anders, mirando a al ocupante del ataúd con lástima—. Desgraciadamente, quien juega muy cerca de las llamas tiene más posibilidades de acabar quemándose.

Frente a ellos estaba el cuerpo de Owain, el Soberano de la Tormenta, o más bien lo poco que quedaba de él. No había ni rastro de aquel hombre robusto y huraño del que hablaban las leyendas; allí dentro solamente había una horrible forma irregular, carnosa y rosada, de apenas medio metro de alto, llena de bultos porosos, solitarios pelos rizados y rojizas manchas cutáneas. Su masa estaba rematada con una especie de atisbo de brazo huesudo y deforme que sobresalía de uno de sus costados, con trozos de hueso que asomaban sobre la piel. En medio de ese caos corporal que hubiera hecho apartar la mirada a más de un médico curado de espanto, sobresalía un solitario ojo de color verde, entreabierto perezosamente, acompañado por una pequeña boquita torcida que lanzaba turbias burbujas de saliva. Era como si un ser humano se hubiera derretido como una vela que alguien se había olvidado de apagar. El cuerpo agonizante de Owain Trueno tosía y se convulsionaba levemente, y sus labios morados mascullaban sin lanzar un solo sonido. Yerrod no pudo evitar volver a sentir una arcada al contemplarlo de nuevo.

—Dioses, había olvidado el hedor —se tapó la nariz con asco.

—Nos... ¿nos puede ver? —dijo Kara, conmocionada.

—Sigue respirando después de tantos siglos, así que supongo que todavía conservará la visión. —Anders apoyó los codos en el ataúd y se acercó mucho más de lo recomendable—. ¿Nos ves a través de ese bonito ojo tuyo, Owain? ¿Nos oyes? Verás, llevas mucho tiempo escondido en el sótano de esa bruja posesiva, mucho más tiempo del que crees. Te hablaría de las maravillas tecnológicas que se han creado desde que te capturó, pero por desgracia no podrías disfrutarlas en tu estado actual, así que solamente te dejaría con los dientes largos. Me imagino que estarás deseando cruzar tu ansiada Tercera Puerta, porque, ¿quién querría vivir así? Tranquilo, no te preocupes, porque pronto acabaremos con tu sufrimiento.

La masa de carne pareció balbucear por un momento, pero solamente escupió un poco de saliva. Yerrod sintió una lástima infinita por aquel ser agonizante.

—Aguanta, amigo, guarda tus fuerzas. —Anders dio un par de palmaditas a las carnes viscosas de Owain, creando pequeñas ondulaciones en su piel—. Ya falta poco.

—Oh, dioses, no vuelvas a hacer eso. —Kara se apartó del ataúd, asqueada.

—Parece que has perdido el estómago que tenías unos añitos atrás, ¿eh, muchacha? —dijo Anders—. Bien, tenemos que comenzar la preparación del ritual. Si todo ha marchado como debe ir, el ejército del Triunvirato tiene que estar ya ante las puertas de Sotomonte, y el destino estará a punto de levantar el telón. Es el momento perfecto.

—¿Cómo sabes que han picado el anzuelo? —le preguntó. Siempre le fastidiaba la irritante omnisciencia del mago—. Estamos muy lejos de allí, y no sabemos si el pescador con el que hablaste cumplió su tarea. Aunque lo hubiera hecho, aunque les hablase de la Ofrenda de Verano, puede que el Triunvirato se muestre prudente y no ataque.

—Tenemos más ojos de los que ves, Yerrod, así que estoy seguro. —Anders sonrió y le enseñó sus blancos dientes—. Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora, si no hay más preguntas urgentes, deberíamos comenzar el ritual para liberar el poder de Owain Trueno.

Quizá no tuviese el valor para detenerle, quizá no tuviese el valor de poner la vida de Kara en juego, pero nada le impedía averiguar de qué hablaba. Solamente conocía una debilidad de Anders: sus incansables ganas de proyectar su imagen de hombre controlador. Debía aprovechar el momento.

—¿Y cómo se libera el poder de un mago de manera tan violenta y súbita? —preguntó, fingiendo inocencia.

—Contesta a esta pregunta: ¿Cómo consigues crear una avalancha imparable a partir de la inofensiva nieve? —Anders miró su reloj de muñeca, evaluando si tenía tiempo para dar explicaciones.

—Esperando.

—Exacto, Yerrod. Esperas el tiempo suficiente, dejas que la nieve se acumule en la pendiente y luego gritas a la montaña. Los magos, dependiendo de su veteranía y especialidad, pueden ser pequeñas lomas o peligrosos precipicios, pero todos reciben un poco de esa nieve en sus cuerpos cada día. Si esa capa no se limpia cada cierto tiempo, se va acumulando hasta que comienza a ser peligrosa, y puede acabar provocando una avalancha. Para evitarlo, los magos necesitan vaciarse de poder cada cierto tiempo, o comienzan a ser unas baterías sobrecargadas que amenazan con reventar. Nuestro amigo Owain lleva casi un siglo durmiendo plácidamente, así que he de suponer que ya esconde un gran poder bajo su pecho, esperando un solitario grito que haga comenzar la reacción en cadena.

—Entonces solamente te valen los magos que hayan permanecido dormidos



durante décadas —dedujo—. ¿Hicieron lo mismo con Griskany en Puerto del Duque?

—No exactamente. Hay... atajos para impacientes que no quieren esperar un siglo para conseguir este resultado. Un ritual, si se puede llamar así, que permite acelerar los acontecimientos un poco.

Un rayo cayó sobre las aguas del mar, y el trueno retumbó entre las paredes rotas de Amanecer.

—¿Qué hace ese ritual? —preguntó Kara.

—Acelerar su cuerpo, simplemente. Es imposible manipular el tiempo, pero sí que se puede manipular la percepción del tiempo. El cuerpo humano es muy sugestionable, y si se aplican las técnicas adecuadas, podemos engañar a su reloj biológico para hacerle creer que los años pasan más rápido.

—Le vas a hacer creer que ha envejecido —dijo Yerrod.

—De una manera tan convincente, que su propio cuerpo se lo va a creer. Curiosamente, la percepción del receptor parece engañar a la mismísima Magia, que responde llenándole del poder que debería haberle entregado en pequeñas dosis a lo largo de las décadas. Cuando el ritual termine, Owain morirá de viejo.

—Creía que los magos imbuidos vivían durante siglos antes de extinguirse.

—Nada es para siempre, Yerrod. Esto va a ser bastante más grande que lo ocurrido en Puerto del Duque, pero diferente, a su vez. Los poderes de Griskany, que no estaba imbuido, eran explosivos, espontáneos, pero los de Owain se arremolinan lentamente como las tormentas que maneja, liberando su furia de una manera constante. Con tanto poder en su interior, nuestro Soberano de la Tormenta tardará un tiempo en morir. El tiempo justo para cumplir una doble función.

—¿Doble función? ¿A qué te refieres?

—Los cielos de Ismer no solo son el dominio de Owain. Hay cosas acechantes entre las nubes, horrores imprevistos que pueden amenazar la ejecución nuestro plan, y me temo que tendremos que hacer algo al respecto. Eso sí: primero, nos encargaremos del Triunvirato.

La sombra amorfa de lo que Owain Trueno fue una vez balbuceó algo. Su ojo se abrió tanto que sintió que le clavaba su mirada en el alma, pidiendo clemencia. Hubiera jurado que esa masa pocha de carne estaba asustada, quizá porque había entendido que no podía hacer nada por evitar su destino. «Tú, en cambio, si podrías. Hazlo», pensó Yerrod. «Pon fin a esta locura». Anders estaba cerca, muy cerca, y si era lo suficientemente rápido, le podría disparar sin previo aviso. Si es que estaba realmente donde mostraba estar, claro.

Toro defendería al mago, pero Rabst podría encargarse de él... si el enano le siguiese en su rebelión, claro. ¿Lo haría? Era su compañero, pero ¿sería capaz de elegir el dinero por encima de la amistad? Dudó, dudó y dudó, como cuando Tanya estaba a su merced. ¿Y si se volvía a equivocarse? Se encontró con los ojos de Kara y los dos se observaron durante un rato, hablándose con la mirada.

Ella negó con la cabeza.

El ritual comenzó, y la trampa se cerró.

## Tópicos

**N**O era alguien que creyese en verdades absolutas, en un mundo pintado de un cabezota blanco y un intransigente negro, pero si algo le había enseñado el paso de las décadas era que los tópicos se habían ganado a pulso su existencia. Erwann odiaba todo lo que olía a predecible, pero en el fondo, todas esas coletillas manidas sobre la vida le provocaban una cómoda sensación: le hacían sentirse una especie de dios capaz de leer las mentes ajenas, o como mínimo, un hábil vidente capaz de señalar obviedades ocultas a ojos de los demás.

Sin embargo, no todo le resultaba insultantemente fácil a la hora de hacer pronósticos: a veces le costaba predecir las decisiones ilógicas y pasionales propias de los humanos. Los elfos como él, a pesar de ser impredecibles dentro de los amplios límites de su punzante astucia, no se dejaban llevar por las decisiones repentinas y no meditadas, así que la irracionalidad humana les resultaba algo tosco y desequilibrado, insultante de un modo casi personal, un arma tan peligrosa como unas tijeras en las manos de un niño.

Podía oír sus voces ebrias mientras se aproximaba, escapando por las ventanas de aquella posada varada en el cruce de caminos. La presencia de alcohol podía ser una buena y mala señal al mismo tiempo: sí, volvía a la gente especialmente manipulable, pero también podía ser el combustible perfecto para sacar a paseo decisiones muy poco razonables.

Sus manos comenzaron a temblar de nuevo. Cualquiera hubiera pensado que los nervios le estaban jugando una mala pasada, pero sabía que el mono había vuelto. Apretó los puños y se controló a base de respiraciones profundas. Se solía repetir que él estaba por encima de las adicciones humanas, pero cuando las horribles migrañas le anunciaban que no había recibido su dosis habitual en varios días, sabía que era una mentira que ni él mismo se creía.

Era el momento de actuar. Miró a la puerta de la posada con decisión y comenzó a caminar. Dio un paso al frente y su zapato se hundió en una pequeña montaña de mierda de caballo. Erwann maldijo a todos los dioses en los que no creía y se restregó la suela contra un fardo de heno que había junto a los establos. El sol comenzaba a esconderse tras las nubes rotas del horizonte, y su aura manchaba los cielos del atardecer con un rojo intenso. Las copas de los árboles se balanceaban suavemente frente al amplio cruce de caminos, abanicando el aire como una dama adormilada, y las cigarras, tan cansinas como siempre, se burlaban de su agudo oído con un concierto estridente. El ambiente era tan relajante que hasta la mierda pegada a su bota le pareció un precio justo a pagar por aquella calma.

Algo llamó su atención. Una gran silueta saltó desde la espesura y se detuvo en el sendero de barro que llevaba a la creciente oscuridad del bosque. Erwann, alarmado, desenfundó el cuchillo de su bota en un instante, esperando una emboscada.

—Menudo susto me has dado —dijo mientras guardaba el arma.

El majestuoso animal, de pelaje cobrizo y brillante, giró su cabeza para mirarle, exhibiendo sus poderosas y enrevesadas astas. Erwann se quedó callado, disfrutando del momento, consciente de que era el único testigo y, por un momento, sus incesantes pensamientos se callaron de golpe. Le gustaba la simplicidad de los animales, su despreocupación, su indiferencia ante el devenir del mundo, su inmunidad ante la codicia y la malicia. El ciervo, consciente de que alargar su presencia un segundo más rompería la magia del momento, se coló entre los troncos del otro lado del camino tan rápido como había aparecido.

—Espero que esto no haya sido un regalo tuyo —le dijo a modo de despedida mientras se acababa de limpiar el zapato.

Las voces pastosas del interior comenzaron a pisotear lo que parecía una vieja canción popular, cuyo ritmo, a falta de tambores, era marcado por los golpes de las jarras contra las mesas. Borrachos cantarines... otro viejo tópico que se cumplía, incluso tan lejos de Ordann. Hablar con ellos debería ser pan comido, mientras ocultase sus peculiares rasgos, claro. Un elfo debía parecer algo extraño e intimidante para esas gentes pero ¿cómo serían ellos? Aquel lugar era el primer reducto de civilización que había encontrado tras cruzar la frontera hacia el oeste, después de que aquel helicóptero descacharrado le dejase atrás. ¿Cómo serían esas gentes que habían vivido aisladas del mundo moderno durante siglos? Quizá tuviesen cuernos y rabo, como se solía decir a los niños. Quizá le matarían nada más verle, sin dejarse camelar por sus dotes de manipulador.

O quizá le invitarían a una copa. El alcohol atontaba un poco sus otros vicios, así que un refrescante trago bien merecía la pena el riesgo.

Encontró una vieja túnica de viajero junto a los establos que le vendría de maravilla para no llamar la atención. Se caló la capucha, asegurándose de haber tapado sus llamativas orejas, tragó saliva y entró con decisión en la posada con toda la naturalidad posible en su situación.

Miró alrededor.

Por una vez, lo mundano y previsible llegó a sorprenderle. La gran sala principal bailaba llena de actividad, con hombres y mujeres correteando de un lado a otro, derramando cerveza de sus jarras, cantando canciones y eructando tan obscenamente como ningún señor o rey podría hacerlo jamás. Le pareció tan típico que no supo si los habitantes de Ismer le habían decepcionado o bien le parecían adorablemente predecibles. Ni cuernos ni rabo a la vista, al menos por el momento. Solamente personas, tan imperfectas como cualquier ordannense de hacía cinco o seis siglos. Lo familiar era bueno.

Todo le pareció tan peliculero que esperó ese mítico momento en el que la música se detenía súbitamente, y todos los huéspedes, en silencio, se giraban para mirar al extranjero que acababa de entrar al pueblo, indicándole con sus miradas emponzoñadas que no era bienvenido, y que probablemente le asesinarían antes del

amanecer. Sin embargo, a nadie pareció importarle que una sombra anónima hubiera entrado sin ni siquiera saludar. Aquel lugar de paso debía bullir con caras nuevas cada noche, así que mientras no llamase la atención, nadie le tomaría por nadie.

«Solamente los niños y los borrachos dicen la verdad», pensó al oler el húmedo ambiente cargado de alcohol. Sí, ese era un tópico que le ayudaría en ese momento.

A pesar de la familiaridad, de los lugares comunes, no se permitió bajar la guardia. No sabía mucho de aquella tierra, pero como en todo lugar anclado en el pasado, sus gentes serían tercas, irracionalmente hostiles hacia cualquier amenaza a su modo de vida. Claro que también serían fácilmente manipulables si se usaban las palabras adecuadas. Debía comenzar a trabajar.

«Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil», pensó mientras miraba sus caras detenidamente, almacenando detalles sobre su cultura y forma de ser. Debía elegir a uno.

Se acercó a la barra, y por el camino tropezó con un leñador de manos frías que intentaba calentarlas bajo la falda de una de las camareras. Aprovechó para robarle la pequeña bolsa de oro que colgaba atada de su cinturón.

Solamente tardó seis pasos y medio en llegar hasta los taburetes, pero tuvo tiempo de sobra para pensar detenidamente dónde se iba a sentar. Analizó en un parpadeo a los nueve hombres encorvados que había apoyados frente al posadero, y los fue descartando uno a uno. Demasiado delgado como para ser de un entorno próspero. Demasiados remiendos en su ropa como para manejar dinero. Demasiado hostil. Demasiado tonto. Demasiado viejo. Demasiado joven. Demasiado triste. Demasiado borracho como para hablar. Demasiado sobrio como para hablar.

No, no le servían. Necesitaba a alguien con autoridad, con posibilidad de tener contactos e información, locuaz, pero a la vez lleno de puntos flacos, o solamente perdería el tiempo.

«El hábito no hace al monje», pensó al verle. Sonrió.

Allí estaba, sentado en una esquina: un clérigo regordete, bajito, de gran nariz, pelo escaso en la cabeza y abundante en el cuerpo. Vestía una túnica negra atada con un cordel y unas sandalias desgastadas que le daban un aspecto humilde. No le hubiera llamado la atención de no ser por el anillo de oro de su dedo anular, una pieza poco discreta que anunciaba que era más de lo que aparentaba. Por si aquella reluciente joya fuese poco convincente, el sacerdote mostraba otra característica aún más prometedora: a diferencia de los escuálidos huéspedes que le rodeaban, famélicos por la infame dieta del campesino feudal, la panza del clérigo indicaba que la buena vida no le era desconocida. Desaliñado, descuidado, ostentoso, glotón, bebedor. «Perfecto». Los manchurriones de vino que goteaban hacia su ombligo le decían que estaba en el punto exacto de la noche, cuando su lengua estaría más deseosa de estirarse para no quedarse dormida. Era tan perfecto que sintió ganas de besar su sudorosa calva.

Tomó asiento junto a él.

—Yo te bendigo —gruñó el gordo nada más verle—. Los Padres Enterrados han puesto sus ojos en ti... etcétera, etcétera —resopló.

—¿Perdona?

—¿No has venido a eso? —dijo en mitad de un ataque de hipo—. Todos quieren la bendición de los Dioses Enterrados, y más en estos tiempos. Mi deber es extender su palabra por Ismer, pero me temo que se me está quedando seco el gaznate... no sé si me entiendes... —Alzó su jarra vacía.

—Entiendo —dijo mientras tiraba una moneda a la barra y hacía un gesto al posadero para que le sirviese. Erwann lo hizo con una naturalidad pasmosa, como si fuese un cliente habitual.

—Oh, no era necesario; los dioses me libren de pedir bebida a cambio de mis oraciones... ¡eso sería un pecado! —Sonrió—. Aun así, agradezco tu buena voluntad, porque los escarlatas son un poco tacaños... vaya si les cuesta soltarse los puñeteros bolsillos. ¡Nada que ver con los quijenses, que parecen haber nacido bañados en oro! —Se pasó su lengua morada por los labios rechonchos—. ¡¡Brindemos juntos!! Otra copa para mi nuevo amigo, posadero.

—Salud —dijo Erwann mientras alzaba aquella jarra sucia.

—Dinero y amor —añadió el clérigo antes de ahogarse en cerveza y eructar.

A pesar de estar deseando ahogar sus penas en alcohol, no bebió. Aprovechó el momento para mirarle fijamente, para analizarle sin que le viese la cara.

—¿Qué te trae aquí, extranjero?

—¿Cómo sabes que soy extranjero? —preguntó extrañado.

—Desde luego, nunca he visto unas botas de tal calidad por estos lares... son extrañas. ¿Qué artesano te las hizo?

—Oh.

—¿Vienes del sur? He oído historias de esos piratas pomposos que recorren el Mar de Los Señores, vestidos como mamarrachos mientras hablan con ese lenguaje rebuscado, creyéndose lores o algo así. No serás uno de ellos, ¿no? Bueno, no quería ofender... es solo que son unas botas extrañas.

—No, no soy sureño —echó un trago a la cerveza, apurado.

—¿Y entonces, de dónde? Porque del norte no puedes ser... nadie va al norte —hubo un momento de silencio—. Demonios, no quería hacerte sentir incómodo. ¿Misterioso, eh? ¡Quizá vengas del otro lado del mar!

Palideció durante un instante hasta que se dio cuenta de que no había sido más que un comentario al azar. Muy acertado, pero inocente.

—A veces pienso en cómo serán allí, ¿sabes? Sé que es impuro hacerlo, sé que lo que nace en Ismer muere en Ismer, pero no puedo evitarlo. Dicen que los ordannenses tienen grandes orejas de demonio y ojos que pueden robarte el alma. ¿Te imaginas?

Erwann se atragantó con su bebida.

—Soy el sacerdote Witts —el humano le dio la mano efusivamente.

—Erwann —dijo sin mirarle. Sería mejor que no viese sus ojos.

—Unas botas extrañas, y un nombre extraño. ¿De dónde eres, buen amigo?

—No tengo patria... soy soldado de fortuna, se podría decir.

—Ah, ¡un buscador de oportunidades! —Sonrió—. Yo también fui un aventurero años atrás... veo que eres joven y tienes buen porte, ¡seguro que tienes grandes anécdotas que contarme!

—En realidad estoy buscando a...

—Yo tengo un montón de anécdotas, ¿sabes? —le interrumpió mientras agitaba su jarra—. ¿Sabías que he conocido al Profeta en persona? ¡Lo digo en serio! Fue una noche oscura en Cosecha, cuando... —Su rostro se arrugó por un momento— bueno, fue en una pequeña aldea costera, hace ya un tiempo. Él se colocó junto a mí y me pidió consejo espiritual. ¡A mí, ni más ni menos!

Erwann no pudo evitar sonreír al darse cuenta de la increíble suerte que había tenido. Podía reconocer a un charlatán que adornaba sus historias a millas de distancia, pero aquel tipo no tenía tanta imaginación como para inventarse algo de tal calibre.

—¿Conoces al Profeta? —pidió al posadero que dejase una botella de licor cerca de ellos.

—A Hadrien Cutter en persona —el clérigo asintió solemnemente mientras la descorchaba.

—¿Y cómo es?

—Oh, ¡temible! —exclamó mientras se llenaba un chupito—. Pero también sabio... supongo. Sin duda, es un gran líder que llegará muy lejos.

—¿Tan lejos como aquí? —le tanteó.

—¡Es posible! Aunque la diplomacia no está siendo fácil. Es complicado convencer con palabras a reinos que se han odiado mutuamente durante siglos. Los Páramos están con nosotros desde el principio, y Cosecha se unió pacíficamente al ver a nuestro ejército a sus puertas... sin embargo, declarar la guerra a cualquier reino central es algo muy peligroso. La guerra fría que se traen Wentos y Nuevo Wentos ha provocado que estén militarizados hasta la médula, y esos bastardos de Forja Ardiente... son demasiado grandes como para dejarse convencer, aunque su imperio esté a punto de colapsarse bajo su propio peso. Jamás les convenceremos con palabras, y nuestro ejército, aunque grande, sufriría grandes pérdidas si los invadiésemos. Sin embargo, hay otra vía.

—¿A qué te refieres?

—Una unión de los reinos menores... si mi señor lograra el apoyo de los reinos del este, los grandes imperios centrales se verían atrapados entre dos frentes y quizá estarían dispuestos a unirse a la causa sin oponer resistencia.

—Hablas de Ocaso, Vía Escarlata y La Quijada.

—Exacto; por eso viajamos hasta aquí a través del Mar de los Señores. Sin embargo, negociar con Vía Escarlata resulta... exasperante. Digamos que nadie se puede fiar de la palabra de un escarlata. —Witts miró con resentimiento a los

hombres que les rodeaban—. Y luego está La Quijada...

—Así que el Profeta está aquí, en Vía Escarlata —le interrumpió, intentando centrar la conversación.

—¡Puede ser! —Gruñó agobiado—. Algunos dicen que está en la Puerta Roja, la capital, negociando con la Reina Escarlata en persona... otros dicen que sigue buscando la base del Pacto del Sol Negro... es difícil recibir noticias fiables cuando la guerra civil está a flor de piel. Una pequeña chispa, cualquier provocación... y no me quiero imaginar la que se va a montar.

«Una buena provocación acaba de desembarcar al este», pensó. Erwann se sorprendió al darse cuenta de que aquel hombre rechoncho no tenía ni idea de lo que venía desde el otro lado del mar. Estuvo a punto de sentir lástima por su ignorancia, pero él tampoco podía presumir de saber mucho sobre todo lo que iba a ocurrir. ¿Qué pretendía Ojos de Cristal con esa invasión? Estaba seguro de que no actuaba en solitario, pero las posibles listas de compinches, tanto del lado de Ismer como el de Ordann, le eran desconocidas. ¿Quería aquel manipulador que todos los ejércitos de Ismer se alzasen para aplastar al Triunvirato? Si los ismerenses del oeste no tenían ni idea de lo que iba a ocurrir, ¿lo sabía La Quijada? Y lo peor de todo: si los quienses estaban al tanto, ¿qué estaban tramando para defenderse del Triunvirato?

La migraña le atacó sin avisar, y sus manos comenzaron a temblar de nuevo. Se apretó el ceño con los dedos intentando centrarse, pero no podía. Su cuerpo le rogaba otro chute más.

—¿Estás bien, amigo? —Witts le miró con desconfianza al percatarse de sus temblores.

El sacerdote se agachó para echar un vistazo bajo su capucha y se quedó con la boca abierta. Ahogó un grito, pero Erwann, a pesar del horrible mareo y las náuseas, se recompuso a tiempo y le convenció de que callase tras acercar la punta de su navaja a su tripa discretamente.

—Calma —le susurró—. No he venido a matar a nadie. Dime dónde puedo encontrar al Profeta y me marcharé.

—¿Has venido a matarle? ¿Quién eres?

—Alguien que ha venido desde muy lejos a buscar oro y fortuna, nada más. Alguien al que no deberías juzgar por su aspecto. Ahora, contesta a mi pregunta.

—Ya te lo he dicho... está en Puerta Roja —murmuró.

—¿Seguro? Entonces, ¿qué haces aquí?

—Yo... solamente he venido aquí con un destacamento especial del Ejército Enfermo...

—Un destacamento... ¿Por qué? ¿Para qué habéis venido?

Witts, sudoroso, señaló la pared frente a ellos. En ella, atravesado por un pesado clavo, había un arrugado cartel de recompensa. Encontró un mensaje escrito con letras llenas de filigranas, extrañamente gráciles y elegantes, trazadas justo encima del dibujo de un sol negro de once puntas.



*«El Ejército Enfermo busca a los traidores del Pacto del Sol Negro por alta traición. Se cree que su guarida se oculta en las montañas del norte de Vía Escarlata, entre los pueblos de Adiro y Vulgania, más allá de los Picos Oscuros. El Profeta en persona ofrecerá una generosa recompensa a aquel que ofrezca información sobre su paradero o capture a su líder con vida. Es importante que esté vivo».*

—Lo escribí yo mismo hace más de tres meses —dijo Witts.

—Haber empezado por ahí —dijo sin soltar el cuchillo, agitando la cabeza para recuperarse del todo—. ¿Los habéis encontrado?

—N... no... ¡es imposible! Son muy astutos, y los Picos Oscuros son escarpados y están plagados de recovecos que son intransitables. ¡Por algo se esconden por allí! Llevamos meses buscándolos, pero no hemos conseguido acercarnos a su pista. No me mates... por favor... ¡Yo solamente vine porque quería complacer a mi señor!

—Algo muy noble por tu parte.

—Varios de los hombres del destacamento están en esta misma taberna, emborrachándose sin sus uniformes. Deberías tener eso en cuenta antes de apuñalarme.

—Lo tengo muy en cuenta, sacerdote —sonrió—. Y no intentes mentirme. Solamente dos de ellos son soldados, y están tan borrachos que probablemente se cortarían con sus propias armas antes de acertarme a mí. Por suerte, como te he dicho, no estoy aquí para matar a nadie. Sé que mi aspecto te provoca desconfianza, pero soy bastante simpático si llegas a conocerme.

—Gracias a los dioses —suspiró aliviado.

—¿Te vas a portar bien, entonces?

Witts asintió suavemente y Erwann guardó su arma en la bota.

—¿Te gustaría saborear la gloria, sacerdote? —Sonrió—. Pareces una persona lista que sabe aprovechar las oportunidades. ¿Te gustaría complacer al Profeta?

—Sí, por supuesto —murmuró mientras se recomponía—. Por eso partí de Los Páramos, por eso le seguí, y por eso estoy tan lejos de casa.

La máscara de la avaricia sería perfecta para engañarle. Era una emoción muy humana.

—Pues yo quiero esa recompensa de la que habla tu cartel, y creo que tengo una idea que nos dejará satisfechos a los dos. Supongo que aún quieres encontrar a esos disidentes del Pacto del Sol Negro.

—Cl... claro. Son unos blasfemos.

—Yo los puedo encontrar para ti en menos de dos días —levantó los hombros, como si hablase de algo sencillo—. Y tú, mi querido amigo, te llevarías el mérito. Bueno, tú y yo. No me importa compartir la gloria contigo mientras tú no toques mi oro.

—Habré bebido un poco, pero no soy estúpido —balbuceó—. ¿Te crees más listo que los mejores hombres del Ejército Enfermo? Esta misión es muy importante para

mi señor, y ha mandado a grandes rastreadores a estas tierras. ¿Por qué ibas a conseguir lo que ellos no han logrado?

—Porque tengo grandes orejas de demonio y ojos que pueden robarte el alma — soltó un bufido—. Y porque soy más observador de lo que crees.

—Paparruchas —bufó.

Erwann repasó toda la información que había reunido sobre él desde que le vio; rebobinó su mente para recrearse en cada detalle, cada mancha, cada pliegue de su piel, cada gesto y tic, y después dedujo rutinariamente. Fue fácil: Witts no era una persona especialmente sutil.

—Te uniste al sacerdocio recientemente, hace unos seis años, probablemente para compensar algún tipo de complejo físico... tu reciente calvicie, diría yo. Tienes problemas de obesidad desde hace menos de tres años. Te sientes intimidado constantemente, sobre todo por las personas más inteligentes como tú, y usas la fe como escudo para evitar discutir. Por eso practicas tu caligrafía, para sentir que, de alguna manera, también eres culto, al menos en apariencia. Eres inseguro y tartamudeas cuando estás nervioso, por no hablar de los gases. Bebes una o dos botellas de vino al día, te bañas una vez al mes desde que descubriste esos hongos en los pies, y tu comida favorita es el queso de cabra con miel. Eres miope. Tienes almorranas. No te afeitas porque la piel se te irrita fácilmente. Te cuesta dormir a las noches y te despiertas sudado, sin saber muy bien por qué. Sufres de terrores nocturnos habitualmente, sobre todo tras atiborrarte de comida, y a veces vomitas, cuando sientes particular lástima por tu aspecto. Tienes picores en el pecho y en la zona de las ingles, especialmente en los días calurosos. Llevas unos tres meses en esta zona, probablemente durmiendo en esta misma posada, pero no te has alejado mucho de aquí y no has participado en las labores de búsqueda, pero esperas apuntarte el tanto si ocurre algo. Has mantenido relaciones de algún tipo con al menos dos de las camareras... de una no estoy seguro, pero la mayor, la del delantal que te mira con desprecio, sí ha caído, probablemente engañada bajo algún tipo de promesa religiosa. La túnica que llevas es la misma que llevabas la noche que te encontraste con el Profeta y no la has lavado desde entonces. Ah, y esa noche pasó algo horrible que te ha hecho sentirte incómodo. ¿Viste morir a alguien, quizá? No sabría decir... no quiero forzar mi suerte.

Witts le miró con cara de bobo.

—Serás... —El hombre, rojo y tenso, se hinchó como un palomo— ¡blasfemo!

—Baja la voz. No me interesa airear tus vicios, sacerdote, ni saber cuánto he acertado y cuánto he fallado —le señaló, advirtiéndole—. Me da exactamente igual lo que hagas, pero si nos ayudamos mutuamente, no volverás a pasar tus noches mendigando para que te rellenen la copa. Serás un héroe, y el mismísimo Profeta cabalgará contigo a su lado. ¿No te gustaría contar con su aprobación?

—Yo...

—Vamos, ¿qué puedes perder?

—Yo... aunque lo hiciésemos... mi señor te matará en cuanto te vea. Los extranjeros no son bienvenidos en Ismer.

—Ese es mi problema, Witts, y me quitará el sueño a mí. ¡No te preocupes! Puedo ser encantador cuando quiero —sonrió—. De todas maneras, si llegase a matarme, es mejor para ti, ¿no crees? —Le puso la mano en el hombro y clavó sus ojos silvanos en él—. Te quedarás con todo el mérito y no tendrás que aguantarme.

—No lo sé... yo...

—Vamos, ¿qué prefieres? ¿Quedarte aquí, emborrachándote en una posada perdida en mitad de un mugriento cruce de caminos, o aceptar la oferta irrepetible que te ofrezco? Mañana, con la primera luz del alba, partiremos hacia las montañas. ¡Te vendrá bien el ejercicio!

—¿Y si digo que no?

—Piénsalo de nuevo, porque me temo que, si no vas a aceptar mi oferta, no tendré más remedio que matarte ahora mismo —dijo con tono jocoso.

Le extendió la mano, y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para que no temblase. Witts la miró lleno de dudas, con evidente desconfianza, pero Erwann ya sabía lo que iba a decidir.

«Humanos».

## El Barro

**N**O sería tan cosmopolita como el perfil de Brisa Salada o tan inabarcable como las barriadas de Nueve Hermanas, pero no había visto una ciudad más impresionante en su vida. Punto final.

Sotomonte. Al fin.

Liam había vivido, comido y dormido durante toda su vida en el barrio más cutre que se podía haber construido jamás, y Sotomonte se alzaba a lo lejos como un ejemplo de todo lo contrario a esas colmenas de pisos sin alma que le habían visto crecer. Era una pintura fantástica, irreal, de arquitectura ambiciosa e imposible; una grieta en el tiempo que mostraba cómo era el mundo en la época de los caballeros, las damas y los héroes, cuando una jornada de trabajo habitual requería matar dragones y rescatar princesas en vez de fichar en una oficina. No pudo evitar quedarse con la boca abierta al verla por primera vez ante sus ojos, incapaz de encontrarle el más mísero fallo que diese lugar a uno de sus habituales desprecios camuflados de chascarrillos. Bajo el precioso sol de la tarde, era una visión perfecta, sin mácula alguna, sacada del sueño húmedo de un arquitecto con ínfulas de grandeza.

Detrás de su sólida muralla exterior de altura imposible, las pequeñas casas cuadrículadas de los barrios bajos se extendían por toda la ladera como sucios terrones de azúcar desperdigados sin ton ni son, ocupando prácticamente la totalidad de la falda de la montaña sin dejar un hueco libre a la hierba o la roca. Los barrios altos comenzaban un poco más arriba, tras una fina pero imponente muralla interior, y eran completamente distintos; allí, las afiladas formas triangulares de cientos de orgullosas atalayas dominaban el paisaje, mostrando preciosas claraboyas redondas de vivos colores y tejados que parecían escamas de dragones. En el punto más alto, sentado en medio del gran trono de la montaña, se alzaba el Palacio de las Campanas, una construcción megalítica de gruesos cimientos que culminaba con la torre más alta de toda la ciudad, tan alta que el vértigo se anudaba en el estómago con tan solo contemplarla.

«Tiene que ser increíble escupir desde allí arriba», fue lo primero que pensó al ver el palacio en todo su esplendor, y se sintió un poco idiota por no haber tenido una reflexión algo más profunda.

—¿Cómo llevas lo de cargar con el traje? —le preguntó el viejo.

—Bien, mientras no tenga que caminar, correr, saltar, esquivar o agacharme —bromeó mientras intentaba dar un par de saltitos sin mucho éxito.

Ese mismo mediodía se lo probó por primera vez. Melvin le había advertido que sería una prenda incómoda, pero nunca se hubiera imaginado algo tan voluminoso y pesado. Era una versión modificada del traje que los artificieros usaban para desactivar explosivos y, bajo el grueso forro de nylon verduzco que le cubría, se escondían varias placas de blindaje que pesaban como la piel de un troll muerto. Eso

sí, las manos, al igual que las de los artificieros, iban desnudas y desprotegidas, listas para lanzar hechizos sin obstáculos. Después de todo, apuntar con un dedo a lo que querían matar era una manera bastante efectiva de atacar con naturalidad.

—Me alegro de que te parezca cómodo. —Wallas, a pesar de estar para el arrastre, llevaba puesto uno igual, pero ni siquiera se quejaba—. En mi época luchábamos con lo puesto, a cara de perro, pero los tiempos han cambiado —suspiró, nostálgico—. Al parecer, ahora somos demasiado valiosos como para ir correteando por el frente en bermudas y chancletas.

—¿No te pones el casco?

—El casco quita visión. No te lo recomiendo. Además, tengo algo mejor —le guiñó un ojo.

Melvin abrió la cremallera de una vieja bolsa de deportes y sacó un extraño bulto verde de ella. Liam tardó en darse cuenta de qué era. «¡No puede ser!». Se lo había puesto demasiado fácil.

—¡Joder! —Liam se echó a reír a carcajadas—. ¡Lo que me faltaba por ver, abuelo! ¿Qué es lo siguiente? ¿Te vas a poner a montar un unicornio?

Wallas se había puesto un maldito sombrero de mago. Era viejo, viejísimo; estaba hecho de una tela verde raída y descolorida, con parches y puntadas cruzando su estropeada superficie por todos los lados. Contaba con una irregular ala ancha que protegía su rostro del sol y su copa puntiaguda estaba tan arrugada que su extremo caía hacia atrás, deprimido. Melvin trató de estirarlo un poco, pero volvió a pocharse, tan impotente como lo estaría él. El mago se colocó aquella antigualla sobre la cabeza y la encajó todo lo que pudo.

—Madre mía, me has alegrado el día. ¿Te has traído también la varita mágica?

—Pues ahora que lo dices, sí, aquí está. —Melvin agarró su cilindro de metal y le dio un par de vueltas en el aire con inusitada agilidad, muy cerca de la cara de Liam—. Puede que te rías, pero, cuando me lo puse por primera vez, todo niño quiso tener el mismo sombrero que su héroe. Las imitaciones volaban de las tiendas de regalos.

—No sé quién te regaló eso, pero debía ser tu peor enemigo.

—Me lo regaló mi hijo —el rostro de Melvin se arrugó un poco más de lo habitual.

—Oh —incluso un bocazas como él sabía cuándo debía dejar de reírse—. Creía que los magos... bueno, que no podíamos... no sé si me entiendes.

—No necesité compartir genes con él para considerarle mi hijo.

—Joder, ahora me vas a decir que te quedaste con una tía que venía con el bombo de otro. ¡Menudo pringado!

De repente, el rostro de Melvin pasó a dar miedo. Se acercó a él dando un par de zancadas y le puso la punta de la barra bajo la barbilla, levantándole la cabeza para que le mirase a los ojos.

—Mucho ojito con lo que dices, chaval, porque estás agotando mi paciencia —le dijo con una voz profunda—. Puedes meterte conmigo todo lo que quieras, pero

jamás te atrevas a reírte de los seres queridos de los demás. Una cosa es ser un poco gilipollas, y otra bien distinta es ser un gilipollas a secas.

—Lo... lo siento... —murmuró avergonzado—. No... no sabía que ese chico... tu hijo... fuese tan importante para ti.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Liam —dijo con un tono más calmado—. No he tenido una vida fácil, y por muy bocazas que seas, no te deseo lo mismo a ti. Sé que el menosprecio que sacas a pasear es una forma de defensa muy útil para ocultar tus inseguridades y debilidades, pero ahora hace falta que lo sepas tú. Hay gente que nunca se acaba de dar cuenta de lo que te digo, y sus funerales no suelen contar con muchos amigos de verdad, no sé si me entiendes.

Aquel comentario le dolió en lo más profundo, pero no supo qué contestar. Nadie le había hablado así en su vida y no sabía cómo reaccionar. Se mordió el labio y bajó la cabeza. Para su sorpresa, Melvin le revolvió los pelos.

—Considera que esto es una lección más en tu formación para ser un buen mago —le sonrió—. Las personas poderosas deberían tener la obligación de no dejar que sus defectos empañen sus acciones. Las inseguridades, las pasiones, los enfados... no se pueden evitar, pero hay que saber controlarlos, y para eso hace falta tener un poco de coco. Tenemos una responsabilidad.

—Entiendo... —Agitó la cabeza como un perro para devolver los pelos a su sitio — ¿y por qué no te hablas con el chico, viejo? Quizá aún estés a tiempo de arreglar las cosas.

—La vida puede ser cruel a veces, Liam, golpeándote donde te creías más fuerte.

—¿Murió?

—Algo más doloroso, si cabe: yo morí para él.

—Oh.

Liam quiso dar una palmadita al viejo, pero no se atrevió. No pudo evitar pensar que le había cogido cariño. Aquellos días de viaje habían sido como unas vacaciones de verano para él, e incluso había aprendido a disfrutar con los exámenes sorpresa que su mentor le preparaba; después de devorar todas las lecciones, Liam ya se desenvolvía con cierta holgura en temas básicos de Física, Química, Biología y el estudio del comportamiento de la materia exótica. Aunque Melvin no compartiera su opinión, se sentía como un alumno aventajado, una joven promesa que se iba a comer el mundo.

Al final, el viejo se había portado bien y le dio unas pocas clases prácticas para que dejase de lloriquear. Apenas había aprendido unos pocos trucos básicos, pero se sentía más poderoso que nunca, casi como un superhéroe. Melvin siempre le repetía que debía ser cabal y reflexivo, sabio y prudente, pero esa era la lección que peor llevaba.

—Oye, ¿y yo no puedo tener un cilindro como el tuyo? Yo también quiero partir unos cuantos dientes con él. Aquí todo el mundo tiene un arma en las manos menos yo.

—Ni siquiera sabrías qué hacer con él —le golpeó la cocorota con la vara suavemente, pero el contacto le dolió a horrores. Fue como si su cabeza vibrase sin control como una campana rodando cuesta abajo.

A su alrededor, todo era inquietud. Los pelotones se mezclaban en un caos de miles de cascos desperdigados al comienzo del Valle de la Fortuna, cavando trincheras alrededor de esa inmensa extensión amarillenta, colocando tanques y suministros en posición. A pesar de los empujones y las órdenes lanzadas al viento, todos los soldados parecían saber dónde se les necesitaba, y las enmarañadas procesiones pronto se convirtieron en una media luna perfecta de fusiles y cañones relucientes. Las minuciosas patrullas y los exhaustivos registros de la zona ordenados por Roch habían dejado al Mariscal un poco más tranquilo, pero no por ello había escatimado en recursos: tanques, helicópteros, morteros y cañones reflejaban el sol de la tarde con sus frías formas, amenazantes.

Pese a su ruidosa presencia, nadie salió a recibirles. Ya eran casi las ocho de la tarde y no había ocurrido absolutamente nada, y los soldados comenzaban a inquietarse. Si había un ejército tras esas murallas, se escondía muy bien; desde allí, Sotomonte parecía un lugar vacío, al igual que Colina Blanca, y al igual que todo el maldito reino de La Quijada. Al menos seis helicópteros de ataque Orca sobrevolaban constantemente la ciudad lanzando consignas de rendición por su megafonía sin obtener respuesta.

Al este, en dirección al mar, el cielo llamaba la atención por su hostilidad: estaba revuelto y desaliñado, con las nubes agitadas por extraños vientos discordantes, siendo atraídas y rasgadas por lo que parecía una tormenta veraniega con todas las letras. Sin embargo, al oeste, tras el Monte de los Aullidos, sobre la cordillera, el cielo lucía extrañamente despejado; solamente un nubarrón oscuro y redondeado de tamaño colosal rompía esa limpia armonía, flotando solitario sobre las formas picudas como un globo perdido. El viejo le había contado historias sobre las superceldas, unas tormentas violentas de potentes vientos y fuertes precipitaciones que eran habituales tanto en Ordann como en Ismer, pero no había visto ninguna hasta ese día.

—Ahora toca la parte menos agradable de ejercer de mago: tenemos la obligación de presentarnos ante el Mariscal Supremo antes de la batalla. —Wallas se mordió el labio, incómodo—. Ya sé por dónde va a querer que nos metamos nuestra ayuda, pero que no se diga que hemos faltado a nuestro deber. Vamos, chaval.

Al comienzo de la amplia explanada que les separaba de la ciudad, en un lugar seguro pero privilegiado, estaba la modesta colina donde se habían situado los mandos, desde donde se podía observar toda la vaguada que se extendía a sus pies sin puntos muertos de visión. En mitad de un círculo de camiones de suministro colocados a modo de improvisados parapetos, estaban los Mariscales, discutiendo planes y señalando a Sotomonte con gestos serios que estaban siendo oportunamente immortalizados por las cámaras de corresponsales de prensa afines al gobierno.

Melvin anunció su presencia a un soldado que hacía guardia, y después de la aprobación forzada de Roch, les dieron permiso para acercarse.

—Aquí estamos, Mariscal Supremo. —Melvin se presentó con evidente desgana—. ¿Qué tal va tu particular guerra sin guerra? Ya verás cuando la opinión pública se entere que has gastado millones de soles para matar gaviotas y peces.

Roch se puso rojo de ira.

—Cuida tus palabras, Wallas —le advirtió el barbudo Orlain—. No es el momento de pelear entre nosotros. Es el momento de ponerles de rodillas antes de que haya víctimas.

—¿Y si todo es una trampa? —Wallas se acarició la barba.

—Me sigues subestimando como siempre, anciano —dijo Roch—. Por supuesto que he pensado en todas las variables. Hemos usado aviones de reconocimiento para peinar cada terreno de aquí a la frontera con Vía Escarlata, y no hemos encontrado ni rastro de algo parecido a una emboscada. No creo que esos fanáticos sin cerebro sean capaces de sorprendernos, pero que lo intenten, si quieren.

—Podrían tener magos entre sus filas. No deberías subestimarles.

—¿Magos? ¡Cuántas veces tengo que decirte que los magos no sirven de nada en la guerra moderna! He mandado traer un bombardero Cachalote desde Nexo. Es un prototipo carísimo, pero creo que la ocasión lo merece. —Roch hinchó el pecho, orgulloso—. No sé si conoces esa maravilla de la tecnología, pero su bodega puede llevar casi cien toneladas de bombas, y como vea un solo atisbo de trampa, voy a crear un cráter tan hondo en el corazón de esta ciudad que nadie, por muy enterrado que esté, va a salir de una pieza.

—Muy honorable por tu parte, Mariscal.

—Tu opinión me importa un bledo, Wallas. Podéis ponerlos en una esquina bien remota, donde no estorbéis, y podéis llevaros vuestro puñetero honor con vosotros —respondió sin ni siquiera mirarles—. Está todo controlado. Los quienses saldrán por esas puertas con las manos en alto o por encima de sus muros, a cachitos. ¿Qué pasa, Wallas? ¿Acaso creías que ibas a tener una oportunidad de chupar cámara? —Roch sonrió vagamente, como si le costase mostrar esa emoción básica—. El Trono Lustroso de La Quijada pronto será mío, los titulares así lo dirán, y tu nombre ni siquiera aparecerá en la columna del horóscopo.

—Los tronos están solamente para reposar los grandes egos de culo gordo.

—¡Tú no vas a decir cómo tengo que manejar mi ejército! —Roch bajó el tono al instante, al darse cuenta de que los periodistas aún rondaban cerca—. Ya tienes tus órdenes; no pienso perder un minuto más contigo. Largo de aquí, fósil.

—Vámonos, chico. —Melvin contuvo su rabia—; nos sentaremos en alguna roca donde no molestemos. Buena suerte con tus juegos de guerra, Roch.

Se alejaron lentamente colina abajo, y Liam se fijó en cómo el encorvado cuerpo de Melvin se apoyaba más de la cuenta en su vara, como si hubiese envejecido un poco más tras esas palabras de desprecio. Su mirada permanecía oculta tras el ala de



su sombrero, pero pudo sentir que sus ojos reflejaban que su orgullo estaba herido.

—Viejo... —dijo sin pensar— si no vamos a combatir, podrías quitarte la coraza. Deberías guardar las fuerzas para cuando hagan falta.

—Maldita sea, chaval, no empieces tú también a decirme que estoy mayor para estos trotes. —Wallas respiró hondo y se apoyó en el guardabarros de un camión, con la cabeza gacha—. Y no me llames viejo, ¡por enésima vez! He sido uno de los mejores magos del mundo. Hubo una época en la que todos me admiraban y temían, pero ahora solamente parece que sientan lástima por mí.

Liam pudo sentir la melancolía y la frustración en su quebrada voz. Se arrepintió de haber sido tan brusco y maleducado desde que le conoció; después de todo, el viejo se había portado bien con él, y lo más importante, había creído en su potencial desde el principio y no había tirado la toalla, tal y como habían hecho sus profesores en repetidas ocasiones. Era algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Si te sirve de consuelo, prometo no volver a llamarte viejo hasta que la guerra acabe. ¿Qué te parece «abuelo» o «carroza»? —Intentó hacerle reír sin éxito. No sabía muy bien cómo animarle.

—Basta ya, chaval. No tienes respeto por nadie, no te tomas nada en serio, y lo peor de todo, estás orgulloso de ser como eres. ¿Tienes inquietudes, más allá de beber y drogarte? ¿Te has esforzado por algo realmente importante alguna vez?

No supo qué decir. Pedir perdón de corazón era algo inaudito para él, así que las palabras no llegaban a su boca. Antes de que pudiera encontrarlas, un revuelo se extendió a través de la línea de tropas. Todo el mundo miraba hacia la puerta de la ciudad y señalaba con los ojos entornados, intentando ver algo.

—Está ocurriendo. Sea lo que sea, ha empezado. —Wallas se puso en pie.

Al otro lado del valle, a más de medio kilómetro de distancia, observaron que las puertas que custodiaban la entrada a Sotomonte se habían abierto ligeramente. Frente a ellas había una figura que emitía destellos de color dorado, ataviada con lo que parecía una capa azul ondeando al viento. Con el sol de frente, era difícil distinguir mucho más.

—Alguien ha salido —dijo Liam—. Creo... creo que es alguien montado a caballo. ¿Es un caballero?

—Bronce para los nobles, plata para el heredero, y oro... oro para el rey —apuntó Melvin—. El rey en persona ha salido de las murallas de la ciudad.

—¿En serio? ¿Él solo? Pues los tiene bien puestos, porque tiene miles de cañones dirigidos a su cara en este momento —soltó una risilla nerviosa al observarle. Se esperaba que algún francotirador de gatillo fácil le volase la cabeza en cualquier momento—. No veo a ningún ejército con él... ¿Qué va a hacer? ¿Cargar él solo contra nosotros?

—Es extraño. —Melvin se acarició la barba, analizando la situación. Tras unos segundos, soltó un chasquido de dedos.

Todo el Triunvirato se quedó en silencio, observando fijamente al impassible rey

dorado, subido a su corcel blanco, esperando pacientemente a que ocurriese algo. Melvin, sonriente como un chiquillo, se giró hacia el puesto de mando de la colina y gritó con fuerza. Su voz atravesó el silencio con una facilidad pasmosa, girando miles de cabezas curiosas hacia él.

—¡¡Eh, Mariscal Supremo!! —bramó con todas sus fuerzas—. ¡¡El rey Gilman quiere parlamentar contigo, a la vieja usanza!! ¡¡Quizá se quiera rendir!! ¡¡Deberías ir hasta allí como el líder valiente que eres, en vez de esconderte detrás de tus hombres!!

La provocación del viejo no tardó en hacer mella en el Mariscal. El rostro de Scott Roch se volvió a encender rojo de ira. Todos sus hombres le miraron, esperando su reacción.

—Luego me dices que yo soy el que no se toma nada en serio, viejo —le recriminó por una vez—. ¡Le estás dejando en ridículo delante de todas sus tropas!

—No lo hago solo por placer, Liam: intento evitar que Roch haga una estupidez e ignore la oferta. Creo que Gilman quiere parlamentar a la vieja usanza, como cuando los líderes de los ejércitos rivales se acercaban a caballo e intercambiaban algunas palabras antes de la batalla. Era algo común siglos atrás, cuando los reinos se guiaban por honor, y muchas vidas se salvaron gracias a esas negociaciones de última hora. Quizá, y solo quizá, podrían resolver esta guerra sin que muera absolutamente nadie.

—Es demasiado peligroso; ese tapón no tendrá los huevos de ir allí solo.

—Conozco a Roch, chaval, y si odia algo, es que le dejen en ridículo delante de sus hombres y de la prensa. ¿Te imaginas controlar el ejército más poderoso del mundo y esconderte ante el gesto cordial de un rey que no sabe ni lo que es una pistola? Espera y verás...

Roch, tenso como si hubiese recibido una descarga en las partes bajas, dio unas vagas instrucciones a Orlain, para luego subirse a un pequeño todoterreno en solitario y emprender la marcha hacia las puertas de Sotomonte. El vehículo se aventuró en el valle, dejando una estela de polvo mientras lo cruzaba, y derrapó suavemente al llegar a su destino. Roch se bajó con calma, analizando el terreno, y se acercó al rey paso a paso, desconfiado. Al parecer, tuvieron una breve e incómoda conversación.

—Algo va mal —dijo Liam—. Roch ha vuelto a acercarse al todoterreno y creo... que está llamando por radio.

Observaron cómo Orlain contestaba a la llamada de radio y sonreía resignadamente. Para su sorpresa, el Mariscal barbudo se giró y les devolvió la mirada. Estaban hablando de ellos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Liam, sintiéndose más astuto que su mentor por una vez—. Si no recuerdo mal las palabras de aquel tipo que olía a anchoas, los reyes solamente negocian con otros reyes, o con...

—Magos —una sonrisa de fascinación cruzó su rostro arrugado de Melvin—. ¡Es verdad! Si busca hablar con un mago, lo encontrará. Y que yo sepa, aquí hay dos —el viejo le sonrió y le revolvió los pelos—. Te vas a venir conmigo, chaval.

—Espera, espera —dijo mientras se colocaba los rizos en su sitio—. No estoy muy convencido... ¿No dijiste que no íbamos a combatir?

—¡Es solo una charla, chaval! En Ismer aún se rigen por las viejas tradiciones, y el honor de los reyes mantendrá nuestro trasero a salvo. ¿¿No es emocionante??

—¿Y si es una trampa para matar dos magos de un tiro? —Tragó saliva, asustado.

—De algo se tiene que morir uno, ¿no? —Melvin echó a andar, dejándole con la palabra en la boca—. ¡No seas gallina, chico! ¡Vamos! ¡Un rey nos espera!

Sin mediar palabra, los soldados del regimiento les prepararon otro todoterreno, listo para ser conducido. Melvin se puso al volante y Liam, poco convencido, se montó detrás. El motor rugió al girar la llave, luego ronroneó, y volvió a rugir cuando Wallas pisó el acelerador a fondo como si llegase tarde a su propio funeral. Por el camino, tras un blindado enano que ejercía de improvisada cobertura, encontraron al resto de la Compañía Parcheada. Lana, Rayner, Alastor y compañía les miraron estupefactos. El viejo se detuvo un momento.

—Lana, ¿qué tal se te da ese rifle?

—Puedo quitarle una legaña al puto rey desde esta distancia.

—¡Estupendo! Cúbrenos desde la colina, porque vamos para allí. ¡La gloria nos espera!

Los dos enanos Espalderos se acercaron al vehículo, dispuestos a montarse con su protegido, pero Melvin, con la mirada fija en la ciudad, aceleró de golpe. Ogsu le maldijo mientras tragaba polvo.

—Te has dejado a tus topes de puerta peludos —le advirtió Liam.

—Cuantos menos estemos, más cómodo se sentirá el rey. Quizá podamos sonsacarle algo.

La dura suspensión hizo que el armazón del vehículo botase y crujiere mientras atravesaban la explanada en dirección a la imponente ciudad, que parecía más inmensa a cada metro que se acercaban. Miró hacia atrás y observó cómo los tanques alineados, los cascos de soldados y los helicópteros se hacían cada vez más pequeños, pero no por ello menos amenazadores. Detrás de ellos, aquel cielo revuelto tenía cada vez peor aspecto y se mostraba más y más oscuro.

Si miraba al otro lado, hacia Sotomonte, encontraba un panorama completamente distinto: ninguna cabeza asomaba sobre los muros de la ciudad muerta, y solamente aquella nube solitaria cortaba el limpio firmamento dorado. A pesar de las diferencias, no sabía cuál de los dos lados le inquietaba más. El valle, a pesar de su enormidad, se convirtió en algo agobiante por momentos.

Llegaron a su destino.

## La verdad más pura y cristalina

**D**ESDE donde estaban, el muro de Sotomonte se convirtió en una ola gigante de piedra a punto de colapsarse sobre sus cabezas. Liam tragó saliva al pensar cuántas toneladas pesarían aquellos ladrillos. Sus almenas estaban plagadas de alargadas banderas azules que se movían tímidamente, mostrando el dibujo de un espejo dorado que reflejaba un rostro dormido. A medio camino de la colosal entrada, el pequeño Mariscal esperaba con los brazos cruzados a unos pocos pasos del rey, que había desmontado de su caballo.

—Bienvenido seáis a Sotomonte, *sir* Melvin Wallas, el gran mago de más allá del mar. Vuestra fama os precede. —Gilman tenía una voz quebrada y melancólica. Hizo una pequeña reverencia ante el viejo.

Estaba claro que Gilman había sido un hombre atractivo y de buen porte en el pasado pero, pese a su real atuendo, la edad había hecho mella en él, y sus gestos se mostraban demacrados, reflejando una especie de pesar interno. Su barba era poco más que una pelusa sucia, y su pelo rubio crecía largo, lacio y descuidado, cayendo por encima de sus hombros. Su armadura dorada y desgastada, que de alguna manera parecía transmitir la misma sensación devaluada que su dueño, lucía un pequeño espejo donde debería estar su corazón, reflejando el sol dorado de la tarde y haciendo parecer que su pecho brillaba. Su cabeza sujetaba una pesadísima corona de oro llena de puntas irregulares que resultaba bastante aparatosa, y a juzgar por sus recovecos oscurecidos, debía ser tan vieja como las piedras de la ciudad.

El rey sonrió a Melvin pesadamente. No parecía hostil ante su presencia, pero Liam notó un atisbo de nerviosismo en sus gestos. «No es tan idiota como para no tener miedo», pensó.

—Bienhallado, rey Gilman. —Melvin le devolvió el solemne saludo, haciendo resoplar a Roch—. No sé si conoceréis al joven Liam Evans, mi aprendiz.

—Tenéis un ilustre maestro, joven caballero.

—Gracias, tío —contestó, dejando al rey un poco descolocado—. Bonito lugar, por cierto. Una ciudad muy chula.

—Sotomonte. Es el corazón de mi reino, y por lo tanto, mi propio corazón —el rey miró a las murallas y su voz se torció—. Un reino no puede vivir sin su corazón, aunque mi hija Darea piense lo contrario.

—Podrás contarnos tus historias en la cárcel, Gilman —le interrumpió Roch—. Ordena a tu ejército que deje de rezar y entregue las armas cuanto antes.

—No estoy aquí para rendirme ni para entregar a mi pueblo, Mariscal, —Gilman se irguió por un momento—, y no estoy acostumbrado a que me interrumpan cuando hablo.

Roch apretó los puños y guardó silencio, impaciente. Liam sabía que todo el Triunvirato estaba mirando fijamente a su líder, juzgando cada gesto y cada vacío que

le hacían el mago y el monarca.

—*Sir Wallas*, quiero que escuchéis atentamente lo que le tengo que deciros, porque no dispongo de mucho tiempo; a decir verdad, ninguno de nosotros lo tenemos. —*Gilman resopló preocupado*—. Después de escuchar mis palabras, el destino de La Quijada quedará en vuestras manos, pero os pido que toméis una decisión sensata.

—Adelante —dijo *Melvin*, intrigado.

—*Ismer* está viviendo tiempos convulsos, y eso que siempre hemos sido hermanos mal avenidos. La Quijada nunca ha congeniado con el resto de sus vecinos, como los demás tampoco han congeniado entre ellos. Nada nos unía, excepto un nexo común. El nexo más fuerte que se puede imaginar.

—La religión —adivinó el mago.

—Exacto. Nuestra fe en los Antiguos Enterrados era inquebrantable y la Iglesia sin Ventanas, una institución poderosa, ejercía de mediadora en nuestras guerras y disputas. Desgraciadamente, he tardado mucho tiempo en aprender que los hombres son maleables, incluso cuando afirman hablar en nombre de los dioses.

—Esta me la sé —interrumpió *Liam*—. Déjame adivinar: el poder les corrompió.

—Durante mi juventud, en los años más dulces de mi reinado, me dediqué a mirar a otro lado mientras los clérigos actuaban siguiendo sus propios intereses. La economía de mi reino era próspera, la gente era feliz, y nadie quería saber nada sobre la corrupción que manchaba las bambalinas del poder. Sin embargo, en los últimos años, tras todos los problemas que hemos tenido, mis ojos han comenzado a fijarse demasiado en las atrocidades cometidas en nombre de los dioses. El Arzobispo, los fanáticos, los Prelados, los evangelizadores... han pervertido todo aquello que había de bueno en *Ismer*, usando la religión como un instrumento de opresión y control. Y todo con la complicidad de muchos reyes como yo. Mi fe... se ha tambaleado. No es fácil admitir algo así, pero un último problema ha hecho que abra los ojos definitivamente.

—¿A qué problema te refieres?

—Al peor imaginable, *sir Wallas*. Al oeste, en las estériles tierras de Los Páramos, una terrible plaga mortal se ha extendido entre la población, robando la vida de jóvenes y ancianos por igual, y gracias a los tiempos inciertos que ha creado, una nueva amenaza ha surgido, algo como nunca antes se había visto. En los tiempos de desesperación, la gente se agarra a esperanzas frágiles con tal de no ahogarse.

—Os merecéis eso y mucho más —dijo *Roch*—. ¡Por mí como si os pudrís todos! Matasteis a mucha gente en Puerto del Duque, y ahora tenéis que preocuparos de algo mucho más letal que una plaga.

El rey, frustrado por no haberse dado a entender, negó con la cabeza.

—*Sir Wallas*, siento deciros que os han traído aquí mediante una mentira. —*Gilman se mostró avergonzado*—. Nunca os atacamos. La mano que causó vuestra desgracia más allá del mar no era quijense.

—¡Mientes! —gritó Roch, señalándole—. Es un poco tarde para vendernos tu inocencia, Gilman. Creías que íbamos a mandar a cuatro soldados y te has asustado al contemplar al mayor ejército del mundo frente a tu capital, ¿verdad? ¡Cobarde!

—No sois el mayor ejército del mundo —le corrigió el rey—. Al oeste, una amenaza inigualable ha nacido, alzándose entre el barro de la desesperanza y la enfermedad. Un hombre de Los Páramos, un mago de dudosa moral llamado Hadrien Cutter, se proclamó a sí mismo el Hechicero Profetizado; una figura legendaria más poderosa incluso que Keegan el Resplandeciente; que Owain, Soberano de la Tormenta; que Irina, la Mano Blanca de Ocaso.

—¿Hadrien Cutter? —preguntó Wallas—. ¿Y qué tiene de especial ese mago? Creía que en Ismer los tratabais a todos como enviados de los dioses.

—Y así es —respondió Gilman—, pero los magos siempre han sido figuras paralelas al poder. Por las viejas historias sabemos que coronar a un mago y sentarlo en un trono nunca ha sido una buena idea, pero eso no les convierte en seres inofensivos: sus alianzas con reyes y mandatarios son la manera que tienen de influenciar en las luchas de poder. Los magos siempre se han mostrado respetuosos con las viejas tradiciones y hace siglos que no tenemos golpes de estado dirigidos contra la realeza. Al menos, hasta que sale una manzana podrida que cuestiona todo el orden. Cutter es esa manzana; al proclamarse el Hechicero Profetizado, ha dicho al mundo que no necesita estar bajo el manto de ningún reino.

—Y eso os ha puesto nerviosos —adivinó Liam—. ¿Cómo puede un solo tipejo poner nerviosos a tantos reyes? Creía que cuando teníais problemas parecidos los hacíais desaparecer... ya sabes, como la mafia.

—¿La mafia? ¿Qué es eso? —preguntó Gilman.

—Matones —dijo el viejo—. Gente que ordena liquidar a aquellos que se oponen a ellos.

—Ahí está el problema. —Gilman amagó un escalofrío—. Dicen que Cutter murió bajo los efectos de la peste, que cruzó la Tercera Puerta para reunirse con los Antiguos como muchos inocentes antes que él, pero que volvió a la vida, trayendo un mensaje de los Dioses Muertos con él.

—¿Estás diciendo que resucitó? —Liam se rascó la cabeza.

—Varias veces —añadió el rey—. No solo la enfermedad segó su vida: los mejores asesinos de Ismer han ido a por él, pero cuando ya parecía muerto y enterrado, ha vuelto a aparecer ante el público sin un rasguño. Y la gente le adora, claro. Todos los intentos por quitarle de en medio han resultado en un golpe de popularidad para su causa.

«Un hechicero capaz de revertir la muerte», pensó Liam. Intentó hacer memoria, repasando las historias del viejo, pero estaba casi seguro de que jamás había oído hablar de nada igual. ¿Acaso había un poder mejor que ese? Sintió una envidia terrible. El viejo no quería decirle qué poder iba a desarrollar, pero por su entrenamiento sabía que tenía que ver algo con las llamas. El fuego era chulo, sí...

pero la inmortalidad resultaba tentadora.

—Estoy seguro de que habéis visto poderes mucho más espectaculares e intimidadores por parte de otros magos... —dijo el viejo— ¿qué tiene de especial este poder?

—Es más grave de lo que creéis: ni el más poderoso de los magos había podido revertir la muerte antes de que llegara él —respondió Gilman—. Incluso el más longevo de los hechiceros imbuidos acaba marchitándose por agotamiento o exhalando su último aliento por culpa de un tajo de Piedra Barda. Todos morimos tarde o temprano; es inevitable, y una vez que uno se reúne con los Antiguos, no hay vuelta atrás. ¡Cutter, en cambio, lo consiguió!

—Y le adoran porque consiguió resucitar...

—Es algo mucho más importante que eso, *sir* Wallas: ¡consiguió estar con ellos, con los mismísimos dioses! Pudo escucharles en su muerte y volver para extender su palabra.

—Sí, o eso dice...

—No sé si será verdad o no, pero como ya os he dicho, la desesperación es un caldo de cultivo para lo inesperado —el tono de Gilman se volvió más sombrío—. La gente, temerosa de la muerte, le dio alas y popularidad, pero un giro del destino le convirtió en algo más que un charlatán: el mismísimo Arzobispo Kartarkus, líder de la Iglesia sin Ventanas, confirmó que Cutter era el Profeta que Ismer había esperado durante siglos. ¿Sabéis lo que significa eso? ¡El Profeta en persona! Miles de personas de todos los reinos se arrodillaron al momento ante él, dispuestas a cualquier cosa con tal de conseguir el favor de los Antiguos, con tal de ser sus predilectos una vez su alma cruce la Puerta Enterrada. Incluso muchos siervos humildes de La Quijada nos abandonaron, viajando al oeste para unirse a él.

—Y ese Profeta... ¿qué es lo que pretende?

—Por lo que parece, quiere unir a los reinos de Ismer bajo la bandera de un mismo imperio. Nadie había intentado algo así desde hacía milenios. Hace dos años comenzó a buscar aliados... hace menos de un año creó su propio ejército... y a día de hoy ya ha conseguido el apoyo de Los Páramos y Cosecha, dos reinos menores en poder, pero numerosos en población, al menos antes de que la peste los golpease. Ahora ha puesto en su mira a los reinos del este para presionar a los poderosos reinos centrales, que son claves para controlar Ismer. En este momento está a las puertas de Vía Escarlata, buscando que la Reina Escarlata su una a su causa.

—La frontera de Vía Escarlata no está muy lejos de aquí...

—Sí... el Ejército Enfermo se acerca cada día más a mis tierras, y es cuestión de tiempo que me obliguen a arrodillarme ante su líder. Cutter sabe que mi reino está debilitado y que no me quedará otra opción que ponerme a su servicio. Kartarkus está con él, y puede convertir todo acto de rebeldía en un sacrilegio al instante. Seríamos unos impíos a ojos del resto de ismerenses, y podrían quemarnos a todos sin que nadie levantase un dedo. Por si fuera poco... ¡Cutter tiene a cuatro de los Once de

Ismer de su lado!

—¡¡Me importan una mierda las supersticiones de un loco que se cree un profeta, Gilman!! —Roch caminaba nervioso de un lado para otro con la mano apoyada en la culata de su pistola—. ¡¡Deja de convertir mi invasión en una broma!!

—Estoy desesperado... tengo miedo de convertirme en un títere del Profeta, o quizá en un estorbo que haya que quitar de en medio. Si nos conquista, si une a los quiijenses a su causa y los usa para atacar a los reinos centrales... o peor, para ir al norte... nos masacrarán. Moriremos todos.

—Basta de tonterías —dijo Roch.

—¡Os necesito! —El rey iba perdiendo su máscara solemne poco a poco, mostrando retazos de un rostro realmente preocupado—. El mago y consejero de mi reino, el Maestro de la Llama Griskany, desapareció hace más de medio año, llevándose consigo mi mejor carta de intimidación.

«El Maestro de la Llama». Liam sintió un escalofrío al recordar que Puerto del Duque fue devorado por una furiosa explosión llameante de origen mágico. Si había heredado su poder de un mago fallecido recientemente... no, no quería ni pensarlo. Aquellos poderes podían ser los responsables de miles de muertes, y no quería cargar con algo tan pesado. Borró el pensamiento de su cabeza.

—¿Y tu ejército, Gilman? ¿No está a tu lado para protegerte? —preguntó Wallas, mirando con temor a las murallas.

—Gran parte del pueblo llano se marchó en peregrinaje al oeste, para cruzar las puertas y unirse a las tropas de Cutter, cegado por conseguir la aprobación divina de Kartarkus. No les culpo... durante años, les arrebaté las riquezas de sus tierras para alimentar a la nobleza que me rodeaba, sumiéndoles en la miseria. Ahora, cuando por fin me he dado cuenta de lo necio que he sido, ¡gran parte de mi reino ha quedado desierto! Los súbditos que me quedan no quieren levantarse en armas contra Cutter, y los únicos fieles que se atreven a defender esta tierra son aristócratas que no han sujetado un arma en su vida. Yo ya no soy más que un viejo... así que están comandados por mi hija Darea. Ella... la eduqué como a una dama, y no es una estratega ni una guerrera... no puede ganar esta guerra por sí sola, y menos con esas tropas inexpertas que apenas la respetan, así que tuve que tomar una decisión desesperada.

—Nosotros —dijo Wallas, boquiabierto.

—Era la única manera de que vinieseis. Él me lo dijo. Él puso la solución en mi mano, y yo la acepté.

La cara de Wallas se quedó blanca como la leche en un instante.

—Dioses... queríais que os invadiésemos. Queríais que os invadiésemos para que defendamos vuestra tierra con nuestras tropas. Queríais que cruzásemos el mar con el mayor ejército jamás visto para defender La Quijada de la amenaza del Profeta. Esa era vuestra trampa, y hemos caído en ella de lleno.

—Efectivamente. —Gilman bajó la cabeza, avergonzado—. Siento haberos



utilizado a todos. Si quería que el reino no fuese arrancado de raíz por las zarpas del Profeta, necesitaba llenarlo de espinas. ¡Miradme! Estoy solo. Yo... ordené despejaran el camino hacia la ciudad para que nadie obstaculizase vuestro avance, pero también lo hice por otro motivo: lo que he hecho es una deshonra que debo cargar por mí mismo, y si mi pueblo se entera de vuestra presencia, estaré condenado para siempre. ¡Ni siquiera mi propia hija lo sabe! He despachado a mi guardia personal. Ahora, solamente quedo yo para recibirlos, yo y mi vergüenza. Por favor, os ruego que seáis mis aliados.

—¿¿Aliados?? ¿¿Qué broma es esta?? —Roch resopló como un toro a punto de atacar—. ¡Esto es ridículo! ¡Hemos venido a aquí para derrocarte y juzgarte, y ahora nos sueltas unas paparruchas supersticiosas para convertirnos en aliados! ¡Esto es una humillación! Si piensas que te vas a librar de la horca por esto, Gilman, estás muy equivocado.

—Oye tío... si necesitabas ayuda militar, ¿por qué no nos la pediste en vez de organizar toda esta mentira? —preguntó Liam.

—¿Pediros ayuda? —Gilman se mostró indignado por la idea—. Mira la reacción de tu Mariscal, joven Evans. ¿Realmente hubierais reunido el mayor ejército posible para cruzar el mar porque yo os lo hubiera pedido? Me dijeron que la única manera de que pisaseis esta tierra con todas vuestras fuerzas sería mediante la provocación, y la treta funcionó.

—No nos importa tu reino, Gilman —espetó Roch, colérico—. Jamás nos quedaríamos a defender tus patéticas tierras, ni aunque te pusieras de rodillas.

—No os marcharéis hasta que me ayudéis a ganar la guerra contra Cutter. He visto horrores, Mariscal, horrores que sería mejor que se quedasen al otro lado de la Puerta Enterrada, en el Abismo negro e infinito. ¡Y él quiere abrirla! El objetivo final de Hadrien Cutter solamente puede traernos desgracias. ¡Os lo ruego!

—Tus ruegos no me afectan, rey de pacotilla. —Roch le miraba con los ojos vacíos.

—No es a ti a quien ruego. Ayúdanos. *Sir Wallas*, ayúdanos —para su sorpresa, el rey se arrodilló frente al mago. El viejo, sorprendido, no supo cómo reaccionar.

Sin mediar palabra, Roch desenfundó su pistola.

—¡Él no tiene ninguna autoridad! ¡Deja de arrodillarte ante este farsante! —Roch alzó el cañón, pero Gilman ni siquiera se inmutó—. Si quieres negociar, monarca, lo harás desde una celda. Ese es tu lugar, al menos hasta que te consigamos un cadalso con una buena horca. Allí podrás contar tus historias fantásticas sobre puertas a otros mundos, ejércitos de profetas y demás tonterías. Puede que esas habladurías funcionen para manipular a tus crédulos seguidores, pero en Ordann aprendimos a distinguir realidad y ficción hace ya mucho tiempo. —Roch acercó el cañón a la cabeza del rey—. En nombre de la autoridad del Triunvirato, quedas arrestado. ¡Rinde la ciudad y tu ejército ahora mismo!

—¿Es que no escuchas, Mariscal? Ya te he dicho que no hay nada que rendir. —

Gilman se volvió a levantar con la poca solemnidad que le quedaba—. Estoy solo. Sir Wallas, hacedle entrar en razón. Tomad control de vuestro ejército, el control que nunca os debieron quitar.

—¡¡No es su ejército!! ¡¡Es mío!! —Roch había perdido los papeles.

—Escuchadme, *sir Wallas* —continuó el rey—: desearéis volver a vuestra casa, a vuestros hogares, pero no debéis. El destino de todo Gevangenien se va a jugar en Ismer. Debéis quedaros, pase lo que pase.

—¡Miserable! —Roch le abofeteó—. ¡¡Me encargaré personalmente de que mueras en Ordann, lejos de tu querido reino!!

—No, no lo entendéis. —Gilman gimió al recibir el golpe—. El hombre elegante me lo dijo. Él fue quién os trajo. Y él será el que impedirá que os marchéis.

—¿Impedirá que nos marchemos? ¿Cómo? —Wallas le miró extrañado—. ¿Quién es ese hombre del que hablas?

—*Mariscal, ¿va todo bien por allí?* —Una voz metálica sonó en la radio del todoterreno más cercano—. *Le estamos viendo encañonar al rey. ¿Intervenimos?*

—¡¡Yo siempre controlo la situación!! —Roch habló por el comunicador con un tono que sugería todo menos control.

Súbitamente, Liam sintió el abrazo de un manto frío. Miró arriba, y vio cómo el nubarrón circular se había colocado frente al sol de la tarde. Una fina silueta dorada marcó sus bordes.

—*Señor, tenemos un serio aviso de tormenta.*

—Soldado, mantengan posiciones —ordenó Roch mientras soltaba salivazos al aparato—. ¡Nadie se va a mover de aquí por una solitaria nube!

—Oh, dioses, no puede ser —gimió Gilman al mirar al cielo.

—*No, Mariscal Supremo... la alerta viene del este, de la flota estacionada en el Delta de la Gaviota. Nos comunican que en menos de diez minutos la fuerza del viento ha aumentado hasta los cien kilómetros por hora, y sigue subiendo a un ritmo alarmante mientras las nubes lo invaden todo. Los portaaviones aguantan de momento, pero los destructores están empezando a tener problemas serios con las olas. El parte meteorológico se ha vuelto loco. Según nos dicen, están granizando rocas de hielo del tamaño de una pelota de tenis en ciertas zonas, provocando heridas de consideración en los soldados que acampan en tierra. Los operadores de la costa parecen bastante asustados.*

Roch, Melvin y Liam se quedaron en silencio, escuchando el zumbido estático de la radio durante unos segundos. Roch soltó el comunicador y se volvió a acercarse al rey.

—Tú —dijo con los ojos clavados en Gilman—. ¡¡Dime qué has hecho!!

Puso el cañón del arma frente a la cara de Gilman, pero el monarca estaba absorto, aterrado, mirando al cielo mientras balbuceaba una oración. La extraña nube estaba más cerca que nunca, casi sobre la ciudad. Liam se quedó mirándola, fijándose en los detalles ondulantes de sus formas. Había algo raro en ella.

—Lo siento mucho, *sir* Wallas, pero me parece que os he traído a una carnicería. Debí suponer que Cutter había enviado a alguien para vigilar La Quijada, para evitar que organizase una defensa ante su inminente llegada. Huid, y quizá salvéis la vida.

—¡¡No vamos a ir a ninguna parte hasta que me digas qué le está ocurriendo a mi jodida flota!! —La mano de Roch temblaba peligrosamente, tanteando el gatillo—. ¡Vas a hablar, o juro que te mando con tus dioses ahora mismo!

—Él os ha visto...

—¿Quién? ¿A quién te refieres? —preguntó Wallas.

—Uno de los lugartenientes del Profeta. El que tiene ojos en todas partes. Vorfax.

—¿Vorfax?

—Y ahora está aquí... con su ejército.

Wallas miró hacia el cielo con los ojos entornados, barriendo cada rincón de la nube con la mirada. Buscaba algo. Liam le miró extrañado, intentando adivinar qué era.

—Buen intento, pero no voy a picar el anzuelo, Gilman —el Mariscal mostró una sonrisa macabra que rozaba la enajenación—. ¡¡He peinado todos los terrenos a más de cien kilómetros a la redonda!! ¡¡He escudriñado en cada bosque, cueva o casa!! No se nos ha escapado ni un rincón de esta tierra, y estoy completamente seguro de que ningún ejército viene hacia aquí. ¡¡Mentiroso!!

—Roch... creo que deberías hacerle caso al rey. —Melvin se acercó al todoterreno apresuradamente e intentó encender el motor—. ¡¡Da la alerta de combate ahora mismo!! ¡Liam, monta!

—Estúpido mago, ya te he dicho que es imposible. ¿¿Es que no me escuchas, fósil?? ¡¡Ningún ejército caminará hasta esta ciudad sin que yo me entere!!

—¡Este ejército no camina, Roch! —Wallas seguía girando la llave nerviosamente, pero el motor se ahogaba y se negaba a arrancar—. ¡¡¡Hay un lugar en el que se te olvidó mirar!!!

—Las nubes —adivinó Liam, y su mirada se dirigió hacia arriba, hacia ese nubarrón colosal que comenzaba a descargar sus primeras gotas sobre la ciudad. Sin embargo, el agua que caía no era normal; era negra y espesa como la brea, y no vino sola.

Los vieron salir.

Al principio, solamente eran unos pocos. Tras unos instantes, cientos de sombras se abalanzaron sobre ellos.

## Un prototipo carísimo

**K**ALED trepó a duras penas por las escalerillas que le llevaban a la cabina del caza y se sentó en el asiento delantero acolchado, tal y como le correspondía como piloto.

—¡Sonenberg! —le gritó a duras penas el operario de la pista mientras la ventisca ahogaba sus palabras—. ¡Vosotros sois la última hornada por hoy! ¡Control ha dicho que el tiempo está empeorando rápidamente, así que el apoyo aéreo de los cazas va a cortarse en seco hasta nuevo aviso!

—¡Lo mejor para el final, como siempre! —bromeó mientras se colocaba el casco.

—¡Más os vale no entreteneros más de lo necesario antes de volver, a menos que queráis aterrizar esta belleza en mitad del mar!

—¡Entendido! —le respondió, intentando hacerse entender bajo aquel escándalo huracanado—. ¡Cuánto antes nos des vía libre antes volveremos!

El operario apenas podía mantener el equilibrio, y las intensas ráfagas de viento conspiraban con el fuerte oleaje para provocar que se tambalease, tropezase y cayese fuera de la pista de despegue del Soliantera. En apenas dos horas, el cielo tranquilo de La Quijada se había transformado en una maraña de nubes de tormenta de muy mal aspecto, y hacía menos de diez minutos que los primeros rayos habían comenzado a dejarse ver entre las nubes, advirtiendo con sus rugidos que no se atreviesen a levantar el vuelo. La lluvia no era especialmente intensa por el momento, pero las finas gotas golpeaban su cara con tal fuerza que sentía que le estuvieran agujereando las mejillas con agujas al rojo vivo.

La mayor Carla Roivers, su compañera artillera desde hacía más de dos años, ya estaba sentada en el asiento de atrás, activando los sistemas de vuelo y armamento. Le recibió con un ligero coscorrón, como siempre hacía. Kaled se cerró la boquilla del casco, se ajustó el respirador en la boca e hizo un gesto con la mano para que Carla bajase la escotilla. El cristal descendió suavemente a pesar del potente viento, y cuando se encajó perfectamente en el fuselaje, el estruendo del exterior se convirtió en poco más que un murmullo acompañado por el relajante traqueteo de las gotas golpeando el cristal. Pulsó un par de botones frente a él y el panel de control de su caza Manta-117 cobró vida, mostrando decenas de botones parpadeantes de todas las formas y colores posibles. El indicador de la fuerza del viento soltó un molesto pitido, advirtiéndole que no iba a ser un despegue fácil.

—Esto se está poniendo feo por momentos. —Carla habló a través de la radio interna—. Los sensores marcan vientos de ochenta kilómetros por hora y no parece que vaya a amainar.

—Si nuestro protegido no hubiese venido volando desde Nexo, pediría que cancelasen la misión, pero hoy es un día demasiado especial. —Kaled se abrochó el cinturón de seguridad alrededor de los hombros y comprobó los cierres un par de

veces—. El aterrizaje va a ser interesante, pero ya nos preocuparemos de ello más tarde.

—Estupendo, entonces me guardaré mis reproches para más tarde también, cuando nos coman los peces.

Kaled tenía los nervios de acero cuando lidiaba con situaciones límite y no era estúpido ni imprudente, pero no hubiera despegado esa tarde lluviosa si no tuviese un buen motivo. Sabía que era un día crítico para la invasión, y que a esas alturas las tropas ya estarían en Sotomonte, listas para enfrentarse al ejército de La Quijada, así que el apoyo aéreo era más imprescindible que nunca. Lana estaría por allí abajo, frente a las puertas de la ciudad, y si no le viese volar sobre ella, tendría que volver a aguantar sus bromas sobre lo cobardes que eran los pilotos comparados con la infantería.

—¿Cuántos vamos? —preguntó Carla.

—Los chicos de Mitch y Koogen. ¿Estamos listos para unirnos a ellos?

—Un momento —los sistemas del avión emitieron un par de pitidos mientras Carla toqueteaba sus mandos, introduciendo mediciones—. Flaps comprobados... y frenos comprobados. Armamento listo. Contramedidas listas. Sí, lo estamos. ¿Podrás lidiar con esta tormenta?

—Por favor, Carla, soy un profesional —sonrió, aunque no tenía mucho sentido hacerlo con la máscara puesta—. No me voy a asustar por esta leve brisa veraniega. Torre de control, aquí Bala Perdida. ¿Me recibe?

—*Bala Perdida, aquí torre de control* —le respondió una voz a través de su comunicador—, *te recibimos. Un mal día para volar, muchachos.*

—Un día peor para quedarse en el mar —respondió Carla.

El portaaviones Soliantera era el más grande de la flota de invasión, pero por muy voluminoso que fuese, las olas estaban tan bien alimentadas que llegaban a salpicar la pista de despegue. Más allá, un poco más al norte, el Destructor Calamar lo estaba pasando bastante peor que ellos. Las insistentes olas rompían en uno de sus laterales y engullían toda su cubierta durante un par de segundos, inclinando el barco hasta casi volcarlo; sin embargo, cuando casi parecía que se iba a poner panza arriba, volvía a su posición original justo a tiempo para recibir otra brutal embestida. No le hubiera gustado estar en su bodega, desde luego.

—*Bala Perdida, los Locos de la 42 le están esperando. Todo correcto. La pista es suya, coronel Sonenberg. Procedemos a lanzarles con el tirachinas.*

—Entendido, torre de control, allá vamos —cerró la comunicación por radio y puso las manos sobre la palanca de control—. Carla, abróchate bien el cinturón, porque esto va a ser movidito.

—¿Eso es lo que le dices a la mestiza cuando te la llevas al huerto?

—Muy graciosa.

El resistente cable de acero que estaba detrás de ellos se tensó. Los operarios de cubierta, vestidos con chalecos reflectantes que se arrugaban violentamente mientras

eran azotados por el vendaval, engancharon el cable al avión, se apartaron, y señalaron con un gesto que habían cumplido su tarea. Kaled pulsó un botón, y el motor del caza comenzó a bramar una sinfonía de fuego tan potente que puso en apuros a los frenos. Aceleró y revolucionó el impulsor hasta tal punto que parecía que el propio avión iba a deshacerse en piezas por las fuertes vibraciones.

«Allá vamos». Tocó el botón, los frenos se desactivaron, el cable soltó toda su tensión de golpe proporcionando un bienvenido empujón, y el potente chorro de combustible quemado hizo que el avión saliera propulsado a través de la pista a una velocidad de vértigo. En poco más de un segundo y medio habían alcanzado los cien kilómetros por hora, y la máquina de metal salió despedida por la proa, acercándose peligrosamente al agua. Un instante después, el avión pegó un vuelco y remontó el vuelo, pero para entonces Kaled ya había recibido una brutal descarga de adrenalina que le había sacado el corazón del pecho. El océano empezó a volverse cada vez más distante, y las olas dejaron de parecerle tan impresionantes.

—¡Buf! Todo bien —dijo a su compañera—. Buen despegue, aunque el viento nos ha tirado un poco hacia la derecha. Subiendo tren de aterrizaje. Rumbo 2-6-0. Vamos a dejar atrás esta tormenta tan desagradable, ¿te parece?

—Me parece, joder —respondió Carla, aliviada—. Vamos al reino de las nubes.

Iban tan rápido que el poderoso ruido del motor a reacción se convirtió en apenas un zumbido suave y constante a sus espaldas. Kaled elevó el morro del pájaro, y ascendieron aún más hacia la muralla de nubes negras que cubría el firmamento. Hizo un giro cerrado para ponerse en ruta, y por un momento océano y cielo se situaron en los dos laterales de la cabina, como dos paredes inquietas que amenazaban con aprisionarle. No pudo decidir cuál de los dos tenía peor pinta.

—*Bala Perdida, aquí Los Locos. Nos sumamos a la formación* —escupió la radio, y otro caza de idéntico aspecto apareció por su lado derecho, luciendo la imagen de un hombre con camisa de fuerza en su fuselaje. El piloto se situó con habilidad a su altura, y le saludó. Después, tres aviones más se sumaron a la formación.

—Os veo, Koogen. ¿Dónde están las Serpientes de Mitch?

—*No han podido despegar del Cerchelario. Al parecer, el capitán Noden se ha rajado y ha suspendido toda la actividad de cubierta.*

—No nos harán falta. A menos que La Quijada nos lance gaviotas o cuervos, este viaje va a ser poco más que protocolario.

—*Espero que ese cabrón del Cachalote no se lleve todo el mérito hoy, porque tengo los misiles cargados y listos para impactar.*

—Nadie va a disparar a menos que sea estrictamente necesario, Koogen —le recriminó—. Vamos a reunirnos con nuestro protegido cuanto antes. No vamos a dejar que esos cabrones de Infantería se lleven todo el mérito de la conquista de Sotomonte, ¿verdad?

—¡Ni hablar! —dijo Carla desde atrás.

—*Hemos oído que se te da muy bien conquistar* —la odiosa risa de Koogen desprendía un tono metálico a través de la radio—. *¿Cómo te va con esa preciosa mestiza? Me han dicho que es más peligrosa que un borracho de ciento veinte kilos.*

—Carla, ¿cómo es posible que todas las malditas Fuerzas Aéreas sepan sobre mi maldita vida sentimental?

—Quizá se me escaparon un par de palabras... chico, como nunca cuentas nada, tu aventurilla resulta toda una novedad.

—*Seguro que la llevaste a uno de esos tours aéreos que te montas, esos que derriten corazones.*

De hecho, sí la había llevado. Una semana después de conocerse, Kaled llevó a Lana a dar un paseo en un avión de pruebas a través de los preciosos y salvajes Cañones Salados del Cuerno Rojo, volando entre las solitarias ruinas que una vez fueron parte de imperios antiguos. No hizo falta mucho más para acabar en la cama con ella en unas horas, aunque, por mucho que se hubiese esforzado en conquistarla, siempre sospechó que ella fue la que le convenció a él. Semanas después, le dio unas cuantas lecciones de pilotaje de helicópteros a su chica, pero las dejó de lado al darse cuenta de que Lana aprendía aún más rápido que él. Kaled era piloto, y era el mejor en su trabajo, o al menos eso necesitaba creer, y no pudo evitar sentirse intimidado por las innatas cualidades de esa mestiza malhablada que no se arrugaba por nada. Quizá por eso solía escaparse de su lado antes del amanecer, como un cachorrillo temeroso de que aquella leona le devorase.

—Koogen, estoy a tus seis a bordo de un avión plagado de misiles —respondió al comentario jocosos de su compañero—. No me des motivos para usarlos, por favor. Seguidme, si es que podéis.

Kaled tiró de la palanca, rompiendo la formación, y comenzó a ascender por un estrecho rayo de sol que se colaba a través una rendija abierta en el muro de nubes. Tras unos segundos tensos, llegaron a la parte superior de la marea gris, y el mundo cambió completamente. El sol del atardecer les recibió con un brillo dorado, y el cielo, teñido de un azul amarillento, se desplegó como una bóveda infinita sobre ellos. Los bancos de nubes que había a sus pies tomaron el relevo de las montañas, creando un paisaje esponjoso único, reservado para los ojos de las aves y de privilegiados como ellos. Grandes cúmulos de algodón sucio sobresalían en columnas que se alzaban hacia el infinito, y la escuadra los esquivó como si estuvieran volando alrededor de las torres de una colosal civilización aérea. Kaled nunca se cansaba de esa increíble sensación.

—Ya tenía ganas de volver a nuestro elemento —dijo Carla al contemplar esa relajante visión—. No he dormido nada en toda la semana; estar en ese portaaviones es como vivir en una ratonera.

—Pues yo he dormido como un bebé.

—Claro, porque no has dormido en los camarotes inferiores. Yo tenía a esa hechicera rylense cerca, y créeme, después de oír cómo canta a las noches se te

quitaría el sueño. Era como si su vocecilla vibrase por dentro de las paredes, acechante. A juzgar por los golpes repetitivos que se escuchaban entre estrofa y estrofa, diría que se estaba pegando cabezazos contra las paredes de la celda. Creo que es una de esas chicas cuya locura es equivalente a su belleza.

—Esas chicas son mi especialidad —bromeó—. Podrías haberle pedido un autógrafo dedicado para mí.

—Como si pudiese... la celda tenía los muros más gruesos que he visto en mi vida, y no dejaban a nadie acercarse a menos de veinte metros de la puerta. Había ocho Espalderos y al menos cuatro Sombras vigilándola día y noche; no te digo más.

Kaled observó una gigantesca silueta planear sobre el mar de nubes. Su protegido había llegado.

—*Bala Perdida, aquí el bombardero transoceánico Cachalote, volando hacia el objetivo a vuestras siete. Tengo entendido que nos vais a llevar de la manita hasta Sotomonte, chicos.*

—Así es, Cachalote —respondió Kaled—. Tenemos contacto visual con vuestra nave. Bienvenidos a Ismer, chicos. ¿Qué tal ha sido el viaje directo desde Nexo?

—*Quitando el repostaje en pleno vuelo, ha sido un paseo. Este bicho es tan amplio como un hotel de cinco estrellas. Solamente nos hace falta el champán para sentirnos en primera clase.*

—Qué envidia me dan esos cabrones —dijo Carla—. Nosotros ni siquiera podemos estirar los pies aquí dentro, y ellos allí, tumbados a sus anchas.

—Bueno, yo no dormiría muy tranquilo en la panza de uno de esos bichos gigantes.

—En eso tienes razón.

El bombardero de gran altitud clase 774 Cachalote era un gigantesco pájaro de metal que viajaba lento pero seguro, impulsado por sus cuatro bestiales motores a reacción que tiraban de su pesado fuselaje con esfuerzo. Medía más de sesenta metros de ancho, y sus alas estaban curvadas hacia atrás, dándole la forma de una desmesurada flecha oscura que cruzaba el firmamento, señalando a ninguna parte. El cuerpo del bombardero era aparentemente estrecho, pero en su interior podía albergar más de cien toneladas de bombas.

Volaron hacia el oeste durante casi cuarenta minutos, tierra adentro, o al menos eso afirmaba el sistema de posicionamiento, porque bajo ellos no veía más que nubes y más nubes. Un rato después, ya tierra adentro, las nubes se retiraron del todo, mostrándoles decenas de kilómetros de bosques, llanuras, valles y montañas salvajes, todos pintados con los brillantes colores del verano. Kaled echó la vista atrás y miró el panorama que habían dejado atrás. «Va a ser una vuelta difícil», pensó de nuevo.

—*Escolta de Cachalote, aquí Punta de Invasión, llamando desde las puertas de Sotomonte. ¿Nos recibe?*

—Punta de Invasión, aquí Bala Perdida, volando sobre vuestras cabezas. Estamos a dos minutos del objetivo. ¿Cómo va todo por ahí abajo? ¿Habrá pelea hoy o hemos



hecho el viaje para nada?

—*Es difícil sacar conclusiones de momento. Parecía que la ciudad estaba desierta, pero creemos que el Rey Gilman acaba de salir al exterior, y al parecer está completamente solo. No sabemos si prepara alguna trampa, pero os mantendremos informados. El Mariscal Roch se ha adelantado para parlamentar con él, y los dos magos, Wallas y el mocosito, se han sumado a la reunión un poco más tarde. Seguimos a la espera mientras hablan.*

—¿Parlamentar? ¿Qué es esto, una película de caballeros? —bromeó Carla. Kaled escuchó las risas de sus compañeros de escuadrón a través de la radio.

—Entendido, Punta de Invasión —respondió mientras ejecutaba un giro—. Daremos unas pasadas por encima de la ciudad y nos reagruparemos.

—*Tened cuidado con esa enorme nube de tormenta al oeste, sobre el monte, porque tiene mala pinta.*

—Si supierais cómo están las cosas en la costa, no os asustaríais por una nube, por muy grande que sea —les dijo—. El alto mando va a cerrar el grifo del apoyo aéreo, así que no desaprovechéis nuestra presencia.

—*Entendido. Si hiciese falta convertir la ciudad en escombros, seréis los primeros en saberlo, no lo dudes. Seguimos a la espera.*

—Chicos, voy a dar una pasada más abajo, por encima la ciudad, a ver qué veo. —Kaled se escapó de la formación con un ligero giro de timón.

Empujó la palanca hacia el frente, y el morro del avión obedeció apuntando hacia el suelo. Sobrevoló una pequeña colina y Sotomonte apareció ante él. La primera vez que vio la ciudad desde el cielo, en uno de los vuelos de reconocimiento que hizo los primeros días de la invasión, se quedó prendado de ella y sus formas. «Como me pasó con Lana», recordó. En realidad, ese vistazo a ras de suelo no solo era para comprobar el terreno, sino también para localizar dónde podría estar ella. Si había acompañado a los magos, estaría peligrosamente cerca de la zona de bombardeo, y no quería volarla en pedazos sin querer. El caza pasó a demasiada velocidad como para distinguir gran cosa, pero pudo comprobar cómo todo el ejército apuntaba directamente a las puertas de la ciudad, distribuido en una especie de media luna de puntitos que abarcaba toda la entrada al valle.

Kaled ascendió, intentado esquivar la gigantesca supercelda tormentosa que rozaba el Monte de los Aullidos. Tenía una forma extraña, inquietante, como si fuese una especie de algodón de azúcar sucio que giraba sobre sí mismo. Había visto miles de nubes extrañas en su vida, pero esa le parecía diferente.

—*Bala Perdida, creo que he visto algo* —era Koogen. A pesar de que la distorsión de la radio le daba un tono monótono a su voz, sonaba preocupada.

—¿Cómo que has visto algo?, ¿te refieres a tropas terrestres?

—*No, Kaled, he visto algo en el cielo. No lo sé, no estoy seguro.*

—Koogen, este reino no tiene nada parecido a un avión. ¿Estás seguro de lo que has visto? Puede que haya sido la cumbre de alguna de las montañas...

—No, no, era oscuro, de color negro. Era algo... algo que parecía retorcerse.

—¿Retorcerse? —Se sorprendió. Koogen no solía ser de los que se asustaban a la mínima—. ¿Alguien detecta algo en el radar? ¿Alguien más lo ha visto?

—Aquí Loco 2. Negativo. No hemos visto nada. Estamos a medio clic de distancia de Koogen, pero todo parece en calma.

—Koogen, si esto es una broma, no tiene ninguna gracia —se quejó, enfadado—. Voy hacia vosotros. Colocaos alrededor de Cachalote y permaneced alerta, con los ojos bien abiertos.

*Kaled, no es una broma, joder. Te juro que he visto... ¿pero qué...? ¿¿Qué es eso?? ¡¡Maniobra de evasión!!*

El avión de Kaled se asomó por la parte superior de la nube justo a tiempo para ver lo que estaba ocurriendo sobre ella. De su esponjosa superficie surgieron unas extrañas formas, unas sombras aladas que rivalizaban en tamaño y maniobrabilidad con los mismísimos cazas. No eran máquinas, pues se retorcían como seres vivos, ansiosos e impacientes por cazar.

Era imposible.

Tenían un cuerpo fino y ondulante, y contaban con unas alas gigantescas, mucho más grandes que su propio cuerpo, que parecían hechas de una frágil piel escamosa, delicada y fina, repleta de pequeños jirones que habían hecho mella en sus bordes. No pudo distinguir más, pues se movían con espasmódicas y violentas batidas de alas que resultaban desagradables para la vista.

La primera de ellas, la más grande, ascendió directamente hasta colocarse en la trayectoria del caza de Koogen, y máquina y bestia chocaron con una fuerza impresionante. La criatura perdió una de sus alas pero enroscó su fina cola alrededor del aparato, y el avión, incapaz de maniobrar, perdió altura rápidamente hasta desaparecer dentro de la nube. El destello breve de una explosión bajo el muro gris indicó que no lo había conseguido. Pronto, decenas de engendros más surgieron frente a la luz del atardecer, atraídos por las extrañas presas metálicas y brillantes como las polillas volaban hacia la luz.

—¿Qué... qué coño son? —dijo Carla, incapaz de reaccionar.

—¡¡Atención!! —Kaled gritó con todas sus fuerzas a través de la radio—. ¡Posiciones de combate! ¡Dispersaos y cubrid a Cachalote! ¡Carla, activa la ametralladora! ¡Fríe a esas cosas!

Un pitido sordo sonó en cabina; signo de que Carla había quitado el seguro de las armas y ya estaban listas para disparar. La mayor Roivers apuntó con el visor, apretó un botón y la ametralladora frontal del caza empezó a escupir un chorro de muerte a gran velocidad. El fuego intenso sonaba como un traqueteo agradable y rítmico, pero las balas salían disparadas al rojo vivo como gotas ardientes. Uno de esos demonios intentó esquivarlas sin mucho éxito y se deshizo en pedazos al ser alcanzado. La aberración reventó en una explosión de sangre y vísceras, y lo que quedaba del cadáver golpeó la cabina, empapando el cristal de un líquido oscuro y espeso

parecido al petróleo. Kaled apenas podía ver.

—¡Disparad, maldita sea! —gritó—. ¡Fuego a discreción! ¡Punta de Invasión, aquí Escolta del Cachalote! ¡Nos están atacando, repito, nos están atacando unas... unas cosas! ¡Son como serpientes con alas! ¡Las hay a docenas! ¡No se parecen a nada que haya visto en mi vida!

No hubo respuesta.

Las primeras quimeras cayeron bajo el fuego coordinado de los tres Locos restantes, que se habían separado rápidamente para dispersar la amenaza, pero pronto surgieron más. Primero, unas pocas docenas. Segundos después, a centenares. Era como si la nube fuese un nido de avispa que acababa de ser pateado, liberando un enjambre de muerte. Las serpientes aladas se retorcían en el aire y cambiaban de rumbo con una facilidad pasmosa, convirtiéndolas en objetivos difíciles de esquivar y de acertar. No se comportaban como un avión, ni siquiera como aves. Eran algo distinto.

—¡No logro hacer blanco! Joder, Kaled, ¡nos siguen! —Carla estaba mirando hacia atrás—. ¡Decenas de ellos!

—¡Tranquilízate! —Intentó mantener la calma. «Piensa, piensa»—. ¡Escuadra, tomad altura! Si sangran, están vivos, y si están vivos, necesitan respirar. ¡Ningún bicho puede volar tan alto como nosotros!

—*¡Bala Perdida, entendido! ¡Os seguimos, pero daos prisa! ¡Son rápidos, muy rápidos!*

Los tres aviones restantes se acercaron por su izquierda, uniéndose a la empinada ascensión. Bajo ellos, el bombardero forcejeaba por mantenerles el ritmo lo mejor posible, pero una máquina de tal envergadura no podía dar mucho más de sí. Lo observó luchar contra su peso, poniendo sus cuatro motores a toda potencia, y cuando volvió la vista al frente, se percató de que una gigantesca maraña de criaturas se había colocado frente a ellos, justo en su camino, extendidas como la red de un cazador de mariposas. Los cazas intentaron maniobrar para no atravesarla, pero era demasiado tarde.

Kaled pudo ver cómo Loco 2 fue abordado por uno de esos bichos. Chocaron tan fuerte que varios animales se hicieron pedazos, y el avión perdió una de sus dos alas en el proceso, comenzando a girar sin control. Cayó como una piedra en dirección a la nube, donde cientos de sombras aparecían y desaparecían como salmones saltando en un río. Loco 3 fue alcanzado en el motor y explotó en el aire, y la onda expansiva que provocó al desintegrarse incendió y rajó el ala derecha de Loco 4, que comenzó a girar como un cohete de feria defectuoso hacia el firmamento. Unos segundos después, explotó en miles de pedazos llameantes.

Sus compañeros no tuvieron tiempo ni de gritar por radio. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Carla, presa del pánico, apretó el gatillo del lanzador de misiles, y uno de ellos se desprendió del ala, siseó lleno de furia, adelantando al caza y dejando una estela de

humo a su paso. Unos metros más adelante explotó violentamente, convirtiendo en cenizas a decenas de aberraciones que se habían acumulado alrededor, abriendo un hueco salvador en ese horizonte plagado de formas retorcidas. Bala Perdida había salido del enjambre ileso por pura chiripa, y el bombardero solamente había perdido un motor tras haber succionado a una criatura.

Las ametralladoras laterales del Cachalote comenzaron a escupir potentes proyectiles de gran calibre a su alrededor, reventando cuerpos por doquier y haciendo llover sangre negra por todas partes.

—*Bala Perdida, te cubrimos. ¡Sube con nosotros, vamos!* —le dijeron desde la fortaleza volante. Desde luego, no iba a desaprovechar su oferta.

Tiró de la palanca con todas sus fuerzas, el morro apuntó al cielo y las alas del caza comenzaron a vibrar, víctimas de una tensión inimaginable. Sintió como la sangre se le acumulaba en la nuca, pero siguió tirando. Se mareó, pero siguió tirando. Casi se desmayó, pero siguió tirando. Unos instantes después, se hizo la calma. Miró hacia abajo, y vio cómo el enjambre perdía el interés por él y se dirigía hacia tierra, uniéndose al otro frente que tenían abierto. Al parecer, la lucha también había comenzado sobre Sotomonte, y el ejército de tierra se encontraba sepultado por esa lluvia de criaturas, con los cañones antiaéreos escupiendo columnas de fuego intenso. «Lana está ahí abajo. Tengo que ayudarles. Tengo que salvarles», pensó.

—Cachalote, aquí Bala Perdida. ¿Estáis todos bien? —preguntó por la radio cuando la adrenalina se retiró de su sangre, permitiéndole respirar con tranquilidad.

—*¡Joder! Todo lo bien que se puede estar, supongo. Hemos perdido un motor y estamos quemando combustible como locos. No tendremos el suficiente como para regresar, y menos con tres motores. ¡No nos podemos creer lo que acaba de ocurrir! ¿Queda alguien más con vosotros?*

—Negativo, Cachalote. —Kaled pudo escuchar cómo Carla respiraba fuertemente detrás de él, presa del pánico—. Tenemos que volver. Debemos ayudar a los soldados en tierra o esto se convertirá en una masacre.

—¿Estás loco? ¡Nos matarán! —chilló su compañera—. No bajas, Kaled; no lo hagas, por favor.

—Es nuestro deber, Carla. Vamos, todo saldrá bien.

—Que le jodan al deber, Kaled —respondió ella—. ¿Has visto a esas cosas y cómo se movían?

—*No tenemos por qué volver a bajar* —sugirió el bombardero—. *Tenemos capacidad de sobra para fulminar esos cabrones y convertirlos en una lluvia de polvo desde aquí. Vamos a ir con todo: he ordenado a los operarios armar todas las bombas de la bodega, desde la más grande hasta la más pequeña.*

—¡Espera! ¿Y si alcanzan a las tropas de tierra? ¡¡Es muy peligroso!!

—*No ocurrirá. Las estamos programando para explotar a los mil metros, que es la altura aproximada a la que está situada el corazón de esa nube.*

—No, no, escúchame, Cachalote: son demasiadas bombas para una sola pasada

—dijo, intentando calmarles—. Si las lanzáis todas a la vez, podríais causar grandes daños a las tropas de tierra, a los helicópteros e incluso a nosotros mismos.

—*¡No creo que tengamos tiempo para pensar en eso, joder! ¡Hay que ir con todo cuanto antes o no quedará nada que salvar!*

—*¡No! ¡Escucha! Hay que hacer varias pasadas, o si no acabaremos el trabajo que esos bichos han empezado. ¡Matarás a muchos aliados!*

—*¡No tenemos tiempo para «varias pasadas»! Si la cosa sigue así, no...*

Sin el menor aviso, una sombra oscura, de proporciones gigantescas y negra como el petróleo más puro, apareció por uno de los laterales de su cabina. Era casi tan grande como el propio bombardero, y solamente pudo verla durante un instante, durante una fracción de segundo que le dejó abrumado. Era orgánica, caótica, llena de dientes y puntas, pero sin una forma reconocible que pudiese darle un nombre. La sombra volvió a desaparecer con la misma rapidez con la que apareció, pero por el camino había conseguido llevarse un trofeo: había arrancado la cola del bombardero de cuajo, dejando parte de sus tripas al descubierto. El pájaro de metal giró sobre sí mismo y comenzó a caer en barrena, dejando una estela de llamas y humo a su paso. Un par de hombres salieron despedidos hacia el aire desde el fuselaje.

—*¡Dioses!! ¡Bala Perdida! ¡Caemos en picado! ¡Hemos perdido... hemos perdido la cola, la cola al completo! ¡Ayuda! ¡Oh, por favor, ayuda! ¡¡Ayúdanos!!*

—Lo veo, Cachalote, lo veo. —Kaled les dedicó una última mirada de impotencia. No podía hacer nada por ellos, y observó horrorizado cómo el avión se iba descomponiendo en grandes piezas según caía directo a la nube.

¿Qué podía hacer? La luz de la tarde era débil y pronto les engulliría la oscuridad, pero pudo observar el macabro espectáculo claramente, bañado en un creciente color rojo. El bombardero caía inexorablemente hacia el centro de la nube, y las criaturas ascendían para recibirle en un abrazo mortal. Miles de alas rodearon la estructura metálica de aquella flecha rota, atacándola.

—*¡Kaled! ¡Las bombas de Cachalote están armadas!* —gritó Carla—. *¡El indicador de altura! Si explotan todas a la vez... ¡tenemos que alejarnos!*

—*¡¡Subamos!!* —Intentó volver a alzar el morro del avión justo cuando el cuerpo del bombardero se perdió en el interior de la inmensa colmena.

—*¡¡No!!*

Carla señaló frente a la cabina, horrorizada. Kaled volvió su vista al frente, y apenas tuvo un instante para verlo en todo su esplendor. El horror de brea engulló su caza de un bocado y les sumió en una oscuridad total, lejos del rojo sol que agonizaba en el horizonte. Tiró de la palanca de eyección, pero no funcionó. Tiró y tiró, pero los instrumentos le lanzaban chispas a la cara.

Lo último que pudo escuchar fue el ruido del cristal rompiéndose sobre él, y durante una fracción de segundo sintió cómo el metal cedía, se resquebrajaba y se clavaba en sus huesos, aplastándole cada centímetro de carne y reventando sus músculos. Carla soltó un grito desesperado antes de perder el aire de sus pulmones

para siempre.

Kaled murió en silencio, pensando que todo lo que estaba ocurriendo era un mal sueño y que despertaría al lado de Lana una mañana más.

Justo a tiempo para escabullirse.

## Abdicación

**A**LGO iba muy mal. Incluso desde la distancia, a través del frío visor de su rifle de francotirador, aquella conversación tenía toda la pinta de estar descontrolándose.

—Vale, ahora sí que me he puesto nerviosa —dijo, sintiendo impotencia por no poder estar allí—. Roch ha encañonado a Gilman, que sigue de rodillas frente a Melvin. Esto no parece un parlamento amistoso... quizá deberíamos intervenir.

—¿Y a quién vas a disparar? Porque el único que tiene un arma en la mano es Roch. Me alegro de que por fin tengas algo de iniciativa, jefa, pero si quisiesen que interviniésemos, ya lo habrían pedido por radio —le rebatió Alastor, que estaba tumbado junto a ella, observando por unos prismáticos.

Estaban a media altura de la colina de los Mariscales, tumbados sobre un desnivel de hierba seca donde Lana apoyaba el bípode de su rifle.

—Dame las lecturas del viento. Si hay que empezar a pegar tiros, quiero estar preparada.

—No te pongas nerviosa. No creo que el rey sea tan estúpido como para montar un numerito suicida.

—No estoy nerviosa, rubito —dijo, sin apartar la mirada del visor. Tenía un pulso envidiable, y estaba segura de que incluso podría arrancarle la pistola de Roch de un balazo—. Por desgracia, tampoco soy tan inocente como para ponerme a comer palomitas mientras el líder de un ejército encañona a otro. Esto podría acabar muy mal. Podría acabar en una puta batalla.

—Si es que hay alguien tras esos muros. —Alastor la miró sonriente—. Qué cosas... por fin empiezas a sonar como una persona sensata.

—¿Quieres parar ya con esa mierda pasivo-agresiva? —Lana apartó su atención del visor, mosqueada—. Siempre andas quejándote de que tus superiores son demasiado estrictos, ¿y ahora que os dejo revolotear a gusto sin que me rindáis cuentas también te quejas? ¿Se puede saber qué coño quieres?

—Pues, por ejemplo, que dieses órdenes a tu compañía, para variar. ¡Ni siquiera me has preguntado dónde están! He puesto a Ipkis a ayudar en la tienda de comunicaciones, a ver si sirve de algo por allí. Los demás están ahí abajo, tras los tres tanques de ahí, listos para intervenir.

—¿Y qué hay de Mondadientes?

—Estoy aquí —dijo una voz a su lado, y Lana pegó un brinco, asustada. Alastor se echó a reír.

—¡Joder, Mondadientes! —le gritó enfadada—. ¿No ves que estoy concentrada? No vuelvas a asustarme así nunca. Se me podría haber deslizado el dedo en el gatillo y Wallas podría medir una cabeza menos ahora mismo.

—Oh, lo siento. —Rayner se tumbó junto a ella—, creía que me habías escuchado llegar.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? ¿No tienes una siesta que echarte por alguna esquina? Menudas pintas tienes.

La chaqueta desgastada de Gurgess estaba llena de tajos deshilachados por todas partes. Lana no necesitaba preguntar: sabía que aquello era obra de su hermana. «Medio hermana», se corrigió a sí misma.

—He venido porque nadie me ha dado órdenes —respondió Rayner, rascándose unos pelos despeinados que le hacían parecer un indigente—. ¿Qué voy a hacer si empieza la acción?

—¿Y qué coño quieres que te diga? —Lana apoyó la culata del rifle en el suelo, molesta, y le miró a los ojos, pidiendo que se marchase.

—Bueno, ¿no eres tú nuestra jefa? —respondió él. Alastor soltó una risilla.

—Quédate quietecito en una puta esquina; esas son mis órdenes —le dijo, cabreadísima.

—Déjame ayudar, por favor. Wallas no confía en mí y quiero hacerme valer... sé que puedo estar a la altura de las circunstancias.

—Has traído una puñetera espada a un tiroteo, Rayner. ¿Qué cojones quieres que ordene hacer? Vete a cortar filetes con Ely a una puta esquina y déjame en paz, joder.

—Entiendo. —Rayner asintió apesadumbrado y se retiró.

Lana se sintió terriblemente mal por sus crueles palabras. Quiso detenerle, pero Alastor le agarró del brazo.

—Algo ocurre. Wallas está arrancando el coche y parece apurado por marcharse. Están mirando al cielo...

Lana observó a través de la mira cómo Wallas, visiblemente alarmado, hacía señas a los demás desde el vehículo para que se unieran a él. Liam, asustado, saltó de cabeza a la parte trasera del todoterreno, y Gilman comenzó a correr hacia los muros de Sotomonte sin mirar atrás. Roch se quedó paralizado como una estatua, incapaz de entender lo que ocurría, y su pistola apuntó a la espalda del rey, lista para disparar. «No lo hagas, idiota. Está huyendo», pensó Lana.

Tras un par de segundos, el Mariscal Supremo disparó.

El rey se dolió, tropezó, y cayó al suelo de bruces. «¡No! ¡Estúpido!». Lana no tuvo tiempo de pensar nada más, ya que las potentes sirenas de alerta reservadas para los ataques aéreos comenzaron a retumbar de manera ensordecedora por toda la línea de tropas, extendiendo su eco escandaloso por el valle.

Unas formas pequeñas pero numerosas se movían rápidamente sobre la pradera dorada, pero no había nadie entre la hierba. Eran sombras, sombras que venían de lo alto. Lana se puso en pie y miró hacia arriba.

Los vio.

Sobre ella, sobre todo el ejército del Triunvirato, más bien, cubriendo prácticamente todo el cielo crepuscular que se extendía sobre sus cabezas, cientos y cientos de extrañas sombras aladas volaban en círculos como buitres antes de darse un festín. Habían salido de la espesa nube que flotaba sobre la ciudad, y se



desparramaban sobre ellos como los caramelos de una piñata recién reventada. Aquel nido de abominaciones flotante escupía más y más horrores sin nombre a cada segundo que pasaba.

Algunos mandos comenzaron a lanzar órdenes improvisadas por doquier, pero aquella situación era totalmente inesperada, y muchos de ellos se quedaron mudos, observando el aterrador panorama con la boca abierta. Los soldados, confusos, apuntaron sus armas hacia arriba, pero antes de que pudieran disparar por primera vez, el enjambre se abalanzó sobre ellos y comenzó el ataque cuerpo a cuerpo. Primero bajó uno, pero segundos después todos empezaron a caer como una lluvia letal de serpientes aladas. Una extraña lluvia negra las acompañaba, negra como el petróleo. Algunas criaturas hacían pasadas a ras de suelo y conseguían morder dos o tres cuerpos, para luego zarandearlos violentamente hasta partarlos en dos; otras, en cambio, aterrizaban sobre sus víctimas y las ensartaban con el irregular cuerno de hueso que salía de sus frentes, casi tan largo como sus colas. La sangre roja comenzó a brotar sin control, salpicando soldados y bestias.

Un engendro especialmente voluminoso tomó tierra sobre la colina donde estaban los Mariscales, derribando uno de los camiones de protección y aplastando a parte de la escolta que se guarecía tras él. La criatura siseó y restalló su cola, derribando a otro soldado de cuyo pecho brotó un copioso chorro de sangre. Orlain desenfundó su arma de mano, y decidido, vació el cargador entero contra el pecho de la bestia, pero esta, aunque se dolió de los impactos y soltó un profundo alarido, no cayó. Lana se quedó paralizada, observando como su amigo volvía a recargar. Alastor gritó algo, pero ella no le hizo caso. No podía. No comprendía nada.

El horror giró bruscamente, agarró al Mariscal Orlain con sus fauces afiladas y apretó con fuerza, partiéndole el tronco de cuajo a la altura de la cintura. Sus piernas, aún pegadas a sus caderas, comenzaron a rodar cuesta abajo mientras sus tripas se desparramaban y teñían la hierba amarillenta con puntitas rojas. Lana ahogó un grito; aquello era tan irreal que tenía que estar sufriendo una horrible pesadilla. Varios engendros más aterrizaron y se unieron al festín de la colina, y el resto de orondos Mariscales que acompañaban a Orlain, que se habían escondido bajo los camiones restantes, fueron sacados a dentelladas para ser inmediatamente destrozados.

Lana permaneció de pie, inmóvil, ajena a los alaridos de pánico que crecían en número e intensidad a su alrededor, mirando fijamente ese pedazo del cadáver frente a ella. Orlain, su buen amigo, su protector, se había convertido en un par de piernas sin dueño, sin rostro. Se bloqueó como nunca antes le había ocurrido, y no fue capaz ni de mover un mísero dedo.

Las criaturas descendían por todos los lados, llevándose a los soldados hacia el cielo o mordisqueándolos contra el suelo, repartiendo fuertes latigazos capaces de cortar el acero con sus largas y afiladas colas. Una de esas abominaciones se posó cerca de ellos, muy cerca, y les lanzó una mirada con uno de sus brillantes ojos de color dorado, un disco inyectado en sangre que parecía emitir un aura insana. Lana

sintió que aquel bicho estaba especialmente interesado en ella, como si la estuviese examinando por algún extraño motivo. Alastor levantó su rifle de asalto para dispararla, pero fue derribado de un coletazo en un parpadeo. La criatura se acercó a ella, y pudo sentir su aliento podrido rozándole las mejillas. Abrió la boca, mostrando sus filas de irregulares dientes. De repente, el rifle le pesaba varias toneladas. No podía levantarlo. La criatura atacó.

Una fugaz figura blanca se cruzó frente a ella, y un instante después, clavó su espada en el pescuezo del bicho. Apretó con fuerza, y con un movimiento esforzado, le abrió una sonrisa en la garganta. La criatura gimoteo y comenzó a sangrar una abundante sangre negra.

—¡¡Pecosa!! ¡¡Espabila, coño!!

Su hermana le miró con sus típicos ojos fríos, esos que le indicaban que algo estaba haciendo mal: masticar con la boca abierta, decir algo inapropiado, decepcionar a su madre. Llorar. Respirar. Existir. «Ni hablar», pensó al verla. Ely podía ser mejor que ella en muchas cosas, pero a matar no la ganaría.

Como si fuese un autómatas guiado por engranajes y tuercas, Lana quitó el seguro de su rifle, lo levantó de un movimiento rápido como un destello y apuntó a su hermana. Ella se quedó paralizada.

Disparó.

La bala pasó por encima de su hombro y entró por el ojo de la bestia que había detrás de ella, emergiendo por su sien violentamente y desparramando un chorro de sangre y sesos negros en la colina. El retroceso del improvisado disparo le dolió como un puñetazo en el hombro, cosa que le ayudó a espabilarse. Ahora estaban empatadas; no quería deberle nada a esa zorra sin corazón.

Se giró hacia Alastor, con los ojos desencajados y la cara manchada de pequeñas gotas negras, y le ayudó a levantarse. Por la cara que su compañero le puso, supo que en ese momento inspiraba miedo. Despertó, en todos los sentidos posibles.

—¡¡Vamos a reunir a mi jodida compañía!! —ordenó con una firmeza que le salía de las entrañas—. ¡Formación de combate! Hay que rescatar a los magos, ¡ahora!

Comenzó a correr colina abajo a zancadas, con Alastor y Ely siguiéndole el paso. A su alrededor, el caos había descendido, removiendo las entrañas del Triunvirato y haciéndole sangrar. Cientos de pedazos irreconocibles de personas se desparramaban por el suelo como un puzle macabro.

Se abrieron paso a través de la línea de retaguardia. Los disparos de los escasos vehículos antiaéreos creaban brillantes líneas intermitentes que se alzaban hacia el infinito, cortando el cielo del atardecer como letales fuegos artificiales. Entre las sirenas, los gritos y los disparos, el ruido de la batalla resultaba completamente ensordecedor. Lo peor llegó cuando cruzaron frente a un tanque enano en apuros que tenía a un par de criaturas retorciéndose sobre su cañón, ya que antes de que pudieran alejarse lo suficiente de él, el artillero entró en pánico y disparó a ciegas. La onda expansiva del cañonazo les pilló demasiado cerca y salieron despedidos por los aires,

aterrizando sobre un charco de barro mezclado con brea y sangre. El proyectil explotó unos metros más abajo, en mitad de la línea de retaguardia, matando al instante a una docena de soldados de infantería que ni siquiera tuvieron tiempo de gritar.

Lana estaba en el suelo, cubierta de tierra y confundida. Ely, con su flamante traje blanco lleno de manchas de brea negra, se había incorporado antes que ella, como siempre. Le tendió la mano, pero ella se levantó por su cuenta con un horrible pitido de oídos y agarró su rifle. Alastor se puso de pie a su lado, atontado, con sus orejas sangrando abundantemente, siguiéndoles mientras hacía eses.

No fue difícil encontrar al resto de la compañía. Había pocos orcos entre los soldados, así que la silueta de Gork destacaba sobre el resto de carnaza desde bien lejos. El cocinero de afilados colmillos disparaba un voluminoso revólver de tambor tan potente que sus balas atravesaban a varias bestias a la vez, abriendo heridas del tamaño de un puño por el camino. Los músculos de su brazo se sacudían con el retroceso de cada tiro, y gritaba con tal fuerza que su voz se escuchaba por encima de los estridentes alaridos de sus atacantes. Una de las criaturas intentó morderle, pero Gork le quitó las ganas de un seco machetazo en la nuca que le rebanó la cabeza de cuajo. Lana nunca había visto a un orco en plena batalla y, a juzgar por lo que veía, bien podían llegar a ser aún más aterradores que esos bichos voladores. Junto a él, cubriéndole la espalda, estaba Shawnla, disparando su rifle de asalto con ráfagas que regaban el suelo de casquillos. No había ni rastro de Gurgess. La única orden que había dado había sido para mandarle a un agujero remoto, y rezó por que le hubiera hecho caso. Yisu y Ogsu, obcecados por su deber, habían echado a correr hacia el corazón del valle en busca del anciano y el chico.

Melvin y Liam, pese a haberse alejado de las puertas de Sotomonte, no habían conseguido volver hasta la retaguardia: su vehículo yacía volcado a mitad de camino, en el prado mecido por el viento, rodeado de media docena de criaturas acechantes. «Nos necesitan». Lana respiró hondo y acumuló valor dentro de su pecho para echar a correr por un campo de batalla que parecía no albergar ninguna piedad ni esperanza.

—¡¡Compañía, conmigo!! —gritó a todos—. ¡Vamos a por los magos! —Todos asintieron. Estaban asustados pero dispuestos.

Se pusieron en marcha, siguiendo la estela de los apresurados enanos, mientras esquivaban a saltos los cadáveres de soldados y reptiles voladores. Apenas estaban a doscientos metros del todoterreno volcado, pero el *sprint* hasta allí se les hizo eterno. Según avanzaban por ese prado interminable, las bestias, que se abalanzaban en un vuelo rasante a una velocidad vertiginosa, casi tocando el suelo con sus cuernos, les lanzaban alguna dentellada que a punto estuvo de cumplir su letal objetivo.

Los engendros parecían morir con facilidad bajo los disparos, pero cuando uno de ellos caía derrotado al suelo, dos más lo sustituían inmediatamente. Ese nubarrón oscuro parecía ser una fuente infinita de abastecimiento de horrores, y a ese ritmo, el Triunvirato pronto se quedaría sin munición que despachar.

Cuando ya parecían estar lejos del caos, un helicóptero de combate rodeado de aberraciones se estrelló junto a ellos a toda velocidad, causando una brutal explosión que los lanzó a todos de nuevo al suelo. Una de las hélices se clavó peligrosamente cerca de la cabeza de Lana, y parte del fuselaje que rebotó violentamente dando vueltas de campana casi le aplastó el brazo. Se levantó, y comprobó que todos los que la acompañaban estaban magullados y confundidos, pero al menos seguían vivos. Shawnla sangraba de un brazo, pero no parecía una herida grave, y Gork tenía una enorme esquirla de metal clavada en el costado, pero la arrancó de cuajo como quien se quitaba una astillita. Ely, como siempre, estaba prácticamente intacta.

Pronto alcanzaron a Yisu y Ogsu, de zancada corta, y todos se detuvieron frente al círculo de bestias acechantes que rodeaban el todoterreno, levantando sus armas. Estaban listos para mandar a esos bichejos de vuelta al Abismo, pero antes de que pudieran apretar el gatillo para descargar una lluvia mortal de plomo, algo increíble se les adelantó.

Una de las monstruosidades fue golpeada por una fuerza inhumana tan intensa que salió despedida hacia el cielo dando vueltas, y su cabeza se sacudió tan fuertemente que su cuello se deshizo como una cuerda deshilachada, empapando a todos con su sangre negra y aceitosa. Del vacío que el bicho había dejado surgió la figura acorazada de Melvin Wallas, que alzaba su bastón de mago, ennegrecido en una de sus puntas por el golpe que acababa de propinar. El cilindro vibraba fuertemente en su mano como una campana recién tocada, llegando a distorsionar de una manera extraña el propio aire que se encontraba a su alrededor. Wallas, que parecía magullado pero seguía vistiendo su peculiar sombrero bien encajado en la cabeza, pegó un indescriptible salto que desafió a la mismísima gravedad, alzándose varios metros sobre el suelo y dejando a todos con la boca abierta. Al aterrizar de nuevo, estrelló su vara cargada de energía sobre la cabeza de otro monstruo, estampándola contra el suelo tan violentamente que abrió un pequeño cráter de sesos en la tierra y levantó una densa nube de polvo, hierba y sangre.

Lana había oído que los magos más expertos podían llegar a ser aterradores en combate, pero nunca había visto a uno como él en acción. Wallas ya no parecía un viejo desvalido, sino una especie de guerrero todopoderoso capaz de aplastar a la más fiera de las bestias. «Y eso que su cuerpo ya está vacío de poder», pensó. ¿De qué fue capaz cuando era joven y fuerte?

Cuando se recompuso, el anciano giró su brazo armado a la velocidad del rayo y golpeó el costado de una tercera criatura, que rodó casi una veintena metros antes de detenerse, muerta y destripada.

Cuando ya parecía que la situación estaba controlada, Wallas, visiblemente afectado por el esfuerzo, se quebró como una rama e hincó la rodilla en el suelo, exhausto, casi sin respiración. Los cinco engendros restantes le rodearon, dispuestos a masticarle cruelmente. Entonces, Lana, sin pensarlo dos veces, levantó su arma y disparó. Los demás la siguieron y se hizo un estruendo ensordecedor que apenas duró

unos pocos segundos; tras vaciar sus cargadores, no quedó ninguna aberración con vida frente a ellos. Se acercó al anciano apresuradamente, que se había sentado frente al todoterreno, pálido como una sábana.

—¡Wallas! —Le puso una mano en el hombro. El anciano levantó la cabeza, y pudo fijarse en cómo su piel sudaba abundantemente bajo su sombrero—. ¿Estás bien?

—Liam... —susurró con un hilo de voz.

—¡El chico está aquí, jefa! —bramó Alastor, que todavía sangraba de los oídos. Gork sacó al muchacho de la parte trasera del todoterreno. Un hilo de sangre le recorría la sien y estaba aturdido por el accidente, pero no parecía necesitar atención médica urgente.

—El chico está bien. Wallas, ¿qué hacemos?, ¿cómo acabamos con estas cosas?

—Gilman ha dicho que estas criaturas atacan bajo el mando de un mago llamado Vorfax. Tenemos que... tenéis que encontrar a su maestro. Me temo que no podré hacer mucho más de momento. Ya no estoy para estos trotes, tal y como me venían advirtiéndome. —Melvin mostró una sonrisa resignada—. Uno siempre piensa que cuando tuvo, retuvo, pero llega un momento en la vida que no es así.

—Pues no me hubiera gustado estar cerca cuando aún estabas para estos trotes... ¿Cómo encontramos al mago?

—Antes de eso hay que ordenar una retirada —dijo mientras miraba el panorama frente a ellos—. Hay que ordenar al ejército que se esconda en los bosques o que se refugie en la ciudad. Cualquier cosa menos quedarse en campo abierto.

Tenía razón: el Valle de la Fortuna se había convertido en un comedero improvisado. Si la batalla continuaba de esa manera, pronto no quedaría nada que salvar.

—Wallas... no hay nadie que dé órdenes. Los Mariscales... han muerto, y Roch ha disparado al rey Gilman, pero ha desaparecido.

Lana miró más allá, hacia la entrada de Sotomonte. Allí vio el cuerpo del rey, todavía tirado en el suelo, con su capa arrugada. Nadie de dentro de la ciudad había salido a socorrerle.

—¿Le ha disparado? No, maldita sea, ¡no! —Wallas intentó levantarse, pero su uniforme de combate le pesaba demasiado—. Hay que hablar con el rey. Él sabe quién es Vorfax, y sabe cosas que desconocemos, cosas terribles que van a ocurrir. Esto es más serio de lo que creíamos, y temo que hemos metido la pata en un fango muy hondo. Ayudadme. Vamos a por el rey, rápido —tosió.

Yisu y Ogsu, que miraban a Melvin con una infinita mezcla de preocupación y tristeza, le ayudaron a levantarse. En menos de un minuto, Melvin Wallas había perdido toda aquella divinidad que destilaba en combate, y en ese momento parecía de nuevo un anciano cualquiera que apenas podía mantenerse en pie.

Lana dio la orden, y todos comenzaron a moverse en dirección a las puertas, hacia el rey abatido. Detrás de ellos, las miles de abominaciones seguían hostigando al

ejército desde el aire mientras las estelas de los cañones antiaéreos apuntaban en dirección a la nube, intentando contener el constante flujo de criaturas, provocando una lluvia de sangre y trozos de carne que ensuciaban la hierba del valle. No era suficiente, y por cada diez que morían, cincuenta alcanzaban el suelo.

Al llegar al lugar de reunión, Lana observó las marcas de los neumáticos del todoterreno de Roch: se había marchado en dirección contraria a la batalla. Había abandonado a Gilman a su suerte, al igual que al ejército del que tanto presumía. El rey seguía vivo, y se arrastraba lentamente hacia las murallas de su ciudad, agonizante, doliéndose a cada centímetro que avanzaba mientras hincaba las uñas en la tierra. La sangre le goteaba por la espalda, colándose en las rendijas de su armadura dorada, manchando su capa azul y dejando un rastro escarlata detrás de él. Se acercaron y le rodearon, protegiéndole.

—¿Dónde está el apoyo aéreo? ¡Nos están masacrando! —gritó Alastor, mirando al cielo—. ¿Dónde están los cazas cuando se les necesitan?

—¡Cállate coño, y mantente alerta! —Lana no pudo evitar pensar en Kaled durante un instante. ¿Estaría allí arriba? No tenía tiempo de darle vueltas a la idea. Seguro que no lo estaría pasando tan mal como ellos.

Entonces, ocurrió.

Un intenso destello cien veces más brillante que el propio sol les cegó durante un par de interminables segundos, convirtiendo el crepúsculo agonizante en un mediodía blanquecino que quemaba los ojos. Instantes después, una desgarradora y fulgurante onda expansiva deformó la nube desde dentro hacia fuera, desintegrando el propio vapor del que estaba compuesta con un golpe de un fuego tan intenso que parecía quemar la misma realidad. El nido se incendió brutalmente desde su propio interior, expulsando una impresionante bola de fuego que vaporizó al instante a todas las criaturas cercanas como si estuvieran hechas de papel, y las pequeñas nubes de alrededor se deformaron escalonadamente mientras recibían a la invisible onda expansiva que devoraba el firmamento a paso firme.

Apenas tuvieron tiempo de observar cómo la mitad de edificios de Sotomonte reventaban en pedazos cuando llegó hasta ellos. Lana sintió un desgarrador mazazo de viento que aplastó cada uno de sus huesos, sacando todo el aire de sus pulmones y lanzándola por los aires como si fuese poco más que un muñeco de trapo. Sintió cómo su piel vibraba dolorosamente a una velocidad de vértigo y cómo sus músculos y huesos estuvieron a punto de desgarrarse y romperse en mil pedazos. El horrible estruendo la dejó completamente sorda. Perdió el sentido de la realidad durante unos instantes, y no sabía si el suelo estaba bajo sus pies o sobre su cabeza. Dio varias vueltas de campana, y aterrizó sobre las hierbas secas del valle, perdiendo su rifle por el camino.

No supo adivinar cuánto tiempo estuvo en el suelo, tosiendo sangre y doliéndose de cada extremidad amoratada y herida. Aún atontada, logró incorporarse y sobreponerse a un agudo dolor de cabeza peor aún que cualquier resaca que había

vivido durante su existencia. Miró al lugar que ocupaba anteriormente la nube y solamente encontró un espantoso hongo explosivo, negro como la noche, abriéndose paso hacia el cielo mientras proyectaba una espeluznante sombra por el valle.

Por suerte, ya nada se movía sobre sus cabezas; todas las criaturas se habían estampado contra el suelo tan violentamente que sus alas yacían rotas por decenas de sitios, y las membranas carnosas que las unían se habían convertido en jirones. Desde esa distancia, era difícil saber si alguien más había sobrevivido.

No pudo evitar vomitar. La cabeza le daba vueltas sin parar, y se sentía como si acabara de pasar un mal viaje en una montaña rusa tras un combate de boxeo a doce asaltos. Miró a sus compañeros, que se incorporaban lentamente como muertos vivientes. Lana sintió cierto orgullo al ver que Ely, con su pelo rubio suelto y revuelto sobre su cara, tosía sangre a cuatro patas, como todos los demás. Lana se acercó a Wallas tambaleándose, temiendo lo peor. Sin embargo, se había librado de lo peor del impacto al estar escondido tras el todoterreno, y solamente estaba un poco atontado.

—¿¡Qué coño ha sido eso!?! —preguntó Alastor, gritando. Definitivamente, se había quedado más sordo que una tapia.

—El apoyo aéreo que tanto pedías. —Lana miró al cielo esperando ver la estela de algún avión solitario, pero no encontró nada más que nubes y humo.

«Kaled», pensó. No quería imaginar qué habría pasado. «No, él es astuto; habrá encontrado la manera de escapar». Si alguien sabía cómo escabullirse de una situación, era él. Era su especialidad.

—¡Gilman! —Wallas se acercó al cuerpo del rey y le dio la vuelta.

Aún respiraba, pero no tenía buen aspecto. Estaba pálido, demasiado pálido; bajo su cuerpo debía yacer al menos un litro de sangre encharcada. Debía ser fuerte para haber aguantado vivo todo ese tiempo, pero estaba claro que no llegaría a ver otro amanecer. En aquel momento casi no tenía fuerzas ni para hablar.

—Gilman, lo siento. —Wallas le sujetó la cabeza—. Todo ha salido mal, todo. No era nuestra intención herirte. Roch te disparó porque creía que esto era una trampa orquestada por ti.

—Y era una trampa, mago, aunque me temo que habéis pagado el precio que mi reino debería haber sufrido —respondió el rey con un suave hilo de voz—. Me merezco mi destino, por traeros aquí con una sarta mentiras —tosió pesadamente—. Lo siento mucho.

—Ya no tiene sentido arrepentirse de eso.

—Escuchadme, por favor —continuó el rey—, porque la amenaza sigue viva: el Ejército Enfermo del Profeta es una realidad, y cuando conquiste Vía Escarlata vendrá a por el Trono Lustroso de La Quijada. Debéis hablar con mi hija, con Darea, y coronarla reina. —Gilman les cedió su corona dorada—. Está al sur; no le gustaréis, pero estoy seguro de que hará lo correcto y se unirá a vosotros. No hay nada más importante que esto. No os podéis imaginar lo importante que es detener a Hadrien Cutter. No debe cumplir su objetivo bajo ningún concepto, o no quedará rincón donde

os podáis esconder, ni en Ismer ni en Ordann. Está en vuestra mano evitarlo. Los dioses... aguardan...

—Ya nadie en Ordann cree en dioses y monstruos, anciano —le dijo Lana.

—Un mundo extraño, el que decís, pero hoy ya habéis conocido a los monstruos; los dioses no tardarán mucho tiempo en conoceros. —Gilman tosió de nuevo, escupiendo aún más sangre—. Creáis o no, no tenéis otra opción que quedaros y luchar, cueste... lo que cueste...

—¿Por qué? ¿Por qué no tendremos opción?

—Escuchadme... porque esto es importante...

De repente, un estruendo ensordecedor aterrizó frente a ellos, levantando una espesa nube de polvo y hierbas sueltas que les lanzó a todos contra el suelo. Lana alzó la vista y divisó algo espantoso directamente sacado de sus peores pesadillas. Ya no tendrían que encontrar al mago; el mago les había encontrado a ellos.



## Vorfax

**F**RENTE a ellos se extendía una horrible masa informe más grande que un autobús, negra, latente, de casi diez metros de altura, con un cuerpo rechoncho de piel burbujeante que mantenía el equilibrio con unas fofas y extrañas patas que apenas lo sustentaban. Tenía tres alas estrechas y deshilachadas a cada lado, de diferentes tamaños y formas, y de lo que parecía su grueso cuello sobresalían varios tentáculos alargados que se agitaban con movimientos espasmódicos, imitando un macabro collar. Lana no pudo ver sus ojos por ninguna parte, pero la masa que ejercía de cabeza estaba rodeada de finos filamentos que se movían y agitaban ansiosos. Lo peor era su boca: un agujero oscuro, viscoso, plagado interminables filas de dientes puntiagudos y babeantes que conducían a un abismo del que brotaba un aliento asfixiante.

—Bestia... —gimió Gilman—. Debí suponer que Cutter... no dejaría nada al azar. Yo te maldigo... escuchadme, extranjeros: su debilidad es...

El horror se giró hacia el rey agonizante con cierto interés. De repente, extendió los tentáculos en un instante, levantó el cuerpo del anciano y lo devoró de un bocado como una rana atrapaba una libélula.

—*Ya hemos dejado que el difunto monarca hable demasiado, ¿no os parece?* —Una voz cavernosa y gutural invadió el aire. No venía de la garganta de la deformidad, sino que parecía llegar directamente a sus mentes, como un sucio pensamiento oscuro.

—Un Mago Dragón del Abismo —anunció Wallas nada más verle—. Siempre creí que eras el producto de la imaginación de una mente enferma.

—*Vorfax, para serviros* —Lana hubiera jurado que la criatura amagaba una reverencia—. *¡Oh, siento no haber avisado de mi llegada! Aunque vosotros tampoco lo hicisteis, tramposillos... cuando mis criaturitas os vieron desembarcar en la costa tras la cortina de todas esas explosiones, casi no me creí sus noticias. ¡Y yo que pensaba que vigilar La Quijada iba a ser una pérdida de tiempo! Mi señor se va a decepcionar cuando sepa que en vez de afrontar la situación con honor y dignidad, el difunto rey ha lanzado un hueso a la desesperada, con la infantil esperanza de que algún perro del otro lado del mar lo recogiese. Y aquí tenemos a los chuchos babeantes que han respondido a la llamada; perros de Ordann, ni más ni menos.*

—Para ser unos chuchos babeantes, hemos acabado con tus asquerosos retoñitos, bichejo de mierda —le respondió Lana.

—*¡Buen punto! Creía que mis retoños podrían acabar con vosotros sin necesidad de molestar a mi señor con la noticia de vuestra presencia, pero veo que he subestimado vuestros trucos. Domináis la pólvora, ese espectáculo pirotécnico para cobardes sin agallas. Seréis tramposos... ¡tengo que admitir que me habéis enfadado un pelín!!* —El dragón comenzó a arrastrarse en círculo alrededor de todos,

acechante, dejando un reguero de brea pegajosa tras él.

Estaban completamente indefensos. La mayoría de armas habían salido disparadas a gran distancia durante la explosión y gran parte de la Compañía Parcheada apenas podía mantenerse en pie. Lana miró a Gork y los dos se pusieron frente a los demás, protegiéndoles. Su maldita hermana, tan poco empática y compasiva como siempre, se quedó a un lado, evaluando si debía intervenir o no.

—Somos más peligrosos de lo que crees, bestia, así que más vale que nos dejes en paz —dijo Wallas desde atrás, jadeante, en un pobre intento de parecer intimidante.

—*A pesar de todo el daño que habéis hecho a mi estirpe, os tengo que dar las gracias, extranjeros, porque me habéis dado una excusa para matar al rey Gilman de una vez. ¡Qué ganas tenía de masticar su carne, por muy correosa que estuviese! Cuando el Profeta se entere de la tontería que ha hecho, por fin dejaremos la estúpida diplomacia a un lado y conquistaremos todo Ismer a base de sangre y fuego, como debíamos haber hecho desde el principio. Pero antes, tengo que encargarme de algunos asuntillos molestos... estoy hablando de vosotros, claro.*

El dragón les señaló con uno de sus viscosos tentáculos, que se estiró como si estuviese hecho de goma.

—¿Qué coño es esa cosa? —preguntó Liam, protegido tras la espalda de Gork.

—*Vaya, vaya, qué tenemos aquí —Vorfax olisqueó al chico—. Un joven mago. ¿Qué haces en este bando de perdedores? Estás en el lugar equivocado, chico, porque la Magia juega en nuestro equipo. Únete a nosotros y te adorarán como a un enviado de los Antiguos, y tendrás todo lo que deseas: fama, mujeres, gloria... y libertad, que me parece que es algo de lo que no disfrutas en Ordann.*

—No le escuches, Liam —le interrumpió Wallas—. Él fue humano una vez, pero ya ves lo que ocurre cuando se abusa de algo que no se comprende. Se ha convertido en una abominación repugnante.

—*¡Oh, eso me ha dolido!* —Por un momento, parecía que la grotesca boca dentada del dragón esbozaba una sonrisa—. *¿Nunca os han dicho que la belleza está en el interior? Siento tener que corregirte, pero me he convertido en algo mejor, viejo mago. La oferta de unirse a nosotros no era para ti, anciano, porque ya veo que tú elegiste el camino de la debilidad, el camino de la decrepita vejez. Mírame: tengo cientos de años más que tú y aún estoy rebosante de poder, mientras tú te pudres lentamente en esa carcasa humana, simplemente porque no tuviste el valor de entregar tu cuerpo a la Magia. ¿Quién es más asqueroso de los dos?*

—Yo lo tengo bastante claro —dijo Wallas.

—*Liam, muchacho, piénsalo: la inmortalidad, el poder absoluto, el reconocimiento, la adoración: eso es lo que te ofrezco, ni más ni menos.*

—Antes muerto que irme contigo, bicho apestoso.

—*Bueno, espero que al menos no me echen en cara que no lo intenté...*

La bestia hecha de brea siseó y sus largos tentáculos comenzaron a excitarse, agitándose frenéticamente de un lado para otro como colas de serpiente. Lana no

esperó ni un segundo más y rodó por el suelo, agarrando un fusil que yacía unos metros más allá. Apuntó y disparó sin ni siquiera tener tiempo para expulsar el aire de sus pulmones.

El escandaloso traqueteo del arma invadió el sigiloso aire de la tarde, pero las balas no parecían tener un gran efecto sobre la criatura; los proyectiles la atravesaban como si estuviese hecha de un espeso petróleo pringoso. Gork intentó hacer lo mismo con su revólver, pero ni siquiera sus balas de gran calibre consiguieron el efecto deseado. Pronto se quedaron sin munición que disparar.

—*Chiquillos* —la voz de Vorfax explotó en un torrente de carcajadas dentro de sus cabezas—, *chiquillos con juguetes centelleantes contra el crudo poder de la Magia*.

El mago dragón rugió, y sus tentáculos se lanzaron contra Lana y Gork tan rápidamente que no tuvieron tiempo de reaccionar. Sus extremidades viciosas les golpearon, desarmaron y rodearon, levantándolos en el aire como a colgajos. Incluso Gork, seguramente capaz de partir un tronco con sus manos desnudas, estaba atrapado sin remedio, aunque Vorfax había necesitado dos tentáculos para reducirle.

—*Cuántas veces me pasará lo mismo... todos pelean, patalean y arañan, pero no hacen nada más que perder fuerzas. Relajaos y todo acabará pronto. Contemplad la última puesta de sol que vais a ver en vuestras vidas, porque no encontraréis mucha luz dentro de mí.*

Alastor y Shawnla, desarmados y malheridos, dieron un paso al frente inmediatamente.

—¡¡No!! —gritó Lana, intentando zafarse de aquel húmedo abrazo—. ¡¡Proteged a los magos!! ¡¡Sacadlos de aquí!!

—Pero jefa... —dijo Alastor.

—¡¡Es una orden!! ¡¡Sé cuidarme yo solita, joder!! —Forcejeaba sin cesar, pero no conseguía liberarse.

—*¡Oh, no os los llevéis, por favor! Acabo de empezar con vosotros y no quiero que el juego acabe demasiado pronto.*

Wallas estaba demasiado débil como para actuar, y Liam estaba demasiado asustado. Entonces, Yisu y Ogsu desenfundaron sus puñales de Piedra Barda.

—*Vosotros debéis ser los famosos enanos de Ordann... nuestras leyendas dicen que tenéis el tamaño de una seta, pero veo que se quedaron un poco cortas...*

—No hay leyenda que nos haga justicia, criatura —dijo Ogsu, separándose de su hermano, dividiendo su atención.

—*Vais a necesitar algo más que puñales de Piedra Barda para acabar con uno de los Once de Ismer... veréis, nosotros no somos como los blanditos magos de Ordann, que se desangran como cerdos con un pequeño corte en el gaxnate. Si queréis matarnos con un tajo de esas frágiles hojas que se rompen con la mirada, más vale que nos abráis en canal con cuidado o nos acertéis en todo el corazón, o solamente las desperdiciaréis.*

—Dudo que tengas algo parecido a un corazón, bicho, pero... ¡te abriré en canal hasta encontrártelo!

Los dos enanos atacaron con ferocidad, pero Vorfax no parecía tener puntos ciegos. Después de todo, ni siquiera parecía tener ojos. Dos veloces tentáculos les rodearon en un parpadeo, levantándolos del suelo.

—¡¡Si alguien más se acerca, empiezo el banquete!! Um... ¿por quién voy a empezar? No tenéis una pinta muy apetitosa, enanos, y voy a necesitar horas para digerir esta bestia de grandes colmillos. ¡Bastante he tenido con tragarme ese pájaro de metal que volaba por aquí!

—¡¡Asqueroso de mierda!! —gritó Lana.

—Creo que me quedaré con esta hermosa joven. Tiene un olor... interesante. Hueles a humana, pero tienes un pequeño toque especial que me vuelve loco. Hueles a ladrona.

—¡¡Ely!! —gritó a su hermana—. ¡¡Haz algo, coño!!

Su hermana estaba apartada de los demás, contemplando la escena, calculando fríamente sus posibilidades, como siempre hacía. Había recogido su espada corta y jugueteaba con ella en su mano.

—Vaya, otra hermosa criatura de orejas puntiagudas... tú... tú no hueles a humana, tú hueles distinto, tu aroma sí que es como el de esos ladrones que vinieron del oeste. ¡Así que vosotros estabais detrás del robo!

—No sé de qué me hablas, bicho —respondió Ely.

—Sí, eso me suelen decir. Quizá puedas serme útil... necesitamos respuestas.

—¡Usa tu espada para cortar estos tentáculos, coño! —le gritó Lana—. ¡Muévete, o nos matará a todos!

—Nos matará a todos igualmente —respondió su hermana con un tono helado—. Se regenera demasiado rápido... dudo que pudiese encontrar su punto débil.

—Vaya, por fin una persona con algo de cabeza. ¿Acaso creéis que es la primera vez que intentan atravesarme con una espada? El tacto del acero me resbala de la misma manera que vuestros proyectiles. Si te muestras receptiva, extranjera, puede que te perdone la vida.

—¿Ves? No hay nada que hacer. —Ely alzó los hombros.

—Siempre has sido una perra... fría y calculadora —gruñó Lana—. Sabía que no podía confiar en ti. Lo sabía.

Ely clavó la espada en el suelo y se movió unos pasos a la derecha, colocándose frente a la imponente silueta de Sotomonte.

—¿Qué necesitas saber, criatura?

—¿Dónde está?

—Vas a tener que ser más concreto si quieres que te ayude.

—¡¡Perra!! —gritó Lana.

—El arma que nos robasteis los orejas puntiagudas en Los Páramos. El hacha de hoja negra. Mi señor Cutter se había encaprichado de ella, y no le gustó nada que se

la quitaseis.

—¿Un arma negra? —Ely dudó un momento—. Vaya, ¿así que vosotros también teníais una?

—No juegues conmigo, extranjera. Solamente hay cuatro armas negras en todo Gevangenis, y una de ellas fue destruida. Las otras dos no son más que reliquias olvidadas y perdidas desde hace siglos. Nosotros teníamos la única que quedaba.

—Me temo que no. —Ely sonrió—. Yo misma he visto una curiosa espada que solamente mostraba su forma real en mano de un elegido.

—Eso es imposible... totalmente imposible. Las armas perdieron su poder. No ha habido cuatro manchados desde tiempos inmemoriales.

—Pues me temo que pronto te vas a dar de bruces contra la realidad, porque te voy a presentar al elegido.

—¡¡Traidora de mierda!! —Lana se revolvió una vez más, deseando estrangularla.

—Tranquila, hermanita —le recriminó—. ¿Sabes por qué he sido mejor que tú siempre? Porque he pensado con la puñetera cabeza, en vez de lanzarme al cuello de cualquiera que me provocase un poco. A veces, la mejor estrategia es no hacer nada. A veces, lo mejor es dejar pasar el tiempo hasta que la solución al problema aparece por sí sola.

—¿Qué?

—Un momento... ¡¡Me estás entreteniéndome!!

Vorfax se giró al instante, alarmado, pero ya era demasiado tarde. Un extraño sonido llegó a los puntiagudos oídos de Lana: hubiera jurado que era algo muy parecido al chisporroteo de un soplete al soldar el metal caliente. Lana cayó al suelo con un golpe seco y se desenroscó el tentáculo cortado lo más rápido que pudo. Vorfax gritó con un chillido abismal e insoportable, y un par de tentáculos sesgados más se desprendieron de su cuerpo, liberando a sus respectivas presas. Un momento después, el dragón, cegado por el dolor, liberó al resto de sus cautivos mientras gemía y se retorció, tomando formas horribles y extrañas.

—Parece que, después de todo, sirve de algo traer una espada a un tiroteo.

Rayner Gurgess se colocó frente a ellos, desafiante, protegiéndoles de la criatura. Su espada chorreaba una sangre negra y espesa que caía hacia sus manos, y el metal negro de la hoja, en los lugares donde tocaba esa espesa brea, se encendía como si estuviese al rojo vivo.

—Imposible. Uno de los Sueños de Verdugo —gruñó la voz de Vorfax—. ¡¡Sabandijas!!

—Te presento al elegido —dijo Ely, recuperando su espada—. Y ahora que hemos acabado con las presentaciones, es hora de que te mueras de una vez.

Ely tendió la mano a su hermana. Lana, avergonzada, se negó a cogerla y se levantó por su cuenta. Siempre lograba que acabase haciendo el ridículo. La odiaba.

—Ni una palabra —le advirtió. Si tenía que aguantar una de sus sonrisas de

superioridad, le partiría la cara ahí mismo, frente al dragón.

Vorfax se arrastró hacia atrás, retirándose y encogiéndose, privado de sus tentáculos, mientras Rayner avanzaba, paso por paso, directo hacia la boca del lobo. No parecía el mismo. Lana lo vio de espaldas, y por un momento creyó que su cuerpo emitía una especie de humo negro, y se sintió incómoda al mirarlo, como quien observa algo maligno y antinatural.

—¡Mátalo, Rayner! ¡Rebana el cuello a ese cerdo! —le alentó Ely.

—¡¡Cobarde!! ¡¡Pusilánime gusano!! —Se limitaba a gritar el mago dragón, temeroso de acercarse.

Las alas de Vorfax comenzaron a agitarse rápidamente. Estaba claro que intentaba escapar, así que Rayner se adelantó para asestar otro golpe. Antes de que pudiera acercarse lo suficiente, la deformidad escupió un aliento babeante espeso, turbulento, un fuego negro que amenazaba con corroer todo lo que tocara, pero la extraña sustancia se detuvo antes de alcanzar a Rayner. El fuego viscoso le rodeó sin hacerle daño, como si estuviera protegido por una especie de campo de fuerza, y su bloqueo salvó a todos los que estaban detrás. Las llamas oscuras tocaron el suelo generando charcos agitados que consumieron toda la vegetación de los alrededores con un extraño burbujeo.

—¿Ya te has cansado de jugar? —La voz de Rayner no parecía suya.

—¡Rápido, Gurgess! —gritó Melvin—. ¡Remátalo antes de que escape!

Rayner dio un paso adelante, pero algo le detuvo. Miró con incomodidad a la espada, como si le hubiese reprochado algo.

—El orden... el orden lo es todo... no es el momento... —murmuró con tono perdido, confuso.

—¿A qué esperas? —Lana le miró confundida—. ¡Vamos!

—*Volveremos a vernos, chiquillos. Pronto* —Vorfax se retiró un par de pasos más. Acto seguido, echó a volar pesadamente, chorreando brea negra a cada aleteo—. *Pero me voy a llevar un recuerdo de esta batalla.*

La boca de Vorfax lanzó un tremendo chillido sobrenatural, haciendo que todos cayesen al suelo y rodasen varios metros sin control. El mago dragón pasó por encima de Rayner y aterrizó durante un instante tras él, justo delante de Lana, abriendo su boca interminable, enseñándole sus terribles filas de dientes.

—No... —murmuró, creyendo que había llegado su momento.

Para su sorpresa, ella no era la víctima que Vorfax había escogido. Sus grandes dientes se clavaron en el pecho y el abdomen de Ely, atravesándola de lado a lado, provocando que copiosos regueros de sangre fresca manchasen su uniforme blanco.

—¡¡No!! —gritó Rayner, corriendo a socorrerla. No llegó a tiempo.

Ely, escupiendo sangre a borbotones, extendió la mano hacia su hermana antes de exhalar su último aliento, y su cuerpo se desactivó como el de una marioneta sin hilos tras un horrible chasquido. Al verla, Lana sintió que algo se había quebrado en su interior en ese mismo instante.

—Ely... joder —los ojos verdes de Lana se cruzaron con los azules de su hermana. Intentó agarrar su mano, pero solamente pudo rozar la punta de sus dedos.

La criatura, con el cadáver de Ely aún entre los dientes, echó a volar hacia el oeste y poco a poco, su masa informe se fue perdiendo en el recién despertado cielo nocturno, cuando los últimos rayos del día se perdían tras los montes lejanos.

—No... —Rayner se arrodilló abatido. Nadie dijo nada más.

Detrás de ellos, la batalla había terminado. Se hizo un silencio profundo; sin grillos o cigarras vivos en el prado, tan muertos como las bestias aladas que yacían por doquier, solamente se escuchó el suave viento meciendo la hierba. Lana miró a las puertas de la ciudad destruida que se alzaba frente a ella; Sotomonte ya no parecía una ciudad majestuosa, sino más bien una lápida titánica, vacía de vida, sin nada más que cadáveres desperdigados a sus puertas. Se arrodilló en la hierba seca, agotada, y se limpió la sangre de la cara con sus manos temblorosas.

Por primera vez en muchos años, rompió a llorar.

## Mentiras

**S**E hubiera arrancado los dos ojos con tal de conseguir un maldito cigarrillo que llevarse a la boca, aunque solamente fuese un maldito placebo que distraería los temblores y las náuseas durante un par de caladas. El cuerpo de los elfos, que era lento tomando malos hábitos, también lo era para dejarlos, así que no quería imaginar el calvario que aún le faltaba por recorrer.

El efecto adormecedor de la Hierba Roja era lo único que le funcionaba cuando las pesadillas le atormentaban, incluso estando despierto, persiguiéndole en cada rincón de la memoria, recordándole que... recordándole, a secas. Si tan solo pudiese olvidar un mísero detalle... dónde dejó las llaves, el cumpleaños de alguien, el final de una película. Cosas que todo el mundo tenía derecho a olvidar. Erwann nunca tenía nada en la punta de la lengua. Nada excepto el maldito recuerdo que Ojos de Cristal le había arrebatado, y eso le obsesionaba.

Por si sus síntomas no fuesen lo suficientemente molestos, su vieja amiga, la siempre oportuna migraña, volvió a visitarle con fuerzas renovadas al escuchar los gritos ahogados que provenían de la plaza que había a los pies de la Sede del Reino. Bajo ellos, cientos de voces de campesinos y pueblerinos bramaban consignas de muerte y clamaban justicia, agitados, deseosos de contemplar el inminente espectáculo. Se acercó al balcón y les observó discretamente, arrimado a una de las cortinas.

La simple pero espaciosa plaza del pueblo de Adiro, un modesto asentamiento de pequeñas casas de tejados de paja y fachadas de piedra, estaba abarrotada de hombres, mujeres y niños. Algunos de ellos zarandeaban tridentes y azadas en el aire, deseosos de despellejar al inminente protagonista del macabro espectáculo que les aguardaba, mientras que otros se conformaban con levantar su puño y agitarlo nerviosamente. Frente a ellos, el cadalso estaba dispuesto, aún vacío. Solamente faltaba el condenado... y el verdugo.

—¿Cuándo llegará Cutter? —preguntó Erwann al orondo sacerdote—. La turba se está impacientando, y no hay nada más peligroso que un rebaño de idiotas enfadados.

—No seas impaciente tú también, extranjero, pues la gloria de los perseverantes es la más dulce de todas —le regañó Witts, que parecía querer sermonearle a cada minuto. Por si sus palabras no fuesen lo suficientemente irritantes, su voz gangosa y desagradable le empalagaba el cerebro—. Su comitiva ha hecho un largo viaje para presentarse aquí hoy, y los caminos que vienen desde la capital están llenos de bandidos oportunistas. Nuestro amado Profeta llegará cuando tenga que llegar.

—Dirás más bien vuestro carnicero. —Erwann cerró los ojos y se masajó el entrecejo—. Alguien que deja unas negociaciones que podrían acabar en guerra para encargarse personalmente de una ejecución cualquiera tiene que tener especial gusto por mancharse las manos de sangre.



—Blasfemo... cuida tu lengua, sabandija elfa, o la perderás. —Witts se puso nervioso; estaba claro que no estaba acostumbrado a escuchar a alguien cuestionar a su líder de esa manera tan abierta—. Más vale que contengas tus chascarrillos en presencia de la comitiva del Profeta o tus tripas acabarán viendo la luz del día.

—¿Puedes quitarme estos grilletos, al menos? —preguntó mientras levantaba las pesadas cadenas que caían de sus manos—. Después de lo que he hecho para ayudarte, ha sido una jugada muy sucia. No sé qué más hacer para convencerlos de que no soy un enemigo.

—Los extranjeros no son bienvenidos aquí, y menos desde que los rumores sobre ladrones de grandes orejas venidos del oeste han llegado a oídos del pueblo. Es una condición indispensable si quieres conocer a nuestro líder, y creo que agradecerás mi gesto llegado el momento. Los Grakken han matado a gente por mucho menos.

No era la primera vez que los locales mencionaban que unos pocos elfos habían desembarcado en el oeste de Ismer recientemente. ¿Qué trajo a los suyos hasta allí? Todos hablaban de un misterioso robo, pero nadie quería decirle qué les habían arrebatado, aunque a juzgar por sus caras de desconcierto, nadie lo sabía muy bien. Era un movimiento extraño: ningún elfo sensato tendría ninguna gana de pisar la tierra donde los humanos fanáticos y los magos eran el pan de cada día, y menos si antes tenían que atravesar el inmenso Océano Desierto, carente de vientos, para luego adentrarse en las costas letales de Los Páramos, plagadas de trampas naturales que la hacían casi impenetrable.

—Oye, sacerdote... ¿no sabréis lo que es la Hierba Roja, verdad?

—No sé de lo que me hablas —la mirada nerviosa de Witts le indicó que sí lo sabía.

—Perfecto. Veo que hay cosas que no cambian, estés en el sitio que estés —sonrió—. Si me pudieses conseguir un poco, te estaría muy agradecido.

—Contrólate, elfo. Si te muestras ante el Profeta como un adicto buscando una dosis, estarás muerto antes de llegar la noche.

—Veremos —le guiñó un ojo.

—Blasfemo —repitió Witts, incapaz de encontrar una réplica más ingeniosa—. ¿Es que no le temes? ¿Es que no temes al mago más poderoso del mundo? Te veo demasiado confiado, siendo un infiel que merece la muerte.

—Qué manía con lo de matar gente que no piensa igual que vosotros. —Erwann alzó los hombros, haciendo tintinear sus cadenas—. ¿Ves que yo quiera matarte por las tonterías que piensas y que me intentas imponer? Y mira que has dicho tonterías desde que andas pegado a mi culo.

—¡¡Blasfemo!! —le volvió a gritar. Al parecer, era su palabra preferida.

—Deberías ampliar tu vocabulario con unos cuantos libros más variados. Leer suele enriquecer la mente en muchos sentidos —dijo mientras jugueteaba con su mechero de cierre, encendiéndolo y apagándolo, deseando tener un cigarrillo entre los labios.

—Sabandija... tienes suerte de que yo sea un hombre de palabra, o tú estarías en ese cadalso ahora mismo.

Bajo ellos, en la calle, la turba gritó con un entusiasmo desmedido, jaleando y vitoreando. Solamente podía significar una cosa: él había llegado.

A la cabeza de una hilera oscura de tropas que se perdía en los caminos del horizonte, Erwann observó a una veintena de caballeros sobre sus monturas que se adentraron en la plaza, mientras los campesinos les abrían paso y se arrodillaban piadosamente. A pesar de su buena vista y su capacidad de deducción, le costó adivinar a primera vista quién de ellos era el Profeta, porque todos los soldados vestían las mismas desgastadas armaduras negras de diseño simplón, acompañadas de unas raídas capas de color igualmente oscuro y unos yelmos altos y estrechos.

Cuando desmontaron frente a la Sede, la multitud les rodeó y les vitoreó como a héroes, tocándoles efusivamente. Entonces le distinguió: uno de los caballeros llevaba una pequeña llave dorada colgando de una cadena que caía sobre su pecho.

Witts se sorbió los mocos, se ajustó la túnica y encogió su barriga todo lo que pudo mientras esperaba expectante que su amo y señor les deleitara con su presencia en la sala principal del primer piso, decorada con un gusto horrendo y decadente de alguien que pretendía ser rico pero no lo era.

La puerta se abrió, y Hadrien Cutter entró en la habitación. Se esperaba encontrar el rostro viejo de algún predicador veterano que se las sabía todas, pero se sorprendió una vez más.

—¡Hoy es un día hermoso! Y muy esperado, debo añadir —soltó el Profeta nada más poner un pie en la sala, sin ni siquiera mirarles a los ojos. Se dirigió a una bandeja que había sobre la mesa principal y se sirvió una copa de vino con la que hizo gárgaras, aclarándose la voz. Erwann notó un acusado temblor de impaciencia en sus gestos.

Hadrien Cutter era joven, muy joven para estar a la altura de las increíbles gestas que se le atribuían. Era de mediana estatura, apuesto de una manera inquietante e incómoda, y su pálido rostro bien afeitado albergaba unos grandes y penetrantes ojos azules, una nariz chata y redondeada y una estrecha boca de labios pequeños. La línea de su flequillo era tan recta que parecía tener una cacerola de color castaño a modo de casco, dejando libres sus orejas de soplillo y dándole un aspecto de niño bueno y obediente que le descolocó.

—Mi Profeta. Qué gran honor. —Witts se arrodilló frente a él, bufando como una morsa acalorada.

—Oh, ¡te recuerdo! Nos vimos en aquel apacible pueblito junto al mar, ¿verdad? Levántate, Walts, y dame un abrazo, buen hombre —los brazos de cota de malla de Cutter rodearon al orondo sacerdote y apretaron con firmeza, dejándole totalmente descolocado.

—Me llamo Witts, mi señor, pero yo no soy digno...

—Walts o Witts, te llames como te llames, eres muy digno, amigo mío. —Cutter

le zarandeó amablemente. Erwann no pudo comprender cómo aguantaba el hedor a queso rancio que desprendía el gordo—. Soy feliz. Muy feliz. A pesar del largo viaje y el peso de esta armadura, me siento ligero como una pluma.

—¿Qué hace esta escoria elfa aquí? —dijo una voz.

Otra figura, espigada y con cara de pocos amigos, entró en la habitación. Nunca le había visto, pero sabía perfectamente que ese tipo era el Arzobispo Kartarkus, el máximo dirigente de la Iglesia sin Ventanas. No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que los principales vicios de Kartarkus eran la soberbia y la avaricia, porque los lucía con orgullo: a diferencia de la discreta armadura del Profeta, Kartarkus vestía una opulenta toga de Arzobispo negra plagada de filigranas de oro en cada bordado y botón. Su voluminosa mitra cuadrículada y su enroscado bastón también parecían tener el mismo gusto por el brillante color dorado, y prácticamente todos sus dedos estaban rematados por algún anillo enjoyado. Su rostro, en cambio, tenía poco de lujoso: era estrecho y alargado, y estaba plagado de pellejos que caían por su afilada barbilla, tantos que parecía estar deshaciéndose lentamente bajo el influjo de la gravedad. Sus puntiagudas cejas, peludas y canosas, adornaban una mirada inquisitiva y maliciosa. Nada más entrar la dirigió hacia él, y supo que se había ganado un nuevo enemigo.

—Así que tú eres Erwann el elfo —le dijo el Profeta, mirando sus cadenas fijamente.

—Sí —respondió con incomodidad.

Cutter se acercó, le puso las manos sobre los hombros y le miró directamente a los ojos, en silencio, intentando ver más allá. Desde tan cerca pudo apreciar mucho mejor ciertos detalles interesantes: se mordía las uñas compulsivamente, tenía llagas en los labios y sus ojos estaban inyectados en sangre de una manera exagerada, como si se hubiese rascado los párpados con papel de lija. «Un hombre obsesivo», pensó sin dudarlo. Por su aspecto demacrado y sus pronunciadas ojeras, parecía no haber dormido en días, al igual que él, pero a pesar de ello parecía especialmente entusiasmado y lleno de energía. No pudo evitar sentirse intimidado. Había algo turbio en su familiar mirada, sus amables gestos y su entusiasta voz, algo que le provocaba rechazo. Quizá se había confiado demasiado. Quizá acabaría en el cadalso, junto con la otra víctima del día.

—A mis brazos, amigo. —Cutter le dio un entusiasta abrazo. Al igual que Witts, Erwann se quedó sin habla.

—¡Mi señor, no le toquéis! —Escupió el Arzobispo con su voz ceceante—. ¡Es un hereje elfo! ¡Un ladrón!

—También hay humanos ladrones a millares, Kartarkus, y no por ello tengo que responder por sus crímenes. —Cutter ignoró las quejas del Arzobispo, aburrido de escucharle—. ¿Es cierto lo que dicen de ti, amigo? ¿Es cierto que ya tienes cien años a tus espaldas?

—Más o menos.

—¡Increíble! —Cutter le dio una palmada en la espalda y le levantó los brazos encadenados, exhibiéndolo como si fuese un boxeador—. ¡Míralo, Kartarkus! Si parece un chaval de mi edad. Extrañas criaturas estos elfos... hasta hace bien poco no erais más que leyendas para nosotros, y yo nunca había visto a uno en persona.

—No apruebo esto —masculló amenazadoramente Kartarkus.

—No me interesa saber qué apruebas, Arzobispo —de repente, el tono del Profeta pareció cambiar por completo. Sonó agresivo, nervioso e impaciente—. Este elfo ha cazado a Soren en dos días... ¡dos días! Es algo que mi ejército no ha conseguido en un año de búsqueda. ¡Incompetentes! Sienta bien librarse por un rato de la mediocridad que me rodea, Kartarkus, así que cállate de una maldita vez, por favor.

Cutter se volvió a girar hacia Erwann, recuperando la sonrisa rápidamente. Demasiado rápido para su gusto.

—Me han dicho que eres un investigador de primera, amigo Erwann.

—Oh, bueno, simplemente tengo buena memoria y capacidad de deducción —se limitó a decir. Las sonrisas del Profeta iban y venían rápidamente, y por un momento dudó de que realmente le estuviese escuchando.

—¡Qué modesto eres! —Cutter soltó una carcajada exagerada—. Eres como un regalo caído del cielo en estos momentos de incertidumbre. Cuando me contaron que un solitario mercenario extranjero había capturado a Soren, recelé. Entiéndeme: estoy un poco harto de recibir regalos envenenados que acaban causándome más problemas de los que me solucionan, y además, aquí no recibimos muy bien a los que venís desde el otro lado del mar. Qué equivocado estaba contigo, mi buen elfo. Tú, Erwann, me has regalado el día más feliz de mi vida, y créeme, cobrarás hasta la última moneda de oro de la recompensa por regalármelo.

—Oh, eso espero —sonrió mientras se frotaba las manos.

—Quitadle las cadenas.

—Pero... —se quejó Kartarkus.

—Ahora.

Cuando Witts se acercó con la llave, Erwann simplemente dejó caer las cadenas al suelo. Se había liberado por sí mismo hacía un rato. Aquellas cerraduras eran pan comido para él.

—Gracias —dijo mientras se frotaba las muñecas.

Cutter se echó a reír a carcajadas al ver la cara de tonto de Witts.

—¿Lo ves, mi querido Hadrien? No es de fiar —remarcó el Arzobispo.

—Bien me podría haber estrangulado hace rato, así que creo que esto es una señal más de que vamos a llevarnos bien. —Cutter le volvió a escudriñar con la mirada—. Es un amigo, y con eso me basta. Un amigo que ha hecho mucho por mi causa y quizá pueda hacer mucho más. Pero de eso hablaremos más tarde, amigo Erwann. Mi pueblo está impaciente, y ya les he hecho esperar demasiado —le guiñó un ojo.

Cutter se abandonó la sala a base de zancadas entusiastas, seguido por los cortos pasitos de aquel clérigo malhumorado.

—Parece que le has caído bien. —Witts rechinó los dientes, decepcionado por no verle colgado de una soga a esas alturas.

—Estoy igual de sorprendido que tú —admitió—. No me esperaba que fuera así de... tolerante con alguien como yo. Kartarkus, en cambio, no me ha decepcionado un ápice. Era exactamente como me lo imaginaba. Un lameculos bañado en oro.

—Ciertamente, los sacerdotes a sus órdenes no aprobamos su ostentación... — Para su sorpresa, Witts hablaba casi a susurros— pero el Arzobispo es más sabio que nosotros y fue elegido por voluntad de los mismísimos Antiguos, cuyos caminos son retorcidos.

—Vaya, vaya, ¿acabo de escuchar una crítica velada? —Erwann sonrió y le pegó un codazo—. Quizá aún haya esperanza para ti, sacerdote.

—Aunque no lo creas, también dentro de nuestra institución hay discrepancias. Hay muchos que creen que Kartarkus no es digno del puesto, pues nadie sabe si superó su prueba de Prelado.

—¿Prueba de Prelado? ¿A qué te refieres?

—Kartarkus era un sacerdote llano, como yo, pero siempre tuvo una gran ambición. Si uno quiere ascender a nuevas responsabilidades, el siguiente nivel al sacerdocio es... es un paso que no muchos se atreven a dar. —Witts se aflojó el cuello de la túnica, agobiado.

—Vamos, no te hagas de rogar —le apremió—. Para una vez que quiero que me evangelices...

—Para convertirse en un Prelado hay que superar la llamada Prueba de Fe: el candidato es encerrado en un ataúd especial y es enterrado a tres metros bajo tierra durante tres meses, durante los cuales solamente recibirá del exterior agua y raíces tres veces por semana a través de un pequeño tubo, mientras se dedica a rezar en la oscuridad para sentirse más cerca de los Antiguos.

—No quiero ni pensarlo... qué torturas tan civilizadas os montáis por aquí.

—Hay que tener una fortaleza mental inimaginable para aguantar tres meses encerrado en un lugar estrecho y oscuro sin poder moverse. Cuando los candidatos salen de su cautiverio, vuelven cambiados, y no suele ser a mejor. —Witts jugueteó con la cortina, nervioso—. Los Prelados son... son seres crueles y retorcidos, locos y viciosos, que dirían muchos, pero respetados por su terrible fuerza de voluntad y capacidad de sacrificio. Suelen vestir modestas capuchas oscuras y se pintan los dedos y los dientes con brea negra. Kartarkus, por el contrario, parece tener un especial gusto por el oro y la ostentación, y no está lo suficientemente...

—¿Loco? Curiosas cualidades las que exigís a vuestros líderes.

—Los rumores dicen que compró a los testigos de su Prueba de Fe. O eso, o es la persona que mejor ha llevado que la entierren viva.

—Supongo que fue para mejor, porque ser enterrado vivo no es ninguna broma. Supongo que la gran mayoría de candidatos pedirán que les saquen después de pasar diez minutos ahí abajo.

—Oh, no, la verdad. —Witts rechinó los dientes—. Una vez que se cierra la tapa, no se vuelve a abrir hasta que han pasado los tres meses, por muchos ruegos que se escuchen a través de la abertura. Hay muchos que simplemente dejan de gritar y comienzan a murmurar, otros que mueren en silencio, otros que arañan las paredes de su confinamiento o se arrancan trozos de piel del rostro... ah, y luego están los que gritan hasta morir, que son los considerados indignos.

Erwann tragó saliva. «Creía que la vida no me iba a volver a sorprender, pero la estupidez humana parece tener la capacidad de hacerlo infinitamente», pensó con agobio. Si aquella tortura estaba reservada para sus Prelados, para los adeptos más fieles, ¿qué tendrían preparado para sus enemigos? Estaba tan tenso que pegó un brinco cuando la plaza estalló en clamores.

—Parece que el espectáculo va a comenzar. —Witts se frotó las manos.

No tenía intención de añadir otro recuerdo desagradable a su memoria, pero la curiosidad malsana le pudo. El orondo clérigo y él se asomaron al amplio balcón de la Sede. Bajo ellos, la marabunta de espectadores aclamaba a Cutter, quemando sus gargantas. Los aldeanos gritaban extasiados, embrujados por el contagioso influjo de la masa, que convertía a cultos e ignorantes en los mismos borregos obedientes y entusiastas.

Los más cercanos a la primera fila del espectáculo lanzaban verduras podridas a un prisionero atado de manos que acababan de subir al cadalso. «La víctima ya ha entrado en escena», pensó al reconocerle. Era un hombre mayor, de gesto enfadado e implacable, con pelo y barba plagados de canas, y vestía una túnica de prisionero manchada de barro.

Si estaba allí, arrodillado y maniatado en aquella plaza, era por culpa de Erwann: aquel hombre era el líder del Pacto del Sol Negro, una secta militar contraria al Profeta, adoradora de un misterioso Santo sin Nombre del que poco se sabía.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó Witts—. ¿Cómo conseguiste que localizáramos su escondite? Ni los mejores cazadores de recompensas dieron con él.

—Simplemente miré un mapa de la zona y me hice una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Dónde me escondería yo?

Tras dos días de caminata por aquellos montes escarpados, Witts y él dieron con su pequeño campamento oculto en los Bosques de la Soga, a apenas medio día de camino desde el pueblo de Adiro. Un lugar poco llamativo, bien conectado y con asentamientos pequeños que garantizaban pocas miradas sospechosas por los caminos. Una vez que Witts avisó a las tropas, el resto debería haber sido pan comido. Sin embargo, los sectarios lucharon con una fiereza suicida, y Erwann tuvo que capturar a su líder en persona para asegurarse de que no acabara tan muerto como sus compañeros.

Cutter y el Arzobispo subieron al cadalso y pidieron silencio con un gesto solemne. La turba enfurecida se calmó y la plaza se quedó muda. Cutter miró

fijamente al prisionero durante unos segundos y después se situó frente a él, sonriente, echando un vistazo alrededor, examinando los rostros de sus fieles y no tan fieles seguidores.

—¡Pueblo de Aldira! —dijo con desenfado y soltura.

—Es Adiro, mi Profeta —le corrigió discretamente Kartarkus. Cutter le lanzó una mirada de odio profundo y apretó la mandíbula.

—Eso he dicho, estúpido: Adiro —masculló entre dientes mientras le ordenaba que se apartase—. ¡Pueblo de Adiro! —gritó de nuevo hacia el gentío—. Si llego a saber lo bonito que era este lugar tan acogedor, os hubiera visitado mucho antes. Vuestros parajes son tan hermosos como los rostros de vuestras mujeres y vuestra agua tan pura como la sonrisa de vuestros niños. Me siento orgulloso de estar aquí.

El gentío, encantado con el peloteo rancio del Profeta, soltó una risotada cómplice. Cutter sabía cómo enmendar un error y meterse al público en el bolsillo. Sus palabras le recordaron a los discursos vacíos de las estrellas de rock en sus conciertos; esos que siempre aseguraban que la mejor ciudad que habían visitado era en la que tocaban esa noche.

—¡¡Alabado sea el Profeta!! —gritaron todos. Kartarkus sonrió maliciosamente al escuchar el dulce sonido de la sumisión incondicional.

—¡Hoy es un día muy especial para mí! —exclamó mientras alzaba los brazos—. Por fin, tras meses y meses sufriendo las barbaridades de este grupo de malhechores impíos, de ese despreciable Pacto del Sol Negro, después de haberles perseguido desde Los Páramos hasta aquí, peinando cada aldea y cada bosque, cada río y cada cueva, hemos conseguido capturar a uno de sus líderes, ¡el infame Soren Cutter!

—Un momento, ¿ha dicho Cutter? —preguntó Erwann.

—Escucha y sabrás —se limitó a decir Witts, que observaba la escena fascinado.

—Mi padre, mi propia sangre, el hombre que me dio la vida, es a su vez la criatura que más me ha hecho sufrir en este mundo —la voz del Profeta se quebró—. Ha sido mi losa, ha sido el peso que me arrastraba al fondo del Abismo, la voz que me obligaba a fracasar en mi digno y sagrado empeño. No sabéis lo duro que ha sido comprobar cómo se volvía contra mí, cómo renegaba de mi labor evangelizadora y se dedicaba a desprestigiar me. La sangre de mi sangre, ni más ni menos.

El Profeta sonaba muy dolido, pero Erwann no supo distinguir si se trataba de un teatro o era un sentimiento real. «Su padre», repitió en su cabeza. «Ha venido a ejecutar a su propio padre». De repente, el entusiasmo de Cutter por ese día tan especial se reveló como un acto aún más sádico, digno de una mente perturbada.

—¡¡Traidor!! ¡¡Traidor!! —gritó el pueblo.

—Traidor —repitió el Profeta mientras miraba fijamente a su padre arrodillado—. ¿Lo escuchas? Traidor, padre, eso es lo que te llaman. Eso es lo que eres. Eso. Es. Lo. Que. Eres —repitió lentamente.

—No eres más que un farsante —dijo con chulería el hombre arrodillado—. Un mentiroso que se aprovecha de la ignorancia ajena, un manipulador nato. Yo te

conozco mejor que nadie, patético chiquillo, así que no te atrevas a darme sermones.

La plaza se quedó en silencio de nuevo, escandalizada por el desafiante comentario. Cutter se acercó a su progenitor y le agarró con fuerza por los pelos, haciéndole levantar la barbilla.

—¡¡No te atrevas a cuestionarme!! —le gritó con una voz escalofriante—. Estoy harto de ti, padre, harto. Nunca creíste en mí. He conquistado los corazones de medio Ismer y aún sigues pensando que soy poco más que un despojo que no merece tu respeto.

—No escupes más que palabras envenenadas de mentiroso. Tu madre se avergonzaría al saber en lo que te has convertido.

—¡¡No hables de mi madre!! ¡¡Si hay un mentiroso aquí, ese eres tú!! —le gritó con furia mientras tiraba de su cabellera de nuevo.

—¡Además de traidor, mentiroso! —Kartarkus arengó a la multitud, indicándoles cuál era la siguiente consigna que clamar.

—¡¡Mentiroso!! ¡¡Mentiroso!! —comenzó a berrear el público como si fuese el estribillo de su canción favorita.

Erwann observó la plaza. Sus ojos registraban cada hilo mal cosido, cada remiendo de cada traje harapiento de cada campesino. Entre todas esas figuras plagadas de parches, manchas y gorros sucios, encontró una silueta que le llamó la atención sobre las demás. Era una chica joven, de unos dieciséis años, con un cabello rubio y trenzado escondido bajo una capucha blanca como la nieve. Permanecía en uno de los laterales del cadalso, rodeada por cuatro imponentes caballeros distintos a los demás, de armadura verde esmeralda atravesada por cuatro rayas de pintura escarlata. Sintió un escalofrío al verla. «Selinde». Ella era la otra pieza del rompecabezas.

—¿Sigues pensando que no soy el elegido, padre? —preguntó Cutter, cada vez más nervioso e impaciente—. La Magia corre por mis venas con más fuerza que nunca. ¡Es innegable!

—¡¡El Profeta!! ¡¡El Profeta!! —clamaron todos al unísono.

—Si tú eres un mago, yo soy un maldito Verdugo —gruñó el condenado. El Profeta levantó la mano para abofetearle, pero la detuvo. Soren ni siquiera parpadeó.

—Necio. Niegas lo que es evidente, como siempre has hecho desde que nací —dijo entre dientes.

—¡¡Impío!! ¡¡Blasfemo!! ¡¡Matadlo!! —gritó la turba, cada vez más descontrolada.

—¡Blasfemo! —gritó Witts desde el balcón, uniéndose al resto de corderos. El gordo iba a desgastar esa palabra de tanto usarla.

Cutter pidió silencio de nuevo. Sus manos parecían más temblorosas que nunca; estaba ansioso, esperando el momento.

—Los que me conocéis sabéis que soy un hombre íntegro, de honor, y me gusta considerarme justo y piadoso. Desgraciadamente, no hay piedad posible para los que



se niegan a ver.

—¡¡Muerte al que no quiere ver!! ¡¡Muerte al que no quiere ver!! —respondieron los asistentes mientras levantaban sus tridentes y azadas.

—Padre... —El Profeta titubeó por un momento al encontrarse con los ojos de su propio progenitor—. Soren Cutter —corrigió—, yo te condeno al frío eterno del Abismo Insondable, para que compartas el sufrimiento de los Antiguos y te arrepientas el resto de la eternidad, donde los Verdugos te harán probar el sabor del sufrimiento sin fin. Jugarás los Cinco Tributos, como hacen los peores criminales. Si ganas, levantaré tu condena y te dejaré ir, como dice la ley antigua.

La plaza se volvió loca. Hadrien Cutter desenfundó una daga de su cinturón y la clavó en el suelo, justo delante de las manos atadas de su padre. La cuchilla se balanceó durante unos segundos y luego se quedó quieta. El gentío calló, expectante.

—Si quieres verme muerto, haz tú el trabajo, cobarde —gruñó Soren.

—¡¡Cállate!! —Cutter le gritó desbordando locura—. Así no es como funciona. Ya conoces el procedimiento: un ojo, dos orejas, tres dientes, cuatro dedos, cinco libras de carne —recitó con ojos vacíos—. Si sobrevives tras entregar los Cinco Tributos, se te perdonará. Si no te ves capaz, puedes cambiarlos por un único precio: puedes darme tu vida.

—No te daré ese placer. Si quieres acabar conmigo, agarra ese cuchillo y sé un hombre por una vez, niño llorón.

—Comencemos con el ojo —respondió Cutter—. ¡¡Horgen!!

El gentío enloqueció de nuevo al escuchar ese ilustre nombre, pero en cuanto le vieron acercarse, enmudecieron aterrorizados.

El verdugo que subió a aquel grotesco escenario era un hombre gigantesco, más grande incluso que un orco, y su imponente armadura parecía estar hecha de mismísima piedra, dándole un aspecto de titán antiguo que resultaba aterrador. El suelo de madera del cadalso crujió cuando se encaramó a él, y las vigas sujetaban a duras penas su brutal peso. «Solamente un mago podría llevar esa armadura sin colapsarse», pensó al verle caminar. Su cráneo, de formas exageradas y marcadas, casi como las de la caricatura de una mala bestia, no dejaba crecer ni un mísero pelo, y a juzgar por el aspecto de su piel, que parecía ser contaminada por la misma piedra tras siglos de existencia, debía ser uno de los famosos lugartenientes de Cutter: el legendario Horgen Manos de Piedra del que hablaban las historias, ni más ni menos.

El hombre pétreo cogió la daga del suelo con su imponente mano, agarró la cabeza del rehén con la otra como si fuese un melón y atravesó su cara con un desagradable corte profundo, llevándose su ojo izquierdo por el camino. El hombre soltó un horrible alarido mientras se retorció de dolor y la sangre comenzó a manar abundantemente de su cara, bajando por hilos retorcidos a lo largo de su barbilla y manchándole la túnica. El verdugo volvió a clavar la daga manchada en el suelo, frente al prisionero, y se retiró un par de pasos.

—Un ojo —dijo con una voz seca y profunda.

Todos gritaron extasiados.

—Puedes acabar con el juego, padre. —Cutter se arrodilló junto a él y señaló el cuchillo—. Solamente tienes que darme tu vida y te marcharás de este mundo rápidamente.

Soren clavó la mirada de su único ojo en él y le escupió la sangre que le había entrado a la boca, cegando al Profeta momentáneamente.

—Tienes razón, hijo... ¡¡es hora de acabar con este juego!!

En un abrir y cerrar de ojos, Soren, a pesar de tener las manos atadas por las muñecas, agarró el cuchillo con firmeza y se lanzó hacia su hijo, lleno de furia. El movimiento le alcanzó por sorpresa, y el Profeta se cayó de espaldas sobre el cadalso, indefenso, con el rostro plagado de gotas de sangre. El prisionero hundió la daga en su cuello, atravesando un pequeño hueco entre las placas de su armadura.

Cutter no gritó: simplemente abrió los ojos en par en par, asustado, y comenzó a escupir sangre a borbotones.

## Señalado por los dioses

**S**OREN volvió a alzar el cuchillo.

—¡¡Debería haber hecho esto el día en el que naciste!! —gritó con un odio profundo mientras se disponía a apuñalar de nuevo a su hijo.

Cuando ya parecía que le iba a hundir aquella hoja en la cara, el verdugo de piedra agarró el cuello de Soren con una de sus manazas, puso la otra en su barbilla y, mediante un movimiento seco, le arrancó la cabeza de cuajo como quien descabezaba un marisco, emitiendo un crujido horrible que hizo que la audiencia se estremeciese y Erwann acumulase otro recuerdo que desearía olvidar fervientemente. El cuerpo de Soren Cutter cayó al suelo como un saco de patatas y su cabeza rodó hacia el gentío, que se apartó de su trayectoria entre gritos ahogados. Mientras tanto, el Profeta, tumbado, escupía sangre para no ahogarse, y a juzgar por su mirada de pánico, no era difícil adivinar que la vida se le escapaba por esa herida abierta. El Arzobispo, confuso, se arrodilló y le sujetó la cabeza, intentando taponar el flujo escarlata que comenzaba a gotear entre los tablones.

Lo subieron en volandas hasta la habitación de la Sede y lo colocaron sobre la mesa, tirando copas y platos al suelo. Los cuatro caballeros verdes se quedaron fuera.

—Si alguien intenta entrar por esta puerta, matadlo —dijo el Arzobispo.

Antes de que les viesan, Erwann agarró a Witts y le escondió en una esquina del balcón, tras las cortinas, ordenándole que se mantuviese en silencio, y el sacerdote, temeroso, obedeció. Kartarkus cerró la puerta con llave. La chica de blanco estaba con él.

Erwann había visto muchos hombres agonizantes durante su vida, y estaba completamente seguro de que Cutter no era uno de ellos. Estaba muerto. Su cabeza cayó hacia un lado y sus ojos miraron hacia el exterior, hacia ellos, pero estaban vacíos.

Frente al cadáver del Profeta, el clérigo enjoyado y la joven de capucha blanca se miraron mutuamente.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo el Arzobispo con una voz grave. Cerró los ojos del Profeta con sus huesudos dedos.

—Cada vez que lo hago, vuelve peor —respondió la chica.

—Cuanto más tiempo tardes, peor volverá. Hazlo, por la cuenta que te trae. Ahora.

Súbitamente, el aire comenzó a vibrar y a distorsionarse. No era una sensación nueva para él: «Magia», pensó al notar cómo el aire se espesaba y enfriaba. Selinde se acercó al cuerpo del Profeta y le abrió los ojos con sus pequeños dedos. Para la sorpresa de Erwann y Witts, aquel inocente gesto hizo que su pecho comenzase a respirar de nuevo al instante. Cutter, presa del pánico, se levantó de golpe y comenzó a mirar alrededor sin entender lo que acababa de ocurrir, mirándose las manos

manchadas de su propia sangre. Su herida parecía haberse curado, dejando una fea cicatriz oscura y necrótica. A juzgar por su rostro congestionado, su mente seguía igual de rota. O quizá más.

—Volvéis a sorprendernos con vuestros poderes, mi señor. —Kartarkus le hizo una sentida reverencia—. De nuevo, los dioses os han traído de vuelta de la muerte para que extendáis su palabra.

—Yo... —Cutter habló con dificultad y nerviosismo, lanzando escupitajos sangrientos al suelo— soy... ¡¡soy inmortal!! ¡¡El Abismo no me reclamará hasta que haya cumplido mi misión!!

«No lo sabe». Cutter ni siquiera tenía una idea de lo que acababa de ocurrir. El gran Profeta no era más que un títere, una farsa, y él mismo no lo sabía. Aquella muchacha inocente era la verdadera elegida, no él.

—Dioses —murmuró Witts, con los ojos abiertos de par en par.

Erwann le tapó la boca y le indicó que volviesen a entrar dentro del edificio a través la ventana de la sala contigua. Tuvo que empujar el gordo culo del sacerdote para que saltase el desnivel, pero consiguieron entrar sin ser oídos.

—No... no me lo puedo creer —balbuceó Witts—. Yo... estaba seguro de que...

—¿Estabas seguro de qué? —resopló—. Nunca hay que estar seguro de nada en esta vida, sacerdote, porque la gente crédula no suele ser la que cambia el mundo a mejor. Soy más viejo que tú, así que deberías hacerme un poco de caso: nunca des por hecho nada y nadie te podrá manipular a su antojo.

—Pero... lo que acabo de ver...

—No has visto nada —le advirtió—. Nada. Vamos abajo, a la plaza, desde donde hemos visto la ejecución todo este maldito tiempo. ¿Entendido?

—S... Sí —acertó a decir.

Escaparon discretamente por el pasillo trasero, sin perder de vista a aquellos cuatro caballeros de aspecto amenazador, y se mezclaron con el gentío tras salir por la puerta trasera de la Sede del Reino. Todo el mundo cuchicheaba y oraba mirando a la fachada, y algunos pequeños grupos discutían acaloradamente, a punto de llegar a las manos. Por una vez, ni siquiera se percataron de su presencia, así que no tuvo que soportar miradas de sospecha. Witts observaba a los fieles que le rodeaban con ojos perdidos, sin saber muy bien qué hacer. Miró al elfo buscando respuestas, pero Erwann alzó los hombros, rindiéndose.

Entonces, Kartarkus salió al balcón, mirando con solemnidad al gentío que se acumulaba debajo.

—¡¡Así mueren los cobardes!! —gritó el Arzobispo, señalando el cuerpo sin vida en el cadalso, a pesar de la contradicción que suponían sus palabras. Soren Cutter murió de pie, luchando, donde otros hombres solamente bajarían la cabeza, sumisos ante la inminencia de la muerte.

—¡¡Así mueren!! —respondió una voz solitaria entre el público.

—¡¡Y así viven los valientes!! —Kartarkus levantó la mano del Profeta y le trajo

al frente, a la vista de todos.

—¡¡Así viven!! —gritaron todos con locura.

Los aldeanos comenzaron a vitorear al Profeta tan fervorosamente que parecía que iban a desmayarse del esfuerzo, mientras Cutter, aún confuso y mareado, miraba alrededor con una cara blanca como la leche, marcada con irregulares líneas y puntos rojos por doquier.

—Si esta gente se entera... nos lincharán a todos —dijo Witts, palpándose el cuello.

—Ahora lo entiendo —murmuró Erwann.

Por eso debía mantenerles juntos: sin Selinde a su lado, todo el culto alrededor de Hadrien Cutter se desmoronaría y el Ejército Enfermo se disolvería irremediabilmente. No sabía muy bien por qué, pero Ojos de Cristal debía estar especialmente interesado en que aquel movimiento prosperase. Sin embargo, el Profeta no parecía una persona cabal, capaz de liderar con prudencia algo tan peligroso como un ejército de fanáticos. ¿Por qué él? Si su locura desatase una guerra entre los reinos de Ismer, aquellas gentes se despellejarían entre ellos antes de llegar al más mínimo acuerdo. ¿Buscaba Ojos de Cristal el caos en esas tierras lejanas? ¿O quizá su objetivo era más retorcido? No pudo evitar sentir el mismo escalofrío que le estremeció al enterarse del atentado de Puerto del Duque. Solamente le quedaba un camino que seguir, e iba hacia delante, sin posibilidad de desvío: estaba dispuesto a nadar en sangre con tal de poder olvidar que había nadado en sangre. O al menos eso quería creer.

—No pueden saberlo, elfo. —Witts le agarró del brazo tan fuerte que consiguió hacerle daño—. ¡No pueden!

—Si no quieres que lo sepan, callarse es una buena opción para empezar —le ordenó—. La gente cree lo que quiere creer por mucho que se le diga lo contrario, así que mientras no lo comprueben con sus propios ojos, estaremos a salvo. A mí me preocuparía más que Kartarkus se entere de lo que hemos visto...

—El Arzobispo es nuestro líder y yo soy parte de su rebaño. Jamás...

—¿Jamás te mataría? —Sonrió—. Apuesto que hasta hace un momento también hubieras jurado que jamás os habría mentido, y que jamás habría apoyado el ascenso al poder de un farsante. Si Kartarkus chasquea los dedos, los dos acabaremos enterrados con la lengua cortada, por si las moscas.

—Yo... había oído los rumores de su Prueba de Fe... pero siempre he creído que la voluntad de los Antiguos está por encima de todo. Sus caminos son...

—Retorcidos, ya —suspiró—. A ver cuándo te das cuenta... a menos que tus queridos dioses se manifiesten delante de ti mientras estás en el retrete, estás tratando con humanos. Estás escuchando a humanos, estás leyendo un libro escrito por humanos, y estás adorando a unas deidades imaginadas por humanos. No hay nada divino en ello, por mucho que las palabras elegantes y las ceremonias fastuosas te hagan pensar lo contrario.

—Qué triste tiene que ser vivir como tú, con esas opiniones descreídas y ateas. — Witts, dolido, le miró lleno de rabia—. Es normal que ataques a lo que da esperanzas a todos.

—Si de verdad necesitas la espiritualidad en la vida, sacerdote, no te culpo, y te respeto por ello. Lo que no entiendo es por qué te ofende que yo no crea en tus dioses, y por qué quieres imponérmelos a la fuerza, como si mi sola existencia fuese una mancha en vuestras creencias. Si de verdad eres feliz así, vete a tu rincón a rezar y deja que los demás vivamos en paz. Y si necesitas arrodillarte ante dioses caprichosos y vanidosos para ser feliz, hazlo. Ah, y si alguno de ellos se manifiesta ante ti, avísame, porque me gustaría...

De repente, una gigantesca sombra sobrevoló la plaza. Los aldeanos señalaron hacia el cielo y gritaron asustados ante la visión que encontraron flotando sobre sus cabezas. En menos de un segundo, todos corrían de un lado para otro como hormigas sin cabeza, pisándose por huir cuanto antes de aquel lugar. Erwann miró hacia arriba, y por primera vez en mucho tiempo, se quedó boquiabierto.

—El lugarteniente Vorfax ha vuelto de La Quijada antes de tiempo —dijo Witts—. Si querías conocer a un Prelado que pasó la Prueba de Fe sin un solo grito ni queja, estás de suerte, porque aquí viene uno.

La oscura silueta de Vorfax se había materializado en el cielo tras atravesar la fina capa de nubes, creando remolinos de aire de extrañas formas a su alrededor. Erwann sintió la peste de la criatura, y aguantó la respiración lo máximo que pudo para no tener que paladearla y recordarla más de la cuenta. El dragón informe aterrizó en la plaza apoyando sus retorcidas patas y tentáculos sobre el suelo. Segundos después, soltó un horrible alarido tan chirriante como miles de uñas raspando una pizarra a la vez. Se retorció violentamente, y de dentro de él surgieron escalofriantes sonidos que remitían a huesos rompiéndose una y otra vez. La masa informe se comenzó a plegar sobre sí misma, empequeñeciéndose. Al final, su forma se redujo tanto que apenas quedaba un espeso charco de sucio líquido negro palpitante que ocupaba toda la plaza. De ahí, lentamente, surgió una cabeza, seguida de unos hombros, unos brazos, un torso y unas piernas que goteaban abundantemente esa extraña sustancia.

Vorfax había vuelto a su forma humana, si es que se podía llamar de esa manera, porque su cuerpo era una maraña de carne negra que estaba sujeta con piezas sueltas de armaduras antiguas. Donde otros tenían rasgos distintivos, Vorfax tenía detalles desagradables: de su pecho colgaba una red de pesca que mantenía sus tripas dentro de su abdomen, su brazo derecho estaba rodeado por una serpenteante cuerda de marinero que apretaba músculos y tendones, su brazo izquierdo se agitaba como una gelatina blanda y pegajosa sin hueso, y sus piernas tenían decenas de hebillas metálicas entrelazadas con su propia carne.

—¿Se puede saber qué coño es eso? —masculló.

—Vorfax, el llamado Monarca del Carbón, fue uno de los reyes del Valle Hendido —respondió Witts—. Y de los más crueles, he de añadir. Gobernó la oscura capital

subterránea de Vides, bajo la superficie aún contaminada con los restos mágicos de la Gran Batalla del Alba, pero su reinado no fue muy agradable. Sus propios hijos, cansados de sus desvaríos y sádicas torturas, se rebelaron contra él y le hicieron pasar la Prueba de Fe para que se volviese un hombre piadoso y temeroso de los dioses, pero pronto decidieron que estaba mejor enterrado que reinando sobre su Trono de Estalagmitas.

—Viendo su aspecto, yo también le hubiera dejado enterrado...

—Él era un humano corriente cuando fue traicionado, pero no se escuchó ni un solo grito saliendo del agujero donde le encerraron, ni una sola súplica... dicen que el rey, ya transformado en un poderoso mago, brotó de la misma tierra siglos después en forma de un charco negro y maloliente de brea espesa, y que tomó forma humana de nuevo para vengarse de su propia descendencia, ahogándolos a todos en ese líquido espeso del que estaba compuesto. Aunque hay otra teoría.

—¿Cuál?

—Que esa forma vagamente humana que contemplas no sea más que un disfraz de la abominación que has visto volar. Que lo que brotó de la tierra no fue el propio Vorfax, sino su odio incontenible, su propia ansia de venganza y muerte.

Lo peor y más asqueroso de todo su ser era, sin duda, su rostro. No tenía boca, sino dientes amarillentos que crecían aleatoriamente sobre su barbilla y bajo su ausente nariz, y su cabeza estaba coronada por extrañas puntas de metal que salían de su sien izquierda, formando una irregular corona grotesca. Erwann no pudo evitar fijarse en sus ojos; eran dos enormes perlas blancas como la leche, sin párpado alguno que reflejase un estado de ánimo o intención alguna. Vorfax parecía mirar sin mirar.

Cutter salió del edificio y pasó junto a la cabeza de su padre muerto. La apartó de una pequeña patada cargada de rabia y se acercó a su lugarteniente.

—Vorfax... creía que te había ordenado vigilar La Quijada. ¿Qué haces aquí?

—*No vas a creer lo que ha ocurrido en Sotomonte, Profeta* —dijo el mago dragón con una voz gutural.

—He tenido un día lleno de sorpresas —dijo Cutter—. Habla. ¿Ha entrado Gilman en razón y me ha entregado las llaves de su reino?

—*No... más bien todo lo contrario. Me he enfrentado a un maldito ejército a las puertas de la ciudad.*

—Vaya... no esperaba que la niñata de Darea tuviese el valor de volver a casa con su ejército de señoritos. Supongo que habrás aplastado su patética rebelión.

—*No hablo de las fuerzas de La Quijada: hablo de un contingente extranjero que ha pisado Ismer. Miles de humanos como nosotros. Un ejército que viene del otro lado del mar.*

—Dioses... —Kartarkus se quedó blanco como una sábana.

—¡¡Estúpido Gilman!! ¡Ya sabía que tramaba algo! —Cutter se mordió el labio con saña—. ¡¡Ese viejo patético ha jugado sucio otra vez!! No puedo creer que se

haya atrevido a convocar a ordannenses para que le ayuden. ¡Es un sacrilegio que pisen nuestras tierras! ¡Sus súbditos jamás le perdonarán una ofensa tan grande, por muy rey que sea!

—*Ya no hay nada que perdonar, porque Gilman ha dejado de respirar para siempre. Los propios extranjeros le hirieron de muerte, aunque yo rematé el trabajo antes de que hablase demasiado de nosotros.*

—No esperaría menos de unos sucios traidores del otro lado del mar —dijo Kartarkus—. Hadrien... ¿es que no lo ves? ¡Él es uno de ellos! —señaló a Erwann acusadoramente.

—¡Eh! Yo no tengo nada que ver con los asuntos de los humanos —se justificó—. Soy un elfo, ¿lo veis? Y solamente he venido para ganar dinero.

—Nadie recorre medio mundo para acabar en una tierra donde no será bien recibido, por mucho dinero que desee —el Arzobispo le miró con rabia—. ¿Es que no lo ves, Hadrien? ¡El elfo esconde algo!

Erwann hubiera jurado que Vorfax sonrió de una manera macabra al verle por primera vez. Cutter, pensativo, le escudriñó de nuevo con la mirada, decidiendo su destino.

—Si tan humanos eran, ¿por qué no has traído las cabezas de esos extranjeros, Vorfax? Era tu deber vigilar La Quijada, y tus Salamandras...

—*Las he perdido todas. Todo mi nido... volatilizado en un segundo. Toda mi fiel progenie ha ardido por culpa de los trucos baratos de esos infieles.*

—¿Todas? ¡¡Incompetente!! —gritó Cutter—. Contaba con ellas para intimidar a Puerta Roja... esa ciudad es casi inexpugnable, y la ventaja aérea hacía que nos temiesen más de la cuenta. ¡¡Bastantes problemas tengo ya en mi maldita cabeza!! ¡¡Deberías haberles ahogado a todos con tus propias manos!!

Vorfax alzó su mano derecha. Le faltaban varios dedos, si es que se podían llamar así.

—*Me hubiera gustado, pero hay un Sueño de Verdugo entre ellos.*

El rostro de Cutter se iluminó.

—¿Es el que...?

—*No, es la espada. Y eso no es lo único que deberías saber.*

Vorfax señaló los restos del charco de brea que cubría la plaza. Entre la suciedad, una figura antaño blanca yacía en el suelo, muerta. Era una mujer bellísima, pero su cuerpo estaba lleno de agujeros, destrozado por completo, bañado en ese líquido negro y pegajoso. Selinde se estremeció al verlo.

—Una... elfa —dijo Cutter.

—*Sí... al parecer, por muy humanos que sean, los elfos están con ellos. Quizá ella tenga algo que ver con el robo. Quizá esta invasión tenga algo que ver. Quizá él tenga algo que ver.*

Señaló a Erwann.

—Tienes mucho que contarnos, mi nuevo amigo, porque parece que no has



venido solo a nuestra tierra. —Cutter le miró con suspicacia—. Ponedle de nuevo los grilletes, y esta vez, aseguraos de que estén bien prietos.

—Esperad... dejad que explique... —Antes de que pudiera dar un paso, Horgen le apesó con sus enormes manazas.

Los guardias le rodearon. Cutter se dio la vuelta y se marchó sin escucharle, seguido por Horgen y Vorfax. Witts ni siquiera se atrevió a mirarle. Kartarkus, en cambio, se acercó y le regaló una sonrisa maléfica.

—No conseguirás inculparme de nada, alimaña —le advirtió al Arzobispo—. Tortúrame si quieres, pero no vas a conseguir librarte de mí tan fácilmente.

—Siempre hay otras opciones. —Kartarkus miró al cuerpo inerte de la elfa.

Selinde negó con la cabeza, aterrorizada.

—No, no puede ser. Está rota y ha pasado demasiado tiempo —la muchacha se arrodilló frente al cadáver y acarició su antaño bello rostro con ternura y lástima—. Está rota. Está rota.

—A estas alturas ya deberías saber que los poderes del Profeta todo lo pueden, chiquilla.

## Un desayuno indigesto

**E**L café sabía a una mezcla turbia entre agua de cañería y un batido de algas resacas. Arnam tomó un sorbo más, por si su paladar aún dormido le había engañado vilmente, pero el resultado fue aún peor. Sin duda, era uno de los peores brebajes que había probado en su vida. Agarró el bote amarillo, escudriñando la etiqueta en busca de la fecha de caducidad, y descubrió que estaba marcado con un sello de producto autóctono de las Islas Salvajes. «Asqueroso, como todo lo que brota de esta tierra baldía», pensó con tristeza.

Se sintió mal por denostar un producto casero, así que echó otro trago a ese líquido desagradable e intentó disfrutarlo a la fuerza, pero le supo aún peor y buscó rápidamente el fregadero para escupirlo. Para su sorpresa, le costó un momento adivinar dónde estaba el sumidero, y se dio cuenta del poco tiempo que había pasado en su nueva casa desde que se mudaron. Se sentía un extraño en su propia cocina; la visitaba siempre de noche, a oscuras, cuando su apetito de orco le revolvió el estómago y le obligaba a saquear la despensa a horas intempestivas, pero antes de que la luz entrase por sus ventanas, ya solía estar lejos de casa, trabajando para levantar su pueblo. Quizá debería salir de su despacho un poco antes para pasar más tiempo entre esas cuatro paredes que tan poco familiares le resultaban.

Lanzó el bote de café a la basura con cierto pesar. Bebió a morro del cartón de zumo de naranja para poder enjuagarse, pero ya era demasiado tarde: la boca le sabría a rayos durante el resto del día. Abrió el periódico, dispuesto a leer la sección de economía internacional, pero estaba tan irritado que lanzó el suplemento a la mesa.

—Este café es horrible. ¿Dónde hace la compra Yamla? ¡Yamla, Yamla! —la llamó a voces desde la mesa—. ¿Estás ahí? Esta mujer siempre está desaparecida... Sary, cariño, ¿dónde se ha metido Yamla? —le preguntó a su hija somnolienta, que desayunaba unas tostadas frente a él.

—Es su día libre —bostezó sin mucho interés—. Hoy es domingo, ¿recuerdas? —Sary, aún enfundada en su pijama, estaba molesta por algo. Tenía el pelo revuelto y peinado hacia delante, ocultándole parte del rostro. Arnam sabía que se lo colocaba de esa manera cuando no quería saber nada de él—. Hoy no tenemos criada, así que yo he preparado el desayuno.

—No es una criada, hija —le corrigió rápidamente—. No uses esa palabra, porque suena a esclava o algo peor. Es una asistente, y le pagamos bien por hacer sus labores.

—Bien, pues hoy no tenemos «asistente». Probablemente no te hayas dado cuenta de ese detalle porque es el primer domingo en el que no te escapas de casa a las cinco de la mañana para ir a trabajar —la muchacha clavó el cuchillo en la tostada de su plato y la partió en dos con especial saña.

—Lo siento, pequeña. Sé... sé que... —Arnám titubeó. No sabía muy bien qué

decir, algo que casi nunca le pasaba cuando improvisaba discursos ante miles de oyentes. Con ella era distinto, infinitamente más complicado—. Cariño, sé que he estado ausente durante los últimos meses, pero han sido tiempos muy duros que no se repetirán; lo prometo. El pueblo orco tiene todas sus esperanzas puestas en mí, y una nación no se monta de la noche a la mañana, como habrás podido comprobar. Hoy... hoy puedo ir al despacho después de comer, así que tenemos toda la mañana para nosotros. ¿Te apetece hacer algo, pequeña?

—¿Hacer qué? —Sary mordisqueó la tostada sin ganas—. ¿Visitar las montañas del norte plagadas de matojos secos y cortantes?, ¿o las playas del sur llenas de horribles escorpiones topo?, ¿o los bosques de pinos secos invadidos por enormes insectos venenosos?, ¿o los prados altos donde habitan las serpientes cornudas? Todo parece estar diseñado para hacerme la vida imposible. No me gusta este lugar. Es asqueroso.

—No digas eso, cariño. Las Islas Salvajes son un parque natural único, y cuentan con uno de los ecosistemas más puros e inalterados que existen en el planeta. Hay cientos de especies extrañas que no encontrarías en ningún lugar del mundo.

—¡Oh, sí! ¡Animales preciosos! Podríamos ir a ver esas horribles iguanas que sudan sangre, o visitar los nidos de esas asquerosas avispa de treinta centímetros que rondan por cada rincón. No me apetece ver bichos asquerosos, Arnam.

Desde que llegaron, Sary había dejado de llamarle «papá», cosa que le dolía más que cualquier crítica mordaz en las portadas de los periódicos.

—Este sitio es una mierda. ¡Una mierda! —sollozó.

Tuvo que admitir para sí mismo que las islas eran un lugar poco agradable en el que vivir, por muy suyas que fuesen, y más después de haber probado las mieles de la dulce cultura aristocrática de Tres Mares. En su nuevo hogar apenas se podían encontrar prados o bosques, y los pocos que existían estaban plagados de árboles medio muertos y de incómodas plantas plagadas de pinchos urticantes que se clavaban en las rodillas. Para rematar el hosco paisaje que la tierra regalaba a sus moradores, prácticamente todo el suelo que se extendía bajo ellos estaba cubierto de pequeñas piedras volcánicas que teñían los zapatos de un negro sucio que no salía con nada. La cadena de volcanes que dio lugar al archipiélago había permanecido dormida plácidamente desde que emergió, pero la firma de su furia seguía presente en cada palmo del lugar, pintando el paisaje de colores apagados y deprimentes.

Enormes eriales rocosos, montañas pintadas de un marrón pálido, costas pedregosas plagadas de acantilados... todo parecía tan hostil como la propia cultura orca. Las desagradables vistas, unidas a un constante clima de gran humedad, eran los ingredientes perfectos para la depresión, así que en cierto modo comprendió las palabras de su hija más de lo que jamás hubiera admitido. Hizo de tripas corazón, respiró hondo, y trató de buscar las palabras adecuadas.

—Oye, Sary, cariño, sé que esto no ha sido fácil para ti —le dijo con toda la amabilidad que pudo reunir—. Sé que teníamos una vida en Tres Mares, y mudarnos

aquí de la noche a la mañana no debe de haber sido fácil para ti, lo comprendo. Tienes que entender que mi gente me eligió como jefe del gobierno provisional, y para velar por los intereses de mi tierra tengo que estar en ella, al menos hasta que mis servicios no sean necesarios.

—Bien. ¿Y cuándo llegará ese momento?

—Bueno... verás... estoy pensando en... presentarme a las elecciones —admitió con prudencia—. Si ocurriese, si me eligiesen presidente, podríamos buscar una manera de que estemos los dos contentos. No sé, algo como pasar un mes al año en Tres Mares. ¿Qué te parece?

—¿¿Presidente?? ¡¡Tienes que estar de coña!! ¿A eso le llamas una solución? —Sary le miró como si no le conociera—. No tuve por qué venir aquí, pero me trajiste de todas formas, y eso que ni siquiera me haces ni puñetero caso. Me podría haber quedado con la tía Ann y Jorf en Brisa Salada —tiró la tostada al plato, asqueada.

—Cariño, tus tíos no tienen por qué cuidar de ti. Te necesito conmigo, a mi lado.

—Se cuidarme solita. Y tú también.

—No son tiempos seguros. Tres Mares es un país en guerra. Estarás más segura conmigo —le intentó convencer.

—¿Me hablas de seguridad? ¿Y qué hay de Jardín Cruzado? ¿Qué hay del país más grande y poderoso del mundo que tenemos aquí al lado, que casualmente nos odia?

—Los elfos nos dieron este territorio, cariño. A regañadientes, pero nos lo dieron. Mientras no nos metamos en problemas, todo irá bien, porque el derecho internacional nos protege. Vivimos en un mundo civilizado, y hemos de demostrar que los orcos también podemos ser seres educados y responsables, dignos de ser respetados. Esa es mi labor... ¿entiendes por qué estamos aquí? —Intentó agarrar su pequeña mano con su gigantesca zarpa, pero ella la retiró antes de que lo consiguiese.

—No, no lo entiendo. —Sary se cruzó de brazos—. No sé qué hago aquí. ¡Joder, casi todos los alumnos de la escuela son orcos, papá! Apenas conozco a seis o siete humanos como yo. Somos los bichos raros entre los bichos aún más raros.

A veces se le olvidaba que su hija no compartía su sangre.

—¿Y qué hay de malo en ello? Creo que tu madre y yo te educamos para no discriminar a nadie por el color de la piel.

—No lo entiendes... no es solo el color de la piel. —Sary se sopló los pelos de la cara, frustrada—. Los chicos orcos nos miran mal, y algunos nos insultan; nos llaman huesos de pollo, rosaditos y cerdos. Me dan miedo. Son brutos, muy grandes y se comportan como animales. Hay peleas todos los días, y cuando pegan a algún humano lo dejan para el arrastre. El otro día casi le arrancan el brazo a un chico. Y no... no me atraen, no me gusta compartir tareas con ellos. Me gustaría conocer a más chicos de mi edad, como hacía en Tres Mares. Hablo de humanos, claro.

—Tu madre no tuvo problemas con las razas cuando se casó conmigo. Mira, cariño, tienes que ser más abierta de mente...

—¡Mi madre se enamoró de un humano antes de que aparecieras tú, un humano como ella! —le interrumpió—. Puede que fuera un cerdo y nos abandonase justo antes de que yo naciese, pero ocurrió así porque era *lo natural*. ¿No lo entiendes? No todos los orcos son tan tolerantes como tú. Sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero necesito estar entre gente de mi... de mi...

—De tu raza. —Arnam suspiró. La raza. Al final, todo se reducía a eso. «Bestia naciste y bestia morirás», pensó con amargura.

—No quería decir eso exactamente. —Sary perdió su mirada a través de la ventana de la cocina.

—Sí lo querías decir, cariño. No pasa nada. Sé que no somos tan atractivos como un elfo o un humano, pero me gusta pensar que bajo esta apariencia de bestias que nos atribuíis hay corazones nobles. Los adolescentes orcos son un poco rudos, pero es algo que está en nuestra genética y contra lo que es difícil luchar. Yo mismo llevo esa sangre cargada de ira por mis venas, y a veces me cuesta controlarla. Entiendo que tú no quieras luchar contra tus instintos, pero tienes que darme un poco de tiempo, cariño —se arrodilló junto a ella con delicadeza. Al lado de su voluminoso perfil, Sary parecía aún más pequeña y desvalida.

—Quiero irme de aquí, papá —comenzó a llorar—. Sé que es importante para ti y todo eso, pero no encajo aquí.

«Encajar. La palabra más importante para un adolescente». Arnam no supo qué decir. ¿Debía renunciar a su hija y mandarla con sus tíos a miles de kilómetros de distancia, lejos de su lado? Tenía miedo de que se acostumbrase a vivir sin él y evitase nombrarlo en su día a día, avergonzada por tener a un padrastro orco. La perdería, seguro. Él deseaba su bienestar por encima de todo, pero también la quería a su lado, dándole fuerzas, sonriéndole, animándole. ¿Estaba comportándose como un egoísta?

Era difícil vivir con alguien tan distinto. Todavía recordaba las caras de los invitados cuando su querida Gaele le llevaba a cenas sociales, o simplemente paseaba por la calle con él de la mano. Sabía que los amigos de ella le preguntaban en privado si se había vuelto loca al enamorarse de un orco. Ella le amaba tal y como era y jamás le pidió que se escondiera en casa, pero no podía evitar pensar que se fijó en él porque tenía el corazón roto y necesitaba a alguien fuerte a su lado.

Arnam prometió cuidarla y respetarla para siempre, hasta que aquella horrible enfermedad se la llevó en aquella mañana fría y gris, dejándole al cuidado de una chiquilla de mofletes rosados que todavía no era consciente de las desgracias de la vida. Aún recordaba cómo Sary trepaba por su espalda cuando tenía cinco años, cómo la aupaba con una sola mano cuando tenía diez, y cómo ella se empezó a avergonzar de ir con él por la calle cuando tenía dieciséis. En ese momento, con dieciocho años, pensaba que se había hecho toda una mujer, pero cuando la veía llorar así, recordaba que aún seguía siendo una chiquilla llena de inseguridades.

—Hablaremos de esto más adelante, cariño —se levantó y le dio un torpe beso en

la frente con sus gruesos labios. Le resultaba difícil besar con aquellos incómodos colmillos asomando por su boca.

—Déjame en paz. —Sary se levantó, se limpió las lágrimas y se marchó al piso de arriba, encerrándose en su habitación.

Arnam se sentó en la cocina, mirando por la ventana. Se habían instalado en elegante chalet construido por Tres Mares a las afueras de la ciudad, cerca de la Colina del Erial. El edificio era un lugar luminoso, armonioso, con paredes pintadas de blanco y decoración minimalista, y con espacio de sobra para una familia numerosa. Era tan amplio que resultaba desproporcionado para esa pequeña pareja de dos.

Si quería ganar las elecciones, pensó que tarde o temprano tendría que criar una familia de pura raza. Los orcos más aperturistas habían visto su romance con Gaelle como una muestra de tolerancia, pero los sectores más patriotas y radicales, que por desgracia no eran pocos, le demandaban que por fin tuviese descendencia de sangre orca. «¿Qué clase de líder sería si no quisiera mezclarme con los míos?», pensó. Sin embargo, no se sentía identificado con los habituales salvajismos primarios de muchos de sus congéneres. «A veces no sé si soy más humano que orco. Menos mal que el espejo me saca de dudas a diario», pensó al darse cuenta de que quería dar la espalda a miles de años de patrimonio cultural.

Dejó un pequeño caos de platos y tazas sucias en el fregadero; estuvo a punto de marcharse, pero entonces recordó de nuevo que era el día libre de Yamla y nadie vendría a limpiar todo ese pequeño desastre hasta el día siguiente. Soltó otro gruñido, se arremangó el pijama de rayas de seda y se puso a fregar con fuerza, intentando recordar cómo se hacía. «¿Cómo he llegado hasta aquí, hasta el momento en el que fregar unos míseros platos me parece una tarea indigna? Todas estas comodidades me nublan la vista, no me dejan ver más allá. Me he vuelto uno de ellos».

Se sintió mal por tener a una asistenta, por vivir en una casa de clase alta mientras su pueblo se hacinaba en chabolas improvisadas. Se sintió frustrado. Por Sary, por los prejuicios que herían en las dos direcciones, por las malas miradas de los unos y los otros, por lo lejana que parecía una convivencia normal entre los orcos y el resto de las especies. «No pedí nacer con este aspecto amenazador». Se puso tenso, y el plato que estaba frotando se hizo añicos en su mano con una facilidad pasmosa. «La sangre me vuelve a traicionar de nuevo».

Iba a recoger los trozos de la vajilla quebrada, pero el sonido de un teléfono le distrajo. Reconoció el tono al instante: era el móvil del trabajo, y pocas personas le podían llamar por esa línea tan importante. Se limpió las enormes manos peludas con un trapo, se acercó al aparato y descolgó.

—Surchak al habla —dijo mientras miraba el césped amarillento del jardín por la ventana.

—Arnam, amigo, tenemos un problema —le dijo la voz al otro lado de la línea, sin ni siquiera presentarse.

—Wilson. ¿Qué ocurre?

—*Dirás qué no ocurre* —su voz sonaba increíblemente nerviosa y su acento sugería que ya había tomado un par de copas para calentarse—. *Dentro de pocas horas será emitido en las noticias de todas las cadenas de Ordann, pero te voy a adelantar los acontecimientos en exclusiva. ¿Recuerdas que la invasión seguía el ritmo previsto?*

—Sí, claro —respondió con un creciente temor.

—*Pues todo se ha ido a la mierda en un instante. A la mierda.*

Sintió un escalofrío. Tomó asiento en la mesa de desayuno. «Ahora es cuando alguien lanza mierda al ventilador y comienza el pánico por no ser salpicado», pensó inmediatamente.

—Continúa, Wilson. Y ni se te ocurra ocultarme algo.

—*Todo iba bien hace unas horas, y los informes que provenían del frente no podían ser más positivos. La Punta de Invasión avanzaba sin encontrar resistencia. El ejército del Triunvirato estaba aparcado a las puertas de Sotomonte, listo para acabar con Gilman y sus tropas, que se encontraban rezando por esa estúpida Ofrenda de Verano.*

—Wilson, me dijiste que los Mariscales te habían asegurado que acabarían con la guerra de un golpe. ¿Qué ha pasado? ¿Era una trampa?

—*No lo sé. No tengo ni idea.*

—¿Qué? ¡Tu trabajo es saber cosas! ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? — Los dedos de Arnam se cerraron furiosos, a punto de aplastar el pequeño teléfono.

—*Pues que no lo sé, joder* —le respondió el humano con nerviosismo—. *No tengo ni idea de cómo habrá ido la batalla, porque hemos perdido todo contacto con ellos. Todo. No hay manera de establecer comunicaciones; la radio no funciona, y los satélites no pueden adentrarse en el anillo de sedimentos del planeta.*

—¿Qué? ¿Qué ocurre? Explícate.

—*Un maldito huracán tan grande como la mitad de La Quijada es lo que ocurre, Arnam. El servicio meteorológico global ha detectado la formación de un ciclón de categoría cinco que tiene su ojo en mitad de la Isla Pleamar, cerca de donde toda nuestra maldita flota está esperando. Un jodido huracán de una violencia increíble se ha tragado toda la costa y parte del interior del país.*

—No me lo puedo creer. —Arnám respiró hondo y contó hasta cinco—. Cálmate, Wilson, no es el fin del mundo. Nuestros chicos no son estúpidos; aunque no podamos comunicarnos con ellos, saben muy bien lo que hay que hacer en estas situaciones extremas. Estoy seguro de que tomarán refugio antes de que la cosa vaya a peor.

—*No, no lo entiendes.* —Wilson parecía irritado por su incapacidad para entender pero, como siempre, el asambleísta de Tres Mares jugaba con mucha más información que él—. *Esto no es cualquier cosa para la que estén preparados: esto es la tormenta del siglo. ¡La tormenta del milenio, más bien! Nadie había visto nada*

*igual aparecer tan rápido. Se ha formado en un tiempo récord, sin avisar ni dar la más mínima pista sobre su nacimiento, y ha desafiado todas nuestras previsiones meteorológicas. Las últimas estimaciones que nos llegaron indican que mide más de 1.931 kilómetros de diámetro. Arnam, ¡1.931 kilómetros! Dicen que es un huracán único en el mundo, con vientos de casi 300 kilómetros por hora en la costa, y es posible que se esté moviendo lentamente hacia el interior de La Quijada, en dirección a nuestras tropas, justo donde está aparcado nuestro maldito ejército al completo. Si sigue así, estamos perdidos.*

—Espera, espera. —Arnam se sentía incómodo hablando de esos temas en su propia cocina, vestido con su pijama—. Teníais barcos de apoyo situados sobre el mar para establecer las comunicaciones transoceánicas. ¿Han sido afectados por la tormenta?

—Los más cercanos a Ordann no, pero cuando llamamos más lejos, solamente captamos un ruido sucio. Esa es la peor señal de todas, que la tormenta está bloqueando de alguna manera cualquier tipo de contacto en varios cientos de kilómetros de la redonda, como si su sola presencia distorsionase la realidad. No podemos contactar con la costa de Ismer. Algo lo impide.

—¿Qué estás insinuando? —Arnam sabía la respuesta, pero tenía miedo de lanzarla al aire.

—Vamos, Arnam, lo sabes. No somos idiotas. Ningún fenómeno natural se comporta de esa manera tan súbita, violenta e inoportuna, y menos bloquea comunicaciones con su presencia. Las primeras lecturas lo confirman: esa tormenta no es de origen natural. Es de origen mágico. Una Magia tan fuerte que parece superar lo ocurrido en Puerto del Duque.

—Dioses —se frotó los ojos, alucinado—. ¡Wilson, cerdo traidor, me dijiste que los magos no serían un problema en esta invasión!

—Eso creía, pero no ha sido así —respondió con un marcado tono hostil—. Esto se escapa de nuestras manos. Nuestros expertos dicen que el huracán perderá intensidad al tomar tierra, pero no sabemos si la Punta de Invasión está al corriente de lo que se les puede echar encima.

—Entonces no nos queda otra opción que esperar —concluyó, apretando los puños—. Hasta que la tormenta pase, no podremos hacer nada por ellos, así que cálmate de una vez.

—No podemos permitirnos el lujo de esperar. En cuanto la Ventana de Verano se cierre y el Océano Inquieto vuelva a despertar, no podremos hacer nada por sacarlos de allí hasta el año que viene. ¡Tenemos a prácticamente a todo el ejército de la Coalición Humana allí! Aquí no nos quedan más que las sobras. Además... hay otro problema mucho más inquietante y urgente, si es que es posible.

El asambleísta humano sonaba más nervioso que nunca. Le escuchó tragar un lingotazo al otro lado de la línea.

—¿De qué hablas? —No se podía imaginar nada peor. O quizá sí.



—Los elfos.

Se quedó paralizado.

—Habla —se limitó a decir, incapaz siquiera de pestañear.

—*El asambleísta Arheil Grava ha abandonado Tres Mares, y los elfos de las embajadas de todas las naciones humanas y enanas se retiraron anoche en vuelos privados sin ni siquiera avisarnos. Oficialmente, los gobiernos élficos han cesado todo contacto diplomático unilateralmente, sin previo aviso.*

—¿Por qué?

—*Ya escuchaste a Grava la última vez, Arnam. Sabes que odian la Magia y que desean eliminarla de la faz de la tierra para evitar sus consecuencias antinaturales. Esta brutal tormenta les ha dado el último empujón que necesitaban para romper relaciones con todos los países pro-Magia, y nosotros estamos en la lista.*

—¿Cómo es posible? —Se estiró la piel del rostro con sus zarpas, intentando espabilarse—. ¡Si el huracán apenas acaba de formarse! ¿Cómo lo saben con certeza, Wilson? Es demasiado pronto como para sacar conclusiones de ningún tipo. ¡¡Su aparición no es culpa nuestra!!

—*Ya sabes que para ellos el perro que muerde y el hombre que le azuza con un palo son igual de culpables. Los elfos son astutos: lo estaban planeando desde hace tiempo. Solamente necesitaban una excusa, y se la acabamos de poner sobre la mesa.*

—Dioses. No podemos jugar con una cultura tan peligrosa, Wilson. ¡Ya te lo advertí, joder! ¡¡Ve a verles y discúlpate!!

—*Me temo que ya es demasiado tarde, amigo mío.*

—¿Qué? Explícate...

—*Hace cincuenta minutos hemos recibido un aviso de la flota de observadores del Océano Desierto: Tierra Descalza acaba de movilizar a toda su flota, y no precisamente para disfrutar de un apacible día de pesca. Han avistado buques militares cargados de tropas navegando por mar abierto.*

—No... no... dime que van al este, a Ismer. Dímelo.

—*Arnarn, han zarpado hacia el oeste.* —Wilson hizo una pausa—. *Viajan en tu dirección, y no es difícil adivinar por qué. Van a por vosotros, a por las Islas Salvajes. Tenéis que escapar de ahí, amigo, y cuanto antes. En menos de un día estarán desembarcando en vuestras playas, y si van a atacaros frente a la Costa de Hierro, quiere decir que sus primos de Jardín Cruzado lo permiten y lo aprueban.*

—Pero... los orcos y los humanos trabajamos juntos...

—*Eso es lo más grave. Saben perfectamente que nosotros somos vuestros aliados y que atacaros significa declarar la guerra a la Coalición Humana del Norte, como mínimo. Y si nos agreden a nosotros, declaran la guerra a todas las naciones aliadas enanas y humanas que nos rodean.*

—E... eso sería... —balbuceó.

—*Una guerra mundial, Arnarn, una maldita guerra mundial con todas las letras. De momento solamente estamos especulando, pero me están llegando informes que*

*afirman que Jardín Cruzado está movilizando miles de tropas en la frontera oeste del país. Eso solamente significa una cosa: van a invadir Oniix, y cuando acaben con ellos, avanzarán hacia el Cinturón de Naciones Enanas como una fuerza imparable. Después de hacer caer a los enanos, vendrán a por nosotros, para castigarnos por nuestra soberbia, tal y como nos advirtió Grava. Van a entrar en guerra contra medio mundo, Arnam, y lo peor de todo es que tienen efectivos y medios para conseguir ponernos contra las cuerdas. Y mientras tanto, nuestros ejércitos, nuestra única arma de disuasión, están perdidos en la otra esquina del mundo, a punto de ser devorados por la mayor tormenta huracanada de la historia. Estamos jodidos, muy jodidos. Los dos.*

—No, no puede ser —se sintió mareado, confuso. Sentía la irrefrenable tentación de aplastar algo—. Wilson, no se te ocurra dejarnos aquí sin protección. ¡Ni siquiera tenemos ejército propio! Nuestros mejores orcos están librando vuestra guerra, muriendo por vosotros en Ismer. ¡Tenéis que venir a ayudarnos! ¡¡Nos lo prometisteis!!

—*Papel mojado, amigo, papel mojado. Nosotros estamos en alerta roja y necesitamos planear una defensa coordinada con el resto de naciones, pero en este momento apenas tenemos suficientes tropas para sentirnos seguros. El reclutamiento de civiles es una opción que está encima de la mesa. No esperes ayuda por nuestra parte, porque no llegará. Estáis a medio mundo de distancia, y siento decirte que estáis completamente solos. Seguiremos en contacto en la medida de lo posible, pero de momento te aconsejo que salgas del país y evacúes al máximo de gente posible.*

—Es imposible evacuar a todos... ¿¿A dónde quieres que vayamos, gilipollas?? —estalló—. ¡¡Tenemos elfos que quieren vernos muertos al este y al oeste!! ¡¡Tienes que hacer algo, jodido traidor cobarde!! —El aire no le llegaba a los pulmones y soltaba las palabras con dificultad. Era difícil provocar un ataque de pánico a un orco, pero las palabras de Wilson lo habían conseguido.

—*Rezaré por ti, porque poco más puedo hacer. Buena suerte, Arnam. Adiós, amigo.*

—¡¡Maldito puerco manipulador!! ¡¡Tú provocaste esto!! ¡¡Me prometiste que nos defenderíais!! —gritó con furia, pero el pitido sordo indicó que no quedaba nadie al otro lado de la línea para escucharle.

La cocina quedó más en silencio que nunca. La cabeza de Arnam daba vueltas y se retorció inquieta, con miles de pensamientos rebotando contra las paredes de su cerebro como moscas tropezándose contra un cristal. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado esa rocambolesca sucesión de acontecimientos que le llevarían a la ruina. De repente, el regalo de las Islas Salvajes se reveló como una manzana envenenada desde el primer momento. Recordó la indiferencia de Arheil Grava el día de la votación. Todo había sido una trampa, y él había contribuido con su inocencia, dejándose seducir por una ilusión de poder.

Tiró el frasco de café contra la pared y gritó con todas sus fuerzas. Si hubiera

tenido a Wilson delante, le hubiera arrancado el corazón de un zarpazo.

Sary bajó las escaleras, alarmada.

—¿Qué pasa, papá? —gimió—. Me has asustado.

—Cariño, haz la maleta. Vas a volar lejos de aquí, ahora mismo. Coge lo imprescindible. No, olvídalo: déjalo todo. Simplemente vístete y espera en la puerta de casa.

—Papá... no hace falta que te pongas así —sollozó aterrorizada—. Yo... bueno, podría intentarlo, podría acostumbrarme a vivir aquí.

—No, no lo entiendes, hija mía; estás en peligro. —Arnam se acercó a la escalera y la agarró por los hombros con toda la dulzura que pudo—. Tenías razón, tenías razón desde el principio: este no es un lugar seguro. Qué equivocado estaba; qué necio fui —negó con la cabeza—. Tienes que irte de aquí. Voy a llevarte al aeropuerto, y vas a salir en el primer vuelo a Brezo, para ir a casa de tu tía Alma. Quizá no lleguen tan al sur. Ella cuidará de ti.

—Creía que habías dicho que debíamos quedarnos y...

—He dicho muchas cosas, cariño, y algunas de ellas me han conducido a la ruina. No solo a mí, a todos nosotros —suspiró—. Vamos, pequeña, vístete. No tardes.

—¿Y tú? ¿No vienes conmigo? —Sary comenzó a llorar de nuevo, asustada hasta la médula.

—Yo me quedo, hija. Tengo un pueblo que defender, aunque me deje la vida en ello.

## Piedras del pasado

**L**A columna de tropas avanzaba por los precarios senderos de montaña bajo el suave resplandor del anillo de Gevangenís, que cortaba la piscina oscura del firmamento en dos. Los prados a su alrededor dormían plácidamente, manchados de pequeños lagos ocultos tras concentraciones de juncos, depredadores inmóviles que esperaban que algún viajero adormilado se adentrara en ellos para ahogarle sin emitir sonido alguno.

—No es muy prudente viajar de noche —dijo Erwann al darse cuenta de que su caballo, a pesar de guiarse por la luz de las antorchas que serpenteaban frente a él, tropezaba constantemente contra las piedras del sendero.

—No sé qué planea hacer el Profeta, pero tiene prisa —le respondió Witts, montado en un pequeño burro de patas cortas—. La aparición de tus amigos al este le ha puesto nervioso.

—Ya os he dicho mil veces que no son mis amigos —se quejó—. Además, ellos no tienen ningún interés en avanzar al oeste. Son enemigos de La Quijada, no vuestros. Creo que deberíais tenerlo en cuenta antes de hacer una tontería.

—Si pisan Ismer, son enemigos de todo Ismer.

Los árboles de los bosques colindantes tenían sus troncos llenos de agujeros que le recordaban a bocas oscuras incapaces de hablar, y sus frondosas ramas arañaban el firmamento de una manera tan retorcida que parecían rogar por algún perdón divino. Ni grillos, ni cigarras, ni aves nocturnas: la naturaleza solamente emitía un silencio sepulcral que dejaba todo el protagonismo al discreto paso de los caballos.

—Me podrías decir a dónde vamos, al menos. —Erwann suspiró. Las cadenas que le ataban a la silla del caballo tintineaban debido a sus temblores.

—A Puerta Roja, la capital de Vía Escarlata, a continuar las negociaciones. Gran parte del Brazo Norte de nuestro Ejército Enfermo está acampado a las puertas de la ciudad, esperando la vuelta de nuestro señor.

—Sí, supongo que será más fácil negociar con un ejército a las puertas de la casa de tu contrincante...

—La diplomacia puede ser complicada en ocasiones.

—Ya más bien diría que es aplastantemente simple en este caso... ¿Cómo es esa Reina Escarlata de la que todos hablan?

—¡Si yo supiera! Apenas se muestra en público, y cuando lo hace, aparece oculta tras una máscara de porcelana de la diosa Gyda. Los rumores dicen que sobrevivió a la Peste de las Virutas y quedó horriblemente deformada. Desde entonces, el gobernador Artticus toma la mayoría de decisiones del reino, pero ese vejstorio es un hueso duro de roer.

—No esperéis una cálida bienvenida. Quizá cosan a vuestro amado líder a flechazos ahora que las Salamandras de Vorfax no están para aterrorizarles.

—No importa, porque nuestro Profeta no puede morir...

Witts soltó la coletilla sin pensar. Después, hundió la barbilla en su papada. No debía ser fácil para él. Le sorprendía lo tercamente fiel que podía llegar a ser, incluso habiendo contemplado la verdad con sus propios ojos. Había pasado de alabar al «Profeta» a alabar «la causa», que era un concepto mucho más abstracto y difícil de hacer pedazos.

—¿Puedes aflojarme las cadenas, al menos? —Erwann las hizo sonar—. Si el caballo se acaba despeñando no quiero irme a la mierda con él.

—Espero que esta vez estén bien prietas.

—Lo están —se quejó—. Oye... ¿y qué hay de esa Hierba Roja de la que hablamos? Vamos, Witts... por lo menos yo pronuncio bien tu nombre.

—No.

—¡Mula terca! —le gritó con desprecio. Perder la compostura no era propio de él, pero estaba desesperado—. ¿No podríamos parar un mísero momento a refrescarnos la cara? ¡La Puerta Roja no se va a mover de donde esté!

—Hay otros motivos para nuestra premura —admitió el sacerdote—. Estamos pasando cerca de la frontera de Laudan, y nadie en su sano juicio se detendría cerca de estos bosques. Es un reino maldito y olvidado por un buen motivo.

Erwann miró al norte. Tras la primera fila de redondeadas montañas, una curiosa niebla velaba el paisaje nocturno, impidiendo saciar su curiosidad. La tenue luz del firmamento le daba un aspecto aún más macabro y misterioso a sus formas perezosas y esponjosas.

—Parece un lugar acogedor —bromeó.

—Los que se adentraron más al norte, dentro de esa niebla que nunca desaparece del todo, cuentan historias terribles. —Witts se estremeció como un niño asustado y murmuró una oración—. Historias sobre entes blanquecinos que vagan por los bosques.

—Ya, claro —bufó, escéptico como siempre.

—Son los fantasmas de mujeres laudanas, almas inocentes asesinadas brutalmente, aún vestidas con sus trajes ceremoniales, flotando sobre la maleza y llorando desconsoladamente. Dicen que llevan a sus bebés muertos en el regazo, envueltos en un paño, y que roban el alma a aquellos que osan mirarlas, dándosela como alimento a sus infantes inertes en un inútil intento por insuflarles vida de nuevo. Los niños devoran las esencias vitales robadas, pero nunca abren los ojos, quizá porque la muerte es más apacible que la vida. Dicen que antes de vaciar a sus víctimas, las madres hacen sonar unas pequeñas campanillas que cuelgan de sus vestidos, y cada vez que resuenan en lo más profundo del bosque, se sabe que uno más ha caído. Las llaman Plañideras.

—Dicen, dicen, dicen —resopló—. Eres demasiado crédulo, Witts.

—Si hubieras visto los rostros de profundo terror de los pocos supervivientes que volvieron de allí, no bromearías tanto. Laudan es un lugar retorcido.

—¿Qué pasó con los laudanos? Es raro que sea el único reino ismerense que está desierto al sur de los Reinos Muertos. ¿Por qué desaparecieron?

—Por su soberbia.

—Ya... oye, ¿y qué hay más allá de Laudan? En los Reinos Muertos del Norte... hay muchas tierras inexploradas allí arriba, y son casi tan grandes como el conjunto de vuestras tierras habitadas. Es raro que no las explotéis.

—Nadie va al norte —el sacerdote frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Hay cosas aún más horribles allí, durmiendo entre las ruinas de innumerables imperios olvidados. Cosas que condenan a aquellos que perturban la paz eterna de sus piedras, a aquellos que osan tomar lo que no es suyo. Dicen... dicen que esos seres sin mente visten los rostros de sus víctimas, que se colocan la carne desgarrada a modo de un disfraz macabro.

—¿Para qué harían algo tan desagradable?

—Para parecer humanos a los ojos de los demás, pero sus disfraces son tan toscos que solamente infunden terror en las víctimas. Dicen que, a pesar de que sus disfraces de carne se pudren lentamente, imitan los gestos de los humanos de una manera retorcida. No tienen voz, pero saludan con sus finas manos, e incluso alguno puede hacer una reverencia antes de matarte, como si supiera lo que significa. Si robas algo de los Reinos Muertos, lo pagarás.

—¿Quién querría robar algo de las ruinas de imperios llenos de polvo?

—Esas criaturas saben cómo tentar hasta el más puro de los corazones, y muchos reyes y bandidos han encontrado la ruina en el norte al coger lo que no es suyo. Espero que ahora entiendas por qué no queremos pisar nada que esté más allá de la frontera de Laudan.

—Si tanto miedo tenéis, ¿por qué nos hemos desviado para pasar por la frontera? Podíamos haber tomado el camino recto a Puerta Roja.

—Hay un lugar muy especial cerca de aquí. Un lugar que los Sin Sombra construyeron.

—Los Sin Sombra... cuando hablas de ellos, ¿te refieres a los habitantes de los Reinos Muertos?

—No, los Sin Sombra poblaron el sur del continente mucho antes de que los Settien llegasen a Ismer. No sabemos mucho sobre ellos ni por qué desaparecieron... pero creemos que los Reinos Muertos del Norte ya eran ruinas antiguas cuando ellos caminaron por estas tierras. Creemos que incluso los propios Sin Sombra ya temían viajar al norte.

—Los imperios caen, pero sus peores legados se mantienen firmes —murmuró mientras se masajeaba las sienes.

—De todas maneras, no tengo por qué contarte nada. Esas cadenas te llevarán donde vayamos, te guste o no, así que darte explicaciones es una pérdida de tiempo.

Erwann había pensado en huir, por supuesto, pero ¿a dónde? No llegaría muy

lejos por su cuenta: si el Ejército Enfermo no le daba caza por tierra, Vorfax lo haría por el aire. De repente, echar a correr hacia el norte no le pareció una mala idea, allí donde las supersticiones le protegerían. Sin embargo, sabía que Cutter aún no quería deshacerse de él: el Profeta podía haber utilizado a Horgen o Vorfax para romper su voluntad de maneras inimaginables, pero no lo había hecho. Ni siquiera le habían tocado un pelo. Le quería medianamente sano y salvo, y se imaginaba por qué.

Continuaron su imparable avance. Dos horas después, cuando la noche se había convertido en un panorama aún más oscuro y críptico, Erwann distinguió una gran herida en la imponente montaña solitaria que se alzaba frente a ellos.

—El Gran Cañón de lo Perpetuo —señaló Witts—. Una de las formaciones naturales más reconocibles y antiguas de Ismer.

—Creía que no tenías por qué darme explicaciones —le dijo al contemplar las imponentes paredes de piedra que engullían la fila de antorchas lentamente, iluminándose como la garganta de un volcán.

Las paredes del Gran Cañón de lo Perpetuo debían medir al menos unos doscientos metros de altura, guareciendo al viajero de los vientos y ocultándole la vista de gran parte del firmamento. Aunque su presencia era poderosa, el sendero que el agua había escarbado a lo largo de los milenios era ancho y agradable a la vista, y estaba plagado de grandísimas piedras redondeadas esculpidas por las crecidas otoñales del cauce. En ese momento, un pequeño riachuelo serpenteaba a través de aquellas monótonas ondulaciones de color anaranjado.

—Me parece que tus enigmáticos Sin Sombra poco tuvieron que ver con la creación de esta maravilla de la naturaleza —dijo al sentir el peso del paso de los milenios a su alrededor. Cabalgar a través de esa garganta transmitía una sensación imponente.

—Hay maravillas contra las que la misma naturaleza no puede competir. —Witts sonrió confiado.

La avanzadilla se adentró en el cañón, siguiendo con obediencia sus caprichosas formas durante un par de kilómetros más. Entonces, las paredes que mostraban las finas capas de sedimentos de épocas remotas se abrieron aún más, mostrándole un panorama que le dejó con la boca abierta una vez más. Ismer estaba resultando ser una fuente de constantes sorpresas.

—Joder —murmuró asombrado.

A los lados del cañón, ocupando grandes hendiduras escurbadas en las paredes, se alzaban una docena de estatuas colosales, inabarcables, con sus grotescas posturas dirigidas a lo más oscuro de la noche. Eran cuerpos tan gigantescos que sus cabezas casi lograban desafiar la altura del cañón, y sus amplios pies, que debían sujetar miles de toneladas de piedra maciza, podrían aplastar a una docena de hombres de un pisotón. Si se alzasen, claro.

—Los Siete Perpetuos. —Witts los señaló entusiasmado—. Nueve, si contamos los dos que están en ruinas. Bueno, los llamamos así, pero en realidad no tenemos

mucha idea de quién los esculpió ni qué nombre les puso. Solamente sabemos que ya estaban aquí, acumulando grietas, cuando los reinos antiguos de los Settien eran jóvenes, que ya es decir. Quién sabe cuántos secretos guardarán sus ojos vacíos, y cuántos milenios llevarán inmóviles, expectantes, contemplando a los viajeros que se cuelan bajo sus pies. Simplemente... se mantienen.

Erwann los observó atentamente, pero la luz de los farolillos y las antorchas apenas contagiaba su claridad hasta los tobillos de esos gigantes, así que tuvo que imaginarse cómo serían sus rostros. Bajo el grueso manto nocturno, sus formas oscurecidas se perdían en el firmamento, fusionándose con las estrellas, jugueteando con el infinito. Todos eran distintos, y aunque la mayoría tenía formas humanoides, otros parecían visiones sobrenaturales que no hubiera sabido definir con palabras.

—¿No te da perspectiva este lugar, sacerdote? —dijo con respeto—. Supongo que os hará sentir humildes saber que ya había representaciones de dioses antes de que vosotros os inventaseis los vuestros.

—Blasfemo. —Witts escupió al suelo—. No hay más dioses que los Tres Antiguos: Rongm, Gyda y Yolt. El resto son paparruchadas sin fundamento.

—¿Ah, sí? —Sonrió. Meterse con él le hacía olvidar los temblores por un momento—. ¿Y se puede saber por qué tus fantasiosos Dioses Antiguos son mejores que estas imponentes estatuas de piedra?

—Porque sí, extranjero. ¡No quiero volver a discutir al respecto! ¡Se llama «fe» porque no necesita de pruebas! Y si las necesitas, ¿es que la Magia no es prueba suficiente para ti? ¡Vives entre emisarios divinos!

—Ya... estoy seguro de que los Sin Sombra también pensaron que la Magia era una obra de sus propios dioses. Y dentro de diez mil años, cuando el panorama de Ismer cambie, si aún queda alguien vivo, un nuevo culto se la agenciará también, como siempre hacen las religiones con las cosas fascinantes o incomprensibles.

—Blasfemo... El Profeta ha puesto de su parte a medio Ismer. No lo podría haber hecho si los dioses no hubiesen estado de su parte. Eso demuestra que sus creencias son las correctas.

—Eso demuestra que tu Profeta tiene labia y contactos, nada más. —Erwann suspiró—. Mucha gente suele confundir mayoría con razón, pero el hecho de que mil idiotas crean en algo no les convierte en un ejemplo a seguir.

—Blasfemo...

—¿Tan blasfemo como un farsante que afirma ser un enviado de los dioses? Vamos, sacerdote, si vas a tragarte la verdad con tal de no saborearla, por lo menos invéntate unas buenas excusas.

Witts enmudeció.

Un soldado del ejército del Profeta se acercó a ellos a caballo. Como todos los demás, vestía una armadura negra, pero la suya era aún más humilde, si cabe. La había pintado a mano, pero eso no disimulaba que era poco más que un remiendo hecho con cacerolas de bronce.



—El Profeta quiere verte, extranjero. Ahora mismo —le anunció con desgana antes de dar media vuelta y regresar a la columna.

—Más vale que cuides tu lengua en presencia de mi señor y sus lugartenientes, elfo, o no llegarás vivo a Puerta Roja —le advirtió Witts—. Cuídate especialmente de Vorfax.

—Estoy empezando a creer que te preocupas por mí, sacerdote —dijo mientras espoleaba a su caballo y avanzaba por el cañón.

—Calla, blasfemo —escuchó decir a Witts antes de perderle de vista.

Tras dejar atrás a media docena de antiguas efigies, avanzando junto a esa fila interminable de hombres agotados, se encontró con la comitiva del Profeta. Los hombres de confianza de Cutter reposaban y cocinaban sopas frente a improvisadas hogueras, pero nadie había clavado una tienda en el suelo. No habría tiempo para dormir esa noche.

Le encontró bajo los grandes pies de seis dedos de una de las estatuas oscuras, mirando fijamente una acogedora hoguera con unos cansados ojos que reflejaban el crepitar del fuego. No tenía buen aspecto, y sus manos, extendidas frente a las llamas, temblaban ligeramente, como las suyas. Junto a él estaba ese maldito Arzobispo, susurrándole al oído, como siempre. Un guardia separó sus cadenas del caballo y pudo desmontar.

—¿Lo sabías? —le preguntó Cutter. Ni siquiera le miró a los ojos—. No me mientras, o lo sabré.

Hasta un necio sabría que aquel era el momento de decir la verdad.

—Claro que sí —respondió con sinceridad. Cualquier otra respuesta sería una invitación al suicidio—. ¿Cómo no iba a saberlo? Vine con ellos. Si me hubierais preguntado...

—Lo sabía —gruñó Kartarkus—. ¡Es una rata traidora, Hadrien!

—¡¡Largo, viejo!! —gritó furioso—. Déjanos solos.

—Pero Hadrien, es peligroso...

—Menos mal que no puedo morir, ¿verdad? Largo. ¡¡Largo!!

Kartarkus obedeció a regañadientes y Erwann quedó a solas con el Profeta, parados junto a ese reconfortante fuego. El olor a madera quemada le relajó. Por fin, Cutter le miró a los ojos.

—¿Lo eres, Erwann? Un traidor.

—Si es traición aprovechar las oportunidades, llámame traidor —alzó los hombros—. Los ejércitos de Ordann han venido a invadir La Quijada, y yo les utilicé para colarme en Vía Escarlata. No soy aliado de ellos ni tengo interés alguno en su conquista. Además, sabes que Vorfax solamente encontró a una elfa entre ellos. Los invasores son humanos, tan humanos como vosotros.

Cutter acercó su mano al fuego hasta que el intenso dolor le obligó a apartarla.

—Erwann, no me gustan los mentirosos, ni los traidores, ni los cobardes, pero odio especialmente a los mentirosos.

—Entiendo.

—Entonces, más vale que me digas la verdad. Toda la verdad. Nada de medias tintas.

Era más listo de lo que creía. Debía lanzarle un hueso o nunca se quitaría esos grilletes. Una verdad limpia y resplandeciente.

—No estoy aquí por dinero. Alguien me prometió algo a cambio de ayudarte.

—Ojos de Cristal —dijo Cutter, sorprendiéndole—. Puede ser muy influyente cuando quiere, pero no tiene tanto poder sobre mí como cree. O al menos, como quiere creer.

—¿Le conoces?

—No en persona, pero sí conozco sus maquinaciones a través de sus emisarios. ¡Lo que no sabía es que fuese ordannense! Eso sí, sabía que tarde o temprano intentaría influir en mí de manera más directa, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Así que tú tampoco lo sabes. —Cutter sonrió—. Solamente sé que buscamos el mismo objetivo, y que no es la primera vez que interviene para ayudar a mi causa. Él fue el que consiguió que Kartarkus se fijara en mí, por ejemplo. Le debo mucho, pero eso no hace que confíe en él, porque está claro que es un manipulador nato. Y no me gusta que me manipulen, Erwann. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Me alegra oírlo. ¿Y qué te prometió a cambio de ayudarme?

Erwann se mordió el labio.

—Sé que esto te va a hacer gracia, elfo, pero ahora mismo yo soy lo único que impide que te cuelguen frente a una de estas estatuas. Si ni con esas confías en mí, mal vamos.

—Olvidar —dijo, mirando al fuego—. Me prometió borrar mis recuerdos. Sufro una enfermedad por la que no puedo olvidar ni un solo detalle. Ojos de Cristal me prometió hacer desaparecer todas las cosas horribles que he hecho. Por eso soy el mejor en lo que hago: jamás olvido nada.

—Tiene que ser un don terrible. —Cutter le puso la mano en el hombro.

No pudo evitar sentir que, por una vez, alguien le había comprendido. La mayoría de la gente solía decirle que era afortunado, que el olvido podía ser algo aterrador.

—Nunca hay borrón y cuenta nueva para mí —dijo—. Jamás tendré oportunidad de volver a comenzar nada, y todo forma parte de un gran ciclo que nunca podré cerrar. Es una sensación extraña.

—¿Y por qué no terminar con todo? —Cutter pasó su dedo por la garganta.

—¿La muerte? —Se encogió de hombros—. Porque, a diferencia de ti, no creo en las paparruchadas sobre la vida eterna y los dioses enterrados. Para mí, la muerte es el punto final de mi historia. Y es un punto final aterrador.

Cutter se irguió en silencio, apretando los labios, y Erwann pensó que se había confiado demasiado. Acababa de insultar las creencias del profeta de un culto

intransigente y violento.

Para su sorpresa, las carcajadas de Cutter resonaron entre las paredes del cañón.

—¡Menuda sinceridad! —Le dio una palmada en el hombro—. Eres todo un personaje, amigo Erwann. Me gustas. Estoy rodeado de gente que me trata como a un idiota, que me lame el culo constantemente, y eso me irrita sobremanera. ¡Qué refrescante es tu presencia! Siento que no puedas olvidar, amigo, aunque me alegro de que eso te convierta en un investigador excepcional, porque te voy a necesitar. Yo también debería ser sincero contigo, entonces.

—¿A qué te refieres?

—Verás... no soy un idiota confiado, Erwann, y espero que no pienses que jamás he sospechado de ti. Por supuesto que he sospechado... un extranjero salido de la nada que me entrega la cabeza de mi padre en bandeja... ¡y elfo, para añadir más leña al fuego! Si fui amable contigo, fue para ver si te podía sonsacar algo de información.

—Hablas del famoso robo.

—Sí. ¿Qué sabes?

—Solamente he oído rumores... y bueno, las acusaciones que han lanzado contra mí. Dicen que unos elfos desembarcaron en Los Páramos y os robaron algo valioso.

—Un arma, Erwann, un arma muy valiosa, como dices. Ahora que sé que vienes de parte de Ojos de Cristal, estoy seguro de que no tuviste nada que ver.

—¿Por qué?

—Porque Ojos de Cristal me regaló esa arma, Erwann, y no tenía ningún interés en que me la arrebatasen. Es... poderosa, y la necesito para cumplir un plan. Sin ella voy a tener que sortear algunas complicaciones muy molestas. Nadie sabe a dónde se la llevaron, y cruzar las hostiles costas de Los Páramos ya es suficiente suicidio como para enfrentarse al inmenso Océano Desierto después. Por suerte, parece ser que un Sueño de Verdugo ha desembarcado en las costas de Ismer. ¡Diría que ha sido un regalo de los dioses! ¿Qué sabes del portador de esa espada?

Erwann recordó al hombre que desembarcó en la playa aquel día en el que conoció al pescador.

—Le he visto, pero no te podría decir mucho más.

—Entonces no habrás olvidado su rostro —sonrió—. Me alegro, porque voy a necesitar encontrarle vivo y coleando. Verás, esas armas... son especiales, y sin un portador... bueno, digamos que sirven de poco. Quizá tú puedas ayudarme a encontrar a ese hombre. ¡No me gustaría matarle por error!

—Claro —le respondió.

Cutter se quedó en silencio, mirando a las llamas fijamente. Erwann no pudo evitar mirarle de otra manera. Desde luego, no era como se lo había imaginado.

—¿Cómo es? —le preguntó.

—¿El qué? —El Profeta le miró extrañado.

—Morir.

El gesto de Cutter cambió. Se quedó en silencio un rato, pensativo.

—¿Qué misión concreta tienes, Erwann? —dijo con seriedad—. Ya tengo a mis Nueve Lugartenientes protegiéndome, así que no creo que Ojos de Cristal mandase a su mejor investigador para hacer de guardaespaldas. Quiero saber tu verdadero propósito.

Erwann dudó, pero la sinceridad parecía estar dando sus frutos.

—Tengo que manteneros juntos —dijo—. A ti y a la chica, a Selinde. Al principio no sabía por qué, pero ahora sí. Lo sé.

—¿Qué sabes, amigo?

Respiró hondo. La razón le pedía a gritos que callase, pero sintió cierta lástima por aquel hombre.

—Me temo que te han estado engañando de una manera que no puedes ni imaginar.

Cutter se quedó en silencio de nuevo, hurgando en el alma de Erwann con sus ojos inyectados en sangre. Sonrió suavemente.

—Tu secreto por mi secreto... supongo que ahora estamos en paz.

—Lo sabías —por segunda vez en esa noche, Erwann se quedó con la boca abierta.

—¿El qué? ¿Que no soy un mago? No estoy tan ciego, elfo. Sé bien lo que soy y lo que no soy. Eso no es lo que importa.

—¿Y qué importa?

—Que la gente lo crea.

## El futuro de Ismer

**L**AS manos de Cutter jugaron con las pequeñas ascuas que salpicaba la hoguera. Erwann se apoyó en uno de los pies del gigante de piedra que dormía sobre ellos.

—¿Quién más lo sabe? —le preguntó.

—Kartarkus y Selinde. Nadie más. Ni siquiera mis lugartenientes lo saben. Ni siquiera yo debería saberlo. —Cutter sonrió.

—Estás permitiendo que Kartarkus te utilice.

—¿Quién utiliza a quién? —Alzó los hombros—. Las niñas pequeñas no mueven ejércitos, y Kartarkus lo sabía muy bien cuando nos encontró. Ella... me salvó por piedad. ¡Mi dulce salvación! Mis propios conciudadanos me ahorcaron, Erwann, y yo sentí cómo la vida abandonaba mi cuerpo para siempre. Sentí cómo no volvería a ver otro amanecer.

Cutter ladeó la cabeza y le mostró la apenas perceptible huella de una soga alrededor de su nuez, cruzando la herida ennegrecida que le había hecho su padre.

—Sin embargo, volví a despertar —hizo una pausa—. Y lo primero que vi fue su bello rostro, acariciándome el pelo con ternura. Desde entonces supe que nada nos separaría, que ella sería mi más brillante estrella, guiándome en la noche más oscura. ¡Qué oscura puede llegar a ser la voluntad de los Antiguos, maldita sea! Cuando abrí los ojos, mis vecinos, cegados por sus estúpidas concepciones machistas, pensaron que yo había obrado el milagro, no ella, y se postraron asustados a mis pies. ¡¡Hasta Selinde me lo hizo creer durante un tiempo!! ¿Quién pensaría que una desvalida muchacha era capaz de traer almas de vuelta a través de la Tercera Puerta?

—¿Y por qué no? ¿Por qué no decir la verdad? Puede que no fuese la opción más popular, pero es la correcta.

—Porque yo era un hombre que había vuelto de entre los muertos, y ella una mujer que simplemente sanaba. ¿Quién te impone más respeto? El miedo es una parte fundamental del funcionamiento del Culto, y cuando Kartarkus nos encontró, amenazó a Selinde para que me dejase vivir en una mentira, al menos hasta que se hizo insostenible y descubrí la verdad por mí mismo. Ahora que mi nombre es famoso, ese vejestorio me necesita tanto como yo le necesito a él, porque con la tímida Selinde no conseguiría movilizar ni a la mitad de rudos soldados que necesita para hacerse con el poder absoluto.

—Y esta farsa implica hacerte el tonto delante de Kartarkus, fingiendo ser un necio que cree ser profeta...

—Hacerme el tonto me permite poder ordenar lo que me plazca sin que nadie me rechiste nada, incluso a los mismísimos magos —soltó una carcajada ahogada—. ¿Es que no lo ves, Erwann? ¡Yo, un humano cualquiera, con los mismísimos magos postrados a mis pies!

—Magos que te harían cosas horribles si supiesen la verdad.

—De algo hay que morir. —Cutter alzó los hombros—. Mientras Selinde esté a mi lado, no temo a la muerte. Ella me salvará. Siempre lo hace.

—Los magos... creía que ellos podían olerse entre sí. ¿Cómo es que no se han dado cuenta?

—Yo estoy imbuido por la Magia, amigo Erwann. Selinde me ha traído de vuelta tantas veces que un gran poso de su poder ha quedado estancado en mi interior, un rastro lo suficientemente grande como para que las sospechas no se conviertan en acusaciones. Ella y yo nos hemos vuelto uno. Sé que ellos me miran con extrañeza, sé que no les he engañado del todo, pero están tan obcecados por conseguir el mismo objetivo que yo que callan.

—No es muy noble pretender que Ismer se arrodille ante una mentira.

—Puede que sea una farsa en la forma, pero no en el fondo —sonrió—. Selinde sigue teniendo un poder único e irreplicable, un poder que jamás ha sido heredado por ningún mago, algo tan puro que tiene que ser divino a la fuerza. Yo soy su heraldo, su obra, la cara de su poder hacia sus fieles. ¡No podría ser una elección más adecuada! Ellos no están preparados para la verdad, pero nuestro deber es guiarles, a pesar de todo.

—¿Guiarles hacia dónde?

Cutter se detuvo frente a las llamas. Su silueta se volvió negra como el carbón.

—Hacia los dioses, Erwann, hacia la mismísima divinidad. ¿No es lo mismo que hacen todos los pastores de todas las religiones? La Puerta Enterrada yace en algún lugar de Ismer, paciente, esperando a ser abierta. Y yo, un humilde humano, seré el que la abra para liberar a los Padres encerrados. Los Antiguos no tendrán otro remedio que reconocer mi valía, ¿no te parece? ¡Quizá hasta me otorguen uno de sus sueños y me convierta en un poderoso mago! Quizá, al final de todas las cosas, la mentira se convierta en verdad.

Erwann se masajeó los ojos y suspiró.

—Solamente es una leyenda... lo sabes, ¿verdad? En Ordann tenemos miles de historias parecidas que dejaron de asustar a la gente mucho tiempo atrás.

—¿Y por qué he vuelto a la vida tantas veces, Erwann? —Le agarró de los hombros y le zarandeó—. ¿Por qué los dioses me han concedido tantas oportunidades? Cada vez que vuelvo, más claro lo tengo: me hacen volver porque estoy en lo correcto, porque tengo que buscarles. Tengo que liberarles de su cautiverio eterno.

Sus ojos no parecían naturales. Sus pupilas estaban dilatadas, muy dilatadas, y los vasos sanguíneos de su globo ocular restallaban como rayos rojizos.

—Chorradas —le respondió, cansado de las repetitivas canciones de los fanáticos como él. Aquel comentario le hizo enfadar.

—Chorradas, ¿eh? Pues, dada tu presencia aquí, al otro lado del mundo, parece que Ojos de Cristal no opina lo mismo.

Aquello le dejó sin ninguna réplica. No, no era posible. Ojos de Cristal era un hombre racional, astuto, y no le veía como un fanático religioso interesado en un culto de una tierra perdida. Estaba intentando utilizar a Cutter con otro propósito, pero no estaba seguro de cuál era.

—¿Y para abrir una mísera puerta necesitas conquistar todo Ismer? —le preguntó—. Mucha gente va a morir por tus ansias de grandeza.

—Si supiera dónde está la puerta, la abriría yo mismo, pero Ismer es demasiado grande y las pistas sobre su ubicación son demasiado vagas. Y luego está el problema de la Llave. La verdadera llave —acarició la llave dorada que colgaba en su pecho, entre las placas de la armadura negra—. La que está al norte, en los Reinos Muertos, según se dice.

—Oh, ya veo —sonrió escéptico—. Necesitas un ejército porque temes que los horribles seres sin rostro te arranquen la piel para vestirse de ti. No hay más que ruinas y sombras en el norte, Cutter, sombras que hacen que los temerosos vean cosas que no existen. Eso te lo puedo decir yo sin necesidad de ir hasta allí.

—Nadie va al norte por una buena razón, Erwann. Nadie. Aunque, hasta hace bien poco, nadie volvía de entre los muertos, ¿no?

—Todo esto es una locura —resopló—. ¡Estás poniendo a Ismer al borde de una guerra para poder luchar contra fantasmas y habladurías!

Cutter apretó la mandíbula, mirándole fijamente. Un momento después, sacó otra llave del bolsillo y le liberó de sus cadenas.

—Hay enemigos muy reales en Ismer. Ven.

Se alejaron de la hoguera, caminando frente a las imponentes estatuas del cañón, dejando atrás grandes grupos de soldados que intentaban echar una cabezada antes del amanecer. Cutter ni siquiera le hizo prometer que guardaría su secreto; de todas maneras, no era difícil deducir que si aquel teatro saliese a la luz, rodarían cabezas, y la de Erwann sería la primera, sin duda.

—No hace falta que te recuerde que hay un traidor entre mis filas, Erwann. —Cutter miró a sus propios hombres con rencor—. Un traidor que a punto estuvo de arrebatarme a Selinde. A juzgar por sus recursos, no puede ser otro que uno de mis Nueve Lugartenientes.

—¿Son nueve magos?

—Solamente Horgen, Vorfax, Velania y Ox son magos; el resto son hombres y mujeres de mi confianza. O al menos, eso creía. Estoy seguro de que uno de ellos es el que quiere arrebatarme a Selinde, y necesito que lo encuentres. Eres un elfo sincero que ha demostrado su valía, y aún no has sido corrompido por toda la miseria que me rodea. Te necesito, Erwann. Ayúdame a encontrar, y yo te ayudaré a olvidar.

—Si tanto quieres encontrar a ese traidor... ¿por qué no interrogas a Selinde?

—No es tan fácil... jamás haría daño a mi luz. No podría, por mucho que me duela verla mentirme. Ella dice que no conoce su identidad.

—Entiendo. Entonces, tengo que conocer a los sospechosos. ¿Dónde están tus

lugartenientes?

—Por aquí y por allí... pronto los conocerás a todos. Los dos que me acompañan, Horgen y Vorfax, son mis dos recursos bélicos más valiosos en este momento... aunque, ahora que Vorfax me ha fallado, tendremos que replantearnos muchas cosas. Y más con un ejército extranjero pisando nuestras tierras —le sonrió—. El futuro de Ismer se decide esta noche, aquí y ahora.

Se acercaron a una gran hoguera que latía con fuerza en mitad del cañón, emitiendo un fulgor tan intenso que las paredes de piedra parecían palpitar como las venas de la mismísima tierra. A su alrededor, cientos de tropas del Ejército Enfermo yacían desperdigadas intentando conciliar el sueño. Cutter le llevó a los pies de otra de esas gigantescas figuras y le señaló unas precarias escaleras esculpidas en la pared que trepaban hacia el cuerpo del titán, siguiendo sus redondeadas formas. Tras una larga y peligrosa ascensión, llegaron a un pequeño balcón que reposaba sobre el hombro del gigante, desde donde tenían una vista perfecta de la ardiente grieta en la tierra. El vértigo era horriblemente real, y no había barandillas a las que agarrarse.

Tres siluetas conocidas esperaban su llegada. Una de piedra, una de brea, y una tercera bajita y encorvada, coronada por una mitra cuadrada. Cada una de ellas tenía un poder distinto y aterrador.

—¿¿Qué hace él aquí?? ¡¡Deberíamos lanzarle al vacío ahora mismo!! —Kartarkus le señaló con la punta de su bastón—. ¿¿Es que no recuerdas que los elfos son nuestros enemigos, Hadrien??

—Él ha venido del este, no del oeste, como esos ladrones. Y me ha conseguido la cabeza de mi padre, por si lo habías olvidado.

Vorfax se acercó a Erwann. El mago dragón dejaba un rastro de engrudo negro a cada paso que daba, como si la podredumbre de la que estaba hecho contagiase el mismo suelo que pisaba.

—*No me importaría mordisquear a otro elfo. Sois... sabrosos, como esa mujer rubia... ah, ¡qué sabor más delicado y delicioso! Me hubiera gustado comprobar si era tan peleona como aparentaba. Lástima que muriese entre mis dientes.*

—Sí, lástima. —Kartarkus sonrió perversamente.

—No le toques, Vorfax —le ordenó el Profeta. Le sorprendió lo firme que sonó su voz frente a aquella criatura amenazante—. Está aquí para ayudarnos y, de momento, ha hecho mucho más que vosotros. A partir de ahora, está bajo mi protección.

—Ni hablar. Vorfax, ¡mátalo ahora mismo! —ordenó Kartarkus.

—Si es voluntad del Profeta, el elfo vivirá —bramó una voz pétrea, poniéndose frente Vorfax.

Horgen Manos de Piedra llevaba puesta esa pesada armadura hecha de roca agrietada y plagada de runas y musgo, y sus hombreras, que tenían el mismo tamaño de su cabeza, mostraban dos rostros grabados: el izquierdo parecía sollozar lleno de dolor, mientras el derecho gritaba furioso y lleno de ira. Resultaba curioso que la más inexpresiva de las tres caras fuese la central, la real.



—*Lástima que no pueda cenar ese bocadito extranjero... aunque, si quisiera, podría pasar por encima de ti para conseguirlo, pedrusco sin ideas.*

—Una amenaza vacía, viniendo de alguien que se ha dejado vencer por patéticos invasores extranjeros —le advirtió el mago de piedra—. Eres tan blando como la brea de la que estás hecho.

Vorfax emitió un desagradable siseo y se encorvó frente a Horgen, desafiante.

—¡¡Basta, los dos!! —ordenó Kartarkus—. Horgen tiene razón: subestimaste a los extranjeros, Vorfax, y ahora nos hemos quedado sin tropas aéreas. Hadrien te ordenó custodiar Sotomonte, vigilarlo hasta que Darea asomase la cabeza, y has actuado imprudentemente, sin consultarme... sin consultarnos —corrigió.

—*Pensaba que serían inofensivos... quizá no debería haber atacado, pero, aun así, La Quijada ya no tiene rey. Gilman nos declaró la guerra en cuanto pidió ayuda a los extranjeros, así que está mejor muerto.*

—Ciertamente —añadió Horgen—. Gilman era un maldito cobarde...

—Y por eso le necesitábamos vivo. —Kartarkus, contrariado, se masajeó las sienes—. Tú lo has dicho, Horgen: Gilman era un cobarde capaz de cualquier cosa con tal de salvar su pellejo, y esta maniobra desesperada le habría hecho perder el apoyo de su gente definitivamente. ¿Es que no lo veis? ¡Todos le hubieran dado la espalda al verle luchar junto con infieles extranjeros! Las gentes de La Quijada hubieran acudido a nosotros en masa, y ahora tendríamos miles de fieles más para exterminar a los extranjeros, además de habernos puesto el trono de La Quijada en bandeja. ¡Todo sin mover un dedo! En vez de eso, gracias a la mala decisión de Vorfax, tenemos un rey muerto en mitad de un enfrentamiento del que ningún quijense sabe nada. ¿Qué pruebas tenemos de que los extranjeros están aquí gracias a la herejía de Gilman? Ahora su invasión es simplemente una casualidad desagradable. Hemos perdido una oportunidad de oro para dar la vuelta a una situación adversa, y por si fuera poco, en cuanto Darea y la Reina Escarlata se enteren de que los reyes comienzan a morir en Ismer, cerrarán las puertas a cualquier tipo de negociación, sospechando de nosotros inmediatamente. Por suerte, puede que haya una solución.

Cutter permanecía en silencio, meditando las palabras de su mentor. Erwann tuvo que admitir que Kartarkus era un político astuto.

—*¿Qué solución?* —Gruñó Vorfax.

—Convertir a Gilman en un mártir, ni más ni menos —dijo el Arzobispo—. Convertirle en un monarca preocupado por su pueblo, capaz de ordenar su evacuación hacia el sur con tal de evitar una masacre. Convertirle en un rey noble que prefirió morir en su trono antes que abandonar su querida ciudad a manos de unos sucios extranjeros. Convertirle en víctima de unos bárbaros que han llegado del otro lado del mar para saquear y matar.

—Y convertirnos a nosotros en los héroes —dijo Cutter.

—Exacto, en los salvadores de Ismer. En aquellos que expulsarán a los infieles de

vuelta a sus barcos, en aquellos que comandarán los ejércitos de Vía Escarlata y La Quijada para preservar la pureza de Ismer.

—*También podría encontrar a Darea y comérmela* —Vorfax amagó una sonrisa macabra—. *¿Para qué tanta palabrería barata? ¡Así nadie nos temerá nunca, Arzobispo! Tienes en demasiada estima tus elucubraciones y no te das cuenta de que el miedo es la mejor arma para conquistar al pueblo. Si partiese a Darea por la mitad y la colgase del campanario de Sotomonte, su pueblo sabría de qué lado están los Antiguos sin necesidad de mentiras.*

—O quizá pensasen que somos unos sádicos asesinos contra los que hay que luchar —advirtió Kartarkus—. Si te hiciésemos caso iniciaríamos una maldita guerra contra La Quijada, y no podríamos reclutar más que cadáveres para nuestra causa. Hacer crecer el Ejército Enfermo ha sido el motivo por el que hemos apostado por la diplomacia desde que estamos aquí. Y si exterminamos a la heredera de La Quijada, la Reina Escarlata nos atacará por la espalda, temiendo que ella sea la próxima víctima. Es la peor idea que he oído jamás.

—Estamos olvidando la presencia de los extranjeros —dijo Horgen—. ¿Quién dice que no nos atacarán en breve? No hay tiempo para tus maquinaciones, Kartarkus. Aunque me duela decirlo, estoy de acuerdo con el mago dragón. Debemos atacar sin piedad.

—Dioses... ¡sois unos brutos! —Kartarkus golpeó el suelo con su bastón—. ¿No veis que entraríamos en guerra contra tres enemigos a la vez? ¡Es la receta perfecta para el desastre! Tenemos que ser muy sutiles...

—*Para ser la mayor autoridad de la Iglesia sin Ventanas, Arzobispo, tienes muy poca fe. Reguemos el suelo con la sangre de los infieles, Profeta, ya sean ismerenses u ordannenses. Los Antiguos nos bendecirán cuando los ríos rojos caigan hasta el Abismo.*

—Hadrien, querido mío, tú tienes la última decisión —dijo Kartarkus—. Por favor, sé cabal. Usemos la astucia para salir de esta encrucijada.

Cutter se acercó al borde del desnivel, asomándose por encima del hombro de la estatua. La caída estaba peligrosamente cerca, pero él jugaba a ponerse de puntillas despreocupadamente.

—Tu palabrería me da dolor de cabeza, Kartarkus —dijo, sin ni siquiera darse la vuelta—. Tenemos a mi Ejército Enfermo, tenemos al legendario Horgen Manos de Piedra, tenemos al temible mago dragón Vorfax. ¿Por qué deberíamos ser prudentes, si se puede saber? ¿Por qué deberíamos mentir al pueblo? ¿Por qué deberíamos convertir en héroe a un rey cobarde y mentiroso?

Kartarkus palideció.

—Hadrien... no lo hagas, por favor...

—¡¡Basta de hablar!! —gritó, balanceándose frente al precipicio—. Se acabó mi paciencia. Voy a aplastar a los extranjeros, voy a arrancar el corazón de esa niñata de Darea, y voy a derribar las puertas de esa asquerosa Reina Escarlata. Todos se

arrodillarán ante mí, o les cortaré las malditas piernas.

—*Así se habla* —dijo Vorfax. Horgen asintió.

—Darea y los extranjeros. —Cutter habló con una voz suave—. ¿Dónde están, Vorfax? Sé que aún te quedan ojos en muchas partes de La Quijada.

—*No lo sé. He retirado las pocas Salamandras vigías que me quedaban.*

Cutter se alejó del precipicio y comenzó a caminar alrededor del mago de brea. Su capa ondeaba suavemente, confundiendo sus formas con el firmamento oscuro.

—¿Y se puede saber por qué has hecho eso?

—*Porque se acerca una enorme tormenta desde el mar, algo tan grande que engulle el mismo horizonte, y alcanzará Sotomonte en dos o tres días. Ni siquiera yo podría volar bajo esos cielos de vientos cortantes, y ni el mismísimo Ejército Enfermo podría caminar bajo ese frío tormentoso.*

—¿Una tormenta gigante en pleno verano? ¿Me estás tomando el pelo?

—*Puedo oler la Magia del malogrado Owain Trueno a millas de distancia, Profeta. Me temo que los invasores lo deben de haber sacrificado a los dioses usando una variante del Ritual de Vaciado. Son astutos: la tormenta les libraré de cualquier tipo de ataque durante un tiempo, pudiendo recuperarse de mi golpe tras las grandes murallas de Sotomonte.*

—¿Owain Trueno? —Los pequeños ojos de Horgen se abrieron ligeramente—. Entonces, deben de haber matado a la Dama Argétea... esa mujer jamás dejaría que le arrebatasen a su amante máspreciado.

—*¿No fue esa bruja la que te arrebató a tu hermano, Horgen?*

—Mi hermano me abandonó por voluntad propia —el mago de piedra mostró un atisbo de emoción—. Esa bruja se aprovechó de su debilidad.

—*Pues supongo que es un poco tarde para reconciliarte con él* —siseó—. *Si la Dama Argétea y Owain han muerto, tu hermanito Quenton habrá caído con ellos, eso seguro.*

—¡¡Escucha, Hadrien!! —Kartarkus se acercó al Profeta, alarmado—. Si los extranjeros han matado a dos de los legendarios Once de Ismer, son mucho más poderosos de lo que creíamos. Necesitamos la ayuda de Vía Escarlata y La Quijada para acabar con ellos.

—*La Dama no era más que una anciana caprichosa, y Owain era tan viejo que dudo que pudiese siquiera ponerse en pie. Me parece insultante que se les siga considerando parte de los Once de Ismer. Podría acabar con ellos en un instante.*

Horgen dio un pesado paso al frente e hincó una rodilla frente a Cutter, haciendo vibrar la estructura del gigante.

—Déjame acabar con esos infieles extranjeros, Profeta. Déjame darles la bienvenida que Vorfax no les pudo dar. Por tu gloria y por la de mi hermano. No hay viento huracanado que pueda levantar mis pies del suelo y lo sabes. Déjame conseguir la gloria que tanto ansío.

—¡¡Hadrien!! —gritó Kartarkus, poniéndose delante de Horgen—. A veces, la

fuerza bruta no es la respuesta. Por favor, sé prudente... hablemos al respecto... en privado.

Cutter se mordió la uña del pulgar durante un momento, pensando.

—Está bien, pero no quiero correr más riesgos.

—Gracias a los dioses —el Arzobispo suspiró aliviado.

—No hablaba contigo, Kartarkus —le apartó, fijando sus ojos en el mago de piedra—. Si vas a ir a Sotomonte, voy a necesitar que lo lleves contigo, al fin.

Todos se quedaron en silencio.

—Mi señor... —Horgen titubeó—. Es peligroso. Incluso con mi inmenso poder, solamente puedo usarlo una vez... y su furia es ciega.

—Deberíamos reflexionar un poco. —Kartarkus tragó saliva—. Es una medida desesperada...

—... Para una situación desesperada. —Cutter sonrió—. Es un plan perfecto. Sin mis tropas alrededor de Sotomonte, con las nubes sobre sus murallas, solamente tendrás que preocuparte por tu propia seguridad, Horgen, y convertirás la ventaja de esos perros en su perdición. Ese Triunvirato acabará atrapado dentro de su propia tormenta... contigo. Y con tu creación.

—*No lo llares su creación* —se quejó Vorfax, envidioso—. *Horgen solamente dio con las palabras adecuadas para activarlo, nada más.*

—¿Cuánto tardarías en llegar a Sotomonte, Horgen?

—Tres días, Profeta, a tiempo para llegar junto con la tormenta. Quizá dos, si apuro mis zancadas. Como las piedras que ruedan imparables, yo corro en línea recta y nada me detiene.

El Profeta dio un par de vueltas sobre sí mismo, meditando, mordiéndose el labio.

—Que así sea. Tú sellarás el destino de los extranjeros, Horgen.

—¿Y yo?

—Vorfax, tú partirás hacia el sur, hacia los pantanos de La Quijada, y buscarás a Darea y a sus hombres con las vigías que te queden. Estoy seguro de que estará por allí, escondida cobardemente en un rincón donde nunca la buscaríamos, llorando con la armadura llena de barro hasta las rodillas. Quiero que la destroces, que mancilles su cadáver, y quiero que siembres el terror en todos sus súbditos de una manera aterradora.

—*No sería la primera vez. ¿Y qué pasa con Vía Escarlata?*

—Yo me encargaré de conquistar Puerta Roja —dijo el Profeta—. Gran parte de mi Ejército Enfermo ya está acampado a sus puertas, así que enviaré la orden de comenzar el asedio inmediatamente. ¡Quemaré esa ciudad con Salamandras o sin ellas! En cuanto atrape a su reina leprosa, la quemaré viva frente a su Palacio Inclinado. Nos vamos a la guerra.

Kartarkus negó con la cabeza, murmurando palabras y maldiciendo entre dientes. Erwann comprendió por qué Cutter seguía jugando el papel de ignorante: de esa manera, Kartarkus jamás tendría el valor de cuestionar sus decisiones. Su marioneta

le controlaba a él.

—Mi señor, antes de enviar a vuestros lugartenientes lejos, quizá deberíamos discutir el tema de la peste que se está extendiendo al oeste, en Los Páramos. —Kartarkus intentó hablar dulcemente—. Dos de nuestros brazos están empezando a caer enfermos, y quizá deberíamos redistribuir las tropas en grupos más pequeños antes de continuar la guerra, para evitar contagios masivos y...

—No me hables de tonterías, ahora no. —Cutter miró con odio a su mentor—. Es hora de levantar el campamento. Ya hemos descansado lo suficiente. Ah, una cosa más: Horgen...

—¿Sí, mi Profeta?

—Quiero ese Sueño de Verdugo. Y a su portador, vivo.

—¿Para qué? —Horgen le miró extrañado—. No es más que un peligro para los magos como nosotros.

—Lo quiero y punto —sentenció—. Tráemelo.

Los dos lugartenientes se perdieron escaleras abajo, seguidos del pomposo clérigo. Cuando Erwann se disponía a acompañarlos, la voz de Cutter le detuvo.

—Tú vienes conmigo. Ya es hora de que la conozcas.

Las órdenes de los mandos retumbaron por el interior del cañón, y la avanzadilla del Ejército Enfermo se levantó perezosamente a sus pies, mientras Cutter y él bajaban por aquellas estrechas escaleras. La serpenteante columna de antorchas se volvió a encender, y media hora después, su cola ya había escapado del abrazo de aquellas piedras milenarias. Mientras sus hombres avanzaban obedientemente hacia la guerra que les esperaba en la Puerta Roja, el caballo del Profeta escapó de la formación, pidiendo a Erwann que le siguiera hacia una colina cercana.

—Siempre me gusta disfrutar de los primeros rayos del amanecer —dijo mientras tomaba una bocanada profunda de aire.

Desde allí podían ver cómo el Cañón de lo Perpetuo hería las montañas lejanas, y sobre sus afilados perfiles, el alba comenzaba a desperezarse, aclarando ligeramente las oscuras formas de la noche. Sin duda, era un momento mágico, un lugar a medio camino de ninguna parte, donde las formas del paisaje conservaban el misterio aterrador de la oscuridad y a su vez emitían un cálido fulgor de pureza y esperanza. Lástima que el asqueroso perfil de Vorfax rompiera aquel bello paisaje, revoloteando con sus pequeñas alas hacia las nubes. El mago dragón volaba hacia el sureste, en busca de la heredera de La Quijada. Erwann esperó que aquella abominación jamás la encontrara.

El caballo de Selinde se acercó a ellos tímidamente. Apenas era una muchacha de unos dieciséis años, de rostro adorable y frágil como la porcelana, y sus mejillas pecosas ocultaban unos brillantes ojos azules que lucirían hermosos si no mirasen siempre al suelo. Erwann la observó con una ternura que no había sentido desde hacía años. Selinde alzó la vista un instante y sus miradas se cruzaron. La chica volvió a bajar la cabeza rápidamente.

—Esta mujercita aquí presente, amigo Erwann, es la luz de mi vida, mi salvación en una época oscura. —Cutter le clavó sus ojos inyectados en sangre—. Mi posesión más valiosa. Te presento a Selinde, mi protegida.

La chica hizo una fugaz reverencia. «Tu pequeña esclava, más bien», pensó Erwann.

—Encantado, Selinde. Yo soy Erwann —le lanzó una sonrisa cálida. La chica, ruborizada, la agradeció.

Cuatro sombras a caballo flanqueaban a la joven: eran cuatro hombres que parecían clones perfectos de estaturas dispares: todos vestían la misma armadura verde esmeralda con el pecho atravesado por cuatro irregulares líneas granates que imitaban las franjas de un depredador felino. Ocultaban sus rostros con alargados cascos de sienes anchas y visor estrecho, y sobre sus puntiagudas hombreras colgaban unas deterioradas capas de color carmesí con las puntas hechas jirones. Los hermanos Grakken, los llamaban; los sabuesos más fieles y letales del Profeta, con fama de pelear espalda con espalda como un solo hombre invencible de ocho piernas y ocho brazos.

—Selinde... ¿sabías que mi amigo Erwann, aquí presente, es un gran investigador? —le dijo Cutter—. Es más, él se va a encargar de encontrar a ese sucio traidor que te ayuda.

El rostro de Selinde palideció. Erwann lo leyó con facilidad: la chica conocía la identidad de la persona que la ayudaba desde la sombra, de eso estaba seguro. Al ver la reacción horrible que había provocado su presencia, se sintió incómodo en el papel de malo. De repente, recordó las palabras de Ojos de Cristal, aquellas que hablaban de estadísticas y rostros.

—Ya te he dicho que... no sé quién es... —murmuró la muchacha.

—Pues Erwann se encargará de que pronto lo sepas. Quiero jugar con ese despreciable a los Cinco Tributos; ya sabes... un ojo, dos orejas, tres dientes, cuatro dedos, cinco libras de carne... —Cutter tarareó las palabras sádicamente.

Súbitamente, una voz cavernosa retumbó a lo lejos, en lo más profundo del cañón. Hubiera jurado que pertenecía a Horgen. Los caballos relincharon nerviosos, y todos los soldados se giraron alarmados.

—*¡Friva urgol orvo durmar ut, ig rusma oktor ustar ur ankor!*

Entonces, un estruendo horrible sacudió el interior del cañón. De la garganta de la montaña surgió una espesa nube de polvo que se alzó lentamente en dirección a las estrellas que comenzaban a desaparecer tras la creciente claridad. Vio algo trepar fuera de aquellas paredes. Algo enorme.

No, no era posible. La falta de Hierba Roja le había jugado una mala pasada. Tenía que ser una alucinación.

—Vaya, veo que Horgen no mentía —dijo Cutter, fascinado—. Tras tantos años de estudio, dio con las palabras adecuadas. No me gustaría estar en el pellejo de los extranjeros cuando esa cosa llame a sus puertas.

Era algo gigantesco. Algo sin vida, pero que, a pesar de ello, se movía, caminando obstinado hacia el este, persiguiendo una pequeña forma pétrea que corría con sorprendente agilidad entre los árboles. Aquella pesadilla que se alejaba emitió un bramido artificial y profundo que mareó el alba.

## Una iglesia bajo el suelo

**R**AYNER se detuvo y resopló. Frente a ellos, cortando la calle, una elegante torre puntiaguda se había colapsado como un gigantesco tronco muerto, aplastando un edificio contiguo. Desde la explosión, las calles del barrio alto de Sotomonte, plagadas de pilas de escombros y vidrieras destrozadas, se habían vuelto prácticamente intransitables, y los soldados supervivientes trabajaban a marchas forzadas para despejar las avenidas principales para los camiones y tanques que aún seguían llegando a la ciudad. La ciudad se había convertido en un último bastión demasiado literal para el Triunvirato.

—Tomemos un desvío —dijo Alastor—. Debería estar cerca de aquí.

—¿No había un lugar más agradable donde reunirnos?

—Supongo que es el único rincón de la ciudad donde Roch no tiene ojos. —Alastor hablaba en un tono más alto de lo habitual. Se había quedado medio sordo durante el combate, y tardaría meses en recuperar la audición por completo—. Tienes que admitir que es el lugar perfecto para una reunión secreta.

El ambiente turbio y gris que flotaba sobre sus cabezas no invitaba precisamente a un apacible paseo veraniego, así que quizá estar bajo tierra no sería tan malo como parecía. No quedaba ni rastro de aquellas tardes bochornosas y plagadas de mosquitos que les habían recibido al pisar Ismer; sobre ellos, las nubes revueltas se agitaban tomando formas extrañas, empujadas por una fuerza invisible que azuzaba a los vientos. Al este, al otro lado de la muralla exterior, más allá de las líneas irregulares de las colinas que separaban la capital del río Amarra, algo inmenso e inquietante se acercaba.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir ignorando esa tormenta? —señaló al horizonte.

—Todo el mundo habla de ello, pero Roch sigue sin querer divulgar lo que ha pasado en la costa. —Alastor alzó los hombros, resignado—. Sea lo que sea, no puede ser bueno. Por lo menos nosotros estaremos a salvo tras estos muros cuando nos caiga encima.

«A salvo», repitió para sí mismo, intentando que sonase más creíble. Una pared de oscuridad cubría absolutamente todo el horizonte de punta a punta, devorando el paisaje con su lento pero decidido paso, y de vez en cuando, un pequeño destello de luz le recordaba que se trataba de una colosal tormenta y no del mismísimo Abismo Insondable extendiéndose por el mundo.

—¿Ha sobrevivido algún Mariscal más? —preguntó.

—Qué va. Ahora mismo, Roch tiene las riendas de todos nosotros y no hay nadie que le tosa. Para colmo, los rumores sobre su huida durante la batalla se han extendido entre los soldados, y pocos confían en él ahora. El nombre del poderoso Melvin Wallas, en cambio, se está haciendo bastante popular, ahora que parecemos estar rodeados de cosas inexplicables.



—Por si Roch no estuviese ya lo suficientemente enfadado.

—Bueno, también circulan rumores sobre un tipo con una espada negra que hizo frente a un dragón... —Alastor le dio una de sus efusivas palmadas en la espalda.

Desde que salvó a sus compañeros del engendro de brea negra, todos tenían palabras de admiración para él; menos Wallas, claro, que seguía obsequiándole miradas cargadas de suspicacia y desconfianza. A pesar de lo ocurrido en el valle, a pesar de lo ocurrido con Ely, no podía evitar sentirse más seguro de sí mismo, más confiado. Ya no era el idiota que llevaba una espada a un tiroteo. Ahora era un hombre que había hecho huir a un dragón.

Sin embargo, no podía obviar lo que había ocurrido a partir del día siguiente a la batalla. Estaba tan acostumbrado a blandir su espada en el aire que no notó el cambio hasta el cuarto tajo que lanzó en su entrenamiento rutinario, esta vez sin Ely para pararle los golpes. Algo había cambiado.

Un par de calles más adelante, ya cerca de la falda de la montaña, los antaño esplendorosos edificios blanquecinos del barrio alto acabaron abruptamente, dando paso a una zona descuidada de roca desnuda. Unas pequeñas escaleras esculpidas en la roca ascendían por una precaria loma, y Rayner tuvo que treparlas a cuatro patas, resoplando como un buey cansado.

—A partir de ahora, es todo caída —le dijo Alastor, provocándole un escalofrío.

Frente a ellos, como una herida fría y húmeda en las propias entrañas de la montaña, se hallaba la modesta entrada a la Iglesia sin Ventanas de Sotomonte. Era poco más que una abertura poco más grande que una persona, estrecha y agobiante, de forma vagamente triangular, y al contemplar las irregulares paredes que se hundían en la oscuridad, no pudo evitar sospechar que la mano del hombre poco había tenido que ver a la hora de crearla. Lo más curioso era que alguien con especial mal gusto había pintado de negro los alrededores a base de brochazos irregulares y caóticos, dando la impresión de que la mismísima montaña sangraba brea oscura por aquella abertura.

Se encontraron con Shawnla y Gork, discutiendo sobre algo. El gigantesco cocinero parecía nervioso.

—Yo no pienso entrar ahí —gruñó el orco—. Apenas puedo meter un brazo por esta maldita puerta. ¿Qué pasaría si me quedo atascado a mitad de camino? No, no y no. Yo me quedo fuera. Ni aunque dentro creciesen los deliciosos champiñones rojos de los bosques de Jardín Cruzado, no señor.

—Gork, si no te comieses los pollos de tres en tres, quizá podrías caber por esa puerta —bromeó Alastor nada más llegar.

—¡Hola, caballero andante! —Shawnla se acercó a Rayner dando pequeños saltitos y le agarró del brazo.

Se rascó la cabeza, incapaz de comprender que aquella chica viese algo en un desastre como él. Nunca había sido demasiado bueno leyendo las sutilezas de las mujeres.

—Yo también me alegro de verte, Shawnla... estoy aquí, al lado de Gurgess, por si no me habías visto. —Alastor le sacó los colores a la chica—. En fin... entremos de una vez.

—Esto tiene mala pinta. —Rayner podía sentir el aire gélido y viciado que emanaba la abertura.

—Vamos, héroe. —Shawnla le agarró de la mano con delicadeza y le lanzó un guiño—. Después de habernos salvado a todos, esto tiene que ser una menudencia.

Shawnla Oryul era una joven encantadora, tanto que no encajaba dentro del perfil de ese ejército de rudos soldados. Era una chica amable, jovial, con una sonrisa cautivadora siempre dispuesta a lucirse. Y era muy inteligente. Shawnla era una enciclopedia viviente sobre las costumbres y leyendas de Ismer, y todas las noches Rayner se iba a dormir sabiendo una o dos cosas curiosas más sobre aquella misteriosa tierra encantada. También saltaba la vista que era una mujer preciosa, provista de una piel de tono ambarino, tersa y suave, y un rostro muy atractivo, adornado con unos profundos ojos de color miel y unos labios gruesos, prominentes y sensuales. Aunque el anodino uniforme militar que solía llevar se encargaba de tapar sus curvas, Rayner podía intuir que tenía unas anchas caderas unidas a unas piernas fuertes y fibrosas, y sus pechos eran pequeños pero firmes. No era tan perfecta como Lana, pero tenía un atractivo muy humano, una imperfección que resultaba fascinante.

Se dejó llevar por la cálida mano de Shawnla, y con Alastor cerrando la marcha, comenzaron a bajar unas irregulares y estrechas escaleras que se perdían en una inquietante oscuridad devoradora de vida, que comenzaba su dominio decenas de metros más abajo. Shawnla encendió una precaria linterna de bolsillo, y su suave luz iluminó unos pocos escalones frente a ellos. El resto solo era negrura y vacío.

—¿Qué mente enferma decidió que este es un buen lugar para adorar y festejar? —preguntó a la nada, creando un eco inquietante.

Descendieron y descendieron, más y más, hacia lo más profundo de las raíces de Sotomonte. Debían haber bajado casi cincuenta metros por debajo del suelo cuando una tenue luz fue cobrando fuerza frente a ellos, dejando entrever el final del camino al corazón de la montaña.

Llegaron al fondo, y frente a ellos, mostrándose en todo su macabro esplendor, apareció la nave central de la Iglesia sin Ventanas, dejándoles boquiabiertos.

—Dioses —murmuró Rayner, aunque sospechó que sus palabras jamás llegarían a los oídos de ninguna deidad piadosa ahí abajo.

La gigantesca caverna subterránea yacía iluminada por decenas y decenas de pequeñas velas que crecían por doquier como setas luminosas, empapando con su luz sucia las infinitas estalactitas que colgaban en las alturas, cuyas puntas amenazaban con caer sobre las decenas de bancos de madera húmeda destinados a los feligreses. Media docena de inmensas columnas naturales emergían caóticamente por toda la estancia sin ningún tipo de orden aparente, confirmando la sospecha de que aquel

lugar era una apabullante cueva natural de formas incómodas reconvertida en lugar de culto.

La débil luz que invadía la estancia emitía un tintineo fantasmal gracias a invisibles corrientes de aire que agitaban las pequeñas llamas, provocando que las inquietantes sombras que se proyectaban en la roca pareciesen vivas y reptantes. Como un chiquillo asustado ante lo desconocido, Rayner no pudo evitar agarrar la mano de Shawnla con más fuerza.

—Nada es gratuito aquí —le dijo ella, notando su nerviosismo—. Esto está construido para que los fieles nunca se sientan cómodos, para que puedan compartir el sufrimiento de sus dioses enterrados de alguna manera.

En los laterales de la cueva subterránea, artistas de épocas ya olvidadas habían esculpido mastodónticos relieves que mostraban el sufrimiento de los Antiguos Dioses, arrojados a lo más profundo del Abismo en su lucha contra los Verdugos. Sus cuerpos aún parecían retorcerse de una manera agónica bajo esa inquieta luz, y Rongm, el Primogénito del Tiempo y el Destino, de barba de raíces y cuerpo hueco, miraba hacia la nada con ojos vacíos; Gyda, la voluble representante de la Furia, hecha de humo, estaba abatida sobre el suelo, llorando a través de su máscara inexpresiva de marfil; y Yolt, el Astuto benjamín, el Dios de los Secretos, se ahogaba en un pozo de espesa brea, asomando a duras penas su ausente rostro de mil ojos en forma de remolino oscuro. Eran figuras imponentes, nobles, tan grandes como la inmensa pared, pero estaban representadas en posturas grotescas y desagradables.

—Bienvenidos —les dijo la voz de Wallas, que rebotó por la estancia como un trueno cansado.

En el centro del macabro templo, en el púlpito que se alzaba sobre los bancos centrales, había un altar esculpido en piedra y bañado por largas cascadas de cera derretida. Junto a ese presbiterio sagrado estaban Melvin y Liam, ya vestidos con su ropa habitual. Rayner pudo distinguir el rostro del anciano invadido por el cansancio, incapaz de recuperarse de aquel último esfuerzo que hizo por salvar al chico. Liam, en cambio, se mostraba tan despreocupado como siempre. Como ya era costumbre, Melvin Wallas le lanzó una de sus miradas ponzoñosas que indicaban que no era digno de su confianza.

A los lados, sentados en las primeras filas, estaban los demás miembros de la Compañía Parcheada. Rayner hizo una pequeña reverencia a los asistentes y se sentó en las últimas filas de asientos, como solía hacer cuando acudía a clase en la universidad. Shawnla se sentó a su lado, muy cerca; en aquel lugar tan frío, sentir la calidez de su cuerpo era una sensación aún más agradable, así que lo agradeció más que nunca.

—Bien, estamos todos —dijo Melvin, apoyado en el altar. Si no fuera por su horrible camisa de palmeras, le hubiera confundido con un viejo sacerdote de aquel extraño culto.

—¿Y Lana? —preguntó en voz baja a Shawnla.

—No ha querido venir —le respondió con un discreto susurro—. Ya sabes... ha perdido a su hermana, a Orlain... y bueno, también a su chico, al parecer. Ipkis confirmó que estaba volando sobre nosotros cuando... bueno, cuando todo explotó.

Le extrañó que Lana estuviese con alguien. Siempre había dado por hecho que aquella mujer no estaba interesada en el contacto humano más allá de conseguir bebida gratis en un bar. Sintió pena; pese a su mal humor y sus constantes insultos, no había podido evitar cogerle un cariño especial.

—Gurgess —la cara de enfado de Wallas le devolvió al mundo real—. ¿Me escuchas?

—¿Qué? Oh, lo siento...

—Melvin te estaba dando las gracias por tu actuación de ayer —dijo Alastor.

—Oh, gracias, gracias —atinó a decir—. Quiero decir, de nada.

Se había perdido el único reconocimiento que el mago le había hecho, y en vista de su ceño fruncido y sus dientes apretados, no recibiría otro en breve.

—Bien —continuó Wallas—, os voy a contestar a la pregunta del millón: no tenemos ni pajolera idea de lo que está ocurriendo en la costa. Hemos perdido todo contacto con la flota y, por alguna razón desconocida, la tormenta ha bloqueado completamente nuestras comunicaciones. Estamos completamente aislados, así que la prioridad es sobrevivir y esperar a que nos pase a que amaine.

—¿Y qué haremos cuando pase la tormenta? —Liam jugueteaba con la cera seca del altar, rompiendo hilillos y tirándolos al suelo—. Os recuerdo que dependemos de las decisiones del tipo que disparó a un rey por la espalda y luego echó a correr, dejándonos abandonados.

—En este momento, Roch me preocupa más que esa tormenta que tenemos ahí fuera —dijo Wallas—. Tiene el poder absoluto, está furioso por haber quedado en evidencia y no piensa con claridad, una combinación que resulta ser una receta perfecta para el desastre. Sigue creyendo que el ataque de Vorfax fue una trampa orquestada por La Quijada, y que las palabras del rey no fueron más que mentiras para confundirnos.

—¿Por qué no das un... cómo se dice... un golpe de estado, viejo? —dijo Liam, poniendo en su boca lo que todos pensaban—. Los soldados te respetan aún más después de la batalla. Te seguirían. Quizá así podríamos volver a casa.

—Instigar una rebelión interna debería ser nuestra última opción. —Wallas se mostró incómodo—. Si sale mal, podríamos acabar disparándonos entre nosotros, y creo que es la última cosa que queremos que ocurra ahora.

—Entonces, estamos jodidos —dijo Liam—. ¿Por qué no nos largamos antes de que acabe la Ventana de Verano? Si nos damos prisa en salir de aquí después de la tormenta, podríamos llegar a los barcos a tiempo.

—Si es que nos quedan barcos con los que volver... —dijo Ogsu.

Todos callaron, temiendo lo peor. Si se quedaban atrapados en esa tierra inhóspita, estaban perdidos.

—¿Y si nos quedamos? —Shawnla se puso de pie.

—¿Qué? —Todos la miraron con extrañeza.

—Yo conozco la leyenda de la que hablaba Gilman. ¿Y si ese Profeta desentierra a los Antiguos, y estos traen la desgracia para todo Gevangenis? —dijo mientras apretaba su medallón—. ¿Os parecen historias estúpidas ahora, después de haber conocido a un mago dragón? ¡Pensadlo! Quizá... quizá tenga razón.

Las paredes de la cueva devolvieron el eco de las palabras de Shawnla un par de veces. El pensamiento rebotó dentro de la cabeza de todos y, durante un instante, no pareció tan descabellado como sonaba.

—Si es así, nos podemos dar por perdidos.

Todos se miraron hacia atrás al unísono y observaron cómo una inquietante silueta se adentraba en la nave principal, proyectando decenas de sombras tintineantes provocadas por las velas. Era un humano, vestido con una elegante gabardina negra, unos guantes de cuero y un par de zapatos relucientes. Sus ojos eran pequeños como dos canicas oscuras, ocultas tras las crepitantes sombras que emitía su rostro.

—¿Quién eres? —preguntó Alastor—. ¿Y cómo te ha dejado pasar Gork?

—Nadie de la ciudad me ha visto entrar, y nadie me verá salir. Me gusta pasar desapercibido... excepto cuando la situación lo requiere, claro —sonrió sin enseñar los dientes, y su rostro se arrugó.

—Un mago —dijo Melvin.

En cuanto pronunció ese nombre, todos se levantaron de golpe, agitados. Yisu y Ogsu desenfundaron sus pistolas al instante y apuntaron directamente al hombre.

—No os harán falta armas: estoy solo y vengo en son de paz.

Justo antes de que llegase a las escaleras que conducían a Wallas, Rayner desenvainó su espada con un rápido gesto y le bloqueó el camino con su hoja. El mago se detuvo en seco, y su sonrisa se volatilizó. La visión de aquella arma le ponía nervioso, por mucho que se esforzase en ocultarlo.

—Vaya, vaya, así que los rumores eran ciertos —levantó las manos, fingiendo rendirse—, uno de los cuatro legendarios Sueños de Verdugo ha encontrado un nuevo dueño. Deberías cuidar mejor tu arma, amigo, porque no parece conservarse en buen estado.

Todos se dieron cuenta. El metal oscuro de la hoja dejaba crecer pequeños parches de óxido que habían comenzado a extenderse por todas partes, y la empuñadura de oro se mostraba sucia y destartada. Ya no lucía como nueva en sus manos, y no sabía por qué.

—Aparta la espada, Rayner —le ordenó Melvin—. Escuchemos lo que quiere decir.

Rayner bajó la espada y la volvió a envainar. Los enanos bajaron sus armas lentamente, confundidos por la inusual situación.

—Gracias por vuestra cálida recepción, mis queridos feligreses —el extraño se

encaramó al altar dando un par de saltitos e hizo una teatral reverencia—. Me llamo Edain Anders, a vuestro servicio. Yo mismo trabajé codo con codo con el rey Gilman, que en paz descanse, para atraeros hasta aquí.

—Así que tú eres el bastardo responsable de esta trampa —dijo Ogsu.

—No exactamente —puntualizó—. Sí, os hicimos venir mediante una gran mentira, pero era una medida imprescindible para llamar vuestra atención, me temo.

—Han muerto muchos soldados por tu culpa, mago —le acusó el enano.

—Me temo que hay variables que escapan a mi control, y una de ellas es Vorfax y sus ojos en los cielos de La Quijada. No creí que tuviera el valor de atacaros sin consultar primero al Profeta, pero me equivoqué. De todas maneras, eso ya es agua pasada, porque he venido aquí para discutir sobre vuestro futuro inmediato. El futuro de la invasión. El futuro del Triunvirato.

—Creo que te has equivocado de cuartel, Anders —le dijo Wallas—. Nosotros no somos los que mandamos. Deberías ir a charlar con el Mariscal Roch.

—Me temo que el entorno del Mariscal Supremo cuenta con detectores de actividad mágica que haría saltar si intentase hablar con él... o tomar su lugar. ¡El Triunvirato se toma muy en serio la posible manipulación por parte de magos como tú! Además, Roch ya está condenado, Wallas. Todos sabéis que no durará mucho al mando, y pronto esa panda de supersticiosos soldaditos mirará a otro lado en busca de un líder de verdad, un líder que plante cara ante los problemas y no huya como un perrillo asustado. Un líder que podrías ser tú, Melvin Wallas.

—No voy a derrocar a Roch, Anders.

—Vamos, anciano —le animó—. A veces, el mal menor puede ser la única salida. Por eso ayudé a que el atentado de Puerto del Duque se hiciese realidad: debíais invadir Ismer cuanto antes.

—¿Tú? —Rayner le miró confundido—. ¿Tú ayudaste a convertir Puerto del Duque en cenizas?

—Si buscas un cuello que cortar para vengar la muerte de tu chica, Rayner Gurgess, vas a tener que apuntar más alto, porque yo solamente fui un peón en esa ocasión. Aunque me temo que he sido yo el que ha creado la tormenta que os acecha. Sí, habrá hundido vuestros barcos, matando a muchos marineros por el camino, pero, por otro lado, os va a salvar la vida a largo plazo.

—¡Hijo de perra! ¡Asesino! —Ogsu desenfundó de nuevo su arma.

—Adelante. Dispara, enano —le retó el extraño.

—¡No! —gritó Wallas.

Ogsu no se lo pensó dos veces y apretó el gatillo de su revólver. El sonido del disparo rebotó en todas las paredes con una intensidad ensordecedora, haciendo que todos se tapasen los oídos. Para su sorpresa, la bala atravesó a Anders y se estrelló en la pared del fondo de la sala, justo en el pecho de un feo retrato de Liroye Settien, haciendo que cayese al suelo. Anders, en cambio, seguía allí de pie, impertérrito.

—¡Detente, Ogsu! —dijo Wallas—. Es una ilusión, ¿no lo ves? Realmente no está

donde nos muestra. Está cerca, pero no ahí.

—Exacto. Ahora mismo podría estar detrás de ti, enano, sujetando un cuchillo delante de tu nuez, a punto de rajarte la garganta, y ni siquiera lo verías venir, así que guárdame un poco de respeto, ¿quieres? —Anders se ajustó los guantes de cuero y el cuello de la camisa impecablemente—. Esperaba que valoraseis la sinceridad con la que me dirijo a vosotros.

—Has escogido la sinceridad porque sabías que yo hubiera detectado tus poderes en cuanto estuvieses cerca, mago —dijo Wallas—, así que ahórrate las palabras vacías. Quizá no pueda ver más allá de tus ilusiones, pero puedo olerlas.

Anders sonrió perversamente.

—Está bien. Hablemos sinceramente, si es lo que queréis. Estáis en una situación delicada, se podría decir. Podéis seguir haciendo planes a ciegas y morir, o bien podéis escucharme y sobrevivir.

—Una situación delicada en la que tú nos has metido de cabeza —dijo Shawnla—. No veo por qué deberíamos confiar en ti, después de lo que nos has hecho sacrificar.

—Porque ningún sacrificio ha sido gratuito, muchacha. La muerte de Puerto del Duque os trajo aquí, y la muerte de la flota de Tres Mares os mantendrá aquí. Es la única manera de que obedezcáis. Siento que Vorfax os golpee con dureza, pero me alegra saber que habéis pasado la prueba. Y ahora, los cielos de Ismer son seguros gracias a vosotros.

—¿Seguros? —bufó Liam—. ¡¡La tormenta que has creado viene hacia aquí!!

—Me temo que ha sido un plan improvisado tras vuestro inesperado encontronazo con Vorfax: no podía permitir que abandonaseis la seguridad de la capital para retiraros a lamer las heridas en la costa, pero al mismo tiempo quería protegeros de un posible contraataque del Profeta hasta que Wallas tome el mando del Triunvirato y piense en un plan para acabar con él. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que situaros en el ojo del huracán, atrapados tras estas sólidas murallas? Mientras permanezcáis en Sotomonte, estaréis a salvo, rodeados por la tormenta. Os estoy regalando tiempo para que arregléis este caos.

—Qué amable por tu parte —dijo Wallas—. Lástima que la rebelión que esperas no vaya a ocurrir.

—Ocurrirá Wallas, lo quieras o no. Sin embargo... ay, si todo fuera tan sencillo... —Anders suspiró—. Por desgracia, me temo que Cutter ha encontrado una manera de volver este favor que os he hecho en vuestra contra. He venido para advertiros que algo muy peligroso viene hacia aquí.

—¿Qué es más peligroso que un jodido huracán? —preguntó Liam.

—El legendario Horgen Manos de Piedra, uno de los poderosos lugartenientes del Profeta. Mañana llamará a vuestra puerta, justo en mitad de la tormenta, cuando más vulnerables seréis.

—¿Horgen qué? ¿Qué clase de nombre es ese? —Liam se rascó los rizos,

confundido.

—Horgen Manos de Piedra —repitió Shawnla, preocupada—. Es uno de los Once de Ismer, un mago que vivió hace varios siglos.

—Me temo que Horgen sigue vivito y coleando, y no viene solo —dijo Anders—. Se acerca con una máquina de matar imparable que derribará estos muros como si fueran simples naipes apilados.

—¿De qué hablas?

—De un gólem. Vuestros cañones, misiles y bombas poco harán contra esa criatura cuando empiece a pisotearos como a insectos.

Aquello era poco más que una locura. Todos sabían que los gólems no eran otra cosa que leyendas imposibles. Ni el mago más poderoso había podido insuflar vida en objetos. La propia Magia lo rechazaba.

—Gilipolleces. —Ogsu se revolvió inquieto—. Desde que hemos llegado aquí no hacemos otra cosa que escuchar historias absurdas.

—Suponiendo que digas la verdad, Anders, ¿qué podemos hacer para matar a esa criatura? —Wallas le miró con suspicacia.

—Los gólems no tienen conciencia, ni inteligencia, ni piedad, y solamente tienen dos estados: encendidos y apagados. El mago que los activa les cede gran parte de su poder, y la criatura lo usa para destruir todo lo que encuentra, ya sea aliado o enemigo, mientras su dueño no le ordene detenerse.

—Si le cede gran parte de su poder para activarlo, el mago estará debilitado. ¿Y si lo matamos? —preguntó Rayner.

—Entonces, la criatura no se detendrá ante nada hasta que se quede sin poder. Sabiendo que Horgen es uno de los magos más poderosos de Gevangenís, podrían pasar días hasta que quemase sus reservas, y para entonces estaríais todos muertos. La criatura no tiene puntos débiles, o eso parece.

—¿Y cuál es la solución en la que salimos vivos de esta, entonces?

—En las palabras clave que lo activan y desactivan, Wallas. Son palabras de los Sin Sombra, pertenecientes a un idioma perdido hace milenios, pero pronunciadas de la forma correcta, pueden poner al gólem a dormir de la misma manera que lo despiertan. Horgen las adivinó tras siglos de intentos fallidos, escudriñando cada ruina antigua hasta la extenuación. Él es el único que os puede salvar, y estará cerca de Sotomonte, muy cerca, vigilando a su criatura en mitad de la tormenta. Tenéis que encontrarle.

Melvin se pasó la mano por la cara pesadamente, negando con la cabeza.

—Veamos, ¿quieres que supliquemos al mago de piedra que no nos mate?

—No suplicaréis nada, Wallas, porque el corazón de Horgen no alberga ninguna piedad para vosotros —dijo Anders—. Vais a sacarle esas palabras por la fuerza.

—En mitad de un huracán. Con un gólem aplastándonos.

—Exacto. Y tenéis que tener en cuenta que el Triunvirato no os va a ayudar.

—¿Cómo?



Anders se apoyó en el altar y les miró a todos lentamente, buscando su atención.

—Podéis advertir a Roch si queréis, pero ¿cuál creéis que será su reacción? Aunque os creyese, que lo dudo mucho, su primera opción será usar la fuerza bruta: misiles, bombas... nada detendrá al gólem. Y si encuentra a Horgen, su primera orden será abrir fuego contra él, y no conseguiréis acercaros para sonsacarle las palabras. A menos que tú, Melvin Wallas, tomes el control del ejército esta misma noche.

—He dicho que no va a ocurrir —repitió—. Y aunque ocurriese, las rebeliones no se resuelven de la noche a la mañana.

—Entonces, tendréis que hacerlo vosotros. —Anders suspiró aburrido—. Es algo que solo se resolverá cara a cara, no con fuerza bruta, y es la única solución que se me ocurre para esta inesperada situación. Me gustaría poder ayudaros, pero me temo que mis ilusiones no engañarían a una criatura gigante sin cerebro, y si hacemos caso a las leyendas, los gólems tienen especial gusto por aplastar magos, cuanto más poderosos mejor. Además, un veterano tan peligroso como Horgen olería mi presencia antes de que pudiese usar mis poderes para sonsacarle algo.

—Y quieres que nosotros le pongamos de rodillas para que nos perdone la vida. Nos estás pidiendo algo imposible y lo sabes.

—O eso, o la muerte —dijo Anders, que comenzaba a retirarse.

El silencio volvió a dominar la caverna. Las corrientes de aire se detuvieron, y las velas de las paredes ya no tintineaban; se consumían lentamente, con sus agonizantes llamas erguidas ordenadamente, como una fila de silenciosos testigos de lo que estaba ocurriendo.

—Esto es una locura. —Melvin se apoyó en el altar, abatido—. Un suicidio, más bien. Si Vorfax casi nos extermina, Horgen arrasará con nosotros...

—Vorfax fue algo imprevisto, Wallas, pero ahora sabéis que Horgen llamará a vuestra puerta mañana. Espero que le deis la bienvenida que se merece.

—¡Si solamente lo sabemos nosotros! —dijo Liam—. ¡No somos nadie!

—Una sola persona puede poner al mundo a sus pies, jovencito. —Anders volvió a sonreír una última vez—, así que no quiero oír excusas. Vosotros, la infame Compañía Parcheada, marcaréis la diferencia. Vosotros acabaréis con la peligrosa cruzada del Profeta. Vosotros salvaréis Ismer.

—¿Nosotros? ¿Estás loco? ¿Acaso nos has visto? —dijo Liam.

—Buena suerte, amigos. —Anders comenzó a alejarse hacia la oscuridad—. Ya os he advertido, y he de continuar mi camino. Ya hablaremos de otros temas más adelante... si es que podéis sobrevivir al día de mañana.

—Espera —le rogó Melvin—. Tengo cientos de preguntas que hacerte.

—No es momento de contestar preguntas, Wallas. Es momento de luchar.

—¿¿Y qué vamos a hacer?? —Melvin gritó desesperado—. ¡¡No podremos salir de Sotomonte en mitad de un huracán!! ¡¡Y aunque pudiésemos, nunca encontraríamos a Horgen dentro de ese muro de nubes!! ¡¡Moriremos todos!!

—Todo depende de la perspectiva con la que se miran las cosas, Wallas. Os echaré un ojo encima en cuanto pueda.

La silueta del mago desapareció en el aire como un espejismo se desvanecía en el desierto. De algún modo, supieron que se había marchado de allí, dejándoles solos mientras lidiaban con todas las revelaciones que había lanzado al aire.

—Estamos jodidos —dijo Liam.

Nadie añadió nada más.

## Sucio y salvaje

**I**NCLUSO allí, completamente sola en esa decadente y opulenta habitación perdida, se resistía a derramar una lágrima, a pesar de tener los ojos inundados de grandes y buenas candidatas. Nunca se había sentido identificada con las plañideras desvalidas que se sumían en un pozo de tristeza tras la muerte de sus allegados, esas que maldecían impotentemente al destino por sus crueles caprichos. Lana Jonsy no lloraba ni por nada ni por nadie, y punto. A pesar de ello, no podía evitar que sus ojos se mostraran vidriosos y, aunque fuese poco elegante de observar, se le cayesen los mocos por esa naricilla respingona que tenía.

Orlain ni siquiera era su padre, ¿o quizá sí lo era? Siempre había cuidado de ella, incluso en los peores momentos, y nunca jamás le había pedido absolutamente nada a cambio. A pesar de comportarse como una constante decepción, aquel barbudo de risa escandalosa siempre creyó en que podía ser algo más, que escondía talento en su interior. Y Kaled... él ni siquiera era su novio, ¿o quizá sí lo era? Nunca llegaron a tener esa conversación. Se había intentado convencer a sí misma de que el joven piloto era uno más, un capricho que podría abandonar cuando quisiera, pero después de perderlo se dio cuenta de que no era así. Y Ely... bueno, la odiaba, de eso no tenía ninguna duda. Pero entonces... ¿por qué no podía olvidar la imagen de su rostro al morir?

Se tumbó en la cama, con la mirada perdida en los elegantes arcos de madera del techo, desorientada como una extranjera en la tierra de los sentimientos de pérdida. Había visto morir a algunos soldados y compañeros antes, pero la angustia que se acumulaba en su pecho en ese momento era algo nuevo para ella. Lana nunca se había sentido tan confusa y perdida; ni siquiera cuando se marchó de casa furiosa, dejando a su loca madre y a su repelente hermana atrás, esperando encontrar una nueva vida en cualquier otro lugar.

Los odiaba, odiaba a sus seres queridos. Todos habían desaparecido, y solamente habían dejado atrás la debilidad, los lloros y los mocos. Los malditos mocos.

Se quedó mirando fijamente la funda de su rifle, que reposaba apoyada junto a la gigantesca cama. Si entrecerraba los ojos, parecía una oscura muleta esperando a ser usada. Era su particular apoyo: cuando lo empuñaba su debilidad desaparecía, y volvía a ser la letal sargento mayor Jonsy, la mejor tiradora de todo Tres Mares, cuya única preocupación era hacer su trabajo de la manera más efectiva posible. Sin esa muleta se sentía coja e inútil, perdida en una obra dramática donde no le chivaban sus líneas.

—Estoy sola —dijo para sí misma.

Un instante después alguien llamó a la puerta suavemente. El destino se reía de ella de nuevo.

Se incorporó en la cama y esperó en silencio, clavando su mirada en la puerta, sin

saber muy bien si deseaba ver a alguien o no. Volvieron a llamar. Se levantó y caminó descalza por las cálidas alfombras de lana que tapaban el frío suelo de mármol. Quitó el cerrojo de metal, se secó los ojos, se sorbió los mocos y la abrió. Por un momento, por un parpadeo, pensó que era Kaled, que venía a decirle que consiguió escapar a tiempo, que saltó del avión antes de que esa criatura viscosa y vil acabase con él. Sin embargo, se encontró con los ojos tristes de Rayner Gurgess, que se mordía el labio, sin saber muy bien qué decir.

—Hola, Lana —dijo con una voz lenta y apagada—. Yo... pasaba por aquí y...

—¿Pasabas por la décima planta del palacio real? Qué cosas. —Lana no quería que la trataran con ese lenguaje condescendiente que se usaba con las personas de luto. Lo odiaba profundamente. No era idiota, y no necesitaba que le suavizaran nada.

—Me has pillado. —Rayner sonrió mientras se rascaba la nuca—. La verdad es que este sitio es inmenso y me ha costado una hora dar contigo. Solamente me he pasado para saber qué tal estás.

Lana le miró en silencio, enfadada.

—Pues eso, ¿qué tal estás?

—Ya ves, Mondadientes —agitó un pañuelo arrugado en el aire—. Joder, qué preguntas más tontas me haces, gilipollas.

Él no pudo evitar mirarla discretamente de los pies a la cabeza. Lana vestía una vieja camiseta blanca deshilachada con una llama multicolor en el pecho, su favorita para dormir, y su tela descolorida y ajustada que acababa antes del ombligo dejaba poco margen a la imaginación, tan poco como lo dejaba su apretado tanga negro. Llevaba su pelo rojo suelto y despeinado, rozando sus curvas hasta la cintura, y sus ojeras oscuras hacían parecer que llevaba sombra de ojos. Odiaba ser *sexy* sin quererlo. Nunca se arreglaba, pero todos los hombres parecían verla atractiva a todas horas, aunque llevase la camiseta más apestosa y cutre del mundo. Aun así, lo último que quería hacer era taparse como una de esas puritanas pudorosas, sudando bajo toneladas de ropa, así que simplemente se había acostumbrado a que no la miraran a los ojos.

—¿A qué has venido, Mondadientes? —Lana volvió a la cama y se sentó sobre ella de un salto, con las piernas cruzadas—. ¿A decirme que lo sientes mucho y que me das el pésame? Pues ponte a la cola con los demás y escríbemelo en una puta tarjeta de ositos amorosos. Estoy bien —se frotó los ojos intentando disimular el atisbo de lágrimas. Cuando había gente mirándola, le resultaba más fácil contenerlas.

—¿Te han contado lo de Anders?

—¿Lo de que todos moriremos mañana sin remedio? Sí, Alastor ya me ha puesto al día y lo sabes, así que suelta lo que tengas que soltar, joder. Si me quedan pocas horas de vida en este mundo, no quiero malgastarlas.

Rayner descolgó la espada de su hombro y la apoyó junto al rifle. Se sentó en una butaca de los laterales de la habitación, a unos metros de distancia. Lana había olvidado que su belleza también resultaba intimidante.

—Lana, respecto a tu novio... quiero que sepas que yo también pasé algo así, ya sabes, en Puerto del Duque.

—Lo sé, leí tu expediente —se sorbió los mocos—. Al menos, las partes que no estaban censuradas. Se llamaba Alisa, ¿verdad?

—Sí... fue todo tan rápido que aún no estoy muy seguro de que ocurriese realmente. No tuve tiempo de despedirme. Ella... era... bueno, era lo único especial que había en mi vida —suspiró con una sonrisa triste.

—Joder, Ray, como sigas así me vas a deprimir más de lo que estoy. Y como me empieces a hablar de putas cosas románticas, voy a acabar potando.

—No fue una historia muy idílica.

—¿Estás seguro de que no me vas a acabar hablando de que perdiste algo especial, único e irrepetible? —Lana soltó un gruñido.

—Ese es el problema... que no tuve algo especial, único e irrepetible —dijo con cierto enfado—. Ahora me doy cuenta: siempre he sido un inútil, un idiota que se quejaba de todo desde su sofá sin mover un dedo por cambiar las cosas. Alisa siempre me animaba a nadar contracorriente, a comerme el mundo, pero yo trataba sus empujones como una molestia que ponía en riesgo mi modo de vida inofensivo e insípido. No tuve los cojones de darlo todo por ella, de hacer de nuestra relación algo único e irrepetible, así que por eso apenas siento rabia por haberlo perdido todo. Ella era mi salvavidas, y ni siquiera me daba cuenta de que me estaba ahogando.

—Entiendo. —Lana dio vueltas a sus palabras—. ¿Sabes qué?, quizá Alisa fue lo peor que te pudo pasar. Quizá ella fue la causa de tus problemas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rayner, sorprendido.

—Vamos, Mondadientes, ¿para qué aprender a nadar, si siempre tienes un salvavidas a mano? —Lana se tumbó boca abajo sobre la cama y apoyó su barbilla en una mano, recuperando su papel juguetero y descarado por un momento—. Cuando uno tiene el agua al cuello, cuando su vida peligra, es cuando patalea y aprende a flotar. Es cuando espabila, coño. Sí, puede que muchos se ahoguen por el camino, pero los que nadan a pesar de todo son las personas que alcanzan la orilla con pelos en los huevos. Quizá la seguridad de estar con Alisa hizo que te quedases dormido en tu puto sofá.

—Puede que tengas razón... pero no me gusta hablar mal de los muertos.

—¿Y porque alguien haya muerto hay que idealizar esa relación? Estoy harta de que solamente se echen flores en los funerales —se sonó los mocos—. Ya sabes, esa gente que, cuando palma, se vuelve la mejor persona del mundo para todos los que la conocían. La nostalgia nos engaña, Mondadientes. Los hechos son los hechos, estén vivos o muertos. No digo que Alisa fuese una mala persona, ni mucho menos, pero puede que no fuese buena para ti. Nada más.

—Ahora creo que soy yo el que se está deprimiendo...

—¡Vamos, capullo! —le animó a su manera—. Cuando te pusiste delante de ese dragón, vi a un tío con un par de cojones bien puestos, con confianza, dispuesto a

cambiar las cosas, ¡¡y nos salvaste la vida a todos, joder!! Ese alguien está en tu interior, esperando a que lo saques a pasear, anormal. Ten un poco de sangre en las venas, Ray, y no esperes a que los demás te lancen un jodido salvavidas todo el puto rato. Aprende a nadar por ti solo, coño, y llegarás a la tierra que quieras.

Rayner reflexionó durante unos instantes.

—No lo había pensado de esa manera —asintió—. ¿Y cuál es la solución? ¿No apoyarse en nadie nunca?

—¡Claro! Confiar en alguien es peligroso. Mira a dónde nos ha llevado: a la pérdida, al llorar tumbados en la cama, esperando a que alguien nos rescate antes de ahogarnos entre lágrimas —lanzó varios pañuelos usados al suelo—. Apoyarse en los demás es inútil. A unos les lleva al desengaño, y a otros...

—¿... a la felicidad, quizá? Eres demasiado radical, Lana.

—¿Sabes lo que me hace feliz, Mondadientes? Disfrutar de la puta vida, y soy capaz de hacerlo por mí misma, sin necesidad de arrumacos o palmaditas ajenos. ¿Sabes lo que también me hace feliz? No sufrir, coño. Sin embargo, aquí estoy, llorando por gente que ya ni siquiera existe, como una puñetera idiota.

—Bueno... llorar por la pérdida de nuestros seres queridos es importante, y ayuda a calmar heridas abiertas, a pasar páginas muy escurridizas. Alisa era la mujer de mi...

—¿La mujer de tu vida? —le interrumpió—. A mí no me engañas con palabras bonitas, Mondadientes. Si realmente fuese la mujer de tu vida, no estarías arrepentido de haberte comportado como lo hiciste con ella, sino que lo habrías dado todo desde el primer minuto. ¿No es lo que hacen los putos enamorados? No te engañes: la mayoría de las relaciones no son más que un reflejo sucio de lo que nos venden en las películas románticas. Nos emparejamos, nos juramos amor eterno, pero no es más que una farsa provocada por la inercia, por la costumbre, por las convenciones sociales. ¡Cuántas parejas ni siquiera se aguantan! Nos mentimos a nosotros mismos, Mondadientes, por miedo a sufrir, por miedo a darnos cuenta de que la vida no es de color de rosa.

Rayner se quedó en silencio, pensando en esas palabras cargadas de una ponzoñosa ira contenida. Lana no estaba segura de si pensaba realmente eso o bien ponía en su boca palabras que necesitaba escuchar. No quería pasar página, quería arrancarla del libro para no tener que leerla nunca más.

—Quizá... quizá tengas razón —dijo Rayner. De repente, su voz sonaba más confiada y potente—. Siempre me he valorado reflejándome en la opinión que los demás tenían sobre mí. Ahora que me he quedado solo, ahora que no tengo a nadie diciéndome quién soy, me he sentido aún más inútil, como un fantasma. Creo que es hora de que empiece a actuar como la persona que deseo ver reflejada en un espejo.

—Bien dicho. Hay gente que necesita la aprobación de los demás para sentirse útil, que necesita el amor de otros para saber que está siendo una persona digna de ser tenida en cuenta. No es más que autoengaño, no es más que debilidad. Yo prefiero

afrontar la verdad, por muy dura que sea —sentenció.

Él la miró durante unos instantes y sonrió.

—Ya, claro. —Rayner se irguió en la butaca—. Por eso estás aquí, dándome discursos sobre el lastre que suponen los sentimientos, sobre cómo no debería querer a nadie, y me lo sueltas entre lágrimas y mocos, joder. A ver si te aclaras, Lana Jonsy, porque visto desde aquí, parece que te estás engañando a ti misma igual que hacen todos los demás. O me das sermones, o lloras, pero no puedes hacer las dos cosas a la vez, amargada de mierda.

No pudo hacer otra cosa que echarse a reír.

—Vaya, por fin sale algo de mala leche de esa cara de adormilado que tienes, Mondadientes —dijo entre risas y sollozos—. ¡Aprendes rápido! Quizá aún haya esperanza para ti.

—No eres la primera persona que me dice eso. Supongo que las hermanas Jonsy me han enseñado mucho estos meses.

—Medio hermanas —respondió mientras le lanzaba un pañuelo pringoso a la cara. Gurgess lo apartó como si estuviese contagiado por la Peste de las Virutas—. Ya me jodía compartir la mitad de mis genes con ella, así que no lo empeores.

—¿Qué tal llevas su... bueno, su muerte?

Lana, incómoda, quiso escapar de esa conversación. Se fijó en la espada de Gurgess apoyada en la cómoda, junto a su rifle.

—Hablando de amores... veo que no abandonas a tu nueva parejita —la señaló—. ¿Cómo lo llevas? ¿La sacas a pasear y le dices cosas bonitas a la luz de la luna?

—No es la mejor novia del mundo: es fría, no muy habladora, siempre quiere que la lleve a cuevas a todos los lados, y temo que, si la beso, me contagiará una enfermedad con esas costras roñosas que le han salido —bromeó con cierto tono sombrío.

—La chica perfecta —bromeó—. No la dejes escapar.

—No me gusta la idea de perderla de vista, y menos después de lo que hemos vivido por aquí —dijo con seriedad—. Jamás pensé que esas... cosas grotescas pudieran existir. Por si fuera poco en lo que pensar, Shawnla casi me ha convencido de que sus fantasías sobre dioses enterrados tienen algo de realidad. Viendo las cosas inexplicables que nos rodean... bueno, la imaginación se desborda.

—No confundas inexplicable con sobrenatural —aclaró Lana—. Shawnla es una chica inocente, ha leído demasiadas historias raras, y tiene una imaginación muy intensa, lo que es una combinación peligrosa. Me parece curioso que una chica tan inteligente como ella sea devota de los Dioses Solares.

—Sí, es una chica especial... pero todos tenemos nuestras contradicciones, ¿no? —Rayner no pudo evitar sonreír, estirándose en la butaca. En ese momento, proyectaba una imagen distinta, llena de confianza.

—Vamos, Gurgess, se nota que la tienes loquita por ti. —Lana le lanzó otro pañuelo moqueado—. Desde que la conozco, jamás ha mirado a ningún chico de la

misma manera que te mira a ti, y mira que ha vivido rodeada de tíos a todas horas. ¿No vas a hacer algo al respecto?

—Ni siquiera lo había pensado. Creía que teníais prohibido... —Se revolvió el pelo— ya sabes, tener contacto durante el servicio.

—Joder, mira que eres corto, coño. ¡Somos puñeteros humanos, Ray! Bueno, al menos yo soy medio humana, y como habrás comprobado, me resbalan las putas reglas en contra de la confraternización —le dijo con amargura—. Tarde o temprano, cuando el panorama se relaje y el sol vuelva a brillar, si el frente sigue en calma, Shawnla tendrá algunas horas libres. Podrías invitarla a algo, no sé.

—¿Invitarla a qué? —Rayner soltó una carcajada sincera—. ¿A un restaurante?, ¿al cine? No hay nada de eso en esta tierra. ¿Qué narices planea esta gente cuando quiere impresionar a una chica? No me veo invitándola a recoger la cosecha anual de nabos conmigo.

—Oh, no me hagas soltar el chiste fácil —los dos se echaron a reír de nuevo.

—Me alegro de verte sonreír, aunque sea un poco. —Gurgess le lanzó un guiño confiado—. He hablado con todos y están bastante preocupados por ti. Hasta Liam, que normalmente es un gilipollas desconsiderado, preguntó si estabas bien.

Aquello le atravesó el pecho. Después del poco interés que había puesto por liderar a todos, ¿por qué se preocupaban por ella? No pudo evitar que las lágrimas volvieran a acumularse en sus ojos a una velocidad pasmosa. Intentaba contener el llanto, pero le resultaba más difícil que nunca. «Mierda, vuelta a empezar», pensó, frustrada por no poder domar sus emociones. Le hubiera encantado pedir un abrazo, un consuelo fugaz, pero se sentía incapaz, extraña e incómoda.

—Joder... eres un capullo, Ray —le dijo entre sollozos incontenibles—. Ya te podrías haber callado la puta boca, coño.

No pudo más. Echó a llorar con todas sus fuerzas frente a él, y por una vez, no le importó lo más mínimo. Le daba igual todo. Daba igual que no fuese como quería ser o que los demás pensasen que era débil. Necesitaba sacar la basura de su interior y lo hizo. Lloró como no lo había hecho en muchos años, y con unas lágrimas tan saladas e intensas que no se parecían a ninguna de sus predecesoras. Jamás se había sentido tan mal, tan perdida.

—Yo... soy una idiota —sollozó—, una idiota. No puedo más. Creía que nunca echaría de menos a nadie en este mundo... y bueno, no sé, ¡no sé! Me siento como una completa idiota por no haber correspondido a las personas que me querían. Incluso la idiota de Ely me quería a su manera, creo. Debería haberles dicho muchas cosas, demasiadas... y ahora no están. Se han ido para siempre.

Rayner se acercó a ella y le puso la mano en el hombro, en un torpe intento de consolarla que la hizo sonreír. Lana no quería que se fuera. Cuando se quedaba sola, no podía evitar comenzar a dar vueltas a los pensamientos y las emociones que la devoraban por dentro. Quería olvidar, quería volver a sentirse la Lana de siempre, la cascarrabias, la que dominaba la situación y no se sentaba a lloriquear. Necesitaba



una muleta de repuesto antes de que pudiese aprender a caminar sola de nuevo, sin ayudas. Un salvavidas.

Lana se agarró su largo pelo y lo apretó en una improvisada coleta entre sus dedos, peinándolo nerviosamente como una adolescente.

—Oye, podrías quedarte a pasar la noche conmigo. Ya sabes.

Se echó hacia delante, sacando pecho, arqueando la espalda y mirándole con ojillos de gacela. Lana no era muy buena seductora, pero hasta un tipo poco espabilado como él leería su gesto. Rayner levantó las cejas y abrió los ojos de par en par. Era un chico mono, no especialmente su tipo, pero le serviría. Tenía algo especial oculto bajo la piel, algo oscuro, al igual que ella. Podía sentirlo. Se llevarían bien en la cama.

—Lana... no creo que sea una buena idea —masculló nerviosamente—. No quiero aprovecharme de ti.

—Ya, pero yo quiero aprovecharme de ti, gilipollas. Deja de darle vueltas a todo.

Al igual que todos los hombres, no sería difícil de convencer. Quizá si insistiera un poco se saldría con la suya antes de derrumbarse entre más mocos y lloros. Buscaba que la abrazaran, que la consolaran, pero eso la haría parecer débil y patética. Prefería mantener la parte sentimental lejos de sus palabras, prefería fingir que simplemente buscaba una noche loca sin compromiso.

—Vamos, podemos disfrutar de un revolcón sin complicaciones —dijo con la voz rota, a punto de llorar—. Algo salvaje, algo sin pensar. Tú has perdido a alguien, yo... yo también, y es posible que mañana se acabe todo para nosotros. No le vendría mal un poco de calor a mi lado humano.

Dio un par de golpecitos a la cama, invitándole a unirse.

—Quédate, por favor. Por favor, no quiero estar sola —admitió con vergüenza—. ¿Es por Shawnla? Oye, no me importa. —Lana se sorbió los mocos de una manera muy poco *sexy*. De repente, se sintió estúpida en la cama, así que se levantó y se acercó a él—. No estoy enamorada de ti ni nada por el estilo, no te confundas. Solamente creo que nos vendría bien un revolcón a los dos, ya sabes, como desahogo.

—Lana...

—¿Qué coño importa, si vamos a morir mañana? —le retó—. Ten un poco de sangre en las venas por una puta vez, joder.

Gurgess, dolido por el comentario, respiró hondo, la agarró por los hombros y la miró fijamente. De nuevo, se mostraba confiado, como si fuese una persona completamente distinta a aquel vago mal afeitado que conoció en la cubierta de aquel portaaviones. ¿La iba a besar? Lana se ruborizó como una adolescente al tenerle tan cerca. Si él se acercase un paso más, solamente un paso, sus cuerpos se rozarían. Podía sentir su calor. Quiso rodearle con sus brazos, pero no se atrevió. Se quedó quieta como un pasmarote.

Rayner le acarició la mejilla suavemente, casi rozando sus labios entreabiertos, recreándose con una fría seguridad. Por un momento, el deseo de Lana se volvió

genuino y sintió un suave cosquilleo entre las piernas. Soltó un pequeño suspiro involuntario.

—No seas cenizo y quítame la ropa, capullo —murmuró mientras ponía las manos en su pecho.

Él la rodeó con sus brazos y sus cuerpos se pegaron sin dejar un palmo de aire, compartiendo una calidez mareante. Notó cómo sus grandes dedos acariciaban la piel desnuda de su cintura, jugueteando con sus curvas. Ya le tenía. Lana comenzó a respirar apresuradamente, excitada, olvidando el dolor de su corazón por un momento. Le pasó los dedos por la cara suavemente, notando su barba atolondrada de varios días, y se acercó para besarle.

—Tienes unos ojos preciosos —le dijo justo antes de lanzarse. De cerca, los ojos marrones de Rayner se arremolinaban en torno a su pupila como un pequeño huracán de tonos ocres.

Entonces, cayó en la cuenta.

—Me cago en la puta —dijo, mientras se apartaba de él—. ¡¡Me cago en la puta!!

—¿¿Qué?? —Él la miró confuso y alarmado—. ¿He hecho algo mal? Joder, lo siento...

—No, Ray, no has hecho nada malo. ¡¡Al contrario!! Acabas de darme una idea cojonuda... Piénsalo: si hacemos caso a las palabras de Anders, el huracán pasará justo sobre Sotomonte, ¿no es cierto?

—Sí, y nosotros no podremos hacer nada para evitarlo —suspiró—. Horgen estará rondando por los alrededores mientras su criatura nos ataca, pero no podremos asomarnos fuera de las murallas. Jamás le encontraremos en mitad de esas nubes llenas de rayos y esos vientos mortales.

—Lo sé, lo sé... pero ¿qué tienen todos los grandes huracanes, Ray?

—Pues ya te lo he dicho: nubes, rayos y vientos que nos harían volar por los aires.

—¿Y qué más?

Lana trazó un círculo en el aire.

—Joder... un ojo. El ojo del huracán. —Rayner se sentó en la cama, aturdido.

—Exacto, joder. —Lana se sentó junto a él—. Un remanso de calma en mitad de la tormenta, un grandísimo agujero de vientos fríos. Si el huracán se dirige a Sotomonte, su ojo pasará sobre la ciudad en algún puñetero momento.

—Dioses... ahora que lo dices, ¡¡Anders ya nos dio la clave!!

—¿A qué te refieres, Ray?

—A sus últimas palabras antes de irse: «Todo depende de la perspectiva con la que se miran las cosas», dijo. Y luego añadió: «Os echaré un ojo encima en cuanto pueda». Pensaba que era una manera de hablar... ¡pero es algo literal! ¡Nos estaba dando la clave para poder contraatacar!

Se miraron llenos de ilusión, con esperanza renovada.

—La ventana será breve, así que necesitaremos un helicóptero para cubrir la

mayor distancia posible —dijo ella, pensando—. El Triunvirato tiene unos cuantos aparatos nuevos escondidos por la ciudad, pero la mayoría tienen una baliza de control que los mantiene inutilizables, y su activación requiere la aprobación del Mariscal. Necesitamos buscar uno que no la tenga, porque en cuanto robemos uno, Roch se nos va a echar encima.

—Te olvidas de lo más importante: necesitamos un piloto dispuesto a ejecutar el plan suicida de unos renegados.

—De eso no te preocupes. Yo soy una piloto cojonuda.

—¿Tú? —Rayner torció el morro—. ¿Desde cuándo?

—Estuve liada con un piloto durante un año, capullo. Y aprendo rápido —añadió—. Me cago en la puta, Ray... después de todo, es posible que mañana tengamos una oportunidad.

—Bueno... a mí me sigue pareciendo un plan bastante suicida. Sigue habiendo un horrible gólem, un mago de leyenda que nos quiere ver muertos y una tormenta gigantesca; todo orbitando alrededor de una ciudad en ruinas, donde un ejército malherido y dirigido por un loco ni siquiera sabe lo que le va a caer encima.

—Ya, pero estamos nosotros, Ray, estamos nosotros. —Lana sonrió—. Que le jodan al puto mundo, porque mañana vamos a patear al culo a todo el que se ponga en nuestro camino.

—Ese sí que me parece un buen plan —sonrió.

Estaban excitados, ilusionados, llenos de energía positiva, dispuestos a enfrentarse al futuro. No más lloros, no más arrepentimientos: iban a agarrar la vida por las pelotas, iban a luchar por sobrevivir. De repente, los dos se dieron cuenta de que habían enlazado las manos desde hacía un buen rato.

Lana, ruborizada, le pegó un sopapo.

—¡¡Au!! —Rayner se dolió—. ¿¿A qué ha venido eso??

—No creas que soy de esas, Rayner Gurgess. No vuelvas a hacer manitas conmigo. —Lana se incorporó, agarró sus pantalones y se los puso a base de saltitos.

—¡¡Pero si querías echar un polvo hace un momento!!

—No hay tiempo. Tenemos demasiadas cosas que hacer antes del alba, así que coge esa puta espada, pásame el rifle y abre esa puerta, porque vamos a buscar a mi puñetera Compañía Parcheada.

## Llamando a la puerta

**J**USTO antes del alba, los primeros vientos fuertes comenzaron a agitar enérgicamente las interminables filas de banderas del muro exterior de Sotomonte, anunciando que el destino inevitable estaba a punto de presentarse a la fiesta. Las rachas eran tan fuertes que mecieron las campanas que había en lo alto del palacio, haciendo que entonasen una caótica composición, tañendo por sus inminentes muertes.

Estaban en mitad de un caluroso verano, pero cuando el muro gris de destrucción atravesó el valle y engulló cada edificio, cada torre y cada plaza en un violento abrazo, la temperatura descendió casi veinte grados de golpe, y muchos de los soldados acuartelados en las torres de vigilancia del muro se sorprendieron al ver que el vaho de sus alientos se condensaba al salir de sus bocas. No tenían ni idea de lo que se avecinaba.

El frágil cuerpo Melvin, envuelto de nuevo en el voluminoso traje de combate blindado de los magos, apenas sentía el abrazo del frío, pero sus manos seguían estando a la intemperie, así que se las acercaba a la boca de vez en cuando para calentarlas.

El aire de la torre de vigilancia central del muro se había llenado de una gélida humedad que se pegaba a la piel como una sustancia espesa y agobiante. Se encontraban en el armero del piso inferior, donde Liam paseaba frente una pared plagada de alabardas, espadas y picas, jugueteando con sus filos y pateando algún escudo.

—Déjala donde estaba, chaval —le regañó en cuanto vio que agarraba una espada.

Desde luego, eran armas que nada tendrían que hacer ante una precisa ráfaga de disparos. Sin embargo, con el Triunvirato aislado del resto del mundo civilizado, sin líneas de suministro que les abasteciesen de munición desde la costa, no pudo evitar pensar qué pasaría con el tiempo. «Supongo que esas toscas reliquias ya no nos parecerían trastos tan risibles».

—Joder, viejo, déjame entretenerme un rato, al menos —se quejó el chico—. Llevamos todo el día sentados, mirando esta tormenta... siento que estoy esperando a mi propia ejecución, porque ese mago de piedra nos podría atacar en cualquier momento. ¿Sabemos a qué hora podremos despegar?

—Ipkis ha hablado con los meteorólogos del Triunvirato, pero no se han puesto de acuerdo del todo —resopló inquieto—. Trabajan con estimaciones, así que la hora varía... unos han dicho que el ojo debería haber llegado al mediodía, hace tres o cuatro horas, y otros dicen que hasta bien entrada la noche no lo veremos. Otros dicen que no lo veremos, a secas, porque no todos los huracanes tienen un ojo central. Estamos a ciegas.

—Entonces... ¿y si no llega?

Melvin calló. «Si no llega, esta ciudad perdida se convertirá en nuestra tumba», pensó.

Observó fijamente las estrechas vidrieras de colores que daban al exterior. Los cristales retumbaban y vibraban como si los mismísimos dioses soplasen con toda su furia al otro lado, y un fantasmagórico ulular se colaba por las pequeñas rendijas de los cimientos, creando miedos invisibles en cada esquina y rincón. El sol de la tarde apenas se podía abrir paso dentro de esa muestra de la furia de la naturaleza, y la poca luz que llegaba hasta el suelo era débil y sucia, haciendo que estuviesen a medio camino entre el día y la noche, en un tiempo indeterminado y desdibujado.

—No deberíamos estar en el muro —dijo Liam—. Deberíamos haber ayudado a los demás a robar ese helicóptero. Quizá no lo consigan.

—Confío en ellos. Si nosotros estamos aquí, es porque tengo que hablar con él una vez más.

—Ya intentaste razonar con él ayer y no conseguiste una mierda. Quizá... quizá deberías pensar en la posibilidad que nos propuso Anders.

—No —respondió tajantemente—. Está fuera de la mesa y no quiero oír hablar de ella. No quiero ser recordado como «Wallas el Traidor». —Melvin se apoyó en el bastón y soltó un quejido. Cada minuto que pasaba, el traje parecía pesarle más y más.

—Como quieras, pero hay gente que no atiende a razones. Estamos perdiendo el tiempo. —Liam se cruzó de brazos. Wallas rezó para que no estuviese en lo cierto.

No hubo manera de convencer al Mariscal Supremo de la amenaza que se avecinaba, y menos cuando esa amenaza tenía la forma de una colosal entidad sin alma, una montaña capaz de caminar, sacada directamente de las leyendas y habladorías más supersticiosas. Y menos cuando el aviso provenía de poco más que un espejismo que encontraron en un templo macabro excavado en las entrañas de la montaña.

—Oye, tío, ¿qué os traéis entre Roch y tú? —le preguntó el chico.

—¿Quieres la respuesta corta o la larga? —suspiró. Por una vez, no tenía muchas ganas de contar la versión detallada de sus vivencias personales.

—Considerando el momento delicado en el que estamos, prefiero la versión corta. No me gustaría pasar las últimas horas de mi vida escuchando anécdotas aburridas sobre quién la tenía más larga de los dos.

—Oh, la historia entre Roch y yo es francamente entretenida, pero te la voy a resumir en dos palabras muy simples: una mujer.

—¡Vaya, vaya! —Liam le pegó un par de codazos cómplices—. ¡No sabía que fueras uno de esos tipos que roban chicas a Mariscales! Creía que ya habías nacido viejo, arrugado y aburrido.

—Ya te dije que una vez fui joven, chaval, y era un inconsciente demasiado parecido a ti. Pero eso fue hace mucho, mucho, tiempo.

—No me puedo creer que fueses como yo. —Liam le comenzó a mirar con otros ojos, intentando imaginar su aspecto sesenta y pico años atrás—. ¿Qué te pasó para haberte vuelto tan carroza y muermo?

—Pues que cumplí casi noventa años. ¡Te parecerá poco! Crees que siempre serás como eres, pero algún día tú también cambiarás y madurarás.

—Claro que maduraré —dijo con soberbia mientras se erguía—. Desde que he descubierto mi nueva vocación en la vida, estoy pensando en convertirme en un peligroso y elegante mago que siempre se lleva a las chicas al huerto; ya sabes, como los de las películas. Creo que tengo el potencial para conseguir hacer historia.

—Chaval, te repetiría por enésima vez que la vida de un mago no es tan fácil como parece en las películas, pero no quiero quitarte tus estúpidas ilusiones; de eso ya se encargará la vida misma. Si es que vivimos lo suficiente como para ver otro día, claro.

—Lo que tú digas, amarguras. —Liam puso los ojos en blanco y suspiró—. Me deprimes con tus chácharas... me cortas las alas... me hundes los sueños... ¿y tú robabas mujeres por ahí de joven?

—¿Quién ha hablado de robar? Yo no robé nada a nadie. Yo... bah, no lo comprenderías aún. —Wallas resopló sonoramente, haciendo vibrar su barba blanca—. Cuando tengas un poco de paciencia te contaré la historia completa, porque si vas a empezar a soltar tus chascarrillos a cada minuto me voy a acabar hartando.

—¡Vamos! ¡No me dejes con la miel en los labios, viejo!

Súbitamente, la puerta de uno de los laterales de la sala se abrió y dejó pasar al violento viento que golpeaba las murallas, que invadió el interior de la sala con una onda de choque abrumadora, sin ni siquiera darles un segundo para prepararse. Era tremendamente frío y húmedo, y consiguió colarse por las aberturas del traje de Melvin, entumeciéndole las articulaciones. Una figura enorme entró al interior y cerró la puerta con facilidad, trayendo el suave ulular de la protección de vuelta. Era Gork, el cocinero orco, que portaba un chubasquero verde que chorreaba como un gigantesco estropajo sin escurrir. Se sacudió el agua con sus manazas y se sonó la nariz sonoramente nada más entrar.

—¡Joder! —gritó Liam, tiritando—, como vuelvas a abrir esa puerta, voy a coger una jodida gripe en pleno verano.

—Díselo a este saco de huesos.

Para su sorpresa, Gork traía algo debajo del poncho: era el cabo Ipkis. Le lanzó al suelo como si fuese un saco de patatas.

—Chico —le dijo el orco mientras le daba una patadita amable—, voy a tener que freírte unos cuantos chuletones para que cojas un poco de fuerza, porque te veo flojo.

—¿Lo tenemos, Gork? —preguntó Wallas mientras se recolocaba el sombrero de mago.

—Lo tenemos —el orco sonrió. Pegó un par de saltitos para deshacerse del agua que le empapaba, y Melvin pudo notar en sus pies cómo el suelo vibraba—. Un viejo

cacharro aparcado en una plaza del barrio bajo, vigilado por dos centinelas atontados. Es el único sin baliza de control que hemos encontrado. Es una antigualla, pero Lana dice que podrá volar.

Melvin tragó saliva. Si ya odiaba volar, un paseo en un helicóptero digno de desguazar en mitad de una tormenta no iba a ser algo agradable.

—Estupendo... —A pesar de las reticencias, Melvin se permitió una sonrisa esperanzadora—. Ahora solamente nos falta un ojo.

—Y un objetivo —dijo Liam—. ¿Se sabe algo del mago de piedra?

—No lo podríamos saber ni aunque quisiéramos —dijo Ipkis—. Los instrumentos electrónicos y detectores de Magia se han vuelto locos, y apenas se puede ver nada a diez metros de distancia. No funcionan ni las radios de corto alcance... si nos atacan, esto se convertirá en un caos.

—Por eso Alastor, Shawnla y tú os quedaréis para coordinar la defensa —le ordenó Wallas—. Roch usará soldados para transmitir las órdenes directamente, y vosotros os haréis pasar por ellos. Tenéis que evitar que esa criatura entre a la capital a toda costa. Contenedle aquí, en el muro exterior, y distraedle hasta que nosotros despeguemos y sometamos a Horgen.

—¿Y si salta el muro? —murmuró Ipkis.

—Este muro mide más de cincuenta metros de altura y diez de grosor, chico. —Gork golpeó la pared con el puño, emitiendo un sonido duro y seco—. El bicho, por muy fuerte que sea, va a tener problemas para trepar algo tan alto. No seas cagueta.

—¿Alguien ha pensado ya cómo vamos a convencer a Horgen de que no nos mate? —preguntó Liam.

—No tengo ni idea —respondió Melvin—, pero supongo que la espada de Gurgess cerca de su garganta le hará replantearse muchas cosas.

—Solamente espero que Mondadientes no se la corte, porque entonces no podrá pronunciar las palabras —dijo Liam.

Un guardia bajó desde el piso superior. Les indicó que subieran con él. Melvin se levantó pesadamente.

—Esperad aquí a que volvamos —ordenó a Gork e Ipkis—. Vamos a intentar lo imposible por última vez.

—¿Tengo que ir? —se quejó Liam.

—Sí. Tienes que aprender.

—¿A qué? ¿A que me manden a la mierda una y otra vez?

—Exactamente. No será la primera ni última vez en tu vida.

Melvin y Liam comenzaron a ascender una estrecha escalera de piedra maciza que caracoleaba hacia el piso superior, donde les aguardaba el puesto de mando de Roch, justo en lo alto de la torre central de la muralla. Era una subida estrecha, agobiante, y tuvieron problemas para avanzar con la pesada coraza sin rozar constantemente con las paredes. Desperdigadas por el camino de escalones desgastados e irregulares, las finas aberturas verticales que una vez sirvieron de punto

de disparo para arqueros y ballesteros dejaban entrar agobiantes bocanadas de viento, consiguiendo que las paredes silbaran con tonos inhumanos e inquietantes.

La parte superior era más cálida que el resto de las estancias del muro. La guardia personal del Mariscal había sellado todas las ventanas para evitar roturas de cristales, y la improvisada sala de operaciones estaba iluminada por varias lámparas eléctricas que se alimentaban de ruidosos generadores de gasolina. En el centro de la sala, una voluminosa mesa albergaba mapas de todos los tamaños y colores posibles. De pie junto a ella, frente a un par de escoltas aburridos, se encontraba el Mariscal Roch, solo. Estaba absorto en sus imposibles planes, trazando líneas una y otra vez con una regla. Cuando los dos magos entraron en la sala, ni siquiera les miró.

—Roch, tengo que pedirte una última vez. —Melvin usó un sincero tono de súplica—. Estamos en grave peligro. Tienes que poner a todos en alerta de combate, por favor, antes de que sea demasiado tarde.

—Estoy harto de que me des órdenes, Wallas —le respondió con el mayor desprecio posible—. No eres un Mariscal, y si no recuerdo mal, ni siquiera eres un maldito mando militar. Solamente naciste con un don que no te ganaste en ningún momento, y parece que por eso te crees una especie de estratega. Yo he llegado aquí por mis propios méritos, por mi astucia, no por saber romper con poderes que no comprendo.

—Esto no va sobre mí o sobre ti, y no te estoy ordenando nada: te lo estoy suplicando, Roch. Es muy probable que seamos atacados en breve por una fuerza desconocida, y si reaccionamos tarde, puede ocurrir algo peor que con el dragón. Razona, por favor.

—Estoy harto de tus cuentos para niños, Wallas —alzó la vista, al fin. La mirada del Mariscal daba miedo—. Si quieres dejarme en ridículo delante de mis hombres, vas a tener que buscar una excusa mejor que puñeteras moles de piedra que caminan. No vas a conseguir dirigir este ejército, por mucho que te esfuerces.

—Jamás he querido dirigir a nadie, Roch. ¡No quiero quitarte nada! ¡Estás paranoico! Solamente intento salvar la vida a todos.

—¡¡No me trates como a un idiota!! —Roch lanzó la regla al suelo y le señaló acusadoramente, lleno de rabia—. Soy el último Mariscal que queda vivo; si yo caigo, todos los soldados se girarán hacia ti en busca de esperanza. Lo sé. Los mandos hablan, cuchichean a mis espaldas, alabando tu intervención en las puertas de Sotomonte, recordando tus hazañas pasadas, murmurando que quizá la Magia debía combatirse con más Magia. Me dan asco.

—Quizá hablan de mí de esa manera porque tú, Mariscal, les abandonaste en mitad de la primera batalla que nos encontramos.

Los dientes de Roch rechinaron como uñas rascando una pizarra.

—Atrévete a repetirlo.

—Eh, bueno, tíos. —Liam, apurado, intentó calmar el ambiente—, deberíamos hablar esto como gente normal y civilizada...



—¡¡Fuera!!! —gritó Roch con todas sus fuerzas, rojo e hinchado—. ¡¡Largaos de aquí antes de ejecutar el Protocolo Cosecha y os vuele en pedazos a los dos!! Tengo cosas mucho más importantes que hacer que escuchar las calumnias y estupideces de un fósil inútil y encorvado. Ah, y no creas que vas a ir donde te plazca a partir de ahora, no señor. Se acabaron los privilegios y la libertad. No puedes maquinar planes sin que yo me entere.

—¿A qué te refieres?

—He visto a tus secuaces rondar los pocos helicópteros que me quedan, mago. —Roch sonrió maliciosamente—. No sé qué tramáis, pero no os moveréis de Sotomonte sin mi permiso, y si a alguno de vosotros se le ocurre despegar sin autorización, daré la orden de derribarlo de un disparo de misil inmediatamente.

El rostro de Melvin cambió y se rellenó de una ira imposible de contener. De repente, la idea de derrocar a ese déspota no le parecía tan mala.

—¡¡Idiota!! ¡¡Maldito necio!!

Furioso, dio un golpe con el bastón en el suelo, haciendo vibrar toda la sala, haciendo caer mapas y chinchetas de las paredes. Los papeles se arremolinaron alrededor de ellos. Los guardias de Roch, alarmados, se pusieron detrás de su jefe, atentos, con las manos en el gatillo de sus armas. Les apuntaron.

—¡Tu orgullo va a matarnos a todos! —gritó Melvin—. ¡Me has demostrado una vez más que el mundo está dirigido por idiotas, por gente sin sensatez ni conciencia! ¿Cómo se puede luchar contra la estupidez y la ignorancia? ¡No hay nada que hacer, nada! ¡Estoy harto! Te voy a mandar al Abismo ahora mismo con mis propias manos, lo juro. Juro que te mataré. —Wallas dio un paso al frente y agarró su bastón con las dos manos.

Roch le lanzó una sonrisa cargada de veneno.

—Por fin, las dulces palabras que quería oírte pronunciar. Guardias, vosotros mismos habéis escuchado al mago amenazarme de muerte directamente, así que arrestad a Melvin Wallas por alta traición y llevadle al calabozo ahora mismo.

—Espera un momento... ¿Qué? —Liam no sabía qué hacer. Estaba demasiado acostumbrado a ser el insensato como para adaptarse a su nuevo rol de única persona cabal en la sala.

—¡¡Eres un necio, Roch, un necio!! —gritó.

—Me importa una mierda tu opinión, vejstorio. Hace tiempo que debí ordenar que te ejecutaran pero, como siempre, eras «demasiado valioso» como para que te pusiese la mano encima. Ahora que no eres más que un viejo vacío de poder, nadie te echará de menos. Nadie. Pronto no serás más que una estatua llena de cagadas de paloma en mitad de Brisa Salada, y los adolescentes agilipollados, como el niño que te acompaña, llenarán de pintadas tu recuerdo. Voy a encargarme personalmente de que se te ejecute con esa espada negra que tanto temes, la que blande ese inútil. Oh, y me voy a encargar de tu asquerosa Compañía Parcheada, no lo dudes. En cuanto Jonsy y sus amiguitos pongan una mano en ese helicóptero, voy a arrestarles y

acusarles de alta traición. La sentencia es la pena de muerte, Wallas, la pena de muerte, o al menos cincuenta años en una cárcel militar viendo la vida pasar. Cuando salgan, van a estar tan jodidos que van a querer pegarse un tiro en cuanto se miren al espejo. Y se acabaron las vacaciones de tu patético discípulo: voy a encerrarlo en una celda especial sin ventanas de mi portaaviones, como a esa sádica de Eliza Sunhein.

—Joder... ¡calmaos un momento! —Liam, impotente, comenzó a sollozar.

—Y cuando esta tormenta pase, yo seguiré al mando de este ejército, no tú, y pienso recorrer toda la puta Quijada en busca de la princesa Darea y sus súbditos. Cuando la encuentre, voy a bombardearla de tal manera que no quedarán más que trocitos de princesa que recoger. Voy a convertir este reino en un cráter humeante. Voy a enseñar al mundo que nadie juega con Tres Mares.

—Sádico de mierda... —Wallas escupió a sus pies—. Eres un patético hombrecillo acomplejado. La gente como tú no debería estar en el poder.

—Pero lo está, Wallas, pero lo está —el Mariscal resopló indiferente y se dio la vuelta para dar instrucciones a sus secuaces—. Guardias, aseguraos de ponerle una mordaza para que deje de soltar idioteces sobre magos y gól...

En ese mismo instante, Melvin sintió que el aire de la habitación se perturbaba por un momento, como si un deportivo a toda velocidad hubiera pasado frente a él en un parpadeo, rozándole la cara. Un ensordecedor crujido seco anunció que algo había cambiado en la sala.

De repente, frente a él, ya no había ni pared, ni suelo, ni mesa, ni mapas, ni guardias, ni Roch. Parecía imposible, pero la mitad de la habitación había sido arrancada de cuajo, mostrándoles un nuevo panorama que daba directamente al nublado exterior de la muralla. Las vigas del techo y del suelo habían quedado al descubierto, con sus puntas destrozadas mirando a ninguna parte, y grandes trozos de piedra y argamasa caían por el desnivel y se perdían en la espesura gris, en dirección a donde debería estar valle.

El viento y la lluvia se adentraron en lo que quedaba de sala y les golpearon en la cara, regalándoles un frío bofetón que les tiró al suelo y les espabiló. Se quedaron con la boca abierta, inmóviles como estatuas, asimilando lo que acababa de pasar. Algo muy grande se movió fuera, en la espesura gris, pero apenas pudo distinguir nada más que un par de antinaturales puntos rojos que flotaban en la nada. No, no podía ser. Era demasiado grande.

—Liam...

—¿Q... qué?

—¡¡¡Corre!!! ¡¡Por tus muertos, corre!!

## Corre

**N**O había tiempo de buscar puertas: Liam y Melvin aprovecharon el boquete en la pared y saltaron a las almenas de abajo a través del esqueleto de la torre. La parte superior del muro exterior estaba completamente desierta, y el agua lloraba a chorros por cada abertura, grieta y hueco que encontrase en la roca, dando la impresión de que la muralla se estuviera derritiendo. Ciudad adentro, la silueta del Palacio de las Campanas, antaño visible desde cualquier punto del valle, se había ausentado del paisaje, borrada con desgana por el temporal.

Liam avanzó con decisión, sintiendo el azote de mil agujas golpeándole la cara, empujándole para que cayese y se rindiese ante la fuerza de los elementos, pero estaba tan asustado que ni siquiera se tambaleó. Por si esa tortura no fuese suficiente, el agudo chillido de vientos huracanados le estaba dejando más sordo que Alastor.

Se dieron la vuelta y contemplaron el perfil mordido de la torre central del muro, con sus vigas apuntando a la nada gris que les rodeaba. Abajo, a la misma altura que ellos, estaba la puerta que les llevaba de vuelta al armero. Súbitamente, un par de piedras perdidas cayeron del cielo y se desintegraron frente a ellos, liberando miles de escombros en forma de proyectiles diminutos, pero consiguieron saltar los pedazos desperdigados con una habilidad inusual para unas personas enfundadas en aquellas armaduras. Gork e Ipki aparecieron tras la puerta de madera, apremiándoles para que entrasen. Cuando la cerraron por dentro entre los cuatro, volvió la calma. No duró mucho.

—¡El gólem! ¡Está aquí! —gritó Melvin, con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Ipki, ven aquí —el viejo agarró al cabo por los hombros como si fuese a matarlo—. Quiero que corras como una maldita gacela, avises a Shawnla y Alastor, y entre los tres extendáis la noticia del ataque por todos los puestos de guardia. Las radios no funcionan, así que poned a cada soldado al día a gritos y sopapos, si hace falta. Decid que el Mariscal Roch ha ordenado la alerta de combate con carácter de urgencia.

—¿Es... es cierto? —El chico temblaba como una lavadora en pleno centrifugado—. ¿Roch ha dicho eso? Dar órdenes falsas es un delito muy grave y...

—¡Roch está muerto, Ipki! ¡¡Muerto!! —Wallas le agitó furiosamente como a una piñata—. Corre, corre y no te detengas, por los dioses de arriba y de abajo. Resistid todo lo que podáis mientras nosotros partimos en busca de Horgen.

—¡En... entendido... señor!

Antes de que Ipki pudiera dar un paso, un intenso crujido hizo temblar los cimientos de la sala, haciendo que las alabardas, las hachas y las espadas almacenadas se desperdigasen a sus pies, formando un estruendo horrible. Sotomonte se dolía como una criatura herida, retorciéndose, con sus huesos rotos. Algo horrible estaba ocurriendo allí fuera. Algo de una escala inimaginable.

—Ha sonado como si la muralla... hubiera... —murmuró Ipkis.

—¡¡Ipkis, corre!! —le apremió Wallas, y el muchacho echó a correr escaleras abajo—. Vosotros dos, escuchadme. —Gork y Liam se acercaron al mago—. No podemos cometer errores. Pase lo que pase, tenemos que impedir que esa criatura destruya el helicóptero que está en esa plaza del barrio bajo. Nos jugamos todo a una carta, y si acaba con ella, jamás daremos con Horgen a tiempo.

—Pero la tormenta sigue golpeándonos... ¿de qué nos va a servir el helicóptero sin el ojo?

—La esperanza es lo último que se pierde, Liam. ¡¡Vamos!!

Tras bajar las interminables escaleras que llevaban a nivel de calle, el orco y los dos magos comenzaron a trotar a paso ligero por la Calle Mayor que cruzaba el barrio bajo, remontando la subida hacia la montaña, luchando contra regueros de abundante agua recorrían el camino contrario, frenando sus pisadas. El viento era menos intenso detrás de las murallas y la visibilidad había aumentado considerablemente a nivel del suelo, pero la fuerte lluvia seguía sin dar cuartel bajo cielo abierto, calándoles hasta las ideas. Los tejados de las casas pobres lloraban abundantemente, y grandes riadas de líquido sucio y embarrado caían por todos los lados, sepultando hasta el último adoquín del camino y dando la impresión de que caminaban sobre un río poco profundo. Gork se movía rápidamente gracias a sus grandes zancadas, pero los dos magos, especialmente Wallas, lo llevaban peor.

—¿No iríamos más rápido si nos quitásemos estos pesos muertos de encima? —Gruñó Liam mientras se aflojaba el cuello—. ¡Esta coraza de mierda pesa el doble cuando está empapada!

—Puede... que este peso... este peso muerto... te salve de... de la muerte... más adelante... chaval. —Wallas había palidecido, y casi no le quedaba aliento en sus viejos pulmones para correr y hablar al mismo tiempo.

Gork observó cómo los dos comenzaban a quedarse atrás lentamente, así que, ni corto ni perezoso, se dio la vuelta, los agarró y los encajó debajo de sus axilas, como si llevase dos barriles de cerveza a la taberna más cercana.

—¡Pero qué haces! —Acertó a decir Liam antes de ser alzado—. ¡Por lo menos dame la vuelta, que no quiero ir con el culo por delante!

—¡Sé que no es un transporte digno para unos magos tan ilustres como vosotros, pero no tenemos tiempo de andar con miramientos! —dijo Gork mientras escupía bocanadas de agua entre sus colmillos.

El orco continuó corriendo cuesta arriba como si nada, avanzando con sus musculosas piernas a un paso ligero y constante. «Tengo que admitir que no ha sido una mala idea», pensó Liam mientras se balanceaba de un lado para otro y veía alejarse la muralla. Al lado de la torre principal en la que habían estado, un gigantesco boquete en aquel muro aparentemente inexpugnable indicaba que algo titánico había entrado en Sotomonte como quien daba un paseo. Era imposible que fuese más alto que aquella muralla. Imposible.

Llegaron a una zona con varios edificios de techo bajo que les dejaban contemplar un poco más el cielo agitado que flotaba sobre ellos. Liam echó un vistazo sobre los tejados y, al otro lado de la ciudad, divisó algo que le encogió el corazón aún más que aquel dragón negro que a punto estuvo de matarle.

—Mirad... eso —dijo, incapaz de pensar en una frase ocurrente para describir lo que estaba viendo.

Era una criatura gigantesca, tan grande como una colina, tan alta que su cabeza casi se perdía en la espesura de las nubes. Por su silueta parecía vagamente humana, pero tenía unas formas sumamente extrañas y redondeadas. Su cuerpo, orondo y barrigudo, estaba compuesto enteramente de roca maciza, y la lluvia chocaba y se descomponía contra todas sus curvas sin remedio, creando pequeñas cascadas en cada articulación y pliegue de su cuerpo. Tenía los brazos largos, estrechos, pero se anchaban como bolas de demolición al llegar a sus enormes manos, que albergaban unos rechonchos dedos tan grandes que parecían capaces de aplastar una casa entera sin esfuerzo. Liam se dio cuenta de que le faltaban dos falanges en la mano derecha, pero eso no le impedía repartir destrucción sin problemas.

—Ha entrado... —murmuró Gork—. Estamos perdidos.

El mastodonte agitaba las extremidades lenta pero implacablemente, como si se moviera bajo el agua, destrozando y levantando por los aires edificios enteros que se convertían en escombros al instante, incapaces de soportar las tremendas velocidades a las que salían despedidos. Cada paso que daba con sus dos cortas piernas de elefante hacía retumbar la tierra como un terremoto, pisoteando las humildes chozas del barrio bajo como si fueran de juguete.

Trozos enteros de edificios aterrizaron en todas partes peligrosamente, derribando todo lo que encontraban como unas fichas de dominó lanzándose sobre otras. Uno de los pedazos resultó especialmente digno de ser seguido con la mirada, pues era la fachada de un edificio que casualmente caía en dirección a ellos.

—¡Cuidado! ¡Encima! —Liam gritó asustado. Gork los dejó en el suelo rápidamente, y Melvin, activado, se levantó como una flecha, apuntando su vara hacia el cielo y sujetándola con fuerza.

Las palmas de las manos de Wallas brillaron durante un fugaz instante. La vara que llevaba comenzó a vibrar violentamente, y en cuanto la fachada tocó la punta, justo antes de aplastarles para siempre, su fuerza se desencadenó en un instante, reventándola en miles de pequeños pedazos inofensivos que se desperdigaron por todos los lados. El espeso polvo de la explosión se posó sobre ellos, cegándoles, pero la lluvia les limpió casi al instante.

Entonces, algo ocurrió. El gólem, incluso desde tan lejos, sintió aquel hechizo. La criatura soltó un aullido artificial, gutural y profundo, haciendo vibrar cada ladrillo de la ciudad.

Les miró.

Su rostro era inexpresivo y tosco, como el de una estatua que había perdido

detalle con los siglos, dejando atrás un gesto indiferente, y su gigantesco cráneo tenía la frente en forma de un martillo horizontal, bajo el cual unos ojos rojos sin vida brillaban intensamente a través de las cataratas acuosas que fluían frente a ellos. Liam se hubiera cagado en los pantalones si hubiera tenido espacio dentro de aquel apretado traje.

Inmediatamente, los tres corrieron a ocultarse entre los edificios, lejos del campo de visión de esa bestia. Esperaron en silencio durante unos segundos, hasta que la escucharon volver a centrarse pisotear hogares y tropas. Sin embargo, había cambiado su rumbo de destrucción, y para su desgracia, en ese momento avanzaba lentamente en dirección a ellos.

—Anders tenía razón: huele la Magia. —Melvin habló con entusiasmo infantil. Parecía disfrutar con cada pequeño descubrimiento, pero Gork y Liam le devolvieron una mirada desconfiada—. No sé para que los crearían los Sin Sombra, pero parece que tienen predilección por aplastar magos. Eso me ha dado una buena idea —dijo mientras se peinaba la barba.

—¡Joder, abuelo! —gritó Liam, impresionado, mientras se quitaba trocitos de piedra del pelo—. ¡Me tienes que enseñar ese jodido truco para reventar cosas por los aires! ¿Por qué no empezamos nuestras lecciones por ahí en su día? Te hubiera hecho mucho más caso.

—No hay tiempo —respondió Wallas, exhausto. El hechizo lo había dejado agotado de nuevo, vacío por dentro—. El helicóptero no está lejos de aquí, y no podemos permitirnos que algún cascote perdido aplaste nuestro transporte. Tenemos que distraer a esa cosa hasta que llegue la calma.

—Si es que llega —dijo Liam—. ¿Y cómo vamos a conseguir que esa cosa se distraiga un rato lejos de aquí?

—Pues... improvisando. Poniéndole un cebo.

El viejo miró fijamente a Liam. Gork sonrió e hizo lo mismo.

—Oh, no. —Liam negó con la cabeza tan rápidamente que hubiera podido partirse el cuello—, no me miréis así. Ni se os ocurra. No me gusta cómo suena eso. No, no y no. Me niego —se cruzó de brazos—. ¡Yo no pienso provocar a esa cosa! ¿Habéis visto qué tamaño tiene, joder?

—Liam, sabes que lo haría yo mismo, pero ya estoy viejo como para correr de un lado para otro a zancadas. Tú, en cambio, eres mucho más ágil que yo. Necesito ir a avisar a los chicos antes de que caigan en la trampa de Roch, y necesito que el gólem te siga hasta que podamos despegar. Después...

—Chicos, se está acercando —señaló Gork—. Decidid el plan de una vez, porque pronto nos convertirá en hamburguesas.

—Perdona viejo, pero no sé si te has dado cuenta de que esa cosa tiene una zancada un poco más larga que la mía. —Liam se imaginó lo que sería morir aplastado bajo su pie y sintió un escalofrío—. ¡Si corro delante de él, me aplastará!

—Puedes... puedes esconderte en el palacio —improvisó el viejo—. Escóndete

dentro y provoca al gólem para que se entretenga machacando la fachada. Cuando arranquemos, te recogeremos en los jardines intermedios del palacio.

—Es un buen plan —señaló Gork—. Improvisado, peligroso, suicida, pero a estas alturas, me vale.

—¿Y si destruye el palacio a golpes? —Liam entró en pánico y comenzó a respirar rápidamente—. ¡No me parece un jodido plan perfecto, viejo! ¡Ya has visto qué ha hecho con el muro!

—De algo hay que morir, ¿no? —Wallas sonrió y le dio una palmadita en la espalda. Liam había empezado a odiar esa frase—. Si no lo haces, estaremos perdidos de todas maneras, chaval, así que solamente puedes ganar en este juego. Vamos, sé valiente.

—Ni hablar —se cruzó de brazos, mirando al suelo como un niño asustado—. No pienso hacer de carnaza mientras vosotros esperáis tranquilamente a que amaine.

—Liam, no es momento de andar con tonterías —le apremió Gork.

La criatura se acercaba cada vez más, machacando casas a docenas, casi encima de ellos, cuando súbitamente el ejército del Triunvirato reaccionó al fin ante la agresión. Los primeros cañones guarecidos entre casas comenzaron a disparar sobre él, y un ataque de artillería que provenía de la muralla interior impactó en su pecho, creando una gran cortina de humo que envolvió sus formas.

—¡¡A tomar por culo!! —gritó al ver las explosiones—. Ya no hace falta que distraiga a nadie —respiró aliviado.

Cuando el humo se disipó, se dieron cuenta de que las explosiones apenas habían creado una pequeña grieta en la compacta piel de roca del bicho. La bestia, indiferente, ni siquiera se dignó a cambiar de rumbo.

—Mierda.

—¡Sigue buscándonos! —gritó Gork—. Liam, no seas un cobarde. No podemos perder más el tiempo o todo se irá al garete.

—¡Te he dicho que a mí no me gusta el plan! —repitió.

—Por favor, Liam, hazlo. —Melvin le agarró por los hombros y le lanzó una mirada serena que le llenó de calma—. Te recogeremos en cuanto las nubes desaparezcan, te lo prometo. Volveré a por ti, chaval.

—Yo...

—Bueno, siento interrumpir este momento tierno entre magos, pero ya está bien de esperar a que el señorito se decida —sentenció Gork—. Si tú no quieres hacerlo, yo te obligaré, aunque sea por las malas.

El orco agarró al muchacho bajo su brazo y comenzó a remontar la cuesta a zancadas, en dirección al palacio.

—¡Esto va a ser divertidísimo, ya lo verás! —gritó Gork mientras le zarandeaba.

—¡¡Hijo de perraaaa!! —Liam intentó zafarse del enorme brazo del orco sin mucho éxito.

—¡¡Buena suerte, hijo!! —Melvin se caló el sombrero de mago y desapareció

bajo la lluvia.

Las amplias zancadas de Gork atravesaron el barrio alto rápidamente y les llevaron a la entrada frontal del Palacio de las Campanas en menos de tres minutos. Las dos gigantescas puertas que daban la bienvenida al interior estaban situadas frente a una amplia plaza que habría parecido sumamente hermosa en el pasado, pero que en ese momento yacía plagada de charcos marrones y cascotes por todas partes.

Gork le bajó y se apoyó en la fuente que coronaba la plaza, recuperando el aliento. «Incluso los orcos se agotan», pensó sorprendido al observar cómo su gigantesco pecho se hinchaba y deshinchaba como un fuelle. Desde allí podían ver a la criatura perfectamente, repartiendo destrucción colina abajo, cada vez más cerca del lugar de despegue. Los disparos y las explosiones que le atosigaban tenían el mismo efecto que la lluvia en su piel rocosa.

—Esto es una locura —dijo al ver a ese engendro imparable. Tenía tanto miedo de que clavase sus ojos rojos en él que le costaba mantener la mirada.

—Si todo sale bien, te prometo que esta noche cenarás el mejor bizcocho de chocolate que habrás probado en tu vida —jadeó Gork mientras se volvía a levantar—. Palabra del cocinero.

—Solamente espero que me queden dientes para masticarlo... ¡eh, espera!

Liam no tuvo tiempo de terminar la frase: Gork le colocó de nuevo bajo su brazo, empujó con todas sus fuerzas una de las puertas de entrada y entró a zancadas al palacio por el fastuoso *hall* principal plagado de oro y banderas.

Tomaron el camino que llevaba directamente a las escaleras principales. El cocinero subía los peldaños de cinco en cinco, y pronto alcanzaron el primer piso, el segundo, el tercero... así hasta el octavo. Gork resoplaba exhausto, pero no se detuvo.

—Esta altura será suficiente para empezar —jadeó mientras entraba al pasillo principal.

Gork se detuvo frente a una de las puertas que daban al valle y la derribó de una brutal patada. Atravesó la habitación a base de tres zancadas, saltando por encima de la cama, y cuando llegó al otro lado rompió la puerta de cristal que daba a la terraza. Sin dejarle tiempo a respirar, agarró a Liam por la espalda y le encaramó al borde del balcón exterior, dejando que apoyase sus pies en la baranda de piedra.

—¡¡Me cago en todo!! —gritó él, muerto de miedo—. ¡¡Ni se te ocurra soltarme!!

Liam sintió un vértigo horrible, pero la mano del cocinero le sujetaba tan firmemente por el pescuezo que consiguió sobreponerse de alguna manera. Bajo él, torrentes de agua se escurrían por la fachada plagada de banderolas del palacio, advirtiéndole del camino que seguiría si se resbalaba.

—¡Vamos chico! ¡Cabrea a esa cosa! —le gritó Gork.

Bajo él, más allá del anillo interior, el barrio bajo de Sotomonte se mostraba agonizante, con decenas de edificios siendo pasto de las llamas a pesar de las lluvias intensas. El gólem pisoteaba, golpeaba y embestía todo lo que encontraba, y pudo ver cómo la mole aplastó un par de tanques que explotaron violentamente, volando por



los aires dos edificios colindantes.

—¡No me puedo creer que esté haciendo esta tontería! —gritó mientras escupía el agua que se colaba en su boca—. ¡Si me ve mi madre me parte la boca y me castiga para el resto de mi vida!

—¡¡Si te viese, a tu madre le daría un patatús que la dejaría seca, más bien!! Y ahora, ¡¡menos cháchara y más acción!!

—¡¡Está bien!! ¡¡Prepárate para flipar, orco!!

Cerró los ojos y se concentró todo lo que pudo, y a pesar de las miles de gotas de agua que traqueteaban en su piel intentando distraerle, consiguió entrar en un breve trance en el que todo quedó en silencio. Focalizó su energía en las manos, que le empezaron a picar inmediatamente, señal de que la Magia había traspasado la barrera entre mundos y había invadido sus dedos, creando pequeños remolinos entre sus falanges. Las alzó, apuntando al frente. «¡Vais a alucinar!», gritó en su cabeza para el público que le gustaría que estuviese allí, listo para aplaudirle.

Lanzó el hechizo, pero el resultado no fue como esperaba: dos modestas llamaradas de fuego dorado emergieron de sus manos y se apagaron en menos de un segundo. Punto final. No fue algo muy impresionante, la verdad, por no decir que fue un espectáculo patético. La lluvia y el viento se habían encargado de estropearle el hechizo en un instante, y el espectacular efecto que buscaba pronto pasó a convertirse en poco más que dos columnas de humo negro saliendo de sus dedos.

—¡Vaya, chico! —exclamó Gork al verlo—. ¡Me esperaba algo más... épico, la verdad! Te queda mucho por practicar, ¿no?

—¿Acaso tú eres el mago, cacerolas? —le acusó, enfadado consigo mismo—. ¡Cuando me ponga a cocinar un conejo con trufas te pediré tu jodida opinión! ¡Hago lo que puedo, dadas las circunstancias!

El aire volvió a vibrar con el antinatural rugido de la criatura, colándose en sus oídos con un potente zumbido que le agitó el cerebro. Liam y Gork se quedaron en silencio al instante, expectantes. El gólem alzó su cabeza de martillo y fijó sus dos ojos rojos y profundos en la terraza, justo en su posición. Comenzó a caminar hacia el palacio sin apartar la vista de él.

Le perdieron de vista en cuanto se acercó al anillo interior que separaba los dos barrios, pero en un instante, su cabeza abrió un gigantesco boquete, lanzando por los aires toneladas de escombros que bombardearon la ciudad con intensidad, arrancando tejados y hundiendo fachadas. La criatura continuó su caminar imperturbable, imbatible, derribando varias lujosas mansiones del barrio alto con sus rodillas como si fueran poco más que castillos de arena. Estaba muy cerca.

—¡Sí! ¡Parece que ha funcionado! —gritó Gork.

—¡Sí señor! ¡Ven aquí, soplapollas! —Liam le hizo un corte de mangas a la bestia. Se hacía más y más grande a cada paso que daba y, de pronto, no se sintió tan seguro.

—Pues... parece más grande de cerca —dijo Gork, que también había perdido su

entusiasmo.

—Creo que deberíamos subir un poco más arriba... ¡y rápido! —concluyó mientras Gork le subía a su inmensa espalda como si fuese una mochila.

Volvieron a subir las escaleras hasta el nivel intermedio del edificio, donde la silueta del palacio se estrechaba bruscamente, albergando una superficie plagada de destrozados jardines que contaban con unas vistas espectaculares de la ciudad.

Gork le acercó a la baranda del amplio mirador que daba a la ciudad y le bajó al suelo. Abajo, la criatura alcanzó la puerta principal y comenzó a desatar su furia sobre el primer balcón, hundiendo sus puños en la fachada, buscándoles en las tripas del edificio. Los cimientos del Palacio comenzaron a vibrar violentamente al recibir los primeros golpes del engendro; las columnas temblaban y se resquebrajaban a cada golpe, poniendo en un peligro inesperado toda la estructura.

—¡Esa cosa hundirá todo el palacio! —gritó Gork mientras intentaba mantener el equilibrio. Tras ellos, un trozo de fachada suelto impactó contra los jardines provocando un gran estruendo—. ¡Tienes que llamar su atención o pronto nos caeremos con el propio suelo que pisamos! ¡Hazlo de nuevo! —Le levantó sobre la baranda.

—¡Bájame! ¡Bájame, joder! —gritó asustado—. ¡Si sube, no tendremos dónde escapar!

—¡Tranquilo! ¿Has visto lo rechoncho que es? ¡Ese bicho no sabe trepar!

Liam respiró hondo y volvió a lanzar el mismo hechizo de combustión, consiguiendo, por supuesto, el mismo patético resultado, y la criatura volvió a rugir poderosamente, dirigiendo su vista impasible hacia arriba, hacia él. Alzó una de sus brutales manos e intentó atraparlos torpemente, pero saltaron hacia atrás y se apartaron a tiempo. Medio balcón desapareció en un momento.

—¡Te lo dije! ¡No sabe trepar! —dijo Gork.

Para su sorpresa, sí que sabía trepar.

## La Caída

**E**L gólem clavó profundamente uno de sus brazos en la fachada, hundiéndolo a través de las habitaciones hasta alcanzar la zona de pasillos, y después adelantó el siguiente brazo, haciendo exactamente lo mismo. No era muy rápido, pero comenzó a elevarse del suelo lentamente, provocando salvajes lluvias de escombros con cada movimiento, arrastrando sus gordos pies sobre las vigas expuestas, todo sin apartar sus aterradores ojos de Liam. Tomó impulso y consiguió encaramarse a una de las torres secundarias que custodiaban la fachada principal, justo a su derecha, que comenzó a colapsarse bajo el peso del mastodonte. Antes de que se hundiera, se agarró a otra de ellas, y luego a otra. Era torpe y estaba destrozando prácticamente todo el ala del Palacio, pero trepaba. Ascendía. Se acercaba más y más.

—¡Me cago en la leche! ¡¡Corre, cacerolas, corre!! ¡¡Que el cabrón sabe trepar!!  
—Liam agitó los brazos, histérico, y echó a correr de vuelta al edificio.

Intentaron correr hacia el ala oeste para despistar al destructor, pero el constructo les olía a través de las paredes y se adelantó a sus movimientos. Sus puños penetraban a través de tabiques, paredes y vigas, buscándoles sin descanso, arrasando con todo, cortándoles el paso y obligándoles a refugiarse en el cuerpo principal del edificio. Los cuadros caían al suelo y los jarrones y muebles se tambaleaban para después caer destrozados. Todo se venía abajo, como si estuviesen en el epicentro de un horrible terremoto.

—Liam... parece torpe. Ya sabes qué tenemos que hacer —dijo Gork. Él asintió.

Debían ascender más, debían alejarse de esa cosa y rezar para que se resbalase, así que solamente había un camino que seguir: hacia arriba.

El tramo hasta el campanario fue el peor de todos. Los golpes de la criatura eran cada vez más intensos, y trozos enteros de techo caían a su paso como hojas en otoño. Al tercer tramo de esos interminables escalones, Liam no aguantaba más el peso de su armadura y tuvo que pedir ayuda al orco para quitársela. Cuando lo hizo, sintió cómo el frío golpeaba su camiseta empapada de humedad y sudor.

—¡Joder! ¡Cada vez hace más fresco por aquí! —se quejó al momento.

Las campanas secundarias caían como frutos maduros a su alrededor, creando un escándalo ensordecedor que fue perdiéndose poco a poco bajo sus pies. Un par de ellas rebotaron cerca de ellos, cayendo por el interior del edificio, rompiendo tramos de escaleras por los que escapar.

—¡¡A la torre principal!! —ordenó Gork.

El orco, también agotado, le empujó durante el último tramo de subida a la torre principal de la Gran Campana, que estaba compuesto por cientos de pequeños y agobiantes peldaños que se retorcían alrededor de una caída de vértigo sin ninguna medida de protección. A pesar de ello, Gork subió sin detenerse, ayudándole a cada paso, hasta que por fin la ascensión terminó definitivamente, presentándoles a la joya

del palacio: una gigantesca campana de hierro sucio plagada de grabados extraños, una mole tan grande que dentro de ella podrían caber al menos una decena de hombres sin ningún problema.

Ella marcaba el final del camino, el final de su huida.

La punta del palacio, con sus paredes descubiertas, se adentraba de lleno en la marea de nubes que cubría Sotomonte, dejando la visibilidad bajo mínimos y castigándoles con un horrible frío que congelaba el espíritu. El poderoso vendaval que arrasaba con todo a través de los amplios arcos desnudos balanceaba la campana erráticamente, haciendo que un ensordecedor sonido que le recordó al bastón de Wallas les hiciese vibrar.

—¡¡Ese viejo bastardo me las va a pagar por este jodido plan suicida!! —gritó, pero ni siquiera podía oír su voz.

La ventisca a esas alturas era muy intensa, demasiado intensa. El orco se tuvo que aferrar a una de las gruesas cuerdas que colgaban de la campana, y Liam, que notó cómo sus pies se despegaban del suelo, tuvo que aferrarse al brazo de su compañero para no salir despedido. Su cuerpo se asomaba al vacío, y bajo él, podía entrever los ojos rojos acechantes que indicaban que la criatura seguía su lenta pero inevitable ascensión.

—¡¡Lárgate!! ¡¡Déjame en paz!! —gritó desesperado.

Los tejados laterales sobre los que se apoyaba la bestia cedían y se hundían, haciéndole resbalar y perder terreno por momentos, pero con un par de brazadas contra la pared volvía a ponerse en marcha al instante, incansable, implacable.

—¡¡No!! ¡¡Joder, no quiero morir!! ¡¡No quiero!! —gritó asustado mientras sentía cómo el viento le aplastaba la cara. Tenía la mente bloqueada. Se había creído intocable, invencible, pero la vida no parecía ser tan considerada como pensaba. Qué estúpido era.

Entonces, como un regalo de los dioses, ocurrió.

El viento dejó de soplar progresivamente, permitiendo que Liam posase sus pies de nuevo en la torre y se alejase de la caída. La lluvia cesó, las nubes se levantaron, y el radiante cielo de color azul anaranjado de la tarde cegó sus ojos con una intensidad tan perfecta que hasta le hizo daño en las retinas. Miró con recelo, y observó impresionado cómo Sotomonte se asomaba lentamente a un colosal agujero de aire limpio en mitad de un mar violento de nubes tan altas como el mismo firmamento. Estaban adentrándose en una especie de pozo colosal de paredes grises que apuntaba al infinito. Debía tener una decena de kilómetros de ancho, al menos.

El ojo del huracán había llegado justo a tiempo. Les mostró todo el esplendor del Valle de la Fortuna con una claridad envidiable, invadiendo el ambiente con un aire limpio y cristalino. El frío se hizo tan intenso que Liam dejó de sentirlo. El vaho manaba por su boca, y sintió cómo la punta de sus rizos se congelaba.

No pudo evitarlo: Liam se echó a reír a carcajadas, aliviado, y Gork soltó un rugido de esperanza tan intenso que le dejó sin aire. Saltaron y bailaron durante un

momento, pero la felicidad se evaporó inmediatamente en cuanto sintieron una sacudida que hizo vibrar todo el campanario de nuevo, recordándoles que aquello no había terminado aún. El gólem estaba punto de alcanzarles, y no tenían dónde escapar.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Gork—. Tenemos que salir de aquí ahora.

Los dos miraron alrededor, buscando el helicóptero de sus compañeros, intentando hallar su salvación de último segundo, pero no encontraron nada más que cielos despejados que revelaban con todo lujo de detalles la oleada de destrucción que se extendía a sus pies.

—Quizá... quizá no lo han conseguido —dijo Liam, abatido—. Quizá los hombres de Roch los han arrestado.

—No... lo conseguirán. Ten un poco de fe, muchacho.

El campanario había comenzado a colapsarse lentamente y se escoró ligeramente hacia un lado, anunciándoles la caída que les esperaba. Las paredes crujían y soltaban polvo, y la Gran Campana, desbocada, cayó por un lado de la torre, impactando de lleno en la cabeza del gólem. La mole perdió el equilibrio, pero cuando ya parecía que iba a caer en picado hasta estrellarse contra el suelo, clavó uno de sus brazos a la pared y se recuperó.

—¿¡Es que no te cansas nunca!?! —le gritó Liam, frustrado, que cogió un ladrillo suelto del suelo y se lo tiró. Estaba muerto de miedo.

El gólem continuó subiendo, irracional, intratable. La torre estaba demasiado inclinada, y pronto cedería para invitarles a una última caída libre de cientos de metros. No estaba preparado para morir.

Liam dejó de escuchar el ruido de las grietas y los cascotes. El silencio se hizo a su alrededor. No se oía ni una leve brisa, ni un pájaro, nada. Aquello era el final.

Un potente traqueteo que se hacía cada vez más intenso le sacó de sus pensamientos. De repente, un vetusto helicóptero de color marrón surgió frente a él, levantando el viento de nuevo en aquel campanario. Liam lo miró como si fuese una especie de ángel bajado del cielo. La puerta del compartimento de carga, que estaba decorada con el dibujo desgastado de una libélula, se abrió de par en par. Dos figuras conocidas se asomaron: Melvin y Rayner comenzaron a hacerles señas para que saltasen, pero aún estaban demasiado lejos como para que aquella fuese una idea prudente. Lana tiró de la palanca de control e intentó aproximarse un poco más, pero la torre principal comenzaba a ceder peligrosamente hacia ellos, soltando piedras y cascotes por sus alrededores y poniendo en peligro el delicado rotor del aparato. Acercarse más era demasiado arriesgado, y el gólem estaba ya prácticamente encima. Lana intentó rodear la torre.

Entonces, Liam resbaló.

Cuando separó sus pies del frágil campanario para emprender el violento viaje hasta el suelo, una mano le agarró por detrás. Gork le levantó como a un trapo y le miró fijamente a los ojos.

—Siento que esta última ayuda tampoco sea digna de un mago —le dijo el orco con una amable sonrisa que le descentró—, pero una vez más, no tenemos tiempo de andar con miramientos. Buen viaje, chico. Cuídate mucho.

Gork cogió impulso y lanzó a Liam por los aires como un balón de Bola Rayada, marcando una perfecta trayectoria que iba directa al helicóptero.

Por un segundo, el tiempo se ralentizó y sintió cómo flotaba en el aire, a medio camino de ninguna parte, con la criatura bajo él, extendiendo su gigantesco brazo para alcanzarle. Por un milímetro, no lo consiguió.

Liam cayó con fuerza sobre Rayner, y los dos se golpearon contra la puerta cerrada del otro lado de la bodega. El joven mago se levantó justo a tiempo para ver cómo la torre principal se colapsaba, incapaz de soportar el peso del gólem, que aún se estiraba para intentar aplastarle, clavando sus ojos sin vida en él. La torre, junto con la bestia, cayó y cayó, rozó contra el mirador del nivel intermedio de jardines y acabó reventando contra el frío suelo de la plaza, convirtiéndose en una nube de humo y cascotes al instante.

La criatura aterrizó tras ella, provocando un violento hongo de humo que rivalizaría con el de cualquier explosión. Entonces, el cuerpo principal del Palacio de las Campanas, incapaz de aguantar más torturas, se hundió sobre el gólem en una colosal pila de polvo, madera y piedras que extendió sus garras polvorientas hacia el cielo y a punto estuvo de engullir el helicóptero. El mayor símbolo de la prosperidad de Sotomonte, el orgullo del este, había caído.

—Gork... lo siento, lo siento —murmuró Liam entre sollozos, acurrucado. Se sentía avergonzado e impotente. Hasta Yisu y Ogsu, que le odiaban a muerte, le miraron con lástima.

—No pudiste hacer nada, chaval. —Melvin le puso la mano en el hombro, apesadumbrado—. No debería haberte hecho pasar por esto. No estabas preparado.

—¡¡No, no lo estaba, joder!! ¡¡No sé en qué coño estabas pensando, viejo!! Solamente soy un puñetero crío —se quejó. Wallas se quedó callado, con la cabeza gacha, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Todo había terminado.

«No, un momento...».

El gólem surgió de nuevo de entre las ruinas, igual de intransigente y terco que siempre. Ni siquiera parecía haber acusado el hecho de que medio palacio le había caído encima, de no ser por una gran grieta en su pierna que le hacía cojear ligeramente, ralentizándole.

—No me lo puedo creer —murmuró al verlo.

Lana tiró de los mandos de nuevo y comenzaron a alejarse del palacio. El gólem clavó su fría mirada en los dos magos y comenzó a seguirles colina abajo, pisoteando casas, tanques y tropas sin miramientos. Al pasar por la muralla interior, la bestia la atravesó de nuevo de un cabezazo como si estuviera hecha de papel, desprendiendo trozos del tamaño de un edificio que rozaron el helicóptero peligrosamente.

—¡¡Nos quiere alcanzar!! —Lana giró el aparato bruscamente, esquivando la mano abierta de la criatura—. ¡¡Nos está siguiendo, joder!!

—¡¡Que nos siga!! —gritó Wallas—. ¡¡Anders dijo que ese bicho no distinguía entre aliados y enemigos, así que vamos a llevarlo de vuelta a su dueño!! ¡¡Veremos si Horgen quiere morir aplastado por su propia arma!!

Cuando alcanzaron el límite de la ciudad, el gólem abrió otro impresionante boquete en el muro exterior sin parpadear. Las miles de piedras que salieron disparadas se desperdigaron por el Valle de la Fortuna y levantaron abundantes trozos de tierra al impactar contra los prados, que brillaban llenos de vida bajo el limpio cielo de la tarde. El ojo del huracán era lo suficientemente ancho como para cubrir toda la zona con holgura, y mientras dentro de la tormenta reinaba el caos más brutal y primitivo, en su propio corazón lucía una tarde preciosa y despejada.

—¡Abrid bien los ojos, porque no podremos volar eternamente en esta máquina! ¡Buscadle! —gritó Lana mientras levantaba sus gafas de aviadora para mirar alrededor—. ¡¡Voy a poner un poco de distancia entre esa cosa y nosotros para tener algo de margen!!

—¿Cómo vamos a encontrar a Horgen? —preguntó Gurgess, asomado al vacío—. ¡Podría estar escondido en cualquier bosque, detrás de cualquier árbol!

Habían atravesado el valle rápidamente hasta la línea de árboles, cuando, de repente, un gigantesco objeto rozó el aparato a gran velocidad. Era una maldita roca recién arrancada del suelo. La tierra suelta que la acompañaba golpeó el fuselaje y las hélices, formando un gran estruendo, haciéndoles perder estabilidad. Las luces rojas de emergencia parpadearon sin cesar y el sonido de la escandalosa alarma les indicó que perdían altura.

—¡¡Ya no hará falta buscarle, porque ese cabrón nos ha encontrado a nosotros!! —gritó Lana—. ¡¡Agarraos, porque nos vamos a estrellar!!

—¡¡Por estas cosas odio volar!! —gritó el viejo mientras se revolvía en su asiento.

Cayeron.

## Corazón de Piedra

**H**ORGEN MANOS de Piedra podía presumir de no ser un mago al que se le sorprendía fácilmente, y su frío carácter inmutable era comparable al de un pedrusco que reposaba eternamente en la ladera de una montaña, impasible ante lluvia, nieve, rayos o pisotones casuales. Sin embargo, cuando aquella violenta tormenta mágica se retiró súbitamente, no pudo evitar mirar a su alrededor con cierto desconcierto. La lluvia cesó, el cielo del atardecer brilló de nuevo, y su voluminosa armadura dejó de chorrear agua a raudales, dejando paso a tímidas gotitas que se escurrían entre las marcas de sus runas.

Cuando observó aquel titánico hueco de aire limpio y frío en el centro de la tormenta, rodeando el valle y extendiéndose hasta el firmamento, se convenció de que una maliciosa mano divina había recortado un gigantesco agujero en el mar de nubes para exponerle y señalarle. Miró arriba lentamente y observó el inmenso cielo, que mezclaba azules y rojos como la sangre manchaba las aguas de un río, pero su perturbadora belleza no le conmovió: hacía tiempo que sus sentimientos se habían quedado tan secos como sus agrietados ojos. Pronto recobró su habitual gesto impertérrito.

Se encontraba en lo alto de una colina llena de manchas de sangre seca que estaba situada frente a la línea del bosque, al otro lado del inmenso Valle de la Fortuna, desde donde podía contemplar Sotomonte sin miedo a ser detectado y aplastado por su propio retoño sin cerebro. Desde allí, la capital parecía poco más que un montículo de arena pateado por un niño colérico de piedra. Observó cómo el gólem trepaba por la fachada del Palacio de las Campanas, arrancando trozos de fachada a cada metro que subía.

Estaba seguro de que los futuros anexos del Códice de la Iglesia sin Ventanas dedicarían sus mejores páginas a la legendaria caída de Sotomonte a manos de Horgen Manos de Piedra, el poderoso mago que devolvió a la vida a un titán tras décadas de perseverancia. Tantos años de investigación y esfuerzo habían merecido la pena, pese a todo lo que había perdido. Sonrió ilusionado, como solía hacer cientos de años atrás, cuando aún le importaba algo más que su orgullo.

Hubo un tiempo en el que tuvo sentimientos humanos, en el que amó, lloró y gritó, pero cuando dejó que la Magia le imbuyese para prolongarle la vida indefinidamente, la misma tierra que dominaba se infiltró en su sangre, impregnando de fríos minerales cada centímetro de su cuerpo y envenenando su cerebro con el mal del estoicismo más radical.

Horgen no tenía compasión por nada ni por nadie, pero el nombre de su hermano Quenton aún apretaba un poco su pecho: no sabía bien si era por amor o bien por orgullo, pero su pérdida seguía siendo algo trágico, pese al tiempo transcurrido. Se resistía a creer que estaba muerto, tal y como le habían querido hacer creer, y estaba



seguro de que la pérfida Dama Argétea solamente lo añadió a su colección como venganza por haberse negado a unirse a su colección de obedientes amantes. Llevaba más de cien años sin ver a Quenton, y temió que si pasaban cien más poco le importaría su recuerdo. Cada día se sentía más apático, más pétreo, pero se obligaba a recordar todos los años que pasaron juntos, apoyándose, protegiéndose, siendo hermanos.

Hacia siglos, cuando Quenton y él aún eran jóvenes e inseparables buscadores de aventuras, la vida de los dos cambió el día que se acercaron a la frontera de Laudan, pese a las estrictas prohibiciones que se lo impedían. A pesar de su melancólica aura de gloria perdida, Laudan era un lugar fascinante, único, plagado de secretos tan jugosos como peligrosos, y Horgen encontró uno de los grandes en aquella expedición. Un gran secreto que le obsesionó durante demasiado tiempo: el Gran Cañón de lo Perpetuo. Unos solamente veían colosales estatuas de reinos perdidos y olvidados que ya no significaban nada, pero él supo mirar más allá: supo que aquel lugar era un armero, un cuartel de máquinas de guerra de ojos fríos.

A pesar de las advertencias de su prudente hermano, Horgen se pasó años desenterrando esas figuras, y casi perdió la cordura definitivamente intentando encontrar las palabras mágicas exactas que devolviesen alguna a la vida. Se pasaba semanas enteras hablando a las piedras, repitiendo las palabras antiguas que iba descubriendo hasta que carecían de sentido.

Cuanto más se acercaba a desentrañar los secretos de los Sin Sombra, más se obsesionaba con ellos, y más rechazo provocaba en su hermano pequeño, que comenzaba a perder la fe en él. Horgen se sentaba frente a los constructos y probaba infinitas combinaciones de palabras en lenguajes vivos, muertos y dialectos, pero solamente recibía el silencio por respuesta.

Un día, sin embargo, ocurrió algo distinto mientras recitaba un pasaje al azar extraído de un libro antiguo. Dos falanges de la mano derecha de una de las estatuas, las pertenecientes al índice y al meñique, cobraron vida ante sus ojos, agitándose lentamente gracias a la pequeña fracción de poder que les había entregado. Estaba cerca de las palabras exactas pero, a pesar de sus intentos, siguió fallando una y otra vez.

Estuvo a punto de perder la compañía de Quenton, que no entendía su obsesión por dar con la clave, así que cuando su hermano amenazó con abandonarle, tomó una decisión radical: arrancó los dedos vivientes de la bestia y moldeó dos armaduras imbuidas en su propia Magia con ellos. Una, la más pesada, la del dedo índice, pasó a ser suya, mientras que la otra, la del meñique, pasó a ser de Quenton, proporcionándole una fuerza sobrehumana y una longevidad digna de un hechicero imbuido. Sin embargo, los efectos de la Magia sobre la piel meramente humana de su hermano se revelaron como una maldición: la piedra se pegó a su carne, fusionándose con ella, y jamás pudo volver a quitarse aquellas placas pétreas para sentir el sol en su piel. El carácter jovial de Quenton también cambió, y pronto se volvió aún menos

hablador que Horgen mismo, transformándose lentamente en poco más que una estatua viviente.

Siempre se había sentido culpable por la carga que puso sobre los hombros de su hermano, y más cuando Quenton desapareció sin dejar rastro por culpa de aquella maldita mujer vestida de blanco. Si solamente se hubiera mantenido a su lado unos años más, su hermano habría visto de lo que era capaz. «Lo conseguí, hermano, lo conseguí. Ojalá pudieras ver mi día de gloria».

Entonces, una figura emergió del bosque a unos cien metros a su derecha, frenando en seco una pesada carrera que le había traído hasta el valle a toda velocidad. Cuando fue iluminada por la claridad de la tarde, Horgen pensó que se trataba de otra jugada maliciosa de los dioses.

—¿Hermano? —murmuró.

Era imposible.

¿Habían escuchado los Enterrados sus plegarias, ahora que se había convertido en heraldo de su furia? Aquella figura no podía ser otra persona. Su armadura, aunque estaba plagada de musgo, era inconfundible, y su silueta aún arrastraba su característico martillo oxidado con el que solía rebajar estaturas de un solo golpe. Pero llevaba algo más. Sujetaba una especie de ataúd abierto sobre su hombro.

Se acercó a él a base de pesadas zancadas, sintiendo una euforia en su corazón atrofiado que le llenó de calidez una vez más. Cuando le alcanzó se detuvo al frente de él, esperando un abrazo, unas palabras o simplemente un gesto, pero Quenton siguió avanzando a base de pequeños pasos, terco como una mula, obligándole a apartarse.

—¡¡Quenton!! —gritó con su voz árida—. ¿No me recuerdas? ¡Soy Horgen, tu hermano!

No hubo respuesta. Dentro de la ranura del visor de su casco tan solo encontró oscuridad.

—¿Qué te ha hecho esa bruja de blanco? Siento no haberte rescatado... pero esa bruja... —Todas sus excusas sonarían a eso, a excusas, así que no dijo nada más. Su alegría dio paso a una mezcla de tristeza, vergüenza y rabia.

Quenton continuó avanzando, ignorándole por completo. Horgen agarró el hombro de su hermano, pero se zafó con un zarandeo mecánico al instante. ¿Qué le ocurría? Se fijó en el ataúd que cargaba y percibió una intensa presencia de Magia proyectándose hacia el cielo, haciendo vibrar violentamente el aire sobre sus cabezas. Sabía quién estaba dentro de ese féretro, alimentando el caos que les rodeaba con las últimas reservas de Magia de su cuerpo: «Owain Trueno». Su hermano había sido utilizado para traer el corazón de su tormenta hasta Sotomonte.

—¿Por qué has traído a Owain hasta aquí, hermano? —le preguntó con suspicacia—. ¿Acaso trabajas para el enemigo, para esos perros extranjeros que han profanado nuestra tierra?

Quenton, impasible, continuó descendiendo la colina y en cuanto puso su primer

pie sobre el valle, se detuvo en seco. No hizo nada más.

—Esas malditas ratas extranjeras te han lavado el cerebro —dijo, intentando engañarse a sí mismo. En el fondo, sabía que su hermano se había quedado sin cerebro tiempo atrás.

Un estruendo le sacó de sus pensamientos. A lo lejos, el Palacio de las Campanas se colapsó sobre sí mismo. Segundos después, la criatura emergió del polvo, y cojeando, reventó el muro exterior de Sotomonte, esparciendo una lluvia de toneladas de cascotes por el valle. Tuvo que entornar sus ojos para ver lo que el gólem perseguía: era una especie de máquina de metal voladora, que parecía poco más grande que un mosquito a esa distancia. «Muy astutos, extranjeros», pensó. A pesar de estar sumamente debilitado, a Horgen Manos de Piedra aún le quedaba el suficiente poder circulando por sus secas venas como para hacer temblar a sus enemigos una vez más.

Apretó sus manos contra una gigantesca roca cercana, la arrancó de cuajo del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el cielo, soltando un grito ahogado. El proyectil rozó el aparato sin acertar de lleno, pero la gravilla suelta se enredó en sus extrañas alas y lo hizo tambalearse. Comenzó a emitir un espeso aliento negro según perdía altura.

La máquina de metal acabó estrellándose sobre la hierba, abriendo un violento surco en la tierra con su morro a medida que perdía velocidad, acercándose a Horgen peligrosamente mientras lanzaba cascotes por doquier. El mago de piedra se limitó a levantar un pie, y detuvo el transporte en seco antes de que le arrollase.

Se hizo el silencio. A lo lejos, el gólem se acercaba torpemente hacia ellos, recorriendo el inmenso valle, arrastrando su pierna rota pesadamente. Pronto les alcanzaría, pero no se iría sin su hermano, por muy quieto que estuviese.

Horgen rodeó el aparato humeante, mirándolo con escasa curiosidad. Se acercó a uno de los laterales y arrancó lo que parecía una voluminosa puerta. El humo le rodeó. De repente, algo le golpeó la cara violentamente, haciéndole retroceder varios pasos.

—¡¡Alimañas extranjeras!! —Gruñó al darse cuenta de que le había agrietado el pómulo.

Era un anciano enfundado en una extraña armadura, portando un sombrero de mago. En su mano, una larga vara de metal vibraba como si fuese una campana.

—Ahórrate... la cháchara... Horgen Manos de Piedra —un hilo de sangre caía por la frente del anciano—. Ya sabes a qué... hemos... venido...

—¿Venís a por piedad? Siento deciros que no me queda ninguna, viejo mago. Nada detendrá mi destrucción.

Un joven emergió del humo, malherido. Podía oler que era un mago. Comenzó a caminar a su alrededor, intentando dividir su atención.

—Nada lo detendrá, excepto tus palabras —dijo el chico—. Palabras que vas a pronunciar. Apágalo, o nos matará a todos. Incluyéndote a ti, payaso.

—Veo que os han informado bien... desgraciadamente, no estáis en posición de pedir nada, así que ahorraros la cháchara. Donde el idiota de Vorfax ha fallado, yo saldré victorioso. El Profeta me ha ordenado que acabe con vosotros, y lo haré aunque me cueste la vida conseguirlo.

El anciano, ya recuperado, se acarició la barba, mirándole fijamente.

—¿Estás al servicio del Profeta? No te veo siendo el lacayo de nadie, Horgen —le dijo, mientras continuaba girando a su alrededor—. Creía que eras una leyenda viva de Ismer, no un vulgar recadero que ha venido a sacar la basura. Qué decepción.

—¡¡Cómo osas a cuestionar mi estatus, necio!! —gritó enfurecido—. Yo debo mi causa a mi culto, a mi religión, pero no te equivoques, vieja gloria, porque soy y seré una leyenda viva a la que dedicarán tantas páginas de gloria como al mismísimo Profeta. Mis hazañas serán admiradas hasta el final de los tiempos y...

Un momento. Si el gólem se acercaba irremediablemente a acabar con todos, ¿por qué el anciano perdía el tiempo provocándole?

Se dio cuenta. Horgen nunca había sido muy listo ni rápido de mente, pero era tan viejo como las piedras. «Me está provocando. Quiere que me distraiga para intentar algo».

Súbitamente, un hombre se encaramó a su espalda de un salto y le puso una espada a pocos centímetros del cuello. Cuando la hoja negra rozó su carne por un segundo, emitió un leve sonido, como el de un reguero de pólvora chisporroteando, y sintió un dolor agudo, pese a que su filo era romo. «Un Sueño de Verdugo», pensó al instante. El arma estaba sucia, sin brillo, y las manchas de óxido parecían extenderse por todas sus formas sin remedio, pero aún parecía letal.

—Vaya... así que Vorfax no mintió. —Horgen fingió no haberse sorprendido, pero se sintió como un necio por haber caído en una trampa tan simple—. Los Verdugos tienen un nuevo heraldo.

—Detén a tu gólem, o te prometo que no te soltaré hasta que los dos estemos siendo aplastados bajo sus puños —el hombre apretó un poco más.

El suelo vibraba con más fuerza. La criatura estaba muy cerca. Tres figuras más surgieron del humo: una mestiza que le apuntaba con una brillante arma larga y dos enanos portando sendos puñales de Piedra Barda.

—Ríndete, escoria —dijo la mujer.

—Vaya. —Horgen tragó saliva y notó cómo su nuez rozaba con el filo, quemándole la piel seca y arenosa—, veo que me habéis puesto en un apuro. ¿O quizá no? —Sonrió—. Si detengo el gólem, me mataréis inmediatamente para evitar que vuelva a activarlo, así que, ¿por qué debería hacerlo? ¿Qué cambiaría? Si no hago nada moriré como un héroe, exterminando a los sucios invasores que querían saquear mi tierra. Me adorarán, me convertiré en una leyenda inmortal, y los Dioses Antiguos me sonreirán mientras me acogen en su seno. ¿Y vosotros? ¿Estáis preparados para morir, extranjeros impíos?

Los invasores intercambiaron miradas de incertidumbre, y Horgen supo que había

ganado. Notó cómo la hoja del hombre también titubeaba y aflojaba su abrazo. Se había pasado la vida entera intentando ser digno de los Antiguos, buscando un lugar de honor a su lado en el Día de la Liberación, y estaba seguro de que lo conseguiría con aquel gesto. Sería un mártir, el orgullo de la Iglesia Enterrada, y le dedicarían una estatua en el Foso de los Mártires, en la ciudad subterránea de Vides, donde su imagen viviría para siempre.

El constructo soltó un rugido artificial al viento, el más potente hasta el momento, y su grito se perdió en la inmensidad de valle. Aceleró el paso. «Me ha olido», pensó.

El anciano se acariciaba la barba nerviosamente. Mientras tanto, el gólem comenzaba a hacerse más y más grande. En unos pocos segundos segaría sus vidas y todo habría acabado. Horgen respiró hondo: estaba preparado para el sacrificio supremo que le haría ser un nombre inmortal, una leyenda. «Adiós, hermano. Espero que sepas perdonarme», pensó.

—Mátale —dijo el viejo con una voz tenebrosa—. Gurgess, acaba con ese puerco cobarde.

—¿Qué? —El hombre de la espada, que continuaba encaramado sobre él, se sorprendió de la orden.

Horgen frunció el ceño, extrañado. No se esperaba esa respuesta.

—No hay salida para ninguno de nosotros, así que moriremos con honor y pasaremos a la historia como los héroes que acabaron con uno de los Once de Ismer —el viejo le señaló con su vara—. Eso sí, antes de irnos a la tumba, vamos a negar cualquier honor a este bastardo engreído. Quiero que quede escrito que el gran Horgen Manos de Piedra murió degollado por la espalda por un roñoso Sueño de Verdugo, y por si fuera poco, a manos de un vulgar extranjero. No creo que haya una muerte más patética para una poderosa leyenda de Ismer. Aunque me temo que tu humillación no va a acabar ahí, mago de piedra.

—¿Qué? —Horgen se sintió confuso.

—Veremos qué opinan tus orgullosos Dioses Enterrados, Horgen, cuando sepan lo que ocurrirá aquí. Por si tu patética derrota no te convierte en el hazmerreír de este mundo y del siguiente, la situación se va a volver aún más hilarante: después de haberte pasado décadas buscando de manera obsesiva la manera de resucitar a un gólem, tu cadáver va a ser pisoteado por el primero que revives, algo que te pondrá a la altura de magos tan torpes e inútiles como Jarkus el Espachurrado.

—No... patético extranjero... —murmuró confuso.

—Tendrás tu propia leyenda, mago de piedra, y los borrachos la relatarán en las tabernas para reírse de ti —el viejo le lanzó una sonrisa maliciosa.

El estruendo de las pisadas era tan intenso que estuvieron a punto de perder el equilibrio.

—¡¡Mátalo, Gurgess!! —gritó el viejo—. ¡¡No habrá gloria para él!!

No. No podía ser. No sería el paria de los Antiguos, el chascarrillo gracioso de un borracho de dientes amarillos que buscaba unas monedas de limosna. ¡Llevaba siglos

queriendo tener un final digno! Quizá se había precipitado. ¿Y si se reían de él para toda la eternidad? ¿Y si los dioses le repudiaban y perdía el derecho a acompañarles en la Liberación? Había luchado demasiado como para no estar seguro de que su sacrificio iba a ser un acto impecable.

No quedaba tiempo, y miles de pensamientos pasaban por su cabeza como flechas en un asedio. Unas pocas palabras y el gólem volvería a dormir en un instante, pero, si lo hacía, si lo desactivaba, no reuniría el suficiente poder para volver a reactivarlo hasta pasado un buen tiempo.

Ya estaba encima, y el suelo se agitaba como un terremoto a cada paso que daba, desequilibrando a todos. El gólem se detuvo sobre ellos y alzó uno de sus poderosos brazos.

—¡¡No!! ¡¡*Friva urgol orvo durmar ut, ig rusma oktor ustar ur ankor!!*—gritó a pleno pulmón en un lenguaje perdido. «Que mis ojos guíen a la muerte hasta ti, y que las mismas montañas te sepulsen y olviden con los siglos». Dicha de esa manera, la maldición parecía hasta sencilla de adivinar.

El brazo gigantesco del constructo bajó hacia ellos y cortó el aire con un sonido seco, levantando hojas secas por los aires. Cerró los ojos y se protegió; había pronunciado las palabras demasiado tarde. El gólem golpeó con todas sus fuerzas, y la roca se quebró.

Horgen abrió los ojos. Para su sorpresa, seguía vivo.

El puño ya había caído, pero no sobre él, como esperaba. Los nudillos del gólem impactaron contra *sir* Quenton, provocando un tremendo impacto que lo deshizo en pedazos en un parpadeo. «Owain. Había olvidado a Owain», pensó, al darse cuenta de que la criatura priorizaba a los magos más poderosos. El ataúd saltó en pedazos y el cuerpo blando y deforme de Owain Trueno dejó de emitir poder para siempre, convirtiéndose en una pulpa rojiza de huesos rotos y órganos atrofiados que se extendió sobre la hierba mojada. Cuando ocurrió, la propia tormenta exclamó un grito ahogado compuesto de clamorosos truenos, y las paredes de nubes que les rodeaban tomaron inquietantes formas irregulares que le recordaban a rostros desencajados.

—¡¡Quenton, no!! ¡¡No!!—Horgen aprovechó el temblor provocado por el impacto para agarrar al hombre que estaba a su espalda y lanzarlo contra el aparato de metal, dejándolo inconsciente.

Encima del propio Horgen, los ojos rojizos del gólem se apagaron, y su postura se conservó tal y como estaba, propinando un puñetazo al aire, congelado en el tiempo. El valle se quedó en silencio durante un instante pero, tras unos segundos, la tormenta comenzó a colapsarse, y sus muros de algodón sucio se agitaron y deformaron con locura. Sin Owain azuzándolo, el huracán se desbocó agonizante.

La armadura de *sir* Quenton Corazón de Piedra había estallado en miles de pedazos y se había esparcido frente a él como un cristal roto. Horgen comprobó lo que quedaba de su hermano en su interior: nada, absolutamente nada. La armadura estaba vacía y probablemente había consumido su carne mucho tiempo atrás. Él lo

había matado al hacerle ese regalo envenenado. Aquel individuo no era más que el cascarón vacío de su hermano, una sombra que no conservaba nada de él. Había sido su culpa.

—No, no. —Horgen se arrodilló frente a los pedazos de piedra y apretó uno contra el pecho. No le quedaba nada más que abrazar. Por un momento, dejó de ser una roca y fue humano de nuevo, y su rostro pétreo dejó de desentonar con los que tenía grabados en las hombreras, mostrando un triste sentimiento. Hacía mucho que no le invadía una emoción tan sincera.

—No eres más que un viejo fósil asesino de hermanos que ha hecho el ridículo — le dijo el joven mago, enfadado—. Así pasarás a la historia, inútil.

—Liam, ahora no —dijo el viejo—. Ya no hace falta.

No, ellos tenían la culpa. Ellos. Los malditos extranjeros que le habían hecho fracasar. Sin embargo, todavía podía borrar su deshonra, borrarles de la faz de la tierra. Le faltaría gran parte de su poder, pero aún le quedaban sus manos, ansiosas por partir cuellos. Una creciente furia derritió sus entrañas de piedra como un volcán en erupción.

—¡¡Callaos!! —gritó, colérico—. ¡¡Juro por los Tres Antiguos que os golpearé contra el suelo hasta abrir un maldito agujero al Abismo, para que los Verdugos os mastiquen eternamente!! ¡¡Nadie se ríe de mí de esta manera!!

—¡Viejo, mira! ¡La tormenta! —señaló el chico.

A su alrededor, las oscuras paredes de nubes se descomponían y retorcían, deshaciéndose lentamente, cerrando el círculo de paz en el que se encontraban cada vez más y más, estrechando el ojo del huracán con un imparable torrente de caos que pronto les sepultaría. A pesar de colapsarse sobre sí misma, la masa parecía más potente que nunca, y cientos de violentos rayos azotaban las montañas violentamente, y las nubes se derramaban sobre sus laderas en dirección al suelo, engulléndolo todo como una avalancha.

—¡Deberíamos volver a Sotomonte ahora mismo! —dijo el pequeño mago.

—No, Liam. Horgen podría recuperarse y reactivar al gólem. No podemos permitirlo. Esto tiene que acabar aquí y ahora —el viejo giró su vara un par de veces frente a él, poniéndose en posición de combate.

—Oh, sí... esto acabará ahora mismo —dijo él.

Entonces, el arma de la mestiza emitió un fuerte sonido, y un rapidísimo proyectil le impactó en la frente, atontándole. Horgen, furioso, le arrancó el arma de las manos y retorció sus formas como si estuviera hecha de goma. Levantó a la mujer por los aires, agarrándola de la cintura con su gran mano, y la dejó sin sentido de un manotazo que le provocó una profunda herida en la sien.

Cuando ya se disponía a partirla en dos, el anciano se lanzó a por él, y Horgen le tiró a la mestiza encima como si fuese una muñeca de trapo. Los dos cayeron sobre el muchacho y rodaron varios metros sobre la hierba.

—¡¡A por él!! —bramaron los dos enanos al unísono, alzando sus puñales.

Pateó al primero de ellos, lanzándolo varios metros hacia atrás. El segundo intentó apuñalarle en el cuello, pero Horgen se alzó en el último segundo y la frágil hoja de Piedra Barda se hizo añicos al golpear su pecho.

—La Piedra Barda podría cortar mi piel como si estuviera hecha de algodón, pero esta armadura proviene de una leyenda aún más antigua que yo.

Horgen agarró al enano por el cuello y lo levantó con facilidad, haciéndole mirar los ojos apagados del gólem dormido, y le aplastó la nuez con golpe seco de pulgar. Su víctima cayó al suelo, con su vida ya arrebatada.

—¡¡Ogsu, no!! ¡¡Hermano!! —El otro enano gritó con una voz ronca y se lanzó como un poseso a atacarle.

—Hermano por hermano. Me parece justo —dijo.

Antes de poder agarrar por el pescuezo a aquel indeseable, algo punzante atravesó uno de sus riñones: el Sueño del Verdugo le había atacado por la espalda, clavando aquella arma inmunda en una de las escasas aberturas de su armadura. El dolor fue horrible. Una sangre oscura como el petróleo comenzó a brotar de su herida, deslizándose por su pierna y empapando el suelo. Horgen lanzó un chillido grave e hincó la rodilla en el suelo, abatido.

El hombre, de pie frente a él, levantó la espada, con su punta brillando como si estuviese al rojo vivo, pero antes de que la bajara para acabar con él, se detuvo.

—¿No? —murmuró—. ¿Cómo que él no? —Parecía hablar a la misma espada. Su portador se revolvió incómodo. «No estoy en su lista», pensó al recordar la leyenda de las Armas Negras.

Horgen aprovechó ese instante para agarrar al enano que le atacaba por el otro lado y lanzarlo contra el hombre. Los dos salieron despedidos contra el suelo, atontados, y la espada negra se clavó en la hierba.

—Hacía mucho que no sentía tanto dolor... —dijo mientras se incorporaba, dispuesto a acabar con todos.

El anciano no le dio un segundo de respiro y le atacó al instante. Pegó un impresionante brinco en el aire y levantó su vara en alto, dispuesto a hundírsela en el cráneo. A pesar del amenazante movimiento, Horgen detuvo el arma con facilidad utilizando una sola mano. El metal ni siquiera vibraba como antes. El anciano gruñó, frustrado y debilitado.

—Veo que estás vacío de poder —le dijo mientras arrancaba su vara de las manos y la lanzaba lejos de él—. Eres un patético ejemplo de mago... si hubieras aceptado imbuirte de Magia, si hubieras aceptado que la sangre de los Antiguos se mezclase con la tuya, no serías el gusano arrugado y débil que eres en este momento. ¡¡Eso sí que va a pasar a la historia como algo penoso!! —le empujó, haciéndole caer al suelo—. ¿¿Acaso tienes el valor de menospreciarme ahora??

El anciano intentó levantarse, pero estaba demasiado mareado por el golpe como para mantener el equilibrio. Intentó alcanzar la espada del Verdugo, clavada cerca de él; extendió su mano, pero en cuanto tocó la hoja sus dedos se quemaron y los tuvo



que apartar inmediatamente.

—Ningún mago puede tocar un caprichoso Sueño de Verdugo, anciano, a menos, claro está, que un Sueño de Verdugo le quiera tocar a él —le dijo con una sonrisa enajenada—. Y ahora, creo que es hora de que ponga fin a tu patética existencia.

Horgen, dolido por la herida, avanzó bajo la sombra de su gólem, decidido a aplastar la cabeza del anciano de un pisotón. Los tenía a todos arrodillados, sangrando a su merced, como debía ser.

No, un momento. Le faltaba uno.

—¡¡Vete a tomar por culo con tus puñeteros dioses!! —gritó una voz.

El joven mago saltó en el aire, y durante un momento que avanzó lentamente en el tiempo, alzó sus brazos, gritando, sujetando con firmeza la vara metálica por un extremo, dispuesto a golpearle con todas sus fuerzas. El cilindro comenzó a vibrar, a agitarse frenéticamente como nunca había visto, y cuando chocó contra su pecho emitió una explosión tan violenta que le hizo volar por los aires como ninguna tormenta había hecho nunca. El impacto hizo que la parte frontal de su armadura reventara en mil pedazos de la misma manera que el vidrio se resquebrajaba ante la voz aguda de una soprano. Le dolió tanto como si le hubieran disparado un maldito cañonazo en el pecho.

El mago de piedra cayó de espaldas al suelo, arrastrado por la inercia durante varios metros, y los brazos del chico, incapaces de aguantar tal fuerza, se quebraron con un chasquido seco, mostrando varias puntas de hueso fuera de su piel. Comenzó a gritar, colmado de dolor, retorciéndose en el suelo. Había pagado un precio demasiado alto por herirle.

Horgen Manos de Piedra se puso de nuevo en pie a duras penas, casi sin aliento en los pulmones. Las placas de su armadura frontal habían desaparecido, dejando al descubierto su pecho desnudo, que tenía una oscura y desagradable marca amoratada y resquebrajada justo donde le habían golpeado. Tosía frenéticamente, y su rostro reflejó una mezcla caótica de dolor y cólera.

—¡¡¡Nadie... nadie me arrebatará la gloria!!! —gritó como pudo. Ya estaba harto de juegos.

Arrancó un trozo de tierra gigantesco con sus manos y lo alzó, dispuesto a aplastar el cráneo de ese niño insolente de una maldita vez. El anciano, aún aturdido y tembloroso, se acercó al joven e intentó protegerle con su cuerpo.

—Liam... lo siento... —murmuró mientras le abrazaba. Entre sus brazos, el chico lloraba del dolor.

—Patético —gruñó Horgen—. Si queréis morir juntos, que así sea.

Sintió un pinchazo rápido en el tórax. Cuando miró hacia abajo, vio una empuñadura de marfil saliendo de la carne de su pecho.

—Esto por mi hermano, hijo de perra —el enano de voz suave le miró con un odio incontenible.

Horgen se arrodilló. Sintió cómo la sangre negra abandonaba a borbotones su

corazón e invadía su pecho lentamente, manando por el interior y el exterior de la herida. Se resistió y luchó por no caer de bruces contra el suelo. No, no podía terminar de esa manera tan patética.

—¡Soy... el gran... Horgen Manos de... de Piedra, leyenda... de Ismer! —Sus pequeños ojos negros se abrieron plagados de rabia al ver sus dedos empapados en brea negra—. Moriré siendo... una leyenda, un nombre inolvidable y temido... jamás me arrebataréis eso —tosió sangre, manchando la hierba amarillenta que le rodeaba de puntitos oscuros—. Vosotros nunca lo comprenderéis, patéticos... gusanos...

—Te comprendo mejor de lo que crees —el viejo le miró con lástima mientras se incorporaba achacosamente—. ¿De qué te sirve ser una leyenda ahora, Horgen? La muerte no dejará de visitarte tarde o temprano, y cuando lo haga, te lo arrebatará todo, por mucho que te empeñes en tener un nombre inmortal. El verdadero legado está en hacer de este mundo un lugar mejor, y el resto son tonterías para alimentar el ego. ¡Qué necio he sido al pensar que alimentar mi oxidado orgullo era lo más importante! Puedes llevarte la maldita gloria a la tumba, porque yo ya no la deseo.

Las palabras del anciano mago le atravesaron el cerebro y le dolieron mucho más que aquel puñal de Piedra Barda que reposaba en su pecho. «Soy el legendario Horgen Manos de Piedra», repitió para sí mismo. No, su nombre no se perdería en la marea incesante del tiempo; él era especial. Había trabajado obsesivamente durante demasiado tiempo para ser recordado. Eso era lo más importante: trascender la carne y entrar en los dominios de la gloria eterna.

—Tenemos que irnos, ¡y rápido! —dijo el anciano—. ¡El ojo del huracán está a punto de hundirse sobre nosotros! ¡Si cubre Sotomonte antes de que nos refugiemos, nos podemos dar por perdidos!

Horgen echó un brazo al suelo, mareado. Podía notar cómo la vida se marchaba de su interior para no volver. Sintió pánico. Después de haber vivido tanto tiempo, no se imaginaba que fuese a acabar su existencia de esa manera. Ni en un millón de años se hubiera imaginado ese final en su cabeza.

—Yisu, vamos —dijo el viejo. El enano estaba arrastrando el cadáver de su hermano.

—Lo voy a llevar conmigo pase lo que pase —contestó con voz llorosa—. Me da igual.

—Yisu —el anciano le puso la mano en el hombro—. Liam te necesita.

El enano abandonó el cuerpo de su hermano y cargó sobre su espalda al muchacho de los brazos rotos, siguiendo los pasos debilitados del anciano. La mujer mestiza y el hombre, atontados y ensangrentados, se apoyaban mutuamente para poder caminar.

—¡Mi espada! —dijo el humano.

—¡¡Déjala, Ray!! —le ordenó la mujer—. ¡¡No tenemos tiempo!!

Horgen se tumbó boca arriba en el suelo y contempló la colosal figura del gólem sobre él, desactivada para siempre, con su puño a punto de golpear el suelo, cortando

ese cielo sangriento que se estrechaba, cortando la luz. Le gustó la idea de que aquel monumento improvisado perdurase por los siglos de los siglos, acumulando musgo y grietas, indicando que justo debajo de él yacía una leyenda. Era un pequeño consuelo.

Miró a Sotomonte por última vez, la joya del este, que ardía en ruinas tras el ataque. El legendario Palacio de las Campanas, el antaño imperturbable edificio que dominaba el valle, se había convertido en una elegante pila de escombros. De repente, se sintió mal por haber destrozado tan ilustre lugar. Horgen asimiló que un día todo, absolutamente todo, se colapsaría bajo el peso del inevitable destino y se convertiría en ruinas, y más tarde las ruinas pasarían a ser poco más que polvo levantado por la brisa. ¿Quién quedaría para recordar su nombre? Nadie. Eso le angustió más que la visión de su propia muerte.

La avalancha de nubes cargadas de electricidad y vientos huracanados engulló Sotomonte. Nunca supo si sus enemigos llegaron a ponerse a salvo a tiempo; quizá estuviesen muertos, pero sorprendentemente, no les deseó ningún mal. A esas alturas, le daba igual.

Las nubes centelleantes se acercaban por todas partes hacia él, reptando sobre el suelo como los tentáculos de un Abismo que le llamaba a cruzar la última puerta. Cuando la avalancha le alcanzó por todas partes, su pecho dejó de moverse definitivamente y pudo sentir el frío durante un instante, como lo sentía antaño, cuando su piel era rosácea y suave.

Horgen Manos de Piedra exhaló su último aliento y cerró los ojos para siempre.

Al final, hasta las leyendas duras como la piedra se convertían en polvo.

## La Puerta Roja

**L**A catapulta se activó y el proyectil llameante cortó la noche con un potente haz de luz que se reflejó en las estrechas paredes del desfiladero. La avanzadilla del ejército del Profeta observó su trayectoria en silencio, expectante. La bola descendió y explotó en un lejano charco de fuego, pero ni siquiera había llegado hasta la muralla de la ciudad. Estaban demasiado lejos de la entrada y nadie tenía el valor de acercarse más.

—¿¡A eso le llamáis puntería, estúpidos!? —gritó una voz enemiga al otro lado del muro, provocándoles con su distante eco—. ¡¡Venid a atacarnos si tenéis lo que hay que tener!! ¡¡Vamos, acercaos!!

Hadrien Cutter, enfadado y empapado de los pies a la cabeza, empezó a patear al operario de la máquina de guerra mientras el resto de sus hombres le observaban en silencio, intentando no llamar la atención de su ira. Erwann, como cualquier buen Silvano, disfrutaba con la sensación de la lluvia veraniega rozando su piel, pero en ese momento, con la cazadora calada y los temblores haciendo de las suyas, sintió ganas de patear a alguien de la misma manera.

Llovía como si no hubiera un mañana, y la humedad era tan agobiante que hasta costaba respirar. La gigantesca tormenta del este se había deshecho antes de alcanzarles, pero sus restos, que comenzaron a vagar como trozos de un iceberg quebrado sobre ellos, habían contaminado el cielo de Ismer, volviéndolo completamente loco. Vía Escarlata era un reino famoso por sus abundantes lluvias, pero aquel chaparrón era digno de una estampa apocalíptica: el suelo estaba tan encharcado y embarrado que sus pies se hundían hasta los tobillos, y los soldados con armaduras más pesadas tenían que chapotear de vez en cuando para mantenerse a flote.

—¡¡Inútiles!! —gritó Cutter mientras golpeaba a aquel pobre hombre acurrucado una y otra vez—. ¡¡Los habitantes de Puerta Roja deberían estar aterrados, y en vez de eso se ríen de nosotros!! ¡¡Estoy rodeado de inútiles!! ¿¿Cómo voy a conquistar Ismer entero si ni siquiera sabéis calcular la distancia de un mísero disparo??

—M-mi señor, estamos demasiado lejos como para ser precisos... ay, en la cara no, por favor... —respondió el ingeniero militar.

—¡¡Ponedme otro pedrusco, y más vale que lleguéis esta vez, o lo próximo que dispararé serán vuestros traseros!!

Los tres operarios auxiliares se activaron al unísono y se pusieron manos a la obra. Usaron la llave de hierro para tensar el brazo de la máquina varias veces hasta que un sonoro *clac* indicó que estaba en posición de disparo. El ingeniero jefe, aterrado ante la inquisitiva mirada del Profeta, volvió a hacer los cálculos mientras murmuraba números y distancias.

—D-dos giros más.

—La cuerda estará demasiado tensa, señor... —dijo uno de sus ayudantes entre dientes.

—Q-que sean tres —respondió.

Giraron la llave tres veces, y la madera del brazo soltó un tenso quejido que indicaba su profundo sufrimiento. Todos los soldados dieron un paso atrás, creyendo que aquel artilugio iba a reventar en pedazos antes de activarse. Todos excepto Cutter, que les observaba uno de sus impacientes pies dando golpecitos contra el suelo encharcado, esperando a que cargaran otra pesada bola empapada de brea en la cuchara de lanzamiento.

—Es una lluvia cálida, inofensiva, pero nunca había visto llover tanto en tan poco tiempo, y menos en esta época del año —comentó Witts mientras se limpiaba las gotitas que caían por su gruesa nariz. Por lo menos el agua se llevaría un poco de aquel olor a queso rancio que emitía.

—Por lo menos no tenemos viento, frío o rayos, así que podría ser peor —dijo Erwann.

Un fugaz rayo encendió la noche, riéndose de las palabras del elfo con su sentido de la oportunidad. Segundos después, el trueno retumbó en el interior del desfiladero que se cerraba frente a ellos, rebotando una y otra vez. La noche cerrada no dejaba apreciar dónde acababan sus paredes, pero Erwann pudo intuir que eran altas, muy altas, casi tanto como las del Cañón de lo Perpetuo. A diferencia de aquel amplio cementerio de gólems, el acceso a Puerta Roja era estrecho. Demasiado estrecho.

—La presencia de extranjeros enfurece a los Antiguos. —Kartarkus contempló cómo otro restallido celestial iluminaba las formas del Ejército Enfermo. Como de costumbre, le miró con desprecio. No le hubiera importado patearle un rato el hígado en ese mismo momento.

—Qué empeño tenéis en ver señales divinas por todos los lados —le respondió Erwann—. Es un rayo. Electricidad. Nosotros la usamos para encender bombillas.

—No negarás que el ensordecedor estruendo de los truenos tiene algo de sobrenatural, elfo.

—Me pregunto si pensaríais lo mismo al escuchar el pedo de un troll, Arzobispo. Eso sí que es un ensordecedor estruendo —para su sorpresa, a Witts le hizo cierta gracia su comentario.

—Blasfemo —murmuró el orondo sacerdote, justo después de tragarse la risa.

—Guárdate tu patético escepticismo para ti, impío. —Kartarkus frunció sus peludas cejas—. Me das lástima, una lástima profunda, como me la dan todos aquellos que se niegan a ver la gloria de los dioses. Los ateos sois la mayor escoria de Gevangenien, con diferencia. Nada bueno puede venir de los que no se amparan bajo la moral divina, la que nos lleva por el camino de la rectitud.

—Entonces, si la voluntad divina no me «guía», como dices, mis actos de bondad son más puros que los de un creyente, ¿no crees? Después de todo, cuando obro bien lo hago por convicción propia, no porque los dioses me obliguen, y si no hago

maldades, también es por convicción propia, no por temor a una represalia divina.

—No... estás tergiversando mi mensaje... el Códice dice... —balbuceó el Arzobispo.

—Gracias, aprecio tus bonitas palabras —sonrió, sabiendo que le había enfurecido.

Kartarkus, molesto, se giró hacia la muchacha.

—Selinde, pequeña, más vale que te refugies o enfermarás.

La joven tenía un aspecto más delicado que nunca bajo esa lluvia torrencial. Aunque le habían colocado un abrigo de pieles por encima, temblaba y se abrazaba a sí misma, aunque Erwann no sabía muy bien si lo hacía por frío o terror. No pudo evitar sentir lástima por ella, por todas las personas que, como ella, sufrirían la ira del Profeta en cuanto la guerra que habían comenzado esa noche se extendiese. ¿A dónde llevaba todo el plan? ¿Sería capaz de vivir con todo el caos que Cutter iba a causar? «Claro que podrás, idiota. Él te hará olvidar», pensó. La memoria lo era todo. Sin su constante influencia, podría ser feliz de nuevo. Adiós a las pesadillas. Adiós al insomnio. Adiós a las adicciones.

A pesar de ello, por algún motivo, no era suficiente.

—La chica se queda junto al Profeta —gruñó uno de los Grakken, el más alto, con una voz cavernosa emitida desde dentro de su visor.

—La chica se queda junto al Profeta —repetieron los demás hermanos, como si fueran el eco de la primera voz.

—Mi luz no se va a ninguna parte, Kartarkus. —Cutter, que les había estado escuchando, se acercó a zancadas—. ¡¡No sé cuántas veces tengo que repetirte las cosas!! Siempre tengo que tenerla a la vista.

—Disculpa mi ignorancia, mi querido Hadrien.

—Mi señor... recordad que la catapulta está lista para disparar —uno de los auxiliares prendió fuego al proyectil con una antorcha. Las llamas iluminaron los rostros de todos los presentes con unos tenues tonos anaranjados.

Cutter miró a Kartarkus con ojos de estrangulador, pero al final decidió volver junto a la máquina de guerra.

—Pues apartaos. Como me volváis a dejar en ridículo, os mando en la primera línea de asalto contra esas puertas.

El Profeta pegó una patada a la palanca y la catapulta despertó al instante con un violento movimiento. El brazo ascendió a una velocidad de vértigo e impactó contra el travesaño con un sonido seco, haciendo botar toda la estructura y lanzando el segundo proyectil por los aires a una increíble velocidad que lo hizo silbar. La esfera de fuego cruzó el estrecho desfiladero emitiendo un destello fulgurante, y se coló dentro de los muros de la ciudad. Ni siquiera pudieron ver la explosión al otro lado, pero los operarios respiraron aliviados.

—¡Estupendo! Minaremos su moral con nuestros proyectiles hasta que se rindan o acaben consumidos por el fuego. —Kartarkus alzó los brazos.

—Si quieres que queden consumidos por el fuego, Arzobispo, ya puedes esperar sentado, porque no podríamos quemar ni un alijo de dinamita bajo esta lluvia —se quejó Cutter—. ¡¡Y por si fuera poco, este camino es tan estrecho que ni siquiera podemos poner a dos condenadas máquinas dentro de la maldita distancia de tiro!!

Puerta Roja estaba construida en el interior de un angosto valle, en un gran puchero natural completamente acorralado por altísimas y afiladas montañas de laderas empinadas que ningún enemigo podría escalar. El lugar era tan cerrado que cuando la ciudad se expandió más de lo previsto, los arquitectos locales comenzaron a construir los edificios nuevos sobre las paredes que les rodeaban, provocando que Puerta Roja pasase de la horizontalidad de su centro a la verticalidad más absoluta de las afueras. El único acceso a su interior pasaba a través de un estrecho desfiladero de doscientos metros de longitud pero tan solo seis metros de ancho; era un camino tan agobiante que convertía cualquier intento de invasión masiva en un más que asegurado suicidio estratégico.

—¡Buen intento, idiotas! —gritó una cabecita que se asomó a lo lejos, sobre el muro de la ciudad. Llevaba puesto un casco de hierro rojizo en forma de huevo—. ¡Creo que habéis quemado a una gallina, así que nos la comeremos esta noche a vuestra salud! ¡El gobernador Artticus dice que estáis invitados al banquete, si es que tenéis el valor de acercaros un poco más, cobardes! ¡Vamos, atacad como hombres!

La muralla de la ciudad, que se erigía al fondo del camino, era la más pequeña que había visto nunca; debía medir siete u ocho metros de altura y no se extendía nada más que de pared a pared del desfiladero. Sin embargo, sus habitantes no necesitaban mucho más para defenderse, porque cualquier necio que se acercase a la entrada sería perforado al momento por cientos flechas y virotes sin posibilidad de escape.

—¡¡Se siguen riendo de nosotros!! —Cutter pateó al operario de nuevo, colérico.

—Están especialmente confiados esta noche —respondió tímidamente uno de los soldados—. Es extraño, porque llevan provocándonos desde que comenzó a caer la lluvia...

—No te dejes enfadar por sus desesperadas burlas, querido Hadrien —le suplicó Kartarkus—. Tienes que ser un líder prudente y cabal.

El Arzobispo, que ya había dado sus súplicas de diplomacia por imposibles, se había decantado por la decisión más obvia y prudente para conquistar la Puerta Roja: había que asediar la ciudad hasta que se rindiese. Sin embargo, el Profeta, como siempre, había hecho todo lo contrario de lo que su mentor había propuesto, y ordenó bombardear la ciudad en cuanto el sol se puso.

—¿Por qué no me temen, Kartarkus? —Cutter pegó su rostro al del anciano mientras le agarraba de la túnica—. Estoy a las puertas de su capital con un ejército, y lo único que recibo son burlas y provocaciones.

—Claro que te temen, Hadrien... por eso te provocan, para que cometas el error de atacarles y pierdas tu ventaja. ¡Todos saben que los escarlatas son sibilinos y

astutos! Tienes que ser paciente... tienes que continuar el asedio...

—Un asedio que podría durar años —murmuró Witts, asegurándose de que nadie le oyese.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Erwann, apartándose de los demás.

—Hace siglos que la Puerta Roja se quedó sin espacio para expandirse, así que los arquitectos comenzaron a cavar hacia abajo. La capital tiene una intrincada red subterránea llena de almacenes de grano, ríos de agua fresca... ¡Allí abajo tienen todo lo necesario para subsistir! Kartarkus lo sabe... así que no entiendo por qué sigue empeñado en asediar la ciudad.

—Conociéndole, probablemente quiera ganar tiempo para maquinarse algo. —Erwann le observó, suspicaz—. Con esos dos al frente, este ejército es un polvorín a punto de explotar, Witts. Solamente espero que no ataquen esa entrada.

—Los escarlatas tienen una temida prisión en el punto más bajo de sus catacumbas, la más temible de todo Ismer. La Caída, la llaman, y los que bajan ahí abajo jamás vuelven a subir, así que si el Ejército Enfermo ataca, más te vale ir en primera fila, elfo. —Witts tragó saliva.

El Brazo Este del Ejército Enfermo, compuesto por miles de hombres, se había instalado a una distancia prudencial de la entrada, en el pequeño valle rodeado de árboles que había frente a la estrecha entrada al desfiladero. No era un lugar especialmente amplio, y los soldados vestidos de negro se apilaban en grandes grupos que rodeaban furiosas hogueras, las únicas que la lluvia no conseguía apagar.

—¡¡Eh, profetilla!! —gritó el hombre de la muralla—. ¡¡Había oído que eras un fraude, pero después de verte ahí parado, calado hasta los huesos, creo en tu poder de volver a la vida!! ¿¿Sabes por qué?? ¡¡Porque tienes cara de muerto recién resucitado, capullo!!

Todos miraron al Profeta, buscando su reacción. Su cara de buen chico se había puesto roja de ira. Hadrien Cutter se sentó en una de las esquinas de la catapulta recién disparada y se apretó la cabeza con las manos, revolviéndose el pelo mojado.

—¡¡Maldita sea!! ¡¡Estoy rodeado de inútiles!! —gritó colérico, apartando su capa empapada—. Nadie me ayuda. ¡¡Nadie!!

—Mi señor... quizá lo más prudente sea esperar a la vuelta de Horgen...

—¡¡Es a mí a quién deberían temer, Kartarkus, no al maldito Horgen!! Que todos se preparen para el combate. Vamos a asaltar esa puerta esta misma noche.

—¡Hadrien, no! —Kartarkus se acercó a él con la cabeza gacha, nervioso—. ¡Es lo que quieren que hagas! Morirán cientos y cientos solamente para tomar la entrada, y aunque entrásemos, el resto de la ciudad se nos echará encima nada más cruzarlas. El coste en vidas sería inasumible... no sabes lo que quieres, Hadrien —aquel comentario pareció dolerle especialmente.

—Una palabra más, Kartarkus... un reproche más... y te juro que te lanzaré en esta catapulta. ¡¡Ordena a los Prelados que preparen el asalto, ahora!!

—Como ordenes, Hadrien —el Arzobispo, abatido, se retiró hacia el valle.



Un cuerno sonó, y las órdenes apremiantes comenzaron a retumbar en la noche, escupidas por las bocas negras de aquellas figuras oscuras. Los soldados somnolientos y borrachos mostraron un gesto de extrañeza, seguido de otro de terror al comprender lo que iba a ocurrir. A pesar de ello, todos obedecieron. Erwann bajó la mirada, desesperado. Pronto tendría otro recuerdo que desearía olvidar fervorosamente. Si es que llegaba a ver otro amanecer, claro.

Cutter le miró fijamente. Para su sorpresa, le sonrió. De repente, parecía calmado y sereno.

—Erwann, amigo —le invitó a acercarse—. ¿Sabes por qué esta ciudad se llama Puerta Roja?

—La verdad es que no —admitió con fingida curiosidad. Quizá si le distrajese un rato, el Profeta cambiaría de opinión—. ¿Tiene algo que ver con la famosa Tercera Puerta de la que habláis?

—Más o menos. Ahí dentro, en el corazón de la ciudad, se encuentra una modesta puerta roja que forma parte del Gran Camino del Penitente que corta Ismer de costa a costa. A lo largo de esa interminable ruta, el viajero encontrará once misteriosas puertas. Algunas son pequeñas y modestas, otras son grandes e imponentes, y unas pocas no son más que ruinas deshechas, pero todas tienen algo en común: son puertas tan antiguas como el mundo, que ya habían sido erguidas mucho antes de que los hijos de los Settien pisásemos esta tierra que hoy llamamos hogar. Son tan parte de Ismer como las montañas y las cuevas, como los ríos y las ruinas.

—Entonces las construyeron los Sin Sombra.

—Lo Sin Sombra... qué tonterías dices. ¡Las construyeron los Antiguos! ¿Quién si no? —Cutter le dio una palmada en el hombro, divertido por su pregunta—. Las Puertas son una prueba de fe. Cruzar cada una de ellas tiene sus propias cualidades y bendiciones, y el penitente debe elegir pasar únicamente por dos de ellas. Los avariciosos que intenten cruzar más de dos puertas en vida aprenderán el precio a pagar por la codicia.

—Recuerdo haber cruzado una de ellas al llegar a La Quijada, justo en la costa. No era más que un viejo arco de piedra.

—Entonces los Antiguos te han bendecido, Erwann.

—¿Con qué don?

—Con la piedad. —Cutter levantó los hombros—. No es una puerta muy popular, la verdad. Hay cualidades mucho más valiosas para los peregrinos tierra adentro. Te queda una puerta más... y la Tercera la cruzarás con tu alma al morir, pues lleva al mismísimo Abismo, donde yacen los Antiguos. Aunque, sinceramente, no sé si los elfos tenéis alma —se echó a reír.

Cutter parecía aún más pálido y loco que el día en el que le conoció. Desde que Selinde le volvió a traer en Adiro, su estado físico había empeorado y sus ataques de ira aparecían con más frecuencia.

—Creo que deberías aprender a ser feliz con lo que tienes, Hadrien —le dijo de

corazón—. Tanta ambición no te va a llevar a ningún lado bueno. Quizá tus dioses están enterrados bajo siglos de olvido por un buen motivo.

—Están enterrados para que yo pueda salvarles, Erwann. ¿Es que no lo ves? «*Bajad, bajad, estáis invitados, llamad a la entrada*» —recitó con una voz tétrica—. ¡La misma leyenda lo dice! Sin embargo, no puedo hacerlo solo; la Puerta se encuentra en la Sala Olvidada, que es la última habitación de la existencia, la que alberga una gran mesa con tres sillas vacías, esperando tres comensales para celebrar un banquete sin luz.

—Witts me habló de esa leyenda. Los Tres Elegidos necesarios para descender hasta el borde del Abismo.

—Tres Elegidos que deben acompañar al Profeta en su descenso. Tres Elegidos que me deben proteger hasta llegar a la Sala Olvidada.

—Ya, pero tú no eres el... —Calló al ver que Kartarkus había regresado.

Detrás del Arzobispo, miles de antorchas brillaban bajo la lluvia, y las órdenes lejanas de los Prelados de labios negros indicaban que el ejército se estaba reuniendo en la entrada al desfiladero para atacar en una ordenada fila que caminaría directa a la muerte.

—Es la hora. —Cutter se frotó las manos—. Mi difunto padre nunca me permitió hacer el peregrinaje, así que, si me disculpas, tengo una primera puerta que cruzar.

—No es una idea sensata —le advirtió.

—Lo sé, amigo Erwann, pero no he llegado hasta aquí a base de sensatez.

—¿Y qué propiedad tiene la Puerta Roja? —le preguntó—. ¿Qué don otorga para que merezca la pena la carnicería que vas a montar?

—¡La astucia, Erwann! Es una cualidad muy deseada, y por eso los escarlatas la guardan tan celosamente. —Cutter se alejó de él.

Aquello le hizo sentir incómodo. Algo iba mal.

Cuando los soldados más adelantados llegaron a la entrada del desfiladero, con la pintura de sus armaduras negras deshaciéndose bajo la lluvia, dudaron: todos tenían miedo a colocarse en primera fila, y no sin razón.

—¡Acercaos, hijos míos! —Cutter se encaramó a una piedra y alzó los brazos chorreantes de agua—. ¡Esta noche conquistaremos por fin la Puerta Roja!

La reacción de los soldados fue poco menos que decepcionante. Estaban calados hasta los huesos, desanimados. Cutter lo percibió y se puso furioso de nuevo.

—¿Seguiréis a vuestro amado Profeta hasta la Tercera Puerta?? —gritó Kartarkus, salvando los papeles—. ¡¡Hijos míos, no temáis!! ¡¡Mientras estéis a nuestro lado, el don de los Antiguos os guiará!!

Todos los hombres se acumularon en la entrada del desfiladero, apelotonados, empujados contra su voluntad por los que se encontraban detrás. Cutter, desde la entrada, continuó con su enérgico discurso. Aquello era un caos sin pies ni cabeza, sin estrategia alguna, y Erwann les observó con rabia, sintiéndose impotente por no poder hacer nada. Selinde, rodeada de sus cuatro sombras, discreta como un pajarillo

mojado, cruzó su mirada con la suya. Por un momento, su corazón se encogió y creyó en ese estúpido don de la piedad que le había dado esa puerta mohosa. Quiso protegerla, sacarla de allí antes de que algo malo ocurriese, porque algo malo iba a ocurrir, eso seguro, aunque no supiese qué. Podía sentir esa angustia de tener algo en la punta de la lengua.

—Esto me da mala espina —dijo Witts, confirmando sus temores.

—Claro que me da mala espina, pero no logro saber por qué. —Erwann, empapado, se estrujó la fina corbata que guardaba dentro de su cazadora—. Con un poco de suerte, esos bastardos de Puerta Roja se ahogarán en sus catacumbas antes de que empiece el ataque.

—Me temo que no tendremos tanta suerte. Los escarlatas tienen un gran sistema de recogida de agua para evitar inundaciones. Miles de canalones cruzan por los tejados de la ciudad, recogiendo el agua que cae en las laderas de las montañas, y un gigantesco depósito central se encarga de almacenarla. Cuando está lleno, utilizan una gran cañería para evacuar el agua antes de que la presión reviente todo.

La despierta mente de Erwann le lanzó un aviso.

—¿¿Evacuarla por dónde??

—Pues por donde quieran... oh... —Witts se quedó boquiabierto, comprendiendo.

—Oh mierda... Witts, lárgate de aquí ahora mismo. ¡Llévate a Selinde!

Erwann echó a correr entre los soldados, avanzando a duras penas entre la gran concentración de tropas.

—¡¡Es una trampa!! —gritó—. ¡¡Es una trampa!!

Cutter, de pie frente a la entrada al desfiladero, arengaba a los miles de soldados que se apelotonaban frente a él. Le miró extrañado.

—¡¡Alejaos de la entrada!! —bramó Erwann. Cutter comprendió, y miró hacia atrás lentamente.

Entonces, al otro lado del desfiladero, la entrada a Puerta Roja se abrió súbitamente, dejando al descubierto la desordenada silueta de la ciudad, llena de torres inclinadas y cables que sujetaban canalones suspendidos en el aire. En el centro de aquellas formas, imitando a un titán sentado, estaba el gigantesco depósito de agua. Bajo él, como una serpiente atrapada en sus posaderas, una larguísima tubería de varios metros de diámetro se retorció por las calles hasta la entrada. Comenzó a vibrar, recién despertada.

Erwann intentó escapar, pero los soldados se apretaban más y más. Estaba rodeado, cerca de la primera fila.

Un par de segundos después, el agujero de la tubería escupió un brutal torrente de agua que anegó el desfiladero, dirigiéndose hacia ellos mientras sus olas espumosas machacaban las paredes de roca implacablemente, deseosas de arrollar y limpiar el valle.

—Oh, dioses —murmuró Cutter antes de ser lanzado por los aires por la brutal

corriente.

El agua se desplegó furiosa por el valle y alcanzó a las miles de tropas que se reunían frente a la salida del desfiladero, apagando antorchas y barriendo soldados, pertrechos y catapultas por igual. Fue una tromba espontánea, breve pero de una intensidad violentísima, tan fuerte como una arrolladora ola de hormigón fresco.

Cuando le golpeó, los pies de Erwann dejaron de tocar el suelo voló por los aires. Sintió cómo sus costillas se aplastaban y sus pulmones reventaban. Sintió cómo sus órganos internos se colapsaban, plagados de húmedas hemorragias internas. Los elfos eran criaturas resistentes, pero aquel golpe brutal hubiera acabado con un troll.

No quería morir así, rodeado de muerte y destrucción. No quería morir, a secas. Ya se había hecho a la idea de que tendría una segunda oportunidad, de que podría descansar en paz sin amargura y remordimientos.

Qué lástima.

Qué lástima.

Cuando el agua volvió a posarle en el suelo, exhaló su último aliento.

## Ahogado en un charco

**L**A arena era negra como el carbón, de grano fino y textura pegajosa, y tenía un sabor desagradable cuando la masticaba. La marea había bajado la noche anterior y, en su retirada, el mar había dejado atrás grandes charcos estancados que plagaban la playa de espejos cristalinos. Arnam estaba arrodillado sobre uno de ellos, donde el agua apenas cubría unos veinte centímetros; aun así, fue una profundidad suficiente como para que casi le matasen.

—El chico está muerto. ¿Ves lo que has hecho, Surchak? —dijo la voz de aquel bastardo que le pisaba la cabeza. Soltó una risa punzante.

Arnám miró a su lado y se topó con los ojos vacíos de vida de su joven ayudante Rov, cuyo rostro aún conservaba de una manera espeluznantemente fiel su último gesto de pánico antes de que sus pulmones se llenasen de agua. Su cara muerta goteaba finas lágrimas por todos los lados, y su boca abierta vomitaba lentamente esa asquerosa arena mojada.

Entró en pánico. Intentó zafarse de sus ataduras, pero no pudo. Le habían anudado los brazos a la espalda con gruesos cabos de marinero, y aunque tirase y se revolviere con todas sus fuerzas, no cedían ni un ápice. Gritó lleno de frustración y sus músculos se contrajeron con todas sus fuerzas, pero nada ocurrió. «No soy un guerrero salvaje. Le di la mano a la civilización, y ahora la civilización me devora el brazo».

Hubo un tiempo en el que estuvo completamente convencido de que las palabras podían conseguir cualquier cosa, pero se equivocó. «Siempre habrá seres inmunes a la razón en este planeta». Resultaba un pensamiento especialmente irónico cuando se encontraba rodeado de ignorantes que se creían superiores a los demás.

—¡¡Malditos idiotas sin cerebro!! —gritó con todas sus fuerzas, y el Guía de Tierra Descalza le volvió a hundir la cabeza en el charco de un pisotón furioso.

Se sumergió en la oscuridad abrumadora con la incertidumbre de si habría echado su último vistazo a la vida. Cuando ya se iba a rendir, el Guía tiró de su pelo de nuevo y volvió a la superficie una vez más. Escupió la arena mojada de su boca a borbotones, agobiado.

—Razonar con bestias salvajes como tú es una tarea agotadora, orco —su torturador se peinó un par de largos pelos negros que se habían despegado de su cabeza.

Su verdugo era alto, delgado y tan repelente como solamente un elfo podía ser. Era un Guía, el equivalente a un alto mando del ejército elfo. Le recordaba al bastardo de Arheil, pero como casi todos los elfos de Tierra Descalza, aquel tenía las orejas aún más grandes, lacias y caídas, y sus rasgos distaban bastante de ser armoniosos. Los descalzos eran los primos tontos y feos de Jardín Cruzado, y compensaban su complejo de inferioridad comportándose como auténticos sádicos.

—Estoy perdiendo la paciencia, Surchak. ¿Has tenido ya suficiente pie de Tierra Descalza o tengo que pisarte otra vez? Me estás ensuciando las botas con tus babas de perro.

El Guía vestía un elegante uniforme marrón de cuello asfixiante, y su chaqueta lucía una botonera lateral plateada y un broche de hierro que simbolizaba un pie de cuatro dedos. Los elfos en general eran poco amantes de los uniformes perfectos y la pompa militar, pero los descalzos, como siempre, no captaban el mensaje.

—Miradlo... parece un perrillo mojado. Ladra para mí, perrillo —uno de los soldados se echó a reír.

Sus esbirros, cinco elfos de mismo uniforme con largas espadas curvadas atadas a sus cinturas, se reían a carcajadas de su aspecto demacrado e intentaban bromear sobre su inminente muerte, trabándose cada vez que intentaban buscar una gracia medianamente elaborada. Tan arrogantes y confiados como siempre, los elfos no llevaban ni cascos, ni armas de fuego, ni corazas: eran tan asquerosamente eficientes y elegantes en el campo de batalla que hasta podrían conquistar un nido de ametralladoras con un palillo para los dientes. Llevar algo de protección hubiera sido como admitir que alguna de las razas inferiores podía suponer algo más que una molestia leve.

—¿Qué te pasa hoy, Rodeck? —Uno de los soldados empujó a otro—. Con las ganas que tenías de divertirme un rato... ¡Vamos! —le animó—. ¿Quieres pegarle?

Uno de ellos, un pelirrojo más alto que los demás, no parecía interesado en su sufrimiento. Miraba al mar, calmado, con las manos en los bolsillos, disfrutando del aire puro del día nublado que se extendía frente a ellos, contemplando el impresionante paraje natural que les rodeaba. La Playa de la Roca Solitaria era una interminable media luna oscura que ocupaba más de cuatro kilómetros de costa de la isla de Kurkka, la más occidental de todo el archipiélago de las Islas Salvajes, y era acariciada a cada segundo por las suaves olas que el Océano Desierto, perezoso e incapaz de imponer ningún respeto, lanzaba con desgana tierra adentro.

—Por última vez, quiero saber dónde has ordenado que resistan tus últimos fieles, sucio orco, y quiero que pidas amablemente a tu pueril grupo de despojos que deponga las armas y nos entregue las islas inmediatamente —el Guía se hurgó las uñas desinteresadamente—. Llevo persiguiéndote varios días, y no estoy de humor como para jugar al gato y el ratón con el resto de abominaciones que andan sueltas por vuestros montes. Estoy harto de vuestras avispas y escorpiones.

—No sacarás una palabra de mis labios, sucedáneo barato de elfo —le escupió un poco de arena a los pies—. No eres más que un paleta con uniforme, como todos tus amigos, y sabéis perfectamente que sois el hazmerreír de todo Ordann. ¡Suéltame!

El capitán le pateó la cara, partiéndole un colmillo por la mitad. «Por lo menos le he hecho daño en el pie», pensó, al ver cómo se dolía.

—«¿Suéltame?». Pero ¿a dónde quieres ir, desgraciado? —El Guía soltó una risotada estridente y sus hombres le imitaron exageradamente—. Al oeste, a lo largo

de la Costa de Hierro, tenéis a Jardín Cruzado en pie de guerra, comenzando una conquista imparable que pondrá a sus pies todo Ordann, y al este... al este... ¡estamos nosotros! Tengo que admitir que, por un momento, creí que Jardín Cruzado se había vuelto loco al daros estas tierras, al dejaros vagar por esta pocilga como ciudadanos soberanos, al permitir os aliaros con los patéticos humanos, pero ahora que las cosas han cambiado... ¡Este momento es mejor que cualquier sueño!!

Los descalzos habían llegado hacía menos de seis días. Siempre pensó que Jardín Cruzado sería el que daría el primer paso en el caso de un ataque, pero Wilson estaba en lo cierto cuando le llamó: las fuerzas invasoras habían llegado desde el este, desde el inabarcable Océano Desierto, desembarcando por miles en sus costas. Cualquier otro pequeño país desprevenido hubiera caído en cuestión de horas ante la extremada eficiencia militar y coordinación élfica, pero los orcos, a pesar de no tener ejército propio, eran los únicos que les superaban en el campo de batalla, incluso en casos de inferioridad numérica.

Aunque enviaron a sus jóvenes mejor preparados a La Quijada para luchar con el traicionero Triunvirato, a miles y miles de kilómetros de distancia, los habitantes restantes de Orgarr plantearon una formidable defensa, e incluso los orcos más veteranos partieron unas cuantas cabezas de elfo antes de morir o caer prisioneros. La lucha era encarnizada y se jugaba calle por calle, puerta por puerta, pero acabaría pronto. Los orcos no tenían siquiera armas o una flota para resistir mucho más, así que era una cuestión de tiempo.

—Lo que ha pasado en Ismer no es nuestra culpa —razonó, aunque sabía que no serviría de mucho.

—Claro... nunca es culpa de nadie. Cuando los humanos contaminaron los mares y arrasaron con la pesca, no fue culpa suya; cuando los enanos usaron esas horribles técnicas mineras que destruyeron tierras y ríos, no fue culpa suya; cuando los orcos organizaron sangrientas revoluciones y masacres en los países que les acogieron, no fue culpa suya. Nunca es culpa de nadie. Ahora, cuando ya no nos queda más paciencia para soportar vuestras «chiquilladas», vais y os ponéis a jugar con dinamita. ¡La Magia es antinatural y aborrecible, orco! Primero habéis aprendido a volar ciudades enteras, y ahora pretendéis volver a las mismísimas fuerzas de la naturaleza en nuestra contra, creando gigantescos huracanes. ¿Creíais que no nos íbamos a enterar? Me temo que esta vez la culpa va a ser de alguien. Y te ha tocado, orquito.

—Nosotros solamente nos unimos al Triunvirato para recuperar nuestro hogar, nada más. Ni siquiera adoramos la Magia... Los ismerenses tienen la culpa de...

—¡Los ismerenses están en la otra punta del mundo! —le interrumpió el elfo—. Nunca nos habían importado hasta que vosotros os dedicasteis a invadirles. Ellos también pagarán llegado el momento, tranquilo, pero primero empezaremos por sacar la basura de nuestra propia casa.

De nuevo, le pusieron una bota en la cabeza y le obligaron a sumergirse hasta el

fondo, hasta que su boca estuvo repleta de negra arena volcánica y no tuvo más remedio que tragar. Cuando casi parecía que iba a perder el conocimiento, le tiraron del pelo y regresó de nuevo a la luz. La orilla que se desplegaba frente a él estaba desierta, en calma, presidida por una solitaria roca escarpada y amorfa de unos veinte metros de alto, probablemente lanzada a esa insólita posición por alguna violenta erupción que ocurrió siglos atrás.

Arnarn no podía evitar pensar una y otra vez que él les había metido en esa ratonera rodeada de enemigos por todas partes. ¿Era ese el fin de su raza y su cultura? Cinco días después de la invasión, Orgarr, la capital, había caído en llamas, y ordenó a los civiles restantes que se dispersaran y luchasen desde la clandestinidad, escondidos en las escarpadas montañas, donde los elfos temían adentrarse por no mancharse los impolutos uniformes.

Rov y él, cercados, se habían separado de los demás para evitar ser capturados y utilizados como moneda de cambio en una negociación, cruzando el gran puente de Grey que unía las islas entre sí, huyendo del imparable avance elfo, pero pronto la tierra firme se terminó y no les quedó dónde huir.

—No intentes expiar tus culpas, alimaña, porque no tengo ni una pizca de compasión que regalar —el Guía se agachó, le tiró del pelo y comenzó a susurrarle al oído—. Vuestra simple existencia nos pone enfermos. Sois una mala broma, una corrupción de lo que es bello en la naturaleza, una vergüenza para el propio Árbol Madre. Nos vamos a quedar una buena temporada aquí, orco apestoso, y pronto os empezaremos a construir hogares más acordes con vuestro linaje. Pocilgas, quizá. Si no ordenas a los insurrectos rendirse inmediatamente, diremos a Jardín Cruzado que arañasteis y mordisteis hasta el último segundo, y que no quedó otro remedio que sacrificaros. Y lo diremos con una sonrisa de satisfacción.

—Veo que no estáis aquí por obligación, sádicos de mierda.

—¡Por supuesto que no! —El elfo se echó a reír una vez más—. Esto no es trabajo para nosotros; es más bien un viaje de placer. Nuestro propio líder, el gran Vindland Hojamarga, pidió personalmente a Arheil Grava el control de las Islas Salvajes. Os teníamos ganas.

—Esta guerra que habéis comenzado tendrá consecuencias horribles —le advirtió—. Me pregunto qué pensará vuestro querido Árbol Madre de la destrucción que estáis a punto de causar en vuestra amada tierra, porque las naciones del oeste no se van a quedar de brazos cruzados.

—El Árbol Madre no os va a echar de menos, orco; va a respirar aliviado ante vuestra ausencia cuando terminemos. El daño que vamos a desatar no será mucho más grande del que habéis causado vosotros hasta ahora, criaturas pervertidas, así que podemos decir que se tratará de un mal menor —el Guía le pegó una fuerte patada en el estómago. Arnarn se encogió de dolor—. Pero no solo vosotros merecáis ser reprendidos: los enanos y los humanos también recibirán nuestra hospitalidad. Les perdonamos la Séptima Gran Guerra, les perdonamos el incidente del reactor de



Kisev, les perdonamos lo ocurrido en Puerto del Duque, pero lo que acaba de ocurrir en La Quijada no pasará por el aro: vamos a borrar a los magos de la faz de la tierra de una vez por todas.

—¿Buscáis a los magos? ¿Ese es el objetivo de esta guerra?

—Son vuestras pequeñas joyas de disuasión masiva, ¿verdad? Vuestra excusa perfecta para mantenernos calladitos y a raya. Pues bien, nos hemos cansado de veros jugar con armas cargadas, apuntando al aire sin ton ni son. Vamos a borrar la Magia de la faz de Gevangenís, y tenemos la herramienta adecuada para hacer que no vuelva a reaparecer una y otra vez en el cuerpo de otros elegidos. Nos ha costado mucho trabajo encontrarla, pero nuestro gran líder Hojamarga la trajo de más allá del mar. Con ella en su mano, haremos justicia.

—Y por el camino, mataréis a miles de personas —le rebatió—. Vais a hacer pagar a muchos los errores de unos pocos. ¿Qué justicia es esa?

—¡Menuda jeta! —exclamó con cierto tono vulgar, propio de los descalzos—. ¡Me parece que tú eres uno de esos «pocos» de los que hablas, asambleísta! Tú has maquinado todo esto desde tu cómodo despacho con ese rosadito asambleísta, así que no me hables de justicia.

Arnám sollozó. Wilson. Ese hijo de un troll pagaría por lo que le había hecho.

—Me engañaron... no lo comprendéis...

—Tu famosa labia de embaucador no te va a salvar esta vez. Ordena la rendición de tus tropas y entrégnos a los disidentes. Ahora.

—Que te follen con un palo de tu querido Árbol Madre, monstruo —gruñó, lleno de frustración e ira—. ¿Te gusta mi labia ahora? La he simplificado para ti, patán sin neuronas.

—Monstruo... ¡Me llamas monstruo! —El Guía soltó una carcajada, y sus secuaces le imitaron de nuevo—. ¿Te has mirado en el espejo alguna vez, abominación? Estoy seguro de que no durante el suficiente tiempo.

—Te recuerdo que, genéticamente, los elfos y los orcos compartimos los mismos antepasados —sabía que mencionar aquel hecho les volvería aún más hostiles, pero poco tenía que perder—. Creo que al verte escupir gargajos he dado con el eslabón perdido que nos une. Tienes lo peor de los orcos y lo peor de los elfos.

—Estás hablando por encima de tus posibilidades —el rostro del Guía se oscureció inmediatamente—. ¿Sabes qué? He cambiado de opinión. ¡No hace falta que me digas nada! Creo que te vamos a ahorcar en mitad de la plaza mayor de Orgarr, y luego arrastraremos tu cadáver por todo el país detrás de nuestros caballos, para que los habitantes de esta farsa de nación sepan que no hay esperanza.

Dos soldados le agarraron y le comenzaron a arrastrar tierra adentro. Se alejaba lentamente, con sus pies haciendo surcos en la arena, todavía mirando hacia el infinito mar. Frente a él, el cadáver de Rov permanecía inmóvil, pero no duraría mucho en aquel lugar. La marea subiría pronto, y se llevaría su cuerpo mar adentro, donde flotaría unos cuantos días antes de hundirse para siempre y ser pasto de los

peces. «Yo soy responsable de su muerte. Yo soy responsable de todo esto».

Debía encontrar la manera de escapar, de seguir luchando, por Rov, por los orcos, por su hija, por el mundo. «Esto no ha hecho nada más que empezar» se repitió una y otra vez a sí mismo, intentando colmarse de valor, pero las cuerdas seguían firmemente atadas a sus muñecas. Tiró de ellas, enfadado, cargado de frustración.

«Estoy harto de hablar. Si me tratas como a un monstruo, me comportaré como uno».

La furia de sus antepasados invadió su sangre, y notó cómo su frente se calentaba y sus músculos se contraían llenos de rabia. Se sentía impotente por no poder razonar; impotente porque sus palabras, antaño su mejor arma, no valiesen de nada contra esos estúpidos cargados de prejuicios. Si no tenían sentido común ni empatía, si la justicia no iba a acudir en su ayuda para detenerles, les hablaría en el único lenguaje que entendían.

Gritó, y sus brazos se revolvieron con una energía que jamás había usado en su vida. Las cuerdas se tensaron.

Rugió, y las cuerdas se rompieron.

Arnám se alzó, agarró al primer soldado de las solapas y le mordió en el cuello hasta arrancarle varias arterias y músculos con sus colmillos. La sangre manó abundantemente de la herida y le empapó la cara, caliente, palpitante.

El segundo soldado intentó alcanzar su espada. Le rompió el codo agarrándolo con las dos manos, doblándolo hacia fuera y, mientras su víctima gritaba por el insoportable dolor, agarró su mandíbula. La arrancó de cuajo de su cara, silenciándole al instante.

La nariz del tercer soldado que se acercaba por su espalda se hundió hasta el fondo de su cráneo tras recibir un puñetazo directo de sus nudillos. Cayó como un peso muerto sin ni siquiera tener tiempo de gritar.

El cuarto soldado, aún sorprendido, le lanzó un tajo con su espada, pero falló por unos pocos centímetros. Agarró su nuez con los dedos y la separó de su garganta en un solo movimiento, dejando al descubierto su tráquea. Después se la tiró a la cara, haciéndole caer.

El Guía, alucinado, desenvainó su sable, pero estaba tan asustado que se cayó de culo al suelo y comenzó a arrastrarse lejos de él. Arnám, chorreante de sangre, se acercó poseído por la ira, dispuesto a destriparlo sin piedad.

Escuchó un arma amartillarse detrás de él. Se giró y vio al elfo pelirrojo apuntándole con una pequeña arma de mano, observándole con el mismo rostro inmutable con el que había contemplado el paisaje minutos antes. Había olvidado que había cinco esbirros, no cuatro, y fue un error que le iba a costar la vida. Le tenía a tiro y no podía hacer nada por evitarlo, así que le lanzó una última mirada desafiante. Arnám bramó un alarido gutural, desesperado, esperando su final. Estaba tan desbocado que ni siquiera suplicó por su vida.

—Adelante, bestia, termina con lo que has empezado —le dijo el soldado elfo

mientras bajaba el arma, para su más absoluta sorpresa. Se apartó unos pasos y señaló a su superior.

—¿Qué? —El Guía, aún en el suelo, gimió acobardado. Parecía incluso más sorprendido que Arnam—. ¡Rodeck! ¡Soy tu superior! ¡Debes defenderme! No sé de dónde has sacado la pistola, ¡pero úsala!

—Siento decirle que tengo prioridades más importantes que su supervivencia, Guía Laoreal. Vamos, orco, termina de una vez, que no tengo todo el día —el pelirrojo dirigió de nuevo su mirada al mar.

Arnám no hizo nada, temiendo que fuese una especie de sádica trampa de una mente enferma. No comprendía qué estaba ocurriendo.

—Pero... ¡tú te ofreciste voluntario para encontrar a este bicho, Rodeck! —El Guía hundía sus talones en la arena, intentando poner tierra de por medio—. ¿Por qué le ayudas ahora? ¡No es más que un maldito orco! Yo soy tu superior y debes obedecerme en todo mientras siga con vida...

El elfo se giró con tranquilidad, levantó su arma y disparó una solitaria bala que fue a parar a la cabeza a su Guía, esparciendo sus sesos por la arena y robándole la vida en un parpadeo.

—Problema resuelto.

Arnám, impactado, recuperó un poco de su cordura habitual. Miró al pelirrojo con desconfianza. Era alto, muy delgado, de nariz larga y afilada, ojos negros y una corta cabellera rizada y alborotada.

—¿Qué? No me mires así, bestia —le dijo, visiblemente molesto—. Si tú no te decides, pues lo tendré que hacer yo. No tengo todo el día para andar de cháchara. Me ha costado mucho dar contigo.

—¿Quién eres? —preguntó, sin bajar la guardia del todo. El elfo no parecía muy satisfecho de salvarle.

—El tipo que te ha salvado la vida, muy a mi pesar —su salvador se acercó al resto de cuerpos y los pateó para asegurarse de que estaban bien muertos—. Algunos me llaman Rodeck, y otros simplemente Roedor.

—Nos... ¿Nos conocemos?

—No. Te has librado de una buena, porque Laoreal tenía demasiadas ganas de complacer a Hojamarga con tu cabeza como para haberte devuelto de una pieza. Me has ahorrado mucho trabajo con tu espectacular escapada hasta la costa, créeme; pensaba liberarte cuando llegásemos al campamento, en mitad de la noche, para que tuvieras un poco de ventaja, pero esto lo hace aún más sencillo, aunque un poquito menos limpio —dijo asqueado—. Veo que el pequeño asesino que llevas dentro se ha escapado... y yo que te tomaba por un politicucho de tres al cuarto.

Rodeck agarró el sable del Guía muerto y le cortó la cabeza agujereada de cuajo. La levantó y se la puso debajo del brazo como quien llevaba una barra de pan.

—¿Qué... qué haces?

—Razona un poco. —Rodeck se tocó la sien con el dedo, invitándole a pensar—.

Tienes las manos demasiado grandes como para manejar una pistola de nueve milímetros con soltura, así que nadie creerá que pudieras tener tanta puntería — señaló el agujero de la cabeza cercenada—. Enterraré la cabeza en el bosque, lejos de aquí, y diré a los demás que la cortaste para comértela de un bocado. Eso les resultará más creíble.

—¿Por qué me ayudas?

—No os tengo mucho aprecio, orco. Bueno, no tengo mucho aprecio por nadie, la verdad. —Rodeck sujetó la cabeza sesgada de rostro desencajado frente a la suya, como si estuviese en una obra de teatro—. Si fuera por mí, dejaría que Tierra Descalza hiciese lo que le venga en gana con vosotros, pero al parecer le resultas interesante a mi jefe.

—¿Y quién es tu jefe?

—Ojos de Cristal.

—¿Ojos de Cristal? No es más que una leyenda urbana. ¿Qué clase de organización sois?

—De una clase que no te interesa conocer, alimaña —respondió con desprecio—. Tenemos ojos en todas partes del mundo; ojos elfos, humanos, medianos, enanos y hasta orcos. Hemos observado cada paso tuyo, hemos escuchado cada palabra que has dicho, y hemos aprobado cada mano que has estrechado. No necesitas saber nada más.

—¿Y qué pretendéis que haga?

—Te voy a dar un consejo muy sabio, y espero que me hagas caso, ahora que me debes la vida: debes reunir a tu gente y largarte de estas islas cuanto antes.

—Como si fuera tan fácil. —Arnam se frotó las manos obsesivamente en el agua de un charco, intentando sacarse las manchas de sangre.

—Voy a ser claro contigo, orco, así que escucha atentamente: dentro de dos noches, al sur de Kurkka, en los muelles del pueblo de Urkil, amarrará el buque Noche Pura. Es un barco de transporte prácticamente vacío que habrá descargado a la mayoría de sus tropas y estará a la espera de nuevas órdenes. Tienes dos días para pensar cómo hacerte con él, aunque si reúnes a todos tus acólitos sedientos de sangre, no tendréis muchos problemas en arrancar las gargantas de los pocos centinelas que habrá.

—Somos muchos. ¿Qué capacidad tiene?

—Mientras siga a flote, tendrá capacidad. Mil, quizá —aclaró tras escuchar el resoplido de Arnam—. Es rápido, muy rápido, y con él tendréis una oportunidad de escapar. Tendréis que zarpar inmediatamente, antes de que os echen de menos, porque lo sabrán muy pronto. Y cuando lo sepan, os van a perseguir hasta el fin del mundo. Vindland Hojamarga codicia mucho tu cabeza y no dejará que te marches de aquí con ella sobre los hombros, te lo aseguro. Después de todo, eres el orco más célebre de este país de papel.

—No me iré sin los prisioneros que habéis tomado —sentenció.

—Inocente... a ver si te enteras de una vez: Tierra Descalza no toma prisioneros. —Rodeck pareció sentir cierta compasión por su inocencia—. Laoreal te ha engañado con palabras falsas para que entregues a los tuyos, porque han ejecutado a todos. Jardín Cruzado había ordenado que os capturasen, pero tampoco va a poner el grito en el cielo por haberos perdido definitivamente.

—¿Y dónde quieres que vayamos? —preguntó, desesperado—. ¿A Jardín Cruzado? ¿A Tierra Descalza? ¡¡Estamos rodeados!! No tenemos opciones.

—Ya te he dicho que te perseguirán hasta el fin del mundo, orco. Así que tendréis que ir hasta el fin del mundo... y más allá.

Arnam se quedó en silencio, masticando la idea. Una idea con muy mal sabor.

—¿Ismer? ¿Quieres que atravesemos el Océano Desierto entero? ¡Es gigantesco!

—O eso, o la muerte. O quizá algo peor, dependiendo del humor de Hojamarga.

—Es un suicidio. —Arnam caminaba de un lado para otro, inquieto, manejando posibilidades—. No tenemos ni alimentos ni pertrechos para emprender un viaje tan largo.

—Ni combustible. Haréis la mitad del viaje con las reservas del barco. La otra mitad... bueno, no es mi problema.

—¡Menudo plan! —gritó—. Y aunque lo lográsemos, la tierra que nos espera... Los Páramos... ¿no es el lugar hostil y estéril que detuvo la conquista de los elfos milenios atrás?

—Eso dicen las historias. Hay lugares que simplemente no merecen la pena el esfuerzo. —Rodeck se encogió de hombros, mirando el paisaje que les rodeaba—. Pero siempre es mejor que la muerte, ¿no?

—Tiene que haber otra alternativa...

—Los elfos controlamos Jardín Cruzado, Tierra Descalza, la Isla de Ceniza y Punta de Lanza. No encontraréis respiro en ningún otro lugar que abarque el Océano Desierto. En cambio, si lográis llegar hasta Los Páramos, quizá podáis emprender el Camino del Peregrino para reuniros con lo que queda del Triunvirato en La Quijada, al otro lado del continente. Si es que queda alguien con vida para cuando lleguéis, claro, porque a estas alturas puede que no haya Triunvirato que encontrar. Pero siempre es mejor que...

—... La muerte; sí, lo sé —murmuró irritado—. Me estás pidiendo que comience un viaje improvisado que da la vuelta a medio Gevangenís, sin preparación y sin medios, liderando a gente herida y anciana.

—Se te ha olvidado que vais a estar perseguidos por nosotros.

—Quizá sería mejor que me metieras un tiro en la cabeza ya.

Rodeck, cansado de hablar con él, se acomodó la cabeza del capitán bajo su brazo.

—Dos días, Surchak, y vuestra única oportunidad de escapar zarpará —comenzó a alejarse—. Si quieres salvar a los tuyos, no tienes mucho tiempo para dudar. Tienes que irte.

—No es tan fácil. Esta es mi tierra.

—¡Claro! —El elfo soltó un bufido—. Puedes quedarte aquí, luchando contra lo inevitable. En menos de una semana todo habrá acabado, y los orcos no seréis nada más que un grotesco recuerdo.

—Jamás —dijo con fiereza.

—Bien. Ahora, si decides huir —el elfo se giró para sonreírle maliciosamente—, ten un ojo siempre puesto a tu espalda, porque vamos a ir a por ti con todo lo que tengamos. Yo estaré con los descalzos, fingiendo que busco tu rastro, pero no volveré a ayudarte. Mi gesto de generosidad se acaba aquí. Ni veinte como yo podrán librarte de la furia de Vindland Hojamarga cuando se entere de que el orco más famoso del mundo se le ha escapado de las manos. Adiós, bestia. Por tu bien, espero que nunca nos volvamos a ver.

Pronto, solamente quedaron sus huellas en la arena. Arnam se quedó solo, arrodillado, rodeado de cadáveres despedazados, muertos por sus manos desnudas. Observó su rostro en el charco que había usado para limpiarse las manos; las aguas turbias habían adquirido un tono rojizo y le devolvían el reflejo deforme de sus facciones. La boca le sabía a sangre ajena. «Dioses, ¿qué he hecho? Yo no soy así», pensó mientras escupía frenéticamente. «Quizá lo he sido durante todo este tiempo y no me había dado cuenta». No sabía muy bien cuál de sus dos personalidades era la verdadera, la que le definía.

Aquel viaje era imposible. Una huida desesperada que acabaría con todos. Tuvo que respirar hondo para no tener un ataque de pánico. Volvió a observar el cuerpo de Rov. Las primeras olas de la marea creciente le golpeaban en un costado y salpicaban su rostro desencajado una y otra vez. «¿Qué importa lo que decida? Ya estamos muertos», pensó.

Cerró los ojos e intentó pensar con claridad. La brisa y el sonido del mar le relajaron y le desanudaron la mente. El Arnam más racional volvió a la superficie, y le pidió que tomase la decisión menos insensata. Su cuerpo le pedía luchar, le pedía morir matando en la tierra de sus ancestros, haciéndoles pagar a los elfos con sangre, pero a su mente no le parecía la mejor idea posible. Decidió aferrarse a la esperanza, por muy pequeña que fuera.

—Zarparemos —se dijo a sí mismo.

Se levantó, dispuesto a emprender el viaje más largo de su vida.

## La piedad

**E**L agua, ya más calmada, se deslizaba en grandes cantidades entre los árboles, alejándose del valle. Witts caminaba torpemente a través de aquel oscuro mar de troncos, saltando a duras penas entre las gruesas raíces y los cuerpos que el agua había arrastrado bosque adentro, sin pararse a mirar los rostros sin vida que les rodeaban. Selinde, en cambio, los observó con atención, buscándole. Se detuvo en un pequeño claro donde las ramas de varios robles antiguos les protegían de la lluvia.

—¡No te detengas, pequeña! —le gritó el sacerdote—. ¡Tenemos que salir de aquí antes de que nos capturen!

Le ignoró. Selinde, con su vestido cubierto de pegajoso barro de los pies a la cabeza, se arrodilló frente a su cuerpo. Por fuera, parecía estar prácticamente intacto, pero sabía que por dentro estaba completamente destrozado. Ella podía percibir las cosas rotas. Podía arreglarlas.

—Dioses... —murmuró el sacerdote al acercarse—. ¿Está vivo?

—No —respondió ella, acariciando la frente del muerto con ternura.

Selinde, como siempre, dudó. Usar su poder no era tan fácil y tenía consecuencias muy desagradables. ¿Sería capaz de hacerlo una vez más? Cada vez que observaba a Cutter cometiendo una locura, cada vez que alguien moría por culpa de sus ataques de ira, no podía evitar sentirse la responsable. Ella le había traído de vuelta tantas veces, curando sus heridas mortales... por desgracia, no podía hacer nada por arreglar su mente. Echaba de menos al joven amable que conoció en Los Páramos, a ese Hadrien sonriente y despreocupado, y le dolía intuir que no volvería jamás. Quizá debería haberle dejado morir la primera vez, o quizá debería haber sido sincera y contar al mundo que ella era la elegida por los Antiguos, no él. Hubieran cambiado muchas cosas.

Hadrien, Hadrien, Hadrien. Estaba harta de él. Durante los últimos cinco años, su vida había girado alrededor de él, su peor error.

Sin embargo, Selinde no acariciaba la frente del Profeta en ese momento. La pálida piel de aquel extranjero era mucho más suave al tacto, mucho más... impoluta. Él era perfecto, como el retrato de una juventud interminable, libre de cualquier cicatriz o arruga. Era tan perfecto que temió estropearlo, como había hecho con aquella bellísima presa de Vorfax a la que Kartarkus le obligó a reanimar. Dioses, no quería recordar el destino de aquella mujer elfa. Era demasiado horrible.

El extranjero, en cambio, había conseguido despertar algo tierno en el corazón de Selinde. Cuando la miró con aquellos ojos profundos por primera vez, con esos pozos cristalinos de sinceridad, sintió algo especial... sintió que él la comprendía. Aquella sensación era mucho más de lo que nadie le había dado durante esos años de cautiverio en los que había estado rodeada de personas que solamente pretendían aprovecharse de ella. Y eso incluía a su misterioso ayudante, por muy bueno que

fingiese ser.

—Tenemos... tenemos que irnos... los escarlatas nos matarán... —Witts miraba más allá de los árboles, nervioso.

En el valle, frente al desfiladero, los supervivientes del Ejército Enfermo se levantaban lentamente, empapados. Muchos de esos desgraciados, malheridos, agonizaban en el fango, y no era aventurado pensar que los que no se movían no volverían a levantarse jamás. Todas las catapultas se habían roto en pedazos irreparables, plagando de escombros las pilas de cadáveres.

—Él... él es especial... no puedo dejarle aquí. —Selinde sentía algún tipo de conexión con él. De algún modo extraño, el rostro del extranjero le resultaba familiar.

Se arrodilló y puso la cabeza del elfo en su regazo, sintiendo el tacto agradable de su pelo oscuro. «Una vez más», se animó. El aire se espesó a su alrededor, haciendo la humedad aún más agobiante, meciendo las hojas y sacando crujidos secos de las ramas. Selinde puso los dedos en los párpados cerrados del extranjero y los abrió. Un gesto sencillo, pero que requería un terrible esfuerzo que la dejó extasiada. Cayó hacia atrás, y Witts tuvo que recogerla antes de que diese con el suelo. Lo sintió en las entrañas, dentro de su cansado corazón: no podría hacerlo muchas veces más antes de quedarse vacía para siempre. Era el precio de tener un poder único e irrepetible.

El cadáver del elfo convulsionó, y pudo escuchar cómo los huesos de su pecho volvían a su sitio a base de crujidos secos. Witts, aterrorizado por el proceso, se postró y murmuró una oración.

Erwann abrió los ojos y la miró fijamente, confuso y asustado. Selinde, agotada, le acarició la mejilla, intentando calmarle.

—Hola —le dijo. Fue lo único que se le ocurrió.

El elfo se puso de pie de un salto y comenzó a caminar sin rumbo. Un par de pasos después, se derrumbó mareado como un borracho al salir de un bar. Selinde y Witts le rodearon.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó el elfo desde el suelo.

—Amigo mío, ¡¡acabas de volver de la Tercera Puerta!! —Witts, entusiasmado, le dio una palmada en la espalda. Selinde no pudo evitar sonreír con él.

—Pero qué... —Soltó un quejido al levantarse, apoyado en ellos—. Me duele todo el cuerpo... creo que ha sido la peor experiencia de mi vida, con diferencia.

—No sé si la muerte se podría considerar una experiencia de vida —dijo Witts.

—Gracias a los dioses que te he encontrado a tiempo —dijo Selinde—. Cuando más tiempo pasas sin abrir los ojos, la mente se va degenerando más y más.

—Suele pasar cuando tu cerebro se queda sin oxígeno...

—¿Qué es el oxígeno? —le preguntó ella.

—Oh... aire... al menos una parte de él. Ya te lo explicaré. ¿Y los demás?

—No lo sé, elfo —dijo Witts—. Conseguí guarecerme del agua tras una roca, y en cuanto pude salir, encontré a Selinde y la saqué del valle, como dijiste.



—Por primera vez en años, he perdido a los Grakken de vista —dijo ella—. Soy libre. ¡Soy libre! Podríamos marcharnos ahora mismo. Podríais llevarme lejos de aquí, donde Kartarkus no me busque. Por favor, visitante. Sé que hay bondad en ti.

Erwann la miró con esos ojos inconfundibles, que en ese momento parecían más grises que de costumbre. Dudó.

—Sé que tenías órdenes de encontrar al traidor, visitante, pero has llegado hasta aquí por un motivo —le dijo—. ¡He rezado tantas veces, rogando un salvador que plantase cara a Hadrien! Nadie en Ismer movió un dedo por mí, pero cuando te vi, supe que eras tú, que tú me sacarías de aquí. Eres tan distinto a los demás... y no temes la ira del Culto. Eres el héroe que he estado esperando... lo siento en mi corazón.

—Selinde... —Erwann se quedó sin habla durante un momento—. No es tan fácil. Si ayudo a Cutter, podre borrar todos los recuerdos que almaceno en mi cabeza. Me permitirá olvidar todas las cosas malas que he hecho.

—Pero también olvidarás las cosas buenas —le dijo.

Selinde bajó la cabeza, desesperanzada. Quizá estaba equivocada... ¿pero cómo podía estarlo? ¡Estaba tan segura! Tras unos segundos de silencio, la mano de Erwann levantó su barbilla. La miró fijamente, como lo había hecho la primera vez que se vieron.

—Yo... está bien —dijo con su voz ronca—. No tienes por qué pagar por mis errores. Tú también tienes derecho a olvidar todo esto y comenzar una nueva vida.

No pudo evitar abrazarle. No quería soltarle nunca jamás, y le apretó con fuerza. Erwann, dolorido, soltó una risa ahogada.

—Pero mi señora... Ismer os necesita —dijo Witts—. Vos sois la verdadera Profeta.

—Yo no soy ninguna Profeta —respondió, molesta—. Yo no he vuelto de entre los muertos en ningún momento, así que no he visitado a los Antiguos ni he escuchado ninguno de sus mensajes. No hay Profeta, sacerdote. Solamente soy una niña.

Witts se sentó sobre una raíz retorcida, abatido. Sabía que no sería fácil para alguien como él, que había seguido a Cutter desde el principio.

—Vámonos —dijo Erwann, tomándola de la mano.

—No vais a ir a ninguna parte —le ordenó una voz quebrada.

Kartarkus, empapado de barro, había perdido su mitra y su bastón tras el violento baño de agua; sin embargo, parecía sorprendentemente saludable.

—Quedaos detrás de mí —dijo Erwann, colocándose frente a Selinde y Witts.

El viejo Arzobispo arrastraba un gran bulto a duras penas, tirando de su capa deshilachada. Era el cuerpo de Hadrien Cutter. El cuello del Profeta estaba completamente torcido, y parte su cráneo se había hundido por una sien. Estaba tan muerto como la mayoría de sus soldados.

—Selinde, ven aquí inmediatamente —le ordenó—. Tienes que traerle de vuelta.

—No, ya estoy harta —dio un paso al frente—. No voy a obedecerte.

—Si no lo haces por mí, hazlo por él, chiquilla. Hadrien fue tu amigo una vez.

—Lo hago por él Arzobispo. El verdadero Hadrien murió hace tiempo... él no es más que un reflejo sucio de una persona.

—Hazlo, Selinde, o las consecuencias serán horribles —la voz del Arzobispo sonó tétrica—. ¡Sacerdote, tráemela!

Witts se quedó paralizado. Erwann le miró y negó con la cabeza.

—Ninguno de los dos va a ir a ninguna parte, Kartarkus —dijo el elfo—. Tu juego se ha acabado, y te has quedado sin marioneta que manejar. Esto ha ido demasiado lejos.

Súbitamente, Erwann se llevó la mano al cuello. Un pequeño dardo emplumado se había clavado en su piel. Se lo arrancó y lo miró con extrañeza.

—¡¡Cuidado!! —gritó, protegiendo a Selinde.

Otros dos dardos acertaron a Kartarkus y Witts, que cayeron desplomados tras un par de tambaleos. Erwann hincó una rodilla en el suelo, pero no se desplomó.

—Me has... envenenado, anciana —dijo a la profundidad del bosque.

—¿Con quién hablas? —le preguntó. Selinde no veía nada más que oscuridad.

—Pero no quería matarte —respondió la voz quebrada de una mujer—. Solamente es un potente somnífero. Cualquier humano habría caído ya en redondo contra el suelo, pero veo que tú no eres un humano cualquiera.

Selinde tuvo que parpadear un par de veces para ver a la persona que tenía delante. Era una pequeña mujer humana, poco más grande que un niño pequeño, oculta bajo una túnica encapuchada de color verde oliva que ocultaba todos sus rasgos. La única mano que asomaba entre las telas sujetaba una cerbatana, indicando que no era tan inofensiva como aparentaba. Selinde sospechó que bajo ese manto ocultaba bolsillos con decenas y decenas de dardos como el que les había lanzado.

—Una envenenadora de los pantanos del sur de La Quijada. —Selinde ayudó a Erwann a ponerse en pie—. He oído historias sobre ellas.

—Yo también había oído historias sobre el Profeta, muchacha, pero después de ver lo que acabas de hacer con este extranjero y escuchar los berreos desesperados de Kartarkus, me he tenido que replantear muchas cosas —la anciana sonrió.

Alguien se acercó por detrás, aprovechando que estaban distraídos. De repente, Erwann tenía la punta de un brillante estoque sobre su garganta. Selinde gritó sobresaltada.

—Ni se te ocurra moverte, elfo —dijo una voz.

—Aparta eso... de mi garganta... ahora mismo —respondió Erwann, aún atontado.

—Deja marchar a la chica y no tendré que matarte.

—Llegas un poco tarde para eso.

Sin mediar palabra, Erwann, súbitamente recuperado, giró sobre sí mismo y propinó una patada al pecho de su agresor con una fiereza animal, explosiva, pero

condensada en un movimiento letal y controlado. Aquel intruso no era un gran combatiente: apenas podía sujetar con soltura su pesado escudo redondo, y sujetaba su estoque de una manera torpe. En menos de tres segundos, el elfo le había robado el arma y se había colocado detrás del agresor, invirtiendo las tornas.

—¡Suéltame, bastardo! —gritó enfurecida cuando Erwann la agarró de la gola de la armadura.

Selinde se sorprendió al darse cuenta de que era una mujer joven, de apenas veinte o veintidós años de edad, con su pelo castaño claro recogido en una larga y espesa trenza que le caía hasta la cintura. Tenía un porte fino y bonito pero muy poco guerrero, y su cuerpo estaba embutido en una brillante armadura de plata plagada de filigranas que no resultaba muy discreta para atacar entre las sombras.

—¡¡No le hagas daño!! —suplicó la anciana—. Mi señora no te deseaba ningún mal. No es una guerrera experimentada.

—Y que lo digas. —Erwann olisqueó el aire—. Los guerreros experimentados no suelen ponerse perfume de rosas antes de ir a una batalla. ¿Quiénes sois?

—Somos soldados, nada más —dijo la joven.

—Creo que es la peor mentira que he oído en mi vida —el elfo soltó un bufido—. Grandes soldados, los que veo ante mí: por un lado, una anciana que no levanta un palmo del suelo... y por otro, una noble que lleva la armadura más cara que he visto en mi vida. Espero que nunca tengas que combatir en un campo de batalla, porque serías un imán perfecto para las flechas.

La chica se revolvió. Su piel era pálida como la leche, menos en sus sonrosadas mejillas, y su boca era poco más que un tajo de labios finos. Sus adormilados ojos marrones eran pequeños y centelleantes, y bajo ellos crecía una larga y estrecha nariz. Al verla, Selinde tuvo que admitir que no tenía aspecto de haberse criado en un barrio pobre, al igual que ella.

—¡Te ordeno que me sueltes! —se quejó.

—¿Me ordenas? Como deseas, princesa Darea. —Erwann la soltó.

—¿La heredera de La Quijada? —Selinde la miró confundida.

—¡¡Atacad!! ¡¡Atacad!! —bramó la princesa, nerviosa.

El estruendoso sonido de un cuerno de guerra retumbó en la oscuridad. Los soldados del Profeta miraron a los árboles con pavor.

—¡¡Por La Quijada!! —gritaron miles de voces que surgieron de todas partes.

Selinde contempló cómo centenares de sombras emergían del bosque al unísono, invadiendo el valle, gritando y agitando sus armas en alto, rodeando a los supervivientes. A pesar de su brutal carga, los atacantes no parecían especialmente eficientes en combate: sus botas caras resbalaban más de la cuenta en el lodazal que se había formado bajo la lluvia, y más de uno acabó con los morros en el suelo antes de alcanzar a su primer enemigo. El valle se convirtió en el escenario de una masacre confusa y torpe. Los soldados de La Quijada vestían enrevesadas armaduras de bronce, y sus capas azules, aparatosamente largas y ostentosas, les daban aspecto de

duques y lores que jugaban a ser soldados. ¿Qué hacían tan lejos de casa?

—Una buena jugada. —Erwann giró el estoque un par de veces en el aire y lo clavó frente a los pies de la princesa.

—Asqueroso extranjero... —Darea recogió la espada y la alzó contra él.

—Alto, princesa —le dijo la anciana—. Los enemigos del Profeta son nuestros amigos, ¿recuerdas? Disculpá el temperamento de mi protegida. Me llamo Orfilia, y soy su tutora.

La mujer menuda retiró su capucha, revelando un rostro anciano y arrugado, coronado por un moño de color blanco sujetado por un par de palitos de madera, posiblemente tan envenenados como sus dardos. Les sonrió amablemente. Selinde se sorprendió ante el aspecto cercano y cálido que desprendía esa maestra del veneno: parecía capaz de dejar las armas y dedicarse a tejer una cálida bufanda para sus nietos en cualquier momento.

—Soy Selinde —dijo ella, adelantándose—. Y él es Erwann, mi protector —le agarró del brazo—. Él me ha estado ayudando a escapar de la influencia del Profeta. Es bueno.

—En ese caso, ahora estáis bajo la protección de La Quijada. No quiero imaginar el calvario que habrás tenido que pasar, chiquilla. Ahora estás a salvo con nosotros.

Poco a poco, el entorchocar de los aceros cesó tras ellos, sustituido por entusiastas gritos de alegría.

—¡Victoria!! —gritó una voz afónica—. ¡¡El Ejército Enfermo ha caído!!

—¡Victoria!! ¡Victoria!! —clamaron miles de voces al unísono.

—¡Maldita sea!! —Darea clavó la espada en el suelo, furiosa—. Me he perdido toda la batalla por culpa de este extranjero, y ahora mis propios hombres tendrán más motivos que nunca para llamarme princesita cobarde, como siempre me dicen a la espalda. Si no llegamos a separarnos...

—Si no llegamos a separarnos no hubiéramos descubierto el gran secreto del Profeta, princesa —le regañó la anciana—. Tienes que aprender que no todas las guerras se ganan a espadas. La información es poder.

—Poco importa ahora. —Darea dio una patadita al cuerpo sin vida de Cutter—. Sin Profeta Inmortal, no hay profecía, y sin profecía no hay Ejército Enfermo, por muchos Brazos que le queden. Llevábamos meses esperando un momento vulnerable como este, y ahora hemos ganado la guerra de un solo movimiento, como dijiste, Orfilia. Ahora que todo ha terminado, es el momento de que todo el mundo sepa la verdad. Mostraremos a todos los soldados de La Quijada que Cutter no era más que un farsante, y que esta chica es la verdadera artífice de sus milagros.

—No tan rápido, querida princesa —le advirtió Orfilia—. La joven Selinde es demasiado valiosa como para revelar su poder. De momento, bastará con exponer al Profeta.

—En ese caso, no perdamos el tiempo.

Darea agarró la capa de Cutter y comenzó a arrastrarlo fuera del bosque con

torpeza, golpeándolo contra las raíces.

—¡¡Ayudadme!! —gritó a sus hombres—. ¡¡Mirad lo que he encontrado!!

Orfilia ordenó a varios soldados que se arrestasen a Kartarkus y a Witts, que dormían plácidamente como niños, y después invitó a Erwann y Selinde a seguirla. Los tres salieron del bosque y pasearon por el valle, esquivando espadas y escudos sin dueño. Unos pocos soldados del Ejército Enfermo se habían rendido y estaban siendo apresados, pero la mayoría estaban muertos sin remedio.

La oscuridad lo invadía todo bajo la lluvia, pero pronto las miles de siluetas que permanecían de pie por todos los lados comenzaron a encender tímidas antorchas, revelando los rostros de las tropas de La Quijada; rostros nobles pero desmejorados que miraban a su princesa con recelo y desconfianza. Todos estaban sucios y demacrados, y Darea, brillante como una visión, caminaba entre ellos con dificultad, abriéndose paso a empujones entre las filas de sus propios súbditos.

Frente a ellos, un círculo especialmente denso de esos pequeños puntos crepitantes indicaba dónde reposaba el invitado especial de la noche. Cuando se abrieron paso al interior de la luz, apartando a las decenas de soldados que se asomaban con curiosidad malsana, encontraron el cadáver del Profeta.

—¡Quijenses! ¡Aquí lo tenéis! —gritó Darea, señalándolo—. ¿Acaso le veis resucitar? ¿Acaso es este el hombre inmortal que nos iba a llevar hasta los mismísimos dioses? ¡No es más que un farsante, tal y como mi padre os advirtió! ¡La Quijada ha obtenido una gran victoria esta noche, una victoria que destapará la verdad!

—Me temo que he de corregiros, anciana —dijo otra voz aguda que vino de fuera del círculo—. La victoria de esta noche es de Vía Escarlata, y de nadie más. Vosotros solamente habéis recogido las migajas.

Todos se giraron hacia la parte ascendente del valle, la que se dirigía al estrecho desfiladero de la ciudad. Sobre la cuesta, abarcando todo el terreno, el ejército de la Puerta Roja se había desplegado sigilosamente formando un abanico de antorchas, escudos en forma de lágrima y lanzas largas, sustituyendo el agua que habían desparramado anteriormente por una amenazante marea de soldados listos para desbordarse. A diferencia de las tropas azules de Darea, los soldados locales vestían armaduras de cota de malla y yelmos alargados que habían sido embadurnados de un intenso tinte escarlata, haciendo que el desfiladero pareciese una herida abierta de la que manaban miles de figuras sanguinolentas.

—Gobernador Articus. —Darea no ocultaba el hecho de que de ver al administrador de la ciudad la ponía nerviosa—, os recuerdo que mis hombres son los que han reducido al ejército invasor mientras vosotros os escondíais detrás de la muralla de la ciudad. Creo que merecemos un reconocimiento.

—¿Crees o afirmas, princesa? —El gobernador se echó a reír—. Me gustaría ver cómo hubiera ido la «batalla» si no llegamos a dar un pequeño baño a estos rudos hombretones que tan sumisos parecen ahora.

Los escarlatas tenían fama de ser gente mezquina, y a juzgar por su gesto malicioso, el gobernador Tirbus Artticus parecía reunir esas cualidades con mucho orgullo. Su aspecto resultaba extravagante: una extraña camisa roja llena de pliegues sufría al contener su gran barriga, y alrededor de su angosto cuello florecía una voluminosa gorguera blanca que le hacía parecer una margarita gigante con papada. Una fina cortinilla de pelo le cubría el cráneo, y su sonrisa parecía la de un inquietante bebé de un metro y medio de estatura.

—Hemos venido a por los prisioneros —dijo el gobernador, señalando a Kartarkus, que comenzaba a espabilarse—. A por todos, vivos o muertos —miró al cuerpo del Profeta.

—Por los mismísimos Antiguos que no voy a dejar que me arrebatéis a mi presa. —Darea dio un paso al frente, intentando intimidarle—. Hemos dejado nuestro reino desprotegido para venir a ayudaros, gobernador, ¡así que el Profeta y Kartarkus son nuestros!

—¿De verdad merece la pena, princesa? ¿Merece la pena enfadarnos? Aunque hemos aceptado vuestra ayuda esta noche, nadie os invitó a entrar en nuestras tierras y, técnicamente, vuestra presencia aquí podría considerarse una invasión —amenazó el gobernador—. Todos vosotros estáis bailando en la cuerda floja, y las sagradas leyes nos permitirían exterminaros sin ningún remordimiento. Agradecemos vuestro esfuerzo, pero nosotros tomaremos las riendas a partir de ahora. Nos los llevamos. A todos.

Artticus levantó una mano y la vanguardia de su guardia levantó sus escudos al unísono, formando una sólida barrera de lágrimas rojas y lanzas puntiagudas. Los quijenses respondieron cerrando filas, nerviosos. Aquello tenía muy mala pinta.

—Mi señor. —Orfilia, alarmada, se colocó en medio de los dos ejércitos—, no hay motivo para pelear, sino para celebrar. Si queréis al Profeta, lo tendréis. Lo importante es que hemos acabado con su amenaza. Podríais invitarnos a entrar a la capital, como buenos anfitriones que sois. Así los dos pueblos podrán brindar en armonía.

Los dos ejércitos, azul y rojo, permanecían alineados cara a cara, esperando un solo gesto para desatar el caos en un instante. Selinde no era una estratega, pero sabía que las tropas de Darea tenían todas las de perder, porque les aplastarían sin complicaciones si cargaban contra ellos desde una posición alta.

—Celebremos, pues —dijo al fin el gobernador, tras relamerse los labios—, pero no esperéis que Puerta Roja os reciba a todos: nuestra ciudad es angosta, y el espacio no es un lujo del que disfrutemos en abundancia. Una vez que pongamos bajo custodia a todos los prisioneros en La Caída, vuestras tropas acamparán aquí, en el valle.

—La princesa lo comprende —se adelantó la anciana, dejando a Darea con la palabra en la boca—, pero su ejército acampará en el bosque. No nos sentiríamos tranquilos durmiendo en un valle tan abierto a las inundaciones repentinas. Espero

que lo comprendáis, mi señor.

Hubo un silencio horrible. Uno de esos silencios que tenían toda la pinta de acabar rotos a base de gritos de muerte.

—Haced lo que os plazca —el gobernador mostró una forzada sonrisa—. ¡Acampad en el bosque, pues! ¡¡Soldados de la Puerta Roja, haceos con los prisioneros del Ejército Enfermo!! Enseñadles el terrible sufrimiento de La Caída.

Los soldados rojos levantaron sus escudos y avanzaron entre las filas de La Quijada a base de desafiantes empujones, agarrando prisioneros arrodillados y juntándolos en grupos. Selinde no vio a los Grakken por ninguna parte. ¿Qué habría sido de ellos?

—¡Gobernador! —Orfilia llamó su atención—. Creo que deberíamos discutir el futuro de los prisioneros. Especialmente el del Arzobispo.

—Pagaréis... por esto... —balbuceó Kartarkus, con sus manos encadenadas.

—Lo tendré que consultar con la Reina Escarlata, señora Orfilia, pero no creo que haya inconveniente —sonrió—. Si os parece bien, mañana organizaré una cena para que podáis conocerla. Algo íntimo, con unos pocos elegidos, claro, pues ya sabéis que la salud de mi señora es delicada. Así podremos pactar... nuestra posible alianza. Es lo mínimo que pueden hacer unos buenos vecinos, ¿no os parece?

—Está bien —dijo Orfilia—. Nos parece justo.

Selinde observó cómo el cuerpo de Cutter se alejaba de ellos, custodiado por media docena de hombres que lo llevaban en volandas. Artticus ordenó la retirada, y los escarlatas comenzaron a llevarse a los prisioneros restantes. Kartarkus obedeció a regañadientes.

—Eres un buen combatiente, elfo. —Orfilia observó a Erwann detenidamente—. Vendrás a la cena de mañana con nosotros. Serás nuestra escolta, dado que no contamos con verdaderos veteranos entre nuestras filas. Cada persona que podamos introducir en la capital puede marcar la diferencia.

—¿Qué? —preguntó Darea—. ¿El elfo? ¿Para qué necesitaremos escolta?

—Puede que sea una trampa —le aclaró Orfilia—. Los escarlatas llevan siglos codiciando las riquezas de La Quijada, y no sería la primera vez que intentan hacerse con nuestro trono. Prácticamente todo el ejército que nos queda está aquí esta noche, y si lo descabezan apresándonos dentro de la capital, nada detendrá a los hombres de Artticus cuando crucen la frontera y reclamen Sotomonte. Tu padre apenas cuenta con soldados para defender Sotomonte desde que partimos al sur, y aunque las murallas son imposibles de derribar, un asedio lo dejaría indefenso.

—También cabe la posibilidad de que simplemente cenemos con la Reina Escarlata —dijo Darea—. Podría ser un gesto amable que daría comienzo a una alianza que necesitamos más que nunca.

—Siempre tiendo a pensar en lo peor de las personas —dijo Orfilia, mirando a Erwann de reojo.

—¿Y por qué arriesgarse todo a cara o cruz? —Darea señaló el bosque—.

¡Larguémonos de aquí mientras podamos!

—Porque si huimos, Artticus no nos dejará marchar. Si no acudimos a su cena conciliadora lo tomará como un gesto hostil, como la prueba definitiva de que no confiamos en él ni pretendemos crear una alianza, y nuestro ejército no saldrá de este valle con vida. Los hombres que hemos visto esta noche no son ni la tercera parte de su ejército, así que no es descabellado suponer que el resto está cortando los senderos de montañas que salen de aquí. Nos hemos puesto en una situación muy vulnerable por conseguir la cabeza de un solo hombre.

—Y nos la han arrebatado —se quejó Darea—. Fue una decisión imprudente, lo sé, pero quizá la guerra haya terminado esta noche.

—Lo dudo, y menos mientras Kartarkus conserve su lengua —dijo Erwann—. Ese hombre es un manipulador nato.

—Ya no puede hacernos nada —dijo Orfilia—. Ha perdido a su Profeta, a su arma intimidatoria, y nosotros tenemos la clave para que no la vuelva a recuperar.

Todos miraron a Selinde. De nuevo, se había convertido en poco más que un instrumento de guerra. Erwann apartó la mirada, entristecido.

Algo les sobresaltó.

—Oh, disculpad que os vuelva a molestar, pero se nos había olvidado una prisionera —dijo la voz de Artticus—. El juguetito del Profeta.

El gobernador había vuelto, trayéndose a sus hombres de vuelta. Selinde apretó los puños. ¿Por qué se habían acordado de ella? «Kartarkus», pensó al instante. Aquella puñalada en el último segundo solamente podría venir de él. No tuvo más remedio que obedecer.



## Ella

**S**HAWNLA le observó caminar sobre las hierbas altas, y sus gestos le recordaron a los de un perrillo pachón buscando un hueso. No sabía muy bien por qué, pero le gustaba verle. Rayner la encontró en el mismo sitio donde la había dejado, clavada sobre aquel interminable campo amarillento, justo debajo de la sombra de aquel titán dormido para siempre.

—No me puedo creer que siga aquí —dijo él mientras la arrancaba con esfuerzo.

—¿Qué aspecto tiene?

Rayner soltó un suspiro desesperado al comprobar que su espada seguía igual de desmejorada que siempre, llena de parches de óxido y suciedad. Alzó los hombros resignado y la envainó.

—Wallas me pidió que encontrase su vara, pero no la veo por ninguna parte. — Rayner apartaba hierbas por aquí y por allí.

—Puede que la tormenta se la haya llevado. —Shawnla se acercó a él—. ¿Y el cuerpo de Horgen?

—Los soldados que vinieron a por el de Ogsu lo han llevado a la ciudad, lo han metido en esa Iglesia Sin Ventanas y han tapiado la entrada. No quieren tenerlo bajo el mismo cielo que ellos, y después de lo ocurrido, no les culpo.

Los dos miraron el gólem durante un rato, en silencio, observando cómo su silueta era perfilada por el inminente crepúsculo. Tal y como se mostraba, la bestia parecía tan inofensiva como cualquier estatua antigua, pero Shawnla no podía evitar sentirse incómoda al escudriñar sus ojos desactivados. Tenía miedo de que se volvieran a encender rojos de ira en cualquier momento.

—Esta tierra me hace pensar —dijo.

—¿Pensar en qué? —Rayner la miró extrañado.

—No sé, en algo más... más profundo, ya sabes. En lo inexplicable.

—¿En los dioses? —Adivinó él—. Tengo que admitir que, después de todo lo que hemos visto aquí, también se me ha pasado por la cabeza... nunca he creído en el Dios Hermoso o los Dioses Solares, pero tengo que admitir que los Antiguos están haciendo méritos para que les tomemos en serio.

—El Culto a los Antiguos es cruel, Ray. —Shawnla le agarró del brazo, inquieta—. ¿Qué sentido tiene adorar algo tan tétrico? Los dioses deberían ser piadosos, deberían darnos consuelo... los Antiguos son algo retorcido y enfermizo. Después de los ataques de Vorfax y Horgen, muchos soldados del Triunvirato han comenzado a rezar a los Dioses Solares en grupo, rogando por su cálida piedad. Quizá hagan lo correcto.

—La gente suele arrodillarse fácilmente cuando está desesperada, Shawnla, pero no creo que rezar sea la decisión correcta en este momento.

No pudo evitar revolverse al escuchar su comentario. Shawnla se sentía incómoda

cuando cuestionaban sus creencias, quizá porque había aprendido demasiadas cosas sobre demasiados dioses de otras culturas como para creer en una verdadera religión. Sin embargo, necesitaba esa pequeña incongruencia en su cabeza, ese pequeño rayo de esperanza.

—Mis padres me inculcaron desde muy pequeña la fe en los Solares, y me aseguraron que ellos velaban por mí durante la noche y el día —recordó con nostalgia—. Eso significó mucho para mí, Ray. La vida no se portó bien con nosotros, y mis padres sufrieron lo indecible para que mis hermanos y yo saliésemos adelante. Siempre fui una chica estudiosa y responsable, pero cuando mi padre me dijo que no tenía dinero para pagarme la matrícula de la universidad, me alisté en el ejército de Tres Mares para recibir una beca a cambio de cuatro años de servicio.

—La verdad es que no me sorprende que estés aquí de rebote —sonrió y le guiñó un ojo—. Siempre me has parecido una chica demasiado dulce como para andar pegando tiros por ahí.

Shawnla se sonrojó como una manzana madura. Rayner, despistado y perezoso hasta para las relaciones humanas, no era un galán de ensueño, precisamente, pero había algo en él que resultaba atractivo. Le gustaba su ignorancia social, la torpeza con la que reaccionaba a sus sutiles insinuaciones, así que aquel piropo confiado la dejó completamente fuera de lugar. ¿Se había dado cuenta al fin?

—Nunca quise acabar aquí, en Sotomonte... no de esta manera —suspiró, apartando la mirada—. Me hubiera gustado llegar aquí siendo una historiadora, teniendo todo el tiempo del mundo para desenterrar y descubrir los misterios de Ismer. En cambio, aquí estamos, bajo una bandera invasora, y en apenas un par de semanas hemos provocado el hundimiento de una ciudad entera que bien podría ser patrimonio de la humanidad.

—La vida puede ser cruel a veces —admitió Rayner—, pero quizá nunca hubiéramos llegado a ver este lugar si la guerra no hubiese estallado. Me gusta pensar que alguien puede sacar algo bueno de todo este caos, así que espero que descubras muchos misterios por aquí —le pegó un empujoncito.

—Espero que tengas razón, Mondadientes...

—Oh, no me llames por ese horrible mote tú también, por favor... —se quejó—. Creía que lo habíais olvidado.

—¿Cómo olvidarlo? —Soltó una risilla—. A este paso, ese trasto te va a convertir en una leyenda, y vas a necesitar un buen apodo con gancho.

—Oye, Shawnla... la espada... ¿sabes alguna historia sobre ella? —Rayner se mostró preocupado—. Vorfax la llamó Sueño de Verdugo. Y Melvin... bueno, me contó algo sobre ella, pero no sé si quería asustarme o era la verdad.

—La verdad es que nunca había leído nada sobre que los Verdugos fuesen capaces de soñar —recordó—. En las leyendas ismerenses, los sueños divinos son el equivalente de la creación, de otorgar el don de la vida, de cambiar las cosas, y son una capacidad exclusiva de los Antiguos. Los magos, sus heraldos, son el mayor

exponente de ese regalo de los dioses: son cambiantes, caóticos, efímeros... poseen todas las cualidades que los Verdugos no tienen.

—¿Quiénes son esos Verdugos realmente? ¿Por qué se enfrentaron a los dioses?

—Ni idea. —Shawnla levantó los hombros—. Solamente se sabe que vienen de la oscuridad más allá de las estrellas moribundas.

—Así que son alienígenas. —Rayner se echó a reír—. Quizá esta espada sea una especie de sonda anal.

—No, no tienen nada que ver con los aliens y sus sondas. —Shawnla le pegó un codazo cómplice—. Cuando se dice que vienen de más allá de las estrellas, las historias se refieren a que los Verdugos no vienen de la propia existencia, tal y como la conocemos. Son... algo ajeno al universo, a la materia, y se suelen describir como entidades frías y sin alma que no tienen mente. Que yo sepa, el que no tiene mente no puede soñar, así que el nombre de «Sueño de Verdugo» me desconcierta un poco.

—Ya, pero... ¿Y si pudiesen? ¿No sería esta espada algo contrario a los magos? ¿No me convertiría en su heraldo? Mira el daño que le hizo a Vorfax y a Horgen.

—Ahora que lo dices, Ray, la leyenda dice que los Verdugos portaban «frías armas» con las que atravesaron a los Antiguos, pero en ningún momento se menciona que esas cosas tuviesen alguna intención de forjar armas para los mortales. ¿Por qué elegir a un heraldo como tú, imitando el proceso de los mismos dioses que ellos odian?

—No lo sé. —Rayner suspiró—. Como es habitual, no tengo ni idea.

Shawnla observó cómo Rayner se mordía las uñas, nervioso, dándole vueltas a la cabeza.

—Es solo un arma, Ray —le acarició el brazo—. Nada más.

—Esta espada el motivo por el que estoy aquí, Shawnla. Si deja de funcionar, ¿qué me queda? Ella me salvó la vida y me dio una razón para ser útil. ¡Nadie hubiera confiado en mí si no la tuviese! Si ella no me hubiese elegido, solamente sería un nombre más en la lista de muertos del Mercado de las Cenizas. Un gilipollas muerto al que nadie echaría de menos.

—Ray, no necesitas ninguna espada para ser especial —la frase le sonó tan melosa que ni siquiera se atrevió a mirarle a los ojos.

—Me gustaría serlo por mí mismo, de verdad, pero soy un desastre absoluto.

—La vida es mucho más que el talento —dijo convencida—. También es el aprendizaje, también son las circunstancias. ¡No todo el mundo nace siendo especial! Quizá ahora estés viviendo las circunstancias adecuadas para aprender a ser realmente quien eres. Nos salvaste la vida en el asedio a Sotomonte, Ray, y arriesgaste tu vida para acabar con Horgen. Creo que deberías tenerte en más consideración.

—Y desde que lo hice, la espada se pudre lentamente en mi mano... ¿por qué me castiga por hacer lo correcto? No lo entiendo. ¡No entiendo nada! Quizá tengas razón al decir que hay cosas inexplicables.

No supo qué decirle. Desde luego, todo aquello resultaba desconcertante. ¿Tenían todas esas preguntas un verdadero sentido? Las profecías, las leyendas, los heraldos... eran parte de un enigma que no podrían resolver por sí mismos, pues ellos no eran más que piezas del rompecabezas, de algo muy grande.

—Tuvisteis mucha suerte de salir con vida... —observó los restos del helicóptero, que yacía destrozado cerca del gólem.

—Y una gran piloto a los mandos —añadió Rayner—. Creo que Lana no desentonaría entre las leyendas de Ismer, por muy dama que sea. Le patearía el culo a todos los caballeros andantes de este reino.

—¡La Dama Jonsy! —Se echó a reír—. Eso sí que sería algo digno de verse.

—¿Qué me dices de ti? —Rayner soltó una risilla—. ¿Preferirías una dama o una guerrera?

—Ni una cosa ni la otra... No me gustan ni los vestidos ni la violencia. ¡No veo por qué tendría que elegir entre esos dos caminos! ¿Y tú, Ray? ¿Qué eliges? ¿Te ves como una dama?

—Quién sabe, con un bonito vestido que me realce el escote peludo que tengo... —Sonrió.

Shawnla no pudo evitar reírse a carcajadas. Los dos volvieron hasta las puertas de Sotomonte, hablando sobre menudencias que les trajeron una bienvenida distracción.

Había pasado una semana desde que el Huracán Owain se colapsó sobre la ciudad, aplastando con su manto de nubes cada edificio y callejón, cada palacio en ruinas y cada templo enterrado. Todo acabó sepultado en la más absoluta oscuridad, en una negrura abismal solamente interrumpida por los fugaces destellos de los feroces rayos que restallaban a pie de calle, reventando tímpanos y provocando feroces incendios allá donde impactaban.

La noche que siguió al ataque de Horgen fue dura y caótica, pero el amanecer que anunció el día siguiente no pudo ser más hermoso: un despejado cielo de color turquesa extendió su abrazo sobre el Valle de la Fortuna, haciendo que la vegetación se vistiese de gala y luciese sus colores más intensos y radiantes. Los restos del ejército se atrincheraron en las ruinas esperando el siguiente ataque; sin embargo, nadie apareció en el valle. Ni dragones, ni serpientes voladoras, ni gólems, ni magos. Lo único que se coló por aquellos muros resquebrajados fue el suave viento del verano.

Sotomonte no era más que un espejismo agonizante de lo que una vez fue la ciudad más majestuosa de la costa este de Ismer; prácticamente todas las construcciones estaban en un estado lamentable o directamente en ruinas. Era un panorama desolador, y eso que ya habían retirado los cuerpos de los muertos para darles sepultura.

—Esta tierra es cruel... —Shawnla sintió una profunda tristeza—. Me gustaría sería volver a mi apartamento, con mi conexión a internet, mi electricidad, mi sofá y mis derechos humanos; ya sabes, con todas esas menudencias a las que nos ha

acostumbrado el mundo moderno. ¡Lo echo tanto de menos!

—Había olvidado el mundo real. —Rayner miró a la suave luz del atardecer con nostalgia—. Aún no sé qué haré cuando volvamos a Ordann... mi piso, si es que sigue en pie, estará dentro de una zona de cuarentena que no se levantará hasta dentro de un par de cientos de años, como mínimo. Técnicamente, podría decir que soy un vagabundo, porque no tengo ni casa, ni posesiones, ni familiares que me puedan acoger.

—Lo siento, Ray —le agarró del brazo, consolándole—. Bueno, si volvemos a casa, podrías venir a pasar unos días a Flarent, mi ciudad. Es preciosa, y el Mar Roto está a veinte minutos en coche. Te podría enseñar los barrios más bonitos, y si te gusta, ¡podrías empezar alquilando un piso por alguno de ellos! Te presentaría a mis amigos, y podríamos salir a tomar algo de vez en cuando. Incluso podrías hacerme la cena alguna noche, si te apetece —le retó—. ¡Quién sabe! Quizá tengas un talento oculto como cocinero que esté pendiente de aparecer.

—¿Cocinar, yo? No sabes dónde te metes... solamente sé usar el microondas. Durante la época de la universidad, sobreviví cinco años a base de *pizzas* recalentadas.

Se echó a reír. Rayner era un desastre, pero un desastre entrañable, de esos que apetecía invitar a una copa.

—Quizá tú y yo podríamos hacer una cena para el resto de la Compañía Parcheada, Ray —le animó—. Les estoy cogiendo bastante cariño.

La pérdida de sus compañeros había sido un duro golpe. Al día siguiente del ataque, la Compañía Parcheada se reunió para dar su último adiós a Ogsu y Gork. No pudieron encontrar el cuerpo del cocinero orco entre los enormes escombros del palacio, pero colocaron una señal de madera en su recuerdo junto a la tumba del enano. Las dos lápidas reposaron fuera de los muros de la ciudad muerta, junto a un solitario árbol que crecía en la ladera de la montaña, donde la vista del valle era hermosa y amplia. Yisu, conmovido, lanzó una de sus manzanas frescas al cuerpo de su hermano antes de que la tierra le privase de su compañía para siempre, quizá como regalo, o quizá como una pequeña broma para que Ogsu dejase de comer fritangas en el otro mundo. Shawnla no podía estar más agradecida por poder vivir un día más, pero observar aquellas dos marcas le encogió el corazón.

Mientras caminaban por aquellas silenciosas calles, Rayner se miró las manos y las apretó con fuerza.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué pasa? —le preguntó, curiosa.

—Sé que todo ha sido horrible, pero me siento... poderoso. Me siento bien, lleno de energía, dispuesto a todo. Vorfax y sus criaturas, Horgen y su gólem, Anders y su tormenta... nada ha podido acabar con nosotros. Tengo la impresión de que ahora mismo podría comerme el mundo. Podría hacer cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

Se miraron fijamente. Algo había cambiado en sus ojos desde que le conoció. Ya no le parecían tan inocentes, tan torpes, y si se fijaba bien, un pequeño brillo de confianza aparecía tras ellos, en la oscuridad. Era una sensación extraña, hasta quiso definirla como peligrosa. No era el chico más listo o más guapo que había conocido, pero tenía algo especial, como si dentro de él hubiese escondido algún secreto, como pasaba con esas ruinas de civilizaciones desaparecidas que tanto le fascinaban a ella.

Los dos se quedaron en silencio, escuchando el delicado ulular del viento colándose entre los amazones destrozados de los edificios. Shawnla le detuvo y le acarició ese atisbo de barba.

—Shawnla, oye... —Intentó decir él.

No le dejó hablar: se acercó y le besó con ternura. Sintió un cálido escalofrío cuando sus labios rozaron los de él suavemente, cargados de una excitación y dulzura desbordantes. Fue un beso delicado, etéreo, pero lleno de pasión a la vez. Le rodeó el cuello con un brazo y le puso la otra mano en el pecho, sintiendo su respiración. Rayner colocó sus manos en sus caderas, que se balanceaban lentamente hacia él, inquietas por conseguir acercarse aún más. Tras un instante electrizante, se separaron y sonrieron nerviosos.

Desgraciadamente, ese momento no duró mucho.

—¡Vaya par de tortolitos he encontrado! —gritó una voz detrás de ellos—. ¡Mira eso, Ipkis! ¡¡Menudo morreo se han pegado!!

—Siempre tan oportuno, Alastor —se quejó Shawnla—. ¿Se puede saber qué se te ha perdido por aquí?

James Alastor apareció sobre un tanque del Triunvirato que estaba aparcado en mitad de la calle. A un lado aquella máquina, apoyado sobre el logotipo de una tortuga sonriente con gafas de sol, estaba el delgaducho cabo Ipkis, mirando al suelo con los brazos cruzados, muerto de vergüenza por la actitud de su compañero.

—No te quejes, Shawnla, que por lo menos he esperado a que os dieseis el morreo antes de abrir la boca. —Alastor se echó a reír—. ¡Menudo par de pichoncitos!

—¿Desde cuándo llevas ahí, pervertido? —se quejó Rayner.

—Oh, por favor... no quiero ofenderos, chicos, pero no sois mi tipo, aunque quizá Ipkis se haya tocado un poco mientras os miraba...

—¡No! ¡No es cierto! —El manojito de nervios se ruborizó.

—Tranquilo, piltrafilla, que lo que hagas en la intimidad es cosa tuya. —Alastor bajó del tanque de un salto—. He venido a buscaros porque Wallas quiere verte, Gurgess. Es urgente.

—Oh, entonces es mejor no hacerle esperar. —Shawnla tiró de Rayner calle arriba—. Vamos, Mondadientes.

La entrada principal del Palacio de las Campanas presentaba una imagen lamentable, pero aguantaba de pie frente a la gran escombrera que sugería que algo majestuoso se alzó una vez en ese lugar. Atravesaron los derribados portones de

entrada y caminaron por el gigantesco *hall* de los reyes, que estaba poblado por decenas de megalíticas columnas que ya no tenían techo que sujetar. «Es como caminar por dentro del costillar de una criatura muerta», pensó al observar el perfecto fresco del cielo agonizante que se apagaba con tonos violeta sobre ellos.

La sala del trono no se encontraba en mucho mejor estado que el *hall*, y también había perdido su techo, convirtiendo lo que antaño fue un lugar sombrío en un acogedor patio interior. La sala era amplia y alargada, con sus paredes plagadas de banderas que mostraban aquel dibujo de un rostro reflejado en un espejo, y al fondo, sobre una tarima de medio metro de altura, estaba el Trono Lustroso, encajado en una preciosa columna dorada que imitaba el tronco de un árbol. Los brazos del asiento caían por las escaleras de la tarima como si fuesen grandes raíces que se retorcían grácilmente hasta las paredes, convirtiendo al trono en una visión fastuosa e imponente que ocupaba la totalidad del fondo de la sala. De nuevo, los quijenses no habían reparado en gastos.

Liam estaba sentado sobre él, tumbado de lado, con las piernas cruzadas. Tenía los dos brazos escayolados, el pelo especialmente revuelto y llevaba puesta una de sus habituales camisetas de grupos de rock.

—¡Bienvenidos a mi reino! —gritó con alegría nada más verles—. Soy Liam Primero el Sexy, el nuevo rey de La Quijada —les guiñó un ojo—. Sí, lo sé: mi reino está un poco abandonado y ruinoso en este momento, pero mejorará en cuanto lo llene de mujeres y ponga un par de piscinas por aquí y por allí, os lo aseguro. Solamente me queda convencer al viejo para que me enseñe a usar ese toque orgásmico que me oculta y todo lo demás irá sobre ruedas.

La amplia mesa de madera maciza que albergó banquetes en el pasado yacía repleta de mapas e informes en ese momento. Melvin Wallas los miraba fijamente mientras se acariciaba la barba, resolviendo una especie de rompecabezas que abarcaba todo el reino de La Quijada. Era el nuevo líder del Triunvirato, por lo menos hasta que se restableciesen las comunicaciones y el alto mando ascendiese precipitadamente a algún general de segunda. No le fue difícil tomar las riendas de la avanzadilla; después de librarles de Vorfax y Horgen, los mandos supervivientes, asustados ante tal poderío sobrenatural, le rogaron que les diese alguna esperanza de salir vivos de allí.

—Gurgess, ya era hora. Oh, y la señorita Oryul, qué agradable sorpresa —sonrió.

—Señor Wallas. —Shawnla se cuadró frente a él.

—Relájate, Shawnla, ya sabes qué opino sobre cuadrarse y todas esas tonterías. Yo no soy ningún Mariscal.

—He oído que ahora eres tú el que toma las decisiones —le dijo Rayner—. Enhorabuena.

—No me des la enhorabuena por algo que no he pedido ni deseo, Gurgess. Tiene más de condena que de honor.

—¿Desempolvando viejos mapas? —Shawnla vio que bajo la mesa se apilaban

decenas de pergaminos desenrollados, tirados sin ton ni son.

—Creí que encontraría algo de información sobre Cutter y sus tropas en los archivos del rey, pero hay tantos documentos entre los escombros que podría investigando semanas sin concretar absolutamente nada. Es una tarea inútil. —Wallas revolvió la mesa, frustrado—. El siguiente ataque podría llegar en cualquier momento, y no tengo la menor idea de cuál puede ser. Dragones, gólems... y estos documentos hablan de cosas aún peores... ¿cómo distinguir lo que es imaginaria de lo que es realidad? Si me creyese todo lo que leo aquí, el mundo estaría invadido por horribles quimeras que no podemos ni imaginar. Lo peor de todo es que los rumores y las mentiras se extienden como una enfermedad entre nuestros soldados, y muchos, en vez de luchar, se arrodillan a rezar.

—Rezar les da esperanza en tiempos duros —dijo Shawnla.

—Perdimos a más de mil quinientos soldados en el día del ataque de Vorfax, Shawnla, y el gólem enterró a setecientos más; no es el momento de esperar a los dioses. —Wallas negó con la cabeza—. Son números que no podemos obviar, y entre los fallecidos había varios especialistas irremplazables. Y no hay noticias de Razore y los mercenarios de Hor Dreger, que seguramente estén durmiendo con los peces a estas alturas. Por si fuera poco, apenas tenemos helicópteros operativos, y sin el abastecimiento de la flota, el combustible escasea. Por no hablar del tema de la comida, claro. La flota tiene todos nuestros suministros, y eso incluye los alimentos. Sin ellos... en menos de dos semanas comenzaremos a tener graves problemas. Muy graves.

—Deberíamos ir hacia el oeste, hacia Vía Escarlata, y quitarle su comida a ese jodido Profeta que nos ha hecho esto —dijo Liam—. Y luego le matamos, a él y a su puñetero ejército. ¡Él tiene la culpa de todo!

—No es una opción, chico —dijo Melvin—. ¿No me has oído? No tenemos ni provisiones, ni combustible, ni medios para continuar ninguna guerra. Y ni siquiera sabemos qué hay al oeste, esperándonos.

—¿Y a qué esperamos para volver a la costa? —preguntó Shawnla—. Tenemos que recuperar nuestros barcos; si lo hacemos, volveremos a tener comida y podremos salir de aquí antes de que termine la Ventana de Verano. Si el Océano Inquieto despierta y seguimos aquí, estaremos perdidos.

Melvin daba golpecitos en la mesa con los nudillos, mascando algún pensamiento.

—Tenemos un problema. Las comunicaciones siguen cortadas, así que enviamos a unos exploradores a bordo de dos helicópteros hace tres días, pero no hemos vuelto a tener noticias suyas. Hace un día enviamos a otro equipo, pero tampoco volvió. Algo malo pasa en la costa, y no tiene que ver con los restos del huracán.

—¿Qué insinúas? —preguntó Rayner.

—Es pronto para insinuar nada, y más con el pánico que está creciendo entre nuestras tropas —el rostro de Melvin se oscureció—, pero sospecho que algo raro



está ocurriendo junto al mar. Al igual que aquí, puede que el área esté empapada de materia exótica por efecto de la tormenta, o puede que ocurra algo más. Algo que me da más miedo.

—¿A qué te refieres?

El mago resopló inquieto. Parecía no querer decir lo que iba a decir.

—A la hechicera que viajaba presa en la bodega del portaaviones Soliantera; a eso me refiero —la voz de Wallas se tornó oscura—. La embaucadora de Rylor, Eliza Sunhein. Traerla fue otra decisión desafortunada del presidente Valarck. Es... peligrosa.

—¿Peligrosa? —Liam se irguió en el trono—. Es la cantante de un grupo de música electrónica y experimental, viejo. ¡Si comenzó su carrera siendo una estrella del pop adolescente antes de volverse gótica y todo eso! Es un poco rara, pero no la calificaría como un peligro. Lo que pasó en aquel concierto no fue culpa suya.

—Es una hechicera latente que descubrió sus poderes tarde, como tú, chaval, así que no te fíes de su aspecto delicado —le advirtió Wallas—. Es impredecible, joven, y lo peor de todo: no tiene ningún principio ni respeto por nada. Es la anarquía hecha persona.

—Bah, esa es la actitud de todas las estrellas de la música, nada más. —Liam se arrancó un trozo de uña con los dientes y lo escupió a la alfombra—. Conozco ese pasotismo de artista muy bien. Sus canciones no me van mucho, pero su actitud rebelde hace que tenga a un montón de fans raritos locos por ella.

—A mí no me gustaba un pelo —dijo Shawnla, cruzándose de brazos—. Cantaba letras suicidas que me ponían los pelos de punta. Creo que estaba un poco mal de la cabeza.

—¡Eso lo hace para vender discos! —exclamó Liam—. Todo el mundo sabe que hoy en día las estrellas vienen prefabricadas, con problemas mentales incluidos. ¡Es marketing! ¡¡Los jóvenes no queremos seguir a tipos aburridos y formales!!

—La Magia suele elegir como huéspedes a personas con gran sensibilidad, para bien o para mal —dijo Wallas—. Eliza Sunhein heredó los poderes de algún mago no registrado muerto recientemente, y ni siquiera ella lo sospechaba. Por eso ocurrió la tragedia en aquel concierto privado en la ciudad de Cuna, justo a principios de año.

—Venga ya, viejo, que esa historia me la conozco: ¡la muerte de esas personas no fue culpa suya! —se quejó Liam—. Se desató un maldito incendio en la sala y las salidas de emergencia no se abrieron. ¡Mala suerte! Fue una tragedia, pero ella no tuvo nada que ver. No sé por qué se retiró de la música después de aquello.

—Chaval, Eliza no se retiró: la encerraron bajo llave inmediatamente —reveló Melvin—. Todos los magos oficiales fuimos puestos bajo aviso sobre lo que ocurrió realmente. El incendio fue una tapadera para cubrir algo que, sin duda, hubiera puesto a toda la opinión pública en contra de los magos de una manera radical.

Nadie se atrevió siquiera a toser, esperando su revelación. A juzgar por su tono de voz discreto y suspicaz, Wallas parecía a punto de contar un secreto de estado.

—Ella... —continuó el anciano— ella fue invadida por poderes extraños, poderes que crean admiración y fanatismo en gente especialmente sugestionables. Eso, unido a su estatus como icono, fue una combinación letal. Aquella noche, en aquel concierto privado al que solamente estaban invitados sus mayores admiradores, su sola presencia empapó a todo el público de una manera embriagadora, inundando sus mentes de una locura contagiosa. Mientras cantaba sus letras nihilistas que incitaban a la muerte y el suicidio, el público perdió la cabeza totalmente, hipnotizado por su visceral seducción. Los casi doscientos cincuenta asistentes, en pleno éxtasis, comenzaron... bueno, comenzaron a comerse los unos a los otros.

—¿¿Qué?? —exclamaron los tres al unísono, abriendo los ojos de par en par.

—Fue una carnicería —señaló Wallas—. Tras recibir la alerta, cuando los chicos la Brigada de Rescate de Rylor abrieron las puertas atrancadas de la sala privada, encontraron un panorama digno de pesadilla: por todos los lados, desperdigados por el suelo, se toparon con cientos de cuerpos completamente... bueno, digamos que se habían atacado mutuamente sin ofrecer ninguna resistencia. Los equipos de rescate fueron sobornados, la noticia falseada, y la hechicera detenida al instante.

—Dioses... —Shawnla masculló una oración rápida—. ¿A qué idiota se le ocurriría traer a una persona tan peligrosa a una guerra?

—A Samuel Valarck —dijo Wallas—. Es lo que pasa cuando alguien que está obsesionado con los titulares comienza a dar órdenes.

—Y si ella está en la costa... si se ha liberado... joder...

—Por eso te he llamado, Gurgess, porque temo que algo parecido vuelva a ocurrir aquí —le dijo Wallas—. No estoy completamente seguro de que ella sea el problema, pero es una posibilidad muy real. Si ella está libre, nadie podría acercarse a nuestros barcos sin poner en peligro su salud mental. Tú, en cambio...

—Mi espada me protegería de su influencia —dedujo Rayner.

—Antes de que entréis en pánico: son solo suposiciones de un viejo, nada más que un pálpito en mi interior —dijo Melvin—. Pero si su amenaza fuese real, no debes dudarle. Debes acabar con ella.

—Wallas, mi espada... no está en su mejor momento...

—Sea como sea, tenemos que escapar de Ismer antes de que acabe la Ventana de Verano o estaremos perdidos —le interrumpió al instante.

—Me temo que no podéis hacer eso —dijo una voz conocida al fondo de la sala—. Debéis luchar. Para eso vinisteis, y para eso os quedaréis.

Era él. El mismo tipo inquietante, vestido con las mismas ropas impecables de la última vez. En vez de esa sonrisa perenne que mostró al conocerles, su rostro mostraba una profunda mueca de decepción. Shawnla desenfundó su pistola de cadera y le apuntó inmediatamente.

—¿Otra vez apuntándome? —bromeó mientras daba un par de pasos juguetones—. ¿Es que no aprendéis?

—Anders —dijo Melvin.

—En carne y hueso.

## Humanos

**E**L cerdo asado dormía el sueño eterno plácidamente, con sus ojillos bien cerrados, mientras sus dientes sujetaban con firmeza esa manzana pochada de color tan poco apetitoso. El pobre animal no parecía haber vivido una vida llena de abundancia antes de ser sacrificado, y no era difícil ver sus costillas marcadas en ese lomo que tan poca carne tenía. Artticus se dio cuenta de la mirada de Erwann y soltó una pequeña risilla que hizo vibrar su oronda papada, rebosante sobre su gorjal.

—Siento que el pobre animal no haya resultado ser digno del paladar de una comitiva real... tendré que hablar con el cocinero —se disculpó sin ganas—. A pesar de ello, os puedo asegurar que está bien sabroso —el gobernador arrancó un trozo de carne—. ¡Comed!

Por supuesto, la idea de la comida envenenada estaba sobre la mesa. Todos lo sabían. Por suerte, Orfilia, experta en el tema, les sacaría de dudas. La anciana se sirvió un par de piezas de cerdo, las olisqueó durante un segundo y asintió con la cabeza. Darea trinchó un costillar y se lo llevó al plato, disgustada por ser alimentada por sus desagradables vecinos, aunque sus gestos delataron que estaba hambrienta.

—¿No comes nada, elfo? —Artticus le clavó la mirada—. Pruébalo, y dime si los cerdos de Ordann con más sabrosos. No solemos invitar a los de tu calaña a estas cenas..., y tengo curiosidad —le dijo con desprecio.

—Los elfos no comemos carne, gobernador. Nuestros antepasados renunciaron a matar animales mucho tiempo atrás, y nuestros estómagos ya no digieren cualquier dieta que no sea vegetariana.

—¡La receta perfecta para morir de hambre! —Soltó un bufido.

—Me temo que no somos tan fáciles de matar —dijo con segundas—. Podemos pasar semanas sin comer, y mientras bebamos agua y el sol bañe nuestra piel, tendremos energía para buscar comida.

Erwann intentó trinchar un tomate, pero su pulso tembloroso hizo que escondiese la mano y fingiese no estar interesado por la comida. Por si los temblores y sudores del mono no fuesen suficientes, desde que Selinde le había traído de vuelta, le dolía todo el cuerpo. Jamás se había sentido tan mal.

—¡Sois como las plantas! Oh, fascinante. —Artticus mostró una mueca de hastío—. Princesa Darea... si queréis, puedo ofreceros vestidos más acordes con vuestra posición —la miró con una mueca poco camuflada de desaprobación.

—No, gracias. Me temo que Orfilia me obligó a deshacerme de todos mis vestidos el día que comencé a dirigir a mis hombres, así que no he encontrado un atuendo mejor para acudir a esta velada —dijo Darea, aún enfundada en su armadura de plata. Aunque les habían confiscado todas las armas antes de entrar al palacio, la princesa advirtió que si le quitaban la armadura acudiría desnuda a la cena, por lo que no tuvieron más remedio que dejarla pasar a regañadientes.

—Os vuelvo a recordar que tengo las mejores sedas de todo el continente a vuestra disposición y...

—No, gracias —le interrumpió Orfilia—. Mi señora volverá a dormir con sus hombres de guerra esta noche, así que las sedas están fuera de lugar.

—Uy, qué vulgaridad —gimió la esposa del gobernador, maquillada hasta la médula y embotada en un vestido recargado de pliegues y encajes. Su hijo, un pequeño demonio rechoncho y repeinado hasta la médula, soltó una risilla calcada a la de su padre.

—No hay necesidad de volver a dormir bajo la lluvia, princesa —dijo Artticus—. Tenemos las mejores camas disponibles para...

—No, gracias —repitió Orfilia con una sonrisa forzada—. Vuestra hospitalidad es abrumadora, pero me temo que no podemos aceptarla. Estamos en tiempos de guerra —remarcó la última frase todo lo que pudo.

Por supuesto, Artticus no estaba siendo amable simplemente por protocolo. Estaba juzgando la actitud de la princesa, analizando si era hostil o no, y el hecho de que llevase la armadura puesta y se negase a dormir lejos de sus hombres no eran buenas señales de paz. Darea y Orfilia, por otro lado, debían rechazar todas esas proposiciones del gobernador, pero sin perder la sonrisa, al menos hasta que averiguasen si realmente eran ofertas o trampas.

—¿Se puede saber cuándo llegará la Reina Escarlata? —preguntó Darea, con el buche ya lleno.

—Oh, me temo que se encuentra indispuesta esta noche. Ya sabéis, su terrible enfermedad manda sobre su voluntad...

—¡Entonces esta cena no tiene sentido! —Darea se levantó de golpe.

—Yo hablaré en nombre de ella, así que siéntate, princesita.

Darea obedeció a regañadientes. Se hizo el silencio. La tensión del ambiente era aún más espesa que el olor a puerco asado.

Erwann estaba en medio de la alargada mesa, cruzado de brazos, como una especie de cuñado ajeno a una disputa familiar. Ya había tenido tiempo de analizar la habitación una docena de veces, buscando indicios de que aquella reunión era una encerrona, pero no había encontrado nada que le hiciese sospechar, lo que ya resultaba sospechoso de por sí. La guardia se había quedado en el exterior del comedor, y las ventanas, empapadas de gotas, enmarcando las puntiagudas y desequilibradas torres que escapaban de la ciudad al anochecer, se podían abrir fácilmente y daban a un tejado bajo que sería una ruta de escape perfecta. Si les estaban organizando una emboscada, podrían haber escogido mejores lugares, sin duda.

La manzana del puerco se desprendió de la boca del animal. En vez de quedarse quieta, la fruta comenzó a rodar lentamente por la mesa en dirección a Darea, sentada junto a las ventanas. Orfilia, en un rápido movimiento, la atrapó justo antes de que impactase contra el pecho de su protegida.

—Me temo que el Palacio Inclinado hace cada vez más honor a su nombre... lástima que no encontremos la manera de evitar su lenta e inexorable caída —dijo Artticus.

—Quizá con un contrapeso lo suficientemente gordo... —murmuró Darea, mirando con desprecio a su anfitrión.

—Mi señora. —Orfilia tosió exageradamente.

Por supuesto, Erwann ya lo había notado. El Palacio Inclinado reposaba sobre una de las faldas del interior de aquel enorme pozo en el que estaba sitiada la ciudad. Sus torres eran tan extrañas que parecían tenedores doblados, y la primera vez que lo vio le dio la impresión de que había sido construido sobre la marcha, apresuradamente, improvisando cada torre y almena según llegaban los materiales. Como las recargadas construcciones de palillos hechas por niños pequeños, la construcción estaba mal cimentada y nivelada, y se abalanzaba sobre su entrada, curvado como un anciano quejumbroso, dando la impresión de que deseaba aplastar a los huéspedes que se atreviesen a cruzar sus puertas. Como una chapuza de última hora hecha para salvar los platos, decenas de gruesos cables anclados a las paredes de la ciudad sujetaban la estructura a duras penas.

—Bien... —dijo Orfilia— creo que es el momento de empezar a hablar del futuro, ¿no os parece?

—Aún no —gruñó Artticus—. Falta un invitado más.

La puerta del comedor se abrió tras la cabeza del gobernador y una figura entró en la sala, apoyada en su bastón de oro. Erwann apretó los puños al verle.

—¡¡Kartarkus!! —Darea se levantó de un salto, indignada—. ¿¿Se puede saber qué hace él aquí?? ¡¡Es un prisionero!!

—Es mi invitado, chiquilla —de repente, el tono de Artticus había perdido todo atisbo de cortesía—, y es el líder del Culto que nos gobierna a todos nosotros. Los Antiguos le eligieron como su representante en este mundo, así que le debo un respeto, ¿no crees? Él está por encima de cualquier guerra o conflicto de intereses.

—Y también ha sido el responsable de encumbrar a un loco como Profeta. —Darea le señaló—. ¡Un loco que ha iniciado una guerra! Por los dioses... ¡si su Ejército Enfermo estaba asediando esta ciudad hace una noche! En un insulto que lo consideres una figura neutral.

—El Arzobispo no tenía ninguna intención de tomar la ciudad, princesa, tal y como me hizo saber antes de que todo comenzara. Hemos mantenido un hilo de correspondencia secreto muy interesante.

—Me temo que todo comenzó por una imprudencia de mi protegido —dijo el clérigo, tomando asiento junto al gobernador—. Además, si no recuerdo mal, en esta batalla solamente ha muerto gente que no es de vuestro bando. ¿Es que no tienes piedad, jovencita? —Usó un tono de voz apesadumbrado.

—¿Piedad? —Darea bufó incrédula—. ¡¡Lo que me faltaba por oír!! Este ser abominable firmó las cartas del Profeta que amenazaron a mi padre. Él fue el que

amenazó con barrer a La Quijada del mapa si no nos uníamos al Profeta, pero ahora se presenta como alguien piadoso. Es patético.

—Por favor, princesa, solamente buscaba salvar las vidas de vuestros súbditos — el Arzobispo sonrió maliciosamente—. He venido para hablar. Estoy seguro de que encontraréis mis ofertas muy interesantes.

—¿Ofertas? Ahora resulta que estás en posición de negociar algo en esta mesa.

—Hay gente que tiene menos derecho que yo a sentarse a esta mesa —gruñó mientras miraba a Erwann. Sonaba molesto, pero le dedicó una sonrisa extraña—. Sabía que eras una rata traidora, elfo. Te aprovechaste de la confianza del Profeta. Le engañaste.

—Hablando de engaños, ¿qué opinarías tu querido Hadrien al saber que hablabas a escondidas con Vía Escarlata? —le preguntó al instante—. Ah, ¿y cómo fue tu prueba de Prelado, Arzobispo? ¿Qué tal lo pasaste enterrado durante esos tres terribles meses que tuviste que sufrir para llegar a tu puesto? Porque se te ve bastante sano, la verdad.

—Serás... sucio... extranjero... —murmuró nervioso.

—¡Paz, amigos! Hemos venido a hablar —dijo el Gobernador—. Cariño, ¿nos disculpas? Hemos de hablar de negocios...

—Claro, mi amor.

La mujer del gobernador agarró a su hijo del pescuezo y lo sacó de la sala rápidamente. El portazo que les siguió sonó a un cepo cerrándose sobre sus piernas, porque la presencia de Kartarkus no podía traer nada bueno para ellos. Erwann aún conservaba su cuchillo guardado en su bota, y acarició la idea de echarle mano en cualquier momento. Si no, la cubertería de plata haría un buen trabajo.

—¡¡Esto es un ultraje!! —La princesa se levantó, enfadada—. ¿Desde cuándo se negocia con los perdedores? Kartarkus es una amenaza para todo Ismer, y eso lo sabemos los dos, gobernador. Si le dejas libre, no pasará mucho tiempo hasta que encuentre otro motivo para asediar tus puertas.

—¿Y por qué no convertir esa amenaza en una oportunidad? —Artticus alzó los hombros—. Veamos qué puede ofrecernos el Arzobispo antes de cometer alguna imprudencia. Si acabásemos con él, nos ganaríamos enemigos en todo Ismer. Sigue siendo el líder de la Iglesia sin Ventanas.

—No seas imprudente como lo fue tu padre, chiquilla —dijo el Arzobispo—. Gracias a su cobardía, tenemos a un enorme ejército extranjero en Ismer.

—¿Qué? —dijo Artticus, indignado—. ¿Es eso cierto, princesa?

—¡¡Claro que no!! ¡¡Deja de escupir mentiras, viejo!!

—Me temo que no. —Kartarkus sonrió—. El rey Gilman en persona pidió ayuda a los extranjeros, que han acudido en masa a las costas de Ismer. En este momento, acampan en Sotomonte, en la capital. ¿Por qué crees que tu padre te mando salir de la capital con tu ejército, princesa? Lo hizo para que no os encontraseis con los extranjeros, para que no vieseis su último acto desesperado de vergüenza. Antes que aliar su reino con el Culto, prefirió que cayese en manos de impíos extranjeros. Es

patético.

—¡¡No es cierto!! —gritó Darea—. Mi padre jamás haría algo así. Él me envió al sur para que pudiese organizar a mi ejército lejos de la mirada de Vorfax y sus alimañas, para que pudiese formarlos en la guerra de guerrillas. Éramos débiles, y muy a mi pesar, era la mejor manera de que prosperásemos. No son más que mentiras.

—¿Y por qué no se lo preguntas al elfo que tienes junto a ti, princesa? Porque él vino con ellos, si no recuerdo mal.

Todos miraron a Erwann, confundidos. «Mierda», pensó al instante; después de todo, era la palabra que mejor describía su situación. Ya sabía por qué el Arzobispo se alegró de verle.

—No es algo sencillo de explicar... —dijo. Su despierta mente daba vueltas a una excusa creíble, pero a pesar del horrible dolor de cabeza, sabía muy bien que no había ninguna. Estaba en un aprieto.

—Oh, y se me ha olvidado mencionar que tu padre ha muerto, princesa. —Kartarkus mordió una manzana de la mesa—. A manos de los extranjeros a los que pidió ayuda —dijo con la boca llena—. Las Salamandras de Vorfax que vigilaban Sotomonte lo vieron con sus propios ojos. Que los Antiguos me lleven si miento.

—¿Qué? —Darea miró a Erwann fijamente—. ¿Cómo?

—Yo no sabía eso —se defendió—. Vine con ellos, pero no comparto ni sus intenciones ni sus decisiones. No te fíes de sus palabras, Darea. Sabes que retuerce la verdad en su beneficio.

Darea se sentó en su silla, abatida, con la mirada perdida en el plato. Orfilia se acercó a ella y la consoló.

—Ciertamente, tienes que darnos muchas explicaciones, extranjero —le dijo a Erwann.

—Esto lo cambia todo —dijo Artticus—. Si hay extranjeros en Ismer, tenemos que echarlos inmediatamente antes de que se hagan fuertes. Su presencia aquí es un sacrilegio en toda regla. Necesitamos una alianza entre los reinos del este.

—Y yo os la puedo ofrecer —dijo el Arzobispo, confiado.

—No te necesitamos para nada. —Darea le miró llena de odio—. Ahora que no tienes a tu juguete roto, a tu falso Profeta, no pintas nada en asuntos de guerra.

Kartarkus lanzó una sonrisa macabra, enseñando aquellas filas de dientes amarillentos de ratoncillo.

—Oh, ¿acaso no os lo he dicho? El Profeta lo ha vuelto a hacer. Ha vuelto de entre los muertos.

—Dioses... ¡no! ¡¡No puede ser!! —Darea golpeó la mesa con las dos manos, desparramando la comida—. ¡¡No es más que un farsante!!

—Quizá es hora de que el gobernador sepa la verdad —dijo Orfilia—. Una verdad que lo puede cambiar todo.

—¿Cuál? —El gobernador sonrió—. ¿Qué, por ejemplo, la chiquilla que le



acompañe sea la verdadera hechicera?

Otro silencio. Kartarkus y Artticus intercambiaron una mirada cómplice.

—Lo sabes...

—El propio Arzobispo me lo contó, y he visto sus poderes con mis propios ojos. Nadie más lo sabe, ni la propia Reina Escarlata. Es mejor que sea así.

—Sabes que es un farsante...

—¿No lo entiendes, princesa? Farsante o no, no me importa —se quejó el gobernador—. Lo que me importa es su poder, nada más. ¡Esa chiquilla indefensa no conseguiría nada por sí misma! No es mi intención ofender al Arzobispo, pues él sabe que los escarlatas somos gente piadosa, pero no voy a empezar a discutir la divinidad de Hadrien Cutter. Me interesa discutir qué puede aportarnos apoyar su causa, ahora que sé la verdad.

Darea se quedó paralizada, sin saber muy bien qué hacer.

—Dinero —suspiró—. Al final todo se reduce a lo mismo.

—Poder —le corrigió Artticus—. El dinero es solamente un instrumento.

—¡¡Esto es ridículo!! —Darea lanzó un puñetazo a la mesa—. ¡¡Hemos venido hasta aquí para acabar con el Falso Profeta!! ¡¡Se lo prometí a mi padre!! Cutter es un peligro, un sádico, un fanático, y nadie estará a salvo mientras él este frente a un ejército. Prefiero morir antes que aliarme con estos hipócritas.

Erwann dedujo que Darea no era muy consciente de lo que acababa de decir, y lo cerca que estaba de la realidad. Entonces, tuvo una idea que podría dar la vuelta a la situación. «Si vas a perder la partida de cartas, vuelca la mesa de una patada», pensó.

—¿Lo sabe Cutter? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Artticus.

—Si Cutter lo sabe —repitió—. Pregunto si sabe que Selinde es la verdadera Profeta, y que él no es más que una marioneta.

—No —dijo Artticus—. Por eso Kartarkus solamente me enseñó el proceso a mí. No sabemos cómo reaccionaría si se enterase de ello. Está loco.

—En ese caso, si le liberas, gobernador, os matará a todos los escarlatas. —Erwann puso los pies sobre la mesa, proyectando confianza—. Piénsalo: Kartarkus no quería atacaros desde el principio, tal y como te hizo saber, pero ni con toda su influencia consiguió evitar el asedio. ¡Está claro que Cutter hace lo que quiere cuando quiere! Está loco, como has dicho. ¿Cómo crees que reaccionará cuando le dejéis salir? ¿Qué hará cuando le pongáis al mando de su Ejército Enfermo de nuevo, o cuando Vorfax o Horgen regresen de sus destinos? Los escarlatas habéis matado al Profeta, Artticus, y habéis ahogado a miles de sus hombres. En cuanto esté libre, va a pedir tu cabeza, y lo sabes.

Artticus se quedó sin habla, pensando, y pudo ver cómo el pánico crecía dentro de sus ojillos. La semilla que había plantado germinaba rápido.

—Es una posibilidad... —Artticus se rascó la papada, temiendo por su cuello—. No lo había pensado así.

—No dejes que este sucio extranjero te envenene con sus palabras. —Kartarkus se inclinó hacia el gobernador, nervioso—. ¡Podemos conseguir grandes cosas juntos! Puedo darte todo lo que habéis soñado... seríais más ricos que los malditos quijenses...

—Tiene razón, Arzobispo —gruñó Artticus—. Hadrien Cutter es un loco difícil de controlar.

—¡Hadrien Cutter lo es todo! —Kartarkus se levantó de su asiento con sorprendente agilidad—. Llevo años criando a ese mocoso, ayudándole a convertirse en una leyenda... ¿A quién le importan los hechos? ¡¡El pueblo sigue a la autoridad, no a la verdad!! Y os lo voy a demostrar ahora mismo.

En un instante, Kartarkus arrancó el mango de su bastón y sacó un pequeño cuchillo de él. Sin mediar palabra, agarró a Artticus por la cabeza y cortó su garganta de lado a lado, manchando su gorjal de ríos escarlata que cayeron sobre su plato.

—¡¡Dioses!! —Darea pegó un brinco.

—¡¡Guardias!! ¡¡Guardias!! ¡¡Ayuda!! —bramó el Arzobispo—. ¡¡Los invitados han matado al gobernador!! ¡¡A las armas!!

Todos se levantaron de la mesa apresuradamente, incapaces de asimilar lo que acababa de ocurrir. La puerta se abrió de par en par, y diez guardias armados con alabardas se extendieron sobre la sala. Kartarkus, como la anguila escurridiza que era, huyó desliziéndose entre ellos.

Los guardias miraron el cadáver del Gobernador, apoyado sobre su papada sangrienta. No necesitaron saber nada más, y sin mediar palabra, se abalanzaron sobre ellos. Erwann saltó sobre la mesa y esquivó el golpe del primer guardia. Le desarmó y giró la alabarda sobre su cabeza, comenzando el combate. En menos de quince segundos, había diez guardias inconscientes en el suelo.

—¡Vamos! —les dijo.

—¡Mataste a mi padre! —gritó Darea, negándose.

—Lo matase o no, él nos ayudará a salir de aquí —dijo Orfilia.

Huyeron hacia abajo por las escaleras. La confusión y el pánico se habían apoderado de los habitantes del castillo, y sirvientes y nobles corrían de un lado para otro como pollos sin cabeza, señalándoles como si fuesen los mismísimos Verdugos caminando sobre la tierra.

Cuando salieron al patio de armas, la suave luz del crepúsculo iluminó el fin del camino. Allí, bajo la intensa lluvia que encharcaba el suelo, se encontraban más de cien soldados armados hasta los dientes, y sobre las almenas, rodeando el patio, más de dos docenas de ballesteros les apuntaban en silencio.

—Es hora de rendirse. —Orfilia levantó las manos.

—¡No! ¡Nos matarán! —rugió Darea.

Kartarkus surgió del castillo, justo detrás de ellos. La pequeña Selinde caminaba junto a él, sujeta del brazo por los alargados dedos del Arzobispo. Miró a Erwann con vergüenza, pidiéndole perdón por haber traído de vuelta al Profeta una vez más. «Tú

no tienes ninguna culpa», le quiso decir, pero no pudo. Parecía cansada, ojerosa, vacía.

—Rendíos ahora, traidores, y quizá os muestre piedad —dijo el anciano.

—¿Desde cuándo eres el líder de Puerta Roja, Arzobispo? —le gritó Darea.

—Desde que vosotros matasteis al Gobernador, ratas aprovechadas. Él os ofreció cobijo y así se lo habéis pagado. ¡Vergonzoso!

—¡¡Si tú le mataste!!

—¡¡Patético!! —El Arzobispo se giró hacia los soldados—. ¿A quién vais a creer? ¿A vuestro líder espiritual, a la voz de los Antiguos en Ismer, o a la frágil princesa de un reino enemigo que buscaba reafirmar su posición tras la muerte de su padre? ¡Una mujer haciendo el trabajo de un hombre, habrase visto! ¡¡Esto es lo que pasa cuando se le da una oportunidad a esas criaturas sibilinas y seductoras!!

Por supuesto, nadie giró su arma hacia el clérigo. No hubo ni un atisbo de duda. Ya se los había ganado. Darea y Orfilia caminaron hasta la fila de soldados y se dejaron atar las manos. Erwann se quedó ahí de pie, inmóvil bajo la lluvia. Kartarkus le miró con ojos de loco.

—Por supuesto, la oferta no es para ti, elfo. Matadlo.

—¡¡Espera!!

Todo ocurrió demasiado rápido. Tres ballesteros dispararon, pero los virotes no impactaron en él. Erwann miró hacia abajo y vio algo desplomarse lentamente.

—¡¡No!! —gritó el Arzobispo, con el rostro desencajado.

La figura se desplomó de frente sobre un charco de barro que empapó sus ropas. Erwann, sin habla, se arrodilló y le dio la vuelta delicadamente. La víctima, presa del pánico, con los ojos abiertos de par en par, respiraba con dificultad; tenía tres puntas de madera sobresaliendo de su pecho, y las manchas de sangre se mezclaban con las de barro, creando formas de colores oscuros.

—No... Selinde...

Ella intentó decir algo, pero no podía hablar. Escupía sangre. Erwann acarició su mejilla, incapaz de pensar.

—Escúchame, pequeña —le dijo, llamando su atención—. ¿Puedes curarte a ti misma? Dime cómo puedo ayudarte. Haré lo que sea.

Ella negó con la cabeza a duras penas.

—No, por favor, no —los ojos de Erwann se humedecieron—. Otra vez no. ¿Por qué lo has hecho? Podrías haberme curado, como la última vez...

Volvió a negar con la cabeza.

—Dioses, soy tan viejo... mírate... tú tienes toda la vida por delante... ha sido una estupidez.

Ella ya no le escuchaba. Erwann le cerró los ojos para siempre.

—Matadlo —murmuró Kartarkus, arrodillado frente a ellos—. Matadlo. ¡¡Matadlo!!

Quizá fuese una buena idea. Ahora que Selinde no traería de vuelta a nadie más,

ahora que Erwann jamás cobraría su recompensa, quizá sería un buen momento para cerrar los ojos para siempre y dejar de sufrir. Adiós a los recuerdos amargos, adiós a los temblores, adiós a todo.

No.

Lo había perdido todo, incluso los remordimientos. ¿Por qué sufrir por culpa de esa gente? «Humanos», pensó con asco. Ellos tenían la culpa de todo. Ellos le habían hecho tocar fondo una y otra vez. Si no podía destruir sus malos recuerdos, al menos destruiría a la gente que se los había causado.

Miró a Kartarkus fijamente. El Arzobispo se escondió detrás de aquel centenar de guardias de armaduras escarlatas, temeroso de su mirada. Se lanzó hacia ellos. Su mente, acostumbrada a la claridad más absoluta, se emborronó, y se veía a sí mismo en pequeños *flashes*, saltando sobre armaduras y escudos, rebanando gargantas y usando las armas de los caídos para destripar a los que aún aguantaban de pie. Uno tras otro, todos caían.

Sintió dos punzadas de un dolor terrible en la espalda, pero siguió matando y matando, llenando sus ropas de sangre fresca. Después, otra punzada más a la altura del muslo, pero no se permitió cojear. Le arrancó los ojos a otro desgraciado. Hundió la nuez de otro, ahogándole. Usó una alabarda para deshilar las rodillas de otro.

El Arzobispo oscuro huía entre esas siluetas, y por mucho que matase, como en una pesadilla, no lograba alcanzarle. Cansado de matar para avanzar, se encaramó al tejado del establo del patio, corriendo sobre las cabezas de sus enemigos. Tenía a Kartarkus bajo sus pies. Iba a saltar sobre él, pero varios dolores punzantes más le alcanzaron en la espalda y le desequilibraron.

Aterrizó de espaldas sobre el barro blando del patio. Los pinchazos que sintió en la espalda le habían atravesado el pecho tras la caída, empujados por el suelo. Pudo sentir cómo su boca sangraba abundantemente, empalagando su lengua de aquel sabor salado y desagradable. Se tragó varios dientes. Apenas podía respirar, y sus ojos, atontados, no podían enfocar gran cosa.

—Dioses... sigue vivo —dijo una voz.

—¿A cuántos ha...?, dioses, no quiero ni contar.

Le pincharon para comprobar que reaccionaba. Tosió y sintió la presión de varias costillas rotas.

—Va a morir. Nadie saldría vivo con tantos agujeros en el cuerpo.

La silueta oscura y dorada de Kartarkus le piso una mano.

—Sabía que no eras humano. Podrás parecer uno de nosotros, pero esas orejas puntiagudas son de una criatura sangrienta.

—¿Queréis que liberemos al Profeta, mi señor Arzobispo?

—No, no es necesario. Nuestro señor Cutter tiene que aprender a ser humilde, a aceptar consejos, y creo que un tiempo en La Caída le hará convertirse en mejor persona. Quizá se muestre... más receptivo en el futuro. Es por su bien.

—¿Y las prisioneras? ¿Las arrojamos a La Caída?

—Sí, pero las quiero amordazadas y aisladas de los demás, porque no hacen más que soltar mentiras. Darea es una chica rebelde que no tiene respeto por la autoridad... haced lo que os plazca con ella, mientras la mantengáis con vida, claro. Quizá así se temple su carácter.

—¿Y el ejército de La Quijada que hay en nuestras tierras?

—Nunca volverán a casa.

—Entendido —el guardia asintió, satisfecho de ser útil—. ¿Y... él?

Todos le miraron. No podía enfocar sus rostros, pero sintió el odio en sus rasgos.

—¿Qué podemos hacer con él? —La voz de Kartarkus sonó juguetona—. Matarle sería una condena muy leve para tal traidor y blasfemo... oh, ¡¡ya sé!! He oído que tienes muy buena memoria, elfo... si nunca olvidas, te daré un castigo inolvidable. Si no recuerdo mal, antes te has atrevido a insinuar que nunca superé el rito de iniciación a Prelado.

No. Eso no. Cualquier cosa menos eso.

—Ya sabéis lo que hay que hacer. Veamos si este infiel acaba suplicando piedad a los Antiguos cuando se adentre en sus dominios.

Le llevaron en volandas hasta una sala oscura y húmeda. Apenas podía ver. Respirar se había convertido en un suplicio. Se estaba ahogando en su propia sangre. No podía moverse.

Cuando le metieron en la estrecha caja no pudo hacer otra cosa que apretar los dientes. Era una caja especial, le dijeron, con una pequeña abertura para recibir alimentos y otra para echarlos. Le dijeron que no necesitaría nada más ahí abajo.

La tapa se cerró. La oscuridad le rodeó, fría e inerte. Sintió los golpes sobre el primer clavo que penetraba la madera, sellándola, alejándole de la luz. Después, el segundo. El tercero. El cuarto. A partir del quinto perdió la cuenta. Deseó morir, pero le costaba hacerlo.

Le movieron durante un rato y le dejaron caer. El sonido sucio de la tierra golpeó la tapa. El traqueteo de la lluvia sobre el ataúd se ahogó poco a poco, sumiéndole en un silencio sepulcral.

## Mejor mañana

**A**NDERS se cruzó de brazos, contrariado.

—¿Qué es eso de que os queréis marchar? ¡Qué desagradecidos! Os advertí sobre Horgen, Wallas, y os salvé la vida a todos vosotros, por si no lo recuerdas. Lo hice por un motivo, mago: lo hice para que permanecierais aquí, no para que huyerais a vuestra casa con el rabo entre las piernas.

—Esto se te ha ido de las manos completamente, Anders, y pienso retomar el control de este caos.

—¡Exacto! Por eso te elegí, Wallas, porque tú, más que cualquier Mariscal muerto, conoces realmente los terribles peligros de la materia exótica, y creí que comprenderías la magnitud de lo que está ocurriendo en Ismer. Debéis quedaros, uniros a los quijenses y presentar batalla a Cutter y su ejército.

—Extermínalos tú mismo, si es que tienes tantas ganas.

—¿Quién ha dicho que quiera exterminarlos? —Anders sonrió—. Eso es lo que el cobarde Gilman quería, no yo. Quiero que pongáis de rodillas al Profeta y toméis el control de su ejército. Quiero que forjéis una alianza, quiero que lideréis el mayor ejército del mundo, donde Ismer y Ordann lucharán como uno.

—¿Con qué motivo? —preguntó Liam—. ¿Nos vas a contar otro cuento de terror sobre Puertas Enterradas? Siento decirte que ya somos mayorcitos para esas historietas.

—¡Metáforas, Liam, son metáforas! ¿Acaso os tengo que explicar cómo funcionan? —Anders se aproximó a la mesa, hojeando los pergaminos antiguos desinteresadamente—. Cómo deciros... veamos... imaginaos una casa, una casa con un sótano profundo que guarda un terrible secreto, un secreto muy peligroso, algo que debe permanecer enterrado para siempre. Ahora imaginad que tenéis que conseguir que un grupo de chiquillos inexpertos, alborotadores y extremadamente curiosos no abra esa puerta, pese a vivir en la misma casa. ¿Cómo evitaríais que se adentrasen en el piso inferior? ¿Cómo mataríais su curiosidad, asegurándoos de que ni siquiera se acercasen a la entrada? Siempre podríais contarles la verdad, ser sinceros y confiar en que entiendan, pero la mente de esos niños es primitiva y ambiciona el poder a cualquier precio. Sin embargo, hay una fuerza muy poderosa, primaria, que funciona de maravilla; una fuerza capaz de paralizar a cualquier chaval al instante, por muy curioso que sea, una fuerza capaz de hacerle esconder la cabeza bajo las sábanas, de hacerle tiritar y obedecer.

—El miedo —adivinó Wallas.

—El miedo —repitió Anders—. Las historias de terror, las leyendas... todas tienen un sentido, un propósito, una moraleja: no camines solo por el bosque, no te aventures lejos de la luz, no confíes en desconocidos... los niños aprenden a temer lo que les puede hacer daño mediante metáforas. Dioses Antiguos, Verdugos... son

nombres de cosas más complejas que deberíais temer, niños, cosas que no estáis preparados para comprender. En este momento, el terror reptaba en el sótano de nuestro mundo, acechante, esperando su oportunidad de escapar. ¿No entendéis que estoy aquí para ayudaros? He escuchado demasiados secretos y planes ocultos durante años como para dejarlo todo en manos del azar. La voluntad prima sobre el azar, lo doma, lo pone a su servicio. Es importante que actuéis ahora, sin ningún atisbo de duda.

—Si tan peligroso es, ¿por qué no deseas que el Profeta muera? —le preguntó Rayner.

—Porque él no es el problema, Rayner. El problema es lo que reptaba en nuestro sótano. El problema es lo que custodia. Ya hablaremos de eso más adelante, cuando Ismer y Ordann remen en la misma dirección.

Rayner deseaba desenvainar la espada para cortar la garganta de aquel manipulador cuanto antes, pero esperó, intentando encontrar un atisbo de su presencia real, algo que le indicase su posición exacta. Shawnla pareció comprenderlo y se separó un par de pasos de él, observando cada rincón, buscando sombras con la punta de su pistola. El ilusionista podía estar en cualquier parte y en ninguna.

—No —dijo Melvin—. Por muy convincente que intentes sonar, no pienso hacer caso ciegamente a un desconocido cuya especialidad es engañar y manipular a los demás. Mi decisión es firme. Esta no es nuestra lucha, y nos marcharemos de aquí antes de que muera más gente.

—Convendría que me hicieseis caso —las palabras de Anders sonaron amenazantes y turbias—. A pesar de mis consejos, no cometáis el error de considerarme vuestro aliado, porque no tengo piedad de sobra para nadie; ni siquiera para vosotros. Todo lo que hago está motivado por el bien común, y haré lo que sea para preservarlo.

—No voy a poner en peligro miles de vidas por hacerte caso. —Wallas puso las manos sobre la mesa—. Nos marcharemos de aquí, quieras o no, y cuando hayamos evaluado la amenaza, volveremos si realmente ese «bien común» al que te refieres está en peligro. No volveremos a precipitarnos.

—¡Por favor! —Anders soltó una risilla forzada—. ¿Crees realmente que Valarck va a evaluar algo en cuanto se entere de lo que ha pasado? ¿Crees que va a gastar millones en volver a enviar a su ejército de vuelta para luchar contra leyendas ismerenses? Los ordannenses os habéis vuelto escépticos y pragmáticos. Si os marcháis, jamás volveréis.

—Haremos lo que sea correcto.

—¡No me hagas reír! Hoy en día, ningún gobierno entra en una guerra para que prevalezca el bien común. ¿Estás seguro de que el Triunvirato ha pisado estas costas motivado por el deseo de justicia? ¿Crees que gastarían tanto dinero en movilizaros simplemente por venganza? Esta guerra es una inversión y vosotros sois los recaudadores. Si estás esperando que los poderosos muevan un dedo por hacer lo correcto, ya puedes esperar sentado.

—Aún hay gente honrada en este mundo. —Wallas negó con la cabeza.

—Sí, y se dedica a fichar en una oficina todos los días, cobrando una miseria. Los poderosos, en cambio, los que manipulan el mundo más allá de lanzar el voto en una urna, no han llegado hasta donde están por ser honrados, anciano. ¿Sabes lo peor de todo? —Anders suspiró asqueado— lo más triste de todo es que hay mucha gente, muchísima, que les aplaude, que les adora, que les pide más y más mientras sus supuestos benefactores se salvan de hundirse en el barro pisando sus cabezas. Y eso es algo universal, algo que ocurre tanto en Ismer como en Ordann, tanto en el pasado como en el presente. Presidentes, profetas... nombres distintos para la misma gentuza; son despreciables, sí, pero cuando ves a los borregos que les siguen, cuando ves que todos balan obedientes mientras les esquilan sin piedad hasta arrancarles la piel, te das cuenta de que la verdadera escoria está entre los ignorantes. La codicia es mala, pero la ignorancia y el servilismo son pecados aún más patéticos que se han perpetuado durante miles de años.

—Vaya, ¿así que debemos creer que trabajas para el inocente ciudadano de a pie? No pienso dejarme manipular por otro lobo con piel de cordero.

—¿Acaso tengo pinta de cordero? —Anders se estiró—. Yo también he tenido que ser un poco lobo para llegar a influir en el devenir de los acontecimientos, y no creas que me temblará la mano si no te apartas de mi camino.

—Guárdate tus amenazas, porque no te temo.

—Seré más directo: deberías temerme, viejo. Tú siempre has sido la mejor opción, la más limpia y la menos conflictiva para liderar este ejército hacia el oeste. Los ordannenses te respetan, y los ismerenses piensan que eres un enviado divino.

—No soy como tú —admitió Melvin—. No puedo sacrificar gente al peso basándome en leyendas y rumores. No marcharé hacia el oeste.

—Qué decepción, con la de planes que tenía para ti... hubieras brillado de nuevo, al igual que en tu juventud. Creía que era eso lo que querías, lo que deseabas más que nada en este mundo. —Anders parecía jugar con ellos con cada frase que pronunciaba, como si les conociese mejor de lo que debería.

—He guardado mi ego en el cajón de los recuerdos, ilusionista, donde están todas las cosas que no volverán. Ahora tengo cosas más importantes que proteger. —Wallas miró a Liam de reojo.

—Lástima que no llegues a ver lo que va a pasar en Ismer, viejo, porque te acabas de convertir en una pieza envenenada. Siento que esto tenga que acabar así, pero voy a tener que sacarte del juego antes de que lo echas a perder todo. —Anders comenzó a avanzar hacia él.

Shawnla, sin previo aviso, se puso frente a él y le disparó a la cara cuatro veces. Las cuatro balas atravesaron la figura del mago ilusionista y se estrellaron contra la pared del fondo.

—Creía que ya habíamos dejado claro que nunca estoy donde aparento, señorita Oryul. No malgastes tus balas conmigo —dijo con su voz suave.



Rayner desenvainó el Sueño de Verdugo y levantó su punta hacia la proyección de Anders, amenazante. Debía intimidarle, asustarle, hacerle creer que no estaba a salvo bajo su ilusión.

—Un paso más y te corto en dos, pijo de mierda, estés donde estés —dijo con firmeza—. Sé que estás cerca, y esta espada te encontrará.

—Vaya —la imagen de Anders se echó a reír—, hay que ver lo que has cambiado, Gurgess. He leído tu expediente de reclutamiento... ¿sabías que nadie daba absolutamente nada por ti? «Vago, sin iniciativa, pasivo, susceptible, influenciable»... los psicólogos del Triunvirato te dedicaban unas cuantas perlas muy expresivas. Recomendaron descartarte, pero Roch te trajo de todas maneras, todo por poner nervioso a Wallas. Y aquí estás, interponiéndote delante del peligro, ¡tal y como hiciste contra el temible Vorfax y con el gran Horgen! Después de todo lo que ha hecho por ti, es una lástima que tengas tu arma en tan mal estado. Te recomendaría que la limpiases a fondo, pero no te va a servir de mucho, me temo. ¿Ya sabes por qué se ha degenerado de esa manera en los últimos días? ¿Te lo ha contado alguien ya?

Rayner atacó sin pensarlo dos veces, herido por sus verdades. Lanzó un tajo directo a su yugular, pero la imagen de Anders desapareció en un parpadeo, interrumpida por el poder de la espada. La punta golpeó el suelo y emitió un sonido metálico, desprendiendo varios trozos de podredumbre de la hoja. El mago no volvió a aparecer, pero no se había marchado.

—¿Seguís sin tenerme miedo? —dijo su voz, que parecía provenir de todos los rincones de la sala. Rayner lanzó un par de estocadas más al aire, y aire fue lo único que consiguió alcanzar. Tenía que estar dentro de esa sala. Estaba cerca.

Escuchó un chasquido seguido de un grito agónico a su espalda. Se giró, y vio cómo los brazos de Liam se habían roto de nuevo, llenando el trono de pedazos de escayola. El chico soltó un alarido de dolor y acabó desmayándose tras rodar escaleras abajo.

—¡¡Liam!! —Melvin se acercó a socorrerle mientras Shawnla disparaba a la nada un par de veces más, alternando entre esquinas y recovecos. No dio a nadie.

—Uno menos —masculló la voz del ilusionista.

Rayner saltó frente al trono, protegiendo a los dos magos, y lanzó otro par de tajos al aire, girando frenéticamente hacia todos los lados. Sobre ellos, en el techo desnudo, el Sol Corazón acababa de esconderse del todo, y Diestra y Siniestra salieron a pasear, creando sombras dobles que plagaron cada rincón de formas extrañas. El anillo de Gevangenís las mantenía separadas, cortando el firmamento en dos de manera perfecta, creando un rostro cósmico inquietante. Era una estampa irreal.

—¡Maldita sea! ¡Muéstrate, cabrón! —gritó frustrado.

—Demasiado lento, «Mondadientes» —dijo la voz de Anders, que parecía susurrarle al oído. Lanzó otro golpe a su espalda, pero volvió a fallar—. Los buenos

espadachines no solo se fían de su vista y su oído, sino también de su instinto. De todas maneras, esto no está siendo un combate justo. ¿Cuatro contra uno? Esto hay que nivelarlo un poco. Toro, encárgate de la chica antes de que una de sus balas perdidas haga daño a alguien.

Antes de que Shawnla pudiese reaccionar, alguien la agarró por el cuello y la encañonó con una escopeta a la altura del riñón. «No es posible. No había nadie aquí hace un momento», pensó con pánico al observar a aquel rudo hombre.

—Suelta el arma, preciosa —le dijo mientras su manaza rodeaba la mandíbula de la chica, apretando con firmeza. Shawnla obedeció lentamente y arrojó la pistola al suelo.

Aquel hombre no era el único enemigo que había aparecido de la nada. En la entrada a la sala del trono había tres figuras más. Una mujer de pelo corto, ojos grandes y porte delicado, y dos enanos armados, uno rubio y otro pelirrojo, que tenían todo el aspecto de ser los Espalderos de Anders, al igual que Yisu y Ogsu habían sido los de Wallas.

—Suelta a Shawnla, bestia, o afronta las consecuencias de enfadar a un mago —amenazó Wallas mientras alzaba una mano al cielo.

El aire se arremolinaba a su alrededor, acechante, deformando la realidad como el agua turbia. El anciano estaba concentrando materia exótica para atacar. Sin embargo, el efecto no duró mucho; Wallas, débil y marchito, perdió las fuerzas e hincó la rodilla en el suelo, agotado. El poder se disipó inmediatamente.

—¡Qué lástima! Y yo que esperaba un espectáculo a la altura de tus tiempos mozos... me temo que estás hueco, Wallas: no eres más que un cascarón vacío de lo que una vez fue un poderoso hechicero. —Anders reapareció apoyado frente a la mesa y le miró con cierta lástima—. Una vez fuiste el hombre más grande de Ordann, el mago temerario que saltaba por el campo de batalla, pero la edad no perdona a nadie. Es hora de que te saque de tu miseria.

—¡No! —Rayner se interpuso entre Melvin y Anders. Atacó al mago, pero desapareció de nuevo—. ¡No dejaré que le hagas daño!

—Gurgess, Gurgess, Gurgess; ¿qué voy a hacer contigo? —dijo su voz, perdida en la nada—. Te estás envalentonando demasiado, y la valentía lleva a la imprudencia rápidamente. No puedes luchar contra mí, ¿es que no te das cuenta? Apártate y déjame acabar con esto.

—No... no te saldrás con la tuya. —Melvin, aún arrodillado en el suelo, habló con una voz débil y temblorosa—. Puede que me mates tarde o temprano, pero antes me encargaré de que todo el Triunvirato sepa de tus intenciones, para que no caigan en tu trampa.

—En ese caso, me pones en un aprieto —respondió Anders—, porque entonces tendré que matar a todos los que están en esta sala. Y aunque escapaseis, os volveríais paranoicos. Algunas de mis víctimas han preferido acabar con sus vidas por voluntad propia antes que jugar conmigo al escondite.

Si Anders quería acabar con Wallas, no andaría muy lejos de él, preparando el golpe final. Debía intuir su presencia.

—¡No! —gritó Melvin, desesperado—. Liam es un chiquillo. No puedes... matarle...

—Liam es un mago, Wallas, no un niño —le respondió Anders—. Aún no ha desarrollado su talento y siento curiosidad por ver qué puede ofrecer un heredero del explosivo poder de Griskany, pero es demasiado peligroso y está demasiado aleccionado por ti como para dejarlo suelto. Será una gran pérdida.

Rayner miraba hacia todos los rincones de la sala, intentando sentir cada soplo de aire, cada movimiento de cada mota de polvo. Mientras tanto, la mujer de pelo corto y los dos enanos observaban la escena con nerviosismo; pese a ser sus aliados, parecían temer a Anders de la misma manera que ellos. No moverían un dedo por él. Debía arriesgarse o todos acabarían muertos.

—No, no puedes llevártelo. —Melvin se apoyó en la mesa y consiguió ponerse en pie—. Es... es mi protegido...

—Muy bonito —dijo la voz de Anders—. Siento romper una relación tan paternal, pero podrías haberlo pensado antes de desafiarme. Y ahora, si eres tan amable, deja de resistirte a lo inevitable.

—¡Acaba conmigo primero si tienes algo de dignidad! ¡Cobarde! —le gritó Rayner, recordando las lecciones de Ely. Quizá cayese en la misma trampa que Horgen. El orgullo era la perdición de los poderosos—. Estoy seguro de que te ocultas por un buen motivo. Debes de ser una patética rata asustadiza, fea como un troll.

—Ahora me encargaré de ti, Gurgess —respondió la voz con toda la calma del mundo—. Pero seamos educados: primero, los mayores.

«Va a por Wallas. Tiene que estar cerca de él». Entonces, captó algo: observó que una forma tenue, prácticamente invisible al ojo no entrenado, se agitó durante un instante detrás del anciano, extendiendo su mano para agarrarle por el cuello. «Te tengo» pensó mientras una potente descarga de adrenalina recorría su cuerpo. Se abalanzó hacia su objetivo, dispuesto a poner fin a todo.

Gritó, se encorvó grácilmente, y con una precisión quirúrgica, lanzó la punta de su espada de frente usando las dos manos, clavándola con todas sus fuerzas en el costado de aquel espectro transparente que reptaba detrás de Melvin.

—¡¡Muere!! —gritó.

Esa vez no dio en el etéreo aire, y la hoja se hundió en una esponjosa carne, atravesando huesos y órganos. El aire chisporroteó a su alrededor, encendiendo las formas picadas de la espada, y la ilusión se deshizo lentamente ante él. Rayner alzó la mirada, y vio el rostro de su víctima, con los ojos abiertos de par en par, sorprendida por lo que acababa de ocurrir.

Su víctima.

—¡No! —gritó Shawnla.

«No. No. No. No. No». No encontró la gélida mirada de Anders. No podía ser. Eran los ojos cansados del propio Melvin Wallas. Había hundido la espada en su costillar, y su espesa sangre de color granate se deslizaba lentamente a través de la hoja en dirección a sus manos, reptando lentamente, amenazando con tocarle. De repente, se dio cuenta de que había sido engañado una última vez.

Anders había vuelto a aparecer, pero no tras Wallas: estaba sentado en el Trono Lustroso, observando la escena. No se había movido de allí desde que atacó al chico, y había presenciado todo desde el sitio más privilegiado de la sala. Le dedicó una sonrisa demoníaca, retorcida, cruel hasta límites insospechados. Levantó sus manos enguantadas frente a su cara y se las examinó exageradamente.

—Ni una sola mancha de sangre —dijo con jocosidad mientras las giraba—. Así es como matan los poderosos, Gurgess: con engaños y mentiras. Y así matan los necios como tú: creyéndoselas.

Sacó la espada del costado de su víctima y lanzó el arma al suelo para poder sujetar al viejo mago, que cayó en redondo, agonizante. Le tumbó e intentó presionar con sus manos sobre la herida, que manaba sangre a borbotones, manchando su vieja camisa de flores más y más. No pudo apartar la mirada de sus ojos, rebosantes de terror, mientras Melvin le agarraba la solapa de la chaqueta con su mano huesuda, como si eso le fuese a salvar de ser arrastrado por la muerte. Usó sus últimas fuerzas para murmurarle algo.

—Me... me engañaste... la espada... dijo mi nombre...

—Lo siento, Wallas, lo siento. —Rayner comenzó a sollozar, impotente—. Debí habértelo dicho, pero tenía miedo.

—La leyenda... de los Sueños de Verdugo... —murmuró mientras sus ojos miraban al cielo durmiente que se extendía sobre sus cabezas— era cierta... es... curioso...

—¿El qué?

—Las... las historias que me contaban de niño... me han alcanzado en... en el invierno... de mi vida...

No pudo decir nada más. Sus ojos se cerraron para siempre, y su boca exhaló su último aliento. Le dejó en el suelo, tumbado sobre un perfecto charco de sangre circular que se hacía cada vez más y más grande, lamiendo sus botas. Se miró las manos, empapadas de ese rojo intenso hasta las muñecas, y las frotó sobre su pecho, lleno de angustia y dolor.

—Yerrod, Rabst: matad al chico mientras yo termino mis labores aquí —ordenó Anders. Los dos enanos parecieron dudar y se miraron entre ellos—. ¿A qué esperáis?

—No... no es más que un crío —balbuceó el enano rubio, negando con la cabeza.

—¡No haréis daño a nadie más! —gritó Rayner, que se lanzó a recuperar su espada desesperadamente. Antes de que pudiera agarrarla, algo se le echó encima y le golpeó en la cara.

Anders se había levantado del trono en un parpadeo y le había placado,

lanzándole contra el suelo. Le apretó el cuello, estrangulándole. Intentó defenderse, pero una horrible sensación le invadió. Era como si Anders estuviese jugando con su mente, contagiándole debilidad con sus dedos. Una vez más, se sintió impotente, inútil. Sin la espada, no era más que una carga.

—¿Qué voy a hacer contigo, Rayner Gurgess? —Anders sonrió a escasos centímetros de su cara, echándole un aliento que olía a menta fresca—. Te mataría y le daría esa espada tuya a alguien más competente, pero me temo que el arma no elige a su portador bajo ese criterio. ¿Sabes por qué la espada se pudre lentamente en tu mano, Rayner? ¿Quieres saberlo?

—¡Suéltame! —Intentó gritar, pero se estaba quedando sin aliento. Pasó sus manos ensangrentadas por el rostro de su verdugo, pero sus mejillas no se mancharon.

—¡Estate quieto y escucha, niño! —le ordenó mientras apretaba aún más—. Verás, la leyenda de los Sueños de Verdugo es poco conocida porque resulta especialmente incómoda, tanto para los adoradores de los magos como para los portadores de las armas. Por suerte, aquí estoy yo, el gran conocedor de secretos, para revelarte la verdad a ti, portador.

—Te... mataré... —Acertó a decir.

—Esa espada te escogió a ti, Rayner Gurgess, porque los temibles Verdugos, entidades sin alma ni compasión, buscan imponer su voluntad por encima de todo, y para ello eligen a personas manipulables que carecen de ella. La espada te eligió aquel día en Puerto del Duque porque, tras siglos de búsqueda, se dio cuenta de que tú eras el portador perfecto. Un chico sano y joven, sí, pero también obediente, dócil, sumiso y servicial; en definitiva, el títere perfecto para consumir su venganza hacia todos los magos enviados de los Antiguos.

—¡Mientes! —gritó mientras se afanaba por respirar.

—¡Déjale en paz, asesino!! —Shawnla se revolvió en manos de su captor, pero Toro la tenía bien agarrada.

—¿Miento? —Anders se echó a reír de nuevo—. ¿Por qué el arma se deteriora ahora, entonces? La gente te admira por tu valentía y las chicas se empiezan a fijar en ti... —Miró a Shawnla de reojo—. ¿Por qué crees que la espada ha comenzado a desmejorar en tu mano? Porque te has envalentonado, idiota, porque te has creído que eras alguien con personalidad y arrojo, alguien que era dueño de su destino. No eres nadie, Rayner Gurgess, nadie. La espada no te escogió por ser un valiente guerrero escondido bajo la piel de alguien mediocre, te eligió porque eras un idiota manipulable escondido en la piel de un idiota manipulable, nada más. Y ahora que pareces haber construido confianza en ti mismo, ella no está a gusto en tu mano y te lo hace saber, para volver a minar tu confianza y que la obedezcas de nuevo, para que la ayudes a cumplir con su lista a rajatabla, sin desvíos. Cuanto más vales tú, menos vale el arma.

—No... —murmuró. Se ahogaba. Estaba a punto de perder el conocimiento.

Unos cuantos segundos más y todo habría acabado.

—Tranquilo, «Mondadientes». Después del error que acabas de cometer, ya verás cómo pronto la espada volverá a brillar, sujeta por estas manos asesinas llenas de sangre que tienes.

—No...

—¿Y sabes lo más gracioso? —Le sonrió—. Que los poderes de Wallas no volverán. Los Sueños de Verdugo son conocidos por otro nombre muy revelador: «Rompeciclos». Nadie heredará los poderes de Wallas, porque tu espada los ha devorado para siempre. Por eso los ismerenses intentaron destruir y olvidar estos metales siglos atrás, temerosos de que los magos se extinguiesen para siempre, y por eso las propias armas se camuflan discretamente como filos oxidados cuando ningún elegido las empuña. Son listas.

Cuando Rayner ya no podía más, Anders le aflojó el cuello, y pudo volver a respirar de nuevo. Antes de que pudiera recuperarse y contraatacar, el mago le propinó un fuerte puñetazo seco en la cara. Le dejó tan atontado que comenzó a ver el mundo a través de un cristal borroso. La boca le sabía a sangre. «Levántate, levántate y lucha», pensó, pero su cuerpo no respondía.

—¡¡Te mataré por lo que has hecho, cabrón!! —gritó Shawnla, revolviéndose de nuevo.

—La chica tiene carácter —dijo Toro—. ¿La puedo matar ya?

—Un momento; vayamos por partes. Yerrod, Rabst, ¿¿se puede saber por qué el puñetero chico sigue respirando?? —Anders se giró enfadado hacia los enanos, que permanecían quietos en la entrada.

—¡Un momento, un momento! —dijo el rubio—. Anders, no tenemos por qué hacerlo.

—Yerrod, como habrás podido comprobar, estoy ocupado en este momento, y no estoy de humor para escuchar de nuevo tus malditos arrebatos de conciencia. Mata al chico de una puñetera vez, mercenario.

—No acabarás conmigo... —dijo Rayner.

La sangre se agolpaba en su garganta, ahogándole. Intentó revolverse, pero sintió que la congoja de su pecho le debilitaba aún más. Se sentía horriblemente insignificante. Debía luchar contra el influjo de Anders, pero sin la espada en su mano, la Magia le ganaba la partida.

—Tú quietecito, Ray —el mago le agarró del cuello de nuevo—. Creo que ha habido un malentendido. ¿Quién quiere acabar contigo? No esperaba tu presencia, pero ahora que estás aquí, he de admitir que puedes llegar a ser una pieza clave de la partida, portador de la espada, y nos serás más útil vivo que muerto en el futuro. Siento haberte apretado tanto, pero tenía que atontarte un poco antes de esto.

Anders hurgó en uno de los bolsillos de su abrigo y sacó una pequeña jeringuilla rellena de una sustancia blancuzca. La punta expulsó un par de gotas espesas.

—¿Qué... qué haces?

—Por desgracia, voy a necesitar que te quedes en el banquillo —le dijo el mago—. Si escapases, tu espada podría tropezar con la garganta equivocada, dificultándome las cosas, así que te voy a guardar para más adelante.

Rayner sintió cómo Anders le clavaba la aguja en el cuello, y la sustancia blanca y lechosa desapareció lentamente bajo su piel. Estaba fría, muy fría, y percibió cómo el líquido corría por su torrente sanguíneo e invadía cada músculo y órgano de su cuerpo. Comenzó a sentirse atontado, adormilado. Podía sentir cómo su corazón se ralentizaba, apagándose más y más cada tras latido, y creyó que había llegado su hora. Intentó extender su brazo para agarrar su espada, tirada a unos pocos metros de él, pero sus músculos respondían con pereza a sus deseos. Todo comenzó a parecer un mal sueño.

—¿Cómo te sientes? —Anders se acercó a su cara, curioseando sus pupilas—. Tiene que ser agradable... una vez hubo una Dama que usaba este truco para coleccionar amantes... al menos, hasta que le saqué las tripas.

—¡¡Basta!! —Shawnla alzó las piernas, las bajó de sopetón y golpeó las rodillas de Toro con sus talones. El hombre, dolorido, cayó al suelo. Shawnla le arrebató la escopeta y le golpeó con la culata en la cara, dejándole atontado. Se dio la vuelta y sin mediar palabra, disparó a Anders.

Para sorpresa de todos, amigos y enemigos, le acertó en el pecho. El ilusionista salió despedido por los aires y cayó rodando contra la pared, soltando un alarido desgarrador. Su figura pareció retorcerse y distorsionarse como una señal de televisión defectuosa, mostrando luces y sombras inquietantes que no parecían de ese mundo.

Shawnla se acercó con la escopeta en alto, dispuesta a rematar a aquel bastardo de una vez por todas, pero antes de que pudiera hacerlo, sintió el cañón de un rifle en su espalda.

—Suelta el arma —dijo una voz malhumorada.

Era uno de los Espalderos. El enano pelirrojo.

—¡Déjala, Rabst! —gritó Yerrod—. Deja que la chica acabe el trabajo. Esto se nos ha ido de las manos completamente.

A los pies de Shawnla, al otro lado de la punta de su arma, Anders jadeaba mientras se apretaba el pecho. A pesar de la gravedad de sus heridas, parecía seguir concentrado en mantener su mascarada personal intacta, y sus ropas no se mancharon ni con una mísera gota de sangre. Sin embargo, no pudo camuflar el pequeño charco rojo que crecía bajo él.

—Somos mercenarios, Yerrod —gruñó Rabst—. Me da igual que sea una buena persona o una mala. Él paga mi sueldo y yo, a cambio, juré protegerlo. Así es nuestra vida desde que Tanya murió, y no veo por qué deberíamos cambiarla ahora.

—¿Cuántas vidas vale tu lealtad? —Yerrod se acercó a él lentamente—. Le hemos ayudado a causar muchas muertes. Demasiadas muertes.

—No te vi tan escrupuloso cuando servíamos a los Señores de la Moneda del Sur,

que eran poco más que criminales de guerra y genocidas. Kara te ha sorbido el seso con esos ojos de conejita, Yerrod, y te ha vuelto un blando. Haz tu puñetero trabajo.

—¡Por los Dioses Enjoyados, nos está pidiendo que matemos a un niño! Una cosa es que miremos para otro lado, pero esto es demasiado. ¡No somos asesinos!

—Lo somos, compañero, lo somos —dijo Rabst—. Nos llamarán mercenarios, pero los dos sabemos que lo somos, aunque yo tuviese que hacer el trabajo sucio con Tanya.

Yerrod alzó su arma contra su compañero.

—¡No puedo, no puedo permitirlo! —gritó enfadado—. No puedo seguir formando parte de esto. Melvin Wallas era un héroe, maldita sea, y el chico no tiene ninguna culpa. Esto no está bien.

—Siempre has sido el más débil y sentimental de los dos, Yerrod.

Rabst ni siquiera se inmutó al observar la traición de su compañero, y no quitó el ojo de encima de Shawnla en ningún momento, presionando el cañón contra su espalda.

—Kara, es nuestra oportunidad. —Yerrod se dirigió a la mujer que les acompañaba, desesperado, señalando la pistola que había usado Shawnla antes de ser apresada, que permanecía en el suelo—. ¡Ayúdame! No tienes por qué seguir viviendo con miedo. Acabemos con Anders y marchémonos de aquí.

La chica se acercó al enano lentamente, arrastrando sus pies. Yerrod la miró con ojos llenos de esperanza, pero entonces, ella alargó un brazo y le hizo bajar su arma.

—No lo hagas, Yerrod —le dijo con voz triste.

—Kara... —murmuró el enano, sorprendido—. No lo entiendo. Es el momento perfecto. Por una vez sabemos a ciencia cierta que está ahí, arrodillado, herido, vulnerable. No se librará del siguiente disparo.

—Yo... lo siento, pero no puedo. —Kara ayudó a Anders a levantarse.

Shawnla tiró la escopeta al suelo, frustrada por no poder terminar lo que había empezado. Al fondo de la sala, Toro se recuperaba lentamente del golpe. Su sien sangraba abundantemente por el culatazo y había escupido un par de dientes, pero parecía entero.

—¿Cómo puedes ayudarlo? —Yerrod pasó de la resignación a la furia en un instante—. ¿¿Vas a seguir con él solamente por tu estúpido plan de venganza?? ¿¿Cuánto vale la cabeza de Valarck?? ¡¡Hemos participado en una auténtica carnicería desde que llegamos aquí!!

—Ya os he dicho mil veces que... no se llega lejos actuando como una... una buena persona. —Anders tosió, dolorido, apoyándose en Kara—. Tus remordimientos te están cegando... enano.

—Deberíamos irnos. Anders necesita atención médica —señaló Toro—. No sé dónde le podremos llevar antes de que se desangre.

—Ven con nosotros, Yerrod. —Kara le miró con sus ojos azules humedecidos—. Aún estás a tiempo de cambiar de opinión. Por favor.



El enano dudó, pero volvió a levantar el arma contra ellos.

—No. Ya veo que todo lo que opinaba de ti no fue más que un espejismo —respondió abatido—. Llévate a Rabst y marchaos. No dejaré que arrebatéis una vida más.

—Lo siento... —murmuró Kara.

Rayner observaba cómo la escena se iba volviendo más y más borrosa. Shawnla, con las manos en alto, de espaldas a todos, le miró, pidiéndole con un gesto sutil que alcanzase la escopeta que había tirado al suelo. Intentó acercarse al arma, pero sus músculos respondían tarde y mal. Agitó la cabeza para espabilarse. Se estaba yendo lentamente, y no podía hacer nada por evitarlo. «Te arrastras como un gusano, como el gusano que eres. No vales para nada», pensó.

—Acabemos con esto de una vez. Estoy seguro de que alguien habrá escuchado el disparo. —Toro recogió la pistola de Shawnla del suelo—. Si vas a hacer algo, Yerrod, piénsalo bien antes, porque somos dos contra uno, y tu amigo Rabst tiene una puntería estupenda.

El hombre dio un paso al frente para encargarse de Liam, pero antes de que pudiera hacerlo, Yerrod se acercó a las escaleras y encañonó a sus compañeros nerviosamente, cambiando de objetivo cada pocos segundos. Toro, rápido como un rayo, agarró a Shawnla de nuevo y la sujetó firmemente, usándola de escudo humano. Rayner casi podía alcanzar la escopeta, pero no estaba seguro de que tendría fuerzas para empuñarla.

—¡Suéltala, Toro! —le ordenó Yerrod—. Ya ha muerto suficiente gente hoy, pero no dudaré en volarte la cabeza si haces una tontería.

—Suelta tu arma, enano, y quizá te perdone la vida —le contestó Toro, con su sonrisa oculta tras la espalda de Shawnla—. Solamente queremos al chico y a Gurgess y nos marcharemos. Quédate en el lado de los perdedores, si es lo que deseas, pero no te interpongas en nuestro camino.

—Si alguien da un paso más, le vuelo la puta cabeza, lo juro —la voz de Yerrod sonaba fría y desencantada.

—Déjale... Toro. —Anders soltó un gemido de dolor al intentar dar un paso, y Kara tuvo que agarrarle de la cintura para que no cayera al suelo—. Necesito... necesito curarme pronto o no veré un nuevo día. Vámonos. Esto no quedará así... en cuanto me recupere, volveré a reclamar lo que es mío, Yerrod. Solamente has retrasado... lo inevitable...

Anders y Kara comenzaron a caminar hacia la salida. Rabst les siguió, protegiendo al mago con su cuerpo. Yerrod apuntaba a su compañero con firmeza, pero ninguno de los dos disparó. Parecieron despedirse con la mirada.

—Adiós, Yerrod —dijo Kara entre lágrimas.

—Nos volveremos a ver —respondió él, con unas palabras que estaban a medio camino entre la promesa sincera y el deseo de venganza.

Rayner luchaba por mantener los ojos abiertos, pero no podría aguantar mucho

más. Era imposible luchar contra esa aplastante sensación. Cada célula de su cuerpo le pedía a gritos descansar, dejarse llevar, cerrar los ojos y despreocuparse, echarse una reparadora siesta para esperar a que las cosas se arreglasen solas, como siempre había hecho.

Observó cómo Toro arrastraba a Shawnla hasta la salida. Ella apenas podía apoyar los pies en el suelo, y forcejaba a cada paso que daban, pero el abrazo del matón era firme. Antes de desaparecer, Anders se giró.

—Tampoco... he terminado contigo, «Mondadientes». Si yo no te he encontrado para cuando despiertes... búscame, Rayner Gurgess, búscame. —Anders le retó con otra de sus sonrisas malvadas—. ¿Me... me oyes? Ven a mí y hazme pagar por la muerte de Melvin Wallas. Te estaré esperando...

—¡No le hagas caso, Ray! —gritó Shawnla, pero su voz sonaba rara en su cabeza, más lenta, más grave—. ¡Es lo que él quiere! ¡Tú puedes marcar la diferencia!

—Quizá deberíamos darle un incentivo para que busque con más ganas —dijo Toro mientras tiraba de Shawnla—. Podríamos llevárnosla con nosotros. Es una guerrera. Me gusta.

Anders, pálido y dolorido, se detuvo un instante, meditando las palabras de su secuaz. Había dejado un copioso reguero de sangre en el suelo, señalando que estaba en las últimas. Con un poco de suerte, quizá no saliese de Sotomonte con vida.

—No —respondió tajantemente—. Rescatar a su chica le daría un objetivo, una motivación, una ilusión pura de reencuentro... y no nos interesa... tenerle envalentonado, o puede que la espada no nos sirva de nada... —Tosió débilmente—. La esperanza... no se lleva bien con la miseria. La venganza... en cambio...

—Entendido —se limitó a decir Toro.

—¡¡No!! —Yerrod y Kara gritaron al unísono.

Una sensación plácida comenzó a mecer suavemente el cerebro de Rayner. Sabía que no debía dormir, pero como le había ocurrido durante toda su vida, las cosas parecían estar lejos de su control. El mundo daba vueltas de manera mareante, y los rostros de Shawnla, Lana, Liam y los demás pasaron al reino de los recuerdos borrosos.

Se tumbó boca arriba. La vida se marchaba de su cuerpo. No podía levantarse.

Escuchó un único disparo.

Cerró los ojos, y el mismísimo Abismo pareció envolverle con un manto de oscuridad infinita, en un lugar donde el tiempo no parecía importar. Intentó mirar alrededor, pero no había nada. Absolutamente nada. Solo el interminable y frío vacío de la eternidad.

## La dulce noche

**E**STOY en el hall de un modesto hotel costero. Un hotel rojo, de lámparas rojas, de suelo rojo, de paredes rojas. Puedo oír el arrullo de las olas fuera de esas paredes estampadas, golpeando la costa en la oscuridad de la noche. El recepcionista, un hombre encapuchado al que no reconozco, me invita a pasar a un largo pasillo que se extiende ante mí. A sus lados, aparecen decenas de habitaciones, unas abiertas y otras cerradas. Avanzo sin hacer preguntas, empujado por algo que se revuelve en mi interior. Es algo malo y frío, un nuevo órgano de mis entrañas que me da náuseas.

La primera habitación a mi derecha alberga a una figura sentada en una butaca, vestida con una bata elegante y sujetando una pipa en la mano, pero no tiene rostro humano. En su lugar, muestra un agujero negro, un pozo huidizo en el que no puedo fijar la mirada. En su regazo, un gato negro de ojos claros descansa tranquilamente, ajeno a los afilados cristales rotos que les rodean por doquier. Detrás de ellos, un gran reloj antiguo mueve sus agujas pesadamente a través de su esfera, pero las dos van en direcciones opuestas, y los números que señalan no tienen ningún sentido.

El huésped, poco más que un fantasma, me habla:

«Ojalá tuvieras oídos, para escuchar lo que tengo que decir».

Acto seguido, levanta al animal y lo devora a través de ese pozo de negrura.

La segunda habitación a mi izquierda está presidida por una chimenea ardiente que alberga los huesos de un animal calcinado, pero no logro saber cuál. Cinco hermosas mujeres observan las crepitantes llamas, cruzadas de brazos, de espaldas a mí.

La primera mujer tiene el pelo largo y del color del fuego, y la suave seda blanca que cubre sus formas se enreda alrededor de sus muñecas y cuello de manera asfixiante. Ella, abatida, permite que le robe el aliento.

La segunda mujer, una delicada figura plateada, lleva una corona que supura un espeso líquido oscuro que cae sobre su cuerpo. Los hilos negros, como si tuviesen vida propia, rodean su torso y piernas, ocultando su antaño brillante piel, hundiéndose en todos sus recovecos.

La tercera mujer, de pelo rapado, tiene los ojos vendados y viste unos harapos, y de ellos caen finos hilos dorados que se enredan sobre su piel oscura. Sonríe, y su boca se llena de un oro ardiente que comienza a caer sobre su pecho, quemando su piel. A pesar de ello, no deja de sonreír.

La cuarta mujer luce una melena blanca tan larga que le llega hasta las rodillas, pero su pelo se aparta, dejando ver una perfecta espalda desnuda en la que un tatuaje en forma de fiera roja parece cobrar vida y agitarse inquieto. Se rodea el cuerpo con las manos y clava sus afiladas uñas en su piel, y las heridas que abre se remueven y toman formas extrañas.

La quinta mujer, tiene el cabello revuelto y negro como la noche, y de su cabeza

surgen dos majestuosos cuernos de ciervo. Su traje parece hecho de plumas de cuervo. Es la única que parece ser consciente de mi presencia; se gira ligeramente, apartando su mirada del fuego por un instante, y su silueta oscura es rodeada por las llamas. Sus ojos azules lloran lágrimas negras. Me habla sin mover los labios:

«Ojalá tuvieras un corazón, para poder amarme».

Entonces, todas las mujeres son devoradas por el fuego.

En la tercera habitación a mi derecha llueven cenizas, espesas y asfixiantes, cubriéndolo todo de un agobiante color gris. El techo está teñido de un tono sucio y oscuro, y rayos violetas centellean entre sus grietas emitiendo un sonido sordo. Sobre la alfombra sepultada por ese fino polvo pelean tres seres sin cabeza: un enano, un elfo y un humano, dispuestos a matarse entre ellos, pero por mucho que se buscan, no logran encontrarse. En el centro de la sala, hay un arma clavada en el suelo, y un pequeño brote verde escapa del suelo estéril y se enreda a alrededor de su forma oscura delicadamente. Mientras tanto, las paredes comienzan a ser llenadas por garabatos, transmitiendo un complejo mensaje. Todo se llena de frases sin sentido hasta que las letras, sepultándose las unas a las otras, se convierten en poco más que una mancha negra y uniforme que chorrea ríos de tinta hacia el suelo. Los guerreros se detienen al verme y me miran sin ojos, sin rostro, sin sonrisa, y me hablan sin garganta:

«Ojalá tuvieras una voz, para poder llamarme».

Continúan persiguiéndose sin poder alcanzarse hasta que, agotados, se colapsan y se hunden en el lecho de cenizas, muertos.

En la cuarta habitación de mi izquierda hay una gran urna rebosante de llaves de todo tipo: algunas doradas, otras de madera, otras de piedra, todas mezcladas. Once bastas estatuas de piedra rodean la urna, mirándola; cuatro de ellas están rotas, y solamente una de las que continúan intactas mira hacia fuera del círculo. Sobre todos ellos, una nieve pura y limpia cae lentamente, transmitiendo una silenciosa serenidad sin igual que calma el corazón más ardiente. De repente, el frío empeora, las estatuas se congelan y se rompen violentamente, esparciendo sus pedazos por el suelo. La urna sufre el mismo destino y las llaves se desparraman sobre la nieve, dejando la habitación sumida en un horrible y silencioso invierno. El frío me habla:

«Ojalá tuvieses piel, para sentirme».

A partir de ahí, el resto de puertas de la derecha están cerradas, y la pared que las rodea se muestra humedecida y podrida, emitiendo un horrible hedor.

La novena puerta a mi izquierda también está cerrada, pero algo inexplicable me lleva a intentar abrirla. El pomo está húmedo y frío. Entro, y ante mí aparece una sala llena de fulgurantes tesoros abandonados, invadidos por las telarañas y el polvo. Todo pide a gritos ser tocado, ser guardado en los bolsillos, pero algo macabro llama mi atención: en la pared, un viejo lienzo de un retrato desconocido, aún más antiguo que los tesoros que me rodean, reposa con el rostro arrancado. Hay algo extraño en su ausencia, algo que hiela el alma. Bajo una pila de monedas y

armaduras doradas, descansa una llave oscura, distinta a todo lo demás.

Sé perfectamente que la pila se desplomará si la tomo, pero la guardo en mi bolsillo de todas maneras. Miles de piezas de oro caen al suelo, pero ninguna de ellas emite sonido alguno. El retrato me juzga con ojos ausentes, y la estancia se llena de una espesa niebla. El terror se aloja en mis huesos, y huyo para cerrar la puerta por fuera.

No oigo ninguna voz, y el silencio resultante es peor que el más inquietante de los alaridos.

La siguiente habitación aparece delante de mí, anunciando el final del pasillo. Emite un suave humo negro, y no puedo mirarla fijamente durante mucho tiempo sin sentir que me roba el alma. Tengo miedo.

Una sombra me agarra del hombro por detrás. Es grande, muy grande, y sobre su hombro, un ave de grandes ojos le mordisquea la cara, dejando su calavera al descubierto. Me dice:

«Ojalá tuvieses piernas, para poder caminar conmigo».

Se marcha sin dejar rastro. Cuando vuelvo a mirar al frente, la puerta ya está abierta.

Detrás de ella me encuentro con una modesta habitación de colores cálidos, tan vulgar como acogedora, iluminada por la suave luz de las lámparas de las mesillas. Junto a la cama deshecha, una pequeña mesa circular sujeta nueve platos llenos de migajas de una cena.

Las cortinas bailan delicadamente ante mí, sopladas por la suave brisa nocturna. Oigo el mar, huelo su sal, y salgo al balcón para contemplarlo.

Me asomo. Es una noche fría, sin lunas, y el balcón da a un acogedor paseo marítimo iluminado por pequeñas farolas redondeadas. La carretera costera está desierta, y no encuentro ni peatones ni coches. Escucho el sonido del mar, siento la brisa agitando mis ropas, pero no puedo ver más allá de la línea de luz que serpentea por la costa. Más allá, no hay nada.

¿Dónde está el imponente océano, que golpea la costa con sus olas? ¿Y el infinito firmamento nocturno, lleno de estrellas moribundas? Delante de mí, solamente existe una oscuridad cerrada, tan cerrada que parece que el mundo se acaba unos metros más allá.

Alisa está a mi lado, vestida de blanco, mirando al mar, rodeándose el cuerpo con los brazos. Se gira y me sonrío, y sus facciones se perfilan bajo la luz amarillenta del letrero del hotel, que emite un suave zumbido eléctrico justo sobre nuestras cabezas.

«Lo siento» le digo.

«¿Ves el mar? ¿Acaso no lo ves?» me pregunta. Miro de nuevo, pero sigo sin distinguir nada.

*«No hay nada que ver», le respondo. «Está todo oscuro».*

*«La oscuridad guarda secretos, la nada no», me dice mientras sonrío.*

*Vuelvo a intentarlo una vez más, pero me topo de nuevo con ese muro de oscuridad. Cada vez hace más frío. Alisa me mira fijamente, clavándome sus profundos ojos hasta hacerme tiritar más intensamente que el aire gélido y cargado de sal que me rodea. Su visión es hipnótica, pero hay algo maligno en su mirada. Se acerca a mí y se pega a mi pecho, pero no siento ningún calor. Me acaricia la mejilla y hace un amago de besarme, retirándose en el último segundo. Se acerca a mi oído y me susurra:*

*«Ojalá tuvieses ojos, para poder ver».*

*Acto seguido, pone las manos alrededor de mi cara y empieza a apretar sus pulgares en mis ojos, clavándome las uñas de una manera furiosa y vengativa. Me hace daño, mucho daño, pero no puedo pararla. Grito y grito mientras noto cómo me arranca la visión, cómo abre dos agujeros en mi cara, y siento cómo la sangre corre por mis mejillas y se mete en mi boca, ahogándome. Caigo de rodillas, abatido.*

*«Lo siento, lo siento» le repito. Entonces, ella me ayuda a levantarme.*

*Vuelvo a intentarlo. Por fin, puedo ver el inmenso mar nocturno, más grande que el propio universo que flota sobre él, más inabarcable que la propia existencia. Lo veo, y aprecio sus secretos, su preciosa belleza oculta a ojos de los demás. Me echo a reír y la visión desaparece de nuevo, dejándome solamente con una pared de negrura ante mí, como si no fuese digno de contemplarla en toda su grandeza.*

*Las farolas de la línea de playa se apagan, una detrás de otra, y el letrero de neón del hotel parpadea inquieto, amenazando con estropearse para siempre y dejarme solo en la nada.*

*Se hace la oscuridad. Alisa ya no está conmigo. Estoy completamente solo, y tengo miedo.*

*Entonces, un horror grotesco sin rostro aparece ante mí y me devora, y yo solamente me puedo reír, impotente, desolado. Río y río mientras me mastica para siempre.*

## Epílogo

**A**BRIÓ los ojos.

Las nubes que encontró parecían haber recibido el puñetazo de algún dios, dejando pasar el precioso amanecer a través de un claro gigantesco en mitad de sus titánicas formas. ¿Estaba aún dormido? Era difícil de saber. Recordaba haber tenido sueños profundos a lo largo de su vida, algunos absurdos y otros lógicos, pero este era diferente. Todo era demasiado nítido como para ser fruto de su imaginación, y la claridad hacía daño a sus ojos. El aire olía a sal, y sus oídos comenzaban a captar el ronroneo que el mar hacía al golpear una orilla. Intentó recuperar la movilidad de sus brazos y notó cómo una fina y fresca arena se amasaba en las palmas de sus manos. Definitivamente, estaba en una playa.

¿Quién era? ¿Cómo había llegado hasta ahí?

Estaba confuso. No conseguía recordar. Continuó mirando a las nubes, intentando deducir respuestas en sus formas caprichosas, por lo menos hasta que reunió las fuerzas suficientes como para incorporarse. Perdió la cabeza durante un instante, tal y como le pasaba en aquellas mañanas en las que se levantaba demasiado rápido de la cama y se mareaba.

No, no era un sueño. El aire, el sonido, las vistas; todo era demasiado real. Su boca estaba pastosa y apenas podía tragar, pero agradeció que el aire limpio invadiese sus pulmones cuando respiró hondo. Estaba en una playa interminable de arenas blancas, tan salvajemente perfecta que parecía sacada de un documental. Tanto hacia el norte como hacia el sur, la playa continuaba extendiéndose hasta convertirse en un hilillo de arena que se perdía en la lejanía, más allá del alcance de sus ojos.

Lo recordó. Se llamaba Rayner. Rayner Gurgess. Vivía en Puerto del Duque, hasta que... oh, Alisa, la dulce Alisa. La espada. Las tierras extrañas. Nubes y dragones. Montañas con piernas que arrasaban con todo. Lana. Ely. Liam. Melvin. Anders.

Melvin... ojalá aquello hubiese sido un mal sueño.

Su mente tardó unos segundos en recobrar cierta lucidez y comenzar a encajar las piezas sueltas, esas visiones de un pasado que se iba perfilando más y más. El relajante susurro de las olas le invitaba a dormirse de nuevo, a cerrar los ojos para volver a sumergirse en aquella oscuridad en la que había permanecido suspendido. No, no debía. Debía levantarse, debía buscar a ese maldito mago de sonrisa falsa para poder cortarlo en dos.

Lo intentó, pero se cayó de culo. Volvió a hacer acopio de fuerzas, y la segunda vez consiguió alzarse, quejumbroso como un anciano. ¿Cuánto tiempo había dormido? Aún parecía ser verano, así que no debía haber pasado mucho tiempo, y su pelo alborotado no había crecido mucho. De repente, otra pregunta más apremiante pasó por su cabeza: «¿Dónde está todo el mundo?». Se habían marchado sin él, sin

duda. Le habían abandonado por haber matado al gran Melvin Wallas.

Para asegurarse de que estaba despierto del todo, se acercó hasta la orilla lentamente y se lavó la cara con el agua fresca que el mar le acercaba gentilmente. El beso frío le vino bien y le despejó un poco más la cabeza. ¿Dónde estaba exactamente? A lo lejos, al sureste, consiguió distinguir una finísima línea de tierra que se adentraba dentro del océano. «La Tierra Robada», pensó al situarse. «Aún estoy en Ismer, en La Quijada. En la Grieta de las Tormentas». El gigantesco Delta de la Gaviota debía comenzar un poco más hacia el sur, y Guardiamar no andaría muy lejos.

Intentó buscar información en sus bolsillos, algo que le indicase cómo había llegado allí, pero no encontró nada. Alguien le había vestido con una camiseta sucia, un viejo bañador y unas sandalias. Ya no parecía un aguerrido espadachín del Triunvirato, sino el mismo tipo que vagaba por aquel mercadillo de Puerto del Duque con veinte soles arrugados en el bolsillo. Le habían dejado con lo puesto.

Sus ojos se acostumbraron poco a poco a la limpia luz, y empezó a vislumbrar detalles a su alrededor que antes había pasado por alto. Contempló los finos juncos alzándose en el límite entre la arena y la tierra, y distinguió unas pequeñas montañas de color amarillento tierra adentro. Entonces vio algo familiar cerca de él: era la silueta del Sueño del Verdugo, surgiendo de la arena como una mala hierba, pidiendo a gritos que alguien la arrancase antes de que su plaga se extendiese. Se tambaleó hasta alcanzarla y observó cómo estaba cubierta de óxido por todos los lados, a punto de romperse, como el día en que la encontró en aquel puesto ambulante. Su vaina estaba tirada en la arena, a su lado.

Dudó un instante, pero al final la arrancó del suelo. La espada chisporroteó con ese sonido escalofriante que ya conocía demasiado bien y volvió a su forma original, tan brillante como si hubiera sido forjada ese mismo día, pero con dos pequeñas puntas nuevas que habían salido del filo romo, cerca de la empuñadura, dándole un aspecto más amenazador. Cayó de rodillas sobre la arena, abatido, sabiendo que estaba a su merced. Enfadado, la lanzó hacia el agua, hundiéndola en la orilla.

Entonces vio que sobre la arena había unos pasos que no eran suyos. Iban hacia el norte, y los siguió con interés. ¿Quién podría ser? Unos metros más allá, entre unos troncos encallados, encontró algo curioso, moviéndose ligeramente cada vez que recibía un empujoncito del mar. Era una tabla de surf rayada y desgastada, con un escudo azul de tres ondas blancas: el símbolo de Tres Mares. Se alegró de ver aquella pequeña astilla de civilización.

«Un momento. Allí hay alguien». Algo se movía entre el suave oleaje, algo pequeño y lejano que había pasado por alto. Era una persona esperando una ola sobre su tabla.

Gritó, intentando llamar su atención.

—¡Eh! ¡EEEEH! ¡¡HOLA!! —Agitó los brazos todo lo que pudo.

El tipo se dio la vuelta, pero apenas podía distinguirlo. En vez de volver a la



orilla, le invitó con el brazo a que se adentrara en el agua con él.

—¿Qué es esto? ¿Una puñetera broma?

El hombre se volvió de nuevo hacia el mar, ignorándole. Volvió a gritarle varias veces, pero no parecía dispuesto a volver a la orilla. Rayner, enfadado, agarró la vieja tabla de surf y se lanzó al agua fría. Remó a duras penas, doliéndose de las horribles agujetas que le provocaba cada brazada. Su ansia de respuestas le hizo navegar más rápido hacia el amanecer, hasta que por fin le alcanzó.

—No me lo puedo creer... ¿¿Alastor??

—¡Ey, Ray! ¡Ya era hora de que despertases, dormilón! —le respondió como si fuese una mañana más.

El sargento James Alastor parecía una versión distinta de sí mismo. Su antaño bien afeitada cresta había desaparecido, dando paso a una pequeña melena de pelos rubios adornados con un par de plumas de gaviota. Su piel estaba tan morena como la de un turista de las costas de Blume, y aunque parecía feliz y lleno de vida, tenía unas horribles ojeras oscuras rodeándole los ojos, dándole un aspecto enfermizo.

—¿Se puede saber qué coño hago aquí?

—¡Buf! —Alastor suspiró, como si le aburriese enormemente tener que ponerle al día. Parecía comportarse de un modo un poco pueril—. Ayer a la noche empezaste a mostrar signos de que te ibas a despertar: balbuceos, espasmos y todo eso, así que pedí permiso para traerte a esta hermosa playa salvaje... ya sabes, para que vieses algo bonito al abrir los ojos. Y bueno, ya que has vuelto, había pensado que podríamos hacer un poco de surf juntos, tal y como me prometiste. ¿Te acuerdas?

—¿Surf? —Rayner intentó hacer memoria, pero su mente era una sopa de recuerdos bien revuelta. Podía oler los ingredientes, intuirlos, pero no saborearlos.

—Me encanta el surf, tío; me pasaría horas aquí metido saltando como un jodido delfín. Es una lástima que en la Ventana de Verano el mar esté tan calmado por esta zona, porque aún no he podido lucirme un poco con alguna olita decente. Menos mal que estás aquí para hacerme un poco de compañía, porque me estaba aburriendo como un condenado.

—Alastor... ¿has olvidado que estamos en una guerra? No creo que sea el mejor momento para surfear, joder.

—¡Como para olvidarlo! —se quejó.

—¿Habéis enviado una señal de socorro a Ordann? Tienen que saber lo que está pasando...

—Nada. No sabemos nada de ellos —suspiró—. Y mira que ha pasado tiempo, Ray. Los chicos dicen que los nuestros nos han abandonado para siempre porque no quieren pisar esta tierra maldita.

—¿Y los barcos del Triunvirato? Tenemos que aprovechar la Ventana de Verano para navegar de vuelta a Ordann antes de que llegue el otoño. Wallas dijo que...

—Oye, Ray. —Alastor le miró con preocupación—. ¿Es cierto que tú mataste a Wallas?

La pregunta le pilló totalmente desprevenido.

—¿Qué? Es... bueno, es... es cierto. Anders me engañó como a un idiota y... y bueno, no lo pude evitar.

—Comprendo. —Alastor miró al horizonte y apretó los labios—. Me dio mucha pena perderle, pero bueno, ¡quién sabe! Las historias dicen que cuando un mago muere, otro ser anónimo de la otra punta del planeta puede heredar sus poderes. Quizá sea una forma de inmortalidad un poco retorcida.

Rayner recordó las palabras de Anders sobre su arma, sobre su capacidad para borrar poderes de la faz de Gevangenien, pero calló. No era el momento.

—Oye... ¿Y Liam? ¿Está bien? —La última imagen que tuvo del chico fue en las escaleras del trono, inconsciente.

—Sí, se podría decir que sí, aunque sus brazos no se han curado demasiado bien. Los supervivientes le llaman el «Lisiado bocazas» ahora. No recuerda mucho de lo que pasó, la verdad.

—No me extraña, porque estuvo inconsciente mientras Anders y sus secuaces escapaban y...

Entonces lo recordó. La escapada de Anders. El reguero de sangre. El furtivo sonido de un disparo antes de perder el conocimiento.

—¡Oh, dioses! ¡¡Shawnla!! —exclamó alarmado—. ¡¡Ahora lo recuerdo!! ¿¿Qué le ha pasado, Alastor?? ¿¿Está bien??

—Alguien la disparó en la cabeza, así que bien no está. La encontramos con la cabeza agujereada, reposando sobre un gran charco de sangre.

—Oh, no; no, por favor... otra vez no. —Rayner se tapó la cara, desesperado. Comenzó a pensar que estaba gafado, que estaba destinado a perder toda persona que se acercase a él—. Shawnla...

—No nos gusta hablar de Shawnla por aquí —dijo con tono sombrío.

—Ese cabrón de Anders pagará por todo lo que ha hecho. Si quería que le encontrase, ya se puede ir preparando.

—Anders no ha vuelto a aparecer desde vuestro último encuentro. Aunque con alguien de sus capacidades, nunca se puede estar seguro.

—Quizá esté muerto —pensó—. Si no recuerdo mal, Shawnla le dejó muy malherido.

—Aun así, no deberías bajar la guardia. —Alastor le dio una palmadita en la espalda—. Anders no es el único que está interesado en ti, al parecer.

—¿Qué? —preguntó extrañado.

—Una mujer de pelo blanco y sus asesinas nos hostigaron durante un tiempo. Se hacía llamar Velania y decía ser lugarteniente del Profeta. Ese cabrón de Vorfax estaba con ella, y nos crearon un montón de problemas antes de que les echásemos a patadas. No fue nada fácil, la verdad.

—¿Por qué has dicho que intentan encontrarme?

—Intentaban cazarte a ti y a tu espada, al parecer. Los chicos montaron un motín

para entregarte, ¡y casi lo consiguen! Imagínatelo: ¡todo el mundo quería deshacerse de ti! Menos mal que yo he cuidado de tu culo como si fuera el mío —le guiñó un ojo—. ¡Vamos! Ahora que por fin has despertado, es hora de llevarte a la capital. Este mar está siendo un auténtico coñazo.

Alastor comenzó a nadar hacia la orilla.

—¿Capital? ¡Sotomonte está demasiado lejos de aquí! ¡Eh, espera! —Rayner le persiguió, remando todo lo rápido que pudo.

¿Qué le pasaba? Al igual que él, Alastor nunca había sido un hombre muy despierto, pero se comportaba de una manera demasiado errática y despreocupada.

Llegó a la orilla resoplando como un buey cargando con una familia de orcos. Alastor, que ya había clavado su tabla sobre la arena, se secó el pelo agitando la cabeza como un perro y se puso una camiseta azul llena de parches y manchas. Entre sus ropas y esas plumas en la cabeza, parecía un uno de esos medianos *hippies* que tocaban la flauta en la playa a cambio de unas monedas.

—¡No te olvides de tu espada, Mondadientes! —le gritó mientras corría hacia las dunas.

—¡Espera, joder, espera un momento! —Rayner tardó un rato en encontrarla bajo las aguas claras de la orilla, y para cuando la trajo de vuelta a la orilla, Alastor ya había desaparecido.

Caminó hasta más allá de las dunas plagadas de juncos, notando como los hierbajos se colaban entre los dedos de sus pies, y tras ellas encontró un discreto camino de barro que recorría toda la costa. Se sorprendió al encontrar a dos hermosos caballos pardos atados a un árbol muerto, con sus sillas de montar listas para ser usadas.

—Deja las tablas por aquí, Mondadientes, que ya vendré a recogerlas otro día. Sinceramente, no creo que nadie las robe, porque los lugareños le tienen miedo al mar.

—¿Caballos? No me lo puedo creer. ¿Qué ha pasado con los todoterrenos?

—Oh, claro. —Alastor se dio cuenta de que aquello era una novedad para él—. La gasolina es un bien muy escaso ypreciado desde que estamos aislados, como podrás imaginar, y solamente usamos los coches o los transportes aéreos en circunstancias extremas. Muy extremas —remarcó—. Además, los caballos son mucho más bonitos que esos trozos de metal sin alma, ¿no te parece? Vamos, monta. —Alastor trepó a uno de ellos.

Intentó imitarle, pero le costó a horrores encaramarse al suyo. Nunca había estado en buena forma, pero en aquel momento estaba tocando fondo, sin duda.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó—. ¿Vamos a ir hasta Sotomonte en caballo?

—Sotomonte no es más que una escombrera, Ray. ¡Ahora tenemos un lugar mucho mejor! Como estamos más solos que la una, sin recibir ayuda de ningún lado, hemos fundado la noble República Independiente del Triunvirato.

—Me estás tomando el pelo —no pudo evitar soltar un bufido descreído.

—No, Ray, no es ninguna broma. Tiene su lógica: empezamos siendo una especie de colonia en tierras extrañas, tal y como hicieron los Settien y sus seguidores miles de años atrás, así que, ¿por qué no hacerlo? Si Ordann no quiere saber nada de nosotros, viviremos sin ellos.

—Una colonia convertida en república. Te das cuenta de que estás sonando como un loco, ¿verdad?

Empezaba a dudar seriamente de la salud mental de su compañero. A juzgar por sus palabras y esas plumas de gaviota en su cabeza despeinada, estaba para ser encerrado en un manicomio.

—Jamás había tenido la mente tan clara, Ray —sonrió mientras se señalaba la sien—. ¿No me crees? ¡Espera y verás! ¡Me muero de ganas por enseñarte nuestra capital! ¡Vamos, Mondadientes! ¡Te echo una carrera! —Alastor comenzó a galopar hacia el norte, dejando una estela de polvo tras de sí.

—¡¡Espera!! —le gritó, pero no sirvió de mucho.

Tras varios intentos poco fructíferos de hacer galopar a su montura, consiguió que el animal le comprendiese, y cabalgó detrás del rastro de Alastor, que ya le había sacado bastante ventaja. Sus piernas todavía estaban agarrotadas, pero el efecto de aquel líquido que le inyectó Anders remitía lentamente, evaporándose de su sistema nervioso. Sentía un agujero tan grande en el estómago que podría haberse comido siete de esos deliciosos pollos que solía preparar Gork.

Casi media hora de trayecto después, el recto sendero comenzó a ascender para unirse a un pronunciado acantilado. Cuando ascendió lo suficiente, algo gigantesco llamó su atención.

—Oh, no.

Empotrado contra las afiladas rocas rodeadas de espuma que había en la base de la pared de piedra, estaba lo que parecía ser el portaaviones Cerchelario, el mismo mastodonte que les había traído hasta Ismer. Yacía como una gigantesca ballena de metal varada, ladeado, rajado por el lateral que había encallado en tierra, y la torre de control había chocado contra la pared vertical del acantilado. Las largas antenas de su techo sobresalían a duras penas por lo alto del desnivel, dando la impresión de ser una especie de faro abandonado.

Mar adentro, el morro medio hundido de un destructor de la marina de Tres Mares formaba un islote artificial de forma triangular. «El huracán», recordó al instante. La tormenta de Owain había golpeado los barcos contra la costa hasta la extenuación, y los dos cadáveres de metal se descascarillaban lentamente, impotentes ante el destino que les había tocado.

Alastor se había detenido en lo alto del acantilado, esperándole. Inquieto, galopó hacia él.

—No eres muy bueno con los caballos. —Alastor le miró decepcionado.

—¿Es ese el Cerchelario?

—Oh, sí. La flota quiso refugiarse cerca del Ojo de Oriente, pero no llegó allí a tiempo. Lo peor del temporal les azotó con toda su fuerza a esta altura de la costa y ya no pudieron avanzar más. Ven, Ray, y te enseñaré la capital. Está aquí al lado.

Continuaron el serpenteante sendero sobre el mar hasta que el acantilado se retiró para revelar una gran bahía a sus pies. Se quedó sin aliento al observar lo que contenía.

La capital. Lo comprendió.

Dentro de la bahía encontró los esqueletos de más de una docena de destructores de la marina del Triunvirato, apilados entre sí, encallados en la orilla como peces muertos, completamente destrozados, que servían de cimientos para una urbe improvisada y desordenada. Los restos metálicos estaban conectados por cientos de caóticas vigas y precarios puentes de madera que daban al panorama un aspecto recargado y sucio, y cientos y cientos de pequeñas figuras humanas salían y entraban de los inmensos barcos como habitantes ajetreados en un día cualquiera de trabajo, llevando suministros de un lado para otro.

Encima de todos esos armazones metálicos huecos, como una apisonadora brutal que los había aplastado a todos, estaba el portaaviones Soliantera, cuya cubierta escorada estaba plagada de grandes tiendas de campaña hechas de tela raída que aprovechaban hasta el último centímetro de pista libre. «La capital de la nueva república». Aquella bahía albergaba una ciudad en toda regla, y no parecía haberse construido en un par de meses. Por una vez, tuvo miedo de preguntar.

—Alastor... ¿Cuánto... cuánto tiempo llevo dormido? —balbuceó.

—Poco más de un año, Ray.

—Un puñetero año...

—Un año muy intenso y ruidoso, he de decir, pero has dormido como una maldita marmota. No te has enterado de nada.

Rayner observó sus manos y se tocó la cabeza, comprobando que su pelo seguía igual de largo que el día en que Wallas murió. ¿Cómo había aguantado dormido un año entero sin tener secuelas físicas? Alastor pareció darse cuenta de sus dudas.

—Sigues prácticamente igual que el último día que te vi despierto —le dijo con cierta envidia—. Hemos aprendido mucho sobre la savia de las Flores Blancas para intentar despertarte de algún modo, pero la mejor solución pasa porque tu cuerpo la consume y expulse de forma natural. Al parecer, ese líquido, además de ralentizar los órganos vitales e inducirte en un estado parecido al coma, tiene suficientes nutrientes como para mantenerte prácticamente intacto hasta que tu organismo lo quema del todo. Al menos, eso dijeron los médicos que te hicieron las pruebas.

—Joder... joder. Había dormido durante un día entero, pero esto es un nuevo récord para mí.

—Menuda jeta se te ha quedado... ¿cuánto tiempo creías que había pasado?

—Dos meses, o tres, a lo sumo.

—¡Dos meses! —Se echó a reír—. No te preocupes, porque no estás solo: yo

también he perdido la noción del tiempo, la verdad —sonrió—. Al principio contaba todos los días que llevaba aquí, pero llegó un momento en el que dejé de hacerlo. El invierno... dioses, ha sido lo peor que he vivido en mi vida. Entre las escaramuzas, el mal tiempo, la escasez de recursos y los bichos salvajes, muchos de los nuestros murieron. ¡Cuánto nos costó aprender a sobrevivir como nuestros ancestros, con lo puesto! Todos tenemos miedo de lo que pasará cuando el frío vuelva otra vez, pero yo simplemente me preocupo por seguir respirando. ¡Hay que vivir el presente! Vamos, Ray, que ya estamos cerca del final.

Alastor espolé a su caballo y comenzó a cabalgar hacia el corazón de la bahía. Rayner, todavía en *shock*, le siguió. ¿Qué más podía hacer?

La ciudad de los barcos hundidos estaba rodeada por una amplia muralla de chatarra mezclada con alambre de espino de una forma chapucera, dejando un único acceso principal por el que entraban y salían carros cargados de barriles, cajas y animales enjaulados. Aquello parecía más un campamento de piratas que un puesto del antaño orgulloso Triunvirato. Alastor dejó a su animal en un pesebre improvisado junto a la alambrada y caminó hacia él.

—¡Bienvenido a la Ciudad Hundida! —le gritó con un entusiasmo infantil—. Así es cómo la llamamos. No es un nombre muy sutil, pero nos vale.

—Me tienes que contar muchas cosas; muchas, muchas cosas —le advirtió mientras escudriñaba aquel naufragio colosal—. Tengo miles de preguntas.

—¡¡Alto!! —gritó un desaseado centinela que permanecía de pie junto a la entrada—. ¡Yo te conozco! —le señaló.

Aquel centinela, armado con un rifle pintarrajeado de colores chillones, no parecía haberse cambiado de ropa en meses y se había pintado las mejillas con tres líneas azules. Al igual que Alastor, sus ojos tenían unas ojeras de aspecto enfermizo. De repente, le apuntó directamente a la cara.

—¡Ey, espera un momento! —Rayner alzó los brazos al instante—. ¡Soy de los vuestros!

—¡Claro que te recuerdo, capullo! —le gritó el soldado—. ¡Eres el tipo de la espada, el escolta de Wallas, el puñetero dormilón que tantos problemas nos ha causado! No me puedo creer que hayas sido tan idiota como para volver aquí después de lo que hiciste.

—¡Ey, quieto, tío! Gurgess viene conmigo. —Alastor intentó calmar al centinela—. Se va a entregar, no te preocupes. Está bajo mi protección, así que no le hagas daño.

—¿Entregarme? —Rayner no comprendía nada—. ¿De qué coño me estás hablando? ¿Por qué debería entregarme?

Alastor le miró extrañado.

—Por el asesinato de Melvin Wallas, claro. ¿Por qué si no? No te hagas el tonto: tú mismo me has confirmado que le mataste.

—¿¿Qué?? ¡Yo no le maté! —gritó apurado—. Quiero decir, ¡fue un accidente!

¡Un engaño de Anders!

—¡¡Ha confesado!! —le interrumpió el soldado mientras le acercaba el cañón de su arma a la cara—. Hemos perdido a tantos compañeros... y tú sigues respirando. Debería matarte aquí mismo.

La gente que entraba y salía de la ciudad se empezó a congregarse a su alrededor, cuchicheando. Vestían desaliñadamente con prendas improvisadas, aunque algunos conservaban sus uniformes militares, descosidos y desgastados, como recuerdo de lo que una vez fueron. Algunos de ellos, al igual que Alastor, llevaban plumas enredadas en el pelo, y otros se habían pintado franjas de colores vivos en las mejillas como si fuesen una especie de tribu de salvajes. Todos tenían esas ojeras enfermizas. ¿Acaso habían enloquecido?

Entonces, una respuesta le vino a la cabeza. «Ella».

Debía permanecer cerca de la espada, tal y como le advirtió Wallas, o sucumbiría ante sus poderes como los demás. El soldado le quitó la vaina de la espalda.

—Voy a tirar esta mierda al mar antes de que nos cause más problemas —dijo con rabia.

—¡No puedes hacerlo! Es... ¡es el arma del crimen! —improvisó Rayner, apurado.

—Quizá deberíamos haber disfrutado algo más de la mañana de surf antes de venir hasta aquí. —Alastor le miró arrepentido—. Quería que lo pasases bien antes de empezar con todo el tema del juicio, tío.

—¡¡Joder, Alastor!! ¡¡Me podrías haber avisado de que me consideran sospechoso de un jodido asesinato!! —le gritó frustrado.

¿Qué le pasaba a su compañero? No parecía darle importancia a nada. Deseó pegarle un puñetazo para que espabilase de una puñetera vez y le ayudase a salir de ese apuro.

—¿Sospechoso? ¡Y una mierda! Tengo el arma homicida en mis manos, capullo —le dijo el guardia—. Wallas era nuestro líder; un héroe nacional, el hombre que nos salvó del azote de Vorfax y Horgen, y tú le mataste a sangre fría. ¡Tienes suerte de que ella sea justa! Cuando se enteró de lo ocurrido, nos obligó a protegerte hasta que despertases, para que pudieras defenderte de tales acusaciones. ¡Ya era hora de que abrieras los ojos! Por fin se te castigará por ser un sucio asesino de magos.

—¡Justicia! ¡Ahorcadle como a los demás traidores! ¡Muerte a los rebeldes! —gritó uno de los soldados que pasaba por ahí.

Todos empezaron a abuchearle y a lanzarle cosas. Rayner no supo qué hacer.

—¡¡Tendrá un juicio justo!! —gritó Alastor, que por fin recuperó algo de sangre en las venas—. Es mi amigo y sé que ella lo tratará como se merece.

—No habrá tratos de favor para tus amiguitos —dijo el soldado—. Ella nunca se equivoca al juzgar. Siempre ve más allá de la piel, en nuestro interior. No podemos ocultarle nada.

—¿De quién habláis? —se atrevió a preguntar.

Sabía cuál iba a ser la respuesta. Debía estar seguro del todo, debía saber que ella era la causante de aquella locura colectiva.

—De nuestra querida reina, claro —dijo el soldado—. Ella te condenará y te lanzará por la borda con unos buenos zapatos de piedra, o quizá te haga una buena corbata con una soga. Todo depende de lo que vea en tu interior.

—¿Reina? ¡¡Creía que erais una maldita república!!

—Tenemos nuestras contradicciones, como las tienen todos los hombres y mujeres que viven y luchan. —Alastor levantó los hombros, incapaz de razonar—. No te preocupes Ray, porque Eliza será justa contigo. Si de verdad te utilizaron, no tienes nada que temer. —Se arrodilló frente a él y le puso las manos sobre las mejillas—. Ella lo verá dentro de ti.

—¡¡Está loca, Alastor!! —Intentó advertirle, pero las miradas de todos los que le rodeaban parecían destilar la misma fascinación por su nombre—. ¡Melvin me lo reveló antes de morir! ¡Os está comiendo la cabeza con sus poderes!

—Ten cuidado con lo que dices, asesino de magos —el guardia le puso el cañón del arma en la sien al instante, presionando tan fuerte que le hizo daño.

—No digas tonterías, Ray. Ella jamás nos mentiría. —Alastor se acercó su frente a la suya y sonrió a pocos centímetros de su cara. Rayner pudo ver sus pupilas dilatadas con todo lujo de detalles—. Ya verás cuando la conozcas. Es increíble, Ray. Nos ha dado confianza en nosotros mismos cuando ya no nos quedaba ninguna, nos ha unido a todos y nos ha hecho más fuertes. ¡Estábamos abandonados, pero ella nos ha salvado! Ya no nos hacen falta dioses ordannenses o ismerenses: ella es nuestra diosa particular, en carne y hueso, caminando entre nosotros. Está deseando conocerte desde el mismo día que escuchó hablar de ti y tus hazañas. Creo que yo he tenido algo que ver con eso... le he hablado demasiado bien de ti —sonrió.

—Escúchame, Alastor. Tienes que buscar a Lana. Sé que ella es la única que no se dejaría influenciar por estas... cosas que me cuentas. Búscala y dile que he vuelto, por favor. Ella sabrá qué hacer y me sacará de esta.

—Lana Jonsy ya no es una persona bienvenida entre nosotros. —Alastor dibujó un gesto lleno de rabia en su rostro—. Ha hecho cosas horribles y ya no la queremos por aquí. Ella y su grupito de escurridizos disidentes enanos no son bienvenidos en la Ciudad Hundida.

—¡Disidentes! ¡Muerte a los rebeldes! —gritó otra voz.

—¿Lana es una rebelde? Esto es una locura absoluta. ¿Es que no tenéis bastantes enemigos en Ismer? Si Shawnla estuviese aquí...

—¿Shawnla? Preguntas por las personas equivocadas, Ray. Shawnla tampoco es bienvenida aquí, como no lo son sus fanáticos acólitos. Su secta ha sido expulsada de la Ciudad Hundida. Te dije que estábamos rodeados de enemigos...

—¿¿Shawnla está viva?? ¿¿Secta?? Pero qué...

«Esto no puede estar pasando, no puede. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto majara?». Rayner no sabía cómo reaccionar ante esa situación. Estaba solo,



completamente solo. El cañón del arma del soldado se hundió en su cuello.

—Vamos, asesino de héroes, se acabó la cháchara con tu amigo —le dijo con todo el desprecio posible—. Te voy a meter en una de esas celdas tan bonitas que tenemos en las bodegas del Soliantera, junto con ese enano rubio que atrapamos en el escenario del crimen; así podréis charlar de asesino a asesino, aunque me da que no estará muy hablador después de todas las barbaridades que le hemos hecho.

—Alastor, llama a alguien, por favor —suplicó desesperado. No supo concretar a quién. Se sentía completamente abandonado.

—Ray, me gustaría creerte, tío, pero cuando encontramos el cuerpo de Melvin todas las pruebas apuntaban hacia ti. —Alastor le dedicó una mirada triste y se alejó un par de pasos de él, dándole por perdido—. Shawnla perdió la memoria del incidente por el trauma del disparo en la cabeza, y Liam estuvo inconsciente todo el rato. El único testigo que hay es un secuaz de Anders, y él dice que lo mataste tú... si eres inocente, no tienes de qué preocuparte. Nuestra reina es justa, ya lo verás. Es especial. Es única.

—¡No, no lo entiendes! —Rayner intentó ponerse de pie, pero el chico le regaló un culatazo directo a su nuca. Cayó de nuevo de rodillas, atontado.

Entonces, notó un cambio en la brisa marina, un remolino cálido que le rodeó, meciéndole el pelo, aliviando su golpe. Se sintió embriagado.

—Mi reina —dijo Alastor mientras hincaba una rodilla en el suelo, y momentos después, todos los que había a su alrededor le siguieron al unísono. La nuca de Rayner palpitaba fuertemente, y se la frotó mientras agitaba la cabeza, intentando despejarse a marchas forzadas.

Miró al frente y vio una figura vestida de negro acercarse a él. Era la silueta de una mujer delgada, muy delgada, y una de sus piernas desnudas, blanca como la leche, asomaba por una vertiginosa abertura de su falda que acababa sobre la cintura. Su pecho estaba cubierto por una maraña de plumas oscuras que le servían de abrigo, y las más largas brotaban de sus hombreras, dando la impresión de que contaba con dos alas de cuervo.

Caminaba lentamente, moviendo sus estrechas caderas exageradamente, y cuando se detuvo frente a él notó que iba descalza, con los pies manchados de barro y polvo. Sus elegantes movimientos le recordaron a una pantera, pero aquella silueta tenía una corona animal muy distinta: dos cuernos de ciervo pintados de negro surgían de una diadema que escondía en su pelo, y sus caóticas puntas estaban plagadas de jirones de tela de colores que ondeaban al viento.

Se agachó y le miró fijamente; era un rostro frágil, rodeado por un pelo de color azabache cortado caóticamente, con unas puntas revueltas que le llegaban hasta la altura de las mejillas y se enredaban tras sus orejas. Se sintió intimidado por aquellos iris azules de un color desteñido y suave, por esos ojos pálidos rodeados de una fuerte sombra de ojos que caía sobre sus mejillas, haciendo que llorase unas pocas lágrimas oscuras.

La mujer levantó una mano y acarició su barbilla suavemente, casi sin tocarle, colocando su rostro a pocos centímetros de él. Olía a algo que no supo concretar, a algo agradable. Su mente se nubló de un modo parecido a lo que le ocurrió cuando Anders le tocó, pero la sensación era mucho más dulce.

—Ya tenía ganas de ver esos ojos bien abiertos, Rayner Gurgess. Siempre pensé que los tendrías marrones, y veo que acerté —sonrió mientras uno de sus finos dedos jugueteaba con sus labios. Era enfermizamente bella, fascinante de un modo absolutamente incómodo.

Podía sentir cómo el influjo de esa mujer le minaba lentamente. Si permanecía mucho tiempo sin su espada, no habría vuelta atrás. Debía hacer algo al respecto antes de que le embaucase como al resto de sus víctimas. Debía ser fuerte.

—Mi... espada... —Acertó a decir.

—Pronto serás juzgado, y entonces veremos si eres digno de recuperarla. —Eliza se volvió a agachar y se acercó a su oído, rozando su lóbulo con la punta de sus labios, poniéndole los pelos de punta—. Estoy deseando ver lo que hay dentro de ti, Rayner Gurgess. Huelo algo cerca de tu alma, algo oscuro y frío que la devora lentamente. Algo que me da escalofríos, y eso me gusta.

Se dio la vuelta y se marchó por donde había venido. Rayner la observó alejarse, fascinado. Cuando su silueta oscura se perdió entre las formas de la capital, se sintió aliviado y su cabeza se despejó un poco. Sin embargo, como las borracheras que tardaban en desaparecer, algo había quedado.

—Alastor... Escúchame... —le rogó, pero su compañero le pidió silencio con un gesto de su mano.

—Todo ha cambiado de un modo que ni te imaginas —le dijo—. Así funcionan las cosas ahora. Bienvenido a un nuevo mundo, Ray, construido sobre los cimientos de los imperios más antiguos del mundo. A diferencia de ellos, nuestro nombre perdurará.

Dos guardias le agarraron de los brazos y comenzaron a arrastrarle. Rayner observó su espada, clavada frente a la entrada de la capital. La odiaba, deseaba perderla de vista para siempre, pero a su vez la necesitaba más que nunca. Entonces, una voz etérea que parecía venir de ninguna parte le susurró algo. La conocía demasiado bien: era la voz profética del destino, de lo inevitable.

*«Mi Herald... mi Herald... la lista no ha acabado».*

Le pareció ver una silueta junto al arma, una forma roja como la sangre de Wallas en sus manos. Deseó con todas sus fuerzas que pronunciase el nombre del monstruo de Anders, o el del asqueroso Vorfax, o el de esa tal Velania, o incluso el de aquella mujer embaucadora.

*«El joven mago lisiado... él es el próximo, mi Herald. Me bañarás en su esencia. Siciarás a la sed del Verdugo hasta que no quede sangre que derramar, hasta que no queden sueños que entorpezcan el inevitable avance de los engranajes de la existencia, pues ese es el destino del mundo».*

Entonces, una sensación terrible le invadió. Era una idea en la que no había caído hasta ese momento, un pensamiento descorazonador que lo cambiaba todo.

Rayner Gurgess... el elegido de la espada, el único superviviente de Puerto del Duque, el valiente guerrero que hizo huir a Vorfax y que puso a Horgen Manos de Piedra de rodillas... quizá no era el héroe de esa historia. Quizá no estaba destinado a convertirse en un caballero andante que mataba malvados dragones.

No estaba allí para salvar a nadie, sino para dejar crecer esa oscuridad que devoraba su corazón, tan negra e insondable como esa hoja que devoraba la luz del sol obstinadamente, negándose a devolver un mísero reflejo de esperanza.

No habría un final feliz para él, ni para nadie que se cruzase en su camino.



IKER AZKARATE, licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas y en Comunicación Audiovisual, ha trabajado en el mundo editorial, colaborando en proyectos educativos para niños y adultos, en el audiovisual, trabajando para cadenas como La Sexta o EITB, en el periodístico, como corresponsal de portales webs de entretenimiento, e incluso en el humorístico, con publicaciones en revistas satíricas. Escritor, dibujante, cortometrajista y músico, es un apasionado del mundo del cine, de las series de televisión, de la literatura fantástica y de los videojuegos, y se ha lanzado a escribir su primera novela. *La Puerta Enterrada* es un intento de condensar varias de sus pasiones con el objetivo de mantener en vilo al lector hasta la última página.